869.1
Sa91
no. 1-5

REVISTAS LITERARIAS MEXICANAS MODERNAS

SAVIA MODERNA

1906

NOSOTROS

1912~1914

The Library of the
JUN 15 1982
University of Illinois
at Urbana-Champaign

CENTRAL CIRCULATION BOOKSTACKS

The person charging this material is responsible for its renewal or its return to the library from which it was borrowed on or before the **Latest Date** stamped below. **You may be charged a minimum fee of $75.00 for each lost book.**

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

TO RENEW CALL TELEPHONE CENTER, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

OCT 12 1997

JUL 20 1999

When renewing by phone, write new due date below previous due date. L162

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/saviamoderna1519cast

Revistas Literarias Mexicanas Modernas

SAVIA MODERNA
NOSOTROS

REVISTAS LITERARIAS MEXICANAS MODERNAS

SAVIA MODERNA
1906

NOSOTROS
1912-1914

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición facsimilar, 1980,

D.R. © 1980, Fondo de Cultura Económica
Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

ISBN 968-16-0331-1

Impreso en México

SAVIA MODERNA
1906

Lat Amer Sets

Savia Moderna, Revista mensual de arte. México, tomo I, núm. 1, marzo de 1906 — tomo I, núm. 5, julio de 1906. Directores: Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón. Secretario de Redacción: José María Sierra (1-3); Pedro Henríquez Ureña (4-5). Jefe de Redacción: Roberto Argüelles Bringas (3-5) Administrador: Evaristo Guillén. (Cinco números.)

Secciones: Autógrafos. Arte fotográfico. Bibliografía. Nuestros artistas. Teatros extranjeros.

Entregas de 58-64 pp. Portada de Diego Rivera. Gran cantidad de ilustraciones y fotografías.

Los ejemplares reproducidos pertenecen a la Hemeroteca Nacional. Las páginas deterioradas, correspondientes al núm. 3 de la revista, se encuentran en tal estado en el original.

PRESENTACIÓN

A PRINCIPIOS de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna.* No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna.* Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. "La redacción —escribe Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar." A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben, los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita. Conversador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precursor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha coleccionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por lo colonial mexicano y encauzó en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma— es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su capital

mexicana. No quiso luchar: se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand.

Cette amê!... On est plus las d'avoir couru sur elle,
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las solicitaciones de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elisabeth Barret Browning. Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago. No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio. Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o lo más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria. Había coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía creer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

Cuentan que escribe, y no escribe;
dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilaban, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar

en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo, fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un "parnasismo" mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas, tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones.

Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos,* El Colegio de México, México, 1941, pp. 39-43 (*Obras completas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1960, t. XII, pp. 202-204).

Savia Moderna. Su título es indicador del parentesco literario que la unía con... *la Revista Moderna.* Fue vástago directo de la misma; consecuencia inmediata de la inquietud de un grupo de jóvenes que, aun ligado con la minoría de los redactores de aquélla, quería tener feudo propio, para afirmar sus convicciones.

No fue, pues, resultado de una segregación de disidentes sino prolongación afirmativa de una tendencia que aspiró, al fundarla, a modernizar por completo la literatura mexicana —ya cosmopolita, en sus tendencias—; a inyectar savia nueva: *Savia Moderna,* en el viejo tronco. A esta tarea se consagró aquel grupo de jóvenes, poetas y prosistas. En su esfuerzo, reconocen el precedente del iniciador: Manuel Gutiérrez Nájera, al abrir con páginas suyas —"Juárez"— el

número inicial de la revista. Rinden, también, tributo al último romántico: Luis G. Urbina, al reproducir uno de sus autógrafos, en ese número, como reproducirían otros de Manuel José Othón y Justo Sierra, en números sucesivos...

De *Savia Moderna* se publicaron, a partir del 31 de marzo de 1906, cinco números. En el último de ellos aparece abundante nómina de redactores...

Savia Moderna, como *Revista Moderna,* está impresa en buen cuché y alterna textos y grabados. Se observa allí, entre los prosistas, la tendencia a abreviar el ensayo, que se acerca a la prosa poemática, propia del modernismo. Es singular que entre lo seleccionado de poetas extranjeros, nada figure de Rubén Darío.

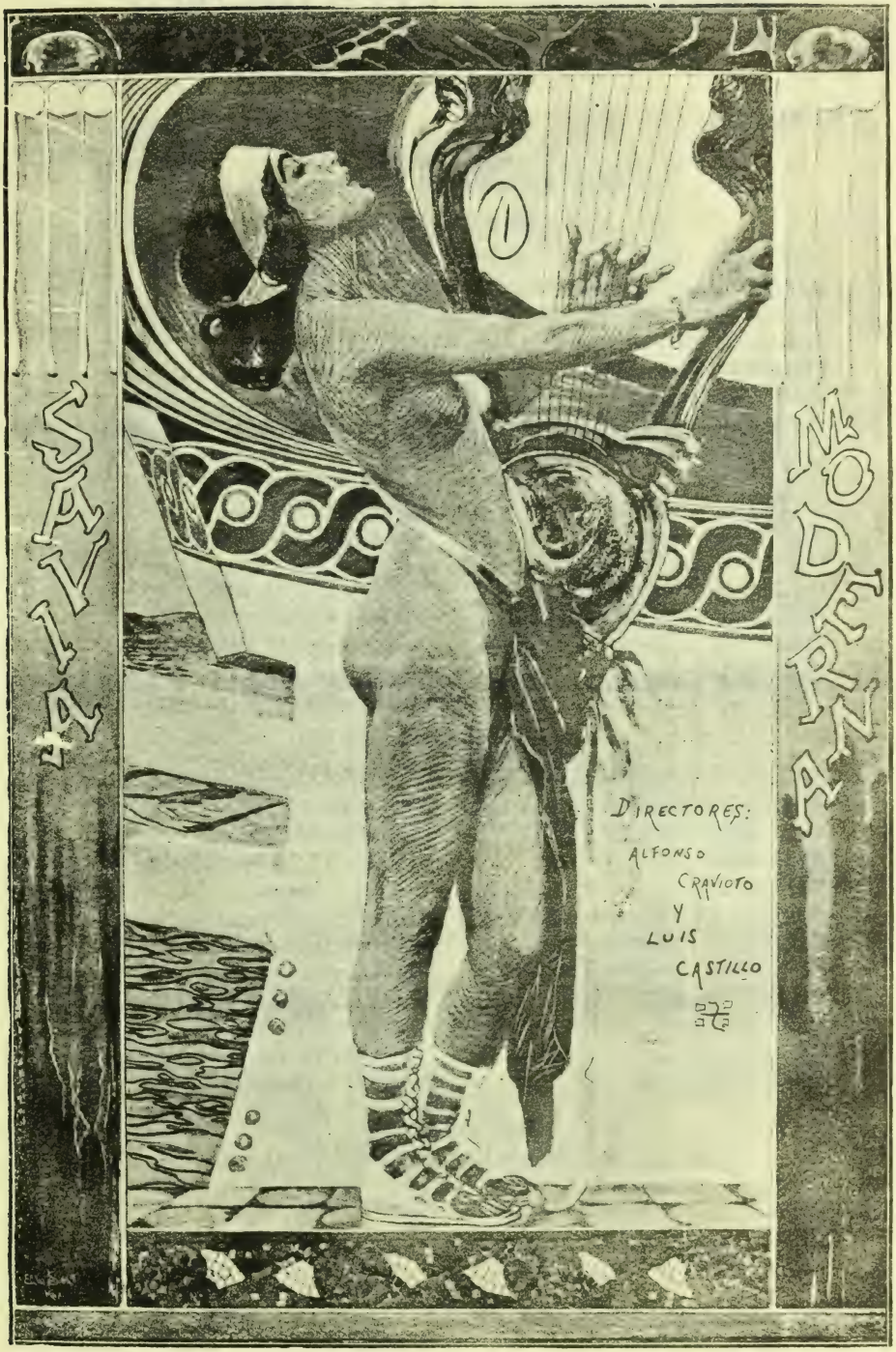
En la cubierta de cartulina, de color diferente en cada número, se repetía el torso de un corredor indígena, de perfil, dibujo al carbón por Diego Rivera.

Fundada por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón —a quienes ayudó José María Sierra—, la revista *Savia Moderna* habría podido competir con su antecesora, si su iniciador, Cravioto, no se hubiera separado del grupo al emprender un viaje por Europa. Rafael López recordará la minúscula redacción, la cual coronaba uno de los primeros edificios de seis pisos que se elevaron en la avenida principal de México. Frente a su amplia ventana pintó Diego Rivera, antes de marcharse también a Europa.

Representó *Savia Moderna* el esfuerzo coordinador de un grupo juvenil, preparado: fue, como centro de cohesión, aquél en que se afirmó el Ateneo de la Juventud, del cual *Savia Moderna* habría podido ser el órgano de que careció más tarde.

Francisco Monterde, "*Savia Moderna, Multicolor, Nosotros, México Moderno, La Nave, El Maestro, La Falange, Ulises, El Libro y el Pueblo, Antena,* etcétera", en *Las revistas literarias de México,* México, INBA, Departamento de Literatura, 1963, pp. 113-115.

TOMO I. MARZO DE 1906. NUM. 1



Imp. Escalante.—San Andrés, 69.

SAVIA MODERNA

DIRECTORES:

ALFONSO CRAVIOTO Y LUIS CASTILLO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

JOSE MARIA SIERRA.

REDACTORES:

ACEVEDO Jesús.
ALTAMIRANO Antonio H.
AMADOR Severo.
ARGÜELLES BRINGAS Roberto.
BERMEJO Manuel M.
CABRERA Rafael.
CARPIO Manuel.
CASO Antonio.
COLÍN Eduardo.
DÁVALOS Marcelino.
ELIZONDO José F.
GAMBOA José J.
GARCÍA NARANJO Nemesio.
GÓMEZ ROBELO Ricardo.
HERRERA Alberto.
LÓPEZ Rafael.
NERVO Rodolfo.
OZUNA Sixto.
PADILLA Benjamín.
PALACIOS Juan.
PARRA Manuel de la.
POMAR José.
SALAZAR Abel C.
SYMONDS Guillermo E.
UHTHOFF Enrique.
URANGA Julio B.
VALENZUELA Emilio.
VALENTI Rubén.
VELASCO José B.
VILLALPANDO Jesús.
ZÁRATE RUIZ Francisco.
ZÁRRAGA Angel.
ZEPEDA WINKFIELD Alfonso.

ARTISTAS:

ARELLANO Juan de Dios.
ARGÜELLES BRINGAS Gonzalo.
CORIA Benjamín.
ELIZALDE Fernando.
ENCISO Jorge.
GARCÍA NÚÑEZ Armando.
GARDUÑO Alberto.
GARDUÑO Antonio.
GÓMEZ Antonio.
HERRÁN Saturnino.
LILLO Rafael.
LLOP Francisco.
MARTÍNEZ CARRIÓN Jesús.
MONTENEGRO Roberto.
ORTEGA Sóstenes.
PONCE DE LEÓN Rafael.
RIVERA Diego.
RODRÍGUEZ Federico.
RONDERO Juan N.
RUIZ José.
SALDIVAR Carlos.
SIERRA Ricardo.
TORRE Francisco de la.
ZUBIETA Francisco.

FOTÓGRAFOS:

José M. LUPERCIO, KAMPFNER Y CASASOLA.

Administrador, Evaristo Guillén.

SAVIA MODERNA

REVISTA MENSUAL DE ARTE.

MEXICO, MARZO 31 DE 1906.

Oficinas: 4ª Avenida del 5 de Mayo núm. 88, Despacho núm. 32.

Editor y Administrador,

EVARISTO GUILLEN.

Esta Revista se publicará el día último de cada mes.

LA PALESTINA

ES LA PRIMERA CASA DEL MUNDO

EN EFECTOS ARTISTICOS DE PELETERIA Y HERRAJES.

Enorme surtido de Sillas de montar, Espuelas, Frenos, Petacas, etc.

Todo el material es de primera calidad y los precios tan cómodos que no admiten competencia.

HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO

La Fotografía
más artística
de la República
ES LA DE
José María Lupercio
GUADALAJARA, JAL.

SEÑORAS Y SEÑORITAS

La conservación y embellecimiento de vuestro cutis, lo obtendréis usando

La Kalodermina Imperial, Crema Boratada.

Esta preparación, compuesta de substancias higiénicas y medicinales, constituye el último producto de la ciencia moderna.

Basta usarla una vez para no volver á usar otra.

En Droguerías, Boticas y Perfumerías.

J. M. CASTILLO. MÉXICO, D. F.

SIERRA & FERNANDEZ

ELECTRICISTAS TITULADOS.

ORTEGA No. 11 A.—MEXICO, D. F.

Hacen toda clase de instalaciones eléctricas y de maquinaria, dentro y fuera de la Capital.

PRECIOS SUMAMENTE MODICOS.

REFERENCIAS AUTORIZADAS:

Sr. Lic. D. Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Sr. Ing. D. Gonzalo Garita, Director de la Escuela N. de Artes y Oficios para hombres.

Sr. D. Alberto Cárdenas, Profesor de Electricidad.

Sr. Ing. René Jonnart, Representante de la "Société de l'eclairage electrique." París.

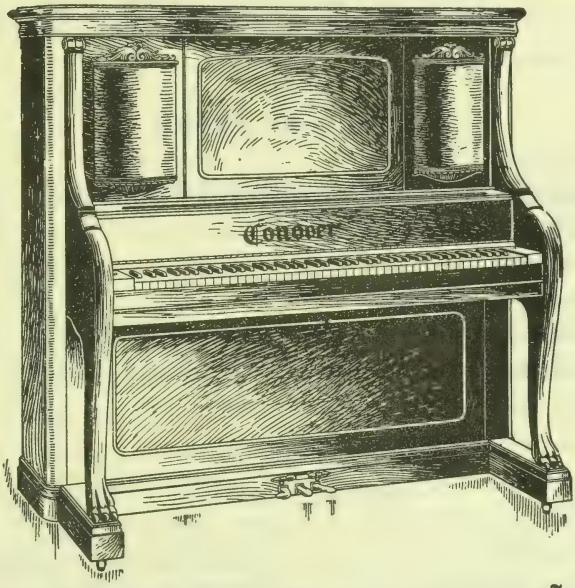
Sr. Lic. Heliodoro Arroyo, Notario Público y del Banco Internacional é Hipotecario de México.

Ud. puede comprar al crédito

UN PIANO Ú ÓRGANO

Fabricado por la acreditada

CABLE COMPANY



GARANTIZADO POR 10 (DIEZ) AÑOS

pagándolo en abonos mensuales.

Sírvase Ud. pasar á elegir su piano á la

CASA IMPORTADORA

Apartado 2357.—Puente de S. Francisco 7.—México, D. F.

Savia Moderna, se vende en las siguientes Librerías, que hemos elegido por ser las más acreditadas de la capital:

Viuda de Ch. Bouret: 1.ª del 5 de Mayo 14.—Maurice Guillot: San José el Real 2.—Librería Madrileña: Esquina de la 3.ª del 5 de Mayo y Callejón de Santa Clara.—Joaquín Canales: 3.ª del 5 de Mayo 17.—Andrés Botas: Vergara 18.—Maucci Hermanos: Esquina de Santa Teresa y 1.ª del Reloj.—Ramón Araluce: Callejón de Santa Inés 5, y en nuestras Oficinas: 4.ª Avenida del 5 de Mayo núm. 88, Despacho núm. 32.

PRECIOS DE ABONO

En la Capital:

Trimestre adelantado, subscripción á domicilio.. $1 50

Números sueltos 0 50

En los Estados:

Trimestre adelantado 2 25

En el Extranjero:

Un año adelantado .....plata. 15 00

SUMARIO

TEXTO.

En el umbral.
Juárez.—Manuel Gutiérrez Nájera.
De mi libro "Vida y Muerte."—Luis G. Urbina
El Peñón.—Eduardo Colín.
Invocación.—Alfonso Cravioto.
Flor silvestre.—Alf. Zepeda Winkfield.
Desde Europa.—Angel Zárraga.
El último capítulo.—Manuel José Othón.
Amor materia.—Luis Castillo.
El silencio.—Antonio Caso, jr.
Hojas de otoño.—Rafael López.
Vaguedades.—Roberto Argüelles Bringas.
Almas medrosas.—Abel C. Salazar.
Hechizo.—Manuel de la Parra.
Salomé.—Manuel M. Bermejo.
Augusto Rodín.—S. M.
El ajusticiado.—José F. Elizondo.
Crónica General de Teatros.—José F. Gamboa.
La venganza de la gleba.—Enrique Uhthoff.
Trilogía Romana.—Alberto Herrera.
Los que se van.—Alfonso Cravioto.
Rimas frágiles.—José María Sierra.
Pereda.—Juan Palacios.
Teatros Extranjeros.
Bibliografía.—Javier Santurce, José María Sierra y Manuel de la Parra.
Revista de Revistas.
Directorios.

GRABADOS.

Rey de Armas. Oleo de Fabrés.
Estudio por Francisco Zubieta.
Estudio fotográfico de Lupercio.
Arquitectura moderna.
Don José M. de Pereda.
El Decano de nuestros poetas.—Dos Caricaturas por Jesús Martínez Carrión.
Ilustraciones, viñetas, "cul de lamps," etc.

SAVIA MODERNA

REVISTA MENSUAL DE ARTE.

Tomo I. Marzo de 1906. Núm. 1.

EN EL UMBRAL

AL iniciar una labor como la nuestra, amplia de libertad, bella de juventud, y excelsa de arte, huelga toda frase que revele programa, y todo pensamiento sospechoso de sectarismo.

Los agrupados en esta Revista —humilde de vanidad, pero altiva de fe— aspiramos al desarrollo de la personalidad propia, y gustamos de las obras más que de las doctrinas.

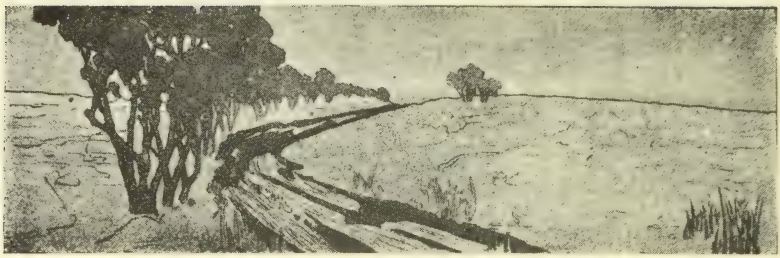
Clasicismo, Romanticismo, Modernismo.... diferencias odiosas. Monodien las cigarras, trinen las aves y esplendan las auroras. El Arte es vasto, dentro de él, cabremos todos.

Vengan, pues, á nosotros, los cultores de la sagrada Belleza. La puerta está franca á los bellos sentimientos y á las bellas palabras.

Savia nueva y crepitante nos da derecho á vivir. Ideales sinceros é intensos, nos dan derecho al Arte. He aquí explicado por qué somos y á qué venimos.

Aristarco atisba. Pero Marzo preside nuestro advenimiento, y el hada de la Primavera circunda nuestra vida incipiente con su florido presagio....

¡Salud á los Artistas! ¡Salud á la Prensa! ¡Salud á todos!



JUAREZ

(1806—1906)

Al volver la vista á lo pasado y considerar atentamente nuestra historia, la figura que se desprende con mayor relieve es la de Juárez.

El calificativo que mejor conviene á este grande hombre es el de inflexible.

Es una línea recta que ni un instante se desvía. Todo se estrella contra la voluntad de Juárez.

Todo cede ante su gloriosa tenacidad. La muerte misma tuvo que llegar violentamente, cuando ninguno la esperaba, para vencerlo. Fué una muerte sin lucha, sin agonía, como la de aquellos que, según la frase de Esquilo, «inspiraban miedo á los mismos dioses.»

Es fácil de explicar el amor, el entusiasmo, el fanatismo que inspiran los grandes capitanes. Siempre es hermoso un conquistador. La gloria lo reviste con su ropaje teatral, y á caballo, entre el fragor de la pelea, respetado por las balas,

se presenta como un sér de raza superior. Todas las naciones tienen esta inclinación femenina á enamorarse de los héroes, y este gusto infantil de ir siguiendo los regimientos al són de la banda militar. Este fué el prestigio de Miramón y Osollo entre los reaccionarios, y el de Zaragoza, el de González Ortega, el de tantos otros, en nuestras filas.

El de Juárez es de índole muy diversa. Aquel gran luchador de frac; aquel gran capitán que nunca empuñó la espada; aquel insigne reformador, no frenético ni sanguinario como Calvino, ni iracundo como Lutero, sino sereno como los varones de Plutarco, aparece en su augusta tranquilidad como la imagen viva de la patria. No es el mar con su hervor de espuma, con su tumulto de olas: es la roca en que se estrella el mar.

Siempre se le ve tranquilo, callado, como quien está convencido de que tiene la razón, de que ha de vencer, y no cree necesario decir cuáles son sus armas. No pasa por nuestra historia á galope, entre nubes de polvo y redobles de tambor, sino á pie y despacio, seguro de que ha de llegar á la hora fija y precisa. Y este hombre tranquilo, impasible, sin nada teatral, sin nada aparatoso, lleva tras sí todas las voluntades. No las conquista, no las unce á su carro de victoria como los semidioses de la guerra; ellas se van con él sin oposición y sin esfuerzo, tan naturalmente como las hijas con el padre.

Juárez no se apresura á realizar sus fines. Desde joven, se le observa como aguardando á que se cumplan los decretos irrevocables del destino, conocidos de antemano por él. No hay en nuestra historia crisis más terrible que la de la Intervención Europea. La Nación parecía irremediablemente perdida, sepultada bajo las olas como la fabulosa Atlántida. Era aquél un naufragio nacional. Tres naciones poderosas se coaligaban para aniquilar nuestra autonomía.

Los buenos patriotas no se preparaban á luchar, sino á morir. Estábamos solos, traicionados, vendidos. ¿Cómo habíamos

de triunfar? ¿Cómo había el niño débil de levantar y sacudir la enorme roca que cayó sobre él? *Alea jacta est,* exclamaban todos. ¡Muramos con gracia, como los gladiadores romanos! decían los buenos. ¡Huyamos á las islas afortunadas! decían los egoístas. Ni tan siquiera podíamos esperar en el milagro, porque éste parecía estar del lado de nuestros enemigos, que se llamaban aliados de la divinidad.

Pero observad á Juárez: no se altera, no tiembla, no vacila: sonríe. El templo se desploma, y él, ingente columna, queda en pie. En medio del desastre y del terror general, continúa sereno, como quien conoce los secretos del destino. No huye: se va tranquilamente como vino; se retira como las olas se retiran de la playa cuando baja la marea. Lleva el arca santa de la ley de templo en templo, y no apela á guardianes extraños que la cuiden, porque está convencido de que con él basta. Es altivo y desdeñoso como la fuerza. ¿Pero cuál es su fuerza? Va con él invisible, esperando la hora de revelarse: es el Derecho.

Los Estados Unidos le ofrecen un ejército acaudillado por uno de sus generales, y él lo rechaza. México ha de triunfar: México solo! No cede ni un ápice de la dignidad nacional. Pisa siempre tierra mexicana en señal de dominio. No se impacienta, no se precipita, espera su hora.

Para darse cuenta de la dignidad con que sostuvo Juárez sus relaciones con la República vecina, es oportuno consultar los documentos que publicó Don Matías Romero en su «Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington.» En tanto que Santa Anna ofrece en venta el territorio nacional, á cambio de dinero y de soldados para combatir el Imperio, Juárez se niega hasta á consentir que un jefe norteamericano mande tropas nuestras. Abatido, no se inclina; menesteroso, no tiende la mano. No puede transigir, es inflexible como un axioma.

¡Qué admirable tenacidad! Primero desbarata con un so-

plo de Júpiter, nube del ala intervención tripartita. Después, y combatido por fuerzas poderosas, levanta siempre, sin rendirse y sin huir, la bandera de la nacionalidad mexicana. La suerte da al cabo la razón á este maravilloso tenaz. La victoria sale á su encuentro á la hora fijada de la cita.

Y tampoco en el triunfo se ensoberbece, ni se apresura, ni sale de su impasibilidad. Aquel hombre hacía naturalmente cosas sobrenaturales. Como hombre, es bueno y compasivo y generoso. En su hogar, aparece como un padre modelo. Pero lo que constituye la esencia de su carácter, la médula de su personalidad, es la Justicia. Y ésta la hace sin un fruncimiento de cejas, sin una vacilación en la mano que firma. El mar nos arrojó una corona, y Juárez devolvió al mar la corona y la cabeza. Era necesario y lo hizo, como quien cumple con un decreto superior. ¡Paso á la justicia de la República!

Su muerte fué como una repentina desaparición. Pero el espíritu de Juárez vive esparcido en la generación de sus contemporáneos y en la generación del porvenir. Los átomos que componían el cuerpo de aquel hombre, entraron en el torbellino de la vida cósmica: sus ideas viven la vida eterna del espíritu. No está yacente sobre el duro mármol: Juárez vive.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

SECCION DE AUTOGRAFOS

De mi libro "Vida y Muerte"

A mi artista que quiere pintar mi retrato

Es en el fondo de mi vida donde
duerme, mudo y huraña, la Tristeza,
y, sola y pusilánime, se esconde
como un reptil se oculta en la maleza
Vulgar y sonriente, no responde
mi pecho á mi emoción, es fortaleza
mi faz broncínea, que tu mente ahonde
en la máscara obscura.
Alli cabeza,
de fealdad sonriente, se alumbra
de cuando en cuando, con la luz diurna
de una ilusión sorprende tal momento,
y asómate á mi alma, que allí escondo,
en el fondo vital muy en el fondo,
el deforme reptil del Sufrimiento.

Filó/906.

Luis G. Urbina

EL PEÑON

Sobre la línea suave y ondulo a que dibuja en el fondo del valle el gran circo de montañas, yérguese el enérgico relieve, el enorme picacho, como un esfuerzo del horizonte por estallar, como una trágica desesperación de la curva.

Ese gran pedruzco, áspero y aplastante, centinela secular suspendido en lo alto de la cima, eternamente amenaza caer sobre la planicie, como si fuera una montaña que estuviera en equilibrio sobre otra montaña.

Cuando se llega á las regiones dominadas por aquel basalto firme y erguido, lo primero que se ve á lo lejos es la peña gigante, como un bravo guardián de la comarca, asomándose al espacio; semeja un atalaya, un viejo y truncado torreón.

A distancia es azul, bañado de vaguedades indecisas, arropado de bruma; después va tomando expresión, delinea sus contornos, realza sus protuberancias, afila sus aristas, luce sus vivos cobres maravillosos.

A sus pies duerme ó medita la llanura. Los lagos esfuman su turbia mirada melancólica. Las carreteras alzan su polvo de oro. Crecen los bosques y cunden como lepra los pedregales. Forman un marco alrededor del peñón la limpidez de los cielos de Octubre ó el azote colérico de las tormentas que se enroscan en la enorme cabeza de piedra sin borrar su gesto de éxtasis, su inmóvil actitud de reposo. La tarde deshoja sobre el peñasco un reguero de ígneos pétalos.

Esa piedra es un signo: los habitantes de la comarca la veneran con cierta idolatría panteista; ella los vió nacer, á sus plantas crecie-

ron y amaron, medraron muchas generaciones, brotó el dolor como brota la mala yerba y se deslizaron todas las viejas costumbres agrícolas y pastoriles.

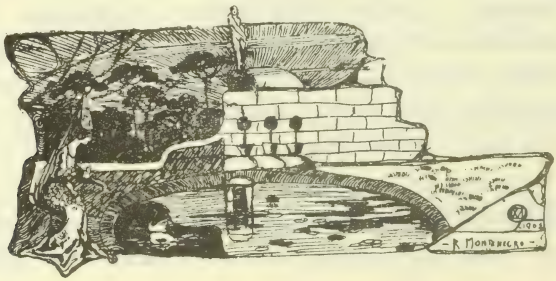
Con el peñón viven recuerdos y esperanzas; despide á lo lejos al labrador y lo saluda cuando vuelve á su hogar; marca el curso del día, proyectando su enorme sombra en la llanura y preside la siembra y las cosechas: el Invierno lo encanece de nieve y el Verano trepa á coronarlo de lianas y bejucos.

Y allí permanece, clavada en lo alto, la simbólica aspereza, en actitud casi humana, con fisonomía inteligente representando el valle patrimonial, el predio cultivado de padres á hijos, la choza en que viven la mujer y la cría, el culto abigarrado y primitivo de los aborígenes; tumba y baluarte, su frente de cuarzo sabe muchas leyendas.

Se empina sobre las grandes lontananzas, sobre las planicies indefinidas, sobre el campo y el mar, nimbada de auroras y empenachada de crepúsculos. . . .

Llegué á tus plantas ¡bravo cantil! Pisé tu ingente mole y puse sobre tu grandeza feroz y material, otra grandeza: el espíritu. También él ha sido azotado, sin conmoverse, por los huracanes de la vida. También blancas auroras y trágicos crepúsculos, se han encendido y apagado en torno de mi cabeza; me he empinado como tú, sobre las almas que son abismos y regiones inmensas y fecundas; también he contemplado el mar de las ideas y el campo ilimitado de la historia. ¡Eres mi hermano, viejo peñón! He venido hacia ti. Te saludo. Has fortificado, has iluminado y has santificado mi alma con tu gran serenidad.

EDUARDO COLIN.



Rey de Armas. Óleo de FABRÉS.

INVOCACION

A MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Genitriz perenne y santa, dame asilo en tu regazo;
soy un gran dolor que vuelve tras un éxodo sombrío:
las maldades ya clavaron en mi pecho su zarpazo
y las dudas ya virtieron en mi espíritu su frío.

Torno á ti desde muy lejos, de tan lejos que ya ignoro
qué girón del infinito pudo ver zarpar mi nave:
¡burló á Cronos en su marcha mi bajel de ébano y oro,
surqué raudo por cien vidas.... y el espacio no lo sabe!

Fuí viajero de los Siglos, viví sueños y costumbres,
y en la fuga de las Horas que pasó ante mi albedrío,
me dijeron su miseria las humanas podredumbres,
y los cielos me mostraron, implacables, su vacío!

Gusté el fruto de la Ciencia, y enseñóme tantas cosas
que fuí docto en desengaños, y al saber de escepticismo,
calló el trino de mis aves, marchitáronse mis rosas,
y así voy no sé á qué abismo,
con la brújula sin polos, y dudando de mí mismo!

Ya la fe dejó mi alcázar que en silencio se desploma;
las tristezas de mi duda nadie alivia, nadie calma,
y en el fondo de mi alma
el perfil huraño y negro de una inmensa angustia asoma..

¿Dónde iré? ¿Cuál es mi sino
si á mis ojos no se extiende ni la huella de un camino?
Interrogo á las distancias, y el espacio queda mudo;
interrogo á las tinieblas, y la sombra no responde;
¿dónde hallar algún albergue que á mi duelo brinde escudo?
¿dónde hallar calma y reposo tan ansiados? ¿dónde? ¿dónde?

Fuí á la Tierra, y en la Tierra encontré sólo egoismo;
clamé al Cielo, y en el Cielo hallé sólo la patraña:
¡Todo engaña! dijo Hamlet, y en mi marcha hacia el abismo,
como Hamlet, voy diciendo: ¡Todo engaña! ¡todo engaña!....

Pero lejos la congoja;
lucharé contra el Destino que hacia el báratro me arroja:
si el Dolor clava en mi cuerpo sus antenas,
aun mi sangre juvenil, mi sangre roja,
la epopeya del vigor canta en mis venas!

Caballero que en la liza tuvo trágica derrota,
quedé ya sin armadura, con la altiva lanza rota
y el escudo hecho pedazos por doquiera,
¡pero aún surge en mis despojos el airón de mi cimera,
siempre erguido y siempre bravo, como un ímpetu que flota!

Sí, soy joven, ignoradas
llevo perlas enconchadas,
y á través de las suturas de mi cráneo corren vetas
de amatistas no talladas
anhelantes de facetas!

Hoy mi vida está en espera
de un prolífico «fiat» de Primavera
que fecunde mis celdillas,

y dé savia á las semillas
que en mi espíritu presagian una flora venidera!

Tiempo no es de que la Suerte
precipite mis anhelos al arcano de la muerte:
mi alma es gema.... ¡que se labre!
es mi espíritu capullo.... ¡que reviente!
y después ya nada importa que mi frente
sienta el beso del abismo que ante mí sus antros abre!....

¡Oh Natura, siempre hermosa; dulce madre, siempre buena!
otra vez mi alforja llena:
estoy pobre, nada traje,
perdí todos mis ensueños en el viaje,
y entretanto que mi barco avanza, avanza,
me flagela la nostalgia de un miraje,
de un miraje de ilusión ó de esperanza!

Eres flor, vuelca el nectario de tu miel en mi amargura;
eres luz, rasga mi sombra con el haz de tus fulgores;
eres fuego, cauteriza de mis llagas la tortura;
eres savia, dame aliento, y ¡oh señora! transfigura
en ubérrimos jardines mis tebaidas interiores!....

Mis vestidos y mis carnes son girones desolados;
pero mira: no te alejen mi pobreza y mis horrores,
porque si abres á mis ojos tus verjeles encantados,
en la gloria del ensueño, mis andrajos serán flores
y mi sangre una cascada de escarbunclos purpurados!....

Enriquece mis anhelos
con zafiros y turquesas de tus cielos;
con el nácar que prodigan tus solemnes ortos magos

y con perlas de tus ríos vagabundos,
y esmeraldas de tus sotos, y diamantes de tus lagos,
y con ópalos divinos de tus soles moribundos!

Mi ansiedad febril refresca,
dame olvidos, dame calma,
y haz, ¡oh madre! que florezca
la dulzura de la paz dentro de mi alma!....

ALFONSO CRAVIOTO.

FLOR SILVESTRE

—

En la casita de verdes cañas
la vivaracha pastora hila;
y esconde el fuego de su pupila
tras los crespones de sus pestañas.

Van los labriegos á sus cabañas
al són pausado que da la esquila;
y en el ocaso la luz tranquila
del sol prende oros en las montañas.

En l'alta comba brilla un lucero.
Y los rebaños por el sendero
bajan formando compacta fila:

y ajena á cosas para ella extrañas,
la vivaracha pastora hila
en la casita de verdes cañas.

ALF. ZEPEDA WINKFIELD.

Estudio por Francisco ZUBIETA.

DESDE EUROPA

Bruselas.

SR. D. LUIS CASTILLO.

México, D. F.

Mi querido Luis:

Tarde, después de algún tiempo en que no he vuelto á saber de Ud., le escribo esta carta; ella le lleva mi recuerdo cariñoso y mi saludo cordial.

El viejo estribillo de «qué aprisa pasa el tiempo,» nunca más que ahora me parece verdadero y oportuno, y lo intercalo aquí sin temor de caer en un sobado clisé. Todas las cosas que he visto, todo lo que oído, mis sensaciones y las emociones determinadas por aquéllas, se han desarrollado en mí con una rapidez de sueño y como si sólo trabajara en ellas mi memoria ocular, evocándolas como las sucesivas imágenes de una película cinematográfica; visiones de París, boulevares ateridos de frío, árboles que sueñan en una primavera futura; tristeza soñolienta del invierno, mucho frío en las calles; paisajes que no se acordaban á mi exuberante reino interior, hecho de rosas en botón, de granadas no abiertas, de ilusiones infinitas.—Museos, revelaciones maravillosas de los primitivos franceses é italianos; la psicología profunda y la santidad plástica del Beato Angélico, la harmonía infinita, de música y de verso, de Sandro Boticelli, y más tarde Leonardo Da Vinci y la inenarrable Gioconda y el San Juan y las Vírgenes de las Rocas y los fastuosos venecianos con sus prodigiosos cantos líricos del color, y Velázquez y Rembrandt, y el alto y distinguidísimo Van Dyck, y el pomposo y exu-

berante y carnal Rubens y. . . . ¿á qué amontonar adjetivos?. . . . En los modernos, la ciencia prodigiosa de la luz física y de la luz psicológica, si puede decirse así, de Eugenio Carriére y Bésnard luminoso y rico como un maestro antiguo y Puvis de Chavannes. . . . . ¿á qué amontonar nombres?

Después, mi regreso en el estío á París; los árboles tenían ya un dorado presagio de Otoño, el Barrio latino hervía de juventud y de alegría, y en el «salón» triunfaban una vez más Carriére y el inmenso Rodin.

En Bruselas, exposiciones del arte antiguo de la tapicería que enseña á mis ojos asombrados, harmonías de color que nunca antes había soñado; en Ipres y en Brujas, la melancolía morbosa de las ciudades muertas, los canales pensativos y los *béguinages* que me hicieron pensar tanto en mi querido Rodembach. . . .

En Amberes, exposiciones de obras de ese flamenco de alma y de sangre que fué Jordaens, en el que veo, como en ningún otro pintor antiguo, el gozo de pintar. La exposición del arte contemporáneo con bellos y extraños cuadros de Zuloaga, que nos habla de España con sus majas y sus toreros y que nos hace pensar en Goya y en Sánchez Coello y en el Divino Greco.

Acabo de regresar de Holanda; traigo del mar bríos nuevos y la cara quemada por el sol. He trabajado pintando y dibujando con todas mis fuerzas, y mi libro, «En busca de Dulcinea,» está casi terminado.

El tiempo se va y me obliga á terminar; reciba un abrazo muy apretado de

ANGEL ZÁRRAGA.

NUESTROS GRANDES ARTISTAS.

Manuel José OTHÓN, Poeta y Dramaturgo.

EL ULTIMO CAPITULO

FRAGMENTO.

SALE GUTIERRE DE CETINA.

CETINA.—Bien hallado sea el príncipe de nuestros ingenios *(inclinándose cortés y efusivamente)*.

CERVANTES.—Señor..... *(confundido, con sincera modestia)*.

CET.—El príncipe, sí, que de esta manera os ha de llamar la posteridad, y cuide bien de no llegar á apellidaros el soberano absoluto.

CER.—Confuso y agobiado me ponéis en verdad, y mis oídos se pasman, que jamás á semejantes elogios estuvieron hechos.

CET.—Mirad que no soy yo quien os alaba: os alaban los dos maestros que elegí para la censura y aprobación de vuestro libro; y lo que es más, lenguas de vos se hacen las naciones más extranjeras, como lo veréis por la narración que fray Juan Márquez me ha hecho de cierta visita del señor Embajador de Francia al Eminentísimo de Toledo, Don Bernardo de Sandoval y Rojas.

CER.—A quien Dios guarde y bendiga en este mundo, y dé en el futuro siglo su santa gloria.

CET.—Sí, sé que ama tanto á vuesa merced y es tan devoto de sus obras, que le da el amparo y protección que otros le niegan: lo mismo que su alteza el muy poderoso señor Conde de Lemos, Don Pedro Fernández de Castro, que representa la augusta persona de nuestro monarca en el reino de Nápoles.

CER.—Así es, en efecto, y de ambos soy humildísimo criado.

CET.—Pues, siguiendo la narración de fray Juan, es el caso que con el Embajador vinieron muchos caballeros franceses, tan corteses como entendidos y amigos de las buenas letras; quienes de las castellanas tratando, con los capellanes del cardenal, á dar vinieron con la persona y nombre de vuesa merced; y apenas le oyeron, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la admiración en que os tienen todos los reinos. Preguntaron vuestra edad, profesión, calidad y cantidad. Apremiado vióse el maestro Márquez á decirles que erais viejo, soldado, hidalgo y pobre; á lo que uno respondió estas formales palabras: «pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?».....

CER.—¡Oh, Señor! es que los franceses siempre han sido y serán primeros en la cortesía, y únicos en la gentileza.

CET.—Pues acudió otro de los caballeros y con suma discresión y agudeza, exclamó: «sin necesidad le ha de obligar á escribir; plegue á Dios nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

CER.—Pobre he sido siempre y moriré pobre; y los partos de mi in-

genio antes enriquecerán á otros que á mí *(con intencionada y triste expresión)*.

CET.—Bien miro adonde enderezáis el agudo y certero dardo de vuestro reproche.

CER.—No quiera Dios que el altísimo poeta, el hijo legítimo de Apolo, el nunca como se debe alabado Gutierre de Cetina, piense de mí que para el tordesillesco autor del segundo y mudado Don Quijote, abrigo en el pecho venganzas, riñas y vituperios. Castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya. Cuanto más que aquel Don Quijote, no es Don Quijote, ni es caballero, ni hombre tan siquiera, pues que desamorado de Dulcinea le pintan.....

CET.—É infanzón, caballero, fijodalgo pobre ó siquier humilde escudero que en el alma no llevan la imagen real ó ideal de una mujer ó no la han llevado nunca ni son caballeros ni infanzones, pero ni merecieron haber nacido hombres! *(con arranque brioso)*.

CER.—En mi alma leéis como en un libro; mírome en vuestro corazón como en un espejo; ¡oh, poeta! oh, dulcísimo poeta! *(con entusiasmo)*.

CET.—Sí, Miguel de Cervantes, la más grande alteza de vuestro libro, está en el amor sin igual y sin límites de vuestro esforzado caballero á la sin par Dulcinea del Toboso; amor que resiste á la ausencia y á la irrealidad; á los encantos y á los prodigios; al tiempo y á la muerte..... Qué más! hasta á la misma grosería y fealdad de lo existente.

CER.—Porque mi Dulcinea es la mujer con quien soñamos y por quien vivimos todos los hombres. Por ella va el guerrero á la victoria ó á la muerte, corónase el héroe de laureles y el poeta entona cantos que hacen estremecer y cantar á la vez el corazón del mundo; por ella somos altos ó bajos, abyectos ó sublimes, y por ella, convertida en visión de fe y de gloria, va el mártir, con fulgurante sonrisa en los labios y aureola resplandeciente en la cabeza, á la prisión y al sacrificio, á la hoguera y á la cruz!..... Vos, poeta antes que sacerdote, habéis amado?

CET.—Y amo todavía! Amo á una muerta que está viva; viva en el

paraíso con los santos; viva en mi corazón con los recuerdos..... Como vos fuí soldado y ostento luminosas cicatrices en mi cuerpo.. ... ¡Oh, Dorida!..... Oh, mi Dulcinea!..... Enseñadme, maestro, mostradme por favor á la vuestra, que es la más bella y casta entre todas las mujeres! *(Ambos han ido elevándose hasta llegar al deliquio).*

CER.—Búscala Don Quijote en todas partes *(como en un ensueño).*

CET.—Alguna vez la encontrará.....

CER.—Quien sabe! *(pensativo).*

CET.—Es que si no la encuentra, morirá.

CER.—La muerte viene cuando el ideal se evapora y se desvanece la esperanza.

CET.—Muertos están los míos!

CER.—En la carne sí, pero vivos en vuestro espíritu.

CET.—Oh! ciertamente ..... *(con ansiedad).* ¡Quiero, quiero mirarla!

CER.—De seguro no la veréis..... ni Don Quijote mismo! *(con suprema y honda tristeza).*

CET.—Como él la imaginaba, quiero verla. *(Pausa. Cervantes, sentado ante la mesa, empieza á hojear el manuscrito. Gutiérrez se acerca al balcón, á través del cual se ve el cielo profundamente azul de la noche invernal, salpicado de astros cintilantes).* ¡Cómo late el firmamento en la cerúlea profundidad! Estrellas y luceros contémplanme cual ojos tristes y amorosos que á espíritus como el mío, por el dolor traspasados, enamoran y llaman.

CER.—*(leyendo).* «Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar y con más obscuridad de la que habríamos menester para alcanzar á ver con el día el Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea del Toboso».....

CET.—*(como en éxtasis).* Un alma.. ... un corazón..... un hombre, un hombre!

CER.—*(leyendo)*..... «porque ninguna cosa hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas»..... *(Sigue leyendo, pero sólo se oye el murmullo de su voz, mientras dice Gutierre sus versos. Este sigue con la vista fija en el*

espacio, sin oir, al parecer, las cláusulas de Cervantes, como reconcentrado en sí mismo y la mente tornada á tiempos ya idos).

CET.—

"Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráis airados?"

CER.—*(leyendo)*..... «Que cualquier rayo del sol de su belleza que llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía».....

CET.—*(como antes).*

"Si cuanto más piadosos
más bellos parecéis á aquel que os mira,
porque no parezcáis menos hermosos
¿por qué á mí sólo me miráis con ira?".....

CER.—*(leyendo):* «A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto á la que Sancho llamaba reina y señora. . . . . y mirábala con ojos desencajados y vista turbada, porque no descubría en ella sino una moza aldeana y de no muy buen rostro.» *(Declamando)* Y con todo y eso, al ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, Don Quijote en el suelo *(salta varias hojas del manuscrito y continúa leyendo):* «molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba *(en tono solemne y profundo),* con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo!. . . .»

CET.—*(Como arriba):*

"Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos!"

CER.—*(dejando el manuscrito).* Qué! decíais versos mientras yo leía?

CET.—Vos cantabais la poesía inmortal: yo murmuraba apenas un eco tan sólo de la vuestra.—Mas ya os dejo, señor. Hemos vivido un instante en el cielo. Volvamos á la tierra. Dios os

guarde. *(Apártase con lentitud al notar que Cervantes, abstraído completamente en la lectura de su obra, no advierte ya la presencia de su amigo, quien se aleja con el mayor sigilo para no interrumpir la abstracción meditativa del poeta).*

CER.—*(Continúa leyendo en alta voz, sin darse cuenta de que Cetina se ha ido).* . . . «Quedó Don Quijote sobre modo contento y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora.» *(Pausa).* . . . . . «Y á la entrada del pueblo, oyó á un muchacho que dijo á otro: no te canses, que no la has de ver en todos los días de tu vida. . . . y cuando oyólo, dijo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que ha dicho?. . . . que aplicando esa palabra á mi intención, significa que no tengo más de ver á Dulcinea. . . .» *(La voz lejana de Gutierre de Cetina repite versos del madrigal, en tanto Cervantes se apercibe á escribir, reclinado sobre la mesa y la frente sobre la derecha mano).*

CET.—*(dentro, alejándose):*

"Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráis airados?....
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos!"

CER.—*(meditabundo, prestando oídos á los versos de Cetina, pero sin moverse ni volver el rostro).* El eterno ideal!.... Allá, su Dorida. . . . aquí mi Catalina. . . . Dulcinea en todas partes!. . . . . *(Empieza á escribir despacio).*

NOTA.—Evidentemente que este Gutierre de Cetina, no es el poeta de las canciones y los madrigales, que nació en Sevilla á principios del siglo XVI y murió en la misma ciudad, hacia el año de 1560. Fué soldado y estuvo en Italia, Túnez, Flandes y México: y en los últimos años de su vida abrazó el estado eclesiástico. Pero hay otro Gutierre de Cetina, doctor, que fué Vicario de Madrid que probablemente descendía de aquél, y el cual, previa censura encomendada á doctos varones de la época, dió licencia para que se imprimiera la segunda parte del Quijote.—El autor, á favor del homónimo, comete, á sabiendas, este anacronismo; ó, más bien, hace de ambos personajes uno solo. Ya otros escritores los han confundido.

ARTE FOTOGRÁFICO.

Estudio de LUPERCIO

AMOR-MATERIA

Si miro tu negreante cabellera,
O si con ella juego
Cuando me atraes mimosa y zalamera,
El pavor de las sombras siento luego.

Si me asomo hasta el fondo de tus ojos,
Para, en tus despotismos,
Sorprender el por qué de tus enojos,
Me invade la atracción de los abismos.

Si de tu blanca piel contemplo sólo
Ciertos vagos relieves,
Siento el deslumbramiento que en el Polo
Siente el nauta á la vista de las nieves.

Si de tu voz escucho los soberbios,
Claros timbres melódicos,
Agítase el cordaje de mis nervios
Con estremecimientos espasmódicos.

Y si tu boca quiere, en su denuedo,
Brindarme su dulzura,
De ti me aparto porque tengo miedo
El vértigo sentir de la locura!

LUIS CASTILLO.

EL SILENCIO

Es, sin duda, la palabra, el más amplio de los símbolos estéticos del pensamiento. Más que las formas esculturales ó pictóricas, más aún que el sonido musical, la frase reproduce los variados matices del espíritu, encausando las complexas asociaciones de ideas y el caprichoso torrente de las emociones.

En esa arca santa del ingenio, se depositan los más exquisitos frutos de la mente; cristalízanse los ensueños, las intuiciones se formulan y las ficciones esplendorosas encuentran sus moldes perdurables.

Bien merece tan bello instrumento del pensar, los elogios que se le prodigan; bien merece, desde ahora, á fe mía, todos los que puedan prodigársele; gracias á él, lo espiritual se materializa, lo indeciso se define y lo que fuera en cierto modo sobrehumano, se convierte en humano y se torna accesible. Así como en el milagro eucarístico, Dios desciende á la hostia que comulgan los fieles, así en la eucaristía de la palabra, el genio, ese dios, desciende al verbo y de ahí va á cumplir su éxodo redentor, esclareciendo las conciencias, vigorizando los anhelos y acelerando la marcha de nuestra ilustre estirpe, hacia una vida mejor y más lejana á cada momento, de la animalidad primordial.

Empero no se consuma radicalmente el prodigio. La pasmosa ductilidad de la frase, no aprisiona por completo la eminente personalidad de uno de esos «hombres cíclicos:» Platón ó Isaías. El diamante de innúmeras facetas no se irisa con cada uno de los destellos del genio. La plasticidad armoniosa de la palabra es relicario incapaz de encerrar lo que idealmente podría creerse que abarcara. Aun cuando los ensueños se formulen y las intuiciones se forjen, siempre queda un algo inabarcable, un residuo ignoto, que constituye lo más sutil, lo más intenso del espíritu genial. Hamlet, Otelo, Macbet y Lear, nos hablan con su cuádruple locura, de un Shakespeare diverso del Shakespeare dramaturgo. Tras del humorismo caballeresco de Cervantes, se vislumbra un sol que no ha de alumbrarnos con sus maravillosas fulguraciones. El doctor Fausto, dudando, nos anuncia el arcano divino que aprisionó la testa de Goethe, y del poema inmortal de Alighieri, emerge un Dante enorme, muy más grande, muy más hondo que el formidable épico de la Divina Comedia.

Cuando la reconcentración del espíritu creador logra su apoteósis; cuando desprendido en apariencia del mundo, se complace el gran meditativo en las fruiciones que le brinda su paraíso interior, y sólo consigomismo, dentro del eterno vaivén universal, palpa la exteriorización de sus construcciones intelectuales y es como un simple espectador de la poderosa gestación de su mundo interno; cuando embebecido en su delectación angélica, permanece en una inmovilidad inefable, es puntualmente cuando alcanza su más alto grado de individualidad, y, entonces, no es concebible que se traduzca á sí propio; se halla en un estado de quietud soberana, como los fakires extáticos paralizados por la contemplación del firmamento.

La obra maestra del genio, no es la estrofa alada y brillante que cuelga su nido en nuestra memoria, no es tampoco el drama tormentoso que crispa nuestros nervios, ni el poema que suscita nuestra veneración religiosa, ni el himno pindárico que abre en nuestro cerebro un surco de gloria. La verdadera obra maestra del genio es lo que la humanidad no conoce, lo que jamás ha conocido, lo que ignorará siempre.

Hay que elevar altares al silencio, como ha dicho Carlyle; yo he visto una hermosa lámina que es un altar elevado al silencio de Vir-

gilio. En el fondo de la estampa se retuercen los troncos milenarios de un bosque y las frondas cantan la sinfonía de lo verde. Virgilio, arropado de blanco, aparece en primer término é inclina su cabeza en aptitud meditativa, sobre su pecho virgen. . . . Nunca tuvo más inspirado cantor el dulcísimo poeta latino.

¡Hay que elevar altares al silencio! Hay que pedir al rápido correr de los instantes, una mínima porción de aquel deleite que sublimó las almas de los genios. Hay que alejarse del bullicio del día y de las fascinaciones de la palabra con el fin de deslizarse muellemente arrebatado por las silentes alas del tiempo! Hundamos con fervor místico, lo más genuino de nuestro ser moral en las dulzuras de ese nirvana.

Que las sombras maternales de la noche nos cobijen alguna vez, mientras que, desligados del tumulto de la vida, perseguimos, por el orbe nebuloso del ensueño, nuestra quimera informulable.

ANTONIO CASO, JR.

HOJAS DE OTOÑO

Si sorprenden mis versos las secretas angustias
de tu mal, indiscreto no me juzgues después;
yo presiento que sufres, y por eso están mustias
estas líricas rosas que deshojo á tus pies.

Es un pálido ramo de marchitas corolas
largamente impregnado de tristeza autumnal;
si lo aceptas, acaso cuando llores á solas
sentirás la caricia de su aroma cordial.

Si tal vez nuestras almas en las penas van juntas,
ocultando en un gesto de desdén su emoción,
no te extrañe que evoque las memorias difuntas
y á tus pies las extienda como un negro crespón.

RAFAEL LOPEZ.

VAGUEDADES

Magnífico, entre estragos de celajes
tenuemente revueltos en confines
donde asoma el negror, sobre paisajes
que de diafanidades son festines,
traza el crepúsculo épicos mirajes
que glorifican de la luz los fines.

Al descender de guájaras opacas,
donde un grave misterio gris se abruma
previendo ceguedades, como en lacas
exquisitadas con maestría suma,
tiende en algaidas frágiles hamacas
para pigricias de auras, blanca bruma.

En su enorme arrogancia de ruina
heroica, desolada cuna avanza
blanco tormo que en garra audaz termina
crispando ademán fiero de venganza. . . .
Y á una estrella que tiembla, se encamina
buscando un bien eterno mi esperanza.

Y á un meteoro roza ala imprevista. . . .
Un perfume abandona una espesura. . .
Un consejo del viento alza una arista. . . .
Una hoja seca emprende alta aventura. . . .
¡Y la luna sabrá de la conquista
que á intentar mi esperanza se apresura!....

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

ALMAS MEDROSAS

Á Miguel Lanz Duret.

Yo había tenido miedo; el bosque lóbrego, presa de ruda estupefacción y mútilo asombro, callaba. Deslumbrada y torpe mariposa que se golpea contra estirada tela de cielo raso, mi corazón golpeábase en mi pecho.

Quise huir de horror, sentía que algo, de uñas retorcidas y orejas puntiagudas y enormes, á pasos de seda seguía mi camino. Un buho pasó rayando tinieblas con sus ojos flavescentes como flores amarillas. Apreté mis párpados, y entonces creí ver gatos enfurruñados y cerdos casquimuleños; me oprimí los oídos, y oir creí fúnebres ululatos quejicosos, y sentir sobre mi cabeza mojados belfos de caballos disformes cuyos resuellos movían y erizaban mi melena.

Cuando descendí, la llanura solitaria fingía por manchas de sombra y claros de luna triste, anegadizo terreno cubierto de agua. Turbó quietudes de copas fuerte ráfaga, y las ramazones hablaron terribles cosas en la selva removida por terrores y remordimientos seculares.

Corrí. En el lago, luengas hojas fingían espadas; los tules, crines de caballos hundidos; las sombras de abedules, rotos pabellones fú-

nebres; y las hojillas secas de sauces mustios, muertos pecesillos á flor de agua.

Zábilas erectos parecían buitres azabachados abiertos de alas, y zacatones silbantes corrían como persiguiéndose. Un guijo era crustáceo, y un martojo, bruja en cuclillas.

Cuando ví, como esqueletos alumbrados interiormente, las chozas de mal unidas costeras que rodean el Rancho, cesó mi temblor imbécil, como el del árbol súbitamente soltado tras fuertes sacudidas. Todavía en la puerta una zalea sin curtimbre, clavada en el muro, parecía inmóvil vampiro esperándome.

Llegué, y ocultando azainadamente mis pavores de chiquillo, entré al comedor. Cené poco, sentía un azorvamiento de cabeza terrible y bien pronto me aburrió la conversación de canícula, escarda, sembrazones, azoleo y ¡quién sabe cuántas cosas referentes á labranza!

Se habló de corazonadas y espantos, y me sacudí como ave bajo el gotear de lluvia repentina. En otra forma repetiré lo que allí se habló.

—Allí, en la cañada, dijo el dueño del Rancho, dirigiéndose al mayordomo, en los cenizos helechales canta el hombrecillo. Empieza á embarbecer; hobachón, carilucio y cuando más de un metro de altura. El galón de su sombrero brilla como las cerillas húmedas; su chaqueta de piel, con alamares de plata, es de resental, y el pantalón ajustado tiene una botonadura de huesos muy blancos. A la cintura lleva una banda de color de lumbre, y cuando á lomos de su pollino espelurciado pasea por la barranca, se oye un ruido semejante al que hace la leche en los botes á las horas de ordeñar. En las noches diáfanas juega con dinero en los retazos limpios de la selva. ¿Qué males causa? ¡Vamos! Si llega —estando el cielo chubascoso— á corrales de cabras que abonan baldíos, silba y le siguen todas como al declive las aguas, los perros enmudecen y los pastores se tullen. En los novilunios, de Agosto á arriba, cuando algunos entecos arbúsculos se llenan de brotes como ámpulas de cera tierna, esperando familias de venados que gustan de flores de Cantueso, pimpollos de madroño y dulces brotes, los cazadores han visto huir al pollino cuyas costillas no impedían ver más lejos, con su cencerro al cuello guiado por el hombrecillo que sonaba su carraca.

¡No hace daño siempre! Aquí en las trojes, con cerdas en torzales, colgó de las narices crucificadas lechuzas, y también, ¡hace mucho! amaneció una ternera con jáquima, freno, retranca, collares y todos los arneces de una mula.

—Ustedes han oído rodar en el techo quejumbrosos puñados de arvejones, y calabazas estriadas, que al otro día muestran en la tierra, la pulpa de su carne y las lombrices de sus hebras. El prende luminarias de seroja en barbechos desnudos, en afelpadas besanas corre alegremente mientras pace su cabalgadura, ó se tumba y canturrea; él, para que no mueran destripados, quita pedruscos de las trampas de los topos; él, quien corretea coyotes que huyen grifos y despavoridos por carriles solitarios.

—Recibía yo la relación con risotadas; pero imposible sobreponerme á tantas necedades. Imaginábame al charrillo siniestro, burlándose de los corcovos del rucio, atisbando entre guías de colorines cimarrones galopes de huroncillos perseguidos por un zorro gris, ó construyendo casitas en el arenoso cantizal. ¡Y la noche llena de paz, solemne acogedora de todo eco!

¡Vaya, dije abandonando el asiento; de seguro sueño al duende! ¡Buenas noches! Y al encaminarme á mi pieza, llevaba un miedo grande como la selva misma! ¡Perros y cornetas son las fábulas!

—Leeremos un poco, gritó mi primo siguiéndome.

¡Bueno! dije distraído. Y mientras él buscaba un tomo, permanecí recostado en mi lecho de campaña, donde hallé un muñeco de porcelana, dejado quizás por los chicos del Administrador, y me puse á hacerlo voltigear, tomando las puntas del cordón que pasaba por su cuello.

—Mira, dije á Luis, esto deberían hacer con el charro del barranco. De pronto dí un grito espantoso, tartamudeando, y de terror se llenaron de lágrimas mis ojos. Me había enseñado el muñeco la lengua rojiza y larga como un pétalo purpúreo de clavel. . . .

Abel C. SALAZAR.

SONETOS

HECHIZO

Cantabas.
Á las desiertas
avenidas de dolor,
de mi jardín un rumor
llegaba de alas abiertas.

En el lago de aguas muertas
de mi tedio hubo un temblor ...
y así el Canto triunfador
fué por las praderas yertas ..

Yo en la sombra te miraba.
Y tu mirada adormida
por lejanías vagaba

Y era un hondo encantamiento....
¡Y para toda la vida
puse en ti mi pensamiento!

MANUEL DE LA PARRA.

SALOMÉ

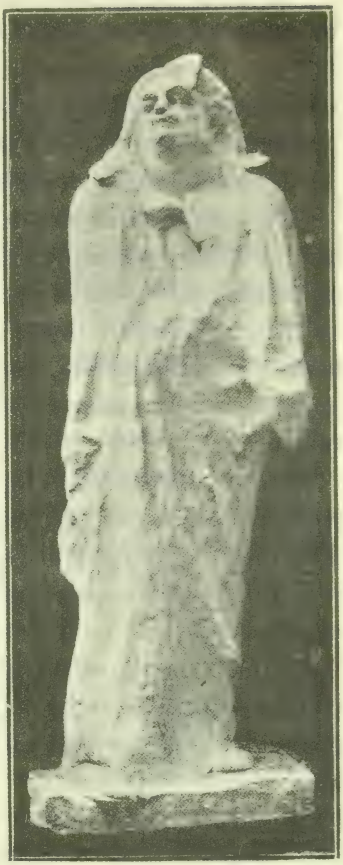
Frente al yugo del tirano
Que oprime,
Se alza un amor sobrehumano,
Sublime.

De su ser en el arcano
Se imprime
Un presentimiento insano ...
Y gime.

Su acento tierno y celeste
Solloza como un agreste
Oboe,

Y en su voz cada palabra
Es una nota macabra
De Pöe.

MANUEL M. BERMEJO.



AUGUSTO RODIN

SU ESCULTURA: BALZAC

Iniciamos con la publicación de esta notable y rara escultura, la serie de obras que, por su significación en el mundo del Arte, y por la trascendencia que en él tengan, juzguemos pertinente dar á conocer á nuestro público.

Augusto Rodin, por la pasmosa evolución que ha realizado en la técnica escultórica, así como por su original y notabilísima concepción artística, marcha hoy al frente de los que se dedican á cultivar esta modalidad del Arte que desde los tiempos de Donatello, de Miguel Angel y de Carpeaux, había permanecido en un punible estancamiento.

No es la obra de Rodin, por los estremecimientos nuevos que aporta, y por sus contrastes y rebeldías con las técnicas anteriores, de aquellas que se imponen bruscamente. Cuarenta años de paciente lucha formidable contra el desdén, las befas y el rutinarismo, fueron necesarios á este maravilloso genial, para imponer su nombre á sus contemporáneos y al futuro.

Rodin exterioriza la idea que sobre su Arte tiene, en esta compendiosa frase: «El enmendar y repulir los dedos, los pies, ó un mechón de cabellos, no tiene, á mis ojos, ningún interés: son detalles que comprometen la idea central, la gran línea, el alma de lo que he querido decir.»

De entre la abundosa bibliografía rodiniana, desprendemos el siguiente juicio sobre la escultura que publicamos, hecho por uno de los que más sabiamente interpretan el espíritu y la tendencia del Maestro:

Augusto Rodin dedica á Balzac esa veneración religiosa que inspira el genio á los grandes artistas. Para componer un monumento digno del novelista inmortal, Rodin leyó sus libros, estudiándolos; asimilándose el penetrante olor á humanidad que impregna los tomos de *La Comedia Humana;* apreciando bien el esfuerzo titánico que suponía la erección de tan vasto, sólido y bellísimo monumento. Rodin buscó retratos de Balzac, examinó su letra, las anécdotas que de él se cuentan, viviendo en la intimidad de ese reguero de recuerdos que, como estela de luz, los hombres ilustres dejan tras sí: «Balzac era —dice Lamartine— como la concreción de un elemento: la cabeza grande, los cabellos esparcidos sobre la nuca, y las

mejillas como una crin que las tijeras no podaban jamás; callado, colosal, la mirada ardiente; era grueso, macizo, cuadrado desde la cintura á los hombros....»

Y Rodin lo representó así: aparece Balzac de pie, cubierto bajo una amplia vestidura monacal, como levantándose á media noche para continuar su trabajo. La figura del novelista, aunque maciza, quiere remontarse, subir, desprenderse del suelo; en ella el menosprecio de los detalles es absoluto; todo parece inconcluido, y sólo la cabeza ciclópea, los labios rebosando desdén, los ojos enormes, la frente levantada al cielo, sublimada por un pliegue austero de omnipotente penetración, viven con vida inmortal.

Sobre toda la humanidad de piedra que Rodin ha formado, Psiquis vela: á veces es un nimbo, un reflejo lunar esparcido alrededor de la obra; á veces es toda la obra; pero siempre, lo mismo cuando gobierna despóticamente, que cuando murmura y aconseja, Psiquis inmortal domina el clamoreo rabioso de los músculos....

Stuart Merril, en su Filosofía de Rodin, dice, por último: Rodin es un gran poeta del Dolor, no del Dolor resignado que se doblega en actitudes muelles, sino del que reta al cielo con la frente alzada. Y así es, en verdad, hijo de su siglo, cría de la ciencia é hijo de la rebelión. No es, ni bastante ignorante para ser optimista, ni bastante débil para ser pesimista. Es, en la plenitud de su fe, y con la certidumbre de su fuerza, un *mejorista*.

No reprochemos á Rodin el que no haya realizado el ideal olímpico de un Fidias. Pertenece á una época, dolorosa y apasionada que corre hacia la belleza, más bien que realizarla. Tendrá el mérito de ligar á las tradiciones de las grandes escuelas del pasado, su obra contemporánea y todavía repleta de porvenir. Es de aquellos que en sus manos vigorosas reciben de los antecesores la sagrada antorcha, y la transmiten á los pósteros...., ¡Es un genio!

S. M.

EL AJUSTICIADO

PARA ALBERTO HERRERA.

Subió al cadalso en actitud doliente
por la vergüenza del tormento mismo;
colocó la cabeza humildemente
y esperó el cataclismo.

La cuchilla bajó con el coraje
de su realización; hizo el desgaje
del doblegado cuello, y la tortura
de mil espectadores inhumanos
se expresó por la tensa crispadura
de nervios y de manos.

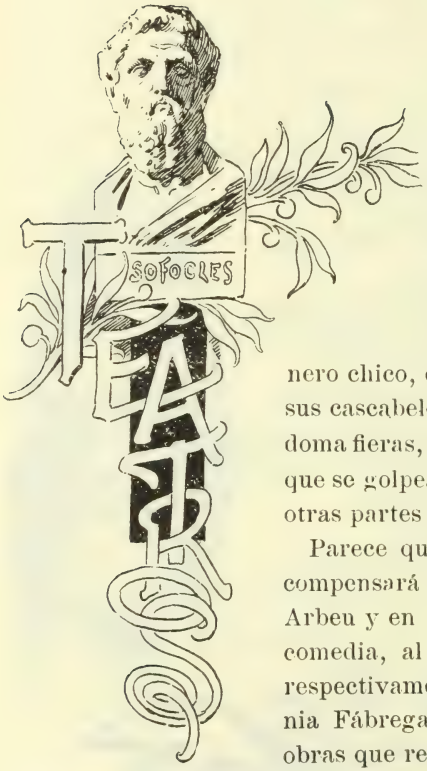
Y rodó la cabeza, bruscamente,
con un ruido sin eco,
mientras el tronco, desgarrado y hueco,
alargaba sus miembros, lentamente,
todo flojo, muy blando, muy despacio,
cayéndose en sí mismo como el lacio
chorrear de una fuente.

Quedó en los labios la tranquila mueca
de una consumación sin agonía:
y en el torso, la sangre que escurría
dibujaba una greca.

Sólo sus ojos, sus abiertos ojos,
sus ojos espantados,
expresaban angustia,
fijamente clavados
sobre la rosa mustia
de sus miembros tronchados.
Y miraban, miraban con ternura,
con dolor, con pavura,
aquella flor de sangre separada
de su propio vivir, aquel despojo
de su unidad completa,
como una rosa quieta
mirando la clorosis del rastrojo. . . .
Y se miró á sí mismo, y tuvo pena.
Y miró en derredor, y tuvo enojos:
la multitud impávida, serena,
admiraba el rigor de la condena
con sus millares de intranquilos ojos.
Pero miró al azul, y las estrellas
le llevaron consuelo.
Suspiró por la luz de todas ellas,
suspiró por el cielo.
Y sofocando tan sencillo anhelo,
llegó el verdugo, le cogió del pelo
enmarañado y bronco;
puso en un saco la rojiza testa
y echó sobre ella la hemorragia presta,
brusca y tenaz del mutilado tronco.
Y con un canto ronco
de sus días de fiesta,
alzó su fardo glutinoso y blando,
lo echó á la espalda. . . . Y se alejó cantando! . .

JOSE F. ELIZONDO.

CRONICA GENERAL



¿Qué puedo decir en este número? ¿de qué voy á hablar, si vuelvo á todos lados la cara y es una espantosa desolación? El género chico y el circo, dueños absolutos. El género chico, con su séquito de sentimentales chulos que se disputan chulas más sentimentales aún, de chistes burdos y de mallas. el género chico, enemigo del arte, y el circo con sus cascabeles y sus tristezas: una mujer que doma fieras, niños que hacen piruetas, clowns que se golpean .. y nada más. El arte en otras partes muy lejos de nosotros.

Parece que la temporada de Pascua nos compensará de ésta. Se anuncian en el teatro Arbeu y en el Renacimiento, compañías de comedia, al frente de las cuales se hallan respectivamente Francisco Fuentes y Virginia Fábregas, quien pondrá en escena las obras que resulten premiadas en el concurso abierto por el Ministerio de Instrucción Pública. Rumórase también que vendrá la Tina di Lorenzo y Carini, y más tarde una compañía de ópera, en la que figuran notabilidades como la Pacini y San Mar-

co, y en la que se estrenarán «Siberia,» la última producción del genial autor de «Andrea Chenier,» y «La Cabrera,» ópera que ha sido un verdadero acontecimiento musical.

Cuéntase también que volverán á visitarnos los dos artistas inolvidables, von Reuter y Newstead, los únicos que trajeron una nota de arte en los pasados días. . . .

El mundo teatral está de duelo por la muerte de dos de los campeones de la escena, de Luis Taboada, el festivo escritor, y del maestro Fernández Caballero, acaso el más inspirado de los compositores españoles.

Deja como estela luminosa obras bellísimas, con las que han gozado tres generaciones, entre las que descuellan sus «Dos Princesas,» sus «Gigantes y Cabezudos» y «El Cabo Primero.»

Con esta nota triste cierro estas tristísimas teatrales, en las que sólo hubiera podido hablar del género chico y del circo.

JOSE J. GAMBOA.

LA VENGANZA DE LA GLEBA

ALTA COMEDIA DE FEDERICO GAMBOA

Una exposición osada y feliz de un trozo de vida nacional, puramente nacional, en que campean psicología y belleza en amigable consorcio. Tipos vivos, vistos, expuestos de alma y carne, y diálogos plenos de poesía, de pasión y de amor en palabras toscas y campesinas, y he aquí un mérito: el disparate en que se envuelve un sentimiento ó una pena no mueve á risa; es serio, es lastimoso. El autor, en su idea de hacer vida en el teatro, reprodujo el lenguaje burdo del gañán, y sobre esto bordó primores de poesía. La acción se desarrolla en una de nuestras típicas haciendas, y desde el principio de la obra se revela el poeta. Se nota esa tendencia inevitable á hacer belleza aunque se estudie un asunto social ó se éntre á la exposición de seres humanos. Desde el principio de la obra, que se inicia

en un atardecer, al són de melancólico alabado y al rumor de una fuente que canta y canta su canción melodiosa de misterio. Hacia el fondo, el campo sembrado de trigo; cerca, la capilla, la tienda, el despacho, etc.; y en este medio rural, muy á propósito, el diálogo de Marcos, el campesino torvo, servil por herencia y que apaga su pena en la bebida, y la esposa sufrida que dice: yo no bebo, Marcos; nunca he bebido más que mis lágrimas. Fué la muchacha seducida por el señorito, el amo feudal con derecho de pernada. Se entregó á él casi inocentemente, en plena explosión de juventud y convertida después en carne de cañón, se la casa con Marcos, un corazón de oro en bruto, que se duele de aquella niña, cuyo pecado fué obedecer á la imperiosa fuerza del sexo. El diálogo es tejido de amargura y de amor, al són del agua que dócil y alegre siempre canta y canta.

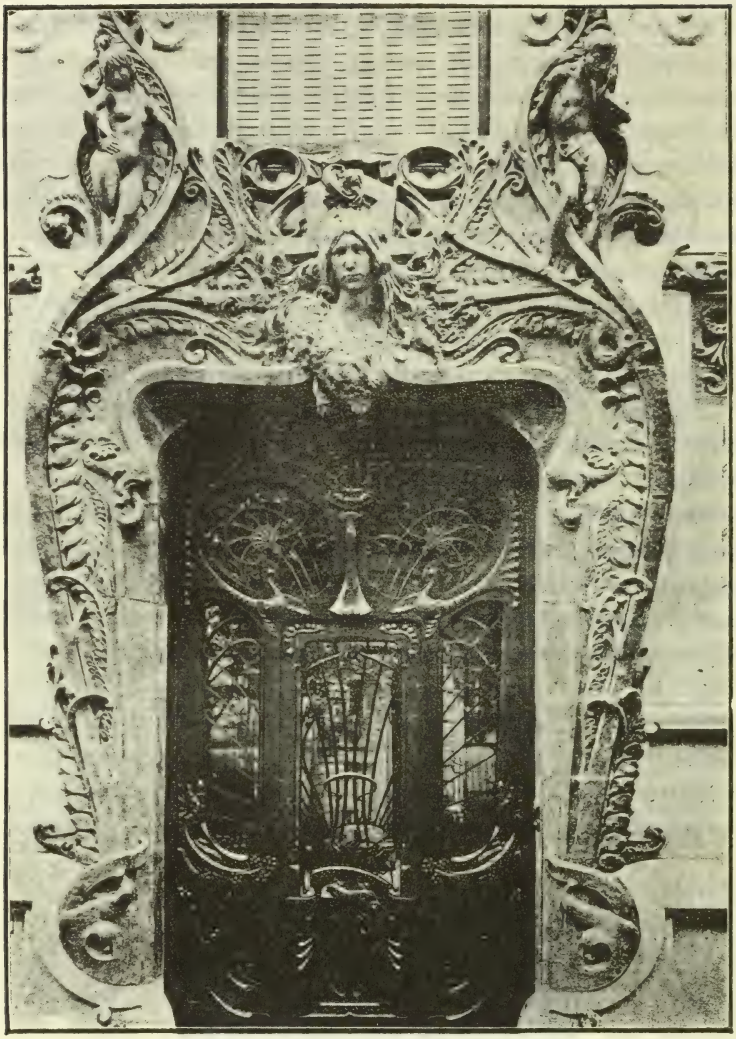
En el segundo acto, que es arrancado de cuajo de nuestro medio rural, aparecen el tipo del ricachón viejo á la antigua, que cree que sus sirvientes no son hechos de la misma pasta que él, ¡esto imposible! y que pueden sufrir vejaciones y desprecios por lo insensibles; el tipo de la señora moral y religiosa hasta lo intransigente y un primor de muchacha de 17 años, la consentida de los abuelos, alegre como cascabeles. Se nota el estudio que de los caracteres de sus gentes ha hecho el autor, cuando en este acto escuchamos el diálogo entre el patrón y el administrador, en que aquél repite con su autoridad de amo el nombre de éste á cada dos frases: "Estoy descontento, Francisco; yo creía encontrar en usted obediencia y se niega á mis órdenes; no, Francisco, esto no está bueno, etc.; ó cuando habla con la nietecilla que torna al abuelo alelado en todo ternura por aquel capullo desbordante de gracia.

En toda la obra flota como una brisa un sentimiento de igualdad, una idea levantada de socialismo, y especialmente en el último acto, en que se hace perfectamente posible el amor entre Damián, el rústico inculto y la señorita, la patrona. Todas son almas, con distinta envoltura, pero todas sensibles á las cosas naturales: además, aquella niña en plena florescencia de vida, al contacto del campo lujurioso que la enardecía con sus siestas de bochorno, sintió naturalmente atracción hacia el rústico por lo mozo y por lo sano. Al borde de la misma fuente donde la pareja anterior llorara su amor desventurado, habla la unión joven ante la esperanza que sonríe, y él cuenta

muy sencilla y bellamente cómo ha visto que se aman los pájaros y las flores, "que no se casan," y que obedecen fuera de toda maldad á la enorme ley de unión de todo lo que se ama entre sí. Después el final, digno de Sudermann, en la plática del abuelo, enfermo ya, y que sale en su sillón á tomar el sol y la nietecilla que de modo delicioso le explica al viejo la novedad que en forma de un niño ciego llamó á su alma. Viene la ansiedad del abuelo por saber quién participa del cariño de aquel retoño de su vida; siente celos, el celo incomprensible, y sin embargo, tan general, que sienten algunos padres por los amores de sus hijos. No sospecha quién puede ser; en la hacienda, ninguno, no es posible; será en México; pero la niña dice que no, que allí muy cerca de ellos.—¿Pero quién?—Damián! . . . El señor recibe una puñalada. Damián era hermano de la muchacha. Se exacerba su mal, no acierta á hablar y muere al propio tiempo que llega un telegrama del señorito, en que avisa que Alacrán salió triunfante en las últimas carreras.

A mí han llegado opiniones muy diversas: que si son los diálogos largos, que si es lento el segundo acto, etc.; pero como yo no soy un crítico, sino un sensitivo, dejo á otro que diga los defectos, mientras yo envío al señor Gamboa mi cordial felicitación, como amante decidido que soy de todo lo que significa belleza y gracia.

ENRIQUE UHTHOFF.



Arquitectura Moderna.

TRILOGIA ROMANA

PARA ALFONSO CRAVIOTO.

EN EL IMPLUVIUM.

Circé: deja esas gotas tremulantes
resbalar por tus carnes luminosas;
se me figuran límpidos diamantes
rodando sobre pétalos de rosas.

—

¡Qué bella estás! Tus curvas harmoniosas
se destacan soberbias y triunfantes,
que tienes la hermosura de las diosas
y el sensual esplendor de las bacantes!

—

¡Oh, inmortal! deja que tu esclava nubia
desate el nudo de tu trenza rubia;
ornado así con imperial decoro,

—

se alzará, como mármol que palpita,
semienvuelto en su túnica de oro
tu escultórico cuerpo de Afrodita!

EN EL TRICLINIUM.

Esclavo: sirve chipre y riega flores,
que las flautas desgranen su harmonía;
donde se rinde culto á los amores
no debe de existir melancolía. . . .

—

¡Oh, Circé, que tus ojos soñadores
irradien con la luz de la alegría,
mientras vierten tus labios tentadores
toda la miel que mi pasión ansía!

—

Psiquis: mi copa, en bronce cincelada,
de exquisito falerno está colmada:
bebe, que en tanto que Cupido asoma

—

en el alegre azul de nuestra vida
¡qué nos importa que domine á Roma
el César crapuloso y matricida!

EN EL PODIUM.

Fíjate; allí, junto de aquel que grita
y extraños himnos á su dios entona,
hunde su fuerte garra una leona
en el seno infantil de una israelita....

—

¡Ese vil espectáculo me irrita;
tanta maldad mi espíritu emociona;
este pueblo es brutal, aunque pregona
que con Minerva siente y resucita....

—

¡Ven, partamos los dos en tu litera;
el festín bullicioso nos espera,
y vale más el fuego de los vinos

—

y el aroma embriagante de las rosas,
que ver despedazadas por felinos
á vírgenes de carnes luminosas!....

ALBERTO HERRERA.

1906.

LOS QUE SE VAN.

BALTASAR MUÑOZ LUMBIER

† en Pachuca, recientemente.

Cayó sin decadencias seniles ni desfallecimientos crepusculares; como él había soñado caer: en plena madurez de vida y en plena floración de pensamiento. La Parca vino á la hora prefijada. Y un cortejo de Panatheneas lo acompañó con su coro de remembranzas perdurables. Y una theoría de Canéforas vació en su sepulcro la ofrenda de sus canastas rebosantes. ¡Lo queríamos tanto!....

En este egregio desaparecido no sé lo que preponderaba: si el corazón ó el cerebro. Era un gran pensador y también era un gran bueno. Su vida fué, con la frase del poeta, peque-

ña por el tamaño como las monedas de Libia; pero grande por la vibración como las rodelas legendarias. Al tener noticia de su muerte, pensé con mi amado Duque: ¡Es día de Navidad en las montañas del Olimpo!

Se había conquistado llegar hasta el alto solio de Júpiter. Fué un paladín del Demos miserable. Su espíritu, serenizado por la sabiduría, era devoto del Pueblo é idólatra de la Libertad. Nació demagogo en la más respetable acepción de esta discutidísima palabra. No entendió la política como «el arte de disfrazar de interés general el interés particular.» Aprendió con el filósofo britano, que el valor de un Estado no es otra cosa que el valor de los individuos que lo componen; y en toda su vida pública se ve la tendencia á dignificar y levantar el espíritu de sus conciudadanos. Fué «profesor de energía» en una época de debilidades punibles. ¡Cuántas catilinarias brotaron de su pluma, docta en bellos decires y en hondos pensamientos; y cuántas veces su látigo de burlas vibró para castigar las bajezas de Eustasio ó las ruindades de Veleyo Patérculo! Y sin embargo, jamás supo de odios, pues si los tuvo, podían traducirse, como los de Altamirano, en amor á la Verdad, á la Justicia y á la República. ¡Era un gran bueno!

Sus ideas filosóficas fueron las de un moderno, depurado de dudas y fortificado por la Ciencia. No bebía el santo vino en la copa tradicional del Evangelio. Pasó por las Pagodas, por las Mezquitas y por las Catedrales, sin ver en ellas más que un símbolo de las creencias de otros. Su doctrina era amplísima; creía con Rosny que «cada uno debe formarse su religión y ser su propio sacerdote.» Amaba á Júpiter esplendoroso de fuerza. Amaba á Jesús, bello de amor y sublime de sacrificio. Amaba á Isis, la Virgen imagen de castidad y de belleza. Y amaba á Siddartha, predicando que «la mansedumbre es dulce y dulce también la benevolencia.» Mas no era un panteísta. Los amaba sólo como emblemas de excelsitudes morales y de heroísmos de voluntad. Era un ateo. Profesaba

el ateísmo sólido y fecundo, que es glorificación de la Ciencia y expansión elevadísima del genio, y que, como el de Ignacio Ramírez y el de Ezequiel Cuartas Madrid, pudo responder gloriosamente á Julio Simón, que decía: ¿Cómo esperar que esta juventud, que no cree en Dios, crea en el deber y en el sacrificio? El se había hecho una religión del bien. ¡Ah, era un gran pensador!

Y también fué poeta. Nació cultor de la Belleza inmortal y del ensueño glorioso. Su imaginación se desbordaba en imágenes como una cascada se desborda en espumas. Sus discursos no son más que poemas de harmonía y de fuerza, en que presenta panoramas de ideas, paisajes de humanidad y cuadros de arte y de pensamiento. Su numen poliforme vibró á todos los vientos del espíritu. Ya ciñe cota, embraza rodela, empuña tizona y se lanza á combatir por todos los derechos y por todas las libertades. Ya autopsia almas, diseca sentimientos, escalpeliza pasiones, y hace rugir estrofas, en cuya sonoridad profunda palpita mucha humanidad y refulge una videncia sibilina. O en el misterio propicio de la noche asciende por la escala de Romeo á musitar ingenuidades sublimes en los oídos de Julieta. O luce aulédico atavío y es un cortesano que enflora galanterías y prende madrigales en los corpiños de seda, mientras las damas se inclinan con rítmica genuflexión y el minué vuela pausado y elegante. Pero amador ó paladín, filósofo ó cortesano, en la sinfonía que levantan sus estrofas, destaca, sobre todos los temas, el «motivo» piadoso y almo del pueblo desvalido. Y así pasó su numen, ante mil éxtasis devotos, enarbolando como insignia un harapo: ¡los harapos son banderas destrozadas en las luchas de la vida!....

Fué maestro de dos generaciones. Una vez el odio de partido lo arrancó de la Cátedra ganada á fuerza de talento y de estudio, y él entonces, como Cristo en el milagro de los panes, multiplicó su cariño que á todos entregaba, y siguió prodigando gratuitamente sabiduría y enseñanzas. Dedicado á cultivar

ajenos jardines, sofocó en mucho el florecimiento de sus rosales y el brote de sus lirios. Por eso su obra principal está en el cerebro y en el corazón de todos los que siendo sus discípulos fuimos también sus hijos.

No alcanzó la popularidad que se merece su alto ingenio, porque encerrado en un rincón de la provincia y desdeñando la publicidad periodística como vehículo de arte, deja casi ignorada su meritísima labor que reclama el advenimiento de una gloria póstuma. *Clarín* lanza un toque de esperanza: ¡Qué gran vino cuando lo beban nuestros nietos! . . . .

Y allá, lejos del hogar bienhechor de ternuras y alegre de gorjeos infantiles, en un destierro voluntario al que fué condenado por su dignidad irreductible que no toleraba la vida en un medio de bajezas, sintió los primeros esfuerzos del alma que rompía su cárcel, y sólo volvió á su esposa y á sus hijos, para morir entre ellos, en una mañana gris que quizás inspiró á su agonía una ambición como la de Oswaldo: de sol y de dulzuras luminosas. . . .

Feliz tú, maestro, que fuerte de sabiduría y magnífico de genio, navegas ya en tu ataúd prematuro á través de las ondas del enigma formidable! ¡Cómo envidio tu suerte yo que, hijo del Siglo, voy por la existencia con el cuerpo agobiado de ancianidades precoces y el espíritu enfermo de filosofías incurables, sin que en los surcos que el dolor ha abierto en mi alma caiga un grano de fe ó una simiente de esperanza!

¡Feliz tú, Señor, que en tu tálamo de silencios, disfrutas de un nirvana deleitoso y perenne que tanto ansío, ya que «después de leer todos los libros, he hallado que la carne es triste,» y ya que después de recorrer todos los horizontes me he convencido de que «lo único que tiene un sentido justo es la palabra ¡NIHIL!» . . . .

ALFONSO CRAVIOTO.

RIMAS FRÁGILES

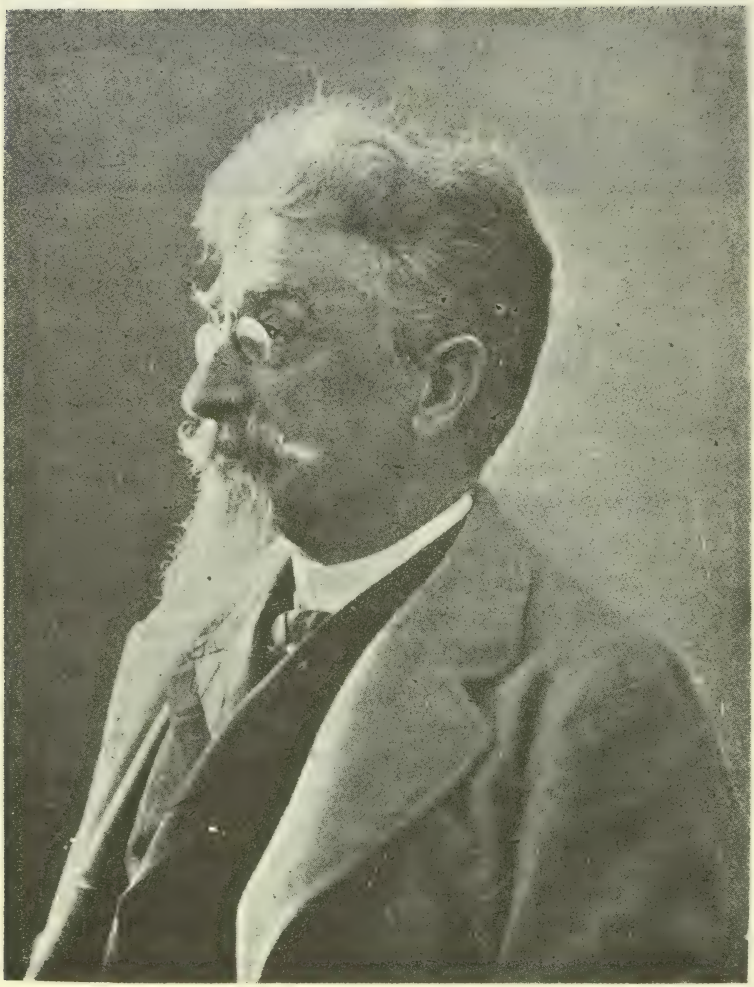
He de encontrar la ruta prometida
Y afrontaré las sirtes y los vientos,
No importa que entre mares turbulentos
O en desiertos sin fin esté escondida.

He de llegar, ¿qué pierdo en la partida?
Unos hijos sin pan: mis pensamientos:
Unos astros sin luz: mis sentimientos,
Y un afán contristor: el de la Vida.

Me alejaré, ¡y bien! caros amigos,
No suspiréis por mí, antes con flores
Adornaos la cabeza y sed testigos

De la extinción tranquila de mi Ocaso;
No os conmováis por mí, lanzad clamores
Y gritad á la Muerte: ¡Abridle paso!

José María SIERRA.



DON JOSE M. DE PEREDA.

† el 2 del actual.

PEREDA

El novelista montañés, de quien se apellida discípulo maestro tan consumado en el peregrino arte de escribir como Don Rafael Delgado, ha de poseer quilates de perfección bastantes á justificar su entrada en el Panteón de las letras, al que por derecho propio y sanción de cuantos aman la pureza y esplendor del idioma de Castilla, acaba de penetrar solemnemente, con todos los laureles que la gloria le prodigó y que la muerte no quiso ó no pudo marchitar.

Aunque por lo general circunscribiese su labor artística al estrecho radio de la tierra provinciana en que nació y dejó transcurrir su larga existencia, describiendo una y mil veces las costumbres y el paisaje montañés con un amor perpetuamente renovado é imágenes que con la misma claridad del día pudieran competir por su luminosidad y su viveza, no fué el escritor santanderino un mero artista regional, falto de aliento para cultivar campos más vastos que el bien amado *huerto* nativo; pues antes bien su obra aduce, así por la cantidad como por la calidad, inspiración y pujanza creadora suficientes

á dilatar por más amplias esferas los cuadros y los tipos que la integran, tipos y cuadros que por la limpieza de estilo y maestría, no imitables, con que están escritos, merecen el aplauso de cuantos por apartadas regiones gozan el encanto de saborear el habla hispánica; ó que, por su verdad y realismo profundamente humanos, pueden en ocasiones aspirar á trasponer las mismas fronteras del idioma, é ir á seducir y conmover á extrañas gentes, pobladoras de países lejanos y pertenecientes á distinta civilización. Sin embargo, con toda su fecundidad y su intensidad que por sí solas arguyen genio, de todos los escritores que produjo en España la gran generación literaria que luctuosamente para sus letras ha estado extinguiéndose estos últimos años, Don José María de Pereda es el menos susceptible de ser traducido á lenguas extranjeras y dar así latitud más dilatada á su personalidad; no porque no fuese siempre gran artista y admirable psicólogo, con frecuencia, en sus novelas, sino por su casticismo demasiado escrupuloso; por el rigor quizás excesivo con que cuida ... de la ortodoxia del idioma; y porque daba á la gran mayoría de sus personajes un habla intraducible, que si bien puede atribuirse á un verdadero milagro de reproducción artística el que haya acertado á copiarla en todo su gráfico y pintoresco regionalismo, no deja de ser por eso un mero dialecto, y acaso no pase en muchos casos de la categoría de simple *caló* provincial.

De todas las facultades artísticas de Pereda, la más saliente es su portentosa percepción de los rasgos y perfiles de las cosas, gentes y costumbres; agudísima percepción que, con la acuciosidad de una placa sensibilizada, aunque con muy superior arte y belleza, le permitía arrancar de la naturaleza hasta los detalles más inapreciables al vulgar observador, para objetivar el todo, después, con un poder de representación é imaginación reproductora que no ha sido superado por nadie. ¿Quién ha descrito con más relieve, verdad y colorido

paisajes como *La Cajiga* y mil más que matizan *El sabor de la tierruca?* ¿Quién ha pintado con igual vida y fuerza de sugestión espectáculos de la naturaleza como el *Abrego* ó la maravillosa *Galerna* de *Sotileza?* ¿Y quién ha hecho hablar con siquiera parecida maestría, con tan regocijado decir y saladísimo gracejo á tanto y tanto tipo como *Tablucas*, *Resquemín*, *Juanguirle*, aquel soberbio *Don Simón de los Peñascales* y las desvergonzadas y eternamente incomparables *Hembras de Mocejón?*

No hay en toda la literatura contemporánea quien haya alcanzado tan prodigiosa naturalidad y exactitud, pudiéndose afirmar que en este particular Pereda no tiene quien le iguale, ni entre los antiguos ni entre los modernos humoristas y paisajistas de la pluma.

Como dijo un crítico notable, la fuerza de Pereda reside principalmente en su retina; apreciación acertada que se completa agregando que á esa facultad de visión intelectiva, eminentemente analítica, reune la de reproducir luego sus perfectísimas imágenas con tan extraordinario poder de representación verbal, que los giros y las voces llegan á identificarse con las cosas descritas, formando con ellas un cuerpo de unidad indivisible. Bien se infiere de lo dicho el carácter predominante de la literatura del novelista montañés. Escritor descriptivo sin rival y narrador inimitable casi siempre, á estos títulos reune el de estilista —maestro del idioma castellano,— en cuyo alcázar simbólico es caballero cubierto y grande de primera clase, pudiendo decir con los ricos-homes de Aragón "que vale y puede tanto como el Rey."

Novelista, en la acepción más rigurosa de la palabra, no lo fué ni pudo llegar á serlo de primer orden. Aun en sus más celebradas novelas, en *Los hombres de pro*, en *Sotileza*, en *El sabor de la tierruca*, no se percibe la trama apretada de una verdadera acción novelesca, sino más bien cuadros y escenas In-

conexos: que así era como se le presentaba á Pereda el panorama de la vida, debiéndose acaso á esa estrechez del campo de su visión mental la suma intensidad de observación y minuciosidad de detalles que campea en todos sus paisajes.

En tres grupos principales pueden dividirse sus novelas. Unas, como las citadas —y *Escenas montañesas*, que es una serie de pinturas de la *Montaña*,— en las que el mérito sobresaliente estriba en la fuerza descriptiva y encanto del estilo; otras, en que aparece alguna más acción é interés novelesco, como en *Peñas Arriba, La Montálvez, Pedro Sánchez* —ésta quizá la mejor *novela*— y *La Puchera;* y otras, por fin, que llamaremos novelas de tesis, obras en que el autor se propone *demostrar* tal ó cual *parti pris* filosófico, político, religioso ó literario, y cuyos especímenes más acabados son *De tal palo tal astilla.... El buey suelto y Don Gonzalo González de la Gonzalera.*

Estas últimas, el apasionado santanderino las escribió con criterio ultramontano, intransigente y radical; que no admitía transacciones con su enconado sectarismo, ni cejó nunca un ápice en el mantenimiento de sus ideas. Carlista en política, clasicista é idealista en Arte, y "neo" —término aplicado en España al conservador *à outrance*— en sus principios éticos y filosóficos, tuvo la grave contrariedad de que sus adversarios le demostrasen que era "moderno" y completamente "naturalista" en sus procedimientos artísticos, y la no menos profunda de ver el triunfo universal de las obras tendenciosas de su gran rival, Don Benito Pérez Galdós, gigante de las letras contemporáneas, cien veces mejor dotado para hacer novela, y desarrollar en ésta tal cual tesis de trascendencia filosófica y social.

En la sociedad más católica y fanática de Europa, Pérez Galdós, ardiente liberal y avanzado positivista, ha logrado el triunfo de ser el autor popular por excelencia, leído con entusiasmo por todas las clases. Pereda, estrecho de miras, obcecado en sus principios, muy inferior conocedor del alma hu-

mana, y demasiado débil para lograr plantear los grandes problemas filosóficos, quiso combatir á su rival, pero no logró más que deslucir sus propias aptitudes, encaminadas por muy distinto rumbo. Causan risa, en verdad, los personajes en que pretendió caricaturar el liberalismo y las modernas ideas. Huecos, declamatorios y teatrales, pecan por falsos desde la la base y se desmoronan al primer golpe de la crítica, como cualquier armatoste de cartón ó de arena fabricado.

Es con todo el gran montañés timbre y orgullo de la literatura española, en la que descuella lado á lado de los primeros de la gloriosa generación literaria que dió tanto lustre y esplendor al habla de Castilla, y cuyos últimos representantes están desapareciendo en el Gran Enigma, después de haber legado á los tiempos su prosa peregrina y elocuentes estrofas, con que embellecieron el lenguaje y espacieron el espíritu de su raza, hoy abatida y abismada en un silencio lúgubre que ojalá rompa el genio latino con nuevos y más sublimes acentos.

JUAN PALACIOS.

TEATROS EXTRANJEROS

FRANCIA.—PARIS.

«El Espía,» comedia en cuatro actos, y la obra dramática «La Cloaca Social,» han sido dos nuevos triunfos para el viejo mimado de los éxitos, Victoriano Sardou, al ser representadas, la primera en el Teatro del Renacimiento y la segunda en el de Variedades.

*
* *

En el Nuevo Teatro se dió la representación primera de la tragedia moderna «Los Destructores,» obra en cuatro actos, de Marya-Cheliga, que al decir de la prensa francesa es una verdadera filigrana.

*
* *

En el coliseo de Vaudeville se representó la «Sobrina Berta,» drama que los escritores Pierre Decourcelle y Granet han calcado con discreción y con muy buenos efectos escénicos, de una conocida novela de Balzac.

*
* *

En el Teatro de la Opera ha obtenido un éxito colosal el ballet en tres actos y seis cuadros «Ronda de las Estaciones,» original de Luis Lomon y música de Enrique Busser.

«Mimosa,» otro ballet de Justino Clerice, también tuvo gran suceso en el teatro «Monte Carlo.» La música es muy bella, sugestiona y encanta.

«Triplepate,» original comedia de Tristan Besnard y Godfemause, alcanzó un éxito tan prodigioso que es actualmente la pieza en boga en París y sólo por dos representaciones recibieron sus autores 15,000 francos.

ESPAÑA.—MADRID.

Benavente es el hombre del día en materia de éxitos teatrales. En el Teatro Larra presentó «Los Malhechores del Bien,» comedia en dos actos que ha sido recibida con entusiasmo y muy bien comentada por los críticos.

***

«La Sobresalienta,» obra animosa del autor de «Rosas de Otoño,» ha resucitado en el clásico coliseo «Español,» el antiguo sainete y la castiza tonadilla. Acompañado de Chapí y secundado por María Guerrero, Benavente deleitó al público de buen gusto con los cuadros de su obra, que parecen representados por figuras de Goya que por arte de magia, dejaran sus tapices y lienzos.

Por último, en la Comedia, presentó «Las Cigarras Hormigas,» obra de tesis, aunque llamada por su autor, juguete. Los hombres cigarras, los que pasan la vida descuidados y ociosos, cuando quieren hacerse hormigas, es decir, hombres serios y ordenados, puestos á prueba, vuelven á las andadas. Este es el asunto que, sin duda, hubiera servido de argumento para una comedia. La obra ha sido muy discutida, y aunque pasó con aplauso, no ha tenido el éxito que las anteriores.

***

La nueva comedia de Linares Rivas, autor de «El Abolengo,» tan celebrado entre nosotros, titulada «En Cuarto Creciente,» fué estrenada en el Teatro de Larra. La pieza tiene escenas hermosísimas y un buen argumento.

***

«La Buena Gente,» es una comedia en cuatro actos, original de

Santiago Rusiñol, vertida al español por G. Martínez Sierra, que acaba de presentarse con buen éxito en el Teatro de la Comedia.

***

«La Miralta,» último drama de Guimerá, estrenado por María Guerrero, pertenece al género efectista, hoy un tanto desacreditado. Hay en él el indispensable adulterio los gritos de «miserable,» «infame,» etc.; los finales de acto que los franceses llaman «¡tableau!» y á la postre una encarnizada lucha entre dos mujeres rivales, que acaba arrojando una de ellas á la otra en un barranco.

En la fábula artificiosa de «La Miralta,» hay que apreciar como dignos de elogio los episodios en que interviene la gente del pueblo. Guimerá, como en general los autores catalanes, por estar, sin duda, más en contacto que los escritores de otras regiones con el alma del pueblo, la conoce y la retrata mejor.

El público gustó de los dos primeros actos, y sólo por cortesía aplaudió el último.

ITALIA.

La prensa italiana asegura en recientes ediciones, que el ilustre autor de «Comme le foglie,» Giuseppe Giacosa, está terminando un drama admirable, que será representado en uno de los principales teatros de Roma, á principios de Mayo próximo.

***

Sienkiewicz, el afortunado autor de «Quo Vadis?» recientemente agraciado con el premio Novel, pronto tendrá la satisfacción de ver su obra en escena en calidad de ópera, musicada por Pisapio y arreglada por Menoti Boza, hábil libretista.

El músico Pisapio es autor de varias composiciones musicales de mérito, y el crítico de un respetable diario, dice, á propósito del «Quo Vadis?» que en la mayoría de sus trozos el autor se ha inspirado en el elevado y puro sentimiento de la melodía italiana, en su canto pasional, propio de Bellini y Donizetti, animando la acción con una

hermosa expresión lírica que despierta especial interés artístico por la idealidad que campea en toda la ópera.

Muchas esperanzas se cifran en el estreno de «Quo Vadis?» que se efectuará muy pronto en Nápoles.

ALEMANIA.

El genial dramaturgo Sudermann acaba de dar á la escena una nueva producción: «Piedra entre piedras,» que ha impresionado hondamente al público y á la crítica.

El drama ofrece un tema principal criminológico y otros secundarios de índole social y psicológica.

Los críticos han mordido furibundos el drama de Sudermann; unos han dicho que era tan malo, que únicamente el nombre del autor ha evitado el fracaso: otros aconsejan á éste que se dedique á la tragedia y no al drama moderno. . . . hasta ha habido crítico que ha sostenido que Sudermann debe esconderse para siempre y no estorbar más la atención del *sagrado ministerio* de la crítica.

Pero el original drama de Sudermann tiene el mérito indiscutible de llamar la atención del público profano hacia las miserias de la actual justicia primitiva y de *hacer atmósfera* para las reformas penitenciarias, que la ciencia aconseja á voz en grito para bien de la sociedad y de los malhechores, que al fin y al cabo son hombres, y que bien merecen como tales, algo de ese compasivo auxilio que la presente sociedad, con incipientes altruismos, prodiga hasta los animales.

Drama mexicano.—El día 17 de los corrientes, se estrenó en el Teatro Arbeu, de esta metrópoli, el drama facturado por Gonzalo de la Mata, y que se llama "Sangre Boera."

Podríamos, aunque fuera someramente, hacer crítica de tal drama, pero deseamos hallarnos en posesión de amplios detalles para ocuparnos de él.

Nos congratulamos de que el Sr. de la Mata cultive el arte severo y noble.

"Broza," poesías por Abel C. Salazar. (Ed. Jalapa, Ver. 1905).

Alto en el pensar, intenso en el sentir y elegante en la ejecución artística, se reveló Abel Salazar, en su bella composición «Espectros Heroicos,» que como lo recuerdan los que están atentos á nuestro movimiento intelectual, hizo época, por haber obtenido el primer premio en los Juegos Florales más serios y de mayor resonancia que se han celebrado en la República.

Desde esa fecha, y no sin justicia, se ha visto en Salazar un poeta de aquilino empuje, imaginación ubérrima y de rara elevación conceptiva. Hoy viene á nosotros la musa de este bardo, externada en un pequeño cuaderno de versos, editado en Jalapa, con un deplorable gusto tipográfico.

Es una colección de versos formada con poca discreción, y hecha como de carrera, cual si se tratara de salir del paso.

No sabemos á qué atribuir tal precipitación para publicar ese cuadernito de versos, toda vez que sabemos que Salazar no tuvo necesidad de proceder así, porque su prestigio de poeta sentido y hondo, es respetado en los centros principales de mentalidad en México.

La imaginación borbota de una manera brusca y atropellada; va de una idea á otra, sin concierto ninguno, y salta de un concepto á otro, sin guardar la ilación, ni aquel ensamblamiento que deben guardar las ideas en toda concepción intelectiva.

Creo que en el espíritu hay un exceso de poeta; es decir, que la parte de poeta, excesiva como digo, se ha restado á la del lógico, que todo hombre de buen temple cerebral debe tener.

En los últimos tiempos ha desaparecido el tópico de que el poeta ha de ser todo imaginación y todo sentimiento, y se ha levantado culminante la verdad de que el poeta y el pensador pueden aunarse en portentoso maridaje.

Salazar piensa, pero no concierta; Salazar siente, pero el hervir víolento de su cerebro no le deja combinar tropos, acomodar metáforas, adaptar símiles, ni apropiar imágenes que nos hagan sensibles los recios y hondos estremecimientos de su reino interior. Antes bien, ayuda á traer á nuestro cerebro ese malestar psicológico, que trae consigo la dificultad de apoderarnos de una idea ó de un conocimiento, cuando la forma en que se ofrece á nosotros es dislocada é imprecisa. El sentimiento se diluye dolorosamente repartido aquí y allí; de la misma manera que se tornaría raquítico y lamentable el anchuroso río que fuese repartido por obra inhábil en torcidos y mal puestos canalillos.

Esa indisciplina hace que los pensamientos y todo lo que el poeta tiene para llegar á los demás, al vaciarse en el *vas auris* de la forma artística, que se empina á la Belleza alta y serena, caigan en punible desorden y sin obedecer á plan alguno y sin formar un todo uno y vario en que se resuelve la verdadera concepción de arte.

No lograremos explicar cómo pudo el poeta de *Broza* desentenderse tanto de la técnica del verso. En el curso de la lectura de esa *recuieil* de versos, no tuvimos ocasión de deleitarnos con esa suavidad y muelle encanto que saben imprimir á la Rima los virtuosos, los dominadores de la Forma.

Nos detendremos en este punto para desear á Salazar que en su nuevo libro venga á nosotros sobrio, reposado, intenso y elegante.

Creemos que así será.

JAVIER SANTURCE.

Joaquín Arcadio Pagaza. (Sus traducciones de Horacio y poemas del mismo autor).

Pienso que estos hombres que gastan toga, que ostentan tonsura, que visten púrpura hierática y que empuñan báculo pastoril, son

de lo más concienzudo en su instrucción, de los más altos en cultura de los más doctos en ejecutar y de los más fríos en sentir. Pero, sin embargo, el amor á lo Bello hace que el sentimiento se desligue de todo lo que de consideraciones de medio y de estado social ó de exigencias de ministerio que se imponen en espíritus anodinos. Esto nos prueba que el Obispo Pagaza está fuera de esas preocupaciones que coartan la libertad y que sofocan toda ansia de producción artística. (Baste decir «artística» para significar que tiene que ser libre y espontánea). Y viene esto á cuento, precisamente, porque Horacio fué voluptuoso y un tanto lúbrico de temperamento, y porque en algunas de sus «Odas» se aduna un tremante olor á hembra y á triclinio pecaminoso.

Y es verdaderamente alta, majestuosa y sabia la «ópera» del Sr. Pagaza, al darnos en limpia y suave traducción parafrástica á aquel de los poetas latinos, de quien se dice que cantaba como Píndaro ante el trono de Júpiter, que tenía la molicie y el encanto inimitable de Anacreón y de Voltaire, cuando canta á las caricias de Lycimia y á la coquetería de Pyrrha, y el que dejaba traslucir en sus «Epístolas» la fina observación de La Bruèyre, la razón severa y el buen gusto de Boileau y la muelle alegría de Swift.

El traductor del autor de la «Epístola á los Pisones,» sólo puede tener como rival en el arte de la versificación, como dice uno de sus más sábios críticos, á Virgilio, ese de quien Pagaza dice:

"Tú, solo tú, de cristalina fuente
Donde tranquilo el cielo se refleja,
Lograste descifrar la blanda queja,
Fijo el mirar en la húmeda corriente."

El traductor del amigo de Mecenas, del levantado cantor de Lydia y de Jantia, del que traduciendo el bello criterio de aquella época apostrofaba con estas rimas:

"Nunca te afrentes, Jantia, por tu origen
Del limpio amor de pobrecilla esclava,
Que de Brisea se prendó mucho antes
Tésalo Aquiles."

ha aventado sobre el espíritu moderno, sobre la hiperestesia de los cerebros nuevos, un pedazo del soñador espíritu antiguo. Y es Ho-

racio precisamente á quien se traduce á idioma hermano, uno de los cantores que, por haber impreso en sonoros conceptos uno de los períodos más complicados de la Historia, tiene derecho á la Inmortalidad, y á ostentar, cual todos los faros de la Humanidad, un resplandor grato de eterna reverberación.

Uno de nuestros más sesudos críticos de Arte, José Juan Tablada, al hablar de este selecto traductor, dice que no es de los que «hacen lenguaje,» de los que fabrican frases ó las mandan fabricar á fácil precio cual los lingüistas de lugares comunes, sino de aquellos que emplean sus cerebraciones para apoderarse —fustigando su retentiva— de sólidos conocimientos y amortiguan su pupila con el exceso de visión de Tratados y Diccionarios. Tiene razón Juan Tablada cuando en forma tal se expresa, porque á eso le obliga la lectura de la obra de Pagaza.

El Sr. Pagaza es lo que llamaría «espíritu retrospectivo.» Una de esas ánimas que por obra de un prodigio viven la vida de siglos viejos, vibran con sensaciones de espíritus de épocas idas y logran los caracteres de arcaicas culturas. Bien merece aplauso quien vierte tales y tan selectas mieles de antigüedad en las sensibilidades de ogaño.

JOSE MARIA SIERRA.

"Confesión," "La Sorpresa" y "Palabras Póstumas."

(Novela de SEVERO AMADOR.—Edición de Aguascalientes).

Muy ventajosamente se presenta á la crítica literaria Severo Amador, quien gratamente nos sorprende con sus bellas novelas cortas, que si son pequeñas en tamaño, sonlo grandes en intención, hondas en observación y correctas en su forma conceptiva.

Se extrañará que de libro tan notable demos sólo una nota meramente informativa; pero lo hacemos porque preparamos un estudio más serio sobre el trabajo de nuestro compañero Severo Amador.

Por hoy nos concretamos á acusar recibo del libro y á felicitar á su autor, que tan bien se inicia, por su conceptuosa tarea.

"Los Trovadores de México."—Con este título acaba de publicar la casa Maucci, la tercera edición de una antología de poetas mexicanos, que fué hecha con el plausible fin de dar á conocer á nuestros escritores en la América latina y en España.

Dada la buena intención que entraña el libro, natural es que cuente con nuestra simpatía; pero, sin embargo, debemos reprochar al editor el punible descuido de presentar en esta edición, igual que en las anteriores, poesías conocidísimas de Urbina («La última serenata,» «El crepúsculo en la celda,» «Siebel,» «Aves,» etc.), como obra del Sr. Rafael de Zayas Enríquez, que bastantes bellezas tiene en su acerbo para aparecer injustamente como autor de cerebraciones ajenas.

Creemos que en las ediciones subsecuentes, se rectificará este error, perjudicial para ambos poetas, y para la casa editora.

Solón Argüello.—"El Grito de las Islas."—México, 1905.—Es un libro de versos este de Argüello. Está dividido en cuatro partes: I. «Por la Lira.» Para Rubén Darío, mi eximio compatriota; II. «El Amor de las Islas.» Para el Lic. Justo Sierra, admiración; III. «Transparencias.» Para Leopoldo Lugones, y IV, «A la Sombra de las Islas.» Para Amado Nervo. Trae como ilustraciones varios dibujos, casi todos de buen gusto artístico, firmados por jóvenes de talento, como Diego Rivera, Garduño, etc.

Tanto esto último, como el prestigio de las altas personalidades literarias á quienes se dedican las varias partes de «El Grito de las Islas,» constituyen un aliciente para que muchísimos lectores se fijen en el libro del joven de Nicaragua. Yo emprendí su lectura, y si pasé de las primeras páginas, fué únicamente para ver de encontrar siquiera un grano de trigo en el inmenso haz de paja que forman los versos del centro-americano; pero que Dios me perdone el gasto de energía que he tenido que hacer para armarme de valor en mi empresa!

El autor trata de aparecer raro: busca metros raros, palabras raras, pero, ¡ay! no encuentra nunca la cima de lo Raro....

Entre muchas imágenes vulgarísimas, suelen encontrarse allí algunas espantosamente feas:

... "ruin padrastro, el huracán"...

Emplea el verbo «grutear.» Con lo que quiere dar á entender, á lo que parece, «Construir grutas,» y, preguntando que quién lleva consuelos al alma, dice:

"Es el fluido que sutil funde los hielos
que grutean muy al Sur y muy al Norte?"

Es maestro en armonía imitativa:

"Gato negro, maulla:
crac, crec, croc,
Perro *flebil,* aulla:
croc, croc.

Poesía de Silabario tehuelche: crac, crec, cric, croc, cruc.

No trataré de seguir citando. Básteme la afirmación de que entre un fárrago de insulsas trivialidades, de delirios descabellados y disparatados lirismos, que componen el libro, no hay un solo pensamiento, una sola imagen que levanten el espíritu.

Por lo que Solón Argüello se confunde entre las docenas de docenas de malos poetas que pululan en el campo de la literatura moderna, tanto aquí como en la América del Sur.

Después de escrito esto, me quedo meditando en el título del libro: ¿Qué será el grito de las Islas?

Tal vez el volumen estaba dedicado á algunas señoritas de apellido Islas, quienes pusieron el grito en el cielo ante tal amenaza.

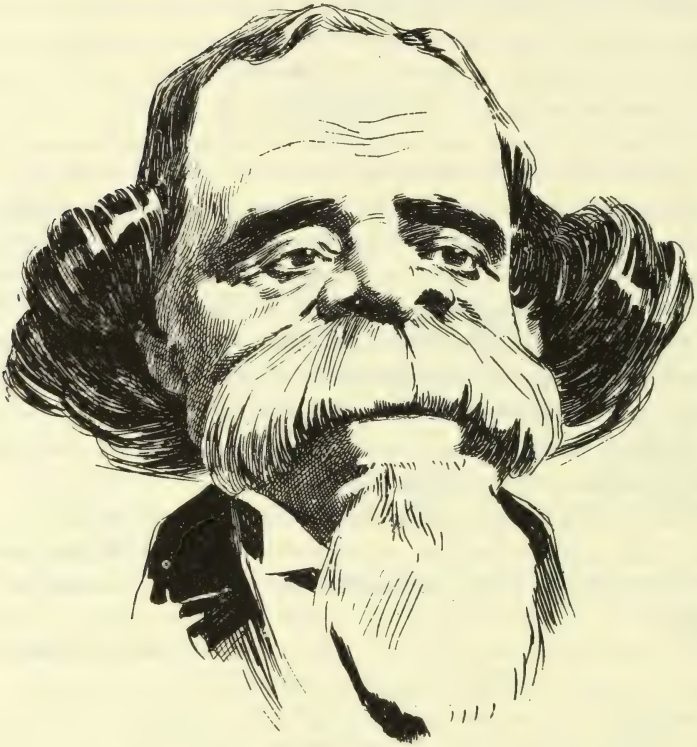
Con esto, lo único admirable del libro es la sinceridad del título.

MANUEL DE LA PARRA.

Poeta enfermo.—Jesús E. Valenzuela, muy querido y alto poeta que fué sin hipérbole alguna —mecenas de casi toda una briosa juventud literaria,— se encuentra enfermo, á las fechas.

Su Musa gime ante el poeta enfermo y los literatos de la nueva generación, hacen votos á *Pallas*, diosa de sabiduría y de bondad, porque devuelva al maestro su salud y su bienestar.

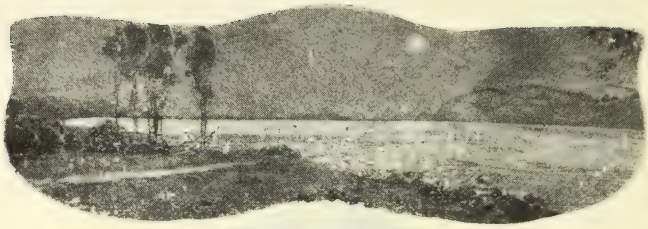
Caricaturas por Jesús Martínez Carrión.



Lic. D. Ignacio Mariscal,

Caricaturas por Jesús Martínez Carrión.

Decano de los poetas mexicanos.



REVISTA DE REVISTAS MEXICANAS

En el momento de aparecer *Savia Moderna,* nótase en todo el país un inusitado movimiento intelectual, que se traduce por el surgimiento constante de una multitud de revistas y magazzines de los más variados caracteres, que vienen á aumentar, de modo considerable, el reducido número de las publicaciones literarias que regularmente hemos tenido desde que México empezó á ser un pueblo pensador.

Revista Moderna, se destaca á la cabeza de los impresos por entregas periódicas. Desde su fundación, que data del año de 1898, ha sido, es y seguirá siendo el porta-estandarte del intelectivismo latino-americano. En sus brillantes páginas aparecen con frecuencia los gloriados nombres de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Ricardo Jaimes Freyre, Santiago Argüello, Jesús E. Valenzuela, José Juan Tablada, Amado Nervo, etc. Están ellas, puede decirse, consagradas á la cátedra de los maestros.

El Mundo Ilustrado, ocupa seguramente el segundo lugar entre este género de prensa. Su época actual, bajo la dirección del más galano de los poetas y *chroniqueurs,* Luis G. Urbina, se distingue en absoluto de las anteriores. *El Mundo* es ahora menos de la burguesía, y un poco más de la gente verdaderamente culta.

Arte y Letras, salvo uno que otro grave defecto de estética, que por fortuna van siendo menos fre-

cuentes en ellá, es una publicación más artística que literaria. Trae, de costumbre, grabados muy bien ejecutados y magníficamente impresos, en cambio de un material literario incongruente y heterogéneo.

El Tiempo Ilustrado, edición dominical del diario *El Tiempo,* contiene de ordinario una bien escogida literatura para las familias, á quienes está dedicado, y nutrida información social profusamente ilustrada con buenos fotograbados.

Arpegios, expresa los pensares y los decires de un simpático grupo estudiantil, ebrio de ingenuos lirismos y de locos entusiasmos.

La Provincia, nos manda quincenariamente, desde Aguascalientes, un vivífico soplo de la vida intelectual ultra-metropolitana.

Arte y Letras, esta homónima de la que aquí edita Don Ernesto Chavero, nos muestra cada mes el movimiento de ideas de la culta Mérida.

Revista Crítica, es obra de dos conocidos escritores cubanos, recién radicados en Veracruz, quienes se proponen dar á conocer sintéticamente en ella todo el diario producto de los ingenios de la América latina.

El Arte Musical, hace biografías de músicos extranjeros en boga y de músicos nuestros, que son algunos y notables; reseña y comenta los éxitos de los primeros teatros del mundo; ofrece sabios preceptos á los que se inician en el arte, y completa sus ediciones con varias páginas de música impresa. Algunas de sus ilustraciones no carecen de interés ni de mérito.

Boletín de la Biblioteca Nacional. Como órgano de la institución de la cual recibe su nombre, da cuenta de los donativos, compras, canjes, movimiento de lectores, etc., y de todo cuanto se relaciona con la marcha y progreso de aquélla.

Revista Positiva. El Positivismo tiene en México un vehículo propagador de sus fundamentos, en esta publicación sobria, seria y reposada, que con éxito ha entrado ya al quinto año de su existencia.

Alma. También los adeptos á la doctrina de Allan Kardec, tienen en *Alma* un medio difusor de sus principios, tan poco conocidos y tan mal juzgados *á priori* por la generalidad.

Anales del Museo Nacional.— Pocas publicaciones tienen el interés que ésta. El estudio de la Arqueología y de la Etnología, entre nosotros, recibe en ella un

poderoso auxilio. Su redacción está encomendada á profesionales competentes.

Boletín de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.—Da á conocer pormenorizadamente todas las trascendentales labores de este Ministerio de reciente creación. Sus abultadas ediciones son de una suma importancia, no sólo para el profesorado y el personal dependiente de este ramo de la Administración Pública, sino para todos aquellos que se interesen por nuestro adelanto educativo.

La Mujer Mexicana, lleva sus luces al hogar; su carácter es más docente que recreativo; propaga el mejor de los feminismos posibles.

La Actualidad, aunque recién fundada, ha sentado ya su reputación de amena, por su completa información gráfica, tanto social como deportiva, y de variedades. La literatura ocupa un lugar preferente en ella.

La Gaceta, es más ó menos similar á la revista anterior, distinguiéndose de aquélla en que su parte artística es mucho mejor.

Dos piezas literarias.—Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el soneto autógrafo de Luis G. Urbina y el fragmento de la bella comedia "El Ultimo Capítulo," de Manuel José Othón, con que los dos excelsos poetas han enjoyado nuestro primer número, obligando nuestra gratitud y exaltando nuestra admiración.

*
* *

Silueta íntima de Tablada.—En el número próximo empezaremos la serie de semblanzas íntimas de literatos, iniciándola con la del poeta Tablada, que irá ilustrada con una soberbia caricatura hecha por nuestro compañero Zubieta.

DIRECTORIO DE BIBLIOTECAS PUBLICAS

Biblioteca Nacional. (300,000 volúmenes). Calle de San Agustín.

Biblioteca de la Escuela de Jurisprudencia. (12,500 volúmenes). Calle de San Andrés. Palacio de Minería.

Biblioteca de la Escuela Preparatoria. (14,000 volúmenes). Calle de San Ildefonso.

Biblioteca de la Sociedad "Antonio Alzate." (7,000 volúmenes). Ex-mercado del Volador. Calle de Flamencos.

Biblioteca del Museo Nacional. (5,000 volúmenes). Calle de la Moneda.

Biblioteca de la Escuela de Minería. (7,000 volúmenes). Calle de San Andrés.

Biblioteca de la Escuela de Agricultura. (5,000 volúmenes). Calzada de Tacuba.

Biblioteca de la Escuela de Medicina. (4,700 volúmenes). Calle de la Perpetua.

Biblioteca de la Escuela de Comercio. (2,000 volúmenes). Prolongación de Pane.

Biblioteca "Romero Rubio." (2,000 volúmenes). Avenida Juárez. Tacubaya.

SOCIEDADES ARTISTICAS Y LITERARIAS

Liceo Altamirano. Presidente: Lic. Pablo Macedo, Dirección: 4ª de Soto 1320.

Sociedad "Manuel Gutiérrez Nájera." Presidente: Manuel Murguía. Dirección: Puente de Santo Domingo 9.

Academia Mexicana de la lengua. Presidente: José María Vigil. Dirección: Biblioteca Nacional.

Instituto Bibliográfico. Vicepresidente: José María Vigil. Dirección: Biblioteca Nacional.

Arcadia Mexicana. Presidente: Ildefonso Estrada Zenea. Dirección: Callejón de Santa Inés 4.

Sociedad Mexicana de Autores. Presidente: Aurelio González Carrasco. Dirección: Teatro del Renacimiento.

Club Dramático Mexicano. Presidente: José Pallares. Dirección: Conservatorio Nacional.

DIRECTORIO DE REVISTAS

Revista Moderna. Directores: Jesús E. Valenzuela y Amado Nervo.

El Mundo Ilustrado. Director: Luis G. Urbina.

El Tiempo Ilustrado. Director: Lic. Victoriano Agüeros.

Arte y Letras. Director: Lic. Ernesto Chavero.

La Mujer Mexicana. Directora: Antonia L. Urzúa.

El Arte y la Ciencia. Director: Arquitecto Nicolas Mariscal.

El Arte Musical. Director: Aurelio Cadena y Marín.

Arpegios. Director: Francisco César Morales.

Revista Positiva. Director: Ingeniero Agustín Aragón.

Boletín de la Biblioteca Nacional. Director: José María Vigil.

El Progreso. Director: Lic. Heriberto Barrón.

El Progreso Latino. Director: Román Rodríguez Peña.

México Industrial. Director: Ernesto Blumenkron.

La Actualidad. Director: Rafael de Zayas.

La Gaceta. Director: Alberto Leduc.

Modern México.

The Pan American World.

Alma. Director: Antonio Becerra y Castro.

La Escuela de Medicina. Director: Doctor Adrián de Garay.

Revista de Ciencia, Arte é Industria. Director: Carlos G. Gutiérrez.

Alimento y Medicina

es la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa.

Es medicina, porque evita **y cura** la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Debilidad General, Catarros, Resfriados, Raquitismo en los Niños, &c.

Es alimento, porque **produce fuerzas y crea carnes.**

La Emulsión original, la que representa más de veinte años de estudio y práctica, la favorita de los médicos, es la que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas. De venta en todas las farmacias y droguerías. Exíjase la legítima

Emulsión de Scott.

REHÚSENSE LAS IMITACIONES.

SCOTT y BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.

La Emulsión de Scott es el más poderoso reconstituyente y un alimento sano y nutritivo; no quema la boca, no irrita la garganta, ni daña el estómago como otras emulsiones, porque no contiene creosota ni guayacol, ni ninguna substancia irritante.

* LA *

TABACALERA MEXICANA

En la Exposición Universal de Saint Louis Missouri de 1904, ganó el

GRAN PREMIO

Por la bondad de sus cigarros.

Próximamente se pondrá á la venta, una nueva marca de cigarros papel arroz

"Flor de Lis."

SAVIA MODERNA

REVISTA MENSUAL DE ARTE.

Tomo I. Abril de 1906. Núm. 2.

CRISTO

(FRAGMENTOS)

Oscar Wilde.

El lugar de Cristo se halla, en verdad, entre los poetas. Su concepción total de la Humanidad surgió directamente de la imaginación, y sólo por ella puede ser realizada. Lo que Dios fué para el panteísta, lo fué el hombre para Cristo. El fué el primero que concibió las diversas razas como una sola. Antes de él habían existido dioses y hombres, pero á través del misticismo todo simpatía, que en él hizo encarnar á todos, se llama á sí mismo el Hijo de éste ó el Hijo de aquél, según su manera. Más que otro alguno en la Historia, despierta en nosotros la conciencia de lo maravilloso, á la que toda creación ocurre. Algo hay para mí casi increíble en la idea de un joven campesino Galileo, imaginase soportar en sus hombros la carga del mundo entero: todo lo que se había sufrido y cumplido, todo lo que habría de sufrirse y cumplirse: los pecados de Nerón, de César Borgia y de Alejandro VI, y los de aquél que era Emperador de Roma y sacerdote del Sol: los sufrimientos de aquellos cuyo nom-

bre es Legión y cuya morada se encuentra entre las tumbas: de nacionalidades oprimidas, de los niños en los talleres, de ladrones, de pueblos prisioneros, de desventurados, de los que están mudos bajo la opresión, y cuyo silencio sólo por Dios es oído; y no lo imaginó solamente, que lo llevó á cabo; así, pues, ahora, todos los que llegan á su contacto, aun cuando no se inclinen ante el altar ni se arrodillen frente al sacerdote, sienten de algún modo que la fealdad de su pecado desaparece y la belleza de su dolor es revelada.

He dicho de Cristo que se cuenta entre los poetas. Es verdad. Shelley y Sófocles están en su compañía. Pero es que su vida entera es el más maravilloso de los poemas: En «piedad y terror» nada hay en el ciclo de la tragedia griega que se le aproxime. Ni en Esquilo ni en Dante, severos maestros de ternura, ó en Shakespeare, el más puramente humano de los grandes artistas, ni en la totalidad de los mitos y leyendas Célticos, donde la amabilidad del mundo es mostrada á través de una bruma de lágrimas, donde la vida del hombre no es más que la vida de una flor, se encuentra nada que, por el brillo y sencillez de lo patético en consorcio y fusión con la sublimidad del efecto trágico, pueda decirse igual ó semejante al último acto de la pasión de Cristo. La cena con sus compañeros, de quienes uno lo había vendido ya á vil precio; la angustia en el tranquilo jardín que la luna iluminaba; el falso amigo que se llega para traicionarlo con un beso; el amigo que aún tenía fe en él, en quien, como sobre una roca, esperaba construir una casa de refugio para el hombre, y que lo niega cuando el ave cantaba al alba; su propia soledad; su sumisión, su aceptación de todo, á la par con escenas como la del sumo sacerdote de la ortodoxia pronunciando su juicio lleno de ira, y el magistrado de la justicia civil que pide agua, en la vana esperanza de librarse de aquella mancha de inocente sangre que lo hace la figura escarlata de la historia; la ceremonia de coronación dolorosa, una de las más admirables cosas en el registro del tiempo; la crucifixión del Inocente ante los ojos de la madre y del discípulo que amaba; los soldados que juegan y echan dados para ver de ganar sus vestiduras; la muerte terrible por la que dió al mundo su más eterno símbolo; y el entierro final, en la tumba del hombre rico, revestido el cuerpo de telas egipcias y de preciosas especias y perfumes como lo fuera el del hijo de un rey. Al contem-

dlarlo desde el punto de vista exclusivo del arte, no se puede menos que congratularse de que el oficio supremo de la Iglesia sea la representación de la tragedia, sin el derramamiento de la sangre: la presentación mística, por medio del diálogo, de la vestidura y aun del gesto, de la Pasión del Señor; y me es siempre una fuente de placer y asombro recordar que la última huella del coro griego, perdido dondequiera en arte, se encuentra en el acólito que contesta en la Misa al sacerdote.

Y no obstante, toda la vida de Cristo —tan completamente uno son dolor y belleza en su significado y manifestación— es realmente un idilio, aunque termine en la desgarradura del velo del templo, y en las tinieblas que cubren la faz de la tierra, y en la piedra rodada á la entrada del sepulcro. Siempre se piensa en él como en un desposado entre sus compañeros, como en verdad á sí mismo se describe; como un pastor que se extravía en un valle buscando verde grama ó fresca fuente; como un cantor que intenta construir con música los muros santos de la Ciudad de Dios; ó como un amante, para cuyo amor pequeño fuera el universo entero. Sus milagros me parecen exquisitos como la llegada de la primavera y como ella naturales. No hallo la menor dificultad en creer que tal era el encanto de su persona que su mera presencia pudiera llevar paz á las almas en tortura, y que los que tocaran sus vestidos ó sus manos olvidaran su duelo; ó que al pasar por en medio de la vida los que nada habían visto de su misterio, claramente lo miraran, y que otros, sordos á toda voz diversa de la del placer, oyeran por vez primera la del amor y la sintieran «musical como la flauta de Apolo;» ó que pasiones malignas huyeran á su vera, y hombres cuyas embotadas vidas sin imaginación fueran á manera de muertes, se levantaran como de la tumba al escucharlo; ó que, enseñando él en la colina, la multitud olvidara su hambre y su sed y los cuidados del mundo, ó que para sus amigos, escuchándolo, el grosero alimento pareciese delicado, el agua tuviese el sabor del vino delicioso, y la casa toda se llenara del perfume y de la suavidad del nardo.

Renán, en su Vida de Jesús —este agraciado quinto testamento, el testamento según Santo Tomás, podría llamarse,— dice alguna vez que la mayor proeza de Cristo, fué la de hacerse tan amado después de muerto como lo fué en su vida. Y ciertamente, si su sitio se

halla entre los poetas, es el guión de todos los que aman. El vió que amor es el primer secreto del mundo, tan buscado por los sabios, y que sólo por el amor puede llegarse así al corazón del leproso como á las plantas del Señor.

R. G. R.

(Traducción especial para "Savia Moderna.")

SECCION DE AUTÓGRAFOS

A Alejandro y Fernando Valenzuela en su bautizo

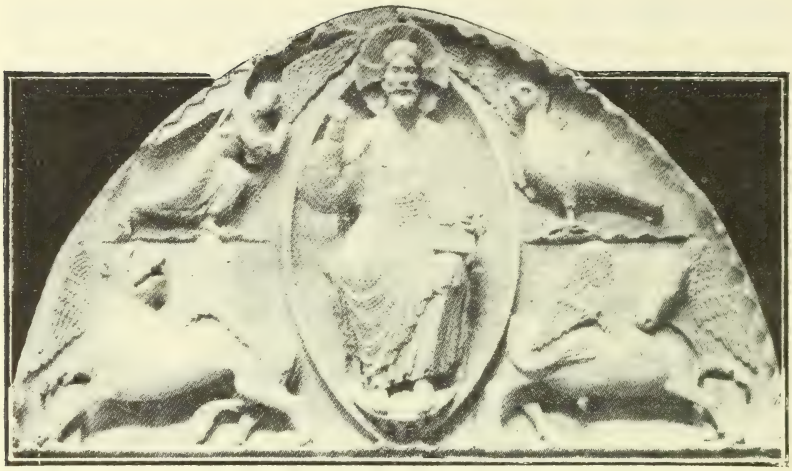
Avecillas de Dios que un solo vuelo
condujo al dulce amor del mismo nido,
dejando el iris mágico encendido
de la Esperanza entre el hogar y el cielo

Ni jamás un poeta, augur de duelo,
arrullar una cuna ha merecido,
lo puede solo el canto inaprendido
que al alma arranca el mutem y el anhelo

Mas poesía encuentro que en mi obscuro
contar, en vuestra boca purpurina,
callo por eso. y voque hacia el futuro

La blanca cuna en ola cristalina:
la amparan vuestra madre, un angel puro
y una hada gentil vuestra madrina

Enero de 1894 — Justo Sierra



EN EL AREÓPAGO

PARA LUIS G. URBINA.

Fué en Cosmópolis, en el siglo XX, en plena Asamblea de sabios.

Y un joven, como Apolo bello, robusto como Herakles, decía, en altos decires, su amor Nietscheano por la Vida:

—«Dios no ha creado al hombre —clamaba,— el hombre es el llamado para crear á Dios. Todo hombre está obligado á emplear todas las fuerzas de su inteligencia y de su cuerpo para el fin del advenimiento del Super hombre. No hay que malgastar energías abriendo el corazón á la piedad para los mal constituidos en la lucha por la vida. Hay en ello un pecado contra la naturaleza á la que estorbaríamos en su obra de selección si amparásemos al esclavo Ha muerto ya la religión de los esclavos, predicada por el Cristo veinte siglos hace. No nos opongamos á la ley natural que quiere que

ellos también desaparezcan. Que el único fin de nuestra vida sea crear al Super hombre!»

Y un viejo de luenga barba blanca, de radiantes ojos de profeta, venerable como un apóstol, se puso de pie y arguyó así:

—«¡Vanidad de vanidades, y todo Vanidad! Yo estoy con mis hermanos los pobres y esclavos. Mi Dios es el Dios del «Magnificat,» el que desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes, el que llenó de bienes al necesitado y dejó sin cosa alguna al rico. Nuestro Dios es el Cristo vengador de que hab'an las escrituras, el que anatematizó á los fuertes y orgullosos de la tierra. Ellos deberán temblar, porque ya se anuncia el Alba Roja anhelada por la legión de los oprimidos!»

Y entonces sucedió una maravilla, un milagro acaso.

Ante los ojos asombrados de los sabios, se presentó un joven de rubia barba nazarena, y de mirada intensamente dulce. Iba envuelto en una luminosa túnica blanca, y tendía serenamente hacia la Asamblea sus manos impolutas como lirios. Y hubo en el ambiente un estremecimiento de ensueño, de contemplación honda. Y aquellos hombres se sintieron conturbados en su corazón, porque en ellos estaba la roña de la vida. . . .

Y Jesús dijo:

—«La Paz sea con vosotros.

¿De qué Cristo hablabais?

Yo soy Jesús Cristo y vosotros no me conocéis.

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

Mi Reino no es de este mundo.»

Abril. 1906.

MANUEL DE LA PARRA.

EN LOOR DE "SAVIA MODERNA"

Eternamente joven, como ayer y mañana, la Primavera inmune, siempre fresca y lozana, tal como los misterios de Eleusis presidía cuando llena de gloria y al despuntar el día, miró surgir de la onda la desnudez helena tallada en mármol de la Venus Anadyomena; la Primavera inmune que vive en el Zodiaco, la que tejió diademas para la sien de Baco, y con la sangre ardiente de sus rosas cortadas, fijó las magnas fechas cuando las Olimpiadas; la que tiene en los ojos dos divinas violetas, los dedos perfumados como un haz de mosquetas, y el fulgor aprilino que los cielos inunda, en la rosa bermeja de la boca jocunda, y en las mejillas puras juvenil arrebol, y en los rubios cabellos todo el oro del sol, hoy preside un adviento: el de «Savia Moderna,» con la suprema estrofa de su canción eterna. Con su canción eterna, con su eterna sonrisa, que es la luz, va oficiando

como sacerdotisa, en la misa solemne del constante renuevo: en el trino inminente que palpita en el huevo, en el botón hinchado con las futuras galas de la flor, y en la larva donde duermen las alas.

Y es feliz el presagio, el poder de la Vida hoy exalta sus dones: es la Pascua florida; y así cuando del túmulo se levanta Jesús y asciende, taumaturgo, con los brazos en cruz, la Primavera canta: *Gloria in excelsis Deo,* y arde el sol como una antorcha de Himeneo, vuela el pólen que es semen fecundante y vital, y la tierra se enjoya como un lecho nupcial.

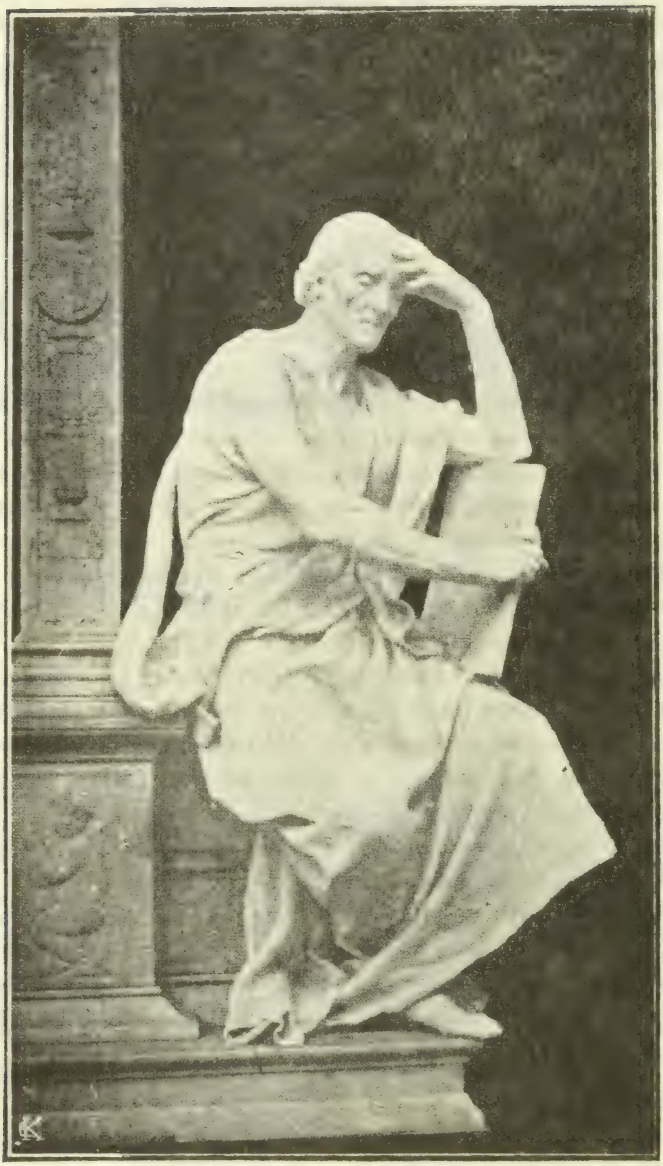
Es feliz el presagio, romperán las crisálidas los limbos de las frentes pensativas y pálidas, para que alcen el vuelo los versos-mariposas por las praderas líricas consteladas de rosas. Y pues la Primavera se anuncia á nuestras puertas, recibidla con rosas como gemas abiertas, que las mire inclinarse á sus plantas divinas, como un armonioso cortejo de meninas; y que lo mismo guste al pasar el cortejo, del clavel encendido como un labio bermejo y carnal, de la profética sibila margarita, de la blanca azucena, blanca cual Serafita, de aquesa sensitiva virginal como Aglae, que al tocarla, como una doncella se contrae; de la violeta pálida y enferma, cuya vista hace pensar en una litúrgica amatista; de las hiedras que tienen ojeras de mujer como si conocieran el dolor y el placer. . . .

Nazcan, nazcan las rosas hoy que la Primavera sus cornucopias vuelca sobre nuestra pradera; hoy que la Vida canta sus divinos allegros, en los ojos lucientes y en los cabellos negros, en el pecho en relieve como el de un egipan, en las narices túmidas con soplo de volcán; hoy que el fósforo prende su fulgor espontáneo, y vibran las celdillas so la tapa del cráneo; hoy que entona la sangre poderosa y sensual en las henchidas venas como un salmo triunfal. Nazcan, nazcan las rosas palpitantes de amor en los prados propicios del jardín interior, mientras hay entusiasmos, juventud, alegría, mientras vemos delante nuestra tumba vacía. . . . la Primavera es nuestra, esa reina de Saba, que tiene á Abril por paje, y á la luz por esclava.

1906.

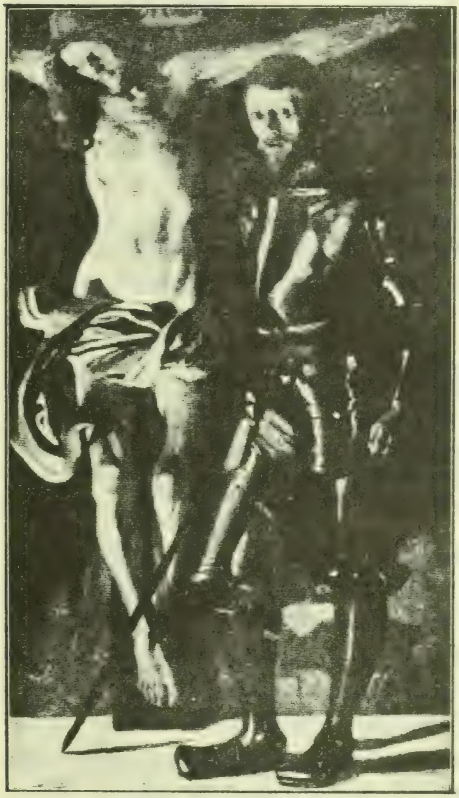
RAFAEL LÓPEZ.

ESCULTURA MODERNA



P. Dubois.— La Meditación.

DIVAGACION MÍSTICA



Ulrico von Hutten, por Herterich.

Estoy viviendo en la más sagrada y bella semana del año! Son los DIAS SANTOS.... Es la Semana que se me hacía respetar allá durante aquellos lejanos paraísos de la niñez. En estos días los cristianos conmemoran á un Hombre-Dios (un Dios!) que virtió sangre y lloró ...

Lleno de respeto y muda sinceridad —oh Señor Jesucristo!— escribo y pienso de Ti, yo, brizna de yerba y saco de impiedades. Porque mi alma, muy cansada después del paso á través de tantas filosofías y destrucciones, quiere entrar en tu misterio y en el venerable recuerdo de tus treinta y tres años humanos, con gran devoción y martirizado pensamiento, para ver y sentir la belleza del recuerdo, como si fuera un rapaz —rey niño de juguetes y miríficos ensueños— que en una mañana como esta, que es de primavera, hubiera visto y sentido aparecer ante mis ojos á

una bella jovencita de ojos ingenuamente escrutadores, llenos de la alta visión de lo que sea el amor y el hombre....

Esa luna que he visto tan lívida, y como si hubiera acabado de llorar; estas cosas que se me presentan como emisarios de dolor y de penitencia y el Caballero enferrado de negro y espada en reto, á la sombra de un Cristo, que es un árbol de piedad —los brazos abiertos— y de misterio —esos ojos!... — me han hecho, después de largos de olvido de Ti, volver á adorarte en este campo seco de mi incredulidad. —Oh Señor!—

***

¡Ulrico von Hutten! —bello nombre y sonoro!— ¡Caballero del Evangelio! —¿qué mejor gala y prez?— soberbio de desdén y de energía, y enfermo á los veinte años de placer y desencanto Este tu simulacro, que el alemán Ludovico Herterich á bien tuvo hacer de ti, ha dirigido mi alma hacia quién sabe qué abandonadas vías de contemplación y de audacia.... Como tú, del rostro altanero y frío, mi alma ha sabido asomarse á mi rostro, altanera y dura también, en defensa de este Santo Señor, en aquellos apartados días ...

***

¡Quién, sabio de pavor y de amargura
Pasa ante aquesta lívida figura
Sin proclamar ante la faz del cielo
Que no hay sombra, frescura, ni consuelo,
Ni paz, en fuera de este sacrosanto
Arbol de redenciones y de espanto?....

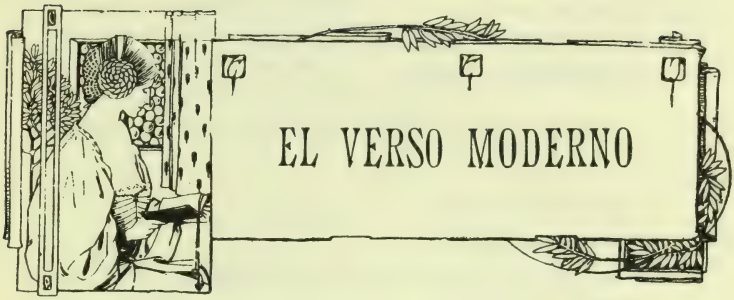
***

¡Oh Jesucristo! Creemos en Ti, nosotros los de estos siglos, que por vanas condescendencias te habíamos negado; los iconoclastas, los que queríamos hacer de Ti un Cristo ficticio, vestido con la lepra de las literaturas huecas y de las ciencias ampulosas ..

La juventud, altiva como ese hosco Caballero enferrado de negro y espada en reto, ante la luna lívida de estos días de penitencia y pavor, y ante la Primavera que perfuma con suaves brisas nuestro dolor, te defenderá con nuestro pensamiento y nuestra delicada é íntima ternura, proclamándote el Cristo Bello, Hijo de Dios, que murió en la Cruz, para dar testimonio de la verdad!

México, Semana Santa de 1906.

JESÚS VILLALPANDO.



PARA JOSÉ F. ELIZONDO.

El verso de ahora tiene extraño ritmo,
tiene ritmo extraño;
se alarga, se alarga cual noche terrible
de duelos y llantos,
ó brilla cual brilla el relámpago.

El verso de ahora
es un verso raro;
ya desgrana estrofas dulcemente bellas,
amoroso canto,
ó estalla en cadencias roncas y bravías
como el oceano.

El verso de ahora,
audaz fijodalgo,
entra en los palenques de las nuevas justas
sin miedo á lo clásico;
ó escala las cumbres divinas del Arte,
hundiendo en auroras la crín de su casco.

El verso de ahora es un aurifebre
y es un lapidario;
sobre ricas piedras graba camafeos,
ó cincela vasos
cuyos plateresco relieves fascinan
y arrastran los ánimos.

El verso de ahora,
pintor temerario,
concluye de un golpe triunfal y glorioso
magníficos cuadros;
ó sueña en el símbolo,
y vago, muy vago,
apenas si esboza pálidas ideas
tras regio desgrane de hermosos vocablos.

El verso de ahora
es carnal ó casto;
es místico fraile que reza, que reza
frente alguna imagen del Crucificado,
ó entre las penumbras
es un viejo sátiro
que celebra el rito de las misas negras
sobre las rotundas ancas de alabastro.

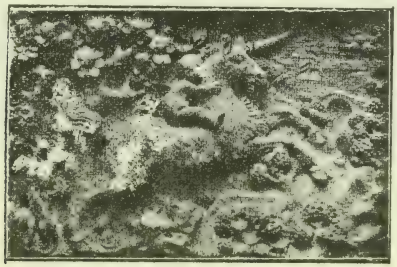
El verso de ahora
es ave ó centauro;
se lanza impetuoso, las crines al viento,
entre torbellinos de polvo dorado;
ó tiende las alas, las alas soberbias,
hendiendo el espacio,
y es radiante joya cuya pedrería
va centelleando.

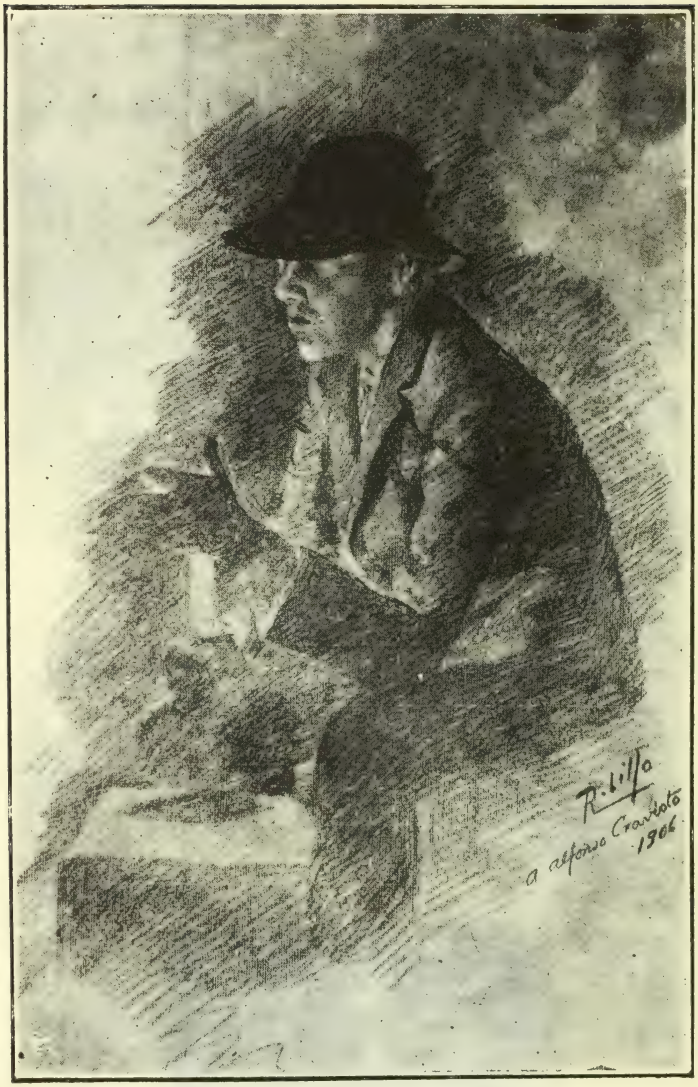
El verso de ahora
es un castellano
que cruza entre el grupo de altivas creaciones
de los tiempos clásicos,
con el áureo peto radiante de gemas,
la brida en la mano,
y á los vientos flotante el augusto
pendón en que brillan signos emblemáticos.

Me gusta ese verso
por libre y osado.
Me gusta ese verso
que burla burlando,
ya se alarga, se alarga, se alarga,
como la cadencia de un místico psalmo,
ó rompe en un grito
fugaz por lo trágico. . . .

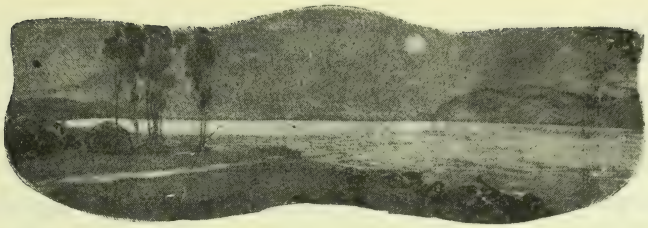
Me gusta ese verso
de ritmos extraños,
que se tuerce, se dobla, se quiebra,
cual chorro irisado,
y que es en la vida del Arte, un perfume,
una estrella, una estatua, un relámpago,
un laurel ó una joya,
si está modelado
en un regio troquel: la Belleza,
por hábiles manos. . . . . .

ALBERTO HERRERA.





Estudio de Rafael Lillo



LA VISITA

(Un retiro embalsamado y tibio, adonde llegan apenas los rumores confusos del baile. Decorado simple y elegante. Una planta de crisantemos, forma enramada sobre una banqueta. ELLA, una blondísima y hermosa criatura, está sentada, y finge combinar las sombras ligeras de las hojas, que se proyectan sobre el raso blanco de su traje, con los arabescos de su abanico. EL, un apuesto mozo de barba negra y de mostachos agresivos, se inclina hacia ella en actitud de súplica. El vals, un vals soñador, desgrana su preludio).

EL.—Creedme, señorita. Digo la verdad.

ELLA.—(Alzando los ojos claros y fijándolos con aire de duda en el rostro de su interlocutor). ¿De veras?

EL.—Sí. ¿Qué tiene de extraño? ¿Vos misma no tenéis preferencias por un color, por un perfume, por una música? ¿Y esas preferencias no son producto de una larga educación, de una cadena de circunstancias casi inapreciables? Ahora mismo acabáis de decir que tenéis predilección por las harmonías tranquilas, por los nocturnos vagorosos; por las sonatas que hacen pensar en un claro de luna, lago misterioso, y en una barca donde palpita un estremecimiento de amor. ¿Y por qué? Vos misma no lo sabéis. Pues lo mismo sucede conmigo. Yo amo instintivamente á las mujeres rubias. ¿Recordáis el último baile de la Embajada? Ah, yo, por mi parte, jamás

lo olvidaré. Comencé por fastidiarme. La belleza de las mujeres no hablaba á mi corazón. ¿Qué habéis sentido, decidme, al contemplar una estatua magnífica? Una vaga sensación y nada más: una sensación de estética. La que nos produce un cielo estrellado en una noche perfumada; tal vez menos. Pues eso sentía ante el cortejo deslumbrante de damas hermosas, que desfilaba ante mis ojos impávidos. Mejillas en flor, bocas húmedas y adorables, ojos impregnados de ternura, espaldas y senos blanquísimos, nucas divinas, todo, todo pasaba envuelto en una opulencia de sedas y de encajes, y en un ambiente de luz y de aromas. Y sin embargo, yo permanecía impasible. Miraba á las mujeres con algo de tristeza, porque ninguna, con todos sus encantos, hablaba á mi corazón. Y allí seguía, quieto y solo, esperando á la prometida, á la que he soñado en mis líricos insomnios: á la que vendrá, á la que llega, «con las bellas manos colmadas de todos los dones de la juventud.» (El hace una pausa, y mira tiernamente á la rubia señorita, que sigue combinando, turbada y confusa, sombras y arabescos en el raso blanco del vestido).

—Allí estaba esperando á la prometida. Y no llegaba. ¿Será ésta? Tiene el color de los ojos que prefieres; tiene el perfil. . . . ¡No! exclamaba el corazón. ¡No es esa! —¿Aquélla? mira bien. ¿Reconoces su porte aristocrático? Creo que es ella —seguía diciendo la voz oculta.— Pero el corazón interrumpía gritando, protestando siempre: ¡no, no es esa!

¿Y quién era «esa?» Pues esa, era el producto de mis sueños, de mis quimeras, de mis ficciones, y del fondo atávico que llevo en mi sér. La musa que besa mis sienes febriles, y se duerme sobre mi pecho, debe parecerse á ella, como se parecen dos hermanas. «Esa,» es la mujer cuya imagen llevo dentro, muy oculta, y á quien buscaba con todas mis ansias: ¡esa!. . . .

Y al fin llegasteis. Al fin llegaste tú. Fué como una aparición milagrosa. Creo que se iluminaron mis entrañas; creo que un pájaro divino despertaba en mi cerebro, y que cantaba una extraña melodía, una rara melodía no escuchada hasta entonces. Era, que la imagen que llevaba dentro de mí, la pura, la intocada; la que se formó en una paciente elaboración misteriosa de mis años más floridos de ensueños; la imagen que llevo como talismán en relicario, se confundía con el reflejo preciso de otra mujer hecha carne, de otra mu-

jer hecha primavera, de la mujer que llenó con su presencia radiosa é impalpable, mis vigilias de amor. . . .

¿Recordáis la historia del chapín de Cenicienta? Pues yo, como el príncipe enfermo de pasión, llevaba también un zapatito de cristal, abandonado por una dulce niña, cierta noche de baile, de baile ideal y fantástico, en que las reinas y las diosas bajaron á escuchar mis rondeles. He marchado por lejanas tierras, bajo todos los soles, en busca de la prometida, llevando como talismán el escarpín diminuto. Pero no ajustaba á ningún pie!. . . . Ahora estoy regocijado, y vengo á deciros por qué. Ya lo he dicho. Lo he dicho ya? Ha parecido el tesoro que buscaba. Habéis oído? Lo he encontrado. Y ese tesoro sois vos! Vos, adorada. . . . vos. . . .

(EL, toma una mano de la dulce damita y la estrecha con efusión, inclinándose, hasta arrodillarse, para encontrar la mirada de los ojos claros. ELLA, muda y toda ruborosa, lucha en vano por ocultar la emoción que le han producido las palabras del caballero. La música sigue desarrollando un tema nervioso y elegante. Y ÉL continúa):

—Esa turbación vuestra, me hace concebir una loca esperanza. Dejadme ver vuestros ojos, que ellos me dirán si estoy engañado. Vamos, sed compasiva; sed buena. El Amor llama á vuestra puerta. ¡Mi pobrecito amor! Viene cansado del viaje. ¡Ha sido tan largo y fatigoso! ¿Qué, lo dejaréis, yerto de frío, morir en el umbral, cuando dentro hay fuego y un lugar en la mesa? ¡Respondedme, por Dios! ¿Vaciláis? ¿Qué le digo?. . : . . ¿qué?. . . . . ¿qué le digo?. . . .

(ELLA levanta al fin los rosados párpados, y con voz apagada, y tomando las manos del gallardo mozo, dice, ocultando su rubor en una inefable sonrisa):

—¡Que pase!

(EL se lleva á los labios las manos finas que estrecha entre las suyas, y con un acento salido del corazón, murmura):

—¡Gracias! ¡gracias!

(El vals, un vals soñador, muere diciendo una frase tierna y harmoniosa).

1905.

JOSÉ B. VELASCO.

Cabeza de estudio.—RAFAEL PONCE DE LEÓN.

EL DOLOR

Triste y solo recorriendo voy la senda aridecida
donde tienden las angustias sus abrojos por alfombra;
donde crispan su amenaza los zarzales de lá vida;
donde hay ríos que son llanto; donde hay savia maldecida
que produce eternamente sólo cálices de sombra.

Las mandrágoras de rostros que contrajo horrible mueca,
á mis lados, tristes yerguen su corteza amarga y seca;
introducen en el polvo sus raíces carcomidas
como manos descarnadas que se entierran contraídas,
y sus negras ramazones,
por la cólera del viento desgreñadas,
son enormes amarguras enraigadas
que se agitan con siniestras convulsiones.

En el cielo no descuella
ni la gota luminosa de una estrella;

todo es sombra, ruge su himno tormentoso la borrasca
y en los brazos de las ráfagas furiosas,
como présago desfile de enlutadas mariposas,
atraviesa crepitando la hojarasca.

Y mi ciego paso choca contra una calavera
que rebota entre los cardos; en un foso se derrumba
y desgrana un ruido sordo que en mi espíritu genera
añoranzas de los ayes de la tumba. . . .

Y un escuerzo ronco agita su monótona sonaja
en el légamo viscoso que le sirve de mortaja. . . . . .

La tormenta
se acrecienta;
sopla un trueno en colérico bigarro;
pasa roja entre las llamas de su carro
por el cielo que revienta,
y los rayos abandonan de las nubes el secuestro,
y el espacio se ensangrienta
con la sangre momentánea de un relámpago siniestro!

Y al rasgarse la pavura de las hondas lobregueces,
ante mí surge la ira formidable de una hiena
que con ímpetu feroz desencadena
sobre un yerto cuerpecito sus macabras avideces.

El hocico raudo se hunde, tras horribles dentelladas,
en las carnes corroídas, canceradas,
donde escurren, como llantos espantosos,
jugos acres y verdosos;
las mandíbulas se aprietan cual diabólico cilicio,
cruje el torso con el bárbaro suplicio,
se alza rápida la fiera
con la carne entre los dientes como lúgubre bandera,
y resuena sus aúllos en un trágico epinicio. . . .

Y el escuerzo ronco agita su monótona sonaja
en el légamo viscoso que le sirve de mortaja. . . . . .

Las tinieblas se rehacen de su imperio;
nuevamente las tinieblas vuelcan urnas de misterio
sobre aquel estigio cúmulo de horrores,
y en el mar de lobregüeces,
como náufragos, sucumben mis vigores:
en mis nervios hay crispadas rigideces,
en la angustia de mi carne vibran hoscas pavideces
y trepidan en mis dientes los terrores. . . .

Y la hiena me olfatea,
interrumpe su macábrica tarea,
su nariz hurga el espacio, resoplante;
y la fiera se recoge, crispa el labio, manotea,
y en mí clava la pupila que flamea,
y en mi busca salta aullando amenazante. . . .

Los hipógrifos del miedo
me arrebatan, retrocedo,
pero surge ante mis ímpetus febriles
una pira donde yerguen su tumulto desolado
cráneos, vértebras y fémures hostiles. . . .
y esa fúnebre barrera es el pasado.

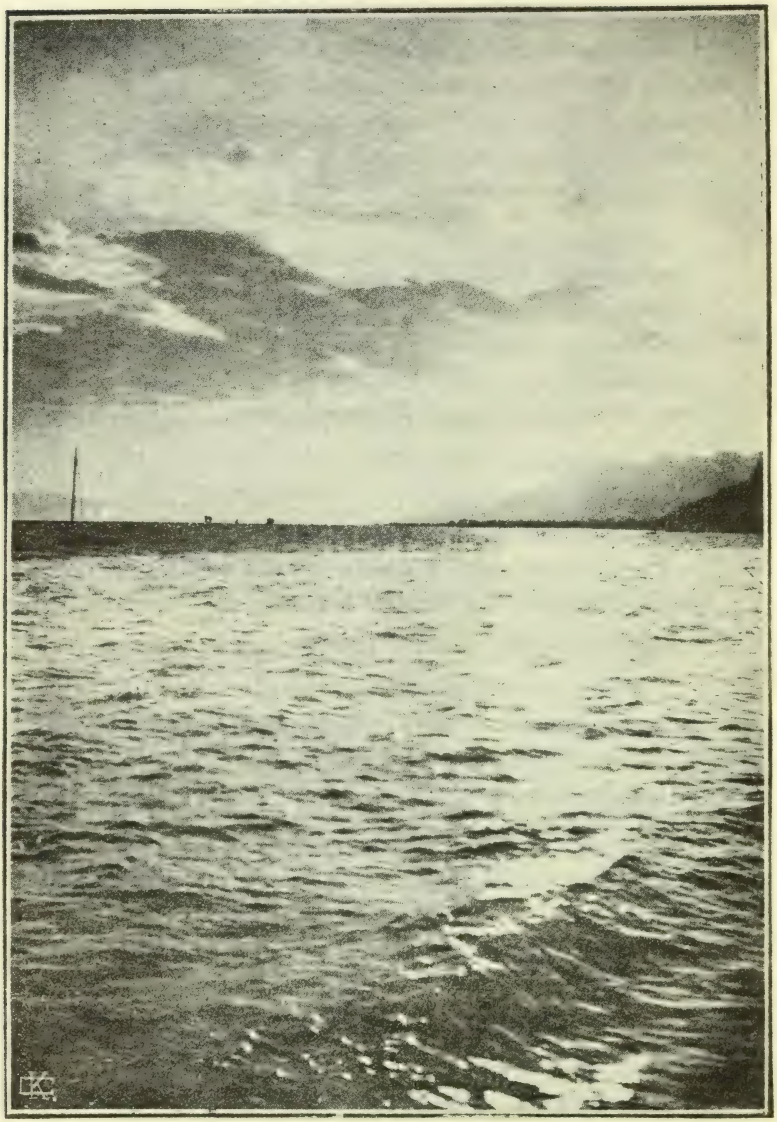
Y la pira va creciendo á cada instante,
se desborda como río y me empuja hacia adelante!
Y el aúllo cavernoso de la hiena
ya muy próximo resuena!. . . .

El terror me precipita en los breñales:
corro, corro entre la rabia de los múltiples zarzales
erizados de aguijones homicidas,
y mi carne dilaceran los minúsculos puñales,
y me muerden los feroces abrojales,
¡y en mi cuerpo lloran sangre luengas y hórridas heridas!. . . .

Y á lo lejos, en el fango que le sirve de mortaja,
el escuerzo agita, agita su monótona sonaja. . . . . .

ALFONSO CRAVIOTO.

ARTE FOTOGRÁFICO.



Crepúsculo en Chapala.—Instantánea de FELIPE GÓMEZ ROBELO.

SILUETAS MUSICALES

CARLOS J. MENESES

Pertenece á la pléyade de hombres superiores que se identifican con los grandes acontecimientos y con las grandes evoluciones.

Todo lo que significa —ya sea para la humanidad, ya para determinado país— un cambio radical, encarna siempre en un hombre de energías, y este hombre —para la notable y rápida evolución musical de México en los últimos años— es Carlos J. Meneses.

Hace tres lustros que los más distinguidos músicos de la República, y principalmente los de la Metrópoli, se conmovían hondamente ante la aparición de un joven excepcional que, sin transiciones, venía á romper los antiguos moldes de ejecución pianística, introduciendo una escuela hasta entonces desconocida.

Este joven innovador traía en su estética algo, más bien mucho, que podría ser inferior á las mejores escuelas alemanas; pero que sin duda estaba por encima de las entonces existentes en México.

Cuando esto sucedía, mis primeros estudios musicales estaban apenas iniciados; y aun recuerdo cómo la envidia y la intriga se cirnieron sobre el entonces joven Meneses, y cómo el inolvidable Julio Ituarte ciño la frente del novel artista, con una corona de laureles de plata, lo que produjo un acentuado despecho entre los maestros *outrances*.

Pero el mérito se impuso y la escuela de Meneses invadió triunfalmente nuestros ámbitos musicales. Porque el maestro no sólo sabía ejecutar; también sabía trasmitir, y año por año lanzaba una falange de discípulos que llevan aún la prioridad de la enseñanza pianística, hoy que podemos jactarnos de un notable adelanto en esa modalidad del arte musical.

Pocos son los buenos pianistas de México, que no han sido educados por Meneses; pero constituyen casos tan aislados, que su condición artística debe atribuirse á sus aptitudes naturales, y de ninguna manera á las de sus respectivos maestros. En cambio Meneses ha formado nuestros mejores concertistas: Villaseñor, Marrón, Ogazón, y nuestros más distinguidos maestros: los Huerta, los Castillo, los Barradas, los Alarcón y, sobre todo, Luis Moctezuma.

Pero si la educación pianística fué de tal trascendencia por tratarse de un instrumento completo, era, sin embargo, una parte nada más de la educación musical. La obra no estaba completa y Meneses quiso que lo fuera ... y educó la orquesta.

No solamente llevó á los conjuntos el prodigio de su habilísima dirección, dándoles precisión en la técnica y eclecticismo y estética en la interpretación; sino que substituyó el repertorio de falsas brillanteces por el de las obras maestras, haciéndonos conocer lo que antes era sólo dable oir á los que iban á los grandes centros artísticos de Europa.

Y fué tan amplia su obra educadora, que abarcó aun aquellos instrumentos en los que no era especialista, y de la misma manera que en la orquesta se suprimieron las «Dame de Pique» y las galopas de Schuloff para dar paso á las oberturas de Wagner y á las sinfonías de Beethoven; de la misma manera desaparecieron del piano los «Himnos del Brasil» y las transcripciones de Ascher ante las obras excelsas de Chopin y de Schuman; así los cantantes dejaron el Vals de Arditi y los violinistas «El Carnaval de Venecia,» para substituirlo, aquéllos, con las Romanzas de Massenet y de Gounod, y éstos con los conciertos de Mendelshon, de Wienauski y de Bruch.

En su verdadero amor por el arte tuvo el estoicismo de resistir las invectivas de la envidia y el injustificado desdén de un público, entonces demasiado inculto para comprender y apreciar las grandes creaciones musicales: y con esa inmutable constancia realizó la

educación de ese mismo público que hoy sabe aplaudir á los concertistas europeos que de tiempo en tiempo nos visitan, y á los conjuntos que, como la Banda de Policía, ofrecen repertorio selecto en sus audiciones.

La obra de Meneses en México es la más completa que pudiera realizarse: trajo el arte, formó á los artistas que lo ejecutaran y educó al público para que lo apreciara.

MANUEL M. BERMEJO.

LA TORRE

Eternamente se alza sobre las ruinas
del antiguo convento, y en sus ventanas
grita la voz augusta de sus campanas
ó alegremente charlan las golondrinas.

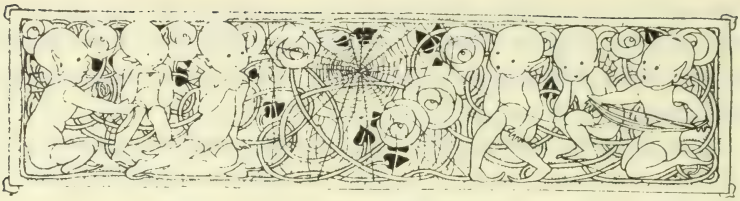
Han cubierto sus grietas las clavellinas,
se corona de luces en la mañanas
ó la invade el silencio de las sabanas
en las tardes dolientes y mortecinas.

Eternamente erguida, sus esquilones
anuncian al poblado las oraciones
con voces ya solemnes ó ya risueñas.

Y en las horas tranquilas y vespérales
alberga á las palomas en sus tapiales
y ampara la tristeza de las cigüeñas.

México, 1906.

DANIEL ROSS.



GERMINAL

Para ALFONSO CRAVIOTO.

Hay un ave en el bosque, que palpita y espera,
con las alas abiertas como un gran abanico;
es un ave dorada, es un ave extranjera,
ha venido de lejos con un beso en el pico.

Ha venido en reclamo de la cálida fronda,
donde el Germen fecundo sus instintos recrea,
busca un nido discreto que sus yemas esconda
y caliente la Vida que en su seno aletea.

Hay un rojo capullo en la flora del huerto,
que apresura impaciente la eclosión bienhechora,
y parece que sangra por su cáliz abierto
cuando el vaho de la siesta lo estremece y desflora.

Y presiente y aguarda con los pétalos flojos,
tal abierto corpiño que se rinde y ofrece,
y desmaya su junco y se quema en sonrojos
si las aves se besan y la rama florece. . . .

Y hay un cuerpo (tu cuerpo) y un anhelo (mi fiebre)
que acumulan el fluido que en el rayo descarga,
tú, morena y sumisa al instinto muliebre,
yo impaciente y enfermo de una espera muy larga. . . .

Tal vez hoy nuestras rutas siguen rumbo diverso,
pero sé que en la gloria de un minuto de oro
nuestras dos juventudes rimarán como un verso
en la música agreste de algún bosque sonoro.

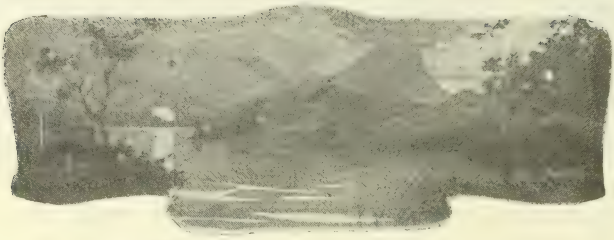
Cuando llegue el momento que enardece y provoca
y se encienda tu cuerpo cual magnífica aurora,
tendré todos los besos en que estalle tu boca,
tendré todas las mieles que tu seno elabora.

Y á mi cuello tus brazos, cual crispadas antenas
(la tigresa en el celo disimula su zarpa!),
vibrarán como cuerdas musicales tus venas,
y tus nervios sensibles cantarán como harpa!

RODOLFO NERVO.

Marzo de 1906.

"Amor Triunfante," por Federico Rodríguez.



EN TRANVIA

Subí al tren y esperé la hora de partida. Salimos: sonó el timbre bruscamente, y momentos después entraba una maravilla de suavidad y gracia. Al vernos, íbamos á saludarnos; *recordamos* que era la primera vez que nos encontrábamos y permanecimos quietos. Fué un instante inadvertido para los demás.

Tomó asiento en el lado opuesto al que yo ocupaba, un poco adelante, de manera que, al hablar con el que la acompañaba, me veía, y una fuerza invencible me hacía fijar en ella los ojos, la misma quizá que á ella la hacía mirarme con frecuencia.

Era la nuestra una mirada extraña, sin inquietud, sin curiosidad; confiada, profunda y serena; como se mira un gran campo, ó la luna; como se mira cuando se cambia un pensamiento.

A instantes, mi vida, suspensa, contemplaba á la niña (tendría 18 años), á instantes, se agitaba el corazón como por un gran cuidado.

Paró el tranvía, y al levantarse mi vieja amiga, al detenerse junto á mí para recoger la falda, inclinando el busto y alargando el brazo, me hubiera llevado las manos al pecho, en el embelezamiento de admirarla, y aquietando la angustia de perderla.

Pasó sin mirarme: la seguí ávidamente con los ojos, y la vi bajar, la vi subir á la acera, la vi que se volvió á mirarme, mientras yo, con la cabeza fuera de la ventanilla, conteniendo un llamamiento, desfallecía de tristeza....

Y el tren continuó su viaje.

1902.

R. GÓMEZ ROBELO.

"Amor Caido," por Federico Rodríguez.

NUESTROS ARTISTAS.

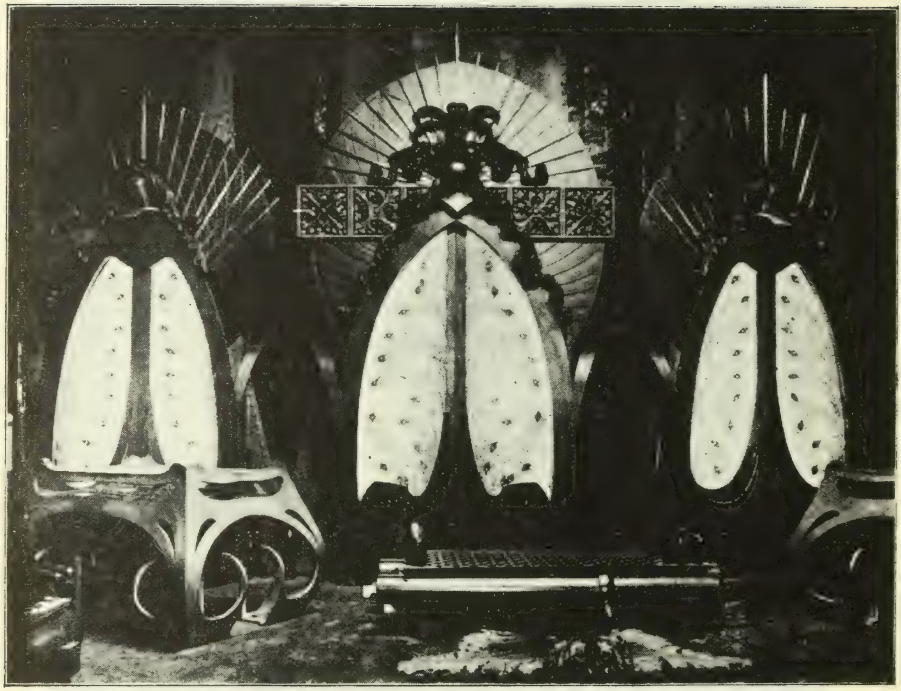
Srita. Elena Marín, distinguida cantante.

EXPOSICION MEXICANA EN PARIS

Se ha celebrado en París una Exposición de Arte Mexicano, organizada por la Delegación en esa ciudad de nuestra Secretaría de Instrucción y Bellas Artes. El simple hecho de que haya sido posible celebrar en la capital del mundo, una exhibición de arte con elementos nacionales, habla muy alto en pro de los enormes progresos que la educación ha hecho, de poco tiempo á esta parte, en el país. En la sección de pintura de ese certamen, tomaron parte Ramos Martínez, cuyo talento de acuarelista y pastelista, ha llegado á la maestría; el extraño é intenso Julio Ruelas; Roberto Montenegro, de refinada elegancia y encantadora fantasía; Rosas, que ganó su pensión, triunfando en un concurso en nuestra Academia, y Juan Téllez, cuya peregrinación de artista, señalada ya por obras fuertes y admirables, guían con su divino ejemplo, Velázquez, el Grecco y Goya.

En escultura expusieron numerosas obras Enrique Guerra, que ha figurado dignamente en varios «salones» de París, y Fidencio Nava, lleno de bríos y de talento cada vez más desarrollado. Manuel Fernández, alumno del grabador Jaurico, envió yesos, aceros y marfiles notables por su mérito. En la inauguración tomaron parte los jóvenes pianistas R. Galindo y José Vargas Núñez.

Esperamos la prensa francesa, que nos traiga detalles y juicios de esta exposición, para dedicarle un estudio especial.



Balcones, vitrinas y diván

EL ARTE DECORATIVO

SALA DE ARMAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

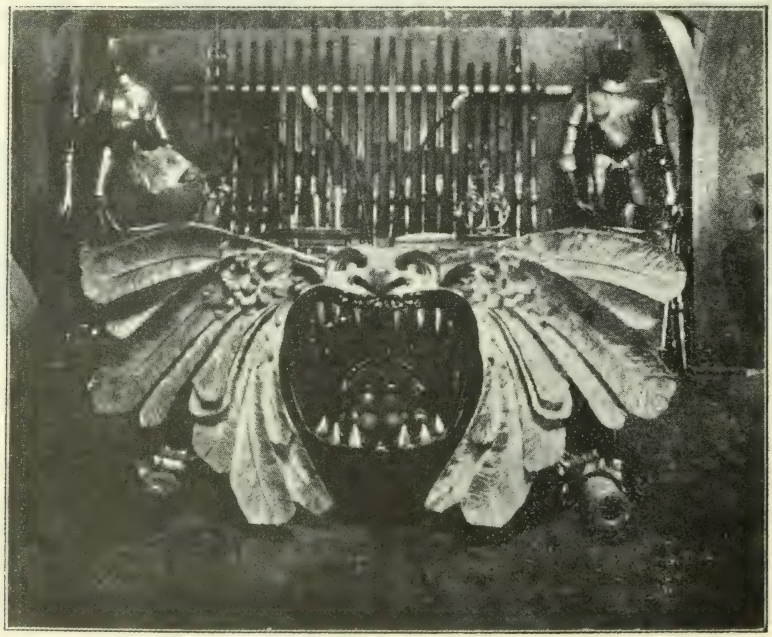
El maestro D. Antonio Fabrés acaba de dar una nueva prueba de lo que es y vale como artista decorando suntuosamente la Sala de Armas de la casa en que habita el General Díaz, en la calle de Cadena.

Las fotografías, que nos complacemos en publicar, aunque no dejan apreciar en todo su valor, la grandiosidad y el arte del con-

junto, dan, sin embargo, idea de algunos pormenores que permiten imaginar la belleza de la obra total.

Lo que sirve, por decirlo así, de armazón á toda la sala, es la plancha de cobre oxidado en verde que también se ha empleado en los muebles, excepción hecha de los divanes, que se componen de tres cañones, y en el zócalo de dos metros de alto que circunda el salón.

Los marcos de los balcones son de acero, en parte pulido y en parte oxidado, y los cristales, de más de tres metros y medio de alto, están esmaltados á fuego, son de un color azul oscuro y lucen plumas de pavo real.

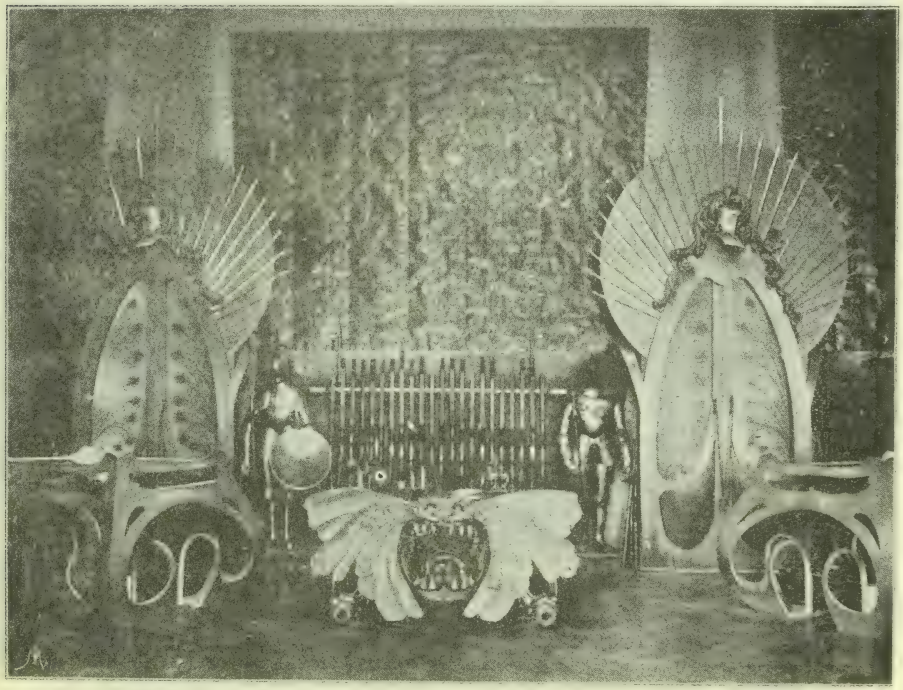


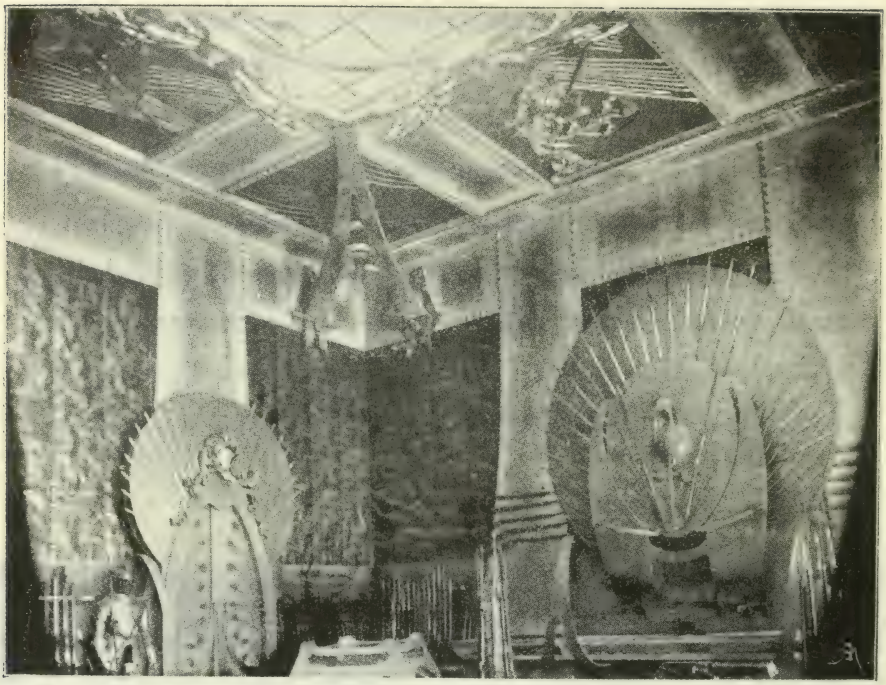
Las panoplias son de acero; los grandes platos que se ven detrás con hojas de espada, de oro viejo mate, y el fondo de las paredes, de cuero repujado oscuro.

En las vitrinas, muy originales, hay armas preciosas; varias de ellas, incrustadas en brillantes, son de gran valor.

El escritorio figura un cofre forrado de piel de Rusia, de color granate, y está cubierto por visagras doradas; de él sale un monstruo, representación de la guerra, que extiende sus alas de color verde de

Puertas de entrada y escritorio.



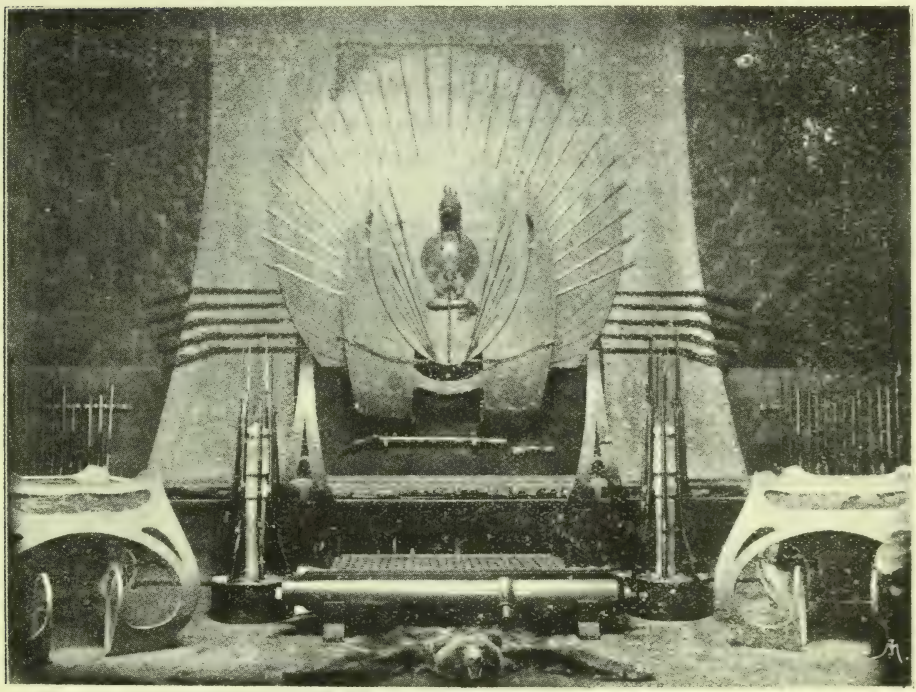


Detalle del techo y del tragaluz.

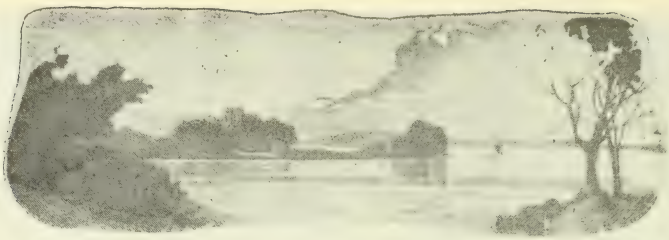
bronce antiguo, y cuyas garras de oro bruñido se apoyan en grandes cañones de acero; en el fondo de la boca abierta del monstruo se ve un montón de balas.

El techo de la Sala, siguiendo el orden de las paredes, está encuadrado por las mismas planchas de bronce que de éstas suben y en los espacios intermedios hay bajorelieves de oro mate, con trofeos compuestos de lanzas, espadas, rodelas y cascos, con penachos de plumas. En el centro del techo, ábrese un amplio tragaluz de ví-

drios esmaltados como los de los balcones, y figuran un ocaso, con el sol y la luna, y alrededor del mismo extiéndese un marco circular, encerrado en otro cuadrado, ambos de acero. En los cuatro ángulos de este segundo marco, cubiertos de cristales de color violeta oscuro, campean estrellas blancas de todos tamaños, y en los cuatro lados otras tantas inmensas libélulas con alas de cristales de muchos colores. El efecto de luz conseguido, tanto de día como de noche, es verdaderamente admirable, debido á una ingeniosa combinación de espejos y á centenares de focos muy hábilmente distribuidos.



Una de las panoplias.



AL OLVIDO.

PARA ALFONSO CRAVIOTO.

¡Oh, Señor, qué fatigoso es el desierto! ...
Mi cabeza está cubierta de anatemas
implacables, cual de trágicas diademas!
Y mi espíritu de luto está cubierto....
Y mis manos han sangrado con supremas
contracciones, escarbando en crueles gemas,
por dejar un manantial de amor, abierto.

Mi conciencia lleva un fardo inmenso á cuestas:
¡la impotencia de mis ansias ante el Arte!
Mis anhelos son girones de estandarte
rojo á sangre que, con ráfagas funestas,
á los ámbitos fatal simún reparte,
entre estrépitos de bóvedas que parte
la tormenta en las mezquitas de oro, enhiestas.

Mi esperanza ya quería ver un cielo
con promesas misteriosas de alborada.
Era un águila en un cúlmen blanco aislada....

Era un águila.... Y al ir á alzar el vuelo,
la cubrió una gigantesca llamarada....
Y en cenizas enterró la sima airada,
su cadáver negro envuelto en blanco hielo! ...

Me asaltó una cruel inquina en las escuetas
inclemencias de la arena, en que no pudo
resultar mi pecho ileso, pues mi escudo
traspasaron ignominias de saetas ..
¡Oh, Señor, mira en mi pecho que desnudo
presenté en el desigual combate rudo,
un honor de cicatrices indiscretas ...!

Tallo ahora, en la tristeza de mi tienda
miserable, como hermético beduino
en el sándalo y el ébano, un divino
amuleto que me salve en la contienda,
que me espere en lo fatal de mi camino;
mientras fuera se sacude el torbellino
al estruendo de su cólera tremenda!

Ya he ceñido á mi talón el acicate,
y á mi cíngulo el alfange de siniestro
lema en la hoja, y en venganzas cruel y diestro.
Y, anhelando que mi mano lo desate,
á la puerta se encabrita en su secuestro,
el corcel de crín lumínica del estro,
con la bélica esperanza del combate.

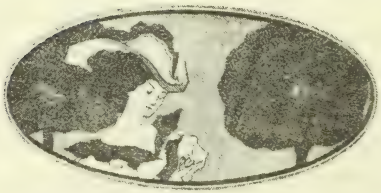
Sin rendir á ley ninguna acatamientos,
iré solo, con mis hondos desencantos,
bajo el sol que con la lumbre de sus llantos
riega angustia en la extensión ... Y oirán los vientos
que pasean en aduares sus espantos,
en las notas dolorosas de mis cantos
de salvaje libertad, mis sufrimientos.

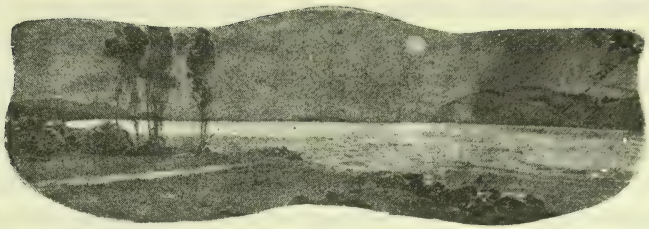
A las tristes caravanas, siempre errantes,
dejaría, como brillos de mis huellas,
enseñanzas nigrománticas y bellas,
si supiera, en confidencias fulgurantes
de querubes de palabras de centellas,
los horóscopos que trazan las estrellas
en las noches, con sus ígneos abasantes....

¡Vano afán!.... Transparentando en un celaje
una dulce lejanía de consuelo,
oh, Señor, tu aparición llena mi cielo,
esfumada en un fantástico miraje!....
Mi deseo vuela á ti en alegre vuelo,
a pedirte que des fin á mi desvelo,
acercándote á dar fin pronto á mi viaje!....

Para entonces, arrojándome á ti, cierto
del amparo formidable de tus hondas
aguas negras, que sombrean negras frondas,
en la muerte saciarás mi sed ... Y el muerto,
en la trágica tiniebla en que lo escondas,
callará tu gratitud hacia tus hondas ...
¡Oh, Señor, qué fatigoso es el desierto!....

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.





MIGUEL DE UNAMUNO A MANUEL MACHADO

SOBRE EL LIBRO «CAPRICHOS»

Mi querido amigo: Me han llegado muy á tiempo sus *Caprichos*, y los he leído una vez ya, como se debe leer esas cosas, en voz alta y sin apoyar, no más que deslizándose sobre los versos. Lo que queda, queda. No busco su letra, sino su música; pero, entiéndase, la música interna, la espiritual.

Lo que siempre me llena más en sus leves poemitas, en esas hojas sueltas de pura poesía, es lo poco que de conceptual tienen. Y no cabe decir cuánto vale esto en nuestra España, en que se ha tomado y se sigue tomando por poetas á unos señores muy graves y de mucho sentido común, que escriben discursos en verso; elocuencia rimada, que dice Junqueiro. Eso que usted hace, lanzar latidos del corazón ó pasajeras caricias de la luz en sus ojos, eso no acaba de entrar.

Esta gente, amigo Machado, es brutalmente materialista, y lo que no toca no existe para ellos. El espíritu de que hablan, es un espíritu espiritualmente material, cuya existencia, substantividad, simplicidad, etc., etc., hay que probar.

¡Probar, querido, amigo, probar! Para estos bárbaros no hay sino cosas lógicas. Y los versos de usted son ilógicos, hermosamente ilógicos, hasta en la forma. Nada en ellos de esas lañas lógicas, de esas partículas conjuntivas, copulativas, disyuntivas, discursivas, en fin, que hacen tan inaguantable nuestra literatura; nada de «comos,» «luegos,» asís,» etcétera, etc. Me gusta esa sarta sin cuerda de impresiones fugitivas, ese desgrane de notas. En eso se descansa.

Usted no prueba nada. ¡Gracias á Dios que me encuentro un español que no quiere probar nada ni dar remedio para nada! Usted lo dice muy bien en su *Mutis* —que es todo un sistema filosófico:— «Sed muy felices —con vuestra vida— y un tomo grande— para escribirla. . . .» Pero es que la viven para escribirla, y no que la escriban por que la han vivido. . . . ¿Y no me pasa lo mismo. . . . ? ¿No trabajo, acaso, miserable de mí, para que mi nombre quede escrito? Conozco la enfermedad, amigo, la conozco muy bien, y sus versos de usted me traen auras de otro mundo. . . . . de un mundo que no he vivido.

Me dedica usted su *Kyrie-eleison* —¡gracias!— y hay que entonarlo. Hay que entonarlo para que el *Kyrios*, el Señor, surja en nuestro pecho y que tengamos piedad, empezando por nosotros mismos. En una poesía inédita de las que guardo para cuando dejen de llamarme sabio, erudito, ilustre y otras cosas feas, digo: «Perdónate —si tú no te perdonas,— no te perdona Dios, etc.» «Que seamos buenos para librarnos de la pena. . . .» dice usted. Sí, para librarnos de la pena de sentirnos malos, que es la única pena de veras penosa. ¿Cuándo escribe usted su *Sagesse?* Es lo mejor que puede hacer uno: confesarse en público. .

No tengo que decirle cómo me enjuagué la boca con su *Hija del ventero,* habiendo acabado de digerir el *Quijote,* de Cervantes, y de lanzar el mío á la ramplonería ambiente. Esa hija del ventero, que pasa por el *Quijote* en dulce penumbra; esa, cuya corazón solitario se alimentó de las leyendas caballerescas; esa pobre, que es la que más pierde con la derrota del ideal, «con sus ojos garzos —ve morir el día— tras el horizonte.— Parda y desabrida —la Mancha se hunde —en la noche fría. . . .» En la noche fría se hundió la Mancha cuando quitaron de las manos los libros de caballerías á las hijas de los venteros, á las que sueñan la vida al borde de los caminos reales,

viendo venir gentes de acá para que se vayan allá, y es como si no fueran. Aunque no; las gentes que son, los que verdaderamente son, son las que pasan un momento ante nuestros ojos. Y con todo igual.

Y así resulta que fijando usted momentos fugitivos, impresiones de esas que nos afloran el sentido, hace la obra más objetiva. Es lo único que es igual para otros. Voy convenciéndome de que lo más profundo es quedarse en la corteza de las cosas, porque las cosas no tienen sino corteza. Cuando niños, desbaratamos cuanto cae en nuestras manos para sacarle las tripas; pero las cosas no tienen tripas. Sólo las tenemos los hombres, y muy sucias, por cierto. Y de esas condenadas tripas viene la Lógica y huye la Poesía. A lo sumo, aspiremos al buen vaso de vino del maestro Berceo, el cantor balbuciente . . . Y todo canto, ¿no es balbuceo? La Poesía arranca del lenguaje infantil, y sólo es poeta el que va creando el lenguaje según habla, aunque sus palablas sean las que ya otro empleó.

Y la noche pensaba
en venir . . . .

¡Qué cosa tan honda, tan creativa, ha dicho usted con esto!

Yo creo que las palabras no son definitivas hasta no haber sido empleadas en poesía, en verdadera poesía. El ritmo cierne la lengua como en la era se apura la mies, aventándola con el bieldo, luego de haber apañado con el cambizo la paesa. El aire se lleva el tamo y la paja, y lo que cae á los pies del aventador es ya grano limpio, pronto para ir á la muela á dar harina.

La labor de despelmazar nuestra lengua castellana, de desgranarla algo de hacerla más mollar y más suelta, es labor de todos los poetas. Ponga usted parte en ello. ¡Al demonio los discursos en verso!

Y aún me queda por decir de sus *Caprichos*. Cuando vuelva á leerlos en otro rato en que busque alivio y descanso.

Verá usted, amigo Machado, cómo dicen de usted que está extranjerizado, que todo eso sabe á éste ó el otro modernista —¿se gasta todavía esa palabreja?— francés, porque no les sabe á rancio de ayer, que no ya de antier ó de trasantier, á siglo XVII. Yo también lo oigo, y cuando me dicen que no soy español, suelo decir, con la

modestia que me caracteriza: «¿Y no será que no lo son ellos y lo soy ya? ¿No será que soy el último español que queda? ¿O tal vez el primero de los que han de venir?» Somos ya unos cuantos, démonos las manos y ¡adentro! ¿Cuántos somos? O mejor: cuánto somos?

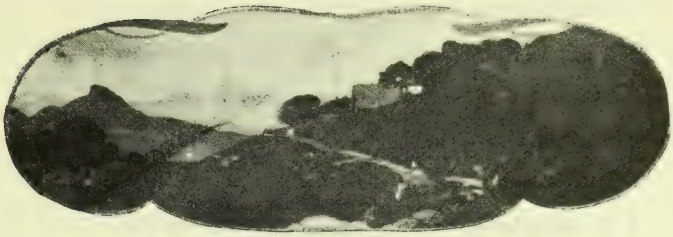
Usted cante y vayan sus cantos á perderse donde se perdieren. Sólo se gana canto que se pierde, que se derrite en el corazón y en el oído de quien lo oye. La ambrosía y el néctar no dejan residuo alguno; el buen incienso debe quemarse por entero; mala cosa cuando quedan cenizas, recuerdos concretos, condenada lógica.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?—me preguntaban una vez.

—No dice nada; canta. Decir, dice cualquiera.

Le abraza su amigo,

MIGUEL DE UNAMUNO.



LA FAMILIA JOYEUSE

(REMINISCENCIAS DE DAUDET).

¡Qué encanto, qué dulzura, qué paz tan deliciosa
Respira aquella pobre salita silenciosa!
En torno de la mesa, y al destel o amigable
Que la lámpara vierte de su luz confortable,
Se agrupan cuatro lindas caritas principescas,
Surgiendo de las negras penumbras rembrantescas
Al cono luminoso que forma la pantalla
Y que en chispas de oro por los rizos estalla.
Alina teje un cuco gorrito para el nene;
Clemencia en marcar ropas sus manos entretiene;
Amparo adorna un amplio sombrero de áurea paja,
Y Clara, un libro, atenta, leyendo está en voz baja.
En tanto, la abuelita que en un sillón reposa,
A su feliz pasado sonríe bondadosa,

Sin apartar las vagas pupilas siempre quietas,
Del cuadro primoroso formado por sus nietas.
Y yo, que soy vecino de aquel hogar dichoso,
Desde mi cuarto estrecho de célibe tedioso
Contemplo noche á noche el grupo grato y bello;
Y su inmutable calma, bajo el cordial destello,
Contrasta grandemente con la inquietud interna
De mi alma sin amores, ave errante y enferma,
Cuyo mayor anhelo fuera encontrar el nido
Que le prestara el blando calor que no ha tenido

LUIS CASTILLO.

Abril de 1906.

OJOS ANTIGUOS

SIEMPRE BELLAS, LUCIENTES.

Violetas nibelungas, las gentilicias
Tintas de vuestro esmalte, surcan las sendas
Del Olimpo germano: frentes patricias
Os llevan en las diosas de sus leyendas.

Luis de Baviera busca vuestras caricias
En las ondas azules, para él tremendas,
Y en las vírgenes rubias lucís propicias
Á los reyes barbáricos bajo las tiendas.

Dicen vuestro prestigio los horizontes,
Los celestes espacios; lejos, los montes:
Tan inmunes al tiempo como á las Parcas,

Siempre bellas, lucientes, vagas y tercas,
Lo mismo os resucitan las tardes zarcas,
Que el tesoro escondido de las albercas.

SON COMO UN VIEJO VINO.

Cálidas noches árabes, ensoñadoras
En la sombra corvina de su capuz;
Diamantes que cuajaron las reinas moras
Con las gotas del claro sol andaluz.

Idos ojos lejanos de Noemí, auroras
Que los jardines bíblicos llenan de luz;
Ojos de Ruth y Sara, las segadoras. . . . .
Ojos de Magdalena junto á la Cruz. . . . .

Me embriagan vuestras hondas lumbres eximias:
Como las uvas negras en las vendimias
No sé qué vino ardiente filtran en mí:

Son como un viejo vino del suelo hebraico,
Que en un carquesio insigne— marfil arcaico—
Me escancian Sulamita, Ruth y Noemí.

OCEÁNIDA.

En las selvas de Ovidio, las hamadriadas,
En la corteza arbórea como diluidas,
Ascienden por los troncos, y en las floridas
Frondas, la luz esparcen de sus miradas.

Y en mares fabulosos pasan ceñidas
Por Tritones de barbas caracoleadas,
Las Sirenas azules de oro caudadas
Y de ojos glaucos, como las Oceanidas.

Al mirar los sinoples que en los sulfatos
De sus ojos de esfinge queman los gatos,
En un sueño de ajenjo, los luminares

Añoro en las superbas cabezas blondas. . . . .
Y en delfín me convierto para esos mares,
Y en un alado trino para esas frondas.

1906.

RAFAEL LÓPEZ.

CRONICA GENERAL DE TEATROS

SRA. FÁBREGAS.

Al fin vino la pascua de resurrección, y con ella, la resurrección del verdadero teatro. El ayuno pasó, ya podíamos paladear los platos prohibidos. En rivalidad, que regocijó al público, se anunciaron tres espectáculos artísticos: dos compañías de drama y una de ópera; el género chico volvía á quedar reducido á su vieja guarida.

Las dos compañías dramáticas han defendido bien sus banderas, la de Virginia Fábregas y la de Fuentes; ambas han presentado novedades y ambas se disputan al público, que al fin ha llegado á sentir en nuestro México «l'embanas du choix.» En una obra han coincidido, en la última del ático Benavente: «Los malhechores del Bien,» de cuyo argumento se han ocupado ya todos los diarios, por lo que creería inútil relatarlo aquí; basta saber que es una cruel censura contra los ricos ociosos que matan su ocio y halagan su vanidad, haciendo una caridad perjudicial, una obra de bien-criminal y nefasta. La tesis es bella y es valiente, y la comedia perfectamente amoldada á nuestro medio, que al fin y á la postre, somos latinos, resultó en los dos teatros y fué en ambos aplaudidísima.

Elegí el «Renacimiento» por dos capitales razones: la compañía es nuestra, lo único que tenemos en arte dramático, y porque aquella noche se presentaba franca y noblemente en las tablas, la talentosa «amateur» Lupita Vivanco, de quien luego hablaré.

Como decía, la comedia resultó; todos sus tipos son nuestros viejos conocidos; acaso, séres queridos, ¿quién más quién menos no hemos tenido que sufrir de los «malhechores del bien» hasta en nuestra propia casa?

Esta última obra del eximio escritor español le ha valido una glorificación que no me explico, pues que hay en su robusto y variado teatro muchas otras piezas que la merecen más que estos «Malhechores;» ahí tenemos, sin ir muy lejos, «El nido ajeno» y «La comida de las fieras.»

La sátira fina, mordaz, insinuante, cruel y despiadada que bulle en la obra, me hace pensar en charlas de señoras desocupadas. Benavente tiene un temperamento avalítico, femenino; lo que le permite sorprender misterios psicológicos, complicaciones sentimentales y sutilezas de alma, muy difíciles de descubrir de otro modo. Hay escenas de delicadeza y de coquetería tale , que semejan admirables labores de «crochet» para una exposición de las Vizcaínas.

En la interpretación de esta obra en el «Renacimiento,» se distinguieron Virginia Fábregas y Lupita Vivanco, que con todo y presentarse aquella noche por primera vez ante el público verdadero, el que para, probó que tiene facultades, que siente! va muy lejos en el dificultoso camino, ama con toda su alma su arte, cualidad fundamental para triunfar. Con estudio y con práctica, llegará á ser definitivamente el laurel de la Victoria.

«El Despertar,» de Paul Hervieu, traducido por el Lic. Castellanos Hoat, ha sido otro de los triunfos para los artistas de San Andrés.

Paul Hervieu es una especie de Echegaray francés: en este drama ha resultado un «doublé» de Echegaray y Sardou. . . . ¡no hay que decir más!

«El Despertar» es un drama de pacotilla, para emocionar burgueses y hacer llorar á niñas cursis, con efectismos de gusto deplorable. No tiene ni siquiera el mérito de ser original; el argumento está «visto,» como hoy se dice, en vez de «poblado,» en el «Vértigo,» que hace tres años nos dió á conocer también Virginia Fábregas.

A propósito de ella, voy á daros un consejo: id al «Despertar» sólo para admirar su maravillosa labor; se ha revelado en el dificilísimo papel de Teresa, toda una artista. Su triunfo es definitivo. Ella será la que emocione vuestras almas; por ella podréis admirar de nuevo la pieza, os lo aconsejo de verdad, no vayáis á ver «El despertar» de Hervieu, id á admirar la Teresa de Virginia Fábregas.

Fuera de ella, es, sin duda, una de las piezas más completas en interpretación que se han representado en ese coliseo. Cardona, bien, muy bien; Mutio, lo mismo; Martí, correctamente caracterizado; Cervantes, ¡Todos!. . . .

«Las dos escuelas» de Capu , tan anunciadas por fin, libraron su batalla con el público, saliendo vencedoras. Es una obra de delicioso «sprit» francés; una sátira admirable contra el divorcio, hecha con mayor naturalidad que la vieja del papá Sardou. La traducción que de ella hizo José J. Gamboa, es digna de la envidiable reputación de nuestro compañero.

Puesta en escena irreprochablemente é irreprochablemente representada: Cardona y Vera fueron los héroes de la noche. Virginia Fábregas hizo una mujer celosa, primorosamente; subrayó su papel con purísima intención, y coadyuvó al éxito de la pieza, que es de las que hay que hacer.

Francisco Fuentes, que hoy nos visita nuevamente y que trabaja en Arbeu, ha cumplido sus ofrecimientos, presentándonos un cuadro dramático, homogéneo, completo y escogido.

A su vez nos ha hecho conocer lo mejor de la producción teatral española contemporánea. Entre lo que ha puesto en escena, distinguiremos «Buena Gente,» del dramaturgo catalán Santiago Rusiñol, traducida magistralmente por M. Martínez Sierra; «Los Malhechores del Bien» y «Más fuerte que el amor,» de Jacinto Benavente.

El autor Fuentes ha ratificado su fama de gran comediante.

***

La temporada de Circo de los Hermanos Orrin, en este año, ha tenido el mismo éxito que los anteriores, debido á la amenidad de sus programas y al buen gusto que siempre han desplegado sus infatigables empresarios.

Creemos que es noble obra la de fomentar espectáculos en que la exhibición de la fuerza, y los bellos actos que estimulan en nosotros el asombro por el escollo salvado, y el entusiasmo ante dificultades aparentemente insuperables, y, en general, por todas las manifestaciones de cariño adornadas con la estética y la elegancia y coronadas con las sonoras carcajadas del viejo clown, traen á nosotros algunas de las viejas alegrías adormecidas.

***

Al referirnos al cuadro de ópera que actúa en el Teatro Hidalgo, tenemos pocos elogios que consignar.

Entre los cantantes que lo integran, no hay ninguna notabilidad y sí pocas medianías; las que no mencionaremos, para no alargar estos puntos.

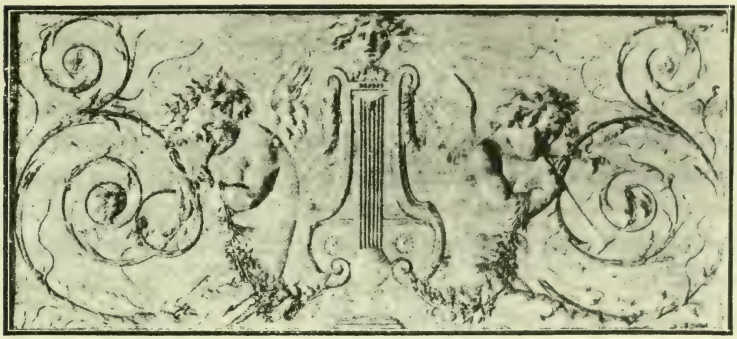
De las óperas puestas en escena, citaremos únicamente «Mannon,» de Puccini, y «Germania.» de Franchetti, pues en ellas tan sólo ha podido verse algo que valga la pena.

La música de «Germania» es elevada y llena de bellos pasajes; el autor es digno, como alguien afirmó, de ponerse al lado de Humberto Giordano, el musicador de «Fedora» y «Andrea Chenier.»

Los coros y la orquesta del Conservatorio son acreedores á un encomio, compartiéndolo con ellos, el maestro Guerrieri.

***

Nuestro compañero de redacción, Don Enrique Uhthoff, debutó días pasados en el Teatro del Renacimiento, con la obra «Porque sí.» El debutante reveló talento y facultades, lo que, unido á su amor por el teatro, harán de él, si continúa estudiando, uno de nuestos primeros actores.



TEATROS EXTRANJEROS

ITALIA.

La temporada lírica que acaba de pasar en el Montecarlo de Milán, fué, sin duda, más importante y atrayente que de costumbre.

Se estrenaron dos obras completamente inéditas: el *Ancétre,* de Camilo Sain-Saens, poema Augé de Lassus, y *Don Procopio,* una ópera cómica de George Bizet, el autor de *Carmen,* la cual tiene más de cincuenta años de existencia.

Il Demonio, de Rubistein, tan conocido en Rusia, pero desconocido por completo en Italia y Francia, fué otra de las novedades.

*
* *

En el teatro Praga, de la misma ciudad, ha sido representada últimamente, una nueva ópera de Leo Blech, *Cendrillón,* cuyo asunto es el mismo que ha dado material para libretos á varios compositores: Laurette, Steibelt, Nicolo, Pavesi, Rossini, García, Lauger y Massenet.

*
* *

En Génova se ha estrenado, á principios del año, *Mademoiselle Belle-Isle,* comedia musical de Spiro Samara, con muy buen éxito.

***

Sardou tiene ya terminado el libreto para la nueva ópera del Maestro Giordano, *La festa del Nilo.* Su acción se desarrolla durante la expedición de Napoleón en Egipto.

También para Leoncavallo ha terminado Sardou un libreto. Se trata de *Le prime armi di Figaro,* que ya el autor de *Pagliacci* comenzó á musicar.

FRANCIA.

Como novedades salientes, hay que consignar el estreno del drama de Enrique Bernstein, *La Ráfaga,* en el que se presenta, bajo un nuevo aspecto, el gastado recurso de una mujer que engaña á su marido, y el de *El corazón y la Ley,* de los hermanos Paul y Victor Margueritte, que tiene, puede decirse, el mismo asunto, pero invertido: aquí es un hombre á quien su mujer sorprende en flagrante delito de adulterio.

Tanto una como otra obra han sido bien juzgadas por la crítica.

ESPAÑA.

La Princesa Bebé, de Jacinto Benavente, estrenada en el «Español,» de Madrid, en el beneficio de María Guerrero, tuvo, como todas las obras del celebrado autor de *Lo Cursi, Rosas de Otoño, El Nido Ajeno,* etc., un éxito colosal.

En ésta, igual que en sus demás comedias, Benavente hace gala del profundo conocimiento que tiene del alma de la mujer.

La tesis que encierra puede muy bien condensarse en estas palabras, que el ilustre comediógrafo pone en boca de uno de sus personajes: «No basta vivir; vivir es doloroso, es triste, es hacer mal y padecerlo....¡Amar....amar es todo....es sueño y es vida!»

***

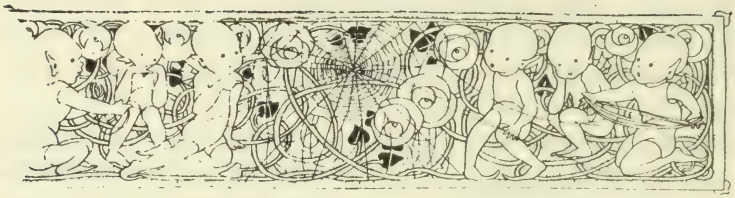
En el teatro «La Princesa,» José Santos Chocano dió á conocer un drama suyo, *Los Conquistadores,* de asunto mexicano.

«El asunto —dice el crítico José de Lazerna— es bello, la intención noble; pero el drama, falto de un estado de opinión, como se dice ahora, propicio, peca de inactualidad, y ni nos conmueve ni nos interesa.

«A ello contribuye mucho la carencia de movimiento escénico, la monotonía y el machaqueo del mismo tema en una serie de diálogos desvahidos y quejumbrosos.

«Los tres actos se suceden en un bosque, y los personajes se reunen allí y entran y salen al arbitrio del autor.

«Como poema épico, sin los reflejos de la grandeza de la «Araucana,» no tienen tampoco «Los Conquistadores» los vuelos de imaginación y fantasía necesarios para compensar en cierto modo sus deficiencias de obra teatral.

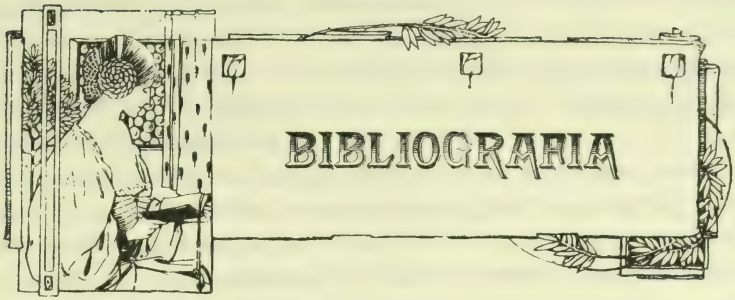


EL ARTISTA PONCE DE LEON

Nuestro compañero Rafael Ponce de León, partirá en breve para Europa, con objeto de ampliar sus conocimientos en el arte á que se dedica.

Ponce de León es ya bastante conocido en los círculos artísticos de nuestro país, por su talento sólido y su fácil inspiración, dotes que le valieron un triunfo justo en la reciente Exposición de *skechts,* verificada en Guadalajara.

«Savia Moderna» espera que el artista mexicano conquiste un alto puesto en los centros intelectuales europeos.



"La Confesión, "La Sorpresa," "Palabras Póstumas," POR SEVERO AMADOR.—Dijimos, en nuestro primer número, que Severo Amador es un conceptuoso y que sus obras tienen un «cachet» de profundidad, que raras obras nacionales revisten: tanto más, cuanto que en la producción literaria se ha desatado una invasión de algas exóticas, que no traducen ninguno de los esfuerzos, ninguna de las ansias, ni una sola de las aspiraciones ni de los estados de alma de nuestros elementos sociales. Por esta causa nos parece rara la obra de Amador, porque si bien no es del todo nacional, porque (hablando con sinceridad, no creemos en un Arte del todo vernal, en México) sí creemos que es de las que revelan una personalidad cautivante y un sabor literario que poco se paladea en los escasos manjares intelectuales que nos sirven los favorecidos de las pegásides.

Severo Amador tiene el anhelo divino de los altos genios y de los que realmente comprenden el papel redentor de los intelectuales fuertes y de los pensadores de laya huguiana: anhela el bien de la humanidad. Este deseo, que es cursi cuando se externa en frases de paleto ó con tópicos de filantropía callejera; es noble, brillante y consolador, cuando con frase que revela una grande convicción intelectual de la misericordia y cuando no se descubre el lujo de una teología prostituida y convencional, que lejos de acarrear el bien, trae consigo la perversión del más alto de los postulados de la sana moral: la compasión por los demás. Es uno de los cambiantes más

bellos del espíritu de este generador de belleza. Lleno de virilidad, pletórico de aliento y ardiente de color, se nos presenta en este libro que huele á juventud productiva y que deja sentir la vibración de celdillas nuevas que se revelan en cerebraciones de fuerza desusada y en conceptos fuertes de una brillantez pocas veces igualada. Esto que se refiere á la parte ideológica del libro de nuestro compañero, le honra en alto grado, al punto, que sería motivo de llevar á su escudo un lustroso timbre de nobleza lenguiveliana. En la obra de Amador, se destacan como sabios brochazos de pintor ducho: las justas y profundas observaciones de lo que en la vida sentimos y vemos.

¡Ay! cuántos estremecimientos produjo en mí esa novela, en la que encuentro la intensidad de un verdadero pensador, y la finezas y la suave frase del artista puro.

Severo Amador ha vivido dos vidas de Arte: la del pintor y la del poeta. Esta intensidad de vivir ha depositado en su facultad pensante, una acuidad para traslucir las cosas hondas de las existencias anormales por obra de los adversos hados y de los cerebros que tristemente rinden su tributo á los heredismos.

Viendo las novelas cortas de Amador, se piensa en aquel verso de Núñez de Arce:

> El genio, la locura, ¿quién decide
> tan difícil cuestión? ¿quién fija y nombra
> la línea imperceptible en que coincide
> la clara luz con la nocturna sombra?

Para los que vamos en declive á los rumbos de la vulgaridad y de la muerte; para los que sentimos la adinamia de los cerebros hebetados y errados de sendero, es una alegría inconmensurable aplaudir á aquellos que, llenos de fe en el *ego*, en el trabajo renovador, satisfechos de su saber y confinados en la fortaleza de sus complexiones física y psicológica, transitan por la vida, gozando fisiológica é intelectualmente.

Ni el lenguaje ni la sabiduría le son rebeldes á Amador; antes bien, la forma le rinde su halagador encanto y con caricia de grácil coqueta, se le rinden humildemente. La Psicología déjase mol-

dear por su inteligencia como el barro entre las manos de un alfarero genial.

Esos espíritus lejanos, que por el milagro del invento de Gutemberg viven á la vera del nuestro, seducen por la divina ansia de bien, que convegeta con nuestra alma misma.

Esa ansia de bien, que es una verdadera inquietud para los temperamentos amorosamente dispuestos para una de la más bellas fasetas del espíritu, cual es la del Arte, está bien manifiesta en el de Amador, de la misma manera que en las floras ubérrimas se manifiestan los pétalos sedosos y multicolores.

Nuestro criterio no reparará en minucias ni en brizcas gramaticales, ni en deficiencias ideológicas; queremos ser sencillamente, el lente humilde, que refleje siquiera sea un rayo de la brillante personalidad de Amador.

En la prosa y la novela, triunfará.

Así lo creemos.

JOSÉ M. SIERRA.

"El Ultimo Capítulo." PIEZA DRAMÁTICA DE MANUEL JOSÉ OTHÓN. —El alto poeta potosino nos ha distinguido con el envío de su última y bella producción escénica. La obra es de una intensidad poética notable, y su estilo puro, limpio y elevado, es el característico del autor. Nuestros lectores ya habrán juzgado el mérito de ella, por la escena que publicamos en el número pasado. La Compañía Fábregas-Cardona, pronto llevará á la escena esta producción, que enaltece la literatura patria, y nos reservamos, para entonces, emitir nuestro juicio, augurando desde ahora un nuevo y espléndido triunfo al cultísimo ingenio que la produjo.

Supuestos errores de un **"Compendio de la Historia de México,"** POR LUIS PÉREZ VERDÍA, Guadalajara, 1906.—Es éste un folleto de polémica histórica, en el que el reputado y conocido historiador D. Luis Pérez Verdía, combate sesudamente las aseveraciones que referentes al «Compendio de Historia de México,» obra de dicho señor, publicó el Lic. Carlos Pereyra, no hace mucho tiempo, en su libro «De Barradas á Baudin.» Agradecemos el envío.

NUESTRA

PRIMERA EXPOSICION DE PINTURA

El día 7 de los corrientes, **SAVIA MODERNA** inauguró una Exposición de Pintura y Escultura, en el local ubicado en la calle de Santa Clara, 20 y 21.

En dicha Exposición, que creemos de gran trascendencia para el arte pictórico naciente, se exhibirán los mejores cuadros de nuestros artistas jóvenes.

Manifestamos nuestro agradecimiento á los Sres. Lic. Don José Algara, Ingeniero Gabriel Oropeza, y al artista Don Gerardo Murillo, por la eficaz ayuda con que han contribuido para dicha Exposición.

Creemos que el público, amante de lo que es Arte y es Belleza, asistirá á esta manifestación, que denotará el estado de adelanto de nuestros pintores y escultores.

LOS QUE SE VAN

Alberto Santoscoy, aquél que consagró su amor á los libros, y su afán y labor á apoderarse de conocimientos que fueran punto de apoyo para difundir enseñanzas, ha sido solicitado por la muerte, ha sido reclamado por las parcas, y ha cruzado la Estigia entre las flameantes banderas de los cantados por Xenofonte.

Sus obras —reveladoras de estudio y meditación,— merecieron ser tenidas resaltantes entre la producción historial de la República.

Don Alberto Santoscoy era de palabra un tanto difícil, y de un criterio quizás demasiado preñado de *arrières pensses.* Empero, en el fondo de su alma, había ese algo que delata á los poetas y á los artistas.

Toda una generación de hombres dedicados á las escuelas especulativas, tendrá que recordarlo y aplaudirlo, por todo lo que de bueno dejó entre nosotros.

Para sustituir al distinguido desaparecido, fué designado el Maestro Manuel Puga y Acal.

*
* *

Con Eugenio Carriére, muerto el 27 de Marzo último, el Arte pierde uno de los más originales artistas contemporá-

neos, y uno de los pocos que con gran éxito reaccionaron contra la tendencia plenarista.

De la penumbra de su estudio, el artista hizo surgir un mundo gris lleno de misterios y de fuerza, y si sus creaciones no tienen toda la belleza de las grandes obras modernas, en cambio, poseen un gran sentimiento, y revelan un poderoso dibujante y un hábil técnico.

Próximamente le dedicaremos un estudio especial, publicando sus obras principales.

*
* *

El 27 de los corrientes, falleció en Guadalajara, la Señora Trinidad Pérez Rubio, esposa del conocido historiógrafo, Don Luis Pérez Verdía, á quien cariñosamente presentamos nuestra condolencia.

*
* *

El día 3 del presente mes, falleció el Sr. Coronel Don Simón Cravioto, uno de los últimos vástagos de esta vieja y honorable familia. La Redacción de «Savia Moderna» dió ya á su Director, el pésame por la pérdida sufrida.

TOMO I. MEXICO, MAYO DE 1906. NUM. 3

Registrado como artículo de 2ª clase el 2 de Abril de 1906.

SUMARIO

TEXTO.

Nuestra exposición de obras de arte.—Roberto Argüelles Bringas.
Para la clausura de la exposición de pinturas organizada por la Redacción de «Savia Moderna.»—Rafael López.
La Exposición de «Savia Moderna.»—R. Gómez Robelo.
Sección de Autógrafos.—Jesús E. Valenzuela.
El Trasunto.—Manuel de la Parra.
Primavera.—Roberto Argüelles Bringas.
Sombra (parábola) E. A. Poe.—R. Gómez Robelo.
El Indio.—Emilio Valenzuela.
Del atardecer.—Daniel Ross.
En la Montaña.—Para ella, la lejana.—Luis Rosado Vega.
El Séptimo cielo.—Rafael López.
Mercenario.—Alfonso Reyes.
El Prisionero de Argamasilla.—Miguel A. Velázquez.
Bibliografía.—Luis Castillo.
Teatros.
A nuestros subscriptores.

GRABADOS.

«Los Tres Besos.»—Pastel de Francisco de la Torre.
«Marina.»—Oleo de Diego Rivera.
«Pensativa.»—Alberto Garduño.
«Pozo.»—Pastel de Gonzalo Argüelles Bringas.
«Retrato.»—Oleo de Alberto Garduño.
«Estudio.»—Antonio G. Garduño.
«Interior de Convento.»—G. Gedovius.
«La isla de Mexcala, Chapala.» Jorge Enciso.
«La nieve eterna.»—Joaquín Clausell.
«Marina.»—Joaquín Clausell.
El poeta Luis G. Urbina.—J. Martínez Carrión
«Marea Alta.»—(Acuarela de Kupka).

Savia Moderna, aparecerá mensualmente. Se vende en las siguientes Librerías, que hemos elegido por ser las más acreditadas de la capital:

Viuda de Ch. Bouret: 1.ª del 5 de Mayo 14.—Maurice Guillot: San José el Real 2.—Librería Madrileña: Esquina de la 3.ª del 5 de Mayo y Callejón de Santa Clara.—Joaquín Canales: 3.ª del 5 de Mayo 17.—Andrés Botas: Vergara 18.—Maucci Hermanos: Esquina de Santa Teresa y 1.ª del Reloj.—Ramón Araluce: Callejón de Santa Inés 5, y en nuestras Oficinas: **4.ª Avenida del 5 de Mayo número 88, Despacho número 32.—Apartado 5 bis.**

PRECIOS DE ABONO

En la Capital:	
Trimestre adelantado, subscripción á domicilio..	**$1 50**
Números sueltos	**0 50**
En los Estados:	
Trimestre adelantado.....	**2 25**
En el Extranjero:	
Un año adelantado ....**plata.**	**15 00**

Para todo lo relativo á asuntos de administración, dirigirse á Evaristo Guillén.

México, Mayo de 1906.

La Fotografía más artística de la República

—ES LA DE—

JOSE MARIA LUPERCIO

GUADALAJARA, JAL.

SEÑORAS Y SEÑORITAS

La conservación y embellecimiento de vuestro cutis, lo obtendréis usando

La Caledermina Imperial, Crema Boratada.

Esta preparación, compuesta de substancias higiénicas y medicinales, constituye el último producto de la ciencia moder

Basta la una vez para no volver á usar otra.

En Droguerías, Boticas y Perfumerías.

J. M. CASTILLO. MÉXICO, D.

SI RA & FERNANDEZ

ELECTRICISTAS TITULADOS.

RTEGA No. 11 A.—MEXICO, D. F.

Hacen toda clase de instalaciones eléctricas y de maquinaria, dentro y fuera de la Capital.

PRECIOS SUMAMENTE MODICOS.

REFERENCIAS AUTORIZADAS:

Sr. Lic. D. Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Sr. Ing. D. Gonzalo Garita, Director de la Escuela N de Artes y Oficios para hombres.

Sr. D. Alberto Cárdenas, Pr. Electricida

Sr. Ing. René Jonnart, Represe e de la Société de l' clai age electrique " París.

Sr. Lic. Heliodoro Arroyo, Notario Público, y del Banco Internacional é Hipotecario de México.

SAVIA MODERNA

REVISTA MENSUAL DE ARTE.

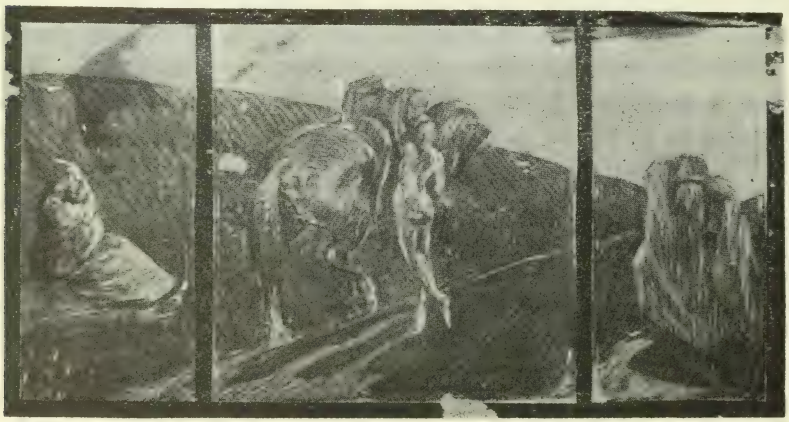
Tomo I. Mayo de 1906. Núm. 3.

NUESTRA EXPOSICION DE OBRAS DE ARTE

La Exposición organizada por nuestra [illegible] ayuda [illegible] de Gerardo Murillo, se abrió al públ[illegible] de Mayo con la [illegible] y grave de los severos [illegible] altares puros, [illegible]nos de que en ellos reciba culto la Belle[illegible] uró el día 14 del mismo mes, con igual solemnidad sencil[illegible] de este acontecimientoartístico—trascendental demostraci[illegible] de los que en él tomaron parte,— tuvo la importancia y el [illegible] del comienzo de un torneo bajo el favor de un cielo abandonado por la noche, del ascenso por una escalinata magnífica hacia una galería de fina arquitectura, de la llegada de una brillante cohorte de gentil cortesanía por triunfales cortinajes de seda y de púrpura, del descubrimiento de una estrella entre nébulas y sombras infinitas, de la aparición de una hada en peligros de ventisqueros y asechanzas de neblinas, del encuentro de una floresta de flores y perfumes pri[illegible] después de [illegible] ante un abismo. El fin fué como el abandono de un oasis, o la despedida de una alegría sana.

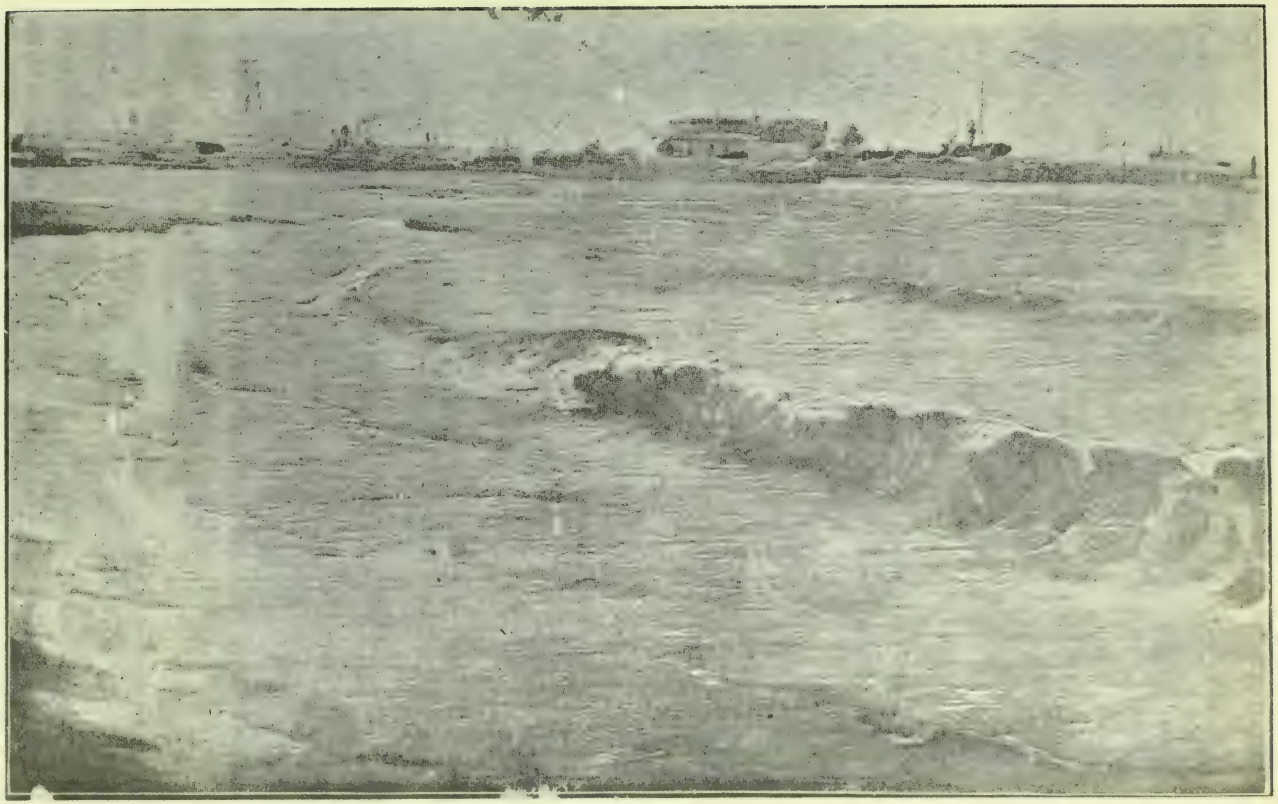
El día de la aper[illegible] José Juan Tablada hizo amable y elegantemente la pre[illegible] de Gerardo Murillo, quien á su vez, ofreció el regalo de una conferencia muy interesante y abundosa en altos conceptos é ideas novísimas, acerca de las tendencias de la

Pintura y la Escultura modernas. El día de la clausura, el mismo artista Murillo, en fácil improvisación y con sincero decir, interpretó los propósitos de «Savia Moderna,» enderezados á intentar nuevos y próximos esfuerzos por atender á la urgencia de hacer ofrecimientos leales de productos de arte, al gusto, no muy exquisito, por desgracia, de nuestro tiempo, en nuestra patria. En esos dos días, tuvimos también la honra de la asistencia del Sr. Lic. D. Ezequiel A. Chávez, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien con su carácter oficial dió sanción al intento del grupo de hombres de buena voluntad, que sirven de corazón á la idea que hace transparente á la naturaleza; y con su elocuencia sabia infundió aliento, condensó ideales, pesó dificultades y prestó ánimo para proseguir la empresa heroica á cuya cima empieza el sagrado bosque de líricos laureles. Su noble palabra, sacada de la aurina arca, guardadora de tesoros acumulados por el estudio, se prodigó en intensas enseñanzas, en justas observaciones y agradec[illegible] consejos; y tuvo asimismo amplias y llenas alabanzas para las energías empleadas en la entronización de la majestad única
Arte.



"Los Tres F[illegible] TORRE.

Y pareció entonces, como que el [illegible]ifícil é intrincado, ásbero y duro, fatigoso y cruel, que [illegible] encantado alcázar del [illegible]xito, escondido en vaguedades fabulosas, perdido muchas veces pa-



"M[illegible]ina." Ó[illegible] de DIEGO RIVERA.

"Pensativa," por ALBERTO GARDUÑO.

ra los méritos, frecuentemente encontrado por las i[illegible]nificancias, pareció que ese sendero de de llenaba de luz, cerraba las agresiones malezas espinosas, contenía el ímpetu polvo de que lo ha cubierto el Olvido, y se hacía suave como una alfombra, para las plantas llagadas en el pisoteo constante de las guijas que llenan la desolación infe-

cunda y formidable del desierto de la vida....! Y en el corazón se levantó virilmente el deseo de ser sacrificado en la Santa Cruzada ....Y en el cráneo se revolvió el pensamiento, con ansias de robar alas á las águilas ¡Oh!. . .Una coraza de acero, con brillos, con la imagen de una hoguera, con brillos....Oh!....Un casco de oro, como los de los guerreros del Walhalla, con alas grandes, grandes. ..... ! La Pugna es cruenta....

«Savia Moderna» tiene una muy alta satisfacción. Público numeroso acudió á la cita y pudo apreciar el fin de nuestro empeño, la desinteresada labor inteligente de nuestros pintore y escultores, y la necesidad estética y moral de tales manifestaciones. Entre otras distinguidas personalidades, D. Justo Sierra, fué en particular visita, y expresó ante el logro de nuestros afanes, su amable complacencia.

«Savia Moderna» guarda una gran esperanza.....

Si un campo no ha recibido los beneficios del cultivo; si la reja del arado no le ha traído resignaciones de surcos; si la barra de acero más a por hacer brotar claridades milagrosas de linfas l llen e virtudes fecundantes, no ha de rado en el seno de resistenci estratos, ese campo tristeza del que anta él su si el sudor del la o ha caído la días de tra sobre la tierra revuelta y estremecida de te nura bajo la fatiga silenciosa de los bueyes; si la simiente vital fué en recibida con los honores todos debidos á su magna promesa; y el agua, ya sea arrastrando sus canciones cristalinas en afanes oros y tortuosos ó donada por las esplendideces de las nubes, como presente riquísimo formado por todas las joyas, ejerce la noble función de estimular gestaciones, ese campo, con sus pompas de flores, sus arrogancias de espigas, sus sombras, sus frescuras, sus perfumes, dará reposo al más cansado ensueño, al más pesado fartedio, al más perseguido anhelo, al más hondo desconsuelo...

ARGÜELLES BRINGAS.

PARA LA CLAUSURA DE LA EXPOSICION DE PINTURAS

ORGANIZADA

POR LA REDACCION DE "SAVIA MODERNA"

Hoy que la luz mirífica los vórtices sonroja
y que los ortos arden con soberbio arrebol;
cuando la savia esmalta sinoples en cada hoja,
y la caliente carne de la amapola roja
parece que se viste la púrpura del Sol;

Hoy que un alba los cielos á iluminar empieza
y que estamos suspensos ante un amanecer:
Hoy que cual una novia que fuera una princesa,
la Belleza —una v trina como Dios— la Belleza
nos alienta con una s[illegible]sa de mujer.

¿Qué mucho que un [illegible] de ba[illegible] s y d[illegible]
como oriflamas tiendan su [illegible] de pa[illegible]
y cual centauros ágiles, volando á las conquista[illegible],
avancen por las sendas apenas entrevistas,
con la mirada al piélago y al huracán las crines?

Mirad en sus prestigios solemnes la Avenida:
hay óperas de trinos en el ramaje flor.
¿Qué importa que se sienta bajo el talón la herida?
Hagamos una fúlgida Ofelia de la Vida
para cortar las rosas sobre el mal y el dolor.

Este es el primer golpe del ala; si la cumbre
en el azul lejano sus vértigos incrusta,
si una invisible estrella le sirve de techumbre,
id solos, siempre solos entre la muchedumbre
para mirar la estrella sobre la frente adusta.

El ideal es todo, nos exalta y arroba
cuando entrever nos deja la luz de su sonrisa.
Es en el mármol verso, es en las telas trova:—
Así en el bloque triunfa la Venus de Canova
y en el insigne lienzo del Vinci, Monalisa.

E[illegible] que magnifica —taumaturgo decoro—
la forma de las cosas, los seres y la idea.
Monodia la cigarra y es un rabel sonoro;
una brizna de trigo es un lingote de oro,
y en una Maritornes duerme una Dulcinea.

En el Ensueño encuentra su múltiple universo;
lo sigue entre la ruta polvosa: es su guión;
y así maravilloso, multánime y diverso,
con el pincel, el mármol, la música y el verso,
forma y alienta esa ave [illegible] la ilusión.

[illegible] que [illegible] y en claridades baña
la tela ho[illegible] -uel como una duda.
Cuando se va la noche con su crespón huraña,
la luz se vuelca en triunfo por la árida montaña,
como un brebaje mágico sobre una copa ruda.

Y hosana al verso libre cual pájaro en la rama.
Bello, sonoro y amplio, cambiante cómo un río;
que es lágrima y es grito, que es huracán y llama;
el verso de la América vibrante, el pentagrama,—
que en su siringa lleva como un Dios Pan, Darío.

Este es un nacimiento y es una epifanía;
hoy la Belleza es madre; loor al sumo bien;
que vengan mirra y sándalos como á Galil un día,
y que los Reyes-Magos desfilen en teoría:
la estrella misteriosa se inclina hacia Belén.

Que el ruido de los címbalos gloriosos, la distancia
traspase: el peregrino que va al país de Francia
lo escuchará en las hondas sonoras del Atlántico;
y este recuerdo acaso le lleve su fragancia
envuelto en los herméticos pistilos de mi cántico.

RAFAEL LOPEZ.

México, 14 de Mayo de 1906.

LA EXPOSICION DE "SAVIA MODERNA"

(NOTAS)

Propicios son los días de Mayo para toda bella aparición, y la fl. gante savia nueva [illegible] 'erosa, ha traído bagajes de ideas y de esperanzas.

Fiel á sus propósitos, «Savia Moderna» quiso que tambien dominios el arte hiciera gala de sus yemas y en plena explosió. nal, es consolador al ensueño hablar de los *nuevos,* que galantem[illegible] acudieron á la invitación de la hermana, ofreciendo hermoso ramillete á cambio de su recuerdo y cortesía.

Y si puede la cordialidad de un saludo ser abono para esfuerzos de Arte, vaya esta nueva crónica con esa intención y como conversando regocijada con amigos.

Y hay, en los presentados, realizaciones y promesas. Joaquín Clausell, Gonzalo Argüelles Bringas y G[illegible]han Cedovius, han afirmado la planta en el país de su conquista; [illegible] Rivera, Francisco de la Torre, [illegible]rge Enciso y los hermanos G[illegible] peran la [illegible] luencia d[illegible] tiempo y de la fuerza para pr[illegible]clam[illegible]r el triunfo.

Y al contemplar sus obras, nace la fruición de asistir á renovaci[illegible]nes de pintura: [illegible]otos los e[illegible]cos académicos con plausible valor, revelan el heroico esfuerzo por definir la percepción de Belleza animada en sus ojos, apartando velos tradicionales, buscando la luz entre la

penumbra de la cátedra inerte, y como ninfas en el capullo ansiando las alas y los bellos colores y el chupar la miel, la belleza y la vida de las flores encadenadas á la tierra. La comunión de una sola idea uniforma y reune á los noveles, y bien merece su fraternidad de caballeros de esta Tabla Redonda el homenaje de la fusión en algunas consideraciones.

Todos han cometido un ligero error, del que saldrán sin duda: pintar de la misma manera, y llama desde luego la atención cierta semejanza en el colorido y aun en el espíritu que preside á la elección de los temas. La propia fuerza, reveladora de lo que serán un día, ha triunfado, no obstante, y en cada uno de los bellos estudios es la que produce la belleza.

El movimiento de reacción contra colores y tratamientos convencionales reinantes en la pasada pintura, proclamó la verdad del aforismo de Goethe, que asegura que el sol es enemigo de lo blanco, y proclamó también la supremacía de la vibración violada en los efec-

"Pozo." Pastel de GONZALO ARGÜELLES BRINGAS.

tos luminosos; desde entonces la reacción va convirtiéndose en conservadora, esperando las libres manifestaciones de los que imponen nuevas fases, y no es raro, como en muchos de los estudios de estos pintores, el presentir que antes de ver el color, tenían, inconsciente ó no, el propósito de pintar violeta. A veces el influjo de la cosa natural enriquece al artista, y así en «Los campos de San Vicente,» de Rivera, en los estudios de De la Torre y en el «Mixcoac» y la «Escalera del Jardín» de los Garduños, luce nuevos matices la paleta, los que, por otra parte, es casi imposible inventar al principio, si no es en la renovación de las ideas producida por el contacto de la madre tierra. Se explica fácilmente: no hay creación sin entusiasmo, y éste, en los primeros tiempos, nace antes de la idea preconcebida que de la comprensión profunda de los asuntos, que exige larga y penosa preparación, llena de trabajos, de renuncias y de adquisiciones.

Este mismo defecto determina, sin que sea un sofisma, cualidades en todos ellos; parece que han oído las palabras espirituales de los modernos idealistas, parece que esa divina opinión de que la obra de arte no es sino un estado de alma al que le prestan elementos expresivos las cosas exteriores, ha llegado á sus oídos, y, en la ejecución, como principio director de la técnica, parece también que resuena la palabra de Mauclair, cuando afirma que la obra pintada no es sino el desarrollo de un color y, á traves de él, de la luz que lo produce.

Se ha manifestado esta tendencia en su primer aspecto, casi monocrómico, y hay en todos ó casi todos sus estudios, debilidad de claroscuro, pues falta, como decía, esa segunda parte de la actividad estética que sujeta los elementos á la expresión de las ideas: no dándoles caracteres que no poseen; al contrario, haciendo hablar con toda energía los que presentan, trabajo que es el fondo de las artes plásticas, incluso la poesía.

Así, pues, puede aplaudir gustosa la esperanza; contra lo que afirman espíritus extraños al arte y haciendo abuso de teorías [illegible] no dominio, sólo la idea á priori puede ser útil á creadores, y esta si existe, sabrá tr[illegible] camino entre la ceguedad de la turaleza.

Incluida en lo que [illegible] dicho, queda la idea de que jamás el arte se limita á la reproducción del natural, ni que la copia sea la mi-

sión del artista. En el paisaje, y casi toda la Exposición es de paisajistas, el asunto no llega á tener carácter estético sin la abstracción de la armonía en las entonaciones, sin el sentimiento de las masas, en color ó en valores, a lo que preside esa unidad suprema que se llama el ideal y sólo del artista es patrimonio.

"Retrato." Óleo de ALBERTO GARDUÑO.

Y si no fué concedido á los hombres el crear de la nada, la naturaleza no tiene más fin que el de balbucear con incoherencia, ofreciendo vagas formas, para que el artista defina, decifre y perfeccione, encadenando al ritmo de su alma viva y vidente, las locas voces incompletas é inconscientes. Y allí donde el azar ha creado armonías, toca al artista revelar qué secreto las une, pues nada existe si no hay un sér que lo perciba y comprenda.

Comprobación de estas meditaciones es la bella galería que comentamos, en la que se revelan personalidades, y afírmase con más solidez nuestra convicción al analizar las pinturas de Gonzalo Argüelles, de Joaquín Clausel y de Germán Gedovius.

Gonzalo Argüelles tiene gran ventaja sobre sus compañeros en lo que se refiere á conquista de medios y á desarrollo de sus ideas, pero es que casi debe considerarse lobo viejo á pesar de sus veintisiete años, pues más estudio ha tenido y no poco influyó en su progreso un fructuoso viaje al mundo viejo. De allá trajo su espíritu claras las convicciones de que la armonía es lo que deben buscar todas las obras de arte la e que el cuadro es una sinfonía que tiene los colores por lenguaje; de allí nace la bella tonalidad de sus pasteles, la fusión de sus tintas y la riqueza de colorido, unidos á cierta facilidad de tecnica y a mayor precisión en la mirada. Véanse con especialidad un pastel que llama «Desde mi alcoba,» de agradabilísima e. tonación gris, jugosa á pesar de la frialdad de ese color, y dos estudios de árboles y ramaje, uno en el bosque de Chapultepec y otro en la Castañeda. Argüelles no se presenta solamente como pintor: hay también esculturas de su firma, entre las que descuella un grupo de tinado al centro de una fuente: es una ronda de mujeres, armoni en ritmo y suave en movimiento: el pintor ha guiado al escultor, y se ve en la gradual colocación de las líneas y planos que producen desbatimientos muy bellos y dan efecto á veces de obra pintada. A más de esas cualidades, tiene esa ronda femenina una técnica fácil y amorosamente delicada. Mas no obstante las facultades de Gonzalo Argüelles, y por los mismos caracteres que presentan sus esculturas, eemos que es su tendencia principal la del lienzo, ya que no hay en su pintura el tratami puede verse en todos los croquis de los hombres del cin vése en sus plásticas la iluminación del colorista.

"Estudio." ANTONIO G. GARDUÑO.

[illegible]emente llam[illegible]ción en la [illegible]da de [illegible] «Moderna» una novedad total: la entrada [illegible] [illegible]adium de las Artes. Y de qué manera! triunfalmente. Clausell e[illegible] señor de sí mis-

mo, que en fuerza de buscar realización á su poderosa voluntad de artista y con la energía de un déspota, ha sometido las técnicas rebeldes, obligándolas á servir á su deseo. Clausell es un problema, un temperamento raro y fuerte, de visión agudísima y capaz de apreciar los más ligeros matices, asociado á un ejecutante desprovisto de los secretos del artificio, y ha llevado á cabo «quand meme,» la expresión de lo que él buscaba. La solución se imponía: se ha creado una técnica para su uso.

Delicioso es el examen de un cuadro de Clausell. Se hallan los colores crudos, en pasta y derrochados con opulencia, aglomeración tal, que produce al cabo un riquísimo efecto de coloraciones. Se ve que las tintas fueron puestas impacientemente, descifrando una á una las impresiones que se sucedían sin tregua, hasta obtener el color que se buscaba y que siempre fué logrado.

Por cierto que esta factura, torpe y primitiva da grande atracción á sus cuadros, á la vez que revela la absoluta sinceridad de quien no se ha preocupado de la técnica misma ni de ningún prejuicio de escuela y ha sido dotado de un temperamento dominante y profundamente artístico: es la personificación del artista, creando sus procedimientos y venciendo los recursos; es un colorista de primera fuerza y por un extraño fenómeno visual, no percibe los colores en su conjunto, sino que, como si tuviera un prisma en los ojos, descompone las tintas en sus componentes, y éstas, fundidas en la mancha total, son las que proporcionan la riqueza de su colorido.

Ejemplos notables son: «La calzada de los Sauces,» en la que se advierten desde luego con qué espontaneidad y con qué verdad han sido resueltas, por bruscas y veraces pinceladas, todas las vibraciones que el pintor miraba en el paisaje. Véanse también los estudios de nieve, llevados á término por el mismo procedimiento y un estudio de dos luces: de sol y de luz difusa, en el que, de tal modo se caracterizó cada uno de los efectos, que ganaran á estar separados.

En nuestra apresurada crónica, sólo falta hablar de Gedovius: muy difícil en verdad es hacer la crítica de este [illegible] por los caracteres diverso y aun contradictorios que se encuen[illegible] de sus obras. p[illegible] cilitar la tarea, y cumplido nuestro p[illegible] sólo hablaremos [illegible]

A riesgo de [illegible] protestas, es un deber decir lo que opinamos:

Gedovius ha ganado una reputación, especialmente por considerársele como un innovador entre los académicos. Si en esta vez, junto á las obras vivas de todos los pintores que hemos analizado someramente, se observan detenida y concienzudamente las pinturas de Gedovius, podrá llegarse á ver que, en el salón de «Savia Moderna,» representan lo académico.

Sus cuadros todos revelan desde luego la preocupación primera, no del efecto visto y sentido, no del asunto, no de la idea, sino de la factura.

En estas pinturas, paisajes, estudios y retratos, no fundió su pincel las masas en una sinfónica y bella totalización del asunto; no trató de percibir intuitivamente las relaciones de color y de valores que informan la obra pi[illegible]da: en cada caso, en cada objeto, la pincelada que se va á dar es el centro del pensamiento, y no con relación á concepciones subjetivas de las formas, sino meramente como técnica, sacrificando á veces la entonación general y aun la perspectiva y el dibujo.

La elección misma de los motivos hace perceptibles ciertos errores: la luz es el problema fundamental de sus cuadros, y en [illegible]ajes y en interiores está errada, ó bien se halla ausente del todo, [illegible] en dos pequeñas vistas de jardines; por cierto que una de ellas [illegible]rda unos hermosos estudios que vimos hace algunos años, ma[illegible]r desgracia no es sino un recuerdo.

Siempre hay en Gedovius, una buena técnica, á veces solidez de color, y en ocasiones maestría y elegancia, así en los adornos abigarrados que decoran una puerta de sacristía, ó en esa totalización de un cuadro, en el fondo oscuro, debido quizá á que la paleta de Gedovius es más bien sombría y tiene marcada tendencia á exagerar los negros.

Y volviendo á la comparación con las demás pinturas, se hace notable en él la falta de vida, advirtiéndose más claramente l[illegible] cupación [illegible] método y del procedimiento. A nuestro juicio, Ged[illegible] consiguió [illegible]s adquisiciones en Europa, especialmente [illegible] tudio de Munich, tierra de sólidos y eximios pintores [illegible] lejos del medio y de [illegible]influencia directa que acu[illegible] ron [illegible]s ojos un [illegible] conservado el propósito de [illegible] niendo á la ejecución lo que [illegible] pertenecer a [illegible]cepción pr[illegible]

tiva y fundamental. A la inversa de los demás pintores de quienes hemos hablado y que por medio de un procedimiento provisional descifran su impresión, esperando laboriosamente el día del triunfo de los medios espontáneos, Gedovius conserva la técnica y somete á ella las voces propias, haciéndolas callar ó falseándolas si no caben en el molde que ne antemano les tenía preparado.

***

Al salir de la sala, una grata emoción me llena, reuno mis impresiones, pienso en que á una nueva Revista han acudido deseos nobles, que cada día se agrupan y relacionan más los artistas nuestros, y recordando las bellas esperanzas encarnadas en los pintores recientes, exclamo: ¡Oh tierra! hay aquí algunos hombres más que te aman, y al mirarte, en su corazón te transfiguran, has hecho nacer botones en los que el día de la eclosión, brillarán triunfalmente, transformados por tu voluntad, que así lo ha querido al crear al artista, tus propios jugos y tus más bellos colores. Concédeme el llegar á leer con claridad en las páginas vivas de los videntes, donde se hallan traspuestos tus secretos y revelados tus himnos; concédeme, ¡oh Madre misteriosa! que cada vez se hagan más penetrantes, más puros, más ardientes mis sentidos, para admirarte en tus enigmas, gozar de tus dones y cantar, bellamente, y con tu voz, tus alabanzas!!

R. GÓMEZ ROBELO.

SECCION DE AUTÓGRAFOS

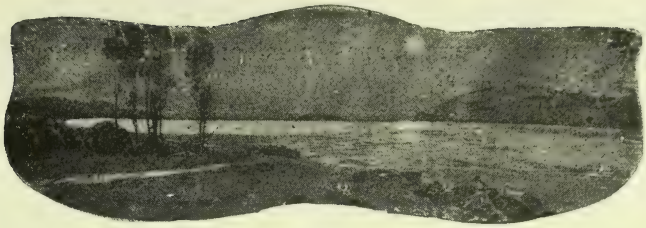
Cármen.

—

Yo tengo un verso para tí escondido
~~dele corazon~~ en el sutil secreto,
donde jamás alcanzará el olvido,
en un mar de esperanza inmenso y gr
Nunca, nunca, jamás llegó á tu oido
un verso más hermoso, más discreto,
y es por mi alma oculta violeta
que perfuma mis horas de poeta.

Cuando pasas se mece en el ensueño
de llegar á tu oido levemente;
quiere volar hacia su dulce dueño,
en nuestras almas ~~en seguro~~ levantar un puente
de casto amor, en inocente empeño,
pero, al mirar tu faz resplandeciente,
se funde en el fulgor de tu mirada.....!
Por en el verso eres tú, lo demás nada!

Jesús Valenzuela



EL TRASUNTO

[e llamo Lorenzo Martos.

Soy un hombre robusto, próximo á los treinta y cinco, y siempre me he creído perfectamente equilibrado.

Soy escritor: hace más de doce años no vivo más que de mi cerebro, á fuerza de un trabajo intelectual, serio y concienzudo, he logrado crearme modesta y decorosa posición, que me permite vivir de modo independiente, sin necesitar de nadie y sin que nadie necesit [illegible] mí.

[illegible] egoísmo es sólo aparente; pues el tópico de mi vida y de mis estudios siempre ha sido el mejoramiento social.

Me he creado cierto sistema de ideas (original ó no, pero estoy [illegible]nvencido de su sinceridad), mediante el cual el obje[illegible] toda mi [illegible] individual está en el perfeccionamiento [illegible] es que nada; preg[illegible] con el ejemplo, más bien qu[illegible] en de nuestros [illegible]mejantes.

No p[illegible]ado, [illegible] ni objet[illegible] [illegible]losofía.

Si he habl[illegible] porque me ha parecido indispensable hace[illegible] [illegible]prendo[illegible] [illegible]ue escuchen mi relato, que soy un intelectual sincero, que desde hace tres lustros mi corazón

ha dejado de intervenir en todas y cada una de mis acciones, y que (en razón de no haber en mí, apasionamiento ni charlatanería alguna), soy todo digno de fe.

***

Estaba yo un día solo en mi cuarto de estudio.

Yo solo estaba: hace tanto tiempo que he suprimido todo contacto con mis semejantes!

Trabajaba yo en mi libro sobre «El Mundo Invisible,» y á decir verdad, mi estado de ánimo era, en aquellos momentos, poco á propósito para cualquiera clase de trabajo.

Me sentía tedioso, falto de ideas ...

Acaso por este motivo no experimenté ninguna contrariedad, cuando un discreto golpe sonó á mi puerta. Si hubiera estado absorto en mi trabajo, aquella interrupción me habría disgustado fundamente.

Abrí.

Mi visitante era una mujer pálida, pálida, toda vestida de negro. Podría tener de veinte á veinticuatro años. Su aspecto lánguido era de una singular belleza decadente.

Por un momento, tuve la sensación de que aquel rostro no me era desconocido. No sólo de eso, sino de que me había sido familiar en un tiempo, y circunstancias que en aquellos momentos se me escapaban.

Ella, quizás á causa de cierta indolente fatiga, que le advertí desde que entrara, permanecía muda.

Yo le ofrecí asiento cerca de mi mesa de trabajo. Y mientras la taciturna ocupaba el sitio indicado por mí, distraje un momento mi atención, ordenando unas cuantas páginas manuscritas que estaban sobre [illegible]sa.

[illegible] instalé cómodamen[illegible] hice girar mi sillón á fin de atender á mi visitante.

¡Oh, la veo todavía!

Estaba ella junto al extremo [illegible] mi mesa, apoy[illegible]ndo allí su codo y el dorso de su mano en su mejilla, pálida, pálida y melancólica.

Y ví cómo gradualmente, muy poco á poco, los rasgos de su fisonomía fueron modificándose, hasta tomar la expresión y la vida de un amor pasado. . . . sus ojos iban agrandándose, llenándose de luz hasta el misterio, y la mancha morada de sus pómulos, tenía la melancolía de una tarde de estío.

De mis labios estuvo á punto de escaparse, en un grito de júbilo y de angustia, un nombre infinitamente amado, callado hace tres lustros y consagrado por la muerte.....

Esto fué sólo alucinación de un momento.

Así lo comprendí cuando ella habló.

La visión cambió instantáneamente, y frente á mí tenía á la muchacha romántica, de finas facciones, que acaso me habían sido familiares, sin poder precisar cuándo ni en dónde.

Ella habló y yo recobré mi serenidad y mi indiferencia.

Su voz era lenta y suave:

—«Vengo de lejos —me dijo,— á preguntar á usted por él.»

lla seguía con su codo apoyado en el borde de la mesa y su me- en el dorso de su mano.

—«¿De qué *él* me habla usted?» le preguntaron mis ojos.

—«No hay que decir nombres —prosiguió ella, en la misma actitud.— ¿Para qué?....Si usted sabe quién es él, quién es usted y quién soy yo!.....

—»Es una loca!» —me dije.—

Yo no quería abrir paso á ninguna piedad, lo que no habría estado bien, dado mi sistema. Sin embargo, fuí débil.

Me pareció que no tenía yo derecho para hablar con toda lucidez á una razón tan en desequilibrio como la de mi interlocutora, por lo que creí oportuno observar:

—«Ah, sí, ya sé de quién me habla usted; pues....está bien.»

Y ella, con risa dolorosa y sofocada, que á mi pesar hizo retorcer mis nervios:—«Está bien, está bien!» —repitió, y su mirada era honda y triste.

Y dejando su asiento, con la misma [illegible]itud melancólica, se [illegible] so á recorrer [illegible] los de los lomos de mis libros enfilados [illegible] k y Wells, Stendhal é Ibsen Nietsche!

Decía ella con la misma voz suave y lenta:

—«Tiene usted muchos libros. Esos secan el corazón!»

Y repitió la misma risa sofocada y dolorosa que retorciera mis nervios.

Y sin despedirse de mí, como una loca, se fué.....

*
* *

Yo hubiera querido seguirla. ¿A dónde iba ella? ¿Quién era ella?

Pretendí ir en su seguimiento, pero el asombro me había paralizado.

Cuando pude hacer uso de mis miembros, comprendí que ya era tarde, que no la alcanzaría.

Lo que hice, pasado mi aturdimiento, fué correr al balcón de mi cuarto, por si era posible tan sólo ver el rumbo que siguiera.

Y la ví.

Pálida, pálida: toda vestida de negro, envuelta en su man n negro; iba ya casi á doblar la esquina de la calle, cuando parecic cilar, y vaciló en efecto, y lentamente, con la cabeza inclinad volvió sobre sus pasos, pasando por la acera frontera á mi balcón

Entonces fué cuando alzó el rostro y me dirigió su mirada.

Sus ojos me miraron como hacía tres lustros me habían visto!

¡Era ella misma, ella. ella....¡lejana desposada! ...

Y el nombre contenido en mis labios, el nombre de mujer, consagrado por la muerte, se me escapó en un grito, en un llamamiento único en mi vida y único en mi alma.....!

*
* *

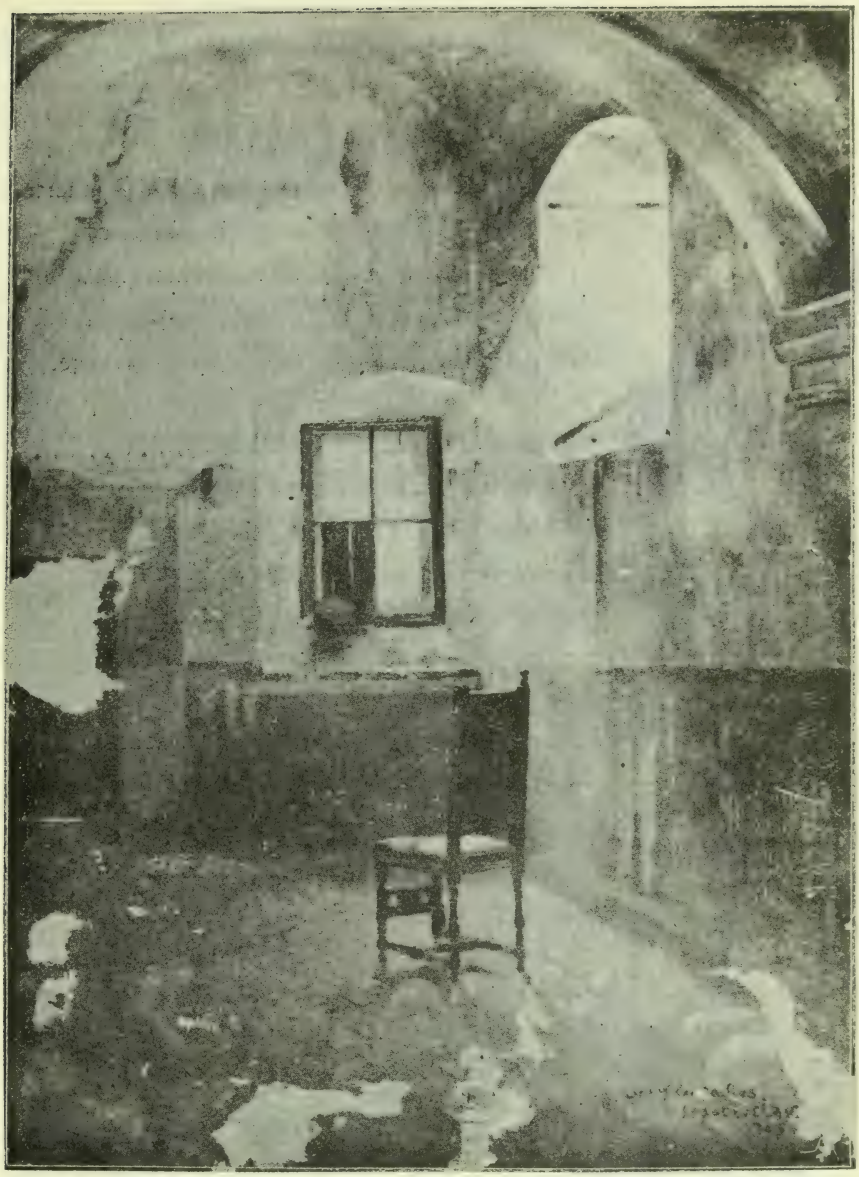
No a regresado ella!

Y hoy, que he vuelto la profundidad de mi sistema de indife ismo mejorismo, sigo a rándola y esperándola

La espero, la espero sien

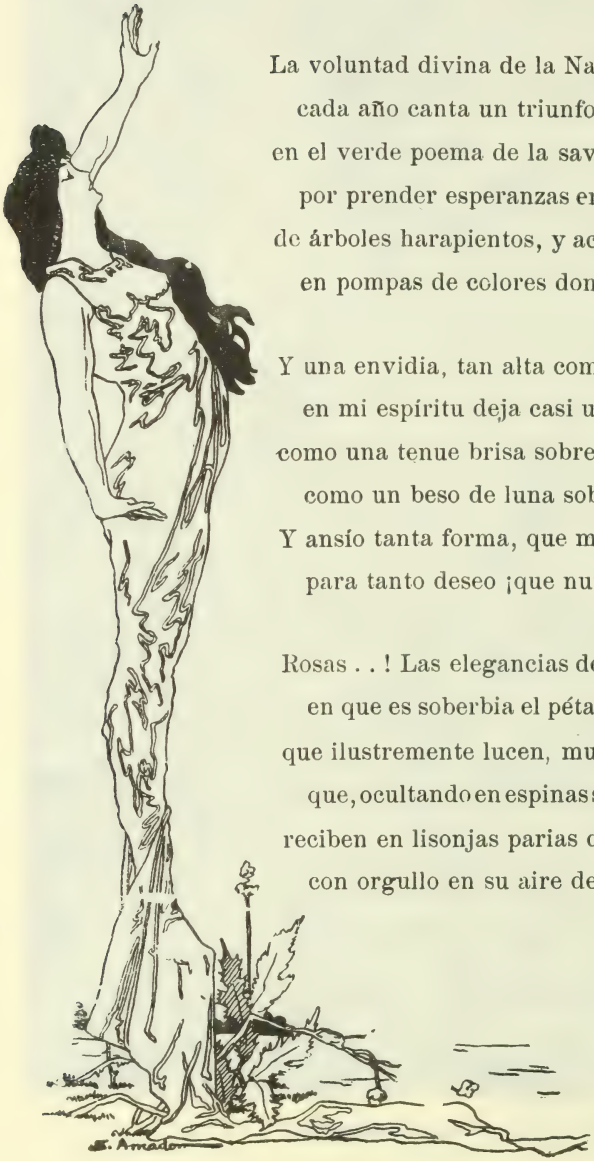
1906

MANUEL DE LA ARRA.



Interior de Convento. G. GEDOVIUS,

PRIMAVERA



La voluntad divina de la Naturaleza
cada año canta un triunfo dulce sobre la muerte,
en el verde poema de la savia, que empieza
por prender esperanzas en misérrima suerte
de árboles harapientos, y acaba con largueza
en pompas de colores donde el sol se divierte.

Y una envidia, tan alta como tan loca,
en mi espíritu deja casi un halago,
como una tenue brisa sobre una roca,
como un beso de luna sobre un gran lago.
Y ansío tanta forma, que me provoca,
para tanto deseo ¡que nunca apago!

Rosas . . ! Las elegancias de puras armonías
en que es soberbia el pétalo y es arrogancia el tono,
que ilustremente lucen, muy altas señorías
que, ocultando en espinas sospechas de agrio encono,
reciben en lisonjas parias de pleitesías,
con orgullo en su aire de imperial abandono.

Y yo, imposible que use noble estructura
de eurítmicas palabras, en el sincero
decir de mis dolores . . . ! Qué prematura
rosa de color triste de mal agüero,
resultaba regando con sangre impura
mi corazón el raro verso que espero . . . !

Hay fiesta en los jardines. Mientras los madrigales
de los céfiros tienden sus alas en las rutas,
las adelfas meditan en rapsodas triunfales,
y en pajes trovadores las violetas enjutas;
y piensan los claveles en bellezas feudales
como los crisantemos en geishas diminutas.

Y en el jardín de mi alma sólo ha crecido
un abrojal intenso que significa
soledad y tristeza; y un tronco, herido
por un rayo y que aún irgue vigor, suplica
piedades de hachas para ser convertido
en pira que consuma su savia rica.

El sol es la fausta transformación, el brujo
en que alma luz sonríe con sonrisa dorada
la virtud de la máscara de religioso influjo.
Y la lluvia es la buena, la fiel, la amable hada
[illegible] mezquindades con prodigios de lujo,
dejar [illegible] tierra su caricia [illegible]rada.

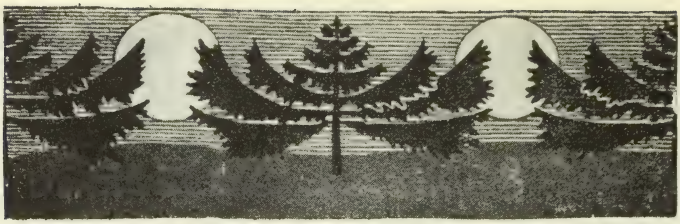
Pero en mi abandonado y esté[illegible] predio,
qué retoño de gracia será de encanto,

si sólo da fulgores un sol de tedio . . . !
si sólo ha fecundado fiero quebranto
de surcos que se cierran al torpe medio
de labrarlos, eterna lluvia de llanto . . . !

1906.

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

"La isla de Mexcala, Chapala." JORGE ENCISO.



SOMBRA

(PARÁBOLA)

E. A. POE.

Vosotros los que leéis, os halláis aún entre los vivos; pero yo que escribo, largo tiempo hará que habré marchado al valle de las sombras. Porque en verdad acontecerán extrañas cosas, y secretas cosas serán reveladas y pasarán muchos siglos antes de que estas memorias sean vistas por los hombres. Y cuando sean vistas, habrá algunos que no crean, y algunos que duden y serán muy pocos los que encuentren mucho que alabar en los caracteres aquí grabados con estilo de hierro.

El año ha sido de terror y de sentimientos más intensos que el terror, para los que no hay un nombre sobre la tierra. Porque [illegible] chos prodigios y signos han sido mirados, y en todas partes, [illegible] el mar y sobre la tierra, ha extendido la Peste sus negras alas. Para aquéllo[illegible]go, que leen en las estrellas, no era desconocido que l[illegible]n aspec[illegible]fatídico, y para mí, Oinos el Griego, [illegible] el período [illegible]ta y [illegible]tro años,

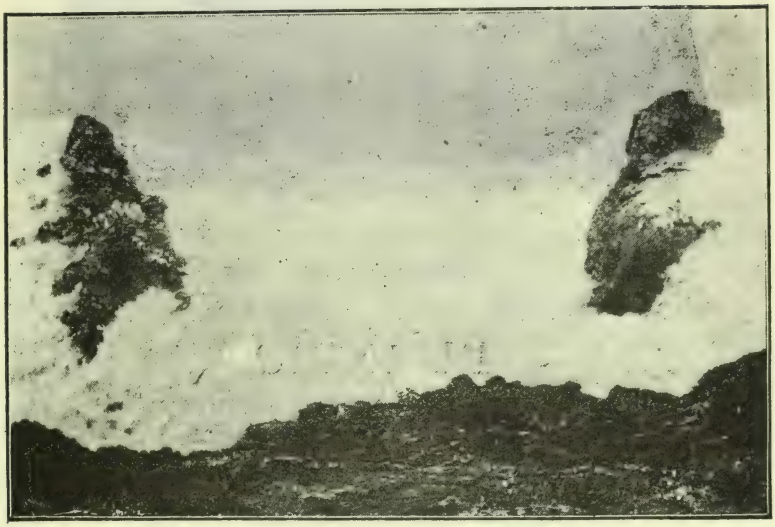
A[illegible]s, el planeta Júpiter entra en conjunción con el anillo rojo del terrible Saturno. El espíritu peculiar de los cielos, si no yerro en

mucho, se manifestó no sólo en el orbe físico de la tierra, sino también en las almas, imaginaciones y meditaciones de la humanidad.

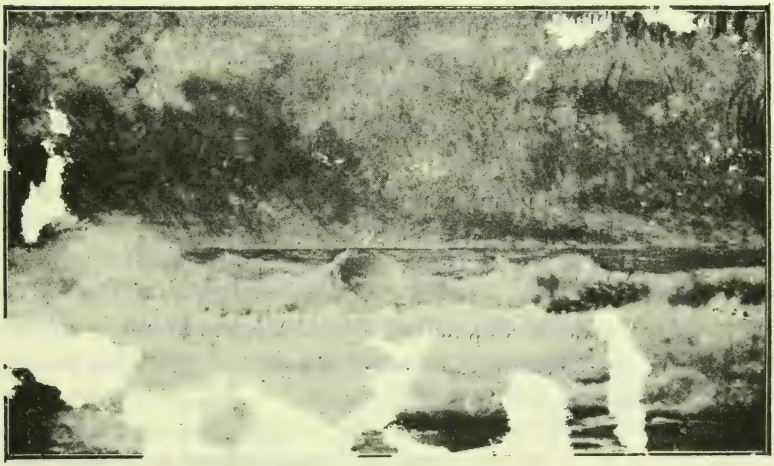
En torno de algunos odres de vino rojo de Quíos, encerrados entre los muros de una noble mansión, en una sombría ciudad llamada Ptolemaïs, nos sentamos en la noche, siete compañeros. Y no había más entrada á nuestra cámara que una alta puerta de bronce, y la puerta había sido tallada por el artista Corinnos, y, siendo de raro trabajo, se aseguraba por dentro. Negros cortinajes asimismo, en el lóbrego aposento, ocultaban de nuestra vista la luna, las cárdenas estrellas y las calles desiertas: pero el presentimiento y la memoria del Demonio no podrían ser evitados. Había cosas en nuestro derredor de las que no podré dar cuenta exacta,- cosas materiales y espirituales,—pesadez en la atmósfera,—una sensación de angustia —ansiedad, y más que todo, ese terrible estado que sufren los nervios cuando los sentidos están intensamente despiertos mientras el poder del pensamiento yace aletargado. Una carga mortal pesaba sobre nosotros. Pesaba sobre nuestros miembros,—pesaba sobre los muebles—sobre las copas en que bebíamos—y todas las cosas estaban oprimidas y agobiadas, todas las cosas excepto, únicamente, las flamas de siete lámparas de hierro que iluminaban nuestra vigilia. Elevándose en delgadas y largas líneas de luz, ardían todas pálidas é inmóviles, y en el espejo que su brillar formaba sobre la redonda mesa de ébano, á la que nos sentábamos, cada uno de los allí presentes veía la palidez de su propio aspecto y la inquieta mirada de los ojos bajos de sus compañeros. Y no obstante reíamos, y estábamos alegres á nuestro modo—que era de histeria; y cantábamos las canciones de Anacreonte—que son locura, y bebíamos copiosamente—á pesar de que el vino púrpura nos recordaba la sangre. Pues había también otro huésped de nuestra estancia en la persona del joven Zoilus. Muerto, yacía tendido y amortajado—genio y demonio de la escena. Ah! no participaba de nuestro júbilo, salvo por su aspecto, contraído por la plaga, y los ojos en los que la Muerte sólo á medias había extinguido el fuego de la Peste, parecían tener tanto interés en [illegible] que [illegible] que van [illegible] aunque yo, ausciente nos, sentí que sus ojos estaban fijos en mí, me esforcé en no percibir la amargura de su expresión, y mirando fijamente en las pro-

fundidades del espejo de ébano, canté con voz alta y sonora los cantos del hijo de Teios. Pero gradualmente mis cantos cesaron. y sus ecos, rodando y revolviéndose entre los negros cortinajes de la cámara, se hicieron débiles, imperceptibles y por fin murieron. ¡Oh! de entre aquellos negros cortinajes en que los sonidos de mi canto se perdieron, surgió una obscura é indefinida sombra—una sombra, como con la que la luna, de lo alto del cielo, formaría la figura de un hombre; pero no era la sombra de un hombre ni de un Dios ni de ninguna cosa conocida. Se agitó algún tiempo entre los cortinajes, y al fin se mostró sobre la superficie de la puerta de bronce. Pero la sombra era vaga, informe, indefinida, y no era la sombra de ningún dios, ni de un dios griego, ni de un dios caldeo, ni de un dios egipcio. Y la sombra permaneció sobre la puerta de bronce, bajo el arco de la puerta, y no hizo movimiento ni profirió una palabra, si no que permaneció inmóvil. Y la puerta sobre la cual permanecía la sombra, si lo recuerdo bien, quedaba á los pies del joven Zoilus amortajado. Pero nosotros, los siete allí reunidos, habiendo visto surgir la sombra de entre los cortinajes, no nos atrevíamos á mirarla, sino que con los ojos bajos, continuamos viendo obstinadamente las profundidades del espejo de ébano. Y al fin yo, Oinos, hablando en voz queda, pregunté á la sombra su nombre y su morada, y es-pondió om «Soy *Sombra* y mi morada se encuentra cerca de las catacumbas de Ptolemaïs, inmediata á aquellas lóbregas llanuras de Helusión, que rodean al horrible canal Caroniano.» Y entonces nosotros, los siete, nos levantamos del asiento con horror y quedamos temblando, estremecidos y aterrorizados, porque el timbre de la voz de la sombra no era el timbre de ningún ser conocido, sino de una multitud de seres, y variando sus cadencias de sílaba en sílaba. cayó apagada en nuestros oídos con los acentos familiares é inolvidables de muchos miles de amigos muertos.

R. GÓMEZ ROT



"La nieve eterna." JOAQUÍN CLAUSELL.



.a." JOAQ[illegible] [illegible] LL.

EL INDIO

—

Pone los ojos en el sol, y avanza
el pie desnudo en riscos y en espinas.
¿Qué ansia noble se ahoga en sus retinas
en donde el sol á retratarse alcanza?

En su frente se nubla una esperanza
como ampo de luna en las neblinas....
Caminante, contémplalo, ¿adivinas
en su rústica faz una asechanza?

Ya se irgue, magnífico y heroico,
sobre un picacho de la Sierra adusta;
y es el desdén de su ademán estoico,

para la humanidad, la eterna injusta,
el de las soledades majestuosas,
el del cielo, el del mar, el de las cosas!

EMILIO VALENZUELA.

DEL ATARDECER

No fué aquella tarde una fiebre de colores; fué el lento caer de una tristeza sobre los montes.

Rubén Arduay, de codos en la barandilla de la terraza templaba la vaga agonía de la tarde gris, y sus ojos obscuros se hundían con profunda melancolía en el crepúsculo, que lentamente amortajaba al parque con una sutil tristeza.

Y mientras se abismaba en la contemplación de la tarde muriente, tornó á él el recuerdo de la Ida, de aquella que, al llegar á él, llevó á su alma algo como una fresca primavera de alegrías.

Bien la recordaba: rubia, ágil, nerviosa. Aquellos ojos claros parecían analizar su alma triste y enferma; aquellas manos breves, blancas y finas, eran un refugio para su cabeza, ya cansada en la vida de soñar; aquel seno era el regazo compasivo, en donde tantas veces hundió su alma la melancolía, viéndola trocada después en una dulce tranquilidad y en una franca y cordial ternura, cuando la boca de la amada desfloraba sus besos suaves en sus labios sedientos de caricias.

Unido á ella, vivió una vida tranquila y dulce unos cuantos me-

ses; fué aquel amor un dulce ensueño de ternura brutalmente arrancado por una realidad trágica.

Aún la veía en su recuerdo cruzar lentamente por las sendas de abetos de aquel parque, ahora invadido por la tristeza de una tarde incolora. Bien la veía. . . .

Lentamente, hundiendo los ojos claros en los jardines, los brazos dulcemente flojos, caídos, y al final de ellos las manos finas y breves.

Luego, su mismo viejo recuerdo lo llevó al saloncillo, en la antigua poltrona donde recogía su cuerpo acurrucándose; la contemplaba á la incierta luz de la veladora, que en su semi-claridad la hacía casi fantástica.

¡Cuántas horas dulces! ¡cuántos momentos pasados á su lado mientras el fogón chispeaba en la chimenea llena de tallados arcaicos!

Toda su vida, su inútil vida, se fué con ella, la dejó en sus labios, la ofreció á ella en un santo y amoroso holocausto.

El invierno fué para ellos tan dulce, tan suave, que parecía no nevar! Cuando su cuerpo entumecido buscaba el refugio á la nieve que lenta caía, la encontraba á ella siempre amorosa, abriendo sus brazos para que en ellos se refugiara el Amado.

Y el invierno fué para él como una dulce primavera.

Y se abismó en su viejo y querido recuerdo, se encerró en la amarga nostalgia de la Ida, y mientras clavaba sus ojos en la partida muda y solemne de la tarde, el viento desfloraba sus madrigales en la terraza, ó como buena abuela, tristemente musitaba leyendas.

¡Y cómo sentía la desaparición de Stela! ¡Cómo había dejado aquella partida un surco de dolor en su alma triste! Ya las noches de invierno no eran para él las antiguas noches dulces; aquellas ráfagas últimas del otoño, se llevaron toda su tranquilidad y todo su amor.

Y mientras el viento, como amorosa abuela musitaba sus rezos, y la tarde se apagaba en el gris del poniente [illegible] quedó abismado y taciturno en Stela.

Fué en una tarde otoñal en que las ráfagas estrujaban los ramajes; fué á la silenciosa caída de la tarde que lentamente se fué amortajando en la sombra.

Solos, en el saloncillo, y él con la terrible realidad que lo roía in-

teriormente, aún veía á Stela que en la plenitud de su vida con sus grandes ojos claros miraba el parque ya invadido por la primera angustia de la noche.

Y tenía que matarla, tenía que acabar con esa vida que ya no iba siendo suya.

Y acurrucado en la vieja poltrona, veía á Stela en la semi-luz del crepúsculo, que casi la hacía fantástica.

Y pensó en los viejos días risueños, en los antiguos tiempos, en aquellas agonías de las tardes, en que á la hora crepuscular hundía sus besos en los labios de ella, y la oía hablar de su amor que llamaba eterno.

Y mientras Stela veía perderse á la tarde en el ocaso solemne, él pensaba en la venganza, en la muerte de ella á la hora propicia del atardecer, que con su luz incierta casi la hacía fantástica.

Bien comprendía el hastío de ella, comprendía sus enormes fastidios al ya no amar y tener que fingir cariño, y si se iba, si él la arrojaba de su lado, marcharía, y la vería perderse tal vez risueña para unirse á otro, para ir á vivir tal como con él lo había hecho, al lado del rival incógnito, mas no por eso menos odiado.

Tenía que matarla, ¡ay! era la única solución posible para su dolor; muriendo ella entre sus brazos, él cerraría la boca amada con sus besos!

Y por eso clavó la aguda y bruñida hoja en el pecho, y luego tomó el cuerpo querido entre sus brazos, y arrellenándose con él en la vieja poltrona, sintió el estremecimiento cruel de la muerte bajo sus labios, y bebió toda la angustia y todo el dolor en aquella boca que poco antes sonriera, y en aquellos ojos que minutos antes vieran la muerte de la tarde en el solemne crepúsculo.

Después, sus años de presidio, crueles y largos, y su retorno al «chalet» triste y solo, únicamente pensando en ella, con el recuerdo de ella, y con la memoria de sus viejos días felices perdidos ya para siempre.

Y Rubén Ardua codos en la barandilla de la terraza, veía perderse lentamente á la tarde, no en una fiebre de colores, sino en el lento caer de una tristeza sobre los montes.

Y el viento pasaba desflorando sus madrigalos, ó como amorosa abueia musitando sus rezos cansadamente, y él seguía abismado en

su recuerdo, encerrado en la nostalgia de la Ida, y una onda de amarguras y de melancolías se adueñaba de su alma, tal como la tristeza de la hora se adueñaba del parque yermo.

Y mientras la sombra lentamente se adueñaba de todo, y á todo amortajaba, él pensaba y hundía sus ojos obscuros en el lento caer de la tarde tras los montes, y oía el lloro de los vientos en los ramajes, ó sentía el golpe en su cabeza, de las hojas, al caer arrancadas por las ráfagas últimas del otoño.

Y ante el dolor crepuscular, pasó Stela ante sus ojos, dulce y suavemente, tal como en los viejos días perdidos, y sintió renacer el vago encanto de aquella dicha muerta, de aquel ensueño perdido, y tornó al saloncillo en donde reconstruyó la escena trágica, y se adueñó de su alma el solemne dolor de la noche, que lentamente envolvía el parque con el terciopelo de su sombra, y llenaba el campo y el «chalet» con una silenciosa melancolía de olvido profundo y perenne.

México. 1906.

DANIEL ROSS.

El poeta Luis G. Urbina.

EN LA MONTAÑA

Y fué en el corazón de la montaña
donde mi sueño floreció al contacto
de la fría tristeza de las cosas,
para morir en el instante mismo
como una rara flor de pesadumbre
en el erial del desencanto.
Era
el turbador momento en que el ocaso
comulga con el sol y bajo el cielo
cual un vaho de muerte hecha el crepúsculo.

La formidable cumbre estaba negra
como un presagio de dolor. Tenía
sobre su ancianidad quién sabe cuántas
floraciones de sueños como el mío:
pétalos desgarrados al abrirse!
sí; adiviné sobre su piel helada

el paso de un millón de soñadores
con su carga de amor y de infortunios.

La formidable cumbre estaba sola
y muda y ciega; á su redor las simas
abrían el espanto de sus fauces
entre la áspera selva de sus dientes
devoradores de misterio y de almas;
arriba el cielo naufragaba en una
desolación inmensa. ¡Estaba pálido!

PARA ELLA, LA LEJANA

Mi sueño floreció. Dije tu nombre
y en un viejo perfume de tristeza
tu recuerdo invadió toda mi sangre.

Tú eras la antigua amada. Fué preciso
que á la infinita soledad del cielo
y al silencio sin margen de la muerte,
que en la cúspide Dios amontonara,
tu recuerdo pusiera otra tortura.

Y mis ojos, mis ojos agobiados
en la fatiga estéril de buscarte
por todas las planicies de la tierra,
encontraron tu ser sobre la cumbre:

Era un fantasma blanco, aquel que un día
inundó mis oídos con la música
de su voz sin palabras, y mi espíritu
de amor cual con un mar ilimitado.

La cumbre que cerraba el horizonte
como una inerme losa enorme nicho,
la sentí fatigarse, conmoverse
cual si encima tuviera todo un mundo.

Desanudé la horrible ligadura
de mi carne y mis huesos y hondamente
en ti resucité. ¡Eso fué todo!
el gran todo de amor que en un milagro
de sueño me donó la inexistencia!

Hacia abajo, en los vórtices, el hombre
levantaba feroz hasta nosotros
su puñal homicida.... pero en vano.
. . . . . .

Después, no sé; sentí que se borraba
el prodigio de amor que me ofrecía
estar en ti sobre la negra cumbre.

¡El dolor de la vida había vuelto!
entonces me ví solo solo, solo
en la enorme m[illegible]a silenciosa.
Habías emigrado y Dios reía.....

He ahí, *Lejana*, el episodio t[illegible]
de un amor, de un recuerdo y de mi sueño,
sueño que floreció sobre la cumbre
teniendo ¡ay! como floresta aciaga
la soledad sin fondo del espacio
y el silencio sin margen de la muerte!

LUIS ROSADO VEGA.

México, Mayo 1906.

"Marea Alta." (Acuarela de KUPKA).

EL SÉPTIMO CIELO

Mi amigo y yo estábamos sentados frente á dos bocks, en cuyo fondo queríamos disolver las perlas negras de nuestras comunes tristezas, más duras aún bajo el tedio de aquella tarde trivial.

La terraza del café se encontraba casi desierta; y mis ojos sin expresión seguían el zigzag de las hojas secas, que, al herirlas el sol me fingían mariposas de oro transparabillantes, arrastradas por un viento de otoño.

Más lejos, rodaban algunos carruajes, y se clavaba en los tímpanos el agudo silbido de los automóviles.

Mi amigo habló:

—¿Creerás que las mayores, que las más hondas satisfacciones que he experimentado, han nacido de los días en que fué tan cruel mi pobreza, tan completo mi abandono, que llegué á considerarme positivamente un sér aparte bajo el sol?

Hace ya tiempo de esto —prosiguió,— aún peinaba cabellos negros, y golpeaba mis sienes una sangre briosa; veía con desdén los doce trabajos de Hércules, porque llevaba, en fin, la lámpara de Aladino de los veinte años. A esta época se refieren los recuerdos que, como un tesoro oculto, voy ahora á desenterrar, para presentártelos;

quiero sacudirles el polvo lejano que los cubre, y de este modo sonarán en tus oídos con el puro tintineo del oro sin mezcla.

Chocamos los tarros, y continuó:

Se dice de Zola, que en sus tiempos de prueba, cuando apenas comenzaba á afilar sus demoledoras piquetas, su falta absoluta de ropa le impedía salir, y se pasaba los días haciendo el turco en su desván. Así lo refería él mismo, porque se veía forzado á endosarse de la mañana á la noche, la sobrecama de colores bizarros que cubría su lecho. Y bien, ni en esa circunstancia poco envidiable pude yo parecerme al gran novelista, pues más desafortunado, me veía en la necesidad de hacer el paralítico; es decir, permanecía metido en la cama todo el día, hasta que la buena voluntad de un compañero de infortunio, prestándome su propia indumentaria por una hora fija, me devolvía de vez en cuando á la circulación.

En estas condiciones, que es ocioso adjetivar, recibí un auxilio tan precioso cuanto inesperado, que alcanzaba poco más ó menos, á proporcionarme la complicada hoja de parra que exige la civilización actual.

Paso por alto las voluptuosidades que saboree desde la elección de la tela, hasta el sábado redentor en que me la entregaron convertida en traje: sólo diré, que la primera contrariedad que sufrí, por carecer de un espejo en que mirarme, la allanaron los ojos de mi portera, espejos parlantes y lisonjeadores, que me encontraron impecable.

A la mañana siguiente, antes que la Banda rompiera los aires con sus cobres sonoros, me paseaba por la Alameda con un paso lleno de majestad. Me parecía que la fiesta del domingo la había generado, como un conjuro, mi vestido nuevo. Desde el cielo sin mácula, se me antojó el sol como un filósofo bonachón que me felicitaba con su más b[illegible]a sonrisa; á mi lado, las rosas encarnadas parecían ofrecérseme como bocas de mujer, y al pasar por la glorieta de la Venus, tuve un síncope, porque creí ver en la eterna ceguera de la diosa, casi un signo de aprobación.

Hoy [illegible] de aquellas prendas pecaban contra los más rudimentarios principios del gusto; las mangas de la *americana,* para honrar con un nombre europeo aquel saco mediocre, se hundían en mis axilas con enconos de cilicio; el chaleco reclamaba turgencias

femeninas para llenar sus holguras, y así lo demás; pero yo fuí feliz, inmensamente feliz, me creí un Brummel, un Lauzan, y acepté como homenajes mudos de admiración, las sonrisas que sorprendí entre algunos labios que hoy adivino irónicos.

Así lo excepcional de mi situación paupérrima, hizo el milagro de transformar esa burda tela que una tijera anónima ajustó á mis riñones con tan poco acierto, en un dón casi divino, puesto que yo he pensado que en esa mañana inolvidable, iban mis carnes miserables, como Mercurio, vestidas de ambrosía.

***

Como yo no hablara, el amigo siguió:

—En aquel tiempo, concurría yo dos veces por semana á un palomar incómodo, pero lleno de luz, en donde un Ganimedes de ojos visionarios me ofrecía tazas de té, que alternaba con largas tiradas de prosas coléricas y versos pensativos.

Comenzaba yo entonces á aguzar la oreja en el Ritmo, á empapar el ojo en el Color, á inclinar la frente como un[illegible] doblada con el fruto de una meditación, comenzaba á hacer [illegible]

Como en el catálogo de mi ilustración lit[illegible] más que nombres franceses, omito decir que esos primeros ranteos de la golondrina ideal, se adornaron con una serie de *poses*, que fueron la *mise en escéne* obligada; y si mi fabulosa corbata «La Valliére» ocultaba la total ausencia de la camisa, un ajenjo falso substituyó mi habitual desayuno de pan y leche.

Tenía ya con que embriagar la pobreza, y cuando me pedía de comer, le daba consonantes para que los rumiase. . . .

Así fuí trabajando poco á poco un poema, estimulado por las visiones que yo veía en los ojos del dicho Ganimedes, en el cual poema, como en un ánfora, vacié generosos entusiasmos, locas esperanzas de un mundo mejor, y bravas cóleras contra las injusticias que yo no comprendía, todo esto encuadrado en el claro-obscuro de una melancolía serena y dulce, como la caricia de una pálida mano de mujer, que roza los cabellos sin desflorarlos: entonces no conocía yo la mordedura de la tristeza. . . .

Eran mis primeros versos y los amé perdidamente, como aman los padres á sus primogénitos. Y ¿cómo no quererlos, cuando llevaban incrustados tantos insomnios, amarguras muchas, y toda esa sangre que se pierde con los alumbramientos?

¿Te acuerdas cómo me los rechazaron en las redacciones? Tú me acompañaste en ese calvario, y no olvidarás el fruncimiento de cejas de los directores, cuando tropezaban con estos alejandrinos truculentos, cuya una perífrasis era de un viril anarquista:

Santa Miseria, es tiempo: levanta las marcas,
lleva á las manos rudas las vengadoras teas.

Tú también viste la rabiosa desesperación con que les prendí fuego, y que los vi arder, arder hasta quemarme los dedos. . . .

Pues bien, te aseguro que aquel poema fecundado en el vientre de la Pobreza, aquel apestado que no tuvo derecho á vivir, lo llevo aquí, como la reina Juana al hermoso Felipe, muerto sobre mi corazón.

***

[illegible] arecido tras de una montaña distante. Ahora las hojas se[illegible], caían como mariposas obscuras, siempre barridas por un viento de otoño.

Como yo no hablara, el amigo siguió:

—Al obscurecer, cuando comienzan á animarse las calles céntricas, con la invasión de los empleados que terminan sus labores, esperaba yo por tal época, recargado en un pilar del portal de la Diputación, con esas obscuras agresiones que en lo íntimo despierta la presencia de una mujer, esperaba, digo, la salida de una Mimí Pinzón, que trabajaba en una fábrica de sombreros, y cuyos 25 años se burlaban maliciosamente de mis candores de provincia.

No era hermosa, pero una alegría inalterable le esmaltaba los ojos, y una sonrisa que no se acababa nunca, sugería la idea de morderle la boca como un fruto sensual.

Esta Mimí no era huérfana como la otra, aún vivía la Cibeles que le había hecho el singular servicio de traerla á este mundo, y en una

casa de vecindad de los suburbios, ocupaban las dos un cuarto redondo (esto lo digo por cliché, porque era cuadrado), hasta cuyos umbrales la acompañaba yo casi siempre.

Cuando me deslizaba una moneda algún duende, porque yo creo en ellos, la partía con mi sombrerera en buena camaradería, y nos íbamos á cenar juntos y á recorrer calles obscuras y desiertas, cambiándonos miradas que no he vuelto á ver en otros ojos, al pasar por el cono luminoso que salía de las puertas todavía acogedoras.

Ella quizás se daba cuenta del estado de mi bo sillo, siempre en bancarrota, pero aparentaba ignorarlo, y yo, por mi parte, sin cuidarme de nada, procuraba interesarla en mis proyectos, edificando ante sus pupilas asombradas, el tantas veces caído palacio de la lechera, que volvía á derrumbarse sobre nosotros, antes que atravesáramos su dintel; y nos levantábamos de los escombros, sacudiéndonos el polvo y riéndonos. . . .

Ahora bien, una noche en que, como de costumbre, subía con ella la escalera de su casa, deteniéndome en cada grada para prolongar el placer de verla, cuando faltaban unos cuantos escalones para llegar, no sé qué locura le pasó por el cerebro, ni qué deseo le atravesó el corazón; el hecho es que, sin hablarme, pero apretándome la mano con fuerza, me hizo desandar el camino, y bajamos la escalera silenciosamente.

Afuera, cayeron sobre mi curiosidad llevada al máximo, estas frases articuladas con rapidez:

—Esta tarde, cuando vine á comer, me disgustó encontrar en la casa á un hombre que tuvo un viejo trapicheo con mi madre. No quiero verlo otra vez allí. Mañana, que mi madre vea que no he ido, se pondrá razonable y fácilmente se arrepentirá de su conducta. Como para esto es preciso que yo duerma en alguna parte. . . . . y bien, llévame á dormir á tu casa. . . .

Cuál fué mi sorpresa al escucharla, la supo aquella calle desierta, aquel muro en cuyas piedras me apoyé para no caer, aquel cielo llameante de estrellas, inmóvil sobre nuestras cabezas, menos llameante, sin embargo, que la frase que me quemaba el alma con sus gotas de fuego: «llévame á dormir á tu casa.»

¡Esta Mimí valiente! —dijo mi amigo en un suspiro, mientras yo pegaba los labios como á una triaca al bock ya consumido, en cuyo

fondo rodaban, sin disolverse, las perlas negras de mis tristezas incurables.

Luego nos levantamos, y una vez más, la voz que me había contado estas cosas, resonó como un murmullo lejano:

—Hoy me he conquistado una posición que me permite vivir desahogadamente; tengo un lugar entre la intelectualidad; bellos labios femeninos se han posado en estos bigotes que comienzan á encanecer. . . .

Se detuvo acariciándoselos con sosiego.

—Y sin embargo, concluyó, nunca la sombra de la felicidad ha pasado tal vez tan cerca de mí, como entonces que iba con la otra sombra de la miseria, y por eso, como sólo en el Sueño alcanzan su plenitud perfecta y total los seres y las cosas, me parece que he soñado aquel vestido, aquellos versos, aquella mujer.

1906

RAFAEL LÓPEZ.

MERCENARIO

Desafiando las iras de la Parca,
Intervine en las guerras orientales
Y rompí del Egeo los cristales,
Ora en ágil trirreme, ora en mi barca.

Luché con un magnífico Monarca
Que compró mis servicios, y eran tales
Sus riquezas, que todos los rivales
Se rindieron al oro de su arca.

Mas ya no envidio al sátrapa esplendente,
Que al volver de mis ímprobas fatigas,
Hallo en mi hogar el fuego consagrado.

Esposa: yo también soy prepotente,
Porque yo tengo el oro en mis espigas
Y en tu ubérrima carne mi reinado.

ALFONSO REYES.

EL PRISIONERO DE ARGAMASILLA

A la caída de una tarde se encontraron reunidos en la venta de Quesada, cuatro hombres que discurrían tranquilamente: el barbero del lugar, hombre ya entrado en años, un estudiante que de Córdoba se dirigía á Toledo, el recaudador de diezmos Miguel Cervantes, y el ventero. No hace mucho tiempo, y no lejos de aquí, dijo el ventero, que unos pillos armados de palos y machetes asaltaron á dos arrieros: uno de éstos, tímido y asustadizo, les entregó todo lo que de dinero llevaba y se dejó amarrar al tronco de un árbol; pero, belicoso el otro, y con más conocimiento del trabajo que cuesta ganar el dinero, trabó combate con aquellos descendientes de Caco. Siendo mayor el número de los ladrones, natural era que ganasen y así sucedió: sacaron muy cuidadosamente de los bolsillos del valeroso arriero, cuanto en ellos hallaron, y no teniendo necesidad de atarle, pues que le dejaron bien muerto, emprendieron el viaje aquellos desalmados. No me parece que lo hayan sido tanto, agregó el barbero, pues dejaron una cruz de palos en el sitio en que dieron muerte al arriero, y además, supimos después que esos mismos ladrones dieron limosna en la Catedral al llegar á Sevilla. Y sin dejarle tiempo para seguir, el estudiante le interrumpió, diciendo: sí que lo eran y así se hubiesen encomendado á toda la corte celestial, que al morir

les tomarán en cuenta sus fechorías; para evitar esos crímenes y desmanes, y para otras muchas cosas servían los caballeros andantes, porque la justicia siempre ha andado descuidada en manos de los alcaldes. Los tales caballeros andantes, dijo el ventero, según yo me sé, eran más aficionados á disminuir la corta hacienda de los venteros a quienes por desgracia visitaban, que á enfrascarse en las contiendas que suscitaba la magistratura de la justicia, y siempre que su brazo, como ellos decían, era menester en las villas, se encontraban en las sierras ó los montes mediando en asuntos de poca ó ninguna importancia, y en aquello del castigo, se iban siempre del lado que menos debían, porque no teniendo asiento fijo, mal podían conocer las raíces de los juicios que se sometían á su decisión. Quien puede hablarnos de caballería con acierto, dijo el barbero, es el señor Cervantes, que ha sido soldado. Cervantes, que hasta entonces no había dado gran importancia á la conversación, poniendo aparte sus íntimos pensamientos, habló de esta manera: He sido soldado ciertamente, ¿quién lo duda? (y miró su hombro izquierdo); pero cualquiera puede juzgar con rectitud de la importancia de la extinta orden de caballería, sin ser soldado ó haberlo sido; pues bastan la buena intención y el claro juicio para mirar bien todas las cosas: una golondrina no hace verano: si algún caballero andante tuvo necesidad de tomar alguna vez, para sustentarse del puchero que guardaba para sí el amo de alguna venta, no quiere decir esto, en modo alguno, que todos los caballeros andantes lo hayan hecho; y aun cuando así hubiera sido, no habría estado mal, porque, exponiendo su vida y sufriendo, por los demás, privaciones y rigores del tiempo, bien habría estado que todos hubiesen hecho algo por ellos. En cuanto á tacharles de poco avisados, es demostrar que se desconocen por completo las cualidades de discreción y prudencia que en lo general poseían. Si grande era la necesidad que de su justicia se tenía en algún punto, allí se encontraban sin tardanza; mas si en los últimos tiempos gloriosos de su existencia no podían atender y conjurar á las innumerables calamidades que se multiplicaban. era porque los pueblos, cortos antes, como una familia entre cuyos miembros pudiera decirse que no existían las dos palabras *tuyo* y *mío,* habían crecido á tal grado que las familias ya no se conocían entre sí y sus hogares no se abrazaban con la mirada.

La maldad había tomado asiento en el espíritu de los hombres, y los caballeros andantes, impotentes para gobernar sobre tanta malicia, desaparecieron de sobre la faz de la tierra, llenos de una grave tristeza y de una alta dignidad: y sintieron pena semejante á la que aflige á viejos servidores cuyo amo les despide conmovido cuando mira acabada su hacienda. Tengo para mí, que si algún defecto tenían los caballeros andantes, como todo lo humano le tiene, en cambio infinitos eran los beneficios que hacían llover sobre las comarcas que recorrían; y todo aquel que no sea de corazón un caballero andante, es un pícaro, así como también todo aquel que buenamente crea posible volver á instituir la orden de caballería, le tendré por un hombre falto de sentido; empero, si la malicia del mundo traicionó la acción de los caballeros andantes, su intención les salva. Así lo creo muy bien, dijo el barbero, que aunque no conocí á los tales caballeros andantes, tengo por seguro que eran mejores que todos los alcaldes y corregidores de España.

Al llegar á este punto la conversación, se presentó en la venta la justicia, y uno de los guardias preguntó por don Miguel Cervantes, recaudador de diezmos; habiéndole respondido Cervantes que él era y qué se le ofrecía, agregó el guardia: es menester que [illegible] acompañe para que pueda responder á un cargo que se le hace y que, según parece, toca á su honor; así creo que no se rehusará á acompañarnos. Ninguna resistencia opuso Cervantes y salió de la venta acompañado de los guardias: éstos parecían contentos de su aprehensión, y el preso conservaba su aspecto altivo. Cuando esto sucedía, el sol estaba próximo á ocultarse y doraba con sus rayos el plano de Argamasilla; los molinos de viento, cuyas aspas se movían pausadamente, habían cobrado en esa hora un aspecto fantástico y lánguido; los vivos oros del crepúsculo bañaban en su claridad deslumbrante, largas nubes inmóviles que casi tocaban la línea de tierra, y las faldas de la Sierra Morena se teñían de violeta. Cervantes caminaba con su custodia por entre callejuelas animadas por rebaños de ovejas presurosas, envueltas en nubes de polvo de oro; y durante la travesía, ni él ni los guardias hicieron alto alguno, hasta que llegaron á la cárcel, en donde les esperaba el alcalde, que era un hombre como de cincuenta años de edad, de fac-

ciones toscas, de poblada barba y cejijunto por añadidura; en sus ojos turbios se revelaba la gran prisa que tenía de tomar la confesión al preso. Y dirigiéndose á Cervantes, le habló en estas ó parecidas palabras: Como habéis dispuesto de los diezmos recaudados entre los habitantes de esta villa, y de lo cual se queja el Priorato de San Juan, que es á donde corresponden, no os daré libertad mientras la cuenta no se arregle. A lo cual contestó Cervantes: No habiendo recibido dinero alguno, porque todos se rehusan á pagar los diezmos, ¿cómo pude disponer del importe de ellos? Si se me justifica haber recaudado alguna cantidad, pronto estoy á pagarla con las cetenas, fuera de sujetarme al castigo que se me imponga. Pero el alcalde, que gustaba poco de razonamientos, le mandó encerrar en un cuarto oscuro, para que pensara lo que más le conviniere hacer, puesto que no se mostraba partidario de la confesión. Noche penosísima pasó Cervantes en su prisión, y más penosa la habría pasado sin la conversación del viejo taimado que le vigilaba, el cual, tan luego como le tuvo bajo su guarda y pudo notar que no era gente á quien se explota y se engaña, dióle muestras de consideración y le preguntó la causa de haber ingresado á allí, y una vez que supo que no la había, le dijo que el único remedio para sal de la cárcel era *engrasar la mano de la justicia,* pues él bien sabía que *cuando no se engrasaba, chillaba más que una carreta;* que en cuanto se viese libre, se fuera para otra parte, porque los habitantes de ese lugar no le pagarían nunca los diezmos, estando tan pobres todos como estaban. Y discurriendo de esta suerte, se les pasó la mayor parte de la noche.

Al día siguiente, en la mañana, pensó el alcalde enviar al detenido á otra parte, en donde pasara todo su cautiverio con mayor seguridad, y poniendo en acción su deseo, llamó á los guardias para que le llevasen: eran éstos en número de diez: cuatro rodearon á Cervantes, y los demás le seguían á una vista. A medida que caminaban, adquirían cierta frescura los ardientes sentimientos del recaudador de Argamasilla: su memoria se poblaba de viejos ensueños; pero su razón, herida por la sin razón, se deshacía en efluvios de rudas ironías; y su cuerpo, fortalecido con andar y con el sol, se volvía ágil. Paseaba indiferente sus miradas sobre las viejas casas amari-

llentas, á las que el sol prestaba un tinte de oro viejo, cuando vislumbró en punto no lejano, cerca de olivo solitario y polvoroso, cuya sombra escasa todavía se arrastraba en el camino, el grupo que formaban dos mujeres y un hombre á caballo: y al cabo de un centenar de pasos se llegó á ellos, porque leyó en las maneras del caballero, intenciones de maltratar á las que con él discutían: llorosa y joven la una, vieja y sosegada la otra. El tal caballero, que por su vestidura parecía bien creado, solicitaba, según dijo la mayor de las mujeres á Cervantes, quien preguntóle la causa de la discusión, el trabajo personal de madre é hija, que este parentesco guardaban, en pago de vieja deuda que el marido de la una y padre de la otra dejó al morir. Y como hiciera intento de violencia el ginete, para llevarse á las dos mujeres, Cervantes, con la mano de su único brazo, le asió de por el cuello y, sacándole del arzón, dió con él terrible golpe en el suelo; y la mano del indignado justiciero no descargó golpe alguno, pero sus vivos ojos airados expresaban un furor desmedido; sus lacios cabellos castaños, á manera de golilla sobre el cuello, y su nariz corva y afilada, le daban un aire de terrible ave de presa: y todo él tenía un aspecto grandioso y dominador, que sembró el espanto y el asombro entre todos los que formaban el corro. Pero observando uno de los guardias, que el caído era un caballero principal, animó á sus compañeros, sujetaron á Cervantes y le golpearon rudamente; y al mirarse rodeado de tanta gente como era menester para aquietarle, pues ya se habían reunido todos los guardias, sintió una secreta satisfacción. Viendo esto la mujer vieja, desdobló un gran pañuelo y se lo dió á su hija para que, acercándose al que las había defendido, limpiara su rostro manchado de sangre y cubierto de polvo. Una vez que la moza hubo limpiádole la faz, le preguntó Cervantes de dónde era, y cómo se llamaba, á lo cual respondió humildemente la muchacha: soy natural del Toboso, mi nombre es Aldonza Lorenzo, para servir á Dios y á vuestra merced. El te pagará lo que has hecho conmigo, y yo no te olvidaré en mis pensamientos, contestó gravemente el preso. Entre tanto, la vieja y algunos curiosos que se habían reunido al grupo ayudaron á montar al caballero, quien se amohinaba cada vez más y acabóse de amohinar del todo cuando los guardias y Cervantes entraron en la casa llamada de Medrano.

Tan húmeda y malsana era la nueva prisión del cautivo, que no creía que fuera larga su permanencia en aquel sitio; pero pasaba un día y venía otro, y la incomodidad no cesaba, y sí aumentaban sus martirios. La soledad y el silencio, que de día y de noche reinaban en su derredor, hicieron que su alma cayera en largas y frecuentes meditaciones; y así, de las impresiones más recientes, fué bajando á las más viejas y profundas, hasta llegar á las indelebles de la niñez. Despertó entonces las dormidas emociones de sus primeros años, impregnadas de perfume, y á fe que le conservaban los precisos recuerdos que de fiestas religiosas en Alcalá de Henares atesoraba en su bravo corazón. El humo del incienso y los efluvios de las flores llenaban el templo, y los rayos del sol, vueltos azules, iluminaban el brillante oro del altar mayor; las pinturas de la iglesia, que representaban martirios de los santos, inundaban de misticismo su alma y de horror sus ojos; las escenas de lágrimas de las mujeres, que devoraban con ojos hermosos las imágenes, recordando las leyendas piadosas, turbaban su corazón. Y si fuertes eran sus ideas religiosas, no lo eran menos sus tendencias de combate, de generosidad y de heroísmo, bebidas con avidez en los relatos de caballería, que alimentaban su alma por aquel entonces. Apasionado hasta el delirio de aquellos famosos caballeros, que, despreciando todo lo que de agradable podía ofrecerles la vida, ponían al servicio de los débiles y de los afligidos su corazón y su espada, les tenía por modelos y aspiraba á realizar en el mundo obra de justicia y de castigo. Viajó por muchas partes, y guerreó con tal brío, que al perder el brazo izquierdo, le pareció solamente que tal suceso hacía honor á su mano derecha; pero el mundo mismo le enseñó cuán ingenuo sería el que, confiado en su valor, tratara de evitar las pilladas de los hombres con sólo su espada; y al adquirir tal certidumbre, retrocedió á las sombras orgullosas de su espíritu y desapareció de la escena del mundo su ideal caballeresco traicionado por la vida. En cambio, su nombre era uno de los que con mayor fuerza hacía resonar la trompeta de la fama, y no sin motivo, pues grande era la admiración que despertaron sus hazañas; pero quiso la desgracia, que al regresar á España, satisfecho de su valor, fuera hecho prisionero por los moros. Ardorosa sed de libertad le abrasaba entonces,

y cada fracaso en la fuga enloquecía su razón. Pero sucedió que lograron reunir, varios que lo estimaban, el importe de su rescate, y se vió libre; inmensa fué la satisfacción que recibió al volver á su patria, pues tuvo desde entonces por suprema felicidad, haber recobrado la libertad perdida; pero mayor sin duda fué el gozo que bañó el corazón de su madre, quien al ver á su hijo, lloró con él como se llora sobre un muerto. Era de admirar la actividad nueva de que estaba animado para emprender campaña contra los moros, a fin de libertar á los cristianos que con ellos penaban; mas el egoísmo en los demás y la pobreza en él dieron al traste con su noble ambición. Cambiando entonces la espada por la pluma, llevó á la escena del teatro español ensueños de patriotismo y de virtud; pero como de lo que tratan las gentes es de divertirse, aun á costa de la virtud muchas veces, sus éxitos no correspondieron á sus vibrantes entusiasmos, y para que escapara su rebelde inteligencia á la corriente del uso, dejó de escribir para el teatro, y pensó muchos años en la nueva orientación de su espíritu.

No pudiendo soportar por más tiempo Cervantes, lo penoso de la vida que llevaba en su encierro, escribió una carta á su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, que habitaba en Alcázar de San Juan, pidiéndole *su auxilio, y haciéndole saber cuán tristes noches y largos días t... estar preso, más bien en cueva que en prisión;* pero también tuvieron su parte en tal designio, lo inútil que le parecía su pena, más que lo injusto de ella, y la congoja de su corazón por las dudas suscitadas con motivo de un libro que quería escribir. Y viéndole tan ensimismado el guardia que de él cuidaba, le permitió salir al patio de la casa, en una noche clara: la luz azulosa de la luna señalaba de modo preciso las demarcaciones de sombra y claridad, todo el edificio estaba sumido en calma solemne, y el cielo se conservaba limpio. Cervantes tuvo la sensación de bienestar, y sus brillantes ojos se fijaron tenazmente en un punto: pensaba. Se desvanecían en la claridad ambiente las tristezas que brotaban de su espíritu, fruto de tantos ideales muertos en el combate de la vida, y aparecían en su mente ideas fuertes y dominadoras. Se sentía empujado á escribir todo lo que sus ojos habían visto, sin atender á otra cosa que á la corriente de su emoción, que la sentía inagotable, como si se hubieran distendido las cuerdas de su orgullo y enmudecido las bocas

de sus enemigos. Las principales escenas de su vida pasaban fulgurantes por delante de sus ojos espirituales, ávidos, como si contemplaran un ensueño: recordaba con amargura los golpes que el mundo le había propinado, y la vida se lé aparecía como un gran personaje lleno de burla y de maldad. Unas veces sonreía, y otras tomaba su rostro una expresión dolorosa. Deliraba su alma: el personaje enloquecido y de triste figura, apareció en su imaginación ardorosa. ¿Qué de raro había en tenerse él y tener á su héroe, por uno mismo? La diferencia consistía en una superioridad de parte de D. Quijote: conservar, gracias á la razón perdida, puros y altos los ideales caballerescos, ni debilitados por el entendimiento, ni manchados por la malicia de los hombres. Y así nacía en el espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra, como una inmensa flor del corazón, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de su alma fuerte.

MIGUEL A. VELÁZQUEZ.

ÁLMAS QUE PASAN, ULTIMAS PROSAS DE AMADO NERVO.—Editado por la Tipografía de Archivos y Bibliotecas de Madrid, acaba de llegar á nuestras manos este nuevo libro de Nervo, el cual contiene una colección de cuentos y prosas, la mayor parte conocidos ya de nosotros por haberse publicado en la «Revista Moderna» y «El Mundo Ilustrado,» pero que, no obstante, se vuelven á leer con sumo agrado.

Si como poeta, Nervo es un excelso poeta, y como prosador, nuestro mejor *nouvelliste,* en aquel tríptico: *Otras vidas,* que contiene *Pascual Aguilera, El Bachiller* y *El Donador de Almas,* como *conteur,* le va á la zaga al Duque Job; y si no lo supera en delicadeza, sí tal vez le gana en cultura y corrección.

¡Bella prosa esta del autor del *Exodo y las flores del camino;* fluida, fresca y cristalina, como agua que corre, y revestida de un estilo más bello todavía, mezcla de francesismo y academismo castellano! Porque Nervo tiene un estilo: sabedlo. Y si no, leed *Lía y Raquel, Los dos claveles* y el *Final de un idilio,* los cuentos, á mi ver, más hermosos de la colección.

Pongo en segundo término *La última guerra,* una «humorada seria» escrita bajo la influencia de Wells; *Las Casas,* un hecho espírita muy curioso, y *Un cuento,* un cuento de veras de una gracia encantadora.

Las doce piezas del libro, forman un conjunto que se saborea con deleite.

Ah!....y trae en la carátula un dibujo original de Julio Ruelas, que es toda una exégesis gráfica del título: *almas que pasan.....*

***

HOMENAJE, DE LA «REVISTA DE OCCIDENTE,» DE GUADALAJARA (JALISCO) Á JOSÉ ORTIZ VIDALES, Y CANTOS ÚLTIMOS DE ÉSTE.—Contiene el tomito, en 12.°, versos y prosas de Manuel Carpio, Rafael Miranda, Federico Carlos Kegel, José B. Velasco, Benjamín Padilla, Pedro Gómez Ruesga, Juan B. Villaseñor y Manuel E. Acosta, consagrados á la memoria del poeta moreliano Ortiz Vidales, muerto ha un año en plena juventud, y diez y ocho composiciones poéticas del mismo.

Una grata permanencia de tres años en Guadalajara, entre aquella juventud fogosa y llena de nuevos ideales, me hizo conocer y tratar íntimamente á José Ortiz Vidales. Aún recuerdo que fuí yo, quien, á su arribo de Morelia *en busca de n[illegible]plios horizontes,* lo introduje á la vida intelectual de aquel centro, lo relacioné co[illegible] poetas, periodistas y pintores, y le publiqué en «El Monitor Occ[illegible]tal» los primeros versos.

También es cierto que fuí yo el primero á quien él [illegible]
una tarde, *de motu proprio* se presentó en la redac[illegible]
con una adorable sencillez: «Soy fulano de tal; de Morelia.
cuerda Ud.? Vengo á radicarme á Guadalajara y deseo conocer a los que escriben.»

De allí á poco fué conocido de todo mundo; á todo mundo simpatizó, y con los que le tratábamos más de cerca, estableció luego el fraternal tuteo de la más franca camadería.

Así se explica que su muerte haya causado tan grande consternación en la Capital de Jalisco, y que tanto entonces, como ahora que cumple su primer aniversario, se le rinda un homenaje de admiración y cariño.

«Poeta fogoso de aliento y de ternuras —dice Mariano L. Schiaffino en las palabras que á manera de preámbulo pone á los *Cantos últimos* de Ortiz Vidales— fué una hermosa promesa para el brillo de las letras mexicanas.

«Poeta del amor, de la libertad, esos sublimes sentimientos se mezclaban en su plectro, como se unen el blanco y el rojo en la corola de la flor.

«Descuidado de la forma, espontáneo, brillante y atrevido en la idea, sus producciones con la aspereza, á veces, de esas toscas conchas que el buzo arranca á las profundidades submarinas, contienen, como ellas, ricas perlas de afinado oriente.

«En Ortiz Vidales, la pompa de jabón, al estallar, no perdió reflejos, sus luces y cambiantes, confundidos en el incoloro ambiente. Iridiscencias y colores, luces, cambiantes y reflejos cristalizaron en diamantes cuyo centelio deslumbra y fascina.»

***

CELAJES, VERSOS DE JESÚS ROMERO FLORES.—El autor de este pequeño libro es un adolescente. No sigue un rumbo fijo, ni es tiempo todavía de que lo tome. Tiene mucho de todos y casi nada de «él:»

[illegible]torio á lo Chocano (¡basta ya de discursos en verso! diría [illegible]no) [illegible]es socialista á lo Vargas Vila y bucólico á lo Pagaza. [illegible]supuesto, deficientemente; con la cursilería propia del que imita, y del que imita á los malos maestros.

No obstante, en Romero Flores hay material para un poeta, y con el tiempo y el estudio hará bastante.

¡Vaya si que hará!

***

LA SIEGA, NOVELA DE RAFAEL CENICEROS Y VILLARREAL.—«En tiempos fué el vivir cosa fácil, y el novelar, arte de bien urdidas complicaciones,» dice un hablista español.

El vivir será ahora cosa muy difícil, pero el novelar lo es más aún, como consecuencia de ese mismo vivir tan complicado.

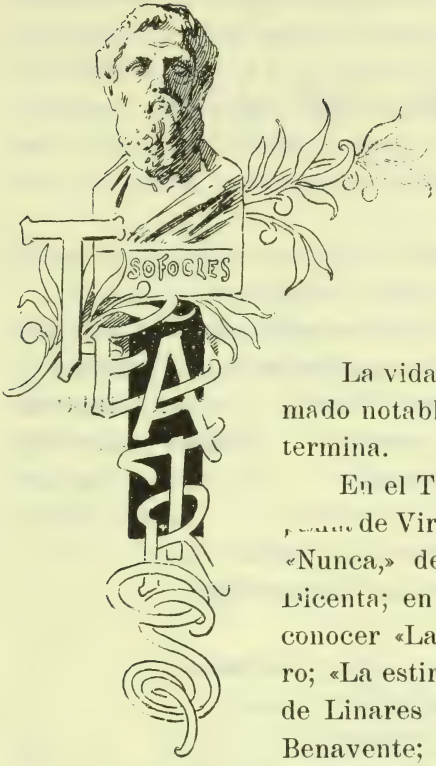
Ceniceros y Villarreal, sin llegar á hacer una obra de pura fic-

ción, á la manera de Dumas, Feval ó Montepin; ni realista á la manera de Daudet, Zola ó Maupassant, nos ofrece en *La Siega* un ensayo de novela episódica digno de tomarse en cuenta.

En fácil forma narrativa y con gracia singular, presenta seres y cosas de su provincia (Zacatecas); pinta y describe con fidelidad tipos y costumbres del medio en que vive. Teje una trama sencilla que llega á interesarnos, y da á su desenlace ciertos visos de tesis en estas palabras que pone en boca de su protagonista: «He cosechado lo que sembré; llegó el tiempo de la siega y sólo hay espinas en mi alma. . . . .»

¡Que no sea este el único fruto de su imaginación con que Ceniceros y Villarreal nos regale!

LUIS CASTILLO.



La vida teatral de México se ha animado notablemente durante el mes que termina.

En el Teatro Renacimiento, la Compañía de Virginia Fábregas ha estrenado «Nunca,» de Acebal, y «Luciano,» de Dicenta; en Arbeu, Fuentes ha dado á conocer «La musa loca,» de los Quintero; «La estirpe de Júpiter,» y «El ídolo,» de Linares Astray; «El automóvil,» de Benavente; «Levantar la tienda,» del autor yucateco Delio Moreno Cantón, y «Nunca,» de Acebal, coincidiendo con la Fábregas en este último estreno.

La obra de Acebal, que puede calificarse como el mejor éxito del mes, revela en el autor un dramaturgo de verdadero poder que, aunque novicio en el teatro, domina la técnica como un maestro. El argumento de «Nunca» es interesante, su desarrollo hábil, y presenta momentos de gran intensidad, especialmente en el tercer acto. La psicología del protagonista es un tanto cuanto discutible; por lo demás, los personajes están bien trazados, no faltando entre los secundarios caricaturas de los snobismos «Siglo XX,» y el diálogo es animado.

El «Luciano,» de Dicenta, es un drama vulgar y defectuoso, [illegible] de sus pretensiones de psicologismo y esteticismo [illegible], que se evidencian en ciertos rasgos reminiscentes de «La Gioconda,» de D'Annunzio, y «La corsa al piacere,» de Butti. El amor del protagonista y Angela, podría constituir el núcleo de un buen drama, pero el odio de la esposa á Luciano, está m[illegible] exagerado, y destruye en la obra toda verdad y belleza.

En cambio los dos dramas de Linares Astray, son de los más brillantes del novísimo teatro español.

En «El ídolo,» y en «La estirpe de Júpiter,» brilla el diálogo, de[illegible] maestría en la parte cómica, y enérgico, si bien á[illegible] algo de [illegible] los momentos dramáticos. En uno y otro, los co[illegible] pasionales son impresantes, los «casos» muy sugestiv[illegible] tica de las costumbres hábil, pero áspera. En punto á d[illegible] psi[illegible] ninguna obra española reciente ha llegado al[illegible] «La estirpe de Júpiter,» cuyo terrible atrevimie[illegible] á Henri Becque.

«El automóvil,» de Benavente, y «La m[illegible] hermanos Alvarez Quintero, son co[illegible] tante sainetesca y sin profundidad; la [illegible] tiva, llena de frases felices, y de situaciones sugestivas.

TEATRO HIDALGO

Lo único bueno que ha podido ofrecernos en esta vez la empresa de Opera «Mario Lambardi» y con lo que nos resarce un tanto del abuso del repertorio viejo y de tanto malo cantante como trae, ha sido seguramente el estreno de *Germania*, esa ópera escrita para el concurso de óperas que constituyó el [illegible] de la gran temporada lírica en Milán, en 19[illegible]

He[illegible] sa[illegible] verdad, es esta que ha producido Fran[illegible] al consorcio con el reputado libretista Luigi [illegible]

[illegible]te, no puede darse asunto más dramático, [illegible], al mismo tiempo, más musicable. Su «ambiente [illegible] *Andrea Chenier*, de Giordano, y el episodio [illegible] en ella, le da una honda intensidad que se mantiene igual desde la primera hasta la última escena.

Musicalmente, con todo y que Franchetti, sin dejar de ser melodista, como buen italiano, revelándose, al mismo tiempo, un potente armonista, no es ni con mucho una obra de la potencia de la *Manon* de Massenet, de la *Bohemia* de Puccini, de la *Cavalleria* de Mascagni, y de *Payasos* de Leoncavallo, como se ha pretendido.

Está escrita con vigor, con una técnica sabia; su autor es, no cabe duda, un contrapuntista y un instrumentista de fuerza, pero con todo y eso creemos que no ha logrado dar, como

sus jóvenes predecesores, la nota que lo acerque al ideal perseguido en la lírica moderna. Le ha faltado un poco. Tal vez tenga culpa de ello el asunto del libreto, un tanto extraño á las tendencias naturales de la escuela italiana.

Tiene *Germania* un primer acto de una agreste belleza que encanta. El segundo es bastante inspirado. El tercero nos parece inferior á los dos anteriores, y en cambio, el cuarto es de grandísimos alientos, de una potencia suprema.

Podría decirse que el acto cuarto *es la obra.*

En cuanto al desempeño, no pudo haber sido más malo. Salvo la orquesta, que rayó á gran altura bajo la dirección del maestro Guerrieri, y excepto las masas corales, notablemente afinadas y disciplinadas, el resto de los intérpretes, verdaderas ruinas, no han cantado la obra, *han hecho* que la cantaban. Lo que, á decir verdad, ha impedido que el público la aprecie en toda su belleza.

A NUESTROS SUBSCRIPTORES

Causas ajenas á nuestra voluntad é inherentes á toda publicación que empieza, han hecho que *Savia Moderna* esté saliendo con un retrazo considerable desde su primer número.

Debemos advertir que pronto se subsanará este mal, y que, cualesquiera que sean los obstáculos materiales con que tropecemos para la puntual aparición de la *Revista*, no por eso dejará de publicarse ésta. Antes, al contrario, garantizamos su supervivencia y su constante mejoramiento artístico y literario.

Sirva esta nota de aclaración á algunos descontentadizos ó desconfiados.

SAVIA MODERNA

DIRECTORES:

ALFONSO CRAVIOTO Y LUIS CASTILLO

JEFE DE REDACCIÓN: ROBERTO ARGÜELLES BRNGAS.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MARÍA SIERRA.

REDACTORES:

AMADOR Severo.
BERMEJO Manuel M.
CABRERA Rafael.
CARPIO Manuel.
CASO Antonio.
COLÍN Eduardo.
DÁVALOS Marcelino.
DELGADO Juan B.
ELIZONDO José F.
FACHA José M.
GAMBOA José J.
GARCÍA NARANJO Nemesio.
GÓMEZ ROBELO Ricardo.
HERRERA Alberto.
HENRIQUEZ UREÑA Pedro.
LÓPEZ Rafael.
MORENO CANTÓN Delio.
NERVO Rodolfo.
PALACIOS Juan.
PARRA Manuel de la.
POMAR José.
REYES Alfonso.
ROSADO VEGA Luis.
ROSS Daniel.
SALAZAR Abel C.
SYMONDS Guillermo E.
VALENZUELA Emilio.
VALENTI Rubén.
VELASCO José B.
VELÁZQUEZ Miguel A.
VILLALPANDO Jesús.
ZÁRATE RUIZ Francisco.
ZÁRRAGA Angel.
ZEPEDA WINKFIELD Alfonso.

ARTISTAS:

ARELLANO Juan de Dios.
ARGÜELLES BRINGAS Gonzalo.
CORIA Benjamín.
ELIZALDE Fernando.
ENCISO Jorge.
GARCÍA NÚÑEZ Armando.
GARDUÑO Alberto.
GARDUÑO Antonio.
GÓMEZ Antonio.
HERRÁN Saturnino.
LILLO Rafael.
LLOP Francisco.
MARTÍNEZ CARRIÓN Jesús.
MONTENEGRO Roberto.
ORTEGA Sóstenes.
PONCE DE LEÓN Rafael.
RIVERA Diego.
RODRÍGUEZ Federico.
RONDERO Juan N.
RUIZ José.
SALDIVAR Carlos.
SIERRA Ricardo.
TORRE Francisco de la.
ZÁRATE Gabino.
ZUBIETA Francisco.

FOTÓGRAFOS:

José M. LUPERCIO, KAMPFNER Y CASASOLA.

Administrador, Evaristo Guillén.

LA PALESTINA

ES LA PRIMERA CASA DE LA REPÚBLICA

EN EFECTOS ARTISTICOS DE PELETERIA Y HERRAJES.

JUAN R. ORTIZ.

Enorme surtido de Sillas de montar, Espuelas, Frenos, Petacas, etc.

Todo el material es de primera calidad y los precios tan cómodos que no admiten competencia.

Imp. Escalante.—San Andrés, 69.

TOMO I. MEXICO, JUNIO DE 1906. NUM. 4.

Registrado como artículo de 2ª clase el 2 de Abril de 1906.

SUMARIO.

TRABAJOS	AUTORES	Págs
Sensaciones de viaje:	Alfonso Cravioto	201
Desde á bordo (poesía)	,, ,,	201
La Coruña.	,, ,,	202
La primera nota de Francia.	,, ,,	206
Luis Urbina	Eduardo Colín	209
Æternum vale (poesía)	Manuel de la Parra	213
Alma latina.	José María Sierra	215
Fuga (poesía)	Roberto Argüelles Bringas	219
Crónica.—Notas sobre pintura	Angel Zárraga	223
¿Venganza? ¡Olvido! (poesía)	Manuel S. Pichardo	229
La Exposición Goitia en Barcelona	La Redacción.	230
El poeta Valenzuela	,,	234
Deslumbramiento poesía)	José B Velasco	235
La cantadora de alegrías.	Jesús Villalpando	236
Presentimiento (poesía)	Luis Castillo	238
Whistler y Rodin	Max Henríquez Ureña	240
La Reina de España	La Redacción	250
Un oficio interesante	,,	251
Teatros, Conciertos, Opera	Pedro Henríquez Ureña	252
Los que se van	La Redacción	259
Bibliografía.	,,	260

GRABADOS.

TRABAJOS.	AUTORES.	Págs.
Luis G. Urbina.	Fotografía	208
Cabeza de Estudio	Fot. Lupercio.	214
Alma latina, ilustración.	Francisco de la Torre	215
Diego Rivera en su estudio, carbón.	,, ,, ,, ,,	222
Jesús E. Valenzuela	Fotografía	234
Whistler afabilis, dibujo	Mortimer Mempes.	241
El herrero, cuadro	J. Mac Neill Whistler	242
Retrato de Mallarmé.	,, ,, ,,	243
La agonía, estatua.	Auguste Rodín	245
El pensador, estatua	,, ,,	246
¡A las armas! escultura	,, ,,	248
La reina de España.	Fotografía	250
Srita. Ana María Charles	,,	255

Savia Moderna aparecerá mensualmente. Se vende en las siguientes Librerías, que hemos elegido por ser las más acreditadas en la Capital:

Viuda de Ch. Bouret: 1ª del 5 de Mayo 14.—Maurice Guillot: San José el Real 2.—Librería Madrileña: Esquina de la 3ª del 5 de Mayo y Callejón de Sta. Clara.—Joaquín Canales: 3ª del 5 de Mayo 17.—Andrés Botas: Vergara 18.—Maucci Hermanos: Esquina de Santa Teresa y 1ª del Reloj.—Ramón Araluce: Callejón de Sta. Inés 5, y en nuestras Oficinas: **4ª Avenida del 5 de Mayo número 88, Despacho núm. 32.**

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado Postal núm. 5 bis, México, D. F.

Por haber quedado ya definitivamente instalados nuestros Talleres, hemos resuelto bajar el precio de suscripción á nuestra Revista, quedando ahora como sigue:

PRECIOS DE ABONO

En la Capital:

Trimestre adelantado, subscripción á domicilio	$ 1 50
Números sueltos	0 50

En los Estados:

Semestre adelantado	3 00
Números sueltos	0 75

En el Extranjero:

Un año adelantado	plata 9 00

Para todo lo relativo á asuntos de administración, dirigirse á Evaristo Guillén, Apartado Postal núm. 5, bis, México, D. F.

México, Junio de 1906.

La Fotografía

más artística de la República

ES LA DE

José Maria Lupercio

GUADALAJARA, JAL.

Señoras y Señoritas

La conservación y embellecimiento de vuestro cutis lo obtendreis usando

LA KALODERMINA IMPERIAL,

CREMA BORATADA.

Esta preparación, compuesta de substancias higiénicas y medicinales, constituye el último producto de la ciencia moderna. Basta usarla una vez para no volver a usar otra. En Droguerias, Boticas y Perfumerias. J. M. Castillo. Mexico D. F.

Sierra y Fernández

Electricistas Titulados
Ortega Nº 11 A —México, D. F.

Hacen toda clase de instalaciones eléctricas y de maquinaria dentro y fuera de la Capital.

PRECIOS SUMAMENTE MODICOS.

REFERENCIAS AUTORIZADAS:

Sr. Lic. D. Justo Sierra, Ministro de Instrucción Púbbica y Bellas Artes.

Sr. Ing. D. Gonzalo Garita, Director de la Escuela N. de Artes y Oficios para hombres.

Sr. D. Alberto Cárdenas, Profesor de Electricidad.

Sr. Ing. René Jonnart, Representante de la 'Société de l'éclairage électrique,'' París.

Sr. Lic. Heliodoro Arroyo, Notario Público y del Banco Internacional é Hipotecario de México.

SAVIA MODERNA

REVISTA MENSUAL DE ARTE.

Tomo I. Junio de 1906. Núm. 4.

"SENSACIONES DE VIAJE"

DESDE A BORDO

A Pepe Elizondo.

¡Qué monótona y qué triste la marina es á mis ojos!
El mar alza la fatiga de sus ondas con trabajo;
El mar tiembla entumecido, sin espuma y sin arrojos;
Triunfa el gris en agua y cielo; niebla arriba, paz abajo:
¡Que monótona y qué triste la marina es á mis ojos!

El Océano ya chochea; el Océano está muy viejo;
Desmayado se desliza; no rebrama, tosiquea;
¡Tiene ya tantas arrugas que no frunce el entrecejo!
¡Pobre Océano, pobre viejo que de viejo ya chochea!

Lo adivino fauno añoso que enamora á nuestra nave:
Ocultar quiere sus canas y por eso no espumea;
Sus rugosas marejadas de sus años dan la clave
Y él, taimado, las disfraza con su paz. ¡Que nadie vea
Que es tan viejo! .... Mas la nave, desde ha tiempo ya lo sabe
Y bosteza esquivamente por su doble chimenea!

El insiste: allá, en el fondo, tiene imperios de corales;
Primaveras portentosas que producen raras flores;
Mil exóticos palacios hechos de algas y cristales;
Y sirenas odaliscas y delfines trovadores
Que ahí ostentan sus hechizos legendarios y triunfales!

Y vacila nuestra nave -¿Qué mujer resiste al oro?
Se estremece, cabecea, ya va á hundirse en el pecado! .....
Y las hélices impiden oportunas tal desdoro:
La fascinan, la arrebatan, y ella el mar deja surcado
Por estela temblorosa, cual por un trémulo lloro .....

¡Qué monótona y qué triste la marina es á mis ojos!
El mar alza la fatiga de sus ondas con trabajo;
El mar tiembla entumecido, sin espuma y sin arrojos;
Triunfa el gris en agua y cielo; niebla arriba, paz abajo;
¡Qué monótona y qué triste la marina es á mis ojos! .....

En "La Navarre," el 24 de Mayo de 1906.

I

LA CORUÑA

Doce días fatigosos, lentos, inacabables. Doce días de bruma en que mi modorra de navegante perezoso se arrastra sobre cubierta, trastabilla en las escaleras, heroíza en el comedor y se echa en el camarote. Un bostezo de mi vida, que dura lo que doce revoluciones del planeta. Esto ha sido mi travesía de la Habana al Viejo Continente.

Por fin, en medio de una noche inusitada en que los astros apuñalean la niebla y el cielo extiende su vaga transparencia de pupila, Finisterre, compadecido de nosotros, nos alarga su brazo de gigante. Allá, á lo lejos, entre las sombras y entre las olas, el faro resplandece, deslumbra y cintila! ¡Es Europa!—¿comprendéis mi emoción?—Europa que nos ha visto, que nos ve, que nos llama con el parpadeo significativo de su centinela esplendoroso. ¡Europa, que es luz, á mí se manifiesta con un faro! ¡Bello símbolo y bello presagio! .....

La "sirena" muge brava, ronca y tenaz. En el buque trepida la maniobra. En el agua chapotean remos y se agitan falúas y remolcadores. ¡Hemos llegado á la Coruña!

Un sol de cuatro de la mañana, un sol que madruga mucho por enseñarnos pronto su tierruca, perfila ante nosotros los últimos escalones del Cantábrico y el contorno irregular del puerto.

Tenemos siete horas para visitar la ciudad: el vapor zarpará á las once. Y todos nos precipitamos ansiosos en faluchos y barquillas, en medio de una verdadera balumba de médicos, aduaneros y mercaderes que trafican con cerezas, postales y obscenidades pueriles y tipografiadas.

Mis ojos que vagan tropiezan al acaso con el nombre de mi barca: es "La Ventura". ¡La Ventura me conduce por primera vez á tierra de Europa! ..... ¡La Ventura! ¡El faro!..... ¡Caramba! ¿me volveré supersticioso?

Luego, el desembarque. El tiempo que me apresura y la ciudad que me atrae. Mis músculos ávidos que se ejercitan de prisa. Mis ojos que fatigados de marinas se hartan de paisajes urbanos, mi fantasía que se desentume y revolotea. Cuadros de intenso color regional. Templos, monumentos, paseos. La tumba de Moore. El lugar en que María Pita —Juana de Arco gallega—dió muerte al Gral. Drake. Mi encuentro con un gaitero ciego que arranca de su instrumento melancolías que me impregnan:

"Cuando la gaita gallega
El pobre gaitero toca,
No sé lo que me sucede
Que el llanto á mis ojos brota."

Un pilluelo desarrapado y bello—¡el más bello muchacho que yo he visto,—que invoca con lenguaje vivaz, "una perrina". Mi entrevista rápida con varios literatos. Y después el vapor que nos reclama. Las

anclas que ascienden. Rechinar de cadenas. Trepidar de hélices. Coruña que se distancia. Y estamos nuevamente en alta mar.....

Ya en cubierta, trato de ordenar mis impresiones, de regular mi kaleidoscopio, y un caballerete con cierto barniz de Kant y mucho de can, arremete contra mis sinceridades. Trata de acuchillar mis optimismos que por ser en mí tan raros más los quiero. Y se propone resucitar viejos desmanes contra la ciudad que dejamos. La calumnia, la injuria, la befa. A esa ciudad que no puede rectificar falsedades ni vengar agravios, porque ya está muy lejos. A esa ciudad que es *mía en mí* porque me ha hecho sentir hondamente y porque creo haberla comprendido. Y el guirigay del importuno me exaspera, me satura de indignación y me hiperestesia de ira.

Odio á los detractores del primer puerto europeo que refugia mis ensueños. La Coruña es bella á pesar de los burgueses de la estética. Maldición para estos caballeros que sólo admiran las ciudades señoronas, enjoyadas, en plenitud de pesetas, con chirimbolos y afeites. ¡Como si los pobres, con ser pobres, no tuvieran también mucho de bello!

La Coruña es una pecadora gallega que habita entre el océano y la montaña. No le pidáis lo imposible. No se prende su pañolito de rocas, con edificios notables, porque estos broches son caros y ella es pobre. Pero ved el ramo de flores que ha puesto sobre su corazón: un jardín coquetuelo y bien cuidado. Aquí no hay iridaciones de diamantes, cierto, pero hay policromías de corolas, y decidme ¿no vale esto como lo otro?

Devotamente ha escrito en uno de sus conventos: "El placer de morir sin pena vale la pena de vivir sin placer". Esta piadosa austeridad explica la fealdad de sus teatros.

La pobre trabaja mucho, mucho. ¡Si hasta amenaza volverse tísica! ¿No oís cómo tose huecamente por sus campanarios cuando la brisa azota? Trabaja, trabaja, por eso suda humedades que tanto le reprochan; por eso ni tiempo tiene de lavarse! Que triunfe la idea social y ya veréis entonces. Que le concedan ocho horas de trabajo. ¡Señor, que se las concedan! Y no más trascenderá á marisco, ni cuajará en sus brazos el salitre, ni criará telarañas en sus cornisas!

Su amor á la limpieza lo revela en el aspecto de sus hijos. Observad qué bien los cuida. ¡Lo limpiecitos que los tiene y lo robustos que son!

Allá pasa una "nena" de entrapajada cabeza y de "zuecos" claqueteantes. Mirad su vestido, albea. Mirad su cara, resplandece. ¡Josú,

lo bonita que es, lo frescota que está y las ganas que dan de darle un beso! Y ahora oíd á la mozica en *foliadas* y *fiandones*, componiendo é improvisando coplas y cantares, poemitas de gracia y de sentimiento! Verdad, señores míos, que tiene razón Carré Aldao y que "el alma de la gallega expresa como poeta lo que siente como mujer"?

He aquí un gaitero bonachón y sencillo. Por tener "ideas" dicen que no tiene idea alguna. Así es la política. El es inteligente y sensitivo y tierno. "¿Poetas? Somol-o todol-os gallegos, pero uns millores que outros" ha dicho justamente Bernardo Rodríguez.

El gallego ama poco al castellano ¡como que lo hace pensar en una lengua y expresarse en otra! y en este desafecto está el "busilis" de la ignominia intelectual que sobre Galicia pesa. Entre esta y Castilla media la gramática de la Academia ¡todo un abismo!

¡Premita Dios, castellanos,
Castellanos que aborrezco,
Qu'antes os gallegos morran
Qu'ir á pediroos sustento!

—

Por eso se siente más cerca de Portugal

Onde voan os mesmos paxariños,
As mesmas frores bordan os camiños
E son uns mesmos: pobos é ideal.

Murguía, el historiador, ha escrito: "Ciego será quien no vea que Galicia aspira á su completa redención." Esta reacción contra el absolutismo lingüístico se opera también en Vizcaya y Cataluña. Es claro: la fraternidad tiene que entrar también por las orejas en frases entendibles. Más que en la bondad creo en el lenguaje como vehículo de fraternización. Mr. Robert Grant, un distinguido capitán británico, y yo, hemos intimado merced á un cambio de inglés por español y á la inversa. El esperanto perfeccionándose nos hará cosmopolitas. Si Cristo en vez de predicar el amor, inventa el Volapuk, obtiene un éxito de verdad..... y de librería. Y si para creerme necesitáis que os empeñe mi palabra, ahí la teneís y empeñada queda .....

Y así es como el pensamiento de Galicia, tiranizado por el habla castellana, ha buscado alianzas exteriores; ha invocado la ayuda de lusitanos y provenzales, y ha acabado por volverse republicano en todo.

¡Galicia deja ver, por sobre el pañolito que envuelve su cabeza, el carmín vivaz del gorro de la Frigia! Con lo que resueltamente me simpatizan estos gallegos; estos gallegos sanos, bonachones, sencillos, que han producido á Rosalía de Castro, á la Pardo Bazán, á Curros Enríquez, á Cecilio Pla, á Murguía, á Carré Aldao y á tantos otros de los que ya me ocuparé más tarde.

Y por ahora, señores imputadores, respetad á la Coruña. Dejadla como es: trabajadora, hospitalaria, buena. Y no la deturpéis, que su corazón es sensible, y por vuestras maldades sollozan tristemente sus gaitas y vibran con ronca desesperación sus tamboriles .....

En "La Navarre," el 26 de Mayo de 1906.

II

LA PRIMERA NOTA DE FRANCIA

Esta tarde me he reconciliado justamente con su Majestad el Mar y con su Alteza el Cielo.

Perdono y olvido sus doce días de grises faltas de educación y de punzantes injurias climatéricas. Me han comprado con oro; vesperal, pero al fin oro.

¡Me han comprado!..... ¡La carne es triste!

Un crepúsculo inverosímil de belleza, portentoso de matices, me pasma, me sobrecoge, me arroba! Mi alma virgen á estas emociones inmensas vive en unos instantes muchas vidas de admiración.

Un ocaso todopoderoso y riquísimo, un ocaso archimillonario de colores, desborda ante mis ojos fijos de encanto, su cofre taumaturgo.

El mar y el cielo se han juntado en kaleidoscopio maravilloso. Esto es un apoteosis de la luz. De la luz que soberanamente magnifica sus perspectivas y diafaniza sus efectos. De la luz que con exquisitez suprema enciende milagros de color y derrocha prodigios de conjunto.

Mis pupilas encuentran todas las tonalidades en esta fascinadora sucesión de paisajes vesperales.

Cascadas de granates incendiados. Torrentes de carbunclos que sangran. Cataratas de diamantes que quiebran sus iris entre rocas de nubes. Ríos de perlas. Arroyos de turquesas. Lagos de esmeraldas. Topacios. Opalos ..... ¡El crepúsculo es rico, muy rico! Verdad, hermano Ponce?

Y el kaleidoscopio gira á cada segundo. El mar, incomprensiblemente tranquilo, es un "muaré" de combinaciones infinitas. Ondas y no olas tremulan, cabrillean de emoción al recibir los besos celestiales. Y la reverberación es, á mis ojos, apretada rúbrica de oro; cauda de una sirena grandiosa que se ha erguido hasta el cielo, donde encuentro sus escamas en las nubes, ó estela triunfal y resplandeciente de la góndola del ensueño, que ha pasado por el mar rumbo al espacio!

Cerca de la borda, las aguas, agitadas por nuestra marcha, reciben brochazos fugaces. Se pavonan de oro, de sangre y de añil, girando en elipses y en parábolas elásticas. Las curvas se extienden, se dislocan, se quiebran y se apagan. Y los colores se amplían, se esfuman y tiemblan como los iris de una pompa de jabón que se hiciera plana y cayera en el océano. Son quizá los ojos absurdos de los monstruos de la Atlántida que se asoman á ver la maravilla!

Y después el prodigio, el verdadero prodigio! Las nubes concentran un macizo sobre el sol y largas se extienden á los lados. La luz da sus últimas pinceladas. Y ante mí, ante Ponce de León y Elizondo, mis artistas compañeros, se verifica una anunciación, una epifanía que unciosamente contemplamos. Las nubes destacan un águila enorme que parece volar sobre los caminos de una franja incandescente. ¡Es el águila francesa! Sí, la Francia misma que abre sus grandes alas aquilinas, sobre su roja Marsellesa vuelta luz y esplendiendo en el espacio! Y nos invade un regocijo de cruzados que alcanzan ya la soñada Jerusalem! .....

La sacra visión perdura clara, tenaz, viva, hasta que el sol se hunde y el águila se desvanece. Las alas se pierden y en el macizo central, ya aguzado y gris, saludo al bravo penacho de Cyrano! (Estamos en pleno Golfo de Gascuña.)

Pronto la noche, la ladrona, nos roba nuestro tesoro; y ya entre sombras, mis compañeros y yo, regamos nuestra devota oración de entusiasmo, á su Divinidad: la Belleza!

En "La Navarre," el 28 de Mayo de 1906.

ALFONSO CRAVIOTO.

LUIS G. URBINA.

LUIS URBINA.

Por fuera es un grueso y moreno muchacho de buen humor, á pesar de estar lejos de los treinta años. Ha abandonado su usual traje negro, su ancha corbata de mariposa y su antigua y larga "cabellera 1830", que ha venido á ser sustituída por corriente *casquette*, contra la que luchan algunos rizos rebeldes que, con su amplio rostro de tez obscura y su boca sensual, recuerdan un poco al viejo narrador de "Los tres Mosqueteros".

¿Cómo vive Urbina? Digámoslo de una vez: vive la vida con "esa alta tensión" que requiere la virtud poética, cierta virtud poética al menos, la del género de escritores á que él pertenece, cuya obra emana directamente de la realidad y donde la naturaleza, á través de libros y sistemas literarios, pierde muy poco de su vigor, de su frescura y de su honda enseñanza. Urbina no es un espíritu que proceda de los infolios empolvados de las bibliotecas, no es un alejandrino, no está atormentado por esotéricas sabidurías, ni persigue nuevos estremecimientos y flores extrañas en artificiales paraísos y jardines de histeria.

Vive la vida por sí mismo, "crée y crea" (este es el epígrafe de su último libro), ama, sufre, goza y trabaja, casi siempre con intensidad; nunca ha subido á la torre de marfil, sino que ha caminado por plazas y calles perseguido por penas y apetitos, y ha caído alguna vez al lado

de todos los vencidos por el desaliento. Su espíritu ha aleteado á ras de la vida, en la libertad del aire y de la luz, como inquieta y ávida mariposa, á veces rotas las alas, á veces espolvoreadas por el oro de la ilusión.

No desprecia lo que el Evangelio llama las mezquinas preocupaciones de los hombres, la vida que lo rodea, el asunto del día, acontecimiento político ó social, que vuelca en su *causerie* de la semana, porque, desde luego debemos decirlo, Urbina es un delicioso cronista.

Lo veréis en la calle, en la redacción, en el teatro, viviendo la vida de la ciudad, auscultando el loco y complicado funcionamiento de este organismo en que se mueve tan bien su alma errante y sentimental de bohemio, hecha de frenesí y de melancolía como la de su llorado hermano mayor, hermano por el Arte y por la tristeza, el exquisito Gutiérrez Nájera.

Y si os dirigís á Urbina os hablará llana y jovialmente, á menudo con sano y feliz humorismo, con sinceridad que llega alguna vez hasta la confidencia; estaréis á gusto á su lado, entre un grupo de artistas jóvenes y viejos amigos de corazón que siempre lo acompaña, en el ambiente de simpatía que ha sabido crearse, semejante á esa especie de dulce fluído que emana de su obra. Y si lo conocéis en la intimidad, pensaréis sin gran esfuerzo, sin doctrinar de ética, sin grandes efusiones tampoco, pero con una convicción que brota ingenua y sencillamente:

—¡Qué bueno es! .....

***

Y ese mismo sentimiento despiertan sus versos, mezclado con cierta emoción de tristeza y de encantadora y sensual languidez.

Esos tres elementos: la bondad de espíritu, la amargura (sin que ésta llegue á la desesperación, de tal modo que en los versos de Urbina siempre parece que el dolor comienza á entrar en la región de la resignación y del recuerdo) y algo así como una suave y penetrante sensualidad, forman la índole de este escritor que no clasifico de modernista ni de romántico, como muchos han hecho con fines distintos de la independencia y la sinceridad de la crítica. No desprecio las escuelas en arte, necesarias para los estudios de carácter histórico ó sociológico, pero de escasa importancia, como toda artificial aglomeración ó procedimiento, para apreciar aisladamente una individualidad, especialmente si se trata de literatos contemporáneos, como lo es Urbina,

en que el personalismo marca el rasgo característico entre la multiplicidad y complexidad de ideales (libertad, según unos, anarquía, según otros).

Tampoco consigno si la obra posterior del delicado poeta de "Una Juventud" es de más mérito que la anterior ó viceversa, husmear á que también se han entregado algunos, porque, siempre que la diferencia no sea sustancial, hecho que, en mi concepto, no se registra en el presente caso, corresponde esa tarea á un completo trabajo de biografía ó á cierta crónica menuda y vulgar. Lejos de mí en este apunte el deseo de emprender una labor como aquella ó la mezquina intención de hacer gacetilla literaria.

Basta descubrir lo esencial de un espíritu, en cualquier momento, en aquel en que se condensa la modalidad propia de un artista, en que se hace símbolo nacido de lo recóndito de una alma, como una espontánea y profunda revelación, y en que parece cumplirse la creencia de que hay hombres que sólo nacieron para pronunciar una palabra ó descubrir una relación en la naturaleza. Y para hacer intensa y seria crítica, sólo debemos detener nuestra atención ante este momento, una vez encontrado,—página luminosa, ritmo genial, color que cobra vida y que palpita ó piedra replegada en gesto perdurable.

He procurado ponerme en contacto con el alma buena y ardiente de Luis Urbina, siempre lírica y piadosa, enferma de amor, de algo así como una hiperestesia erótica, con la obsesión de la mujer, de las mujeres, "de la que amó ayer, de la que odiará mañana, de la que acaba de ver y de la que olvidará luego". Probé y sentí la triste poesía adolescente de "La Ultima Serenata", bandada de heridas palomas que vuelan hacia el azul del cielo; los psicologismos amargos y misericordiosos de sus "Poemas Crueles", la elegante melancolía de sus "Viejos Romanticismos", que son como una copa de antiguo y fuerte vino apurada en el rincón de un jardín crepuscular, bajo el grave encanto de la hora y del otoño.

Y en todas partes encontré el tinte común, la repetida nota sentimental, la actitud de un poeta que medita en amables escepticismos, con muelle laxitud, con hondo y sincero aunque suave desencanto. Todo esto está diluído dentro de un estilo sin audacias de factura, es cierto; sin gran aliño retórico, sin esos mágicos recursos de léxico y prosodia que manejan tan escrupulosamente muchos escritores modernos, trabajo á que se dedican con la unción y deleite de un misterioso rito oriental. Urbina, sin embargo, es amplio en su estilo, castizo, oratorio algunas veces, fluído y fácil en muchos de sus versos y de limpia

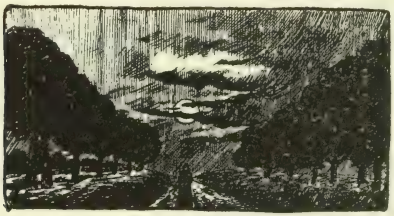
orquestación en su prosa. Ultimamente ha empleado el sistema de cortar ideológicamente ó con la acentuación la acostumbrada unidad armónica de cada verso, lo cual es en él una manera nueva de escribir que ha sido comentada de distintos modos.

Pero él sigue atendiendo más á la introspección de su espíritu y al movimiento de las demás almas que á las incesantes renovaciones del material literario y del procedimiento.

Y qué mucho que lo haga así—se ve uno tentado á exclamar—quien saca, para nuestro bien, del fondo de sí mismo, por un intenso trabajo de emoción y de sinceridad, los frutos hechos con la propia fe y esperanza, las gemas hechas con el propio llanto, los cielos y horizontes poblados por la propia ilusión.

De mí puedo decir que mi alma fría, un tanto perezosa para la generosidad y las voluptuosidades, serena de cierto filosofismo, de cierta eurítmica noción de la vida, alma seca de odios y amores, que sabe poco de reír y llorar y de toda loca pasión y frenesí, mi alma con frecuencia grave y solitaria, ha encontrado en este poeta creyente algo de esa dulce y necesaria embriaguez que nos hace reconocer á la existencia, por encima de la grosera función animal y del peso del trabajo diario que quiebra nuestras espaldas y devora nuestro cerebro, fines dignificados y exaltados por un ardiente temperamento de emotivo, que abren en esta forma impura, en esta masa turbia y gris, que afecta la vida muchas veces, en este campo duro y monótono, sendas aromadas por la imaginación y florecidas por la Belleza, amplios y misteriosos caminos para la piedad, el amor y el ensueño.

EDUARDO COLIN.



ÆTERNUM VALE!

Marchabas sola, sola. Mi soñar te seguía:
En la forma del ave de la melancolía,
no te dejaba nunca, sabiendo que eras mía.

—

Y vió cómo llegabas á los acantilados
de la costa más negra, donde crucificados
lloran eterna angustia todos nuestros pecados.

—

Vió cómo luminoso, rielando en el mar
sin fondo y sin riberas, tu sér crepuscular
cantaba con encanto: "Amar, por siempre amar!"

—

Marchabas sola; sola. Mi sueño te seguía .....
En la forma del ave de la melancolía,
no te dejaba nunca! Tu alma no lo sabía.

—

Y en el mar sin riberas y sin fondo caíste
como todo lo bello, como todo lo triste.
Y el ave de mi sueño te aleteó y la viste . .....

—

Y, hundiéndote, querías, en anhelo extrahumano,
vivir.....

Mi alma toda estaba en esa ave,
y esa ave era angustia. Y en el confín lejano
vió desaparecer en un albor suave,
en adiós sempiterno, tu dolorosa mano!

MANUEL DE LA PARRA.

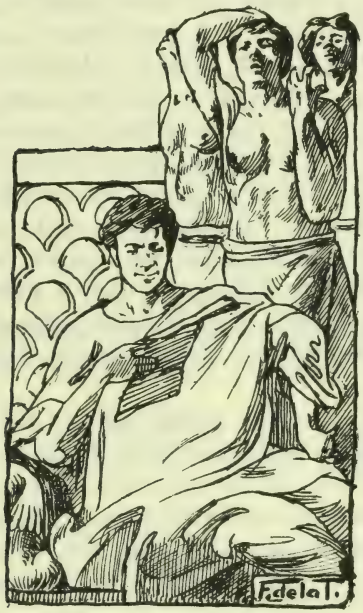
"Cabeza de Estudio".—Fotografía José M. LUPERCIO.

ARTE FOTOGRAFICO

ALMA LATINA.

(*Ilustración de Francisco de la Torre.*)

Yo no sabía si Petronio tuvo un hijo de su amante Eunice, pero mi amigo el Bachiller Francisco Pintado de Cienfuegos, mayor que fué entre grandes, máximo entre mayores, docto en sagradas letras y en manuscritos griegos, aseguraba que sí, y al asentarlo hacíalo con tal acopio de datos, tal prodigalidad de citas y tanta y tan arrobadora elocuencia, que yo, á pesar de mis escrúpulos, terminaba por creerlo.



El Bachiller pretendía tener la prueba en un pergamino que contenía escrita una conversación que el *arbiter elegantiarum* sostuvo con el poeta Séneca, en la que figuraba varias veces la palabra hijo.

Cuando me hube convencido de la verdad de lo que el docto y erudito bachiller aseveraba, me eché en busca de algo que probara de manera evidente é irrefutable la existencia del hijo de Petronio. En una de mis investigaciones tropecé con un pergamino que había permane-

cido luengos años olvidado entre un hacinamiento de polvosos manuscritos y viejas memorias, en el cual, por mi sagacidad y algo de latín que yo poseo, sospeché encontraría algo referente á Valerio, que así se llamó dicho hijo.

Decía el pergamino:

"Aquel día, al abandonar su Biblioteca, Petronio había recibido invitación de Nerón para concurrir á una orgía en la cual figurarían varias esclavas licias y algunas matronas romanas no conocidas aún en las crónicas galantes de la *Urbe*. Ofrecía Nerón cantar su *oda* compuesta últimamente en la que describía la fuga de Helena, y declamar otros versos festivo–satíricos en los que ridiculizaba las prácticas cristianas; Petronio, al leer ésto, lo primero que pensó fué prevenir su estómago contra náuseas y dolores y ensayar el modo de simular la admiración, el regocijo y la risa. Llamó en seguida á un filósofo estoico para que le enseñara el modo de sufrir con paciencia los versos de Nerón y para que escribiera un tratado—en dos tomos por lo menos—en el que se enseñara á sufrir estoicamente á los malos poetas, porque juzgó que la humanidad lo necesitaría por todos los siglos de los siglos. (Desgraciadamente ese libro no llegó á escribirse.)

Hecho esto, Petronio se dirigió al Palacio de Nerón. Al entrar al salón, un perfume voluptuoso lo hizo estremecerse. Los derroches de luz inundaban profusamente el festín, los instrumentos tocados por músicos griegos acariciaban lascivamente los oídos con sus notas; los aromas de las flores depositadas en ánforas etruscas, envolvían los sentidos en una onda de perfumes exquisitos. Petronio fué recibido con aplausos triunfales y, después, al par que departía amenamente, madrigalizó á las pantorrillas de Febea, hizo un dístico á los ojos de Eufrasia y rimó exámetros en honor de los labios de Astrea; habló largo rato sobre estética con Séneca y disertó después con Numa sobre la Belleza y la altitud del arte.

Nerón, mirándolo á través de su esmeralda, le hizo seña de que se acercase y cuando Petronio hubo llegado hasta él, el César le pidió consejo sobre el programa de una orgía en la que proyectaba ensayar nuevas y crueles voluptuosidades. Después, en medio del silencio y acompañado por su lira de oro, Nerón cantó su *oda*, por la cual, al terminar, recibió ovaciones y encomios que lo hicieron languidecer en un espasmo de vanidad y orgullo.

Repuesto Petronio de este martirio y después de elogiar irónicamente la eufonía, el buen metro y la excelente versificación de la oda del César, así como su voz, entregóse al vaivén de la orgía. Las mujeres codi-

ciábanlo por hermoso y empleaban seducciones atrayentes para conquistarlo; pero Petronio aquella noche no quiso entregarse á expansiones y deliquios amorosos, y así, púsose á discutir sobre temas históricos con un viejo griego.

La pompa orgiástica desplegada en aquel salón era verdaderamente digna de Nerón: aquí y allí se veían cálices guarnecidos de diamantes, tirados sobre el piso, *siphums* deteriorados, trípodes volcados y triclinios despedazados, y, en hermosa exhibición, los rostros y cuerpos bellos de las bacantes que, embriagadas comenzaban á languidecer espasmódicamente al influjo del vino y de caricias irresistibles. ....

Petronio había cambiado de tema en su conversación con el viejo heleno y hablaba brillantemente, elocuentemente, de amor, hablaba de amor porque su hijo amaba. El había notado que Valerio sufría los despotismos de la pasión, pero no sabía á quién amaba ..... Recordó á su hijo. Tres veces lo había visto recoger el lauro del vencedor como auriga y tres veces lo había visto poner la rodilla sobre su adversario, alcanzando, con esto, el triunfo como púgil; muchas veces había visto que las romanas le sonreían coquetamente y otras muchas había observado que los hombres lo miraban con envidia.

Y sonreía pensando en Valerio.

Cuando la alegría desbordaba torrentes de dulces sensaciones en los invitados, apareció Acto, el jefe de los esclavos de Petronio; seguíanle tres de ellos, quienes al ver á su señor comenzaron á mesarse los cabellos y á gemir sordamente.

—¡Ah! ¡Señor! ¡Ah! .....

—¡Salud, digno predilecto de los dioses, que Júpiter te dé fortaleza..... ¡Tu hijo ha muerto!

El rostro de Petronio se contrajo, sus labios temblaron, un sudor frío cubrió su cuerpo. Su semblante retrató el estado desastroso de su alma.

—¡Ah! ¡Señor! ¡Ah ..... —Gemían los esclavos. Súbitamente Petronio irguióse en su triclinio y recobrando su postura siempre bella, preguntó:

—¿Cómo ha sido? .....

—¡Ah, Señor! Murió como un héroe, él mismo abrióse las venas y subió al Olympo. Encontrámosle este pergamino.—Petronio leyó y después, trémulo, descompuesto, preguntó á Acto:

—¿Quién es Hiblea?

El jefe de la ergástula tembló por la vida de Hiblea y respondió asustado:

—Habita hacia el lado del Transtíber. Es extranjera ¿Quieres que se conduzca á tu presencia?

—¡Ah! ¡Señor! ¡Ah!—Repetían los esclavos.

—¡No!—contestó Petronio, y luego, ávido, ansioso, febril, preguntó:

—¿Sabéis si es bella?

—¡Ah, sí, la más bella de toda Roma! ¡Bellísima!

Petronio sonrió dulce y orgullosamente.....

.....

.....

.....

JOSÉ M. SIERRA.

FUGA

Un hipógrifo negro, ensangrentado,
enarcando el gran lomo en sacudida
atroz, arrojar quiere al desolado
jinete por quien va desesperado
mordiendo la vergüenza de la brida.

—

Invasión de tinieblas .....! El jinete
que clava al negro monstruo el acicate
lleva un estrago rojo en el jubete.
Su pensamiento, bajo el capacete,
se pierde en el recuerdo del combate.

—

Y quiere huír, con el horror del viento,
del campo fecundado á tanta gota
de llanto y de sudor, del sufrimiento
de no haber muerto en el fatal momento
en que rasgó su enseña la derrota.

—

Y quiere huír ..... ¿Y á dónde ..... ? Su mirada
no va adelante ..... Lo futuro muere
para él antes de la hora de llegada .....
Sufre por lo que fué ..... No espera nada .....
Todo está atrás..... Huír es lo que quiere .....

—

Y pasa en el negror como una brusca
congoja en una larga pesadilla.
Y en el negror la tempestad lo busca
con su pupila cárdena y corusca
que por instantes de coraje brilla.

—

La tempestad lo abruma á maldiciones
exclamadas á truenos ..... Y las llamas
paseando en su heredad devastaciones,
lo asedian ..... Y le tienden crispaciones
amenazantes, encendidas ramas.

—

No hay clemencia para él ..... ! De su santuario
ya no ha quedado piedra sobre piedra!
Sobre el solar se extiende un cruel sudario
de ceniza en que un buitre solitario
traza su vengador perfil que arredra.

—

No hay consuelo para él ..... Todas las flores
del jardín de sus sueños, con los rojos
rocíos y los llantos, sus corolas
rinden al limo..... Todos sus amores
llenan la destrucción con sus despojos.

—

No hay salvación para él ..... ! Y el alma entrega
á la fuerza implacable del destino .....
¡El holocausto de la hoja .....! Oh ciega
fe de la planta muerta! Oh fe que juega
con su puño brutal el torbellino ..... !

—

Y pasa en el negror ..... Y desde el seno
de la desgracia que abatió su frente
clama contra él un grito que está lleno
de infamia, como el grito hecho de cieno
en que puede romper su ira un torrente.

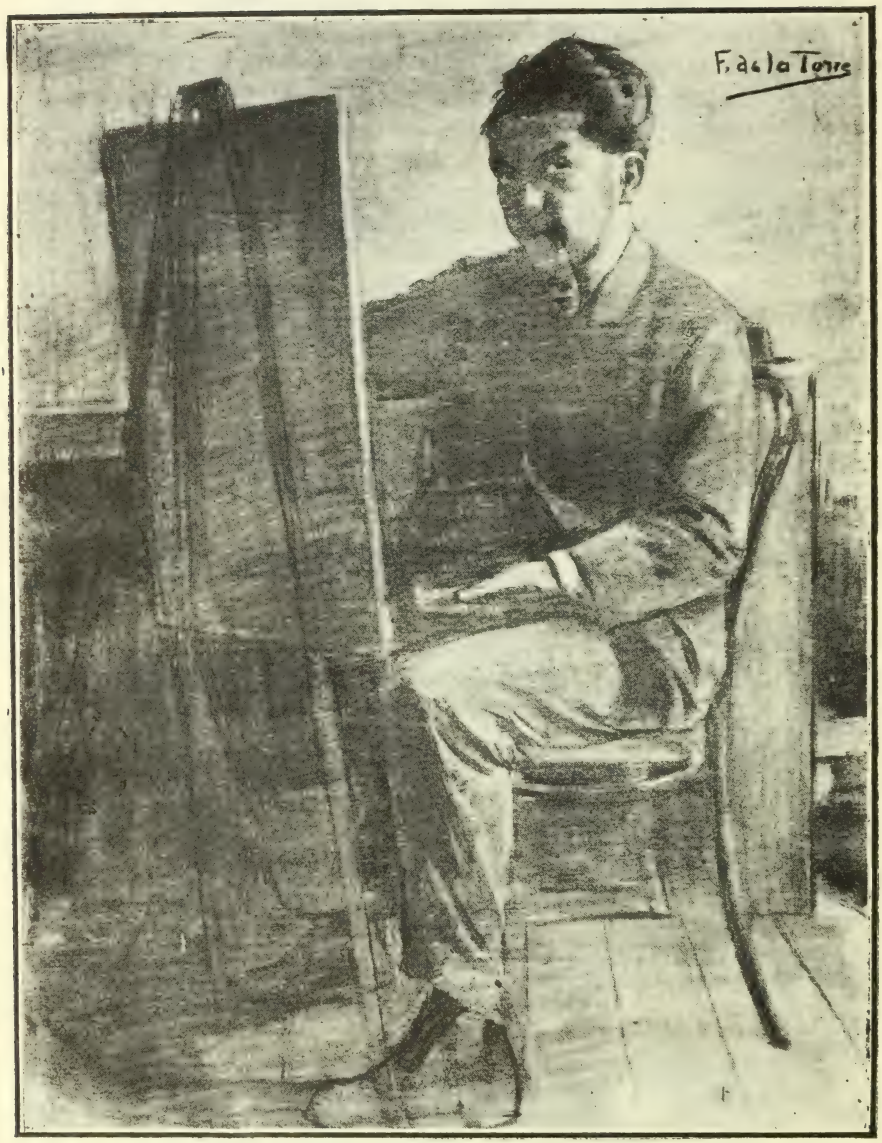
—

Y sufre en el negror furias extrañas:
las ráfagas lo azotan á su paso;
los troncos lo lapidan con las sañas
de sus astillas Y hasta las montañas
con su silencio táchanle el fracaso .....!

—

Y más oprime el lomo sacudido
del hipógrifo negro ..... Y más le hiere
con el talón. Y al monstruo enfurecido
más volar hace tras su afán de olvido ...
No espera nada ..... Huír es lo que quiere .....

ROBERTO ARGUELLES BRINGAS.



El pintor Diego Rivera en su estudio.—Carbón por Francisco de la Torre.

CRONICA

ALGUNAS NOTAS SOBRE PINTURA

A José Juan Tablada.
A Gerardo Murillo.

La actual Exposición general de Bellas Artes da origen á esta crónica. Yo te ruego, lector, que no veas en ella pedantesco espíritu de doctorar y que no des á mis palabras más alcance que el que tienen, esto es, una confesión que te hago sobre lo que creo que la pintura es.

En esta Exposición ha habido el llamado "grupo modernista", para el que se ha hecho una sala aparte. Malas lenguas dicen que para evitar el contagio que el dicho grupo modernista podría traer al grupo sano. Otros, dicen que como una muestra del respeto que el Jurado tiene á nuestra tendencia. Digo "nuestra", porque yo, por mis muchos pecados, estoy clasificado en el grupo formado con Lezcano, Regoyos, Isidro Nonell y Solana.

***

En este momento, los pintores jóvenes estamos un poco perplejos, con esa perplejidad de todos los artistas que empiezan, cuando van á hacer su examen de conciencia. Nos cuesta un gran trabajo ordenar nuestras convicciones de arte, y la inquietud de criterio artístico determina en nosotros un gran desasosiego espiritual.

En todas las exposiciones que vemos, la misma intranquilidad se

apodera de nosotros; sobre todo si la exposición es de las que se llaman *de tendencia*.

Enfrente de una tendencia que se nos presenta brillantemente, nuestros espíritus, que tienen la plasticidad de las juventudes, se preguntan: "Es cierto? Llegaremos por este camino á hacer el gran arte que hemos soñado?"

Recuerdo ahora la impresión que me produjera la exposición de *La Libre Esthétique* celebrada el año pasado en Bruselas. El programa de esta exposición era el siguiente: Dar á conocer el movimiento impresionista en los diversos países y durante estos últimos años. Y ahí, junto á las primeras armas que el impresionismo había hecho en Bélgica, estaban los continuadores de la hora reciente. Junto á los cuadros de Pantazis, á la manera de Manet, los paisajes nevados de Voggel; las aguas de ensueño, de Verdhien, y las geniales excentricidades de Ensor; el arte profundo y equilibrado de Claus, las decoraciones de Degouve de Nuncques, las notas lunares de Heymans, las mujeres de carne rosa y nácar de Horren, discípulo del glorioso Renoir, los paisajes líricos de mi maestro Toorop, notas de Childe Hassam el neoyorkino, Mir, Rusiñol y dos ó tres más.

Os confieso que mi desconcierto era grande y que al ver reunidas bajo un mismo título de impresionistas las cosas más diversas, me preguntaba por qué hay señores que tienen la manía de las clasificaciones.

Sin embargo, yo traté de encontrar el lazo invisible que reunía á aquella veintena de pintores y logré establecer lo siguiente, que más tarde confirmé en sucesivas exposiciones impresionistas. Hay, en efecto, entre los impresionistas una tendencia hacia la paleta clara; la impresión que nos hace una exposición que exclusivamente contenga estas obras, es de una luminosidad que nos habla de ventanas abiertas y de campos gloriosos de sol.

Y efectivamente, son cosas de un exquisito y genuino goce pictorial.

En algunos de los impresionistas, con el objeto de llegar á la mayor cantidad de vibración luminosa y de intensidad cromática, se ven aplicadas las doctrinas de la división pigmentaria del tono.

La objeción más grande que se ha hecho á la nueva técnica, es la de que complica el procedimiento en vez de tender á la simplificación; esto no es nunca un defecto si por medio del divisionismo llegamos á hacer un arte más grande y más hondo.

Desgraciadamente, y por la habilidad que supone la posesión de es-

ta técnica, se llega al virtuosismo y entonces el artista se torna en el artífice que pone pinceladas con una benedictina paciencia, pero que suprime de su arte esta cualidad, la más grande y tal vez la única á que un pintor debe atenerse: *la selección para encontrar lo expresivo.*

Y así yo, después de ver todas aquellas bellas cosas en las que la luz encantaba, iba á visitar á mis viejos maestros; y ante la vida de Santa Ana, pintada por Metzys con la paleta clara y con el alma llena de amor, os lo confieso, y perdonadme si no pensáis como yo, se me olvidaban los Renoir y los Degas que había visto; y junto á un paisaje de Patinir (aquel querido maestro que desde su casa de Dinaut adoraba á la Virgen y creía ingenuamente en el Diablo), pensaba que la pintura se había muerto en el siglo XVII y que no hay quien diga aún la palabra de resurrección.

Ya sé que esto indignará ó hará sonreír con desdén á los que piensan que la pintura sigue nuevos caminos; pero creedme, más nos valdría tener otro Tiziano que nos pintara á nuestras queridas muñecas de París, sus carnes viciosas y bellas, sus grandes ojos que saben de paraísos artificiales, sus trajes de una elegancia infinita, tan infinita como la elegancia del Renacimiento, que todos los buenos señores que nos pintan encarnizadamente el patio banal de nuestra casa, la iglesia de nuestra villa á todas las horas del día, bulevares en donde hormiguea la gente diminuta y ridícula como en el país de Lliputh.

Y entonces pensaba en las palabras de dos grandes maestros de estos tiempos, que fueron grandes porque supieron ver las obras de aquellos que nunca pasarán.

Hablo de Delacroix y Whistler.

Decía el maestro francés: "*La naturaleza no es más que un diccionario*". Esto es: en ella encontramos los elementos de la producción, pero es preciso proceder como el literato que valiéndose de las palabras contenidas en el diccionario y mediante un sabio trabajo de ordenación y selección llega á producir obra de arte. Y de tal modo es preciso considerar lo que directamente sobre la naturaleza se hace, que los estudios, los apuntes, etc., no son sino elementos que más tarde deben servir para realizar la obra completa y definitiva; porque el darlos como obras acabadas, equivaldría á que el literato nos diera, en vez de un libro, su cuaderno de notas.—Además es preciso convencerse de que el arte: música, poesía, pintura, escultura, nada tiene que ver directamente con la naturaleza, sino que ésta es simplemente el tema conductor sobre el cual el artista sinfoniza y harmoniza sus rimas y sus ritmos de notas, palabras, líneas y colores.

El pintor norteamericano glosa las palabras de Delacroix y dice, poco más ó menos: "*La naturaleza es como un clavicordio en el que duermen poemas divinos; pero es preciso que la mano sabia del artista despierte las notas y arregle y coordine los diversos elementos que ante él se presentan.*"

La fiebre naturalista que hoy domina en los pintores de España y tal vez en los de México, es la mitad del camino; es la documentación, es el estudio, el aprendizaje, pero no es la creación. Y á la creación hay que tender para dejar en los cuadros la visión de nuestro sueño.

Sólo en aquellos países quiméricos de Leonardo y de los venecianos; sólo en los azules paisajes de Citerea de Watteau, está lo entrevisto, el más allá de la vida, el color inefable, los mares de turquesa y los bosques de esmeralda.....

***

Mi convicción actual es *la busca de lo expresivo;* es decir, la supeditación de la línea, del color y del clarobscuro á la expresión de un estado espiritual. Creo que así procedieron los maestros que admiro con toda la fuerza de mi alma y creo que aquél que tienda, como ellos tendieron, á la eliminación del azar en la obra de arte, en la investigación ansiosa de la obra perfecta, se les parecerá; no con el parecido superficial que dan las imitaciones, sino con el que tienen las obras inspiradas por una misma concepción estética.

Esta idea de la selección en pintura es la fuerza de los antiguo maestros. "Cuéntase de Leonardo que una vez tuvo que pintar un animal espantable y lo hizo con diversos elementos que de otros animas les sacó, llegando á dar una obra que ponía espanto en cuantos la veían". El mismo maestro florentino dice esta convicción en su "Tratado de la Pintura," ¶ VII: "El pintor debe ser universal y amante de la soledad; debe considerar lo que mira y raciocinar consigo mismo *eligiendo las partes más excelentes de las cosas que ve*". El pintor tiene que decir un estado de su espíritu á quien contemple su obra y los medios de expresión son la harmonía y el ritmo que su línea, su color y su clarobscuro sigan, por lo que es preciso que llegue al dominio absoluto de los medios de su arte; es decir: *al estilo* que es la intensificación de los medios expresivos. Y el pintor habrá dado un gran paso en su arte cuando el estudio definido y abstracto del dibujo le enseñe cómo la dirección de una línea puede sugerir una idea, y cuando

tenga la convicción absoluta de que por variable que sea el efecto de los colores, cada uno de ellos tiene su carácter propio que está en relación con nuestros sentimientos. Yo creo que á nadie le es difícil convencerse por sí mismo del poder expresivo del color. Sin duda que un color tiene por sí propio menos virtud de expresión y de emoción, que cuando contrasta ó se harmoniza con otro. Sin embargo, entre el blanco que resume todos los rayos del sol y el negro que los absorbe, cada color tiene su acento propio y nos dice alegría y tranquilidad, mientras más se acerca al blanco, y se melancoliza ó se entristece al llegar al extremo obscuro.

El amarillo es el color que más directamente emana de la luz; los pueblos coloristas, como los chinos, le miran como el más bello de los colores. Es el color de los espectáculos espléndidos, de los más preciosos metales. Es espléndido en los campos de trigo y en las cabelleras rubias. Manchado de negro es la piel de los animales terribles: la pantera y el tigre, y esta oposición de oro y negro es muy común y muy amada en los pueblos violentos; las españolas divinas envuelven sus cuerpos en el prestigio de oro y negro de los pañolones de Manila.

El rojo está colocado entre la alegría de los tonos claros y la tranquilidad de los sombríos; tiene una expresión de dignidad, de magnificencia y de pompa. Es imponente y terrible en las togas judiciales, en las vestiduras cardenalicias; y en los uniformes militares, nos habla de orgullo y de expansión. Llama y provoca la mirada y afirma la voluntad.

El azul es el color que sube y baja más en la gama tonal; llega casi al blanco imperceptiblemente y se profundiza hasta los confines del negro. Place á los poetas, porque es inmaterial y celeste. Cuando es claro nos habla de pureza, de cosas etéreas, y cuando obscuro tiene la imponente melancolía de los crepúsculos.

Y así sucesivamente se podría pensar en los diversos caracteres expresivos que el color tiene por sí mismo, y del mismo modo encontraríamos que el clarobscuro posee su expresión particular. Y el día que llegáramos á la expresión pictórica de estos conceptos, estaríamos más cerca del divino Sandro ó de Leonardo el Dios, que haciendo banalidades, cabezas sucias y todas esas cosas que el arte *soi disant* realista ó naturalista nos ha traído.

Piense cada uno como quiera. La perfecta autonomía individual es la característica de nuestros tiempos; pero sobre todo esto están las grandes cosas que fueron. Sírvanos la naturaleza para documentarnos,

para poder elegir en ella los elementos que más respondan á nuestro reino interior. Procedamos como el poeta y como el músico, por una selección de ritmos y de harmonías, y llegaremos á pintar esa obra que está en todas partes y no está en ninguna. Desliguémonos, dentro de nuestro sér de hombres modernos, de esa cosa odiosa que se llama la moda y pensemos que sólo la obra de nuestro sueño es duradera. Y si al fin hemos sido torpes y nos queda la derrota, es preciso pensar que fué por realizar esa obra íntima, esa expresión única y personal del reino interior que cada hombre, por humilde que sea, lleva dentro de sí mismo.

Madrid, Mayo de 1906.

ANGEL ZARRAGA.

"LA COPA AMARGA."

¿Venganza? ¡Olvido!

(*Para "Savia Moderna."*)

Cuando pienso en mis dichas, en las mejores,
evoco sus penumbras: siempre he sentido
tósigos en la copa donde he bebido
y áspides venenosos entre mis flores.

Y cuando me atormentan con sus dolores
los injustos agravios que me ha infligido
la maldad de los hombres, enfurecido,
lucho entre mis noblezas y mis rencores.

—"¡Venganza!"—una voz grita con fiero tono;
—"¡Olvido!"—díceme otra menos airada—
"No duele ya la herida cicatrizada;

no emponzoñes la tuya con el encono,
y recuerda que mata la misma herida
si la dejas sangrando toda la vida!"

Habana, 1906.

MANUEL S. PICHARDO.

La Exposición Goitia en Barcelona.

En la imposibilidad de reproducir todos y uno por uno los juicios que acerca de la exposición de pinturas que nuestro compatriota Francisco B. y Goitia acaba de hacer en Barcelona, publica la prensa de aquella importante capital española, damos á conocer á continuación uno completo y dos fragmentos de los más importantes, los cuales, no obstante, bastan á dar una idea más ó menos completa de la personalidad de este artista adolescente y de la importancia y trascendencia de sus trabajos.

Debemos hacer notar que las obras exhibidas por Goitia ascendían al número de treinta y nueve, y que los principales periódicos que con toda oportunidad se ocuparon de la exposición fueron: "La Ilustración Artística", "La Publicidad", "La Vanguardia", "El Diario de Barcelona", "El Poble Catalá" y "La Veu de Catalunya".

He aquí los juicios á que antes hemos hecho mención:

Hace pocas semanas, el público inteligente que visita el Salón Parés de esta ciudad pudo admirar una hermosa colección de obras, en su mayor parte dibujos al carbón, de firma para casi todo el mundo desconocida. Había en aquellos dibujos una percepción tan clara de realidad, un espíritu de observación tan profundo, una ejecución tan sólida y tan vigorosa y sobre todo una poesía tan intensa, que cuantos los contemplaban veían en ellos la revelación de un verdadero artista en toda la extensión de la palabra.

Representaban los más de ellos, sitios pintorescos de la vieja Barcelona, como la plaza del Rey, la del Pino, el patio de la casa Dalmases, el del Hospital y otros muchos igualmente típicos, y en cada uno se veían reproducidos fielmente esos lugares, no sólo en sus líneas y

en sus contrastes de luz y sombra, sino además en ese ambiente poético en que los vemos y los sentimos quienes los hemos contemplado con cariño en nuestra infancia y hoy los admiramos con los ojos del alma y al través de los más dulces recuerdos. Reproducían otros maravillosamente, interiores apacibles, vistas de las afueras de esta ciudad, grandiosos paisajes del Montserrat y del Montseny y las notas llenas de color de nuestra costa levantina, y no había uno en que no se admiraran el talento y el corazón de un maestro.

Diríase que el autor de esas obras tan hondamente sentidas, era hijo de nuestra tierra, pues se concibe apenas que, de no ser así, pueda trasladarse al papel, de una manera tan sugestiva, una visión tan íntima de todas aquellas cosas; y diríase además que quien tan firme se muestra en el trazo y tanto domina el claroscuro lleva consigo un bagaje de largos estudios de mucha práctica. Y sin embargo, no es así; el autor de tan bellas obras, Francisco B. y Goitia, es mexicano, cuenta sólo diez y ocho años y no hace más de uno que reside en esta capital. Allá en su patria aprendió las primeras nociones de dibujo, copiando de lámina las distintas partes del rostro y las extremidades de la figura humana; vino aquí, y en la Escuela de Arte que dirige el profesor señor Galí perfeccionó aquellos estudios con el resultado maravilloso que se ha visto en su primera exhibición pública.

Hablando de su discípulo, á quien los críticos todos, sin excepción, han prodigado los más entusiastas elogios, nos decía el citado profesor: "Yo que he vivido en continua é íntima relación con él; yo que me he sentido hondamente emocionado siendo confidente de sus añoranzas de la patria, de sus amores por aquel cielo, para él sin igual, por aquellos campos cubiertos de césped, por aquellos montes de líneas bellísimas, por aquellos volcanes coronados de eternas nieves; yo que he recogido de sus labios en pocas palabras, sublimes por ser hijas de de un corazón candoroso, las más encantadoras descripciones de su pueblo, de aquella cristiana vida de familia y de aquella triste despedida; yo que le he consolado en sus penas y alentado en sus decaimientos, no me he extrañado de que en sus dibujos palpitara aquella emoción que ha sorprendido á los barceloneses".

"México puede estar orgulloso de su hijo, y es de esperar que, haciendo llegar hasta él la protección oficial, contribuirá á que Goitia sea en porvenir no lejano una gloria legítima de su patria."

("La Ilustración Artística".)

.....

"Raras veces hemos visto "debutar" á un joven artista en las excelentes condiciones de Goitia, pues su aparición ha despertado inmediatamente todas las simpatías. Posee el novel pintor un admirable golpe de vista y una mano firme y segura. Siente el color, aun cuando sea con sólo el blanco y negro, y reproduce, en grado superlativo, el ambiente, dando cuerpo á los objetos fundiéndose los contornos en el espacio. Comprende de un modo intenso, y es ya en ello un artista, la tristeza y vaguedad de los crepúsculos y las misteriosas penumbras de los interiores, aun más que las crudezas de la luz.

"Entre sus dibujos cuenta algunos perfectamente acabados y que dan completa idea de la realidad, á veces poetizada. Son modelos en su género, el Templo de la Sagrada Familia, el Patio de la casa Dalmases, el Patio del hospital de la Santa Cruz, un Interior, la Capilla de San Marsal, algunos valientes paisajes de Montserrat, Montseny, Blanes y la Garriga, y un estudio de crisantemas.

"Muéstrase colorista incipiente, no sin que deba atenuar todavía algunas crudezas, en las pocas impresiones al óleo que exhibe. Valientes por demás son las dos marinas de Blanes, y aunque algo negruzcas, las rosas y crisantemas contienen el germen de un pintor fuerte y original, que promete una relevante personalidad."

.....

("La Publicidad".)

.....

"La nota verdaderamente notable de este artista son las medias tintas ricamente matizadas al carbón.

"Deliciosamente presenta unas notas de penumbra con una bella imprecisión, produciendo maravilloso efecto.

"Son notables una serie de interiores á la hora crepuscular, llenos de ambiente y de carácter. El negro toma coloraciones diversas y la nebulosidad del trazo pastoso del lápiz blando, da ambiente de indecisión á la luminosidad escasa del dibujo.

"Llenos de sentimiento presenta unos paisajes del anochecer, cuando la luz verdosa de los lejanos horizontes ilumina el cielo con las últimas claridades, quedando obscura la tierra y resaltando con fosforescencias los claros de las notas reflejantes del paisaje, de las blancas paredes de las casas campestres, de las aguas estancadas.

"Un manojo de crisantemas es digno de atención por la técnica empleada, que produce muy buen efecto; siendo también de señalarse el tríptico de la Plaza del Rey, sobre papel ocre, y el Templo de la Sagrada Familia.

"Las obras de color al óleo están aún en período embrionario, pero demuestran cualidades sorprendentes en este artista, de quien debemos esperar mucho no muy tarde.

"En conjunto es notable esta manifestación artística, digna de todas alabanzas y elogios."

José María Roviralta.

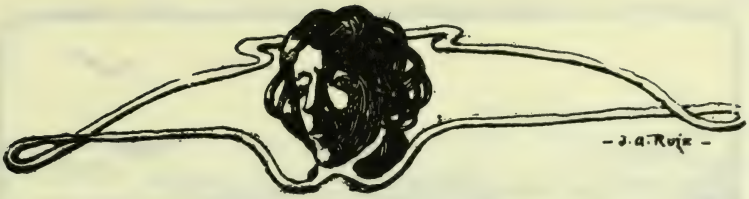
("El Poble Catalá".)

"La Ilustración Artística" publica cuatro de los mejores trabajos de Goitia: la Plaza Aribau, el Patio de la casa Damases, la Iglesia del Pino y el Patio del Hospital.

El poeta Jesús E. Valenzuela

Y SU HIJO EMILIO.

Hace algún tiempo dijimos que se hallaba gravemente enfermo el admirado y bien querido poeta Don Jesús E. Valenzuela. Hoy nos complacemos en anunciar que el distinguido director de la "Revista Moderna" ha pasado la convalecencia y se encuentra ya en un período de franco restablecimiento; y con su autorización publicamos esta fotografía en que aparece con su hijo Emilio, nuestro estimado compañero de redacción, en el salón de recibo de su casa, centro de reunión grato á los artistas jóvenes. Al mismo tiempo, tenemos el placer de anunciar la publicación del nuevo libro de poesías del Sr. Valenzuela, titulado *Lira libre*, el cual aparecerá dentro de un mes.



DESLUMBRAMIENTO

(Para una hermosa desconocida.)

Esplendieron tus ojos en las brumas medrosas
de mi noche.

Pasaste. Yo te vi. Mis quimeras
levantaron el vuelo, como al sol las radiosas
turbas blancas de cisnes.

Las punzantes y austeras
amarguras, tornaron sus espinas en rosas,
y un anhelo infinito de seguir por tus veras
florecidas, irguióse con pujanzas airosas
entonando aleluyas al amor.

Si supieras
cómo cantan mis duelos desde entonces! De hinojos
te conjura á que vengas mi esperanza, y atiza
sin piedad los recuerdos de tus castos sonrojos.

Va en mi pecho tu imagen claramente precisa,
y hay un suave esplendor en mis noches: tus ojos,
y una música dulce en mis duelos: tu risa!

Guadalajara, 1906.

José B. VELASCO.

LA CANTADORA DE ALEGRIAS

Yo ya no puedo estar triste ..... Tu paso sonoro á través de mi alegre pensamiento, es como un día de fiesta que más luciera en el ambiente y en el limpio color de las cosas que en la alegría de los semblantes y en la agitación festival.

Yo ya no puedo estar triste, porque entonces ya no tendría derecho á recordar tu paso á través de mi pensamiento.

Te he visto tantas veces, que no distinguiría cada una de tus apariciones, pues tal me parece que son una sola aparición.

¡Ah! Pero no dejaré de señalar en mi recuerdo, porque al hacerlo me parece como que una fina y fresca lluvia me baña el rostro, aquella vez en que desperté amando la vida con delectación porque había presentido que te encontraría á mi paso. Y te encontré..... Yo sé que estabas más roja que la gran *brazada* de amapolas que circundabas con tus brazos frescos y redondos y porque al verme te empurpuraste como si te hubiera dicho una frase sensual y picaresca, y me arrojaste las flores á la cara como un bello reproche amoroso .... ! —¿Sabes que estabas muy hermosa con tu actitud de retadora? Eras indudablemente más bella que tus amapolas, y como yo amo las flores, tanto como ni tú lo sospechas, quise sentir la frescura de una de ellas en mi rostro, y..... te besé.....

¡Oh sonoro cantar el de tus labios! Oh armonioso canto de las amapolas y de las mejillas!

*
* *

En la escena de un teatro te volví á encontrar, bella y llena de sonrisas sobre la tristeza convencional del drama escénico; y antes de que aparecieras en aquel ambiente de declamaciones fúnebres, ya tu risa de agua llenaba de armonías los corazones. Y cuando apareciste ..... eras la juventud que estaba con nosotros!

Heroína en la trama de una cruel historia, tu palidez de ceniza y el temblor lacrimoso de tu voz, me hacían pensar, no obstante, en orgías de juventud desbordada en fugas de risas y en libaciones en bocas afresadas.

Y aquellos adoradores de la ficción, aquellos tristes hambrientos de dolor fingido, que añadían al interior drama la aparente tortura que irradiaba de tus hermosos ojos martirizados, de tu vestido negro, de tu cabellera lisa y fluente y de la palidez cenicienta de tu cara, no comprendían que eras la alegría, la juventud que estaba con nosotros y el canto de la juventud!

*
* *

Ayer fué tu último paso á traves de mi espíritu ..... y como no vi tu rostro, ni tu silueta, ni percibí el claro quebrarse de cristales de tu risa, he pensado, sin que en mi mente bulla un solo abejorro de tristeza, que no te volveré á ver .....

Estaba en mi habitación y una alegría nueva, excelsa sobre cualquier otra alegría sentida, como una fuente, embalsamó mi alma ..... Seguramente que muy cerca de mí habías pasado .....

¡Oh sí, yo ya no puedo estar triste, porque he oído el canto de tu alegría!

JESUS VILLALPANDO.

PRESENTIMIENTO

Mi horror por las triviales aventuras,
Y mi odio á los amores pasajeros,
Encubren un tesoro de ternuras
Y un caudal de propósitos sinceros.

Reservándome estoy para una intensa
Y potente afección nunca sentida;
Para un amor que sea una recompensa
Por toda la privanza de una vida.

Ha de venir. Temprano ..... quizá tarde .....
Pero con su ilusión encantadora
Mitiga el fuego que en mis ansias arde
Y endulza mi existencia hora tras hora.....

Será una almita pura y resignada
Que anime á un cuerpo grácil é impecable,
En donde resplandezca la mirada
De unos ojos de luz imponderable;

En donde se entreabran unos labios
Que á beber den el néctar más divino
Y que enseñen más ciencia que los sabios
A un sediento de amor, á un peregrino.

—

Un alma que jamás se haya rendido
A ningún comediante de pasiones;
Que todo en ella sea reconocido,
Si nunca haberla visto ni en visiones.

—

Que, junta con la mía, se concuerden,
Para, de dos, formar sólo un destino,
Tras una desunión que no recuerden
Y que el azar volviera á su camino.

—

Que, tenga, de mujer, la gracia helena
Unida á una expresión de noble calma,
Y amarla toda: por hermosa y buena,
Quererla por su cuerpo y por su alma.

—

Ha de venir ..... Yo en tanto la mirada
Perdida en los confines del sendero,
Con toda mi paciencia inagotada
Día por día, y sin dudar, la espero.

—

Y me parece ya que hasta mi lado
Se acerca, y, libre de opresoras trabas,
Me dice con acento modulado:
¿Ya ves? ya estoy aquí ¡mi bien amado!
¿Verdad que ha mucho tiempo me esperabas?

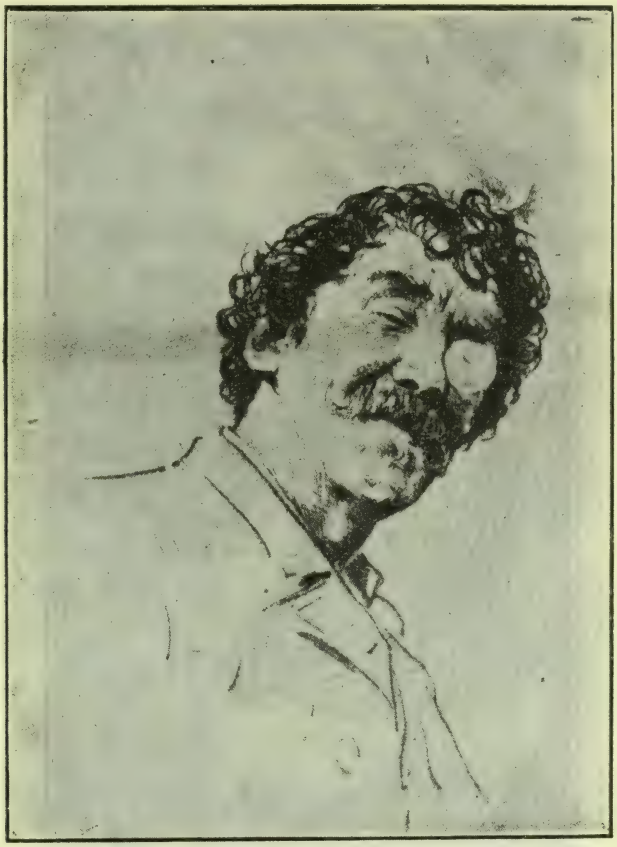
LUIS CASTILLO.

WHISTLER Y RODIN

(Párrafos de una conferencia pronunciada por el joven escritor dominicano Max Henríquez Ureña en la Academia de pintura "El Salvador" de la Habana, el 22 de Abril último.)

De lo verdadero y de lo bello voy á hablaros esta noche, porque Whistler y Rodin son dos artistas que han rendido culto á la verdad y á la belleza. No os extrañará, sin duda, ver enlazados sus nombres como tema de mi conferencia, porque el uno en la pintura y el otro en la escultura son dos figuras revolucionarias del arte moderno; porque el uno, pintor altamente sugestivo, figuró en primer puesto entre la secta impresionista, que tan radicales cambios quiso realizar en la pintura; y el otro, escultor simbólico y estupendo, ha señalado una nueva etapa en la historia de la escultura. Pero no es tan sólo la semejanza reformadora en la producción de estos dos artistas geniales lo que me mueve á unir sus nombres en esta conferencia, ya que no es mi propósito establecer un paralelo entre sus obras, que consideradas detenidamente difieren en muchos aspectos. Es que pocos artistas pasan á la posteridad tan estrechamente unidos como Rodin y Whistler. Como si no bastara la confraternidad de aspiraciones en la senda del arte, Rodin y Whistler estuvieron unidos en vida de este último por estrecha amistad, se tenían recíprocamente sincera admiración, y para coronar esa alianza, Whistler había expresado á Rodin el deseo de que éste lo perpetuara en mármol. Hoy, después de algunos años de

muerto Whistler, Rodin trabaja asiduamente en la estatua del pintor. Rodin, que tan íntimamente lo conoció, que lo comprendió tanto y lo admiró más, presentará una estatua elocuente y gráfica, como todas

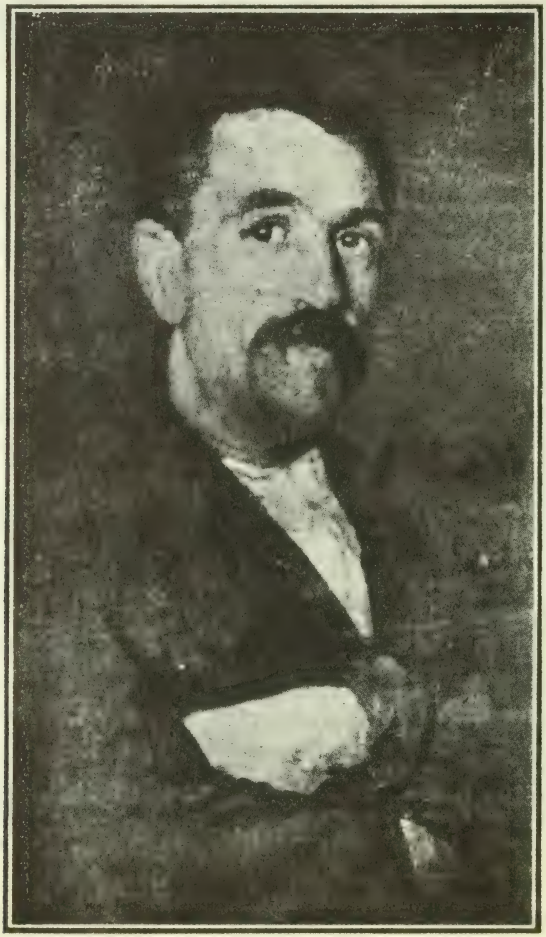


"Whistler afabilis."—Dibujo de Mortimer Mempes.

las suyas, y esa estatua magnífica será fiel exponente del carácter de Whistler, ya que Rodin tiene el poder de copiar un carácter en la expresión que imprime su cincel al rostro marmóreo.

James Mac Neill Whistler ha sido considerado generalmente como un afiliado al impresionismo, escuela á la que él declaraba pertenecer. Pero sería arriesgado considerar á Whistler solamente como un impre-

sionista; era un simbolista genial, á veces un realista enérgico y un colorista extraordinario, eminentemente sugestivo. Puede decirse, á pesar de sus extravagancias, que en el siglo XIX no se ha dado otro colorista como él. En muchas de sus obras famosas, Whistler no fué un



"El herrero".—Cuadro de Whistler.

impresionista genuino. Compárense si nó su celebrado *Retrato de mi madre* ó el discutido retrato de Miss Cecily Alexander con cualquier cuadro de Monet ó de Renoir y se verá la diferencia que los separa.

En prueba de que Whistler no fué siempre un impresionista, viene

una carta suya dirigida á su ilustre amigo Fantin-Latour, publicada recientemente. En esa carta se quejaba Whistler de la influencia que Courbet, uno de los jefes de la moderna pintura francesa, había ejercido sobre él, y se lamentaba de no haber podido ser discípulo de Ingres, el pintor clásico por excelencia, que si bien no dominaba como

"Retrato de Mallarmé".—Whistler.

otros la luz y el color, era un enamorado de la perfección del dibujo. Whistler, que militaba en una escuela que todo lo confiaba al pincel, se lamentaba de no haber recibido las inspiraciones técnicas de aquel que dijo que "el dibujo es la probidad del arte". De esas dudas y vacilaciones que asaltaban á Whistler sobre los procedimientos de su secta, es lógico deducir el porqué no fué un afiliado sistemático del impresionismo.

Además ¿cuáles han sido las tendencias del impresionismo? Pues simplemente el impresionismo pretendía copiar las cosas según las

apreciamos al primer golpe de vista; esto es: dar la *impresión* inmediata que nos causan, cuidando por lo tanto muy poco los detalles para favorecer el efecto del conjunto. Y esto no fué siempre lo que realizó Whistler, porque deseando dar un golpe de verdad ó en el afán de destacar un símbolo con precisión, derramaba en sus cuadros su asombrosa habilidad de colorista y frecuentemente estos ofrecen una *impresión* más completa que la del primer momento.

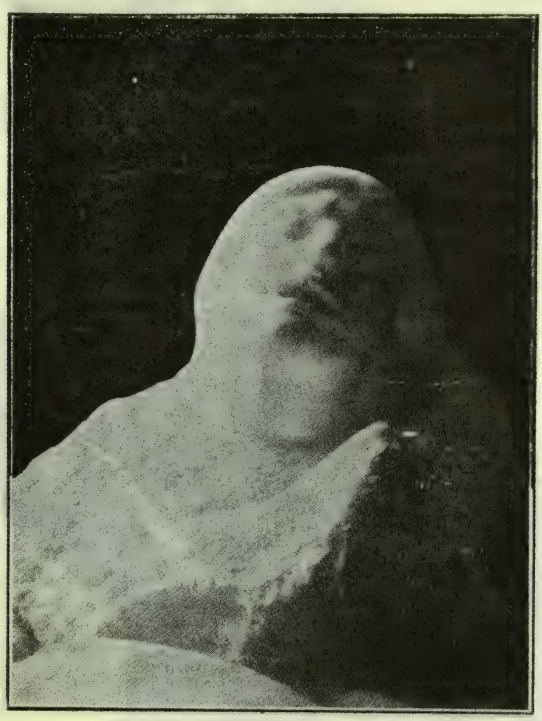
En Francia se ha hecho justicia póstuma á Whistler, y su nombre se cita hoy envuelto en una aureola de respeto. En cuanto al impresionismo, puede darse por muerto. Era una escuela demasiado hiperestésica para haber subsistido. Precisamente el mérito de Whistler está en haberse elevado por encima de ciertos procedimientos de secta, destacando su personalidad con verdadero vigor y brillantez.

No hace mucho que Charles Morice inició en el *Mercurio de Francia* una *enquête* ó inquisitoria sobre los nuevos rumbos que tendía á tomar el arte, y la más acertada respuesta es acaso la de Gastón Prunier, quien se expresa de este modo:

"El arte en nuestra época *individualista* gira en círculos viciosos y elude toda clasificación, engaña toda previsión. Se necesitan el retorno á la sinceridad íntima, á la realización de la personalidad completa del artista. Cansados de la virtuosidad técnica, necesitamos un arte de expresión humana, de emoción sintética. Un arte así sucederá al *impresionismo analítico*, que sigue un método sin porvenir en el arte. Whistler creó raras armonías y dejó discípulos cuya preciosidad despertará interés mientras los principios generales del sistema no estén desacreditados. Pero no hay lugar para neo-impresionismo. El tiempo está maduro para un arte sintético. Personalmente, yo desearía llegar á una íntima comunión con la naturaleza, robar sus expresiones características, sacar de ella impresiones, para realizar algún día lo que en mí pueda haber de LA HUMANIDAD."

Por lo que respeta á Rodin, más identificado que Whistler con el arte del porvenir, sus producciones responden cumplidamente al ideal de expresión humana y de emoción sintética que señala Gastón Prunier. Rodin es el supremo innovador de la escultura. No obstante, él

rechaza el título de innovador. "No invento nada,—dice,—*re-descubro.* Parece nuevo lo que hago porque se ha perdido la idea de la significación y el objeto del arte; toman por innovación lo que es un retorno á las leyes de la gran escultura antigua. Desde luego, yo pienso; me gustan ciertos símbolos, veo las cosas de un modo sintético, pero la naturaleza me da todo eso. No imito á los griegos: trato de ponerme



"La Agonía".—Rodin.

en su estado espiritual. Otros copian sus obras: lo necesario es *re-descubrir* su método. Principié con estudios del natural como *La edad de bronce.* Después ví que se necesitaba más amplitud, una ligera exageración, y desde entonces quise buscar un método de *exagerar lógicamente:* consiste este método en una deliberaba amplificación del modelo. Consiste también en una constante reducción de la figura á una figura geométrica, y la determinación de sacrificar cualquier parte de la figura á su aspecto sintético."

De este modo rechaza Rodin el título de innovador, á pesar de que

"El Pensador".—Rodin.

tal calificativo le cabe perfectamente. Cierto es que su técnica es un fiel retorno á la de los griegos y aun á la de los primitivos egipcios, pero su manera personal de copiar lo que él dice le da la naturaleza, no tiene precedente en la historia de la escultura. Cierto es, como di-

ce Camile Mauclair, que "Rodin es un clásico que se pone frente á su modelo en el mismo estado mental que los griegos"; cierto es que la forma de presentación del símbolo y la habilidad técnica que tenían los helenos han revivido con Rodin en la escultura moderna; cierto es que Rodin resucita el arte antiguo en todo su esplendor; pero ni Fidias, ni Scopas, ni Praxiteles, ni Isógonos tenían el sistema de agrandar la realidad, que constituye la verdadera innovación de Rodin. En Rodin ocurre como en Whistler, que ve la naturaleza á través de su temperamento y produce arte personal. En Rodin se funden el clásico helenismo y el arte del Renacimiento con una personal y gigante concepción de la realidad.

¡Y qué grandiosos símbolos los que forja Rodin! *La puerta del infierno* es una obra estupenda que enciera todo un universo de símbolos y concepciones. No está aún terminada, pero puede afirmarse que es la obra capital de Rodin, porque muchas de sus asombrosas creaciones están encerradas en esa dantesca producción: ahí *El ídolo eterno*, la más casta representación del amor idólatra; ahí *El beso*, ese poema deliciosamente sensual; ahí *El pensador;* ahí *Eva*, *Ugolino*, *Primavera*, *Las Danaidas*, *Paolo y Francesca*, *Las sombras* y otras tantas grandes figuras que se agitan en el inmenso pórtico de la oscura mansión.

Y qué decir de *El hijo del siglo*, representado por un hombre desnudo, postrado de hinojos, implorando la fe que desaparece? No menos inspirada es la concepción de *La plegaria:* un cuerpo rígido y mutilado, sin cabeza, de rodillas: la plegaria no necesita cabeza, es sólo del corazón. Así *La mano de Dios*, que fabrica simultáneamente de arcilla á Adán y Eva, que nacen al beso de la luz envueltos en el beso del amor; así *El pensamiento:* una cabeza sobre un bloque de mármol; así *La ilusión recibida por la tierra*, al caer con las alas rotas.

La estatua de Balzac es soberbia: el novelista aparece envuelto en amplia túnica, levantándose á trabajar, según su costumbre, en la alta noche, con el rostro congestionado por la inspiración. Otra expresión del genio de Rodin es el monumento de Víctor Hugo: el poeta de *La leyenda de los siglos* aparece desnudo, sobre dura roca, recibiendo el ardiente soplo de *los cuatro vientos del espíritu*. No en vano se afirma que Rodin es hoy el más grande artista de Francia.

Una relación minuciosa de las obras de Rodin haría interminable esta conferencia; bastará por tanto que me extienda en algunas consideraciones sobre una de sus producciones más afamadas, para dar siquiera una idea de la significación y tendencias del artista. ¿Y qué

más oportuno que referirme á *El pensador*, que si no me equivoco será inaugurado públicamente mañana, 23 de Abril, en París, á la puerta del Panteón? Esa estatua magnífica ha sido regalada al pueblo por suscripción pública. La idea de *El pensador* fué entresacada por Rodin de la estupenda *Puerta del infierno*, para presentarla, agigantándola, como una producción aislada y grandiosa.

"¡A las armas!"—Rodin.

El pensador es un hombre de cuerpo atlético, que aparece desnudo, sentado sobre árida roca, con la cabeza apoyada sobre la diestra, interrogando el arcano con la mirada grave y serena. No es un anciano; es un joven, cuyo rostro está transfigurado por la meditación. El cuerpo robusto parece reposar en abandono, porque lo que palpita y bulle dentro de aquel cerebro es la idea, que bate con sus alas formidables el insondable espacio del pensamiento. Todo está condensado en ese rostro que revela una completa abstracción mental: el ansia de rasgar el infinito y de abrir el vientre de la Madre Naturaleza para arrancarle la eterna verdad; el anhelo de adelantarse al porvenir en busca del progreso indefinido: el deseo de lanzarse en pos de lo desconocido en interminable *¡Excelsior!*, descubrir el misterio de la vida, definir el ideal de la civilización, conquistar la suprema belleza! En esa obra está condensado el afanoso bregar del pensamiento humano. *El pensador* no es un hombre que piensa, es la humanidad entera sumida en honda reflexión, es el cerebro del mundo que interroga al universo.

Cuando en 1877, Rodin presentó en los *Salones* de arte la hermosa estatua *El hombre de la edad de bronce*, el jurado, sorprendido de la

asombrosa firmeza y perfección de las líneas de aquel cuerpo intachable, acusó á Rodin de haber hecho la estatua *á molde calcado del natural*, superchería no admitida en el arte. Si ese mismo hecho no hubiera contribuido á poner de relieve la superioridad de Rodin sobre todos los escultores modernos, igual impugnación se hubiera formulado con motivo de *El pensador*, tal es la corrección técnica de esa colosal figura al desnudo. Es que con Rodin la escultura vuelve á tener "la significación y el objeto del arte" antiguo. Los siglos cristianos velaron la casta desnudez de la estatua griega y de ese modo se falseó el concepto del arte. Todo pensamiento que encierre un símbolo de Humanidad y de Naturaleza, rechaza las hipócritas vestiduras. La Naturaleza no admite ropaje, porque ella encierra toda verdad y toda belleza. Vestir una concepción que sea verdad y belleza es falsearla. Un escultor que no estuviera penetrado de la significación y objeto del arte habría presentado *El pensador* con los atributos y la indumentaria de un filósofo moderno. Esto hubiera sido restringir el concepto y empobrecer la idea. Rodin, volviendo la faz hacia los griegos, ha presentado *El pensador* desnudo, y de ese modo el símbolo se destaca grandiosamente, porque no se limita á una época ni á una idea, sino que abarca toda la humanidad; porque es el cerebro del mundo viajando á través de los siglos!

Hace poco que, recién colocado *El pensador* en el sitio en que será inaugurado solemnemente,—á la entrada de la serena mansión en que reposan Rousseau y Voltaire,—un obcecado ó un criminal quiso destruírlo lanzándole una bomba de dinamita. ¿Sería un rasgo de anarquismo antihumanista ó insensato que no quiere tolerar ninguna clase de jerarquía? ¿Sería un arrebato de la envidia torpe y brutal?. .... Poco importa saberlo: solo el genio halla á su paso la agresión de los que no saben respetarlo y comprenderlo. Han sido muchos los obstáculos y las decepciones que Rodin ha encontrado en su camino; pero el genio no desfallece ni se acobarda: trabaja siempre, incansable y tenaz, con la satisfacción íntima del que va hacia el ideal animado por la firme convicción de que ha de legar á la posteridad una obra luminosa y perdurable. En su espíritu no hay ocasos: en su espíritu sólo hay soberbios esplendores, visiones gigantescas que se despiertan al beso de la luz, ensueños prodigiosos que deslumbran con paisajes de gloria. En su espíritu no hay ocasos: espíritus como el suyo son una radiante sucesión de auroras!

MAX HENRIQUEZ UREÑA.

LA REINA VICTORIA EUGENIA DE ESPAÑA

Como nota de actualidad publicamos el último retrato de la joven reina de España, á quien acaban de rendir justo homenaje la poesía española y la hispano-americana, representada por Chocano, el eminente hijo del Perú, el boliviano Eduardo Díez de Medina, y nuestro compatriota Amado Nervo.

UN OFICIO INTERESANTE

A los Pintores y Escultores de la República

Reproducimos á continuación un importante oficio que el Señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes se ha servido dirigirnos, á fin de que tomen nota de él las personas interesadas:

"En vista del resultado satisfactorio de la Exposición de obras de artistas mexicanos que estudian escultura y pintura en Europa, efectuada en París, en la Sala Eylau, los días 6, 7 y 8 de Abril próximo pasado, y organizada por la Delegación de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de México en Francia, esta misma Secretaría ha acordado dirigirse á las Sociedades Artísticas Mexicanas y en general á las agrupaciones y personalidades que cultiven las artes plásticas, para manifestarles que podrán exponerse en la próxima exposición de artistas mexicanos que se efectuará en París en el mes de Mayo de 1907, las obras de arte que al efecto se remitan á esta Secretaría.

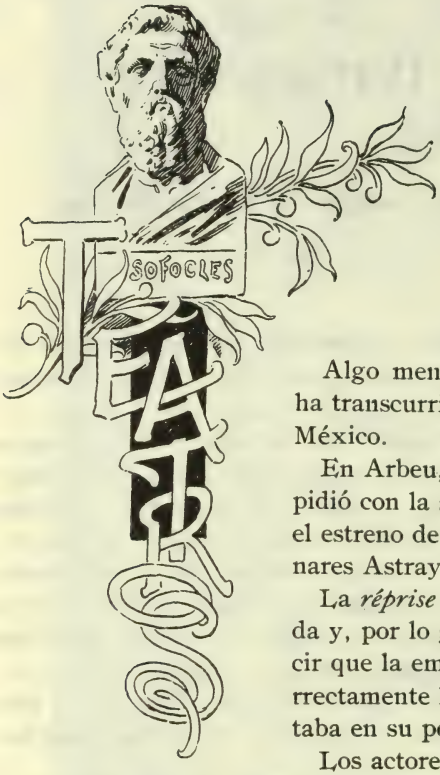
"Lo comunico á usted para su conocimiento".

Libertad y Constitución, México, Mayo 24 de 1906.

JUSTO SIERRA.

A los C. C. Directores de la revista SAVIA MODERNA.

Presentes.



Algo menos animado que el mes de Mayo ha transcurrido el de Junio en los teatros de México.

En Arbeu, la Compañía de Fuentes se despidió con la *réprise* de *Cyrano de Bergerac* y el estreno de *La divina palabra*, drama de Linares Astray.

La *réprise* de *Cyrano* ha sido muy discutida y, por lo general, censurada. Es justo decir que la empresa trabajó por presentar correctamente la obra de Rostand, pero no estaba en su poder hacerlo así.

Los actores de la Compañía Fuentes, educados en la escuela realista y excelentes en la interpretación de la moderna comedia española, no tienen la preparación necesaria para interpretar los dramas románticos é ignoran el arte de decir el verso.

Esto, que ya se había observado con *La vida es sueño* y *Don Francisco de Quevedo*, se hizo más patente en *Cyrano*. Hay, además, en esta comedia heroica, sutilezas y "tours de force" que requieren originalidad en el actor, la cual no se suple con buena escuela ni inteligencia metódica, y momentos emocionales que piden verdadero instinto poético al ser interpretadas, para que su visible falsedad no se haga ridícula. Faltando estas cualidades á los actores principales de la Compañía de Fuentes, su interpretación del *Cyrano* hubo de resultar menos que mediana.

En *La divina palabra* de Linares Astray, por el contrario, la Compañía estuvo excelente.

Por desgracia, la obra, que es una de las primeras de su distinguido autor, no valía la pena de estrenarla aquí, después que en España se la ha relegado al olvido.

El diálogo es hábil y al primer acto está bien construído, pero en general *La divina palabra* es poco interesante, su desarrollo psicológico es lento y forzado, y sus tendencias, que pretenden ser ibsenianas, son anticuadas.

***

La Compañía de Virginia Fábregas, en el Teatro Renacimiento (que ha pasado á ser propiedad del primer actor Sr. Francisco Cardona y y pronto cambiará su nombre actual por el de la esposa de dicho actor y empresario, la distinguida actriz mexicana antes citada), ha dado á conocer *Los dos crepúsculos*, del catalán Francisco Javier Godo, *Triplepatte*, de Tristan Bernard y André Godfernaux, traducida por el Sr. Jorge Castellanos Haaf con el título de *El Indeciso*, y *Cuauhtemoc*, melodrama histórico del escritor mexicano Sr. Tomás Domínguez Illanes.

Las tres obras han sido muy bien recibidas, aunque su importancia es escasa. *Los dos crepúsculos* está bien hecha, pero parece calcada sobre *L'autre danger* de Maurice Donnay. *Triplepatte* es una comedia "pour rire", muy aceptable en su género.

En cuanto á *Cuauhtemoc*, cuyo éxito parece destinado á hacer época en la historia del teatro mexicano, debe decirse la verdad. Este éxito, que no ha sido consagrado por la aprobación del verdadero público intelectual de México, depende exclusivamente de la significación patriótica que quiere darse á la obra.

Esta, en realidad, no es un drama, pues su estructura es melodramática, ni menos es historia, porque esta aparece allí totalmente falseada. Y contra este procedimiento no vale alegato alguno, puesto que, como indica Menéndez Pelayo, Shakespeare no tuvo necesidad de alterar la historia para hacer de sus tragedias romanas é inglesas los más altos monumentos del teatro histórico.

Los personajes de *Cuauhtemoc* hablan un lenguaje totalmente inadecuado: los indígenas, amén de blasonar de sentimientos é ideas de europeos, saben del Cid y llaman á Cortés "extremeño". De esta obra, en suma, sólo puede citarse, entre un cúmulo de versos más ó menos bien hechos, algunos verdaderamente sonoros y enérgicos.

La interpretación, por la Compañía Fábregas, no puede salvar la obra. Los actores del "Renacimiento", como los de Fuentes, desconocen el estilo declamatorio. En cambio, las decoraciones, la montura y la indumentaria fueron magníficas en *Cuauhtemoc*. Lo mismo puede decirse de la montura de *Los dos crepúsculos* y *Triplepatte*, obras en las cuales han podido lucir mejor sus facultades las actores de la Compañía Fábregas.

*
* *

En el teatro Hidalgo funciona desde principios de mes una Compañía dirigida por el primer actor Antonio Galé, cuyo repertorio se compone casi exclusivamente de melodrama.

Esta compañía estrenó *Los rígidos*, de Don José Echegaray, drama en verso que muestra todos los defectos y casi ninguna de las mejores cualidades de su autor.

Por suerte, á cambio de esta serie de obras mediocres ó malas, hemos tenido durante el mes varios estrenos y *réprises* de sainetes, entremeses y comedias de los brillantes humoristas y humanos poetas sevillanos, los Quintero: *Las casas de cartón*, *Los piropos*, *Los chorros del oro*, *La pena y El nido*.

LOS CONCIERTOS

Antes de iniciarse la temporada anual de conciertos dirigidos por el Maestro Carlos J. Meneses, se celebró el día 8 una fiesta musical de gran importancia: el concierto de presentación de la joven pianista Srita. Ana María Charles y Sánchez, discípula del distinguido profesor Luis Moctezuma.

El programa de esta velada fué selectísimo, sobrio, irreprochable: Weber y Beethoven representados, respectivamente, por la obertura "Der Freyschütz" y la de "Leonora" núm. 3, ejecutadas por la orquesta del Conservatorio bajo la dirección de Julián Carrillo; Grieg, por un Concerto de piano; Chopin, por el Nocturno en fa sostenido mayor y un grupo de estudios y preludios; y Liszt por la popular "Campanella".

En las dos oberturas y en el Concerto de Grieg se reveló Julián Carri-

llo, hasta entonces conocido aquí solamente como violinista y compositor, verdadero maestro de la batuta. Domina admirablemente la orquesta y, gracias á su largo y religioso estudio de las grandes obras, dirige sin partitura, como los maestros eminentes.

Ana María Charles y Sánchez.

Su batuta es clásica, sobria; huye de las sonoridades estrepitosas y logra producir efectos de alta y serena poesía, que por momentos hacen recordar el estilo del "olímpico" Weingartner. Ambas oberturas, la de Beethoven y la de Weber, son, bajo la batuta de Carrillo, toda una enseñanza.

La Señorita Charles y Sánchez triunfó desde el primer número. En las piezas de Chopin demostró poseer una ejecución nítida, brillante, un discreto manejo de los pedales, y una expresión delicada que parece contener en germen las altas cualidades de pasión y sensibilidad propias de los artistas "personales". En "La Campanella" puso en mayor relieve aún su brillantez, y, por último, en el magno Concerto de Grieg reveló fuerza y amplitud.

Todos los números fueron triunfos completos para la Srita. Charles y Sánchez, quien será de hoy más artista mimada del público mexicano.

*
* *

El domingo 17 se inauguró en el Teatro Arbeu la serie de conciertos que anualmente organiza el maestro Carlos J. Meneses, director de la orquesta del Conservatorio.

Estos conciertos, que no pueden llamarse sinfónicos, puesto que en ellos se incluyen generalmente oratorios y aun trozos de carácter casi popular, como los de las óperas de Massenet y Delibes, merecen, no obstante, grandes elogios, puesto que en ellos se da á conocer un repertorio no escaso de grandes obras musicales.

Pero ya que en ellos se ha querido dar cabida é importancia á los oratorios,—lo cual en manera alguna puede ser censurable,—es algo

extraño que se hayan escogido exclusivamente oratorios franceses, cuando no en Francia, sino en Alemania, es donde más ha florecido este clásico género. Pero, sin salir de Francia,—de donde es plausible que se haya escogido *El Diluvio* de Saint-Saëns,—por qué dar tanta importancia á Massenet y olvidar á César Franck, el maestro insuperable, entre los franceses, de la música religiosa? Si se trataba de dar á conocer contemporáneos, ahí están, muy superiores á los de Massenet, los oratorios del inglés Edward Elgar, "Los apóstoles" y "El Sueño de Geroncio". Y en otros géneros, no es ya tiempo de hacer el ensayo de introducir la música de Richard Strauss, como se ha hecho en Buenos Aires y hasta en la Habana?

Excepto en la superabundancia de música francesa en general y de Massenet en particular, el repertorio ejecutado y prometido en estos conciertos es excelente: hasta ahora, en los cuatro celebrados (dos repetidos) hemos podido oír fragmentos de la "Esclarmonde" y los ballets de "El Cid" de Massenet, el poema de canto "La noche persa", el coro "La noche", el oratorio "El Diluvio" y el poema sinfónico "La Danza Macabra", de Saint-Saëns, la "Sinfonía fantástica" (incompleta) de Berlioz, el aria de soprano de la "Lakmé" de Delibes, y la "Invitación al vals", de Weber, instrumentada por Weingartner. Para las próximas audiciones se anuncian la 5ª Sinfonía de Beethoven, el oratorio "Eva" de Massenet y varios fragmentos de Wagner.

Las dos obras más importantes han sido la "Sinfonía fantástica", ya conocida en México, y "El Diluvio", que por primera vez se ejecutó completo. Es esta última, obra de inspiración variada y de factura magistral, ya juzgada como una de las más notables de su autor.

El poema "La noche persa" y el coro "La noche" tienen ambos hermosas inspiraciones melódicas y están escritos con técnica admirable; el primero es quizás demasiado extenso para el interés que ofrece, relativamente escaso. Los demás trozos y composiciones habían sido escuchados en ocasiones anteriores por nuestro público.

En la ejecución de estas obras se ha distinguido la orquesta del Conservatorio, dirigida por el maestro Meneses. La labor que realizan, tanto la orquesta como el director, es por todos conceptos notable, más aún si se considera que, faltando tradición musical en México, á ellos se debe la iniciación de la era sinfónica.

En la interpretación de las obras de Saint-Saëns (excepto, naturalmente, la "Danza Macabra") tomaron parte los coros del Conservatorio y varios solistas: la distinguida soprano mexicana Sra. Antonia Ochoa de Miranda, la soprano Srita. Sofía Camacho, que trabajó, ade-

más, como excelente recitadora en "La noche persa", la contralto Sra. Aurora Villaseñor de Carothers, los tenores José Becerra é Ismael Magaña, y el barítono Roberto F. Marín.

Con el aria de "Lakmé" debutó la Srita. Tomasa Venegas, cuya voz de soprano ligera, reducida pero afinada y de buen timbre, agradó mucho al público.

En "El Diluvio", ejecutó Julián Carrillo, con admirable estilo, el solo de violín del preludio.

LA OPERA

La Compañía de ópera Lambardi, que trabaja actualmente en el Teatro-Circo Orrin, ha puesto en escena durante el mes el acostumbrado repertorio de las "compañías italianas de exportación", desde "La Favorita" hasta "Carmen" y "La Tosca".

Como excepción á esta rutina, ha repetido la "Germania" de Franchetti y ha estrenado el "Chopin" de Orefice. Sobre la primera, si bien no puede decirse que ha sido juzgada por la crítica metropolitana, no es hora ya de insistir. Quizás, cuando otra compañía la haya dado á conocer mejor, por medio de una interpretación superior á la que hemos visto, digna, en fin, de la obra, el público mexicano podrá salir de sus dudas respecto de ella y asignar su justo valor á esta que en Europa se estima como la más notable producción de la joven escuela italiana.

El "Chopin" de Orefice obtuvo un éxito completo é inmediato. En este caso, como ha dicho un distinguido escritor, Chopin ha salvado á "Chopin".

La ópera, como se sabe, está compuesta casi totalmente de fragmentos escogidos en las obras del compositor polaco y adaptados á las diversas situaciones del libreto; y la extraordinaria seducción de esas melodías es la que ha hecho triunfar, en México, esta curiosa producción.

"Chopin" no es en realidad una ópera ni menos un drama musical. En primer lugar, el libreto tiene versos hermosos é ideas poéticas, pero no ilación ni situaciones dramáticas ni psicología, pues el esbozo del carácter de Chopin es menos que débil, casi nulo.

La tempestad y la muerte de la niña Grazia en el tercer acto son un recurso ficticio adoptado para introducir una escena de fuerza en este como poema lírico que, de no ser así, pecaría de extrema languidez.

En cuanto á la música, precisa reconocer que Orefice domina la técnica y tiene, á menudo, exquisita intuición poética para escoger y com-

binar las melodías. Pero, pasando por alto la cuestión principal (si debió intentarse lo realizado por Orefice, que muchos consideran una profanación), el procedimiento de adaptación empleado por el compositor italiano es criticable. Por de contado, habría sido más discreto construír un drama musical con *leit-motivos* que fuesen melodías de Chopin; pero Orefice prescindió de este procedimiento y se limitó á tejer minuciosamente trozos, á veces brevísimos, de las obras del protagonista. Es natural que en esa multitud de fragmentos de composiciones escritas en diversas épocas y situaciones haya disparidad: todas las piezas de Chopin tienen su historia, su psicología, su interpretación clásica, y la gran variedad de sus inspiraciones y matices emocionales no cabe dentro de la unidad psicológica que debe guardar una producción escénica.

Estas melodías, además, tienen un marcado carácter "pianístico" que no puede convertirse en "operático". Orefice ha prescindido con frecuencia, discretamente, de adaptarlas al canto, utilizándolas solamente como comentario órquestal de la declamación de los cantantes; pero aún así suelen perder su verdadera significación ó resultar inadecuadas. Sirva de ejemplo, en el segundo acto, el empleo del Nocturno en Re bemol, apasionado y melancólico, como comentario de las enérgicas frases patrióticas de Flora al aparecer en la ventana: "Si, si, va, schiera divina!" (¡Sí, marcha, hueste divina, levanta el espíritu de Polonia, haz de cada niño un guerrero y de cada niña rubia una heroína!)

A pesar de estas necesarias limitaciones, la producción de Orefice contiene situaciones hermosas.

El primer acto está lleno de alegrías campestres y de amor juvenil. El segundo, que es en conjunto el mejor, contiene la más artística escena de la obra: la ejecución del Nocturno en Do sostenido menor, por Chopin, en un piano fuera de escena, comentada por la orquesta y las frases de la soprano. En el tercer acto, la escena de tempestad y delirio está combinada con sobria maestría, y el concertante final es, con el dúo del segundo acto, el trozo de más efecto en la ópera. El cuarto acto es el más débil, á pesar de su poesía melancólica, y hasta ahora no ha logrado entusiasmar á nuestro público.

De la interpretación, poco hay que decir, excepto de la dirección del maestro Guerrieri, hábil y brillante. Entre los cantantes, puede mencionarse á las sopranos Giorgi y Soragna, quienes dijeron sus *particelle* con bastante delicadeza.

P. H. U.

LOS QUE SE VAN

IBSEN.

Parece que la Vida es como un núcleo único en el que están concentrados, como exclusivos elementos, los tres principios eternos y divinos: Amor, Bondad, Belleza.

Parece que de ese núcleo, que se llama Intensidad, se desprenden rayos, y que esos rayos deben multiplicarse hasta lo infinito.

Parece que esos rayos, que salen del núcleo intenso de la vida, son espíritus de hombres conformados por quien sabe qué leyes ignotas á conocerse profundamente á sí mismos, y por ende á ser dominadores, y á tener sus propias y eternas virtudes, y á ser con todo asombro admirados.

Enseñan la única enseñanza necesaria.

"Yo, – dicen, soy un rayo de ese núcleo divino de donde salen otros infinitos rayos. Esencialmente, por mi misma idiosincracia, soy único, á pesar de mi semejanza con otros como rayo de luz. Dentro de la infinita gama de la luz ideal, soy, como ella, enemigo de lo blanco. Sorprender el divino matiz de mi yo, entre los múltiples que brotan de ese núcleo ideal, es el fin de mi vida".

Tal es la enseñanza que nuestros espíritus reverentes han recibido del maestro que acaba de desaparecer: IBSEN.

SAVIA MODERNA une su clamor al grito de duelo del alma universal y prepara un modesto homenaje á la memoria del dramaturgo excelso.

RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

El amado maestro de tres generaciones de estudiantes, cubierto de flores y conducido por un numeroso grupo de discípulos, fué sepultado en el Panteón del Tepeyatl, en la tarde del 22 de Mayo. El Poeta Luis Urbina, el Ingeniero Manuel Torres Torija y el Profesor Rafael

Sierra despidieron el cuerpo del sabio maestro, evocando su útil y apreciable vida empleada en las nobles especulaciones del saber humano y loando su bondad y firmeza de carácter.

Don Rafael Angel de la Peña figuró durante largos años en el magisterio y por algún tiempo en la política; formó parte de las principales asociaciones intelectuales del país; fué Secretario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua, individuo correspondiente de la Real Academia Española, y autor de una Gramática Castellana, altamente elogiada por Menéndez Pelayo y otras eminencias. Al morir dejó casi concluído un Tratado de Literatura, que la Secretaría de Instrucción Pública hará editar próximamente.

CARLOS A. LOPEZ.

En Nueva York ha fallecido recientemente el escultor Carlos Alberto López, nacido en México pero, según creemos, educado y nacionalizado en los Estados Unidos. López había llegado á conquistar un puesto distinguido en la escultura norte–americana, y obtuvo muchos lauros en su carrera. Tanto en la Exposición Pan–americana de Búffalo como en la Universal de Saint Louis formó parte de las comisiones encargadas de la ornamentación de las calles y los jardines; y en las galerías de arte de ambas expuso trabajos, ejecutados muchas veces en colaboración con su esposa, Marion Kean. Ultimamente trabajó en el Monumento Nacional que los Estados Unidos consagrarán á la memoria de MacKinley.

HARTMANN.

Eduard von Hartmann, el célebre autor de la *Filosofía de lo inconsciente*, acaba de morir. Próximamente hablará de esta eminente personalidad un redactor de SAVIA MODERNA.

BIBLIOGRAFIA

En el próximo número daremos notas bibliográficas de los siguientes libros: "Claudio Oronoz", novela de Rubén M. Campos; "Ensayos críticos", de Pedro Henríquez Ureña; "Whistler y Rodin", conferencia de Max Henríquez Ureña; "Alma y Sangre", poesías de Luis Rosado Vega; y "Rosales en flor", poesías de Osvaldo Bazil.

INGENIERO A. SAN JUAN.

Ortega núm. 30.

Especialidad en trabajos de Hidráulica y Ferrocarriles.

Ingeniero JOSE E. CACHO.

2a. de Soto núm. 116.

ESPECIALIDAD EN CONSTRUCCIONES DE HIERRO.

LA FRATERNAL

Compañía de Seguros de Vida y Accidentes.

Fundada en 1891.

Domicilio Social: México, Seminario N° 6. Dirección Postal, Apartado N° 750.

TELEFONO NUMERO 1797.

CONSEJO DE ADMINISTRACION:

Presidente: Señor Iñigo Noriega.

Vicepresidente: Lic. Alfredo Chavero.

Vocal: Lic. Gumersindo Enríquez.

Vocal: Lic. José Francisco Bulman.

Vocal: Sr. Luis Barroso.

Director General: Enrique Aragón

Cajero: Agustín B. Figueroa.

Esta es la única Compañía que consigna en sus pólizas la **Cláusula de Salud.**

La única que expide pólizas de Seguro con Inversión, con 11 opciones garantizadas.

Se expiden pólizas hasta por $25,000.00 cs.

Comisarios:

Roberto T. Ducoing y Eusebio Fuentevilla.

Director Médico:

Doctor **EDUARDO LICEAGA.**

Subdirector Médico:

Doctor **MANUEL DOMINGUEZ.**

Alimento y Medicina

es la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa.

Es medicina, porque evita **y cura** la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Debilidad General, Catarros, Resfriados, Raquitismo en los Niños, &c.

Es alimento, porque **produce fuerzas y crea carnes.**

La Emulsión original, la que representa más de veinte años de estudio y práctica, la favorita de los médicos, es la que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas. De venta en todas las farmacias y droguerías. Exíjase la legítima

Emulsión de Scott.

REHÚSENSE LAS IMITACIONES.

SCOTT y BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.

La Emulsión de Scott es el más poderoso reconstituyente y un alimento sano y nutritivo; no quema la boca, no irrita la garganta, ni daña el estómago como otras emulsiones, porque no contiene creosota ni guayacol, ni ninguna substancia irritante.

SAVIA MODERNA

DIRECTORES

ALFONSO CRAVIOTO Y LUIS CASTILLO.

Jefe de Redacción: **Roberto Argüelles Bringas.**

Secretario de Redacción: **Pedro Henríquez Ureña.**

REDACTORES:

ACEVEDO Jesús.
AMADOR Severo.
BERMEJO Manuel M.
CABRERA Rafael.
CARPIO Manuel.
CASO Antonio.
COLIN Eduardo.
DAVALOS Marcelino.
ELIZONDO José F.
ESCUDERO Salvador.
FACHA José M.
GAMBOA José J.
GAMBOA RICALDE Alvaro.
GARCIA NARANJO Nemesio.
GOMEZ ROBELO Ricardo.
HERRERA Alberto.
LOPEZ Rafael.
NERVO Rodolfo.
OZUNA Sixto.
PADILLA Benjamín.
PALACIOS Juan.
PARRA Manuel de la.
POMAR José.
REYES Alfonso.
ROSADO VEGA Luis.
ROSS Daniel.
RUBIO J. Rafael.
SALAZAR Abel C.
SIERRA José María.
SYMONDS Guillermo E.
UHTHOFF Enrique.
VALENZUELA Benigno.
VALENZUELA Emilio.
VALENTI Rubén.
VELASCO José B.
VELAZQUEZ Miguel A.
VILLALPANDO Jesus.
ZARATE RUIZ Francisco.
ZARRAGA Angel.

ARTISTAS:

ARELLANO Juan de Dios.
ARGUELLES BRINGAS Gonzalo
CORIA Benjamín.
ELIZALDE Fernando.
ENCISO Jorge.
ESCONTRIA Alfredo.
GARCIA NUÑEZ Armando.
GARDUÑO Alberto.
GARDUÑO Antonio.
GOMEZ Antonio.
HERRAN Satuonino.
LILLO Rafael.
LLOP Francisco.
MARTINEZ CARRION Jesus.
MONTENEGRO Roberto.
ORTEGA Sóstenes.
PONCE DE LEON Rafael.
RIVERA Diego.
RODRIGUEZ Federico.
RONDERO Juan N.
RUIZ José.
SIERRA Ricardo.
TORRE Francisco de la.
ZALDIVAR Carlos.
ZARATE Gabino.
ZUBIETA Francisco.

FOTOGRAFOS:

José M. LUPERCIO, KAMPFNER Y CASASOLA.

Administrador, Evaristo Guillén.

LA PALESTINA

ES LA PRIMERA CASA DE LA REPUBLICA

EN EFECTOS ARTISTICOS DE PELETERIA Y HERRAJES.

J. R. Ortiz.

Enorme surtido de Sillas de montar Espuelas, Frenos, Petacas, etc

Todo el material es de primera calidad y los precios tan cómodos que no admiten competencia.

A. CARRANZA Y CÍA., IMPRESORES.

TOMO I. MEXICO, JULIO DE 1906. NUM. 5

Registrado como artículo de 2ª clase el 2 de Abril de 1906.

SUMARIO.

TEXTO.

TRABAJOS	AUTORES	Págs.
Oda á Juárez.	Rafael López.	261
Seccion de autógrafos:		
En un álbum (poesía)	Manuel José Othón	265
Eco	Manuel de la Parra	266
Carnet (poesía)	Manuel S. Pichardo	267
La tesis admirable de Plotino.	Antonio Caso, Jr	269
Flor blanca (poesía)	Alvaro Gamboa Ricalde	272
La muerte artificial (cuento)	Francisco Zárate Ruiz	274
Trofeo (poesía)	José B. Velasco	283
La chiquilla (fragmento de novela)	Carlos González Peña	284
Rápida (poesía)	Severa Aróstegui	287
En un álbum de artista	José Enrique Rodó	289
Artistas Extranjeros: Carrière.	Ricardo Gómez Robelo	291
The marshes (poesía)	Louise Marshall Ryals	297
The open sea (poesía)	" " "	297
La amante.	Manuel de la Parra	298
En el Atlántico (poesía)	Darío Herrera	299
Vida intelectual y artística:		
La influencia de Nietzsche.—Bruckner.—R. Strauss.—La melodía.—El modernismo español	Pedro Henríquez Ureña	300
Jean Lorrain	Jesús Villalpando.	307
Notas de "Savia Moderna"	La Redacción	308
Bibliografía:		
Claudio Oronoz, de Rubén M. Campos	Jesús Villalpando	309
Ensayos críticos, de P. Henríquez Ureña	Ricardo Gómez Robelo.	313
Teatros, Conciertos, Opera	La Redacción.	316

GRABADOS.

TRABAJOS.	AUTORES.	Págs.
Abel muerto, escultura	Antonio Fabrés	266
En el Puerto de Veracruz, cuadro.	Diego Rivera	269
Estudio al carbón	Alberto Garduño	273
La duda, escultura	Henri Cordier	282
Auto-retrato	Eugène Carrière	290
Retrato de un niño	" "	291
Retrato de una dama	" "	294
Miss Louise Marshall Ryals	Fotografía	296

Savia Moderna aparecerá mensualmente. Se vende en las siguientes Librerías, que hemos elegido por ser las más acreditadas en la Capital:

Viuda de Ch. Bouret: 1ª del 5 de Mayo 14.—Maurice Guillot: San José el Real 2.—Librería Madrileña: Esquina de la 3ª del 5 de Mayo y Callejón de Sta. Clara.—Joaquín Canales: 3ª del 5 de Mayo 17.—Andrés Botas: Vergara 18.—Maucci Hermanos: Esquina de Santa Teresa y 1ª del Reloj.—Ramón Araluce: Callejón de Sta. Inés 5, y en nuestras Oficinas: **4ª Avenida del 5 de Mayo número 88, Despacho núm. 32.**

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado Postal núm. 5 bis, México, D. F.

Por haber quedado ya definitivamente instalados nuestros Talleres, hemos resuelto bajar el precio de suscripción á nuestra Revista, quedando ahora como sigue:

PRECIOS DE ABONO

En la Capital:

Trimestre adelantado, subscripción á domicilio.	**$ 1 50**
Números sueltos	**0 50**
En los Estados:	
Semestre adelantado	**3 00**
Números sueltos	**0 75**
En el Extranjero:	
Un año adelantado	**plata 9 00**

Para todo lo relativo á asuntos de administración, dirigirse á Evaristo Guillén, Apartado Postal núm. 5, bis, México, D. F.

México, Junio de 1906.

La Fotografía

más artística de la República

ES LA DE

José Maria Lupercio

GUADALAJARA, JAL.

Señoras y Señoritas

La conservación y embellecimiento de vuestro cutis lo obtendreis usando

LA KALODERMINA IMPERIAL,

CREMA BORATADA.

Esta preparación, compuesta de substancias higiénicas y medicinales, constituye el último producto de la ciencia moderna. Basta usarla una vez para no volver á usar otra. En Droguerias, Boticas y Perfumerias. J. M. Castillo. México D. F.

Sierra y Fernández

Electricistas Titulados
Ortega Nº 11 A —México, D. F.

Hacen toda clase de instalaciones eléctricas y de maquinaria dentro y fuera de la Capital.

PRECIOS SUMAMENTE MODICOS.

REFERENCIAS AUTORIZADAS:

Sr. Lic. D. Justo Sierra, Ministro de Instrucción Púbbica y Bellas Artes.

Sr. Ing. D. Gonzalo Garita, Director de la Escuela N. de Artes y Oficios para hombres.

Sr. D. Alberto Cárdenas, Profesor de Electricidad.

Sr. Ing. René Jonnart, Representante de la "Société de l'éclairage électrique," París.

Sr. Lic. Heliodoro Arroyo, Notario Público y del Banco Internacional é Hipotecario de México.

SAVIA MODERNA

REVISTA MENSUAL DE ARTE.

Tomo I. Julio de 1906. Núm. 5.

ODA A JUAREZ.

I

Padre, perdón: mi canto no tiene otra grandeza
que en las rituales pompas el humo del incienso;
no existe humano ritmo que abarque tu proeza,
que sólo el ritmo eterno de la Naturaleza
es digno comentario de tu valer inmenso.

II

Así, dame una chispa de tu soberbia lumbre;
vuelque en mi sombra un vívido fulgor, tu claridad;
y que mi verso, raudo como un halcón, se encumbre
hasta el aislado vértice más alto de la cumbre
á cuyos flancos miras correr la eternidad.

III

No lágrimas, no quejas, no duelos, no crespones
extiendo, gemebundo, sobre tu mausoleo;
te traigo de la púber América los dones
en el himno que elevan á ti los corazones
más grande y milagroso que un cántico de Orfeo.

IV

¿En qué bronce indomable vaciaron tus perfiles;
qué soplo prometeico te insufla el corazón;

qué médulas leoninas nutrieron tus abriles;
en qué mágica Estigia te crismaron Aquiles;
fué tu maestro, acaso, el centauro Quirón?

V

En el severo marco de una sangrienta aurora,
con un superbo gesto de firmeza tenaz,
miro surgir tu grave figura redentora
que empuña una implacable piqueta destructora ...
pero también se advierte la escuadra y el compás.

VI

La Noche de Walpurgis macabra se derrumba
sobre tu frente brava donde se estrella el mito;
y un enorme murciélago de cripta ó catacumba
en vano te persigue y en tus oídos zumba
su maldición, que alcanza la plenitud del rito.

VII

Gravemente impasible, fatal, mientras fulmíneo
se gesta en tu alma el rayo contra el prejuicio falso,
en cuántas avalanchas persistes rectilíneo,
y en los amargos éxodos, impávido y broncíneo,
cuántas espinas domas bajo tu pie descalzo!

VIII

Y fué el golpe de ariete. Jamás el Sol ha visto
en concepción y en obra tan poderoso ejemplo:
mientras te dan las bulas aspectos de Mefisto,
sacudes en tu látigo las cóleras de Cristo
y limpias de impurezas los pórticos del templo.

IX

Sí: fué un golpe de ariete; y estruendos de rebato
llegan hasta el Olimpo que partirás en dos;
y tú, el iconoclasta sin ley, el insensato,
eres el que interpretas el bíblico mandato:
"Al César lo del César, y á Dios lo que es de Dios."

X

Y en tu montaña augusta radiante de reflejos,
sobre el silencio pánico de la espantada grey,
arrojas, entre nubes de torvos entrecejos
surcadas de flamígeros relámpagos bermejos,
con ademán mosaico, las Tablas de tu Ley.

XI

¡Oh tú, Maestro Prieto, taumaturgo divino
que en escudo transformas la lira y en coraza,
y para que se cumplan los fines del destino
vibras la espada ardiente de un verso alejandrino,
y á la traición rescatas el Genio de la Raza;

XII

tú que del pueblo juntas, en armonioso grito,
dolores y esperanzas y penas y alegrías,
que de los inmortales pareces el proscrito:
ya es tiempo que un recuerdo de bronce y de granito
te arranque de tus hondas é injustas gemonías!

XIII

Aun ennegrece el cielo la nublazón oscura
de aquel gran cataclismo, cuando surca la mar
un bergantín extraño de airosa arboladura;
y oye el piloto rubio, tras de la singladura,
que las sirenas cantan: ¡reinar...! ¡reinar...! ¡reinar....!

XIV

Mas la canción se trunca cuando contigo choca;
un Hamlet inflexible y oculto en tu rigor
apaga la sonrisa que iluminó la boca
de aquella infausta Ofelia, de la princesa loca
que ambula entre fantásticas visiones de esplendor.

XV

Después contempla el mundo, con trágicos asombros,
el inmortal relieve que de la Historia exhumo:

cuando alzas la República triunfal en los escombros,
y una cruz, que cancela con sus severos hombros
el sueño del imperio que se deshizo en humo.

XVI

Por eso dijo el vate cuya intuición suprema
en obra perdurable tus hechos atestigua:
En una barca de oro que visionario rema,
vino el Príncipe artista soñando en un poema.....
y se encontró la máscara de la tragedia antigua!

XVII

Padre, perdón: no puedo llegar á tu proeza,
se pierde en tu infinito mi nébula de incienso;
sólo el Silencio es grande también, cual tu grandeza,
y sólo el ritmo eterno de la Naturaleza
es digno comentario de tu valer inmenso:

XVIII

El tumbo de los mares, los empinados riscos
de los volcanes vastos y cual tu gloria indemnes;
el ritmo de los astros de fulgurantes discos,
y las selvas que enfloran sus cien mil obeliscos,
la euritmia de las cuatro Estaciones solemnes.

XIX

Inútiles las sátiras de serpentino alarde;
tu sangre en nuestra sangre más pura se transfunde;
y ve Pasquino falso, sofístico y cobarde,
que tu memoria triunfa, se desparrama y arde
como la aurora mágica cuando la noche se hunde.

XX

Inútiles las piedras tombales, los sudarios;
los siglos te agigantan, y en los terrestres velos
se nutren tus raíces con los aniversarios;
y como ciertos árboles que cuentan centenarios,
lanzas tus frondas, siempre más verdes, á los cielos!

México, Julio 18 de 1906.

RAFAEL LÓPEZ.

Severo Amador.

SECCIÓN DE AUTÓGRAFOS.

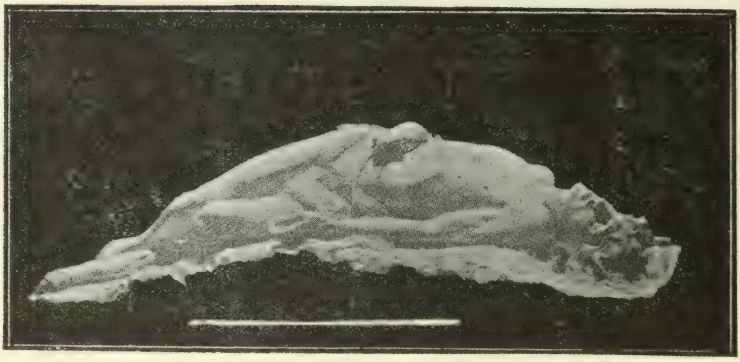
En un Album.

(inédita)

Señor ¿para que hiciste la memoria,
la mas tremenda de las obras tuyas?
Matarla por piedad, aunque destruyas
el pasado y la historia!

Manuel J. Othón

Monterrey.



Abel muerto.—Escultura de Fabrés.

ECO.

Me siento ante mi mesa con el propósito de escribir un cuento; pero no sé lo que voy á decir ni tengo siquiera alguna idea predeterminada. En realidad no me llega ninguna idea. Pero gozo intensamente recordando una deliciosa frase estampada al final de una carta en una cultísima novela francesa anónima.

Se trata de un caballero que escribe esa carta á una dama á quien está á punto de entregar su pensamiento todo. La epístola termina así:

Beso á usted la punta de sus alas.

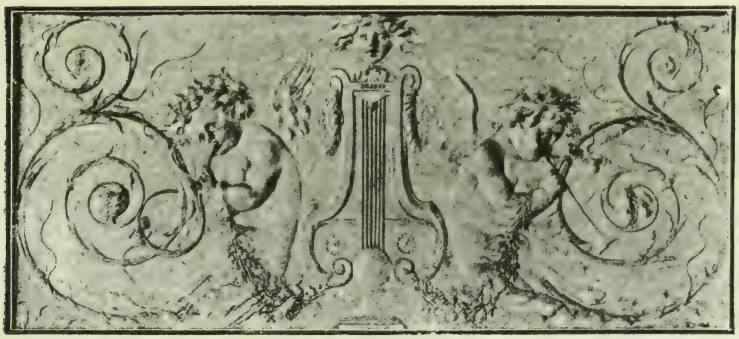
¡Divino decir!

Antójaseme, al paladearlo, rememorar mi única pasión vivida, fingirme la silueta de la única mujer á quien sinceramente pude haber dicho en un tiempo irreparable: *Beso el extremo de tus alas!*

¡Cómo se nos va la vida! ¡Cómo se nos van esos hondos y grandes amores que la llenan toda! Hoy, cuando desde la cumbre de mi indiferencia siento el orgullo de mi soledad pensativa, añoro muchas veces mi amor muerto y siento que mi serenidad es una serenidad melancólica.

Rememoro esos ojos casi utópicos que una vez me miraron, aquellas manos florales, aquellos cabellos . . . y la añoro toda, anhelante, hasta la angustia, por *besar el extremo de sus alas. . . .* !

MANUEL DE LA PARRA.



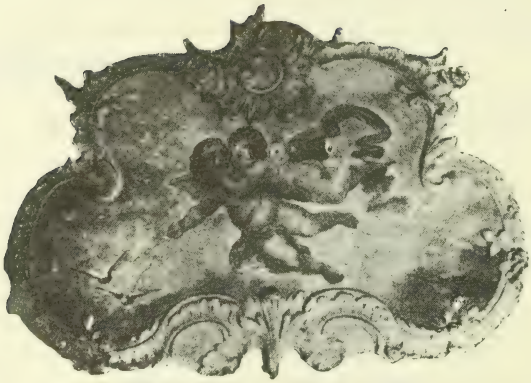
CARMET.

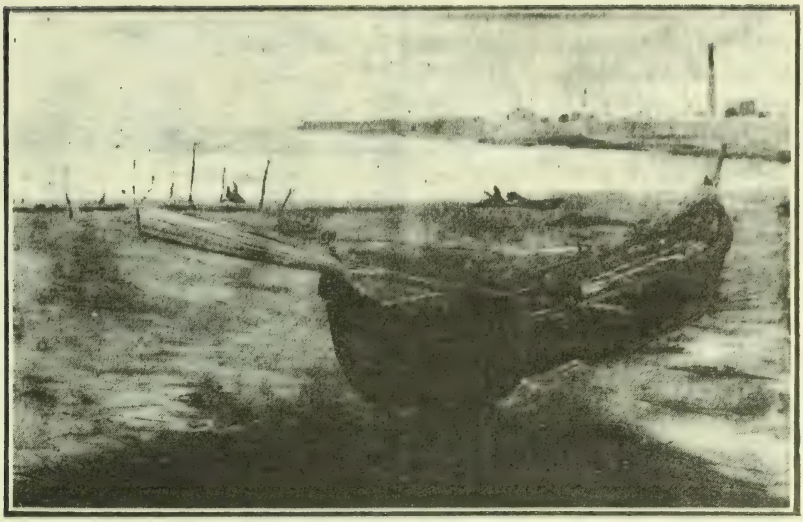
Te diré lo que existe y me convida
á soportar la vida:
La mirada que ahonda
en mí, cual una sonda.
El labio que me brinda
las mieles de su guinda.
El amor que se calla
cuando más fuerte estalla.
La gloria que sostiene,
y lo es porque no viene.
Como el bien que se brega,
que es bien hasta que llega.
La voz, como existencia
del canto y la elocuencia.
Las notas y pinceles
de Haydn y de Apeles.
El genio que reparte
el dios supremo: el Arte.
La impoluta palabra

que pinta, esculpe y labra.
El hemistiquio terso
que hace un dije de un verso.
El párrafo sonoro
que luce engaste de oro.
La poderosa idea
que en la mente garfea.
Y la pasión extraña
que se agarró con ímpetu á la entraña!

Habana, 1906.

MANUEL S. PICHARDO.





"En el puerto de Veracruz."—Oleo de Diego Rivera.
(De la Exposición de pinturas de "Savia Moderna" celebrada en Mayo.)

La tesis admirable de Plotino.

Después de meditar luengos años sus atrevidos pensamientos, el muy grande y muy profundo filósofo Plotino de Lycópolis, sintetizó su credo armonioso en estas consoladoras y desinteresadas palabras:

"El Universo emana de lo absoluto, como la luz del sol, el calor del fuego y el corólario del axioma."

"En todo lo que de Dios procede reside un vago deseo de volver á El."

"La Inteligencia, emanación primordial, es lo más excelso que existe en el mundo."

"La Individualidad es una transición entre el único origen y el único fin: Dios."

Así habló al cabo de cincuenta años, el muy grande y muy profundo místico, Plotino de Lycópolis.

En la ilustre enseñanza del Apóstol pagano resplandecen dos eximias victorias; una meramente especulativa, otra esencialmente moral. Compéndiase la primera en el concepto de las emanaciones sucesivas, concrétase la segunda en la noción ética que mira á la inteligencia como el más encumbrado atributo del mundo, y que tiende por lo tanto á encauzar las múltiples energías de la humanidad hacia este sublime desideratum: la meditación, el recogimiento, la soledad ascética. Analicemos con devoción las doctrinas de Plotino; acaso al hacerlo podamos decir, lleno el corazón de entusiasmo, que la verdad está con nosotros.

La divinidad se desarrolla dentro de sí misma—¡inefable misterio!—produciendo una serie de círculos concéntricos: la inteligencia, la voluntad, el amor, los deseos, las sensaciones, los seres y las cosas. A ese movimiento de expansión sigue otro correlativo de absorción, y, del propio modo que una piedra arrojada en un estanque conmueve la tranquila superficie de las aguas, constituyendo al principio un conjunto hermosísimo de circunferencias que se ensanchan y más tarde un sistema de anillos que se reconcentran, así también la sustancia se desenvuelve primero en una continuación prolífica de vibraciones que aumentan, para enrollarse después tendiendo á convertirse en un punto.

Eterno y múltiple cambio, prolongaciones y absorciones indefinidas, círculos que se agrandan y se alejan del centro y círculos que se empequeñecen y al acercarse al centro se intensifican. Prodigiosa y perpetua floración de la esencia, augusto vibrar del todo explicado simbólicamente por la piedra que arrojamos al estanque.

Así como en esa concepción se pregona, surgieron del seno perenne cada una de las cosas y cada uno de los seres, cada una de las formas y cada una de las fuerzas, y desde la molécula hasta el genio la vibración interminable prohijó la exuberancia de entes que nos intimida y nos subyuga hundiéndonos en el favor de lo divino y lo sublime.

Cada individualidad existente representó un ritmo, "una transición, entre el único origen y el único fin." En todo percibimos "un vago deseo de volver á Dios."

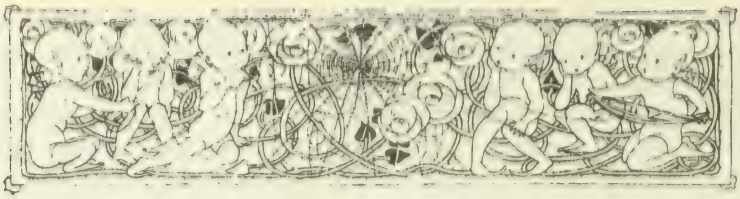
Nosotros, los que dentro del grupo optimista de los hombres ejercitamos como un culto el pensamiento, debemos penetrarnos de que nuestro pensar es uno de los ritmos más cercanos á Dios y por lo mismo nuestra norma inflexible debe ser sacrificar nuestro yo físico y moral al nobilísimo ensueño: la meditación, el ascetismo filosófico. Aun cuando nuestro cuerpo se enferme y se doble nuestra espina dorsal como una rama que sostiene un fruto suculento, aun cuando nuestro vigor se deprima y se torne nuestro rostro enjuto y cadavérico, aun cuando sin-

tamos que nuestra sangre se empobrece y nuestro cuerpo cruje y casi vive muerto, aun cuando estemos seguros de que todos los días nos internamos más y más de prisa por la senda que conduce á la tumba, aun cuando así sea, no debemos cejar en nuestro propósito, sosteniéndonos la idea de que más y más cerca nos hallamos de nuestro fin supremo. La última vez que meditemos con sinceridad, con más aguda sinceridad, será el momento en el que mejor habremos participado de Dios.

Luego vendrá la muerte, la pálida y blanca libertadora, á disgregar lo que unido formó tamaño acercamiento á la perfección. Luego se dispersará nuestra materia y se disolverá nuestra energía. ¡Qué importa! Esa materia y esa fuerza, cuando estuvieron unidas, casi se compenetraron con Dios. ¡Qué importa! De esas notas venerables renacerá la vida, y el grano que se alimente de nuestra sangre tal vez acrisole el cantar de un ave, que trine deliciosamente al apuntar el día.

Es preciso que en tanto que la abeja labra su panal y el castor se construye su morada, nosotros meditemos. Que el sol nos acoja en su opulencia luminosa y las nubes preñadas de lluvia rasguen sus senos con el dardo del rayo, que los ríos corran para calmar nuestra sed y la noche esconda nuestro sueño en su apacible negrura, que las fuerzas naturales al pasar por el tamiz de nuestro espíritu se resuelvan en ideas, que el mundo material, corruptible y corpóreo, se resuelva en lo único verdaderamente inmaterial, incorpóreo, incorruptible: el pensamiento.

ANTONIO CASO, JR.



FLOR BLANCA.

Blanca flor de pureza, eucarística flor
Que ofrendas la caricia de un aroma sutil
Y tienes en las curvas de tu extraño marfil
La gracia de esa otra Blanca Rosa de Amor.

Preciosa mensajera de un amante favor
Que cautiva y domina mi pecho varonil,
Llega, llega en buen hora y mi pobre pensil
Inmacula y transforma con tu suave color.

Florece en mis ensueños, divina y blanca flor,
Dile cuentos azules á mi alma juvenil
Y cuando con su saña me atormente el Dolor,

Ofréndame la gloria de tu aroma sutil
Y muéstrame en las curvas de tu extraño marfil
La gracia de esa otra Blanca Rosa de Amor!

ALVARO GAMBOA RICALDE.

Estudio al carbón por Alberto Garduño.

LA MUERTE ARTIFICIAL.

POR SALVADOR C. SIFUENTES.

El caso ocurrió en París hace pocos meses.

Ya reunidos en el laboratorio, casi todos los galenos invitados por el compañero propietario de la gran casa, en la cual iba á verificarse la experiencia, cada cual tomó el puesto que mejor cuadrara á su gusto y siguieron así la recomendación del Dr. Fournot que les había advertido:

—Como si cada uno de Uds. estuviese en su consultorio, hace lo que le plazca, y ocupa el lugar que más le acomode.

Cuando el Dr. Fournot opinaba que ya nadie llegaría, pues era mucho más tarde de la hora de la cita, un hombre preguntó:

—¿Ya puede pasar el *paciente?*—A fuerza de oír el término, lo había aprendido al servicio del Doctor.

—Sí; que pase—fué la respuesta.

Los facultativos se agrupaban en torno de las mesas consteladas de instrumentos y aparatos, de retortas y matraces. Junto al brillante y afilado bisturí, el tosco y macizo forceps; la fina tijera de corte compite en brillo con la delgada pinza; y allá enfrente, un horrible feto dobla sobre las rodillas la enorme cabeza empapada en alcohol, encurtida en

aguardiente, como las de muchos que no son fetos, pero que desearían no haber pasado al desarrollo, porque no habrían arrastrado una miserable vida que ha de acabar en una muerte más miserable. Así pensaba, frente al frasco, uno de los cirujanos invitados, un hombre de ojos enrojecidos, que, á pesar de la conciencia que tenía del mal que causa el alcohol, á despecho de su práctica dolorosa del mal enorme con que destruye el organismo la enloquecedora morfina, ingería el alcohol en grandes cantidades y se inyectaba la morfina; tras de un chasquido de lengua, dijo, triste, en voz relativamente alta, como si hablase con alguien:

—Sin embargo ¡ya no tengo remedio!

Más allá, en la misma mesa, junto á una sierra, había una caja de lentes y unas probetas que contenían líquidos de diversas coloraciones, todo en desorden; había hasta un libro abierto que estaba manchado por el líquido que antes contuviera el frasquillo, aun recostado sobre una lámina anatómica.

En los estantes, los libros, en desorden y empolvados, se recostaban unos sobre otros, extrañando la ausencia de sus compañeros, muchos de los cuales yacían sobre la mesa como mujeres despreciadas que de rodillas sollozan ante el amante; abiertos parecían los ojos de las letras hacia el cielo del techo, implorando misericordia, para no sufrir la mala suerte de sus compañeros que lloraban desde la alfombra.

Al oír la orden que diera el Dr. Fournot para que entrase el paciente, un ginecólogo que, con las manos á la espalda, revisaba los instrumentos que había en un estante, se acercó al grupo que empezaba á formarse en semicírculo, frente al inventor; un especialista cerró un Dieulafoy, que hojeaba con desdén, y se levantó del asiento, desprendiéndose de la nariz las obscuras gafas. El recién titulado, el imberbe de lentes sin graduación, pero que servían para darle aspecto de doctor, fué majestuosamente hasta donde estaba una escupidera, para arrojar la colilla del cigarro que fumaba, y después, entallándose la levita, se agrupó á sus compañeros—así le decían con aire de protección sus antiguos profesores: "Compañerito"—; un alienista de bigote, barbilla y ojos mefistofélicos, arrojó sobre la mesa el periódico en el cual había revisado distraídamente los fotograbados.

Todos acudieron frente al descubridor que los llamaba á su casa, para que presenciasen una experiencia de los beneficiosos efectos de su elíxir.

Entonces el Dr. Fournot, con ademán de invitación, les suplicó que pasaran á la sala contigua.

Se oyeron el "pase Ud.", "gracias", algunas fingidas toses doctorales, y no se oyeron los pasos de los invitados á la experiencia porque la espesa alfombra de la sala guardó discretamente el ruido; todos pasaron bajo el umbral de la puerta que separaba el laboratorio de piso de madera, del alfombrado y bien tapizado salón.

Aquí había muebles lujosos, espejos grandes, vistosos jarrones, artísticos cuadros, dos retratos de familia, una gran piel de tigre—el Doctor era gran aficionado á la caza—y una *chaise-longue* que iba á servir para lecho del paciente.

Repartidos y sentados ó casi recostados en sofás y sillones los doctores en medicina, volvió el cetrino hombre, que ya sabía decir *paciente*, á desinfectar pinzas, agujas, y, como un introductor de embajadores, presentó á la puerta de la sala al ya esperado *sujeto*.

—Pase Ud. y siéntese—casi le ordenó el Dr. Fournot, como un altanero y parcial Presidente de los Debates, en un jurado popular.

El *sujeto* era un hombre mortalmente empalidecido, de mirada vaga, titubeante, hirsuta cabellera de poeta ó de loco; vestía de riguroso luto. Tomó asiento.

El Dr. Fournot desde su amplio sillón empezó:

—Ilustrados compañeros: ante todo hago á Uds. presentes mis agradecimientos por haber atendido la súplica que les hice para que honraran la primera prueba de mi descubrimiento, que juzgo, sin falsas modestias, útil para los que sufren, beneficioso para la degenerada humanidad. En mi práctica profesional he hallado á muchos hombres que sufren, y muchos que sufren por causas hasta hoy no combatidas, vistas con desdén, tan sólo porque se trata, según dicen las llamadas eminencias médicas, de degeneraciones. ¡Como si los degenerados no fueran los que más necesitan que la ciencia los atienda, y que la ciencia procure redimirlos y ahorrarles sus dolores, porque, como Uds. saben bien, el que más sufre es el que comprende que es un degenerado, y no puede vencer sus pasiones que tantas amarguras le producen!

El cirujano que antes había balbucido "no tengo remedio" se revolvió en su asiento nerviosamente, y el imberbe recién titulado sonrió con intención de aparecer maquiavélico.

—Esos casos que se me han presentado, me han movido á estudiar para en algo hacer el ahorro de dolores agudos, ya que los dolores más agudos son los morales. Entre esos *casos* he hallado muchos que muevan á compasión, pero..... tenga Ud. la bondad de pasar al baño, antes de la experiencia, Mr. Larrivière; nos habíamos olvidado de este detalle—así se interrumpió en su discurso el Dr. Fournot, y cuan-

do el paciente salió de la sala silencioso, humilde, continuó el facultativo:

—No he querido que oyese el resto; prosiguió: si he hallado *casos* que muevan á compasión, que despierten los sentimientos de humanitarismo, ninguno ha logrado fundir nuestra glacial indiferencia profesional—perdón, compañeros, por las agrias verdades—como el *caso* del que va á ser *sujeto* para mi experiencia. Este hombre se ha presentado y me ha dicho, no sólo como muchos otros, con la desesperación en el semblante, con la súplica en la mirada: "Doctor, recéteme Ud. algo para que duerma; no puedo cerrar los ojos en toda la noche"; no, sino que este Mr. Larrivière me ha implorado: "Doctor, invente Ud. *algo* para que los enfermos podamos dormir con sueño compacto, con sueño espeso, sin horribles soluciones de continuidad, que son las *pesadillas*, que son los horripilantes ensueños. ¿Ud. no sabe lo que es magullarse el cuerpo, á fuerza de dar vueltas en el lecho de insomnio? ¿Ud. no sabe lo que es revolverse la cabellera contra una almohada que, á pesar de cambiar por uno y otro lado para buscar la frescura, resulta calenturienta, porque calenturienta está la cabeza que en ella quería descansar? ¿Ud. no lo sabe? ¡Es verdad! ¡Ud. es normal y no un degenerado! Pues bien, eso es horrible; es horrible temer la llegada de la noche, lo que otros esperan con ansia, porque ellos van á descansar, y nosotros los enfermos, los degenerados si Ud. quiere, vamos á sufrir aun más que durante el día, porque vamos á encontrarnos solos con el insomnio, solos con nosotros mismos, y es entonces cuando vienen todas las consideraciones de nuestra desgracia, todos los arrepentimientos de nuestras malas acciones, todas las vergüenzas por no tener fuerza de voluntad para reprimir nuestros ímpetus, todos los temores por un incierto porvenir, todos los afanes por ser buenos, todas las preocupaciones por resolver el eterno y difícil problema de la vida.

Eso es horrible; cuando tras toda una noche, va á conciliarse el sueño provocado por el cansancio del insomnio, caer en esa desesperante somnolencia dentro de la cual se sufren *pesadillas*, y acuden á nuestros oídos voces en tropel y desfilan ante nuestra vista en macabras contorsiones mezclados extraños hombres, animales deformes y caras conocidas hacía mucho tiempo olvidadas; y se comprende que con sólo abrir los ojos y ver la luz de la *veladora* se ahuyentarían todas esas apariciones; se desespera porque haya noche, porque esté obligado el hombre á acostarse á dormir para vivir; se odia la noche, se desea un día prolongado hasta que llegara una sola noche, noche eterna, la noche de la muerte.

¡Cómo es desesperante que las horas destinadas al descanso, sean las horas de mayor sufrimiento! Y eso cuando no se puede ni recurrir al consuelo de la compañía de los hombres amigos, ni de sus representantes los libros, porque los hombres duermen y también se desesperan insomnes en sus lechos, y porque los libros no los admite nuestra excitación nerviosa. Para qué leer páginas y páginas, sin entenderlas porque nuestro pensamiento está muy lejos de aquellas páginas?. .....

En fin, compañeros, afortunadamente se expresó así mi sujeto, y por último agregó: Ya que no se puede, ni aun en sueños, paralizar el pensamiento, para que haya un verdadero descanso, ya que no se puede dejar sobre el buró y en un recipiente de agua clara, el cerebro, como se dejara una dentadura postiza, para que lo recogiese uno á la mañana siguiente, limpio y fresco, por lo menos invente Ud. alguna substancia para que, ingerida ó inyectada, preste al enfermo el sueño completo, el sueño, verdadera imagen del amor, de absoluto reposo temporal, para que no se sufra ni por falta de sueño ni por sobra de ensueños dentro del sueño. ¡Vamos; una muerte artificial!

—He de advertir á Uds., que el asunto me interesó, que el *caso* llamó fuertemente mi atención, y por el amor sincero que profeso á la Humanidad, empecé á estudiar, é inauguré mis experiencias.

Ahora se explicarán mi aislamiento de Uds., mi aparente misantropía, mi aparente resolución de prescindir de clientela que me remuneraba bien, de amigos cuyo trato me deleitaba, de esa gimnasia intelectual que en la compañía de Uds. practicaba. Porque urgía buscar el indispensable remedio para los que sufren, paralizar el pensamiento de los que aun durante el sueño piensan.

Advertido esto, encuentro inútil para Uds. que conocen la renuencia de los pacientes en general para *medicarse*, pero con mayor razón la de los degenerados, explicarles cuánto habrá luchado consigo mismo ese *sujeto* á quien vamos á someter á la prueba; yo no he tenido que luchar para convencerlo, porque él ha sido quien me solicitó.

Sofocado un tanto, el Dr. Fournot respiró con fuerza, y el alienista de bigote, barbilla y mirada de Mefistófeles aprovechó la oportunidad para dirigir en torno una mirada que reía burlescamente. Por supuesto, casi todos los profesionistas presentes inclinaron la cabeza para no contestar la mirada que habían sentido, interrogante y comprometedora.

Después, el temible experimentador, temible como los que hacen experiencias con la vida de los semejantes, agregó con la palabra ya claudicante porque le había llegado el cansancio:

—La experiencia á la cual va á someterse este *sujeto* y el descubri-

miento que voy á sujetar á la opinión de Uds. consiste en la aplicación al *paciente* de dos inyecciones; la primera para que duerma el tiempo que desee—vamos á hacerlo dormir durante ocho horas, que son bastantes para que un hombre de su edad viva perfectamente—y la segunda inyección aplicada al cabo de ocho horas para que resucite, por decirlo así, puesto que, como he dicho, la primera inyección constituye La Muerte Artificial, y es la segunda inyección la que representa la resurrección. Al llegar á esta parte el doctor, llamó á la puerta el sirviente y preguntó:

—¿Puede pasar el señor?

—Adelante—y dirigiéndose á los nueve galenos que asistían al discurso, terminó el doctor:

—Vamos, señores, á aplicar la inyección para la experiencia, para la cual se ha prestado bondadosamente el Sr. Larrivière.

Y cuando el *sujeto* se despojó de su jaquet y se levantó la manga de la camisa, con mano trémula, silenciosa y resignadamente, el mozo presentó al doctor la jeringuilla que contenía la inyección; el Dr. Fournot, también trémulo, acaso desconfiado, tras pasar por encima de la región glútea del enfermo un algodón empapado en éter, hundió la aguja de la jeringuilla.

El paciente se tendió sobre la *chaise-longue* y el doctor lo cubrió con un cobertor.

Poco después el inyectado empezó á parpadear; su palidez llegó á un tinte marfilino que en verdad pasaría por la decoloración de un cadáver, y quedó, tras un ligero sacudimiento, como una mortal convulsión, inmóvil, muerto artificialmente, como decía el temible experimentador.

Mientras los galenos se agrupaban frente al *sujeto*, y el imberbe recién titulado abría desmesuradamente, antiestéticamente, los ojos, el alienista recorría la sala, revisando las pinturas. . . .

Los asistentes apuraron una copa de licor, fumaron un tabaco y cuando ya descendían las escaleras, unos sonreían, otros cuchicheábanse quién sabe cuántas cosas, y el alienista susurró compasivamente al oído del cirujano de ojos enrojecidos:

—¡Pobre Fournot, y pobre Larrivière . . . . !

Eran las doce del día; lo anunciaban las campanas de las torres; se hacía sentir un calor sofocante; heríanse los ojos con los destellos de

los cristales de los escaparates bañados por el sol; recorrían la avenida muchos carruajes; se saludaban muchos transeuntes; era la hora de plena luz y de gran movimiento; era la hora de plena vida en el boulevard.

A las 9 de la noche, sólo había en la casa del Dr. Fournot tres de los doctores invitados á la prueba definitiva: el cirujano de ojos enrojecidos, el alienista mefistofélico y el imberbe recién titulado.

Fournot había esperado con impaciencia, recorriendo nerviosamente la sala; negras líneas le subrayaban los ojos, y en su amplia frente temblaban gotas de sudor.

Quiso abreviar la experiencia; casi no habló, y como en la prueba primera, aplicó la inyección *resucitadora* al enfermo.

Siguió un silencio de voces, como en un desierto. . . .

Después, los asistentes á la experiencia reconocieron al sujeto y movieron tristemente la cabeza. El Dr. Fournot aplicó el estetoscopio al corazón del enfermo, y se pasó desesperadamente la mano por la cabeza. Hicieron todas las pruebas; por último, el experimentador practicó un corte con un bisturí en el cuerpo del enfermo, y ¡no saltó sangre! Todavía hizo un segundo corte. . . . ¡Lo mismo!

Entre tristes y burlones, sin comentar el caso, sin dar el pésame al fracasado, se alejaron los tres testigos del homicidio.

A la mañana siguiente, cuando el alienista estaba aún entre sábanás, llegó el imberbe recién titulado notablemente pálido y dijo:

—Oiga Ud. lo que dice "Le Journal": "La experiencia del Dr. Fournot".—"La Muerte Artificial".—La experiencia de cuya verificación ya tenían conocimiento nuestros lectores, ha tenido un funesto resultado; esta mañana se encontró junto á la *chaise-longue* donde reposaba exánime el cuerpo del infortunado *sujeto* Larrivière, el cadáver del Dr. Fournot. Este presentaba todos los síntomas del envenenamiento por el cianuro de potasio.—Búsquese el próximo número con detalles".

—¿Qué opina Ud?.

El alienista, con su risa mefistófelica, respondió:

—¡La Muerte Artificial! ¡Qué asombro! ¡Causó dos muertes reales! Y . . . . ¿el Dr. Fournot se decidiría á suicidarse por arrepentimiento de haber causado una muerte más, ó instigado por el amor profesional porque sufrió un enorme fracaso? . . . . ¡Quién sabe! ¿Verdad, "Compañerito"?

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.

"La duda," escultura de Henri Cordier.
(Notable escultor francés, hijo del famoso Henri Charles Cordier, autor de la Estatua de Colón situada en el Paseo de la Reforma.)

TROFEO.

¿Para qué? No, señora. Vuelvo ya de la fiesta.
Recordadlo: yo dije: ¿Queréis, bella señora,
endulzar con las mieles de vuestros labios, esta
grande y triste amargura?

Vuestros ojos de aurora
fulguraron. Y entonces, sacudiendo la testa
con orgullo, esa testa que un oro fino dora,
respondisteis: Trovero, tu blasón no me presta
lustre ni honor.—Señora! – No, trovero!

Y ahora
venís á mí con toda vuestra divina gracia
porque sabéis que sella mi noble aristocracia
un sol, sobre una cumbre magnífica y enhiesta.

Pero venís ya tarde. La pena está endulzada.
Idos en paz, Señora ..... No! Ya no quiero nada.
Para qué? Si hace mucho que volví de la fiesta.....

JOSÉ B. VELASCO.

FRAGMENTO DE "LA CHIQUILLA."

(NOVELA PRÓXIMA Á PUBLICARSE).

. . . . Desde el Puente de San Francisco hasta Plateros, extendíase una ascua luminosa, resplandeciente. Millares de foquillos eléctricos formaban caprichosos arabescos sobre las fachadas. Los había verdes, semejantes á luciérnagas; rojos como granates; azules, tan pequeñitos, que se les creyera miosotis; amarillos, de un amarillo pálido, enfermo, que agonizaba en el ambiente surcado de ráfagas de claridad policroma. En el centro de la calle, inmóviles, los grandes focos de arco, desparramaban su luz blanca, destacándose como astros.—Sobre los postes, sobre los balcones, en lo alto, ondeaban las banderas. Canastillas de rosas mustias, á medio marchitar, veíanse de trecho en trecho, bajo trofeos y escudos alineados á lo largo de la calle. Y una cascada de flores, una invasión de pétalos y de hojas, cubría las paredes, haciendo pensar en la devastación de las huertas. Frescas guirnarlas, rústicas colgaduras de heno, que mecía blandamente el aire, pendían de los alambres tendidos de esquina á esquina. El cielo, á pesar de su tinte azul, aparecía como enorme franja negra que cubría aquel lujo de color, que allá á lo lejos, en el término de la calle, transformábase en incendio brillante.

La chiquilla reía. ¡Qué hermoso era todo aquello! Creía soñar, deleitarse en la contemplación de una morada maravillosa de hadas. Oprimiendo el brazo delgaducho de Linares, avanzaba pausadamente, confundida entre la muchedumbre que henchía las aceras y el arroyo.

Bajo el resplandor intenso tornábase misterioso el bullir de las masas. La gente se apretaba sudorosa, fatigada. Pero eran muchas las caras sonrientes: caras bonachonas de burgueses que se prometían una noche de holgorio; caras jóvenes, arreboladas por el calor de la embriaguez; caras infantiles, de labios frescos, de ojos vivos que se cerraban ante la profusa luz. El murmullo que ascendía era entrecortado á veces por gritos de júbilo, por las exclamaciones de las turbas vociferadoras de muchachos que ya comenzaban á recorrer la calle, al son de los toques estridentes de las cornetas de barro y del redoblar de improvisados tambores: botes de hojalata y cajas de cartón.

A la puerta del Jockey Club, señorones enfundados en airosas levitas, ostentando el sombrero de copa y el plastrón novísimo, contemplaban el desfile, dirigiendo frases á los mozos barbilindos que les acompañaban, los cuales, haciendo muecas de fastidio bajo la ancha ala de su jipijapa, afirmaban tener náuseas. Era un oprobio que la chusma aquella fuese á envilecer la atmósfera del *boulevard* con su olor de miseria; horrorizaba, en verdad, que mujerzuelas de la peor catadura, de vientres hinchados por la maternidad, se codearan con las damas distinguidas.

Lena, sin pensarlo, participaba de las mismas ideas. Sentía repugnancia al verse encerrada entre la muchedumbre. Y si reía, era para burlarse á más y mejor de los modales de los pobres.—No, ella tendía á lo alto, á lo *chic*. Por eso la seducían las pastelerías y *restaurants* caros. Agitábase allí la flor y nata de la aristocracia mexicana: chicas ataviadas lujosamente, de rostros pálidos y nerviosos; galanes enamorados de las *poses* sutiles, que se inclinaban cuchicheando, en torno de las mesitas cuajadas de cristalería valiosa.—De buena gana hubiera entrado; pero, sabedora de los escasos recursos del pobrete de su cuñado, ni siquiera se atrevió á insinuar su deseo. Contentábase con detenerse junto á los escaparates, resistiendo la marea humana que pretendía arrollarles. Placíala clavar los rientes ojillos en los interiores lujosos, de blancas paredes, de ricos artesonados. ¡Qué algarada reinaba allí! Las dependientas, coquetonas y sonrientes, luciendo delantales llenos de encajes, iban y venían; rondaban entre los parroquianos, como abejas; metían las manos blanquísimas en los frascos de bombones; envolvían los pasteles en paquetes, atando éstos con delicadeza, y poniendo encima de ellos, traidoramente, un ramillete de violetas cuyo aroma creía ella aspirar desde afuera.

Eugenio Linares, de pie á espaldas de la chiquilla, inclinado, miraba los ricillos que temblequeaban en su nuca. No eran tan finos co-

mo los de Antoñita; pero, en cambio, tenían tales rebeldías, tal encanto, que parecían atraerle. Aspiraba las emanaciones del cuello moreno, encerrado en la boa blanca; embriagábase al sentir el calor del cuerpecito voluptuoso contra el cual le empujaba el gentío. Sus sensaciones, más suaves que las de la última noche de charla en la azotea, eran sin embargo lo suficiente fuertes para aprisionarle.—Envolvíala en las oleadas tibias de su aliento, sin percatarse de que no reía ya, de que miraba el espectáculo de la pastelería con una atención semejante á la tristeza. Se encontraron sus miradas, y Linares adivinó el secreto del mutismo de Lena. En su mente fulguró una idea infantil. ¿Si la conquistase haciéndola gozar del boato de allí dentro?

No vaciló un instante. Guardaba en la cartera un billete de diez duros, destinado á pagar el alquiler del cuarto. ¡Qué demonio! Justo le parecía derrocharlo como príncipe. Alguna vez se han de dar gusto los hombres honrados. Y oprimiendo cariñosamente el brazo de Lena, murmuró á su oído, con voz juguetona, en la que se podía advertir leve temblor:

—¿Quieres?

La moza hizo un mohín negativo.

—¡Pillo! Y me lo propones como si tuvieras los bolsillos repletos.

—Anda, vamos. . . .

—No, señorito. Seguiremos nuestro camino como pobres.

—Lena. . . .

—Nada, nada de ruegos.

Continuaba diciendo que no con la cabeza. Respondía á las insinuaciones de Linares con palabras inquebrantables, hijas, en la apariencia, de la más firme decisión. Mas no se movía; sus ojos pícaros, sus gruesos labios, su gesto encantador de chiquilla candorosa y ligera, la contradecían. Aquella mirada, aquella sonrisa, aquella mueca, pronunciaban un "sí" mudo. Al cabo, una risa de ambos les delató. Los dos querían entrar; franqueza por franqueza. Y la chiquilla, estrechando amorosa el brazo de su compañero, deleitóse al oír el taconeo de sus botitas nuevas sobre el terso mosaico.

. . . . . .

CARLOS GONZALEZ PEÑA.

J. A. Ruiz –

RAPIDA.

¡Pelo color de carey!
Porque hace tanta conquista
lo debe oprimir la ley
con el laurel del artista,
ó la corona de un rey!
Con suaves ondulaciones
de lago, cuando se riza
al pasar las ilusiones,
¡náyades que van aprisa
huyendo de los tritones!
Oleaje de mar en calma
donde hay rumor y cadencias,
y, cuando en él boga el alma,
despide fosforescencias.
....
Para copiarlo fielmente,
si yo en pintar fuera diestra,
contemplando el Occidente
pondría nubes de muestra
doradas al sol poniente.
Esos grupos de vapores

encrespados y revueltos
con sombras y resplandores,
en oro fluido disueltos
y entre ambiente de colores.
El fenómeno de ley
natural, también copiara
cuando eclipsa el astro rey,
para imitar esa rara
transparencia de carey,
De obscuros tonos, mezclados
con reflejos ambarinos,
que sin duda fueron dados
con los pinceles divinos
en caos y en fiat, empapados!
En relicario secreto
hecho con oro de ley,
te llevara de amuleto
¡pelo color de carey!
¡O te tendría sujeto
con la corona de un rey!

SEVERA ARÓSTEGUI.

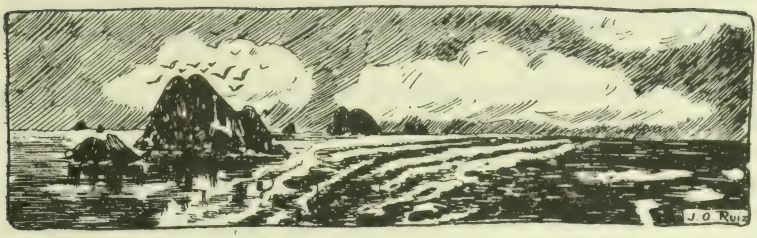
EN UN ALBUM DE ARTISTA

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento. Siendo igualmente justo te habré dicho sin duda mucho más.—Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte, amaron en el poeta el dón de una impasibilidad que resguardara á las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento. Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelícano; porque sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos al mismo tiempo un arrullo para nuestro corazón y un eco para nuestras tristezas.—Ellos le hablan para decirle: "Haznos, estatuario, una estatua, que llore ó ría; qué muestre el gesto del amor, de la meditación, ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura." Nosotros le decimos: "Escúlpenos una elegía en mármol negro; y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón." Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset . . . .

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Uruguay.

"Auto-retrato."—Carrière.



ARTISTAS EXTRANJEROS

EUGENIO CARRIERE

La reproducción por medio del grabado ha llegado á tal exactitud que, distantes y privados de la contemplación de las obras pictóricas europeas, podemos comprender su espíritu y presentir su belleza; y aunque la mayor parte estén desprovistas del encanto del color, la composición y el dibujo nos revelan cualidades fundamentales, haciéndonos penetrar más hondamente en lo que constituye el fondo mismo del asunto.

"Retrato de niño"—Carrière.

Cuando veo un buen grabado, en blanco y negro, imagino admirar el cartón definitivo, que será reproducido exactamente en el cuadro, según el procedimiento de algunos pintores, y de este modo aprendo á juzgar las tendencias del artista.

Ahora bien, como el grabado no fué anterior á la pintura, sino obtenido directamente de ella, proporciona grandes enseñanzas sobre el manejo del color, la armonía total y el tratamiento de las masas expresadas en valores.

En las reproducciones de obras de coloristas pierde la obra, como dije antes, gran parte de sus méritos, mas persiste siempre la concepción, y ya es mucho obtener.

Sirva lo anterior de explicación y disculpa á mis notas sobre artistas extranjeros y muy especialmente para este homenaje á Eugenio Carrière, muerto recientemente.

El siglo pasado, uno de los más ricos que registra la historia en sus fastos de arte, asistió á la trascendente renovación de las valiosas tradiciones antiguas: desde las arcaicas egipcias y helenas, hasta las del intenso movimiento pre-rafaelista. Vinieron á añadirse, como consecuencia, las sutiles observaciones de la crítica que pedían salir de los moldes académicos á la riqueza y la libertad del aire y de la vida.

Hay que recordar en Francia los esfuerzos de David, de Gérard, de Ingres, de Delacroix y al fin los de Manet y Degas; príncipes espirituales de la expresión á los que vino á añadirse Carrière, proclamado en los años de setenta como el más grande mágico de la fisonomía humana. Dos fueron las grandes influencias que determinaron la manifestación de su propia individualidad: La Tour y Rubens. A los diecinueve años, en San Quintín, conoció los pasteles del admirable retratista que supo reunir la fina y complicada observación de un La Bruyère con toda la gracia y la ligereza carasterísticas de la raza. Entonces quiso ser pintor y afirmó definitivamente su voluntad; pero el color, la pintura propiamente dicha, no le fué revelada sino en Dresde, donde, admirado, estudió durante muchas prolongadas horas, la obra de Rubens, desesperación de los académicos y gran escanciador de los que se embriagan en fiestas de colores.

Permaneciendo personal, es Carrière discípulo de esas dos escuelas, y no entiendo por escuela sino la que forman un maestro, grande artista, y un estudiante que á comprenderlo se dedica, grande artista también. No obstante, no habría llegado á la conquista total de sus medios sin haber tenido por precursores á los pintores que he señalado, especialmente Degas y Manet, los visionarios que dieron nuevas formas á la pintura y aguzaron la visión espiritual que funde y sintetiza la forma y el alma de los seres, sorprendiéndolos bajo la impresión de los momentos fugitivos. De aquí vino el nombre de impresionistas, pobre nombre que como todos ellos ha servido de portaestandarte para absurdos, miserias y miopías que no distinguen sino procedimientos aislados, sin relación con la idea á que sirven ni con la visión que realizan.

Desde luego: ¡qué diferencia del retrato redondo y lindo de los

tiempos anteriores! ¡cuán lejos el color y del modelado de las pinturas de estos maestros los rostros desleídos en la suavidad femenil de las tintas! Cuán ajena su técnica á las convenciones anticuadas! De esta gloriosa era data la precisión de tonos y matices, la construcción de las fisonomías bajo la gran revelación de la luz, semejante al procedimiento de los arquitectos, y la caracterización en el retrato de aquello, raro y extraño, misterioso y profundo que es la individualidad.

A estas cualidades Carrière añadió una nueva complicación: al elegir para sus modelos individualidades altas y conscientes, almas selectas que eran símbolos siendo hombres.

Asiduo concurrente al granero de los Goncourt, Edmundo recogió palabras del pintor en las que explica su procedimiento y su deseo: "Cuando hago un sér, pienso, todo el tiempo, en que tengo que pintar *formas habitadas*", ó bien le hablaba de "sus esfuerzos, de su ambición de atrapar lo fugitivo de la expresión de un rostro; de su trabajo, en fin, encarnizado y emprendido sin tregua, para fijar algo de lo moral de un sér sobre una tela", preciosos datos que nos da su amigo Geffroy, otro de los concurrentes al granero, y de quien Carrière pintó, para la biblioteca Goncourt, un admirable retrato, como el del mis- Edmundo el pontífice, como el de Daudet ó como el de Verlaine.

Su predilección por el retrato psicológico,—que es el único,—no le impide la conquista de otro reino: almas sutiles y profundas lo atrajeron: la de la madre, la del niño, la de las masas y también el alma solitaria y llena de amor y desolaciones de Jesucristo, á quien pintó en la cruz, solo con la madre dolorosa, que atrás y con los ojos bajos, juntas las manos en terrible aflicción, llora desconsolada la muerte de su hijo, en tanto que el nazareno, suspendido por los brazos que descoyuntó la pesada carga, demuestra en los ojos hundidos en un círculo de sombras la inutilidad de su amor y su sacrificio.

La Maternidad, la Infancia y la Masa: por una antítesis perfectamente comprensible, Carrière, pintor de almas en que brilla el pensamiento, buscó también las almas en que el instinto es profundamente dominador: y ¡qué admirable fué cuando en los besos y en los juegos de la madre y de la prole, idealizó la incomparable y bella animalidad del sentimiento más puro y más ardiente, cuando hace que una mujer, mientras sostiene á una criatura toda torcida por el abrazo, bese á otra que de pie y tendida la mejilla, gesticula sintiendo el esfuerzo de la mano que le echa atrás la cabeza y bajo la presión de la boca ávida y absorbente!

¡Es admirable! ¡Es conmovedor ese cuadro de adoración y de can-

dor! ¡No sé qué bondades, qué delirantes frenesíes abrasarían el alma de Carrière, esposo y padre, para darle la visión de tanto amor con tanta sencillez! ¡Oh, verdad que sólo ante las grandes ilusiones apareces!

Véase también el "Beso de la noche", cuando todos los cachorros se agrupan en torno de la madre, y ella, que para quien son su carne y su sangre, se aflige porque tiene que separarse de ellos durante la eternidad de una noche, y véanse las ternuras indecibles de los hijos

"Retrato de una dama."—Carrière.

que la abrazan, se reclinan en ella, ó la contemplan, y, por último, el goce puramente vegetativo del más pequeño, que apoyado con abandono real en el brazo materno, chupa el seno generoso, á la vez que lo acaricia con la manita redonda.....

El pequeñín que reproducimos dará idea del amor y la delicia que despiertan en Carrière las almas inmaculadas, en todas sus actitudes y especialmente en sus goces: chúpase el pulgar y escucha con el placer físico de sus años el sonar del cascabel adherido al chupón: pronto invertirá tan alegres ocupaciones y mordiendo con las encías el aro de

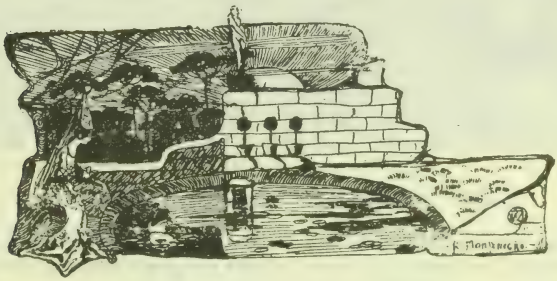
marfil agitará la mano, con ese ademán de los niños que parecen sonreír á un ángel en tanto pasan sus dedos por las plumas de las alas.

Las masas, fundidas en un sólo sentimiento, de admiración y entusiasmo, son amadas por Carrière, tal vez porque las mira como continuación de los niños, pues es de advertirse que son públicos populares los que copia, y halla en las actitudes y en las pupilas el movimiento palpitante que produce la atracción del espectáculo; pues los niños han cambiado y hay ya seriedad en su mirada, las manos se llevan á los labios en postura meditativa y los brazos cruzados sirven de apoyo al busto inclinado para que la cabeza atienda: es la transición: es una de las tres formas expresadas por Carrière; pasando del niño que torpemente, como un perrillo, tiende las manos buscando á la hermanita que echada para atrás no sabe cómo sostenerse y abrazar al que la busca, á la dolorosa y profunda mirada de Daudet que con la amargura en los labios ama á los hombres y observa cuánto sufren.

Por lo que he leído, entre los cronistas y críticos, Carrière fué todo corazón: su obra corresponde á su vida y su genio á su bondad: amado por sus amigos, su muerte fué más lúgubre, pues así como dejara apenas comenzada su tarea, no había saciado la sed que despertó en el cariño de sus compañeros. Esta sed era recíproca, este amor nacía del gran amor que Carrière guardaba en su alma, tan apasionado y profundo, tan grande y tan hermoso que sus últimas palabras, dichas á dos de sus hijos que estaban próximos, fueron: "Amaos todos con frenesí."

Triste y bello destino del hombre: caer bajo un soplo; ser un momento; brillar un instante, pero dejando algo inmaterial y sólo suyo que ni cae, ni muere, ni se apaga!

RICARDO GOMEZ ROBELO.



MISS LOUISE MARSHALL RYALS,

POETISA NORTE-AMERICANA QUE VISITA ACTUALMENTE NUESTRO PAÍS. "SAVIA MODERNA" SE COMPLACE EN SALUDAR Á LA JOVEN POETISA Y PUBLICAR DOS SUGESTIVAS COMPOSICIONES SUYAS.

THE MARSHES

I stand alone and watch the pale, white stars
And listen to the sea's far monotone.
Across the night I see the long grass sway
  Windblown.

Through rising mists and darks of silent night
  Startles the sound of a sea-gull's lonely cry,
And under the far, cold stars—the stealthy tide
  And I.

I see the rising waters leap and gleam
And the soul of the marshes speaks to the soul of me,
The night winds sob as they blow from the far-away
  Of the never-to-be.

Oh, soul of my strength, flow out to the boundless night
  That the end of my lonely watch may sooner be!
For answer—only the lisp of windblown reeds
  And the far sad monotone of the sea.

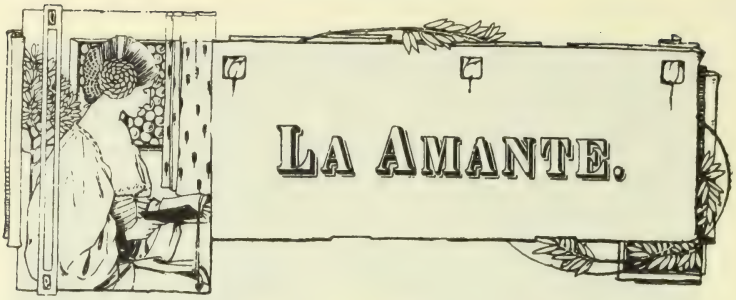
THE OPEN SEA.

There's a stir of unrest in the world around,
  A sigh for the never-to-be.
But he leaves sorrows of men behind
  Who steers for the open sea.

And who, though he holds in his hand the world
  And all that was meant to be,
Can rob me of God's free out-of-doors
  Or the wild gray path of the sea?

So a laugh for the littleness of men,
  And a smile for what's lost to me.
For youth and the joy of life, thank God!
  And so for the open sea!

LOUISE MARSHALL RYALS.



Ella.—¿Y usted no ha tenido nunca una amante?

El poeta.—No.

Ella.—¿Cómo es entonces que habla usted tan fascinadoramente de amor cuando no lo ha sentido?

El poeta.—Yo he sentido *intensamente* el amor.

Ella.—¿Pero por qué? ¿por quién? ..... No entiendo.

El poeta.—Son cosas esas que no se entienden, se sienten.

Ella.—Yo querría saber si usted, como poeta, pudiera amar á una mujer ..... así ..... de carne y sangre .....

El poeta.—Puedo, pero la mataría con ello.

Ella.—¿Con el amor de usted?

El poeta.—Sí, con mi amor. El sobresalto que llenaría su alma dormida cuando yo la despertase, cuando por la ventana de sus ojos me asomase á ver á la Bella Durmiente del Bosque, sería tan hondo, tan hondo, ese sobresalto, que habría de arrastrarla al reino pálido de la muerte.

Ella.—¿E iría usted con ella allá ... ?

El poeta.—¡Quién sabe!

Ella.—Aun cuando fuera sola, quisiera ir yo así, al reino pálido.

MANUEL DE LA PARRA.

EN EL ATLÁNTICO.

La nave hendía con su férrea prora
El agua, tan inmóvil como el hielo.
Había en el espacio un vasto anhelo
Y en mi nostalgia irradiación de aurora.

Ante los dos, la inmensidad sonora
Del mar y el aire. En el confín, un vuelo
Lento y blanco de nubes. En el cielo,
La majestad divina de la hora.

Envuelta del ocaso en el incendio,
En tí vieron mis ojos el compendio
De la augusta belleza circundante;

Fué tu gracia en mi espíritu victoria.....
Y en mi recuerdo eternizó su gloria
El esplendor fugaz de aquel instante!

DARIO HERRERA.

VIDA INTELECTUAL Y ARTISTICA

(Revista de libros y periódicos.)

LA INFLUENCIA DE NIETZSCHE.

Desde la entrada de esta centuria se iniciaron y han ido creciendo vigorosas reacciones contra muchas de las tendencias predominantes á fines del siglo XIX. Acaso la más curiosa y característica ha sido la reacción contra la influencia de Nietzsche.

Después del magistral estudio de Fouillée, *Nietzsche et l'inmoralisme*, Duprat en su *Moral* compara las ideas del filósofo alemán con las de Tolstoi, y declara que las de ambos son incompletas. Un escritor norteamericano, John Graham Brooks, pone en parangón á Nietzsche, "el que niega", con Maeterlinck, "el que afirma", y proclama la superioridad de las tendencias del último.

No hace mucho, la revista *Labor Nueva*, de los sociólogos catalanes Valentí Camp y José Antich, formulaba esta pregunta:

"¿Por qué á despecho de la cultura y de la razón en que decimos vivir, un literato neurasténico como Nietzsche ha conmovido filosófi-

camente á Europa y ha arrastrado á gran parte de la juventud intelectual?''

A pesar de todas estas manifestaciones, y de que algunos de los artistas adeptos de Nietzsche, como D'Annunzio y Richard Strauss, parecen haberlo olvidado un tanto, la influencia del creador de Zarathustra resurge á cada momento, si bien hoy se atiende más que antes á la parte ''constructiva'' de su filosofía.

Hace dos años, el humorista irlandés Bernard Shaw, daba una curiosa interpretación dramática de la teoría del *superhombre*; y más recientemente el psicólogo argentino Ingegnieros establece en su libro *Italia* una comparación (que gustaría mucho á Bernard Shaw si pudiera leerla) entre Jesús y Federico, ''los dos locos que han polarizado la moral humana'', decidiéndose, naturalmente, por las doctrinas del último.

Es aventurado asegurar que Nietzsche llegue á ejercer una influencia tan vasta en la humanidad como la de Jesús, pero sí puede preverse (y se está viendo) que sus doctrinas se prestarán á interpretaciones tan diversas como las que se han dado á las prédicas del Galileo.

En los libros y periódicos de última hora encontramos nuevos estudios sobre la influencia del ''gran destructor''. En la *Saturday Review* de Londres, el conocido crítico John F. Runciman dice que los nuevos músicos de Francia y Alemania, ''sin adoptar las opiniones de Nietzsche sobre música, han tomado de él la idea de ser completamente originales y no ser por más tiempo esclavos de Wagner''. ''Nietzsche les ha hecho olvidar que el único modo de llegar á ser original es asimilar los métodos de nuestros abuelos y no tratar de disfrazarlos con trajes raros y fragmentos inventados.''

Runciman señala también la influencia que la filosofía de Nietzsche ha ejercido en Charpentier, autor de ''Louise'', Borne, autor de ''Les Girondins'', y en Richard Strauss y Fritz Delius, que han compuesto poemas sobre ''Zarathustra'', amén de otros compositores de menos importancia.

En un libro de ''Estudios sobre la literatura alemana moderna'', el Profesor Heller, al estudiar la novela contemporánea y en especial la producida por mujeres, dice:

''La más poderosa tendencia en la literatura alemana de hoy es la de la más alta libertad individual. El efecto de la nueva rebelión promovida por el atrevido genio de Nietzsche, se manifiesta en la dirección que ha tomado, en la novela, la causa feminista. Los derechos

de la personalidad, que antes se subordinaban al bienestar común, se afirman ahora enfáticamente.

"Las principales agitadoras del día exultan la vida *creadora* por encima de la vida aprobada por el convenio social, y no discuten el derecho del individuo de saltar por sobre las fórmulas morales al uso.

"La Novela alemana actual ha salido del período de realismo franco para lanzarse en la investigación psicológica, y, naturalmente, las mujeres se han dedicado más al análisis de sí mismas."

El autor cita á Gabrielle Reuter, autora de una novela famosa, "De buena familia", en la cual protesta contra todas las formas de la tiranía social; á Helene Boehlau, quien se inspiraba antes en Goethe, y ahora, seducida por las ideas de Nietzsche, exulta la tendencia á una vida superior, cuyo *culmen* se halla en los momentos supremos, sean estos de triunfo ó de derrota; á Clara Viebig, la más conspicua, ya traducida al francés, "apóstol de la doctrina de anti-emancipación de Laura Marholm, la cual afirma que la mujer es una obra fragmentaria de la Naturaleza y necesita ser completada por su unión con el hombre"; y por último, entre las más jóvenes y menos estrictamente nietzscheanas, á Sophie Hoechstetter, Helene von Montbart (por seudónimo Hans von Kahlenberg), y Ricarda Huch.

El joven pensador italiano Giovanni Papini acaba de publicar un libro, "Il crepuscolo dei filosofi", en el cual estudia á Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte, Spencer y Nietzsche, á quien dedica un capítulo "óptimo, sugestivo y paradojal".

Para demostrar hasta qué punto ha influído el último filósofo en Papini, basta copiar el resumen que de la filosofía de este hace la revista italiana *Rinascimento:*

"El hombre tiende naturalmente á aumentar su poder, y puesto que los medios que están hoy á su alcance son insuficientes, es preciso crear nuevas fuerzas, y, utilizando principalmente la fuerza que cada uno lleva en sí, que es el alma, completar la ecuación entre el mundo real y aquel ideal, individualizar el arte, con lo cual cada hombre será artista, y, al paso que las religiones ensancharán nuestro campo de imaginación, la ciencia dará mayores posibilidades de modificar las cosas, la filosofía vivirá como género literario y la metafísica podrá tomar el puesto de poema épico. Precisa, sobre todo, obrar, obrar infinitamente. Para huír del dolor, los hombres tienen dos medios: la renuncia y la omnipotencia. Fallido el primero, sólo queda el segundo. Cuando el hombre lo haya obtenido todo, el mundo cambiará de valor, los deseos se apagarán, el hombre será *también* el mundo, y el mundo será parte

del hombre: el reino de *lo diverso* desaparecerá, y le sucederá el *único concreto*, que será el verdadero *nirvana*, el fin del mundo por medio de su perfección. Tal es el problema del hombre–dios: no es el dios quien se encarna, sino el hombre quien se endiosa. Es necesario, pues, desarrollar, rehacer el mundo que hasta hoy nos habíamos limitado á contemplar."

ANTON BRUCKNER.

Sobre este compositor austriaco escribe el eminente músico español D. Felipe Pedrell: "Por toda Alemania y Austria, Bruckner es reconocido tardíamente ¡después de muerto! maestro, digno sucesor de Beethoven en la sinfonía é igual á Brahms de las naciones latinas no le conocen todavía. Los muertos ilustres no van *vite*, como los de la balada de Bürger, cuando se reflexiona sobre estas dos fechas: 1824–1896."

Bruckner, que fué grande admirador y amigo de Wagner, empezó á componer tarde. Encontró mucha oposición, sobre todo por parte de Eduard Hanslick, crítico retrógado que fué, sin embargo, el árbitro de la crítica berlinesa durante muchos años. Ya en sus últimos años, comenzó á ver reconocidos sus méritos, y directores de orquesta de la talla de Nikisch, Hans Richter, Löwe y Herman Levi dirigieron ejecuciones de sus obras.

Las principales composiciones de Bruckner son tres *Misas* y nueve *Sinfonías*. La última de estas está dedicada "A Dios" y termina con un "Te Deum" coral, pareciéndose en esto á la *Novena Sinfonía* de Beethoven, que termina con la "Oda á la Alegría" de Schiller cantada por coro.

RICHARD STRAUSS.

Hace poco estuvo en París el revolucionario compositor alemán Richard Strauss y dirigió en los célebres conciertos del Châtelet su *Sinfonía doméstica*, el último de sus poemas tonales, estrenado en Nueva York en 1904 bajo la dirección del mismo Strauss. La *Sinfonía doméstica* ha sido por lo general muy celebrada por la crítica de París, que reconoce en el autor el primer polifonista de la época; pero algunos

críticos, entre los cuales se cuenta Camille Bellaigue, se declaran en contra de ella y de la "program-musik" en general.

La *Salomé* del mismo Strauss ha sido la ópera más sensacional de la temporada en Alemania y Austria. Sobre esta obra se han publicado ya multitud de juicios, algunos muy favorables de críticos franceses é ingleses. Todos reconocen que la obra es de una excepcional potencia dramática y que tiene efectos altamente sugestivos. La técnica revolucionaria del autor desconcierta á muchos críticos.

En la revista italiana "Rinascimento" escribe Alfredo Untersteiner: "El autor es un gran mago que atrae á los doctos y á los ignorantes y á todos los subyuga. En el teatro, su ópera es de tal manera variada, la música es tan vigorosa, los efectos tan sugestivos, la técnica tan grandiosa y sapiente, que se pregunta el espectador si aquello es música ó algo diverso."

LA MELODIA.

A propósito de Richard Strauss, es curioso anotar que ciertos críticos le reprochan carencia de gran invención melódica. Camille Bellaigue cita á este respecto una excelente definición de la melodía por Gounod: "Lo típico de una melodía es ser, no una forma cualquiera, más ó menos vaga, sino una silueta determinada, con carácter peculiar, que llame la atención instantáneamente. No es un enigma ni un problema; es una figura neta, es decir, un *sér*. Una sucesión cualquiera de notas no constituye una melodía; es presiso que esta sucesión dé como resultado una realidad completa, viviente y consistente por sí sola."

Pero, aceptando esa definición, hay diversos modos de *oír* y *entender* esa realidad viviente que debe ser la melodía. Abundan en Strauss los temas característicos, más ó menos agradables para los oídos acostumbrados á la melodía antigua, pero también existen melodías de irresistible encanto, aun en sus más raras obras, como *Zarathustra* ó *La vida de un héroe*.

Es raro el hecho de que, en estos momentos en que se impone Strauss, portador de "la última palabra" en materias musicales, se acentúe una reacción en favor de la ópera italiana de principios del siglo XIX. En Italia, esto se ha debido en parte al triunfo de María Barrientos; en los Estados Unidos, á la "conjunción" de dos estrellas

excepcionales del *bel canto*, Caruso y la Sembrich. Así se ha visto resurgir á la vida óperas olvidadas en el repertorio de los grandes teatros como *L'elisire d'amore*, *Linda di Chamounix*, *Dan Pasquale*, *La favorita*, *Lucrezia Borgia*, *La sonnambula*, *Ernani;* en Alemania, en Italia, y en Francia han obtenido gran éxito las *réprises* de *Il trovatore*, *La traviata* y *Norma*. En este momento, el repertorio italiano antiguo en gran parte ha vencido al nuevo y casi se ha alzado al nivel del repertorio wagneriano, que es el que universalmente predomina (excepto, por desgracia, en la América española).

La reacción no se debe sólo al público, sino que ha sido apoyada por parte de la crítica. Por de contado, no se elogia el método, el procedimiento de los antiguos, sino su inspiración melódica; y si bien es verdad que la melodía italiana no alcanza en nobleza y vigor de expresión á la melodía de la ópera alemana, de Mozart y Beethoven á Weber y Wagner, no menos es cierto que, en contraposición con la melodía de los italianos de última hora, que oscila entre lo groseramente vulgar y lo afanosamente rebuscado, es muchas veces un solaz retornar á los viejos aires de Rossini y sobre todo de Verdi.

Otro crítico de la revista "Rinascimento", al hablar de *La Figlia di Iorio* de Franchetti, última producción del más notable de los músicos contemporáneos de Italia, escribe:

"La idea dominante de Franchetti, libertar la melodía del poderoso yugo de la sinfonía orquestal, aparece clara, pero no igualmente eficaz en todas sus manifestaciones. Por más que se haga y diga, los progresos de la evolución orquestal han sido tan grandes y tenaces que no es posible destruírlos ni olvidarlos para reencauzar las formas musicales á la áurea sencillez de los grandes maestros italianos del siglo pasado. Y luego, aunque se pudiese, el temperamento artístico vence todo preconcepto, toda voluntad, toda tentativa.

"Para hacer melodía pura, es necesario poseer en el cerebro un tesoro oculto de ideas canoras que florezcan espontáneamente como florecieron en las divinas almas de Vincenzo Bellini (!), de Gaetano Donizetti (!), de Giuseppe Verdi. La melodía es un mero producto de la fantasía, no es un producto de laboratorio. El maestro Franchetti, que lo sabe muy bien, y que no puede, ya en su madurez artística, renunciar á su estilo más personal que es de poderoso sinfonista, ha triunfado de nuevo esta vez por virtud de su fuerza y sus aptitudes dramáticas. No le falta á Franchetti la vena melódica, pero á pesar de su excesiva facilidad esta es algo rígida, no tiene mucha transparencia ni carácter determinado é incisivo. Y en *La figlia di Iorio*, á

pesar de que la inspiración del músico encontró magnífico auxilio en las melodías populares, no es la melodía la que triunfa, sino las piezas concertadas, la riqueza y el color de la instrumentación, en todo lo cual Franchetti es señor absoluto.''

EL MODERNISMO ESPAÑOL.

Sobre ''El Modernismo español'' escribe un curioso artículo Manuel Bueno. Se propone probar que en España no existe tal secta literaria y de paso insinúa que esta no tiene propósito ni carácter. Pero las pruebas que aduce Bueno son inútiles: consagra así todo su artículo á demostrar que ni Pérez Galdós, ni Palacio Valdés, ni la Pardo Bazán, ni ninguno de los grandes escrirores de las viejas generaciones sin modernistas. Esto no necesitaba ser demostrado. Al terminar, afirma que no son modernistas ni Blasco Ibáñez, ni Pío Baroja (esto tampoco es novedad), ni *Azorín*, ni Valle-Inclán, ni el americano Gómez Carrillo.

Bueno no define el modernismo: por lo tanto puede suponerse que los rasgos que él juzgue característicos de esa escuela no los encuentre en *Azorín*, ni (aunque esto se hace más difícil creerlo) en Valle-Inclán. Pero Gómez Carrillo ha sido el vulgarizador del modernismo francés en los países españoles, y en su reciente trabajo ''El arte de trabajar la prosa artística'' defiende mngistralmente la renovación del estilo.

Pero hay otros modernistas en España, sobre todo en poesía: sólo por *parti-pris* pudo Manuel Bueno aparentar olvido del grupo lírico que encabezan Salvador Rueda y Eduardo Marquina y que se ilustra con los nombres de Antonio y Manuel Machado, Antonio de Zayas, Francisco Villaespesa, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y Andrés González-Blanco.

Bueno muestra del florecimiento de esta escuela es la colección que acaba de publicar una casa editora de Madrid con el título de ''La corte de los Poetas''. Por desgracia—y desgracias semejantes son de frecuente ocurrencia en estas publicaciones más comerciales que artísticas—en esta ''Corte'' que, según declaración hecha en el prólogo, se compone de caballeros y paladines del arte nuevo, han entrado equivocadamente, en el grupo americano, poetas de las viejas escnelas: entre Julián del Casal y José A. Silva, la poetisa cubana Nieves Xenes, de filiación romántica; entre Chocano y Lugones, el grande hugonia-

no de la Argentina, Olegario V. Andrade, muerto hace más de veinte años; entre Díaz Mirón y Amado Nervo, Juan de Dios Peza.

También *Azorín* acaba de escribir, á propósito de Nervo, sobre el modernismo, afirmando, al contrario de Bueno, su preponderancia en la poesía española. *Azorín*, por lo demás, se declara en contra de las sectas. Y en realidad, es tiempo ya de que se olvide la inútil designación de modernismo y toda clase de *ismos*. Libre el arte de estas pesadas clasificaciones, quedará solamente la individualidad. Y todavía hay que evitar que el cultivo de ésta se convierta en estéril individual-*ismo*.

P. H. U.

LA MUERTE DE JEAN LORRAIN.

La muerte del complicado artista francés Jean Lorrain ha dado asunto á varios interesantes artículos. De uno de éstos, escrito por el joven y reputado escritor español Manuel Bueno, copiamos estos párrafos: "Su temprana muerte priva á la literatura de uno de sus cultivadores más originales y tenaces. Era el Procopio de nuestro tiempo, impasible escrutador de los vicios de sus contemporáneos, como el polígrafo bizantino en su tiempo. A la sordina se le acusaba de depravado y se le tenía por una de las plantas enfermizas de este malsano jardín de París. ¿Verdad? ¿Mentira? El mismo se ufanaba, según parece, de no compartir los placeres y las aventuras normales de los demás hombres, de ser un raro, un refinado y un insaciable. De cualquier modo que haya transcurrido su vida, ya fuera con sujeción al decálogo de la sensualidad que aceptamos todos, ó ya fuera legislando él mismo según las demandas de sus nervios, ello es que ha muerto un escritor de gran talento y de elegante estilo. ¿Qué importan los vicios y las debilidades de los artistas?

"¿Qué derecho hay á exigirle á un escritor que se atenga á la moral severa de un jansenista? Lo inexcusable en él no será que se rebele contra estos ó aquellos usos ó prejuicios de sus contemporáneos, sino que sea vulgar y que escriba mal .....

....

"Jean Lorrain se recrea en la descripción de los vicios y de las claudicaciones morales de sus contemporáneos. No es un testigo piadoso ó irritado del mal social, de las lacras que degradan á este París tan interesante en su complicada morbosidad. Es un cómplice, una víctima más de todos los vicios que ha descrito en "Monsieur Phocas",

"Le vice errant", "Poussières de París" y otros libros inquietantes y sugestivos."

La opinión de Gómez Carrillo sobre Lorrain es en extremo curiosa, como puede juzgarse por el primer párrafo de su artículo:

"Un gran escritor acaba de morir, uno de los más grandes de nuestra época, tal vez el más grande. Y cuando digo *tal vez*, cometo una hipocresía, una timidez. Para mí era, sin disputa, el más grande, el más completo, el más adorable y sobre todo *el más de su época* y de su pueblo. Parisense empedernido, representaba todos los vicios y todas las bellezas de París. Era el alma encarnada de la ciudad en lo que esta tiene de lujo, de placer, de nerviosidad, de gracia, de sonrisas y de misterio. Era el noctámbulo artista, y por artista y por noctámbulo muere."

Los libros de Jean Lorrain son los siguientes: novelas, *Viviane*, *La forêt bleue*, *Songeuse*, *Un démoniaque*, *Une petite ville*, *Princesses d'ivoire et d'ivresse*, *Les voies tragiques*, *La Riviera*, *Mme. Moupalon* y *M. de Bougrelon;* poesías, *Le sang des dieux*, *Les griseries*, *Modernités* y *L'ombre ardente;* cuentos, artículos y obras de diverso género, *Sensations et souvenirs*, *Les buveurs d'âmes*, *Le vice errant*, *Poussières de Paris*, *La Maison Philibert* y *M. de Phocas*.

J. V.

NOTAS DE "SAVIA MODERNA."

El día 18 de este mes se reunió un grupo de redactores y artistas de "Savia Moderna" para celebrar con un banquete el triunfo de dos compañeros: Rafael López, autor de la hermosa *Oda á Juárez*, recitada ante la tumba del prócer Reformador en la ceremonia oficial del aniversario de su muerte, y Juan Palacios, que obtuvo por oposición la Cátedra de Castellano en la Escuela Nacional Preparatoria.

***

Acaba de llegar á esta ciudad el distinguido escritor y poeta panameño Darío Herrera. "Savia Moderna" saluda fraternalmente al estimable compañero y publica uno de sus sonetos.

***

Nuestro compañero Ricardo Gómez Robelo está publicando su libro de poesías *En el camino*, que saldrá de las prensas dentro de pocos días. Saludamos con júbilo la aparición de este florilegio que habrá de dar á conocer el selecto espíritu poético de Gómez Robelo, quien hasta ahora se había dedicado casi exclusivamente á la prosa.

"CLAUDIO ORONOZ", NOVELA POR RUBÉN CAMPOS. MÉXICO. 1906.

I.

Cuando leí por primera vez, todavía sin intentar escribir nada sobre ella, la interesante novela de Rubén Campos, al desflorar las últimas páginas del libro, se me grabaron tenazmente como corolario de mis impresiones, estas palabras: —"una novela de vida, de amor, y..... acaso de muerte." Hoy que la he vuelto á leer y á releer, saboreando y estudiando casi cada una de sus vibrantes páginas, la misma impresión de vida, de amor y acaso de muerte, se me impone. El conjunto en masa, la sensación general me hace pensar en un hermoso cuadro impresionista que representara en elegante y fresco comedor, una mesa embellecida de frutos y manjares: allí las sandías heridas en jugosas rebanadas frescas y rúbeas como sangre; duraznos acabados de cortar, con la aterciopelada pelusilla como nuca de una mujer rubia y joven; naranjas, las de los mil labios que apenas opresos arrojan diminuta lluvia de acre perfume excitador; mangos de pulpa jugosa y aromática, y los higos abiertos en mitad que han revelado á la naturaleza la imagen del más bello don humano.

Allí también las flores: las amapolas, las dalias, las camelias, gardenias y magnolias, y los claveles ..... y ánforas blancas con vinos rojos, y copas desbordantes. Y todo esto en un ambiente de alegría, sólo contristado por la presencia del amado retrato de una ausente Amada muerta, que presidiera, desde el fondo del salón, esta alegría y exhuberancia. Así la lívida silueta del trágico Oronoz, con las cavernas pulmonares invadidas por la despiadada Tisis, atraviesa esas páginas rebosantes de vida y juventud.

Esta novela es un canto á la vida, á la naturaleza y al amor libre:

palpitan en ella "las idolatrías de la sangre latina que ya no guarda su antigua fuerza sino en la ebriedad perpetua de amar". Es la gran juventud que canta á las cosas bellas y amables sin pudores vergonzantes ni bellacas canallerías: porque "la vida es de todos y el placer es de todos", como dice el personaje Heron, "el nervioso artista de ojos de jaguar." "Vivir y amar, gozar de la juventud sin pensar en nada", hablan las exúberas amadas. "Hay que ser como esas cigarras que despiertan al calor del sol y dan su canto interminable al cielo", exclama el pagano y sensual Abreu, el juvenil espíritu, mariposa de placer, de belleza y de sol.

Hablando de la música, de la naturaleza y de la mujer, Rubén Campos es un noble discípulo de Anacreón y de Epicuro: es suntuoso, rico, desbordante con fragancia de primavera floral, con frescuras fragantes de selvas, con la carnosidad y la odorancia de los nardos y la lechosa y ambarina suavidad de los frutos maduros: es suntuoso este derramador de dones naturales, este eximio *Rubén*, que bien hubiera podido ser un suntuoso y ubérrimo RUBENS. Hay como una animación febril en las páginas del libro, como el entusiasmo que nos sugiere el paso de una hermosa ó la vista de un solemne paisaje, cuando el autor habla de una mujer ó la describe: es exquisito, cálido, urente, parece animado por el fuego sagrado, parece que un brevaje de cantáridas y *satyrion* hace fluír su imaginación y hervir su sangre. Los ardientes períodos parecen licuarse en un baño aromatizado, hecho de almíbares perfumados y sangre de nardos y de rosas!

Cuando la naturaleza y la música claman con sus nobles acentos en las páginas del libro, un solemne recogimiento nos empequeñece, un entusiasmo sagrado ennoblece con mudo arrobamiento la imaginación: Stephen Heller .... Schumann .... Grieg..... Chopin .. .. obligan en la prosa de Campos á pensar en los altos goces del Arte. Y el solemne tema de "los Volcanes líricos", el Ixtlaxíhuatl y el Popocatepetl, sabiamente desarrollado ocho veces en el transcurso de la novela, ya con vigorosas frases y pensamientos altos, como ellos, ó ya con imágenes atrevidas como su atrevido alarde hacia los cielos; nos sugiere escuchar una soberbia sinfonía wagneriana, orquestada con truenos, murmullos de fuentes, brisas sobre azules lagos y grandes voces de la naturaleza ..... y siempre vida y sincero amor á la vida. ¡Cómo la flauta divina de Pan nos arrulla dulcemente, y al conjuro sagrado, la fauna y la flora paganas, cruzan en visión por nuestros ojos!..... Y pensamos en aquellos divinos tiempos de los que sólo ha quedado "un recuerdo de la raza de mármol de los estatuarios de Hellas, la raza divi-

na cuyo único ejemplar de suprema belleza superviviente en la tierra, es una mujer mutilada''. Y estos líricos asuntos siempre van engastados en un lenguaje culto, ampuloso y rico las más veces. Los bellos períodos se extienden como una mujer sobre un lecho y caen leda y elegantemente como una rica cauda de seda sobre un florido tapiz. Esto, no obstante, el sonoro piano de la prosa, bajo las manos del artista, modula sus ritmos y sonoridades según la nobleza y belleza del asunto. Rubén es sabio en el manejo de ellos: sobrio en cultura de lenguaje, en colores y detalles en los pasajes vulgares; al llegar á las altas montañas del asunto, es un rápsoda triunfal, un transfigurado que arranca inimitables sonoridades á la fluente y rica prosa castellana.

II.

Al leer esta novela se nota en ella una gran desigualdad de factura: parece como si un largo período hubiera transcurrido entre el frívolo trabajo empleado en escribir las primeras páginas y la concienzuda elaboración de las restantes. A ratos parece como que se deja sospechar que un haz de impresiones y de notas recogidas de la vida vulgar y destinadas á otra novela que el autor hubiera querido escribir, las aprovechara para esta bella ''Claudio Oronoz.'' En algunos pasajes aparece trivial por sobrecargo de nimios detalles que para nada embellecen el conjunto, y que en último caso sólo servirían para darle un carácter regional de novela realista de costumbres, tendencia que no se ve manifiesta en el curso de la obra. Si ciertos pasajes de ella que se desarrollan en el sucio ambiente de este ''valle pavoroso de los cinco lagos muertos'' revelan que Rubén Campos es psicólogo de buena cepa, á mi juicio buena muestra de ello dió tratándolos en cierto medio de nuestro infecto medio, por lo que es digno de gran loa, pues en su misión de hacer belleza, llegó en ciertos casos á ennoblecerlo, lo que por otra parte me afirma en mi opinión para juzgar como indecorosas é indignas del autor ciertas escenas que nada añaden á la trama de la novela y á la psicología de Oronoz, Abreu, etc., desarrolladas en ese ambiente de pseudo-bohemia á que por misión se creen predestinados á vivir ciertos jóvenes y aun viejos, habitantes de la capital y de las provincias que hacen simiesca imitación de novelas de Mürger, y dan oídos á decires trasnochados que les llegan de la siempre joven Lutecia. Se nota en la novela de Rubén que ciertos personajes se mueven en un ambiente especial de sensibilidad y delica-

deza femenina, y por temor de no llegar el autor con ojo certero á sorprender su psicología, se ven muy diluídos, como el de Magdalena Urías, que en la trama de la historia debe aparecer como muy principal, pues en torno de ella puede decirse que gira esa soberbia lucha de la vida y la muerte, y que no se destaca, sin embargo, con las líneas precisas y los vivos colores á que casi la obligan el asunto y las circunstancias de la novela. En las pocas páginas en que aparece en el libro, Magdalena se asemeja á esas luces que se ven á la distancia cuando caminamos en la noche por una espesa arboleda y que se ocultan á intervalos y vuelven á aparecer momentáneamente entre el negro follaje de los árboles. Esto lo atribuyo, á que el temperamento de Campos está muy distante de cierta forma de romanticismo con cuyo carácter quiere hacer aparecer á Magdalena Urías. La prueba de que las pocas escenas románticas que se inyectan en el libro *no resultan*, como esta inverosímilmente romántica y falsa, en la que Abreu conoce á Ana Belmar. Los que han leído la novela—y conviene que muchos la lean—sorprenderán el lunar cursi y antiestético del lance romántico en que después de separarse Abreu de Oronoz en el combate de flores, se vuelven á reunir á los pocos momentos, mediante un cierto ardid de Claudio, en el gabinete de un restaurante, en donde, como un golpe escénico, aparece una tal demi-mondaine (Ana Belmar) quien después de cenar, beber y contar su vida con caracteres romancescos, se despide sin más ni más de aquellos ilustres *desvelados* y de Clara Rionda,—otra *desvelada*,—y termina el capítulo de esta manera.... ... "dió un paso indecisa, volvióse en arranque rápido y tomando mi cabeza entre sus manos, besó mis cabellos, y sobre mi frente helada por un calofrío que relampagueó en mi ser, sentí la gota caliente de una lágrima!"....

Por lo demás, salvo algunos otros ligeros lunares que se notan en la obra (ciertos defectos de construcción, el inadecuado lenguaje que usan todos sus personajes, que cuando hablan parecen literatos ampulosos y muy documentados, actores de tragedia ó declamadores encaramados sobre púlpitos ó tribunas, y alguna falta de verdad en la correlación de los hechos), esta novela, esta fresca y juvenil novela, ha llegado á mis manos como uno de aquellos frescos y fragantes ramos de adormideras del terruño, como una de aquellas frescas mañanitas de las riberas del TURBIO, como el "San Juan, San Juan! el grito alborozado de nuestra infancia en las márgenes del TURBIO.".....

JESUS VILLALPANDO.

"ENSAYOS CRITICOS", POR PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

Es esta una obra de escritor erudito y sereno; no quiso el autor penetrar en los lugares recónditos de las almas ni contemplar las obras desde el reino de las ideas. El prolijo estudio concreto, la acumulación de datos y la preocupación de conocer sus numerosos hechos á fin de presentarlos al lector, hacen de ella útil y segura guía para recorrer la intrincada selva de la producción novísima.

Puede dividirse el libro en dos series: de críticas una y la segunda de crónicas. Entre las primeras descuella la sutil observación que desentrañó la prosodia de Rubén Darío y, con ella, la de algunos poetas inventores de nuevas liras. La crítica á que nos referimos da clara y completa idea de las tendencias de Henríquez Ureña, amante refinado de la música y de la forma: los sortilegios de la palabra le hacen parecer bellas las ideas, y la fluidez del verso ó la rara melodía del acento permiten que se deslice, en su oído educado, con verdadero encanto, la ligereza del asunto.

No por otra razón seducen á Henríquez los ensueños de Rodó ó lo embelesan las mórbidas canciones danunzianas. En esta predilección, en cuanto á mí, veo comprobado el nombre de decadente que primero el instinto de la crítica y después la inconciencia resonante de la masa ha dado á gran parte de la poesía moderna. En verdad son signos de decadencia el rebuscamiento de lo acabado y pulido, la predilección por lo muelle y enervante y la extremada sensibilidad para quien son insufribles las desigualdades de la fuerza y, en cambio, deliciosas todas las finuras y elegancias cortesanas.

En arte, y es un tópico, no hay lugar sino para las personalidades; pero á veces se establecen grandes corrientes de pensamiento y gusto. Como movimientos, considerados en conjunto, difieren el decadente y el de las llamadas edades de oro artísticas, en que el de las últimas revela al maestro dentro de los límites: así durante el siglo IV A. C. y los siglos del renacimiento; en tanto que hoy puede observarse, por la trasposición de medios á fines—en la que se resumen todos los errores humanos—las predilecciones que señalamos para las épocas decadentes.

En estas, á su vez, pudieran ser advertidas dos grandes fases: según derive el refinamiento de una morbosidad emocional, interna por lo tanto, ó de una extrema habilidad en el uso de los medios expresivos.

Entre los primeros se cuentan los ideólogos y los sensitivos, entre

los segundos los grandes músicos del lenguaje, casi siempre superficiales, siempre galanos y siempre encantadores.

Viciado por la ideología, sólo para ella despiertan mi admiración y entusiasmo, ya provenga de Platón ó de Edgard Poe; siéntome por lo mismo excluído de los templos musicales en los que sentidos más delicados encuentran su deleite escuchando bellísimas melodías, desprovistas del temor y de las visiones paradisiacas é infernales de la vida intensa.

Arriesgo, por lo dicho, ser desfavorablemente contrapuesto al procedimiento de Henríquez Ureña, impersonal, sereno y erudito. No obstante, completando mi opinión, daré otra prenda que me condene á la reprobación: dice Nietzsche, hablando de Sócrates, que el fatalismo pesimista y heroico fué propio de la Hélade vigorosa y triunfal; así como el optimismo reveló su enfermedad y decadencia. La tesis está casi comprobada y, si pensamos en que no necesitan esperanza ni consuelo sino el débil y el afligido, estaremos en situación de confiar en que lo será totalmente. Ahora bien, los metafísicos como los ideólogos hallan desde luego, en un caso que para el arte vale por mil, según la profunda expresión de Goethe, todo el carácter de la vida: los espíritus mesurados recurren á la comprobación, á la tesis científica y cayendo en el error metafísico de Spencer, creen en el progreso. No es un argumento probar que con la disolución, desenlace de la evolución, se suicida la teoría, pero sí lo es presentar las contradicciones que supone el establecer como orden inmutable de las cosas un proceso calificado por un ideal puramente subjetivo, variable en cada tiempo y cada caso, y argumento de mayor peso que ninguno, observar la ruptura acaecida entre la conexión de los actos favorables y el placer, de los actos nocivos y el dolor, ruptura que Spencer comprueba por numerosas observaciones y que él cree que á la larga habrá de cesar; consuelo que uno de los más profundos y equilibrados hombres de ciencia, Ribot, deja para los optimistas, sin compartirlo.

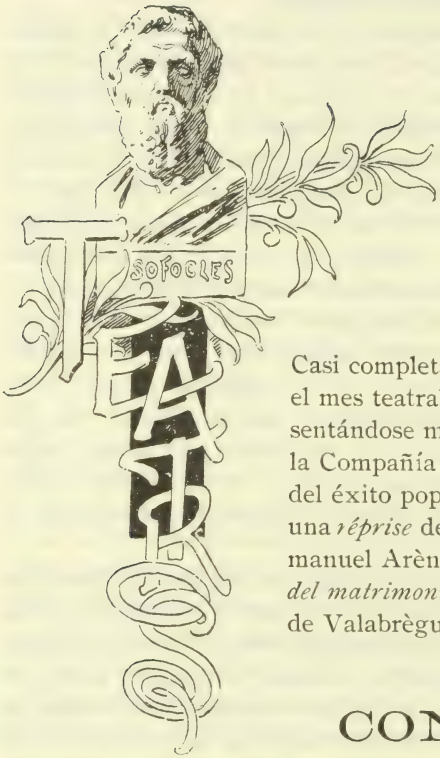
Creyendo en el progreso, profesando una especie de meliorismo, Henríquez Ureña reconoce que la humanidad sigue en ciertas épocas movimientos aberrantes, cree también que actualmente se halla en una de ellas y espera que una vida social "más acorde con las leyes naturales de la evolución" se conseguirá por una "racionalización del pensamiento de las mayorías por medio de una educación positiva, científica y práctica."—La piedra filosófal de la dicha ó de la cultura ó de la moral, pronto no será más de un mito, la multitud habrá de ser siempre la misma, y sólo recordaré el ostracismo de Arístides, la muer-

te de Sócrates, para comprobar que lo que ha sido llamado espíritu de las épocas no es sino el de los grandes hombres que representan toda la era en que vivieron, como dijera Fausto al progresista Wagner,—y añadía que lo que queda de los siglos pasados es, á lo mas, un gran drama histórico con excelentes máximas morales.

La racionalización de las mayorías no es también sino un sueño. Teniendo presente la permanencia de los altos y bajos caracteres de la humanidad, por lo que la historia no lo es sino de los errores medios y de los grandes egoístas que de ellos se sirvieran; la ley psicológica que rige á la conducta y que la hace depender del fondo inconsciente y emocional; pues sólo en las formas superiores de la emoción, tan raras como los hombres representativos, la evolución de los sentimientos sigue á la de las ideas y por último, recordando que todo movimiento social es producido por individuos aislados y determinado, no por ideas, sino por el contagio de una grande emoción, se desvanecen las bellas visiones de una humanidad racionalista, positiva y equilibrada; debiéndose además considerar que si la mayoría tuviese el lema de Goethe, el "non flere, non indignare, sed intelligere" de Spinosa, llegaríamos á una uniformidad de monstruos por exceso, como los llama Schopenhauer, cuya realización, si no fuera imposible, produciría los más atroces resultados para la conservación misma de la especie.

La diferencia que pueda existir entre las ideas de Pedro Henríquez y las de su apresurado cronista, no consigue más que aumentar la estimación que siento por todo entusiasmo por toda fe, cuando, á pesar de su armadura científica, encubre un corazón amante del bien y la belleza, y cuando á través de la visera puedo ver unos ojos enamorados de la luz de otros soles, deseosos de contemplar sobre esta tierra la realización de un sueño de belleza y de amor, "en el que Cáliban sea sometido y Ariel libertado, entre los bellos cantares de los espíritus alados, bajo el influjo de Próspero, mágico y bienhechor."

RICARDO GOMEZ ROBELO.



Casi completamente inactivo ha transcurrido el mes teatral. En Hidalgo, continúan representándose melodramas; en el Renacimiento, la Compañía de Virginia Fábregas, después del éxito popular de *Cuauhtemoc*, ha dado una *réprise* de *El adversario*, de Capus y Emmanuel Arène, y ha estrenado *Las vacaciones del matrimonio*, comedia menos que mediocre de Valabrègue y Hennequin.

CONCIERTOS.

Tocó á su fin en este mes la temporada de conciertos dirigidos por el maestro Carlos J. Meneses. Los programas de los seis conciertos últimos han sido magníficos: formáronlos la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, el aria "Ah non giunge" de *Der Freyschütz* de Weber, el preludio de *Die meistersinger* ("Los maestros cantores"), los "Waldweben" ("Murmullos de la floresta") de *Siegfried*, y la despedida de Wotan en *Die walküre* ("La valkiria"), de Wagner, el oratorio *Eva* y un aria de *La Virgen* de Massenet, un *Concerto* de violín de Max Bruch y otro de Wieniawski, el *Concerto* de piano en Re bemol de Tschaikowski (¿cuándo oíremos alguna de las grandes obras orquestales de ese ruso genial, la *Sinfonía patética*, por ejemplo?), una *Suite pastorale* de Louis Lacombe, y el *Vals poético* del compositor mexica-

no Felipe Villanueva. De los conciertos de Junio se repitieron la *Danza Macabra* y el coro *La noche* de Saint-Saëns, dos fragmentos de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz, la *Invitación al vals* de Weber instrumentada por Félix Weingartner y el aria de soprano de la *Lakmé* de Delibes.

Señal inequívoca de la eficacia de la propaganda que se realiza en estas fiestas musicales es el triunfo de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, que llegó á ejecutarse cuatro veces. La orquesta del Conservatorio, que cuenta con más de setenta músicos y es, por tanto, suficientemente completa para ejecutar cualquier obra de las más complicadas, ha dado, bajo la dirección del maestro Meneses, una excelente interpretación de la magna *Sinfonía;* enérgica sin estrépito en el majestuoso primer *Allegro* y en el *Allegro triunfale* final, delicada y discreta en los variados matices del *Andante.*

No siempre tan homogéneas como la de esta Sinfonía, pero muchas veces brillantes, han sido las ejecuciones de los trozos de Wagner, de los cuales figuró uno por lo menos en cada programa. No menor éxito obtuvieron las demás obras y fragmentos, excepto la *Suite pastorale* de Lacombe,—cuya insignificancia resaltó doblemente junto á los incomparables "Murmullos de la floresta" de Wagner,—y la *Eva* de Massenet. Este oratorio abunda en melodías del tipo Massenet y tiene momentos inspirados,—tal el dúo de amor—; casi toda su música está á leguas de distancia de la solemnidad bíblica y del sentimiento primitivo que deben animar toda interpretación de la leyenda del Génesis.

Tomó parte en estos conciertos un selecto grupo de artistas mexicanos: las sopranos Sra. Antonia Ochoa de Miranda (*La noche* y aria de *La Vírgen*), Srita. Sofía Camacho (aria de *Der Freyschütz*), Srita. Tomasa Venegas (aria de *Lakmé*) y Srita. Elena Marín (*Eva*); el tenor José Becerra (*Eva*) y el barítono Roberto F. Marín (*Eva* y final de *La valkiria*); los violinistas Pedro Valdés Fraga (*Concerto* de Bruch) y Julián Carrillo (*Concerto* de Wieniawski), y el pianista Pedro Ogazón. Mención especial se debe á los dos últimos, á Carrillo, por su magistral ejecución de la difícil obra de Wieniawski, y á Ogazón, que reaparecía ante el público mexicano después de larga ausencia. Ogazón es hoy un pianista completo; posee una técnica admirable, precisa y nítida, y una no menos admirable sobriedad en los efectos y en la expresión. Estas virtudes, y además elegancia y energía, desplegó en la ejecución del *Concerto* de Tschaikowski. Fué una ejecución de serenidad un tanto clásica y tal vez faltó un grado de intensidad pa-

sional en el *Allegro con fuoco*. Pero á Ogazón no le falta sentimiento; en las piezas que ejecutó como *encores* (una *Gavota* de Glück arreglada por Brahms, un *Preludio* de Rachmanikoff, un *Estudio* de Leschetizky, la *Polonesa heroica* y dos *Valses* de Chopin, y una hermosa *Danza oriental* del mexicano Ernesto Elorduy) se mostró en diversas modalidades; no estuvo siempre á igual altura en la *Polonesa*, pero en toda la última parte de ella sostuvo con brillantez el vigor heroico, y puso en los *Valses* sugestiva delicadeza y profundo sentimiento, dándoles el legítimo matiz chopiniano.

Con toda probabilidad, Ogazón se presentará de nuevo con algunos recitales de piano: en estos, donde es de esperar que aborde las Sonatas de Beethoven y alguna de las grandes composiciones de Schumann, habrá ocasión de apreciarle más plenamente. El pianista mexicano ha demostrado ser artista completo, conocedor de las modernas tendencias y poseedor de vigoroso talento que le asegura una carrera de triunfos.

Organizado por el distinguido profesor Sr. César del Castillo y ejecutado por discípulos de éste, se celebró el día 20 en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música un concierto de piano con un programa formado exclusivamente por obras del compositor mexicano Ricardo Castro, residente en París. Las piezas ejecutadas fueron: una *Barcarola*, tres *Estudios*, una *Melodía*, cuatro novísimas *Danzas* tropicales, dos *Minués*, un *Nocturno*, un *Scherzino*, una *Polonesa*, *Valse rêveuse*, *Valse bluette*, *Appassionato*, *Près du ruisseau*, *Chant d'amour*, *Ländler*, y una *Suite* compuesta por preludio, sarabanda y capricho.

Con este variado conjunto de composiciones puede conocerse y estimarse en sus varios aspectos el fino talento de Ricardo Castro. Es un temperamento de sentimentalidad delicada, que pocas veces llega á las profundidades de la pasión pero con frecuencia alcanza la exquisitez. Ama las formas de expresión sencillas y elegantes, quizás un tanto superficiales, y por su estilo pertenece á la escuela francesa. Sabe, por de contado, de Chopin y Mendelssohn, pero no va más allá de Benjamin Godard; parece haberle seducido poco la nueva técnica de complicaciones tonales de los compositores de piano rusos y franceses de última hora. Entre las obras ejecutadas en el concierto, sobresalen un *Appassionato* de verdadera nobleza, dos excelentes *Estudios* en Do y en Fa sostenido, el *Minué* en La bemol, y las *Danzas*, en las que se ennoblece un género popular de los trópicos. Hay en el *Nocturno* y la

Polonesa delicada hermosura, pero en ambas composiciones se habría logrado más elevación si hubiera en ellas emoción más honda. Asimismo, el brillante *Canto de amor* habría ganado en fuerza sugestiva con un grado más de lirismo. En suma, Ricardo Castro es un artista distinguido que puede ocupar un puesto estimable en la escuela francesa y que honra, con su ya extensa y valiosa labor, á la América artística.

LA OPERA.

En el tercer mes de su temporada en esta capital, la Compañía Lambardi, que nos dió á conocer en los meses anteriores *Germania* y *Chopin*, estrenó una tercera ópera: *Iris*.

El éxito de la ópera japonesa de Mascagni no ha sido aquí completo, por las mismas razones por las cuales no lo ha sido en otras partes. *Iris* sólo ha llegado á imponerse en Italia, donde se la estima como la obra más completa de su autor, con la probable excepción de *Ratcliff*, que es poco popular.

Comparando *Iris* con *Cavalleria*, vense desde luego el mérito musical superior de la primera y sus desventajas para obtener, como la segunda, popularidad universal. *Cavalleria* tiene en su favor su brevedad y su libreto sencillo, su música por lo general espontánea y de efectismos hábiles y *directos*. En *Iris* el argumento es exótico, simbólico, poco accesible para el gran público, y la música, si no muy elevada, está escrita con técnica llena de complicaciones raras.

En punto á melodía, no puede decirse que *Iris* sea muy superior á *Cavalleria*. Tiene temas hermosos, que aparecen hábilmente desarrollados en la Obertura–Himno al Sol y en las dos escenas principales del acto segundo: el despertar de Iris y el dúo de esta con Osaka, seguido por la romanza de "La Piovra"; pero tiene también melodías cortadas por el mismo patrón que las de *Cavalleria*, como la Serenata, y algunas vulgarísimas, como la del coro al final del segundo acto.

El desarrollo de la ópera es muy desigual. En primer lugar,—y esto se debe al temor que parecen tener los jóvenes italianos á las grandes dimensiones,—la obra es muy corta, su acto tercero apenas puede llamarse acto, y muchas de sus situaciones están apenas esbozadas: véase, por ejemplo, la maldición del ciego. El trozo de más efecto,—

de efecto inmediato, irresistible, *fisiológico*,—es la Obertura, que comienza con un *pianissimo* casi inaudible y va creciendo hasta terminar en una estrepitosa plenitud orquestal unida á las voces del coro que canta el Himno al Sol. El acto primero es bastante pintoresco y el segundo, que es el mejor, contiene los momentos más inspirados. En ambos hay páginas que marcan el *culmen* en la labor musical de Mascagni; pero ninguno de los dos da una impresión cabal y completa de belleza, porque, á más de ciertas melodías vulgares, se mezclan en ellos, interrumpiendo el libre desarrollo de la acción, los detalles exóticos fatigosos ó poco inteligibles. Mascagni, para dar color local á su obra, no se ha limitado á intercalar motivos de carácter japonés, sino que los ha reforzado con instrumentos asiáticos, disonancias y toda clase de complicaciones armónicas, apartándose con esto de la hábil sobriedad con que distribuyeron los efectos exóticos Verdi en *Aida* y Ernest Reyer en *Salammbô*.

Iris fué interpretada por la soprano Srita. Velia Giorgi, la contralto Srita. Mary Millon, el tenor Salvaneschi, el barítono Pacini, y el bajo Lombardi, dirigiendo la orquesta el Cavalier Guerrieri. Desde la tercera representación, y en todas las siguientes, reemplazó á la Srita. Giorgi en el papel de protagonista, con notable ventaja, la Srita. Elena Marín. La joven y distinguida artista mexicana ha hecho verdaderamente suyo el papel de Iris; lo ha estudiado minuciosamente, hasta dominarlo, tanto en la parte vocal como en la dramática, y canta esta música, que se adapta perfectamente á su hermosa voz, con admirable expresión y correcto fraseo. Es, además, irreprochable en todos los detalles en la interpretación dramática.

Salvaneschi, que es un buen tenor lírico á pesar de su afición á ciertos recursos de mal gusto, dijo su parte con delicadeza y tuvo momentos sentidos en el segundo acto. El bajo Lombardi hizo con talento dramático el papel del Ciego. El barítono y la contralto estuvieron correctos; los coros chocaron más de una vez con los escollos de la técnica empleada por Mascagni, sobre todo en la escena de los traperos; pero la orquesta, dirigida hábilmente por Guerrieri, salió airosa y ejecutó brillantemente la Obertura.

LA FRATERNAL

COMPAÑIA DE SEGUROS DE VIDA Y ACCIDENTES

Fundada en 1891.

Domicilio Social: México, Seminario Nº 6. Dirección Postal, Apartado Nº 750.

TELEFONO NUM. 1797.

CONSEJO DE ADMINISTRACION:

Presidente: Señor Iñigo Noriega.

Vicepresidente: Licenciado Alfredo Chavero.

Vocal: Lic. Gumersindo Enríquez. Vocal: Lic. José Francisco Bulman.

Vocal: Sr. Luis Barroso.

Director General: Enrique Aragón.

Cajero: Agustín B. Figueroa.

Esta es la única Compañía que consigna en sus pólizas la **Cláusula de Salud.**

La única que expide pólizas de Seguro con Inversión, con 11 opciones garantizadas.

Se expiden pólizas hasta por $25,000.00 cs.

Comisarios:

Roberto T. Ducoing y Eusebio Fuentevilla.

Director Médico:

Doctor EDUARDO LICEAGA.

Subdirector Médico:

Doctor MANUEL DOMINGUEZ.

INGENIERO A. SAN JUAN.

Ortega núm. 30.

Especialidad en trabajos de Hidráulica y Ferrocarriles.

Alimento y Medicina

es la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa.

Es medicina, porque evita **y cura** la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Debilidad General, Catarros, Resfriados, Raquitismo en los Niños, &c.

Es alimento, porque **produce fuerzas y crea carnes.**

La Emulsión original, la que representa más de veinte años de estudio y práctica, la favorita de los médicos, es la que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas. De venta en todas las farmacias y droguerías. Exíjase la legítima

Emulsión de Scott.

REHÚSENSE LAS IMITACIONES.

SCOTT y BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.

La Emulsión de Scott es el más poderoso reconstituyente y un alimento sano y nutritivo; no quema la boca, no irrita la garganta, ni daña el estómago como otras emulsiones, porque no contiene creosota ni guayacol, ni ninguna substancia irritante.

SAVIA MODERNA

DIRECTORES

ALFONSO CRAVIOTO Y LUIS CASTILLO.

Jefe de Redacción: **Roberto Argüelles Bringas.**

Secretario de Redacción: **Pedro Henríquez Ureña.**

REDACTORES:

ACEVEDO JESÚS.
AMADOR SEVERO.
BERMEJO MANUEL M.
CABRERA RAFAEL.
CARPIO MANUEL.
CASO ANTONIO.
COLIN EDUARDO.
DAVALOS MARCELINO.
ELIZONDO JOSÉ F.
ESCUDERO SALVADOR.
FACHA JOSÉ M.
GAMBOA JOSÉ J.
GAMBOA RICALDE ALVARO.
GARCIA NARANJO NEMESIO.
GOMEZ ROBELO RICARDO.
HERRERA ALBERTO.
LOPEZ RAFAEL.
NERVO RODOLFO.
OZUNA SIXTO.
PADILLA BENJAMÍN.
PALACIOS JUAN.
PARRA MANUEL DE LA.
POMAR JOSÉ.
REYES ALFONSO.
ROSADO VEGA LUIS.
ROSS DANIEL.
RUBIO J. RAFAEL.
SALAZAR ABEL C.
SIERRA JOSÉ MARÍA.
SYMONDS GUILLERMO E.
UHTHOFF ENRIQUE.
VALENZUELA BENIGNO.
VALENZUELA EMILIO.
VALENTI RUBÉN.
VELASCO JOSÉ B.
VELAZQUEZ MIGUEL A.
VILLALPANDO JESUS.
ZARATE RUIZ FRANCISCO.
ZARRAGA ANGEL.

ARTISTAS:

ARELLANO JUAN DE DIOS.
ARGUELLESBRINGASGONZALO
CORIA BENJAMÍN.
ELIZALDE FERNANDO.
ENCISO JORGE.
ESCONTRIA ALFREDO.
GARCIA NUÑEZ ARMANDO.
GARDUÑO ALBERTO.
GARDUÑO ANTONIO.
GOMEZ ANTONIO.
HERRAN SATUONINO.
LILLO RAFAEL.
LLOP FRANCISCO.
MARTINEZ CARRION JESUS.
MONTENEGRO ROBERTO.
ORTEGA SÓSTENES.
PONCE DE LEON RAFAEL.
RIVERA DIEGO.
RODRIGUEZ FEDERICO.
RONDERO JUAN N.
RUIZ JOSÉ.
SIERRA RICARDO.
TORRE FRANCISCO DE LA.
ZALDIVAR CARLOS.
ZARATE GABINO.
ZUBIETA FRANCISCO.

FOTOGRAFOS:

JOSÉ M. LUPERCIO, KAMPFNER Y CASASOLA.

Administrador, Evaristo Guillén.

LA PALESTINA

ES LA PRIMERA CASA DE LA REPUBLICA

EN EFECTOS ARTISTICOS DE PELETERIA Y HERRAJES.

— J. R. Ortiz. —

Enorme surtido de Sillas de montar Espuelas, Frenos, Petacas, etc

Todo el material es de primera calidad y los precios tan cómodos que no admiten competencia.

A. CARRANZA Y CÍA., IMPRESORES.

NOSOTROS

1912-1914

Nosotros, Revista mensual de arte. México, tomo I, número 1, diciembre de 1912 — tomo I, número 10, junio de 1914. Irregular. Director: Francisco González Guerrero (1, 2, 4-9); Rafael López (3). Jefe de Redacción: Felipe de J. Espinosa (1). Administradores: Rubén Vizcarra y Regino Balanzario (1). (Diez números.)

Entregas de 16-50 pp. Sin secciones y con ilustraciones y fotografías. Obras de Germán Gedovius, Froylán González, Julio Ruelas y Ángel Zárraga.

Los ejemplares reproducidos pertenecen al Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México (núms. 1-9) y a The University of Texas at Austin (núm. 10).

PRESENTACIÓN

Nosotros fue una revista que recogió un cruce de generaciones: los escritores dispersos del Ateneo de la Juventud (Antonio Caso, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Ricardo Gómez Robelo, Enrique González Martínez, Rafael López, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Bringas, Carlos González Peña), los supervivientes modernistas (Amado Nervo, Rubén M. Campos, María Enriqueta) y, junto a ellos, dos nuevas generaciones, la de *Nosotros* misma (integrada por Francisco González Guerrero, Gregorio López y Fuentes y Rodrigo Torres Hernández) y la que iba a desprenderse del magisterio de Pedro Henríquez Ureña (Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal). Hay también escritores de generaciones intermedias, como José de Jesús Núñez y Domínguez, José Luis Velasco, Joaquín Ramírez Cabañas, Rafael Heliodoro Valle, y escritores jóvenes cuyo nombre pasó muy ligeramente sobre las letras, éstos, los más numerosos.

El tono de los nuevos poetas oscila entre todas estas tendencias, y, más acusadamente, entre dos escritores cercanos (Enrique González Martínez y Rafael López) y tres lejanos (Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón y Leopoldo Lugones), aunque ya puede advertirse el nacimiento de nuevas voces líricas.

La preocupación pedagógica de la Escuela Normal, de donde venía el grupo central de *Nosotros,* pronto se ve olvidada. La segunda mitad de la revista ya no contiene artículos de esta disciplina, que casi dominaba en la primera.

No en vano acaban de pasar los años del Ateneo. El tono de la revista, aunque no exento de sentimentalismo juvenil, es sobrio y culto. No falta escrúpulo en la selección de los materiales. La parte más valiosa de sus textos la constituyen los ensayos de Reyes ("Nosotros" especialmente), Henríquez Ureña (la célebre conferencia "Don Juan Ruiz de Alarcón", en que presentaría sus tesis sobre el "matiz crepuscular" de la poesía mexicana) y Torri, y los poemas —sonetos

casi todos— del grupo de la revista. La parte más débil son los poemas en prosa a que los escritores jóvenes de la época parecían tan inclinados. Francisco González Guerrero, director del grupo de *Nosotros,* se distinguiría posteriormente en la investigación y la crítica literarias.

Dos de los poetas de esta revista —cuyos primeros libros se publicarían como ediciones de *Nosotros*—, Gregorio López y Fuentes y Rodrigo Torres Hernández, desaparecieron pronto de la poesía, el primero para cultivar la novela, el segundo para morir, pero merecen atención. La poesía del primero, adicta a las complicaciones y sonoridades verbales y llena de audaces imágenes, colorista y nacional, estaba en camino de madurar a una expresión propia. Torres Hernández, de obra más desigual y con más francas influencias, encuentra su mejor acento en cierta frescura rural que expresa con un lenguaje a la vez sentimental y plástico.

Nosotros se imprimió inicialmente en los talleres del Colegio Salesiano de Santa Julia, y los últimos números en la imprenta de la Secretaría de Comunicaciones, gracias al poeta Rafael López, secretario particular del Ministro, José María Lozano, y protector del grupo. La guerra civil impidió que la revista continuara apareciendo.

J. L. M.

SUMARIO

María Enriquets . . . . . *Abro el libro.—Ofrenda.*
R. Argüelles Bringas . . . . *Gesta de Invierno.*
Alfonso Reyes. . . . . *La evocacion de la lluvia.*
B. Vadillo . . . . . *El Rebelde.—El Rijo.*
R. Torres Hernández . . . . *Hermano.*

Alfonso Pruneda. . . . . *La Escuela y la Tuberculosis.*
Gregorio Torres Quintero . . *El III Congreso Pedagógico.*
María Duarte . . . . . *Clase práctica.*

LOS TRABAJOS QUE PUBLICA ESTA REVISTA SON INEDITOS.

-- Nosotros --

Revista de Arte y Educación

PUBLICADA POR ALUMNOS DE LA

ESCUELA NORMAL PRIMARIA PARA MAESTROS

DIRECTOR
Francisco González Guerrero

JEFE DE REDACCION
Felipe de J. Espinosa

ADMINISTRADORES
Rubén Vizcarra

Regino Balanzario

CONDICIONES

Un año . . . . . $ 3.00. Seis meses . . . . . $ 1.75

Número suelto. . . . . $ 0.30

Para suscripciones dirigirse al Sr. Rubén Vizcarra: «Escuela Normal Primaria para Maestros.» Santa Julia. México. D. F.

TOMO I. NÚM. 1.

NOSOTROS

REVISTA DE ARTE Y EDUCACION

MÉXICO, DICIEMBRE DE 1912

DIRECTOR:
Francisco González Guerrero.

JEFE DE REDACCION:
Felipe de J. Espinosa.

María Enriqueta.

Abre el Libro. . . .

Abre el libro en la página que reza:
"Donde se ve que Amor sólo es tristeza,"
y con tu voz de oro
que tiene sortilegios peregrinos,
¡abuyenta, como pájaro canoro,
la sombra de esa frase, con tus trinos! . . . .
Porque es tu voz tan dulce y lisonjera,
que si dices que Amor tiene dolores,
el dolor se resuelve en primavera,
y todas sus espinas echan flores. . . .
Deja escapar tu voz, ¡oh, dueño mío!
y baz de esa frase triste sólo un canto:
tú puedes, con las lágrimas y el llanto,
hacer notas y perlas de rocío.
Es tu voz el crisol en que se funde
la invencible tristeza;
tan pronto como empieza
su acento á levantarse, luz de aurora
en el viento sus ráfagas difunde,
y en los abismos el dolor se hunde. . . .
¡Es tu palabra eterna triunfadora!
Abre ya el tomo, y con tu voz süave,
destruye ese sofisma peregrino.
Seremos, mientras hablas, tú, cual ave,
y yo, como viajero absorto y grave
que se pára a escucharte en el camino! . . . .

Ofrenda.

Por obediencia al doctor,
salí a arrastrar mi dolor
sobre la yerba del llano,
y al ver un manzano en flor,
—"¡Dame,—le grité, - oh, manzano,
siquiera una florecilla! . . . ."
Y por respuesta sencilla,
el viento puso en mi mano
una gran hoja amarilla. . . .

María Enriqueta.

Gesta de Invierno

Tiembla la fronda que empina
y hace ondular gracia propia;
tiembla la flor que bien copia
toda virtud femenina;
tiembla la mano divina
que ópimos frutos acopia,
tiembla con la cornucopia
que ya sin dones inclina.
Es que en la torre funesta
de su castillo bravío
un caballero se apresta,
con fuerte brazo el impío,
a disparar su ballesta:
el Caballero del Frío.

Crece el espanto en las ramas;
cunde el terror en las hojas;
y las vitales panojas
visten de blanco sus famas.
Arde la sombra sus dramas;
y el gran dragón de las rojas
y miserables congojas
crispa en redor sus escamas.
Es que allá va a la carrera
en un corcel cuyo brío
sopla glacial ventolera,

el Caballero sombrío
con su terrible bandera
que alza triunfante en el frío.

Presentimiento de olvido
llega con paso doliente.
y en el tristísimo ambiente
pasa con paso sin ruido,
y huye con paso afligido
a ir anunciando el presente
triunfo del polvo insolente
sobre el silencio del nido.
Es que en la noche desierta,
estremeciendo mi hastío,
llama con cólera yerta
y férreo guante vacío,
el Caballero a mi puerta,
con íntimos golpes de frío.

Roberto Argüelles Bringas.

La evocación de la Lluvia

A sus dioses labradores pedían los antiguos la lluvia y el sol, como a San Isidro los cristianos; y les pedían amparo contra las fuerzas del rayo, como a Santa Bárbara los cristianos. Y, seguros siempre de influir con sus plegarias en todos los fenómenos de la siembra, orientaban su voluntad para el logro de las semillas, y sentíanla transformarse en brotes y estallar en las mazorcas pesadas; porque ¿cuál fruto no provenía de su intercesión ante las divinidades? Pues su sortilegio había traído, como junta una lente los haces paralelos de luz, a convergencia las fuerzas naturales para el provecho de sus campos labrantíos y sus cementeras. Así, las románticas concepciones, la mística interpretación del retono y del fruto que se aprendía en Eleusis complicábanse sin duda con una idea de voluntad individual, de deseo mantenido e intenso, el cual se demostraba en los himnos de ritual y en los gritos sagrados anunciadores de la primavera. Es decir: que hacían bajar, a través de su pensamiento y desde la Divinidad, las cosas de la tierra; realizando el prodigio de encarnar sus propias ideas y utilizarlas diariamente aun para la alimentación y el vestido, que también hacían prosperar las greyes, ricas en lana, como los pámpanos de azules racimos, como las abejas melíferas.

El pastor que apartado hacia las laderas del Menala pedía a los dioses una noche apacible para dormir a su sabor y limpiaba su animo de terrores nocturnos por la plegaria, sentía su deseo, sentía su pensamiento transformarse en paz de los campos, en tibieza del aire y luz tranquila de las estrellas, y confusamente se adueñaba, si los elementos de la noche y del paisaje correspondían a su súplica, de todas las cosas del redor, como si las tuviese por hijas (aunque indirectas) de su voluntad.

El pueblo guarda la fe en las evocaciones (hasta involuntarias) y teme provocar las catástrofes pensando en ellas. Todos conocemos de estas supersticiones, y al tropezar con alguno de quien hacíamos interiores recuerdos, queremos pensar que nuestra evocación lo atrajo a nuestro camino, lo creó ahí para nosotros, lo trasladó ahí para obe-

diencia de nuestra voluntad invisible. ¿Y quién no ha vivido escenas como si las estuviera inventando?. De esta manera, parece que **practicásemos** el idealismo de los filósofos: el pensamiento engendra el mundo.

Yo tengo una experiencia reciente; pero indirecta y elaborada por el hábito de asociación y el sentido literario de la analogía:

He permanecido escribiendo durante un tiempo que no podría yo apreciar, pero que imagino largo a juzgar por la ausencia de mi **sentido individual,** denunciadora de una prolongada y ya inerte atención sobre las ideas como cosa aparte del pensamiento mismo. No dejé pues, de asombrarme al cobrar de pronto, cual por una caída súbita de algo interior que se elevaba o un despertar de sonambulismo, la conciencia de mi vida real, de mi vida limitada, finita, que una momentánea abstracción, libre del espacio y del tiempo, me había hecho concebir infinita.

Mientras buscaba mis vocablos, y oía, interiormente, las frases que se iban ordenando y cambiando hasta salir por el movimiento de la mano luego como sonaban a **cosa viva,** encima de mi **mentalidad** en ejercicio, al modo de preocupación musical escogida por un músico en tanto desarrolla sus series de notas, para que las influya todas; a la manera de sentimiento lírico o plástico imaginado por un poeta al tiempo de producir, y en el que torna, cada vez que siente perdido el nervio de su poesía a hundir la contemplación voluntariamente; como la tinta maestra a que se amparan los pinceles para no romper una sinfonía de colores, sentía yo (y me dejaba influir por ella) la impresión de una lluvia fina. Todos los poetas saben que se piensan dos cosas simultáneamente: una estática, que es como el fondo decorativo en los bailes; otra en perpetuo desarrollo, que es como el féstón de mujeres ondulante.

Mi escrito escurría por la pluma afinada en el sentimiento de una lluvia tenue de cristal.

Cuando levanté los ojos cansados, pude notar, mirando los vidrios de la ventana, que monótona y callada, obediente a mi pensamiento, ya había bañado el suelo de las calles, y horadaba el aire, una lluvia fina de cristal.

Julio, 1909.

Alfonso Reyes.

El Rijo

No abatido el donaire sultanesco, la cresta
Cortada a ras del cráneo y romo el espolón,
El gallo de pelea vive en su prisión
En abstinencia sabia que a combatir lo apresta.

En el patio barrido gana un triunfo la apuesta
Figura de un retinto, presumido y crestón
Con una hembrita núbil, blanca como un vellón
Que al sagrado misterio de la vida se presta.

Cuando el rojo la cubre, la coqueta es bañada
De una esparsión de plumas como flor deshojada. . . .
Y el gallo de combate, de aquella escena en tanto,
Se yergue y lanza un canto de resonancia fiera,
Y ¡oh! no habría un Otelo que sospechar pudiera
Lo que de muerte y celos ha tenido aquel canto. . . .

El Rebelde

Alguien puso a su vista un trapo rojo
Y en ruda arenga le inyectó la inquina
Que despertando al ancestral arrojo
Flanqueó al caballo con la carabina.

Fuése del rancho, que es en la colina,
Bajo un perfil de ceja, como un ojo
Que ve si la vacada se avecina
Por el sonante campo de rastrojo.

Y rió de la fatiga el cuerpo fuerte
y el alma brava desafió a la muerte. . . .
Mas fué a caer un día en los floridos

Campos, en holocausto de la guerra,
Boca abajo y los brazos extendidos. . . .
¡Como abrazando a la materna tierra! . . .

México. 1912.

Basilio Vadillo.

Alumno de la Escuela Normal Primaria
para Maestros.

Hermana.

Dame, hermana, el sonrojo de tu risa harmoniosa
para hacer en la curva de una lírica prosa,
un elogio al ensueño de mi hermana la Rosa.

Dame, hermana, la seda de tu acento diverso
para un canto a la hermana Ave de arrullo terso,
que al pasar me dió perlas en la rosa de un verso.

Dame, hermana fragante, de tu ensueño los tules
para hacer una trova, que tú misma modules,
a la Tarde, la hermana de los ojos azules.

Dame, hermana, la sombra de tus brunos cabellos
para hacer mi cantiga tan oscura como ellos,
a la Noche, la hermana de ojos tristes y bellos.

Dame toda la albura de tu frente que es bella
para hacer una rima pura y alba como ella,
para el casto silencio de mi hermana la Estrella.

Dame el vago deliquio de tus ojos, que aduna
a un adiós de tramonto paz de triste laguna,
para hacer dulcemente, dulcemente hacer una
estrofa-perla, ensueño, a mi hermana la Luna.

A 14 de noviembre de 1912.

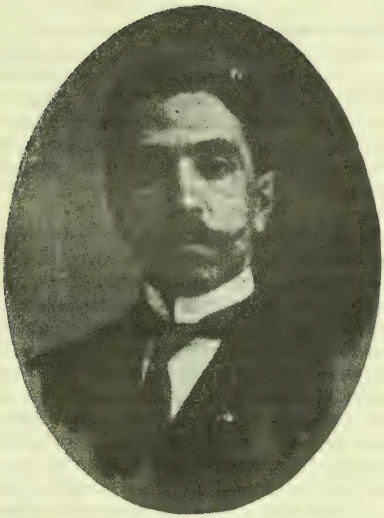
Rodrigo Torres Hernández.

Alumno de la Escuela Normal Primaria
para Maestros.

LA ESCUELA Y LA TUBERCULOSIS

— EN EL —

CONGRESO DE ROMA



DR. ALFONSO PRUNEDA.

Una de las cuestiones más interesantes, sin duda alguna, entre las que fueron tratadas en el VI Congreso Internacional de Tuberculosis reunido en Roma en abril último, al que me fué dado concurrir como Delegado de México, es el de la Escuela en sus relaciones con la Tuberculosis: y buena prueba de su trascendencia es que el tema haya sido uno de los que se eligieron con anticipación para memorias (*rapports*) especiales y que haya motivado gran número de "comunicaciones".

Ya el célebre bacteriologista aleman Koch, a quien como es sabido se debe el descubrimiento del germen productor de la terrible enfermedad, había dicho que, "la educación es un factor de mucha importancia en la lucha contra la tuberculosis", afirmación corroborada y apoyada plenamente en la asamblea de que antes he hecho mérito. Y es que la Escuela es una aglomeración social tan importante; concurren a ella tal número de personas (niños, jóvenes y adultos, etc.) tiene tanta influencia educativa, que es natural pensar que en una enfermedad "social" como es propiamente la tuberculosis, la Escuela, entidad "social" tan valiosa, debe ocupar, como de hecho ocupa, un lugar de primera importancia en la campaña que se lleva a cabo contra la *peste blanca*.

El objeto de esta breve memoria es dar a conocer, aunque sea someramente, los resultados más importantes de los estudios del Congreso de Roma acerca de la escuela en sus relaciones con la tuberculosis, enfermedad que, aunque por nuestra especial configuración geográfica no hace entre nosotros todas las víctimas que debiera, no es de ninguna manera despreciable y, en todo caso, debe combatirse con energía.

Desde luego, todos los congresistas estuvieron de acuerdo en considerar que *la tuberculosis encuentra en la Escuela un terreno muy apropiado para fructificar*. Como Klaus Hansen dijo, la escuela es una verdadera comunidad, en que un solo

individuo tuberculoso puede sembrar el mal en muchos de los que la forman. A este respecto, ofrece el mismo peligro en general, que todas las comunidades; pero en ciertos momentos puede ser aún mayor, porque, además de la aglomeración, haya otras condiciones desfavorables que faciliten la infección (mala ventilación, mobiliario inadecuado, poca luz, etc.) La Escuela primaria, como dijo aquel médico, al reunir a todos los niños de la localidad para impartirles la educación gratuita y obligatoria, es seguramente una de las mayores comunidades sociales; pero también no deben olvidarse las otras Escuelas, Secundarias y Profesionales, especialmente las que tienen internado, en las que las condiciones pueden ser aún peores.

Es un hecho en efecto que las tuberculosis "abierta", es decir, aquellas en que los bacilos de Koch encuentran la puerta *abierta* para salir al exterior, son raras en los niños y, por lo mismo, no se les encuentra frecuentemente en las escuelas primarias; pero esas lesiones sí son comunes o pueden serlo en las que reciben jóvenes o aún adultos. A este propósito, recordó el congresista de que hablo, que se han señalado casos de verdaderas epidemias de tuberculosis en las escuelas secundarias, en algunos seminarios, etc.

¿De qué manera la escuela contribuye a la difusión de la enfermedad? La memoria del profesor Badaloni puso en claro esto perfectamente; dos son los casos que pueden presentarse: a la escuela concurre un individuo con una lesión tuberculosa abierta, sea que se trate de un alumno, de un maestro o de alguna persona de servicio; o bien concurren alumnos, que sin ser todavía tuberculosos, corren riesgo de llegar a serlo: son *predispuestos* como se dice en Medicina. En el primer caso, el tuberculoso que asiste a la Escuela es el foco de contagio; en el segundo las condiciones que rodean al predispuesto pueden ser favorables para que se desarrolle en él la tuberculosis: en ambas, la Escuela contribuye a la propagación de la enfermedad.

Como no parece necesario insistir sobre el primer caso, porque las condiciones son las mismas que en cualquier enfermo portador de una lesión tuberculosa abierta, solamente recordare que el predispuesto puede atrapar la enfermedad, concurriendo a la escuela, sea porque su alimentación sea insuficiente y el trabajo escolar lo agote; sea porque el local tenga malas condiciones higiénicas: estrechez, poco aseo, ventilación insuficiente, aglomeración de alumnos, mobiliario inadecuado, etc. etc. El profesor Badaloni llamó la atención especialmente sobre el mobiliario escolar que obliga al educando a tener *actitudes viciosas* o, cuando menos, se las permite; la postura incorrecta, asimétrica, del cuerpo cuando los alumnos leen o escriben, es una causa poderosa de predisposición para la tuberculosis y contribuye mucho a su difusión; resulta de estudios muy interesantes hechos por el médico italiano a que me refiero, que la inmovilización impuesta a las costillas superiores por el trabajo de la escuela hecho en posiciones viciosas, determina cambios gaseosos incompletos, una oxidación insuficiente de la sangre y, por consiguiente, la debilidad del organismo y la predisposición a la tuberculosis; todo lo cual es más probable mientras las otras condiciones materiales de la escuela sean más desfavorables desde el punto de vista higiénico.

La escuela puede contribuir igualmente al desarrollo de la tuberculosis cuando los *programas* y los *horarios* de trabajos no llenan las condiciones que prescribe la pedagogía y que no son otras que las que aconseja la higiene. La continuidad no interrumpida de las labores escolares; la falta de ratos de descanso entre aquellas, la acumulación excesiva de materias, la extensión enorme de los programas, son todas circunstancias que agotan al educando y lo ponen en condiciones inapreciables para hacerlo víctima de las enfermedades y, por lo mismo, de la tuberculosis. El profesor Maggiora, de Roma, uno de los relatores sobre el tema "La tuberculosis y la Escuela", llamó la atención del Congreso en cuanto a estas condiciones pedagógicas: hizo notar su extrema importancia para la salud de los escolares y en su memoria dijo entre otras cosas, lo siguiente: "los programas no deben ser códigos cerrados, sino deben abrirse a todas las observaciones y a todos los mejoramientos", indicando de este modo, cuánto debe procurarse que estén adaptados siempre a las condiciones de los que van a seguirlos.

El Congreso no se limitó sólamente a señalar de qué manera la Escuela puede contribuir a la diseminación de la tuberculosis. Consecuente con sus fines principales, los de estudiar los *medios de luchar contra la enfermedad*, señaló claramente los recursos con los cuales la Escuela puede colaborar en esta lucha.

Desde luego, conviene distinguir dos categorías en ello, ya que la Escuela contribuye a esta campaña por medio de la educación que en ella se imparte y también con las medidas que toma contra los individuos tuberculosos (educandos, maestros, criados) que llegan a ella y las que emplea con los que, sin serlo todavía, ingresan a la escuela en condiciones de receptividad peligrosas.

En la importante conferencia que el profesor Landouzy, dean de la Facultad de Medicina de París y uno de los tisiólogos más eminentes, dió en el salón Romano anexo al célebre Castillo de Sant' Angelo, repitió en otras palabras lo que antes que él había dicho Koch: que "en la lucha antituberculosa el medio principal y más importante es la educación"; si, como agregó el sabio francés, "todo o casi todo en esa lucha se reduce a evitar el contagio", es inconcuso que lo más urgente es enseñar a evitarlo, y en ninguna parte puede hacerse mejor esto que en la Escuela.

La Escuela debe ser, seguramente, el centro más activo de la lucha antituberculosa, y por medio de ella deben derramarse por donde quiera los conocimientos necesarios para evitar el mal.

El Congreso de Roma así lo reconoció expresamente. Diversos congresistas recomendaron que *en todas las escuelas*, de niños, de niñas, primarias, secundarias, superiores, etc., *se eduque para la lucha antituberculosa*. Landouzy, por ejemplo, abogó por que esto se hiciera lo mismo en los cursos de higiene general que en los que especialmente fuera necesario crear, de higiene antituberculosa. El venerable médico italiano Gatti, que tanto ha hecho para combatir la tuberculosis en Italia, no vaciló en sugerir que el Estado debe establecer como enseñanza obligatoria, en todas las escuelas, la educación antituberculosa. El ya citado profesor Maggiora afirmó que debe lucharse contra la tuberculosis en todas las escuelas y que, en este asunto como en otros muchos, la Escuela debe seguir ayudando a sus alumnos aun después de que salgan de ella (obras post-escolares) y agregó que la Escuela debe hacerles conscientes de sus deberes antituberculosis; y por último, en el seno de las discusiones, repetidas veces se hizo hincapié en la urgencia de los hábitos higiénicos que se contraen o deben contraerse en la Escuela, y con los cuales el educando podrá armarse bien contra la tuberculosis como contra las demás enfermedades "evitables"

Las escuelas femeninas desempeñan en la lucha tuberculosa un lugar a todas luces prominente. Landouzy, con mucha razón, hizo notar que están llamadas a prestar un contingente muy valioso en esa campaña social; pues en ellas las niñas se preparan para ser mujeres de hogar, y demasiado sabida es la influencia que un hogar limpio y sano tiene sobre la salud y la vida de sus moradores; por esto recomendó aquel sabio muy calurosamente el desarrollo de la enseñanza de la economía doméstica, por medio de la cual, la mujer puede y debe hacer tanto por la higiene de su marido, de sus hermanos y de sus hijos. El Dr. Fleury, discípulo distinguido del renombrado Grancher, elogió igualmente con mucho entusiasmo las "écoles menagéres" cuyo papel debe ser tan interesante en la campaña; y el Congreso, por fin, penetrado de la importancia del asunto, en uno de los *votos* que aprobó unánimemente en su sesión de clausura considera "necesaria una educación higiénica doméstica, especialmente para las niñas y mujeres del pueblo, como elemento indispensable para la lucha contra la tuberculosis" y expresó sus deseos de que "las instituciones sean capaces de cultivar esa educación higiénica en la familia."

Ocupándome, ahora, de las medidas que pudieran llamarse directas, mencionaré que el Congreso, sin vacilación, aconsejó la *exclusión* inmediata y absoluta de la Escuela, *de todo individuo atacado de tuberculosis abierta*, sea que se trate de un alumno, de algún maestro o de algún individuo de la servidumbre. Estos enfermos tan peligrosos para la colectividad, deben estar lejos de la Escuela, cuidarse y aten-

derse debidamente, y no reingresar a aquella, sino cuando todo riesgo de contagio para los demás haya desaparecido.

¿Cómo se averigua que hay tuberculosis en la Escuela? Por el *examen médico* sistemática y cuidadosamente practicado. Este examen fué muy recomendado por diversos congresistas, que no vacilaron en declararlo indispensable, no solo para los alumnos sino también para los maestros y criados insistiendo además en que debería hacerse, no solamente al ingreso de ellos a la Escuela (para desechar absolutamente a todos los que sean portadores de lesión tuberculosa abierta), sino de un modo periódico, con el fin de poder sorprender a la tuberculosis en su desarrollo y poder dictar entonces las medidas más adecuadas. El Dr. Klaus Hanssen, a quien ya he hecho referencia, apuntó que, en su concepto, debería exigirse que, en todos los reglamentos relativos, conste esta prescripción: "todas las escuelas deben estar bajo la vigilancia de los médicos." El profesor Castellini de Florencia declaró "indispensable, para la seguridad de los alumnos, que se preste la mayor atención al estado de salud de los maestros y también a la de los empleados, sometiéndolos a una visita rigurosa cuando ingresan a prestar servicios a la escuela y repitiendo dicha visita posteriormente, de un modo periódico, para que no se deje pasar inadvertido el menor síntoma de la tuberculosis" El examen médico, dijo el ya citado profesor Maggiora, "debe ser obligatorio, no sólo para los alumnos, sino también para los maestros y los empleados," El profesor Didonato, en fín, recomendó calurosamente la institución de los médicos escolares, que tanto bien hacen a la infancia y que, por lo mismo, "son una fuerza considerable en la lucha contra la tuberculosis."

El examen médico sirve, por supuesto, no solamente para descubrir tuberculosis abiertas, declaradas; su utilidad es igualmente muy considerable para descubrir la enfermedad cuando es latente, y descubrirla entonces es muchas veces evitar que se haga después peligrosa para los demás. Sirve también para reconocer a los predispuestos, es decir a los que son susceptibles de hacerse tuberculosos. En estos casos, la cédula o carnet sanitarios son muy interesantes; por medio de ellos el médico inspector está siempre alerta y puede en el momento oportuno, tomar las medidas requeridas. Mery, uno de los congresistas, hizo ver, a este propósito que no siempre es fácil despistar una tuberculosis latente; sus caracteres clínicos, es cierto, corresponden muy frecuentemente a los de la adenopatía traqueo-bronquítica (casi siempre tuberculosa) o a las primeras etapas de la tuberculosis pulmonar; pero sobre todo, en este último evento, el médico no cuenta siempre con datos suficientes para hacer el diagnóstico; en todo caso, siguiendo los consejos de Mery el médico escolar debería hacer la selección clínica de las tuberculosis latentes, basándose, no en un solo signo, sino en el conjunto de ellos; y no debería olvidar las modificaciones funcionales que pueden observarse en los escolares con esa forma de tuberculosis y, sobre todo, tener muy en cuenta las modificaciones en el peso, que son tan valiosas

En todos estos *casos de tuberculosis latente o de predispuestos a la tuberculosis*, el papel de la Escuela es muy importante. En el primero, el médico escolar, según el profesor d'Espine, deberá señalar la situación a los padres del educando, para que procuren su tratamiento adecuado. aun cuando entonces no sea necesario que deje de concurrir a la escuela, ya que no es peligroso para sus compañeros. Lo mismo en caso de tuberculosis latentes, como cuando se trata de lesiones cerradas o de otros organos que no sea el pulmón y no haya peligro de contagio, y cuan- el educando sea solamente predispuesto, la Escuela puede y debe hacer mucho; los ejercicios respiratorios, la alimentación especial y suficiente, las escuelas o clases al aire libre, las colonias escolares, etc., etc., son recursos muy poderosos y y muy eficaces, que fueron recomendados muy calurosameate por el Congreso.

Desde luego, a propósito de escuelas al aire libre, el profesor Bernheim, de París, en una memoria que presentó en unión del Dr. Parmentier, dió a conocer los magníficos resultados obtenidos por algunas instituciones de esa índole que existen en Francia, a las que concurren no sólo niños de tuberculosis latente y cerrada (adenitis, osteitis, tuberculosis articular, etc.) sino algunos que son so-

lamente débiles, pero que pueden ser fácilmente víctimas de la tuberculosis; en todos estos casos, la estancia momentánea o prolongada en la escuela al aire libre ha sido muy provechosa; alumnos llegados en las peores condiciones de salud a la Colonia escolar de Vesinet, por ejemplo, obtuvieron grandes beneficios de una permanencia de algunas semanas: las constantes físicas, el peso, el perímetro torácico, la prueba dinamométrica, mejoraron en la mayor parte de los casos.

Iguales resultados refirieron los médicos italianos, al dar a conocer el auge que han tomado en la patria de Baccelli y Maragliano, las modernas instituciones antituberculosas; los doctores Andrea y Grillo, por ejemplo, al hablar de las escuelas al aire libre de Roma, hicieron notar la mejoría física, psíquica y moral que se obtiene en ellas e insistieron mucho en que no son necesarios establecimientos especiales, puesto que las escuelas comunes pueden prestar servicios igualmente útiles, si estan provistas de jardines en los que se den algunas clases, o, si no cuentan con aquellos, dándolas en las terrazas y en las azoteas, con lo que no hay edificio escolar despreciable, por malo que sea. También en Italia deben mencionarse las llamadas *Colonias de Estío*, algunas de las cuales están en la orilla del mar, otras en las montañas y las terceras cerca de las grandes ciudades, pero en el campo; y en donde los niños tuberculosos o predispuestos, obtienen grandes beneficios. Hasta los parques públicos se aprovechan en Italia para clases: yo pude presenciar una en uno de los hermosos jardines de la Villa Borghese; y no debe extrañar que los médicos y, en general, las autoridades escolares, se feliciten de los buenos resultados que se obtienen, dando a los educandos el máximum de aire libre y de luz.

A este propósito, el Congreso insistió, como era natural, en la urgencia de que las *condiciones materiales de las escuelas* fueran del todo adecuadas; según Maggiora, aquellas deberían ser no solamente así, sino también agradables y deseables para los alumnos; para otro congresista, habría que tener en cuenta, *antes que nada*, el alumbrado y la ventilación del edificio escolar; llegando a decir que "lo que se gasta en fachadas, debe gastarse en dar buena orientación y mucho sol, que es la verdadera desinfección," pues la otra, dijo, "puede considerarse como ridícula." El mobiliario tiene que ser, como ya dijimos, adecuado, para evitar las actitudes viciosas, que ofrecen tantos peligros; pero debe también procurarse que pueda moverse fácilmente para que el aseo de la pieza sea lo más completo posible y, sin considerar inútil la desinfección que pudiéramos llamar artificial (por oposición a la que hace la luz solar), el mismo profesor Maggiora recomendó calurosamente la desinfeccion *anual* del local de la escuela aun sin que se hubiera presentado algún caso de enfermedad infeciosa En todo este capítulo por lo demás, el Congreso no hizo otra cosa que recordar y hacer valer, como debía, los preceptos de la higiene escolar, cuya observancia no es una de las menores ventajas de la intervención del médico escolar.

Este debe también intervenir enérgicamente, recomendó el Congreso, en los *comedores escolares*, en los cuales deberían tener alimentación especial los niños débiles, anémicos y otros predispuestos: y también convendría interviniera en el asunto de los *vestidos* y *calzado* gratuitos para los escolares, los cuales deberían ser repartidos bajo la vigilancia de aquellos funcionarios, según lo apuntó el Dr. Nigris Éste, además, hizo notar que de los refectorios escolares, como de los otros auxilios, deberían solamente aprovecharse los verdaderamente necesitados, entre otros motivos para que contaran con mayores recursos.

Un asunto muy importante a propósito del papel de la Escuela en la lucha contra la tuberculosis es la cuestión de los *maestros* y de los *criados que pueden ser tuberculosos*. Por lo general, el Congreso estuvo de acuerdo en que no habiten en el mismo edificio de la Escuela maestros y criados, y, si por las condiciones especiales del lugar, fuere necesario que así lo hagan, conviene que vivan separados de los lugares reservados a los alumnos. En cuanto se descubra por el médico escolar que haya un maestro o un criado tuberculoso, ya dije que deben ser excluidos irremisiblemente; pero como sería una atrocidad que se les privara de auxilio al privarlos del trabajo, algún congresista(el Doctor Berthelon) dió a cono-

cer la obra filantrópica que hacen alguna asociaciones francesas, como la Unión Nacional de las Sociedades Mutualistas de Profesores y la Federación nacional de las antituberculosas primarias, que sostienen sanatorios, consultas médicas y dispensarios para la curación de los maestros tuberculosos. Además, el mismo Doctor Berthelon apuntó que el Congreso debería procurar que el Estado, por medio de leyes adecuadas, ayudara con los recursos necesarios a sus fieles servidores, los maestros, cuando tuviera que separarlos de su trabajo, para evitar que fueran un peligro para los demás. En este mismo sentido, el profesor Castellini, de Florencia, dijo que los enfermos de tuberculosis, si no tienen ayuda material, continúan trabajando con grave peligro para la sociedad, especialmente si pertenecen a alguna colectividad y sobre todo si son maestros de Escuelas: y, por lo mismo, declaró necesario que tanto los maestros como los criados de las escuelas se aseguren contra la enfermedad en general y contra la tuberculosis en particular, de modo que "si la Sociedad les quita su gana-pan para proteger la colectividad escolar, provea también a su cura y manutención."

Tales son, brevemente resumidas, las conclusiones a que llegó el VI Congreso Internacional contra la Tuberculosis en el importante asunto de la Escuela en sus relaciones con esa enfermedad. Algunas de ellas afortunadamente las hemos puesto ya en práctica entre nosotros por medio del Servicio Higiénico Escolar; otras es indispensable que se implanten a la mayor brevedad; y ojalá estas líneas puedan servir en algo para ello.

El interés con que el Congreso de Roma vió este importante asunto se sintetiza perfectamente en el voto que aprobó por unanimidad la Sección I. "*El Congreso Internacional contra la Tuberculosis invita a las autoridades competentes de todas las naciones, para que la escuela sea puesta en aptitud, por medio de publicaciones populares, de lecciones, de conferencias, etc, etc., de llegar a ser el centro más activo de difusión y de aplicación de los conocimientos fundamentales, de carácter práctico o social, con los que pueda combatirse el terrible azote que precisamente encuentra mayor número de víctimas en las legiones escolares.*"

México debe, en obsequio a esa invitación y sobre todo por interés propio, hacer de la Escuela el centro más eficaz y más enérgico de la lucha antituberculosa. Al hacer esto, la convertirá además en lo que debe ser: el foco más importante de propaganda higiénica.

Alfonso Pruneda,

Profesor de la Escuela Nacional de Medicina,
Director de la Escuela de Altos Estudios y Presidente
de la Sociedad Científica "Antonio Alzate."

La Tercera Reunión del Congreso Nacional

DE

EDUCACION PRIMARIA

Gregorio Torres Quintero.

En Jalapa, Capital del Estado de Veracruz, celebró su tercera reunión el Congreso Nacional de Educación Primaria. En él estuvieron representados los Estados todos, el Distrito Federal y los Territorios. Sólo un Estado no mandó representante: el de Zacatecas. Refieren que el Delegado zacatecano que concurrió a la segunda reunión en el año pasado, escribió un artículo en el que expresó que ningún fruto pudo obtenerse del Congreso. Recuerdan algunos que a aquel delegado, que era un apreciable médico, apenas se le vió en las sesiones. De cualquier modo, es posible que debido a aquella opinión, el Estado de Zacatecas no haya enviado delegado a la tercera reunión, lo cual, de todas veras, fué de lamentarse, porque de mucho hubieran servido al Congreso las luces de los buenos profesores zacatecanos.

El día 15 de Octubre, por la mañana, se verificó la sesión preparatoria, bajo la presidencia del Sr. Profesor Gregorio Torres Quintero, con el objeto de elegir nueva Mesa Directiva, la cual quedó constituida como sigue: Presidente Honorario, Sr. Lic. José María Pino Suárez; Vicepresidente Honorario, Sr. Lic. Francisco Lagos Cházaro; Presidente efectivo, Sr. Dr. Eduardo R. Coronel; Vicepresidente efectivo, Sr. Ing. Miguel F. Martínez; Secretario, Sr. Prof. Daniel Delgadillo, y Prosecretario, Sr. Prof. Delfino F. Valenzuela.

Por la noche se celebró solemnemente la sesión inaugural bajo la presidencia del Sr. Lic. Francisco Lagos Cházaro, Gobernador del Estado. En dicha sesión dirigió el Sr. Dr. Coronel, en nombre del Estado de Veracruz, una salutación de bienvenida a los Delegados. Contestó el Sr. Ing. Martínez, y en seguida el Sr. Gobernador declaró inauguradas las sesiones de la tercera reunión del Congreso.

El día 16, al celebrarse la primera sesión ordinaria, se nombraron las comisiones que debían presentar dictamen acerca de los tres temas propuestos.

La primera quedó integrada por los Sres. Abel Ayala, Delfino Valenzuela, José María Bonilla, Miguel Salinas y Alberto Vicarte.

La segunda por los Sres. Gregorio Torres Quintero, Luis Vargas Piñera, Ernesto Alconedo, José Abraham Cabañas y Toribio Velasco.

La tercera por los Sres. Ponciano Rodríguez, Adolfo Márquez, José Manterola, Artemio Alpízar R. y Rafael García Moreno.

Los temas fueron los siguientes:

I.—¿Son buenas ó malas las escuelas mixtas? ¿Son deseables o sólo son tolerables? ¿Hasta qué grado?

II.—De qué materias deberá componerse un progama de educación obligatoria en la Republica Mexicana? ¿Deberá haber un programa urbano, completo o integral, y un programa rural, incompleto o rudimental? En caso afirmativo, determinar ambos programas. ¿En cuántos años se desarrollarían uno y otro?

III.—¿Debe ser uniforme la enseñanza primaria en la República? En caso afirmativo, precisar esa uniformidad.

Entretanto las comisiones preparaban sus dictámenes, los Delegados leyeron los resúmenes de los informes que presentaron acerca del Estado que guardó el ramo de educación primaria en las diversas entidades federadas de la República.

MAESTROS CONGREGADOS EN JALAPA.

También se honró la memoria del Sr. Enrique C. Rébsamen. El Congreso en masa acudió al panteón en donde descansan las cenizas de aquel ilustre maestro, se depositaron coronas sobre la tumba y se pronunciaron alocuciones sentimentales por los Sres. Abraham Castellanos y Justiniano Aguillón de los Ríos.

Y se hicieron los preparativos para una velada que en su oportunidad se celebró en honor de los tres extintos maestros D. Justo Sierra, D. Carlos A. Carrillo y D. Enrique C. Rébsamen. La velada resultó brillante, habiendo tomado parte en ella los Sres. Delegados: Ignacio Ramírez, Ernesto Alconedo y Daniel Delgadillo, pronunciando el primero un discurso acerca del Sr. Sierra, el segundo una inspirada poesía y el tercero una alocución en honor del Sr. Carrillo. Dos señoritas de la distinguida sociedad jalapeña honraron la velada con su concurso, una de ellas con una hermosa pieza de canto y la otra recitando una bella composición poetica del Sr. Lic. Sherwell. Las niñas de una escuela oficial cantaron un coro muy bien puesto.

La mayoría de la primera Comisión presentó su dictámen el día 19. La parte resolutiva se componía de las siguientes proposiciones:

I.—En nuestro medio social las escuelas mixtas son malas.

II.—Por consiguiente, dichas instituciones no son deseables ni tolerables.

III.—La Comisión opina que las escuelas mixtas existentes deben convertirse en escuelas de medio tiempo, o más propiamente, de asistencia sexual alterna.

En el seno de la Comisión se produjo un cisma. El Sr. Prof. Alberto Vicarte, Delegado por el Estado de Chihuahua, se separó y presentó un voto particular, en el que se manifestaba en abierta oposición con la mayoría, declarándose no solo en favor de las escuelas mixtas, sino recomendándolas como modelo del mejor sistema de organización escolar.

Se puso a discusión el dictamen de la mayoría. El Congreso se dividió igualmente en bandos opuestos y en bandos conciliadores. Después de los primeros debates, pudo apreciarse que la mayoría del Congreso no comulgaba con las opiniones de la mayoría de la Comisión, y ésta, en previsión de una derrota, se resolvió a transar haciendo que uno de sus miembros, el Sr. Valenzuela, presentara una especie de voto particular que terminaba con otras proposiciones, si no diversas en el fondo, sí diversas en la forma, y procurando suavizar la rudeza de la primera proposición del dictamen. El Congreso no cayó en la red. Consintió en aquel cambio de frente de la Comisión, aprobo el dictámen en lo general y discutió detalladamente las proposiciones, quedando a la postre aprobadas las siguientes, que distan mucho de ser las primitivas:

I.—La escuela mixta no satisface de un modo completo los fines de la escuela primaria, y por consiguiente, no es recomendable como sistema general de organización.

II.—Trabájese por que las escuelas mixtas existentes se transformen en escuelas unisexuales.

III.—En el caso extremo de no poder establecer escuelas unisexuales, pueden tolerarse las escuelas mixtas, únicamente para niños menores de diez años.

La última de estas proposiciones revela cual fué el criterio de la Comisión: la creencia de que las escuelas mixtas son un amago para la moralidad de los alumnos. Fué en esa proposición en donde la referida Comisión salvó lo principal de su idea.

La segunda Comisión presentó su dictamen el día 22. Las conclusiones a que llegó fueron las siguientes:

I.—Un programa de educación obligatoria en la República Mexicana deberá componerse de las siguientes asignaturas:

Ejercicios físicos.

Dibujo y Trabajo manual (según el sexo).

Lengua Nacional, incluyendo la lectura y la escritura.

Enseñanza Patria (Geografía, Historia e Instrucción Cívica).

Estudio elemental de la naturaleza (cosas, seres y fenómenos).

Aritmética y Geometría.

Canto.

II.—La enseñanza de cada materia deberá atender los fines material, formal e ideal,

III.—No habrá clase de moral, sino cultura moral, aprovechando todos los instantes para alcanzarla.

IV.—La enseñanza de las materias procurará orientarse hacia las ocupaciones ulteriores y futuro destino de los alumnos, según el medio físico, social y económico de las diversas localidades o regiones, sin llegar jamás a la especialización de la enseñanza.

V.—Habrá un programa para las escuelas rurales y otro para las escuelas urbanas.

VI.—Este programa deberá ser igual en cuanto a la enumeración de las materias, pero diferente en cuanto al grado.

VII.—En las escuelas rurales el programa se desarrollará en tres años.

VIII.—En las escuelas urbanas el programa se desarrollará en cuatro años.

IX.—Los alumnos de las escuelas rurales que hayan concluido su enseñanza, si desean continuar en la escuela primaria superior, deberán estudiar el cuarto año de las escuelas urbanas.

X.—La distribución del programa en las escuelas rurales será como sigue:

Primer Año.

Ejercicios físicos.—Juegos y marchas.

Dibujo y trabajo manual.—Recorte de grabados; iluminado de contornos. Dibujo del natural, de objetos sencillos y familiares a los niños. Manufactura de objetos con papel, cartón y otros materiales de la localidad.

Lengua nacional.—Enseñanza de la escritura y lectura Descripción oral; cuentos y recitaciónes

Enseñanza Patria (Geografía, Historia, Instrucción Cívica).—La escuela y sus alrededores. Orientación. 16 de Septiembre y 5 de Mayo. La obediencia y la disciplina en la escuela, en el hogar y en la localidad.

Estudio elemental de la naturaleza (cosas, seres y fenómenos).—Observación y descripción de animales domésticos, que puedan estudiarse con facilidad en la clase. Partes exteriores del cuerpo humano: necesidad de alimentarse. El aseo. Cuidado de plantas. Movimiento aparente del sol durante el día; cambios de las sombras y la temperatura en el día; vientos y su dirección dominante. La lluvia.

Aritmética y Geografía.—Conocimiento intuitivo de un centímetro y sucesivamente de dos, de tres, etc., hasta llegar a veinte. Sumas, restas; multiplicaciones y divisiones correspondientes. Ejercicios análogos con el decímetro lineal y con el doble decímetro. Combinación de palitos de un decímetro para construir contornos de polígonos. Conocimiento intuitivo de las medidas de superficie de uno a veinte centímetros cuadrados y operaciones relativas. Conocimiento intuitivo de las medidas de volumen de uno a veinte centímetros y operaciones relativas. Conocimiento y uso de las cifras del uno al veinte. Conocimiento intuitivo de las fracciones más sencillas.

Canto.—Pequeños coros al unísono del *re* al *la* de la primera escala, cuya letra verse sobre la vida de los animales y las plantas.

Segundo Año.

Ejercicios físicos.—Juegos, marchas y ejercicios gimnásticos.

Dibujo y trabajo manual. Recorte a mano libre y pegado sobre papel Picado de contornos, marcándolos con hilo de color por medio de la aguja. Modelado en barro u otra substancia plástica. Dibujo del natural de los objetos usados como modelos en el ejercicio anterior. Colorido de los mismos dibujos Construcción de los objetos usuales empleando materiales de la localidad. Además las niñas aprenderán los puntos de aguja más usuales.

Lengua nacional. Perfeccionamiento del mecanismo de la lectura. Lectura explicada. Ejercicios de escritura usando la pluma. Descripción oral; cuentos y recitaciones; formación de frases sencillas, oralmente y por escrito. Ejercicios de copia.

Enseñanza patria. (Geografía, Historia e Instrucción cívica).—La municipalidad e idea general del cantón, distrito o partido a que pertenezca. Cuauhtemoc, Hidalgo y Juárez. Los niños héroes de Chapultepec. Autoridades de la municipalidad y el cantón, distrito o partido. Deberes de los vecinos.

Estudio elemental de la naturaleza (cosas, seres y fenómenos. Observación y descripción de animales de la localidad. El cuerpo humano; huesos, músculos y su objeto. Cuidados higiénicos correspondientes. Cultivo de plantas, examinando las variaciones de la semilla durante la germinación; observación sucesiva de la raiz, del tallo y de las hojas, flores y frutos. Inclinación del sol en el trancurso del año; diversa duración de los días y las noches. El rocío, la escarcha y la helada.

Aritmética y Geometrìa.—Medidas de longitud desde el centímetro hasta el metro y operaciones relativas. Medidas de superficie desde el centímetro cuadrado hasta el metro cuadrado y operaciones relativas. Medidas de volumen desde el centímetro cúbico hasta el decímetro cúbico y operaciones relativas. Dibujos y construcciones relativos. Aplicación del cálculo escrito en todas las operaciones. Idea de la razón entre dos magnitudes o números. Ejercicios de contar de dos en dos, de tres en tres, etc. Conocimiento intuitivo de la decena y la centena, conocimiento de las cifras del uno al cien. Continuación del conocimiento intuitivo de las fracciones.

Canto.—Coros sencillos al unísono, del *re* al *si* de la primera escala, cuya letra verse sobre algunos fenómenos de la naturaleza, como las estaciones, la lluvia, etc.

Tercer Año.

Ejercicios Físicos.—Juegos, marchas y ejercicios gimnásticos.

Dibujo y trabajo manual.—Dibujos y recortes de memoria, de objetos conocidos y figuras geométricas. Copia del natural con lápices negro y de colores, de hojas, flores, frutos y objetos usuales, Guardas, cenefas, frisos, rosetones y otros ornatos. Nudos y trenzas. Trabajos de barro, cartón, hilo, cinta, ixtle, etc., según la localidad.—Además, las niñas ejecutarán trabajos de costura, aplicando los puntos de aguja aprendidos en el año anterior.

Lengua nacional.—Lectura corriente y explicada; mejoramiento de la escritura, descripciones y cuentos, oralmente y por escrito. Recitaciones. Redacción de cartas y documentos usuales. Ejercicios ortográficos

Enseñanza patria.—(Geografía, Historia e Instrucción cívica.) El estado e idea general de la República. El pueblo azteca, su civilización, la conquista, la independencia, la invasión americana, la guerra de reforma y la intervención francesa. Idea general de los derechos del hombre. Deberes y derechos del ciudadano. Forma general de gobierno de los Estados y de la República.

Estudio elemental de la naturaleza (cosas, seres y fenómenos.) —Conocimiento de los animales silvestres. Agrupación de los animales conocidos, según sus tipos y clases. Transformación del alimento en sangre; en qué se convierte ésta, función del corazón; purificación de la sangre, Cuidados higiénicos correspondientes. Cultivo y estudio de algunas plantas alimenticias e industriales de la localidad. Terrenos arcillosos, arenosos y calizos. El humus o mantillo. Agrupación de plantas según sus caracteres comunes. El arco-iris; el rayo; observación del cielo, la luna y las estrellas.

Aritmética y Geometría.— Medidas de longitud y de superficie desde el centímetro linea' hasta el hectómetro y desde el centímetro cuadrado hasta el ara y operaciones relativas. Cálculo de superficies hasta el ara. Ejercicios de formación de razones para que los niños se familiaricen con la multiplicación y división. Las medidas de volumen desde el centímetro cúbico hasta el metro cúbico y ejercicios relativos. Medidas de capacidad desde el litro hasta el hectólitro. Medidas de peso desde el gramo hasta el kilogramo. Conocimiento y manejo de

los números hasta millares. Conocimiento intuitivo de fracciones. Operaciones más comunes del cálculo oral y escrito.

Canto.— Coros sencillos al unísono, del **re** al **si** de la primera escala, sobre asuntos del hogar, la escuela y la patria.

XI.—El programa de las escuelas urbanas será el mismo de las rurales (hasta el tercer año) y el cuarto quedará constituido como sigue:

Cuarto Año.

Ejercicios Físicos.—Juegos marchas y ejercicios gimnásticos.

Dibujo y Trabajo Manual.—Dibujo del natural de objetos menos sencillos, tomados del reino vegetal y animal. Dibujo de memoria é inventiva. Diseños y bosquejos a pluma. Indicaciones sobre perspectiva. Construcción de objetos empleando materiales de la localidad.—Además, para las niñas, corte y confección de sencillas prendas de ropa. Remiendos y zurcidos.

Lengua Nacional.—Lectura expresiva. Perfeccionamiento de la escritura. Ejercicios de reproducción, imitación, transformación é invención. Ejercicios ortográficos y recitaciones.

Enseñanza Patria (Geografía, Historia. Instrucción Cívica).—La República Mexicana e idea general del mundo. Descubrimiento de América. Pueblos antiguos más importantes, con especialidad el pueblo azteca. Motecuhzoma II, Cuitlahuac y Cuauhtemoc, Hernán Cortés. Idea general de la dominación española. La Independencia. Hidalgo, Morelos, Mina, Guerrero e Iturbide. La República. Guerras extranjeras antes de la reforma. Constitución de 57; la reforma, la intervención y el imperio. Triunfo de la República. Idea fundamental de la Constitución de 1857. Ley electoral.

Estudio elemental de la naturaleza (cosas, seres y fenómenos).—Conversaciones sobre animales de otras regiones relacionándolos con los grupos establecidos. Fenómenos de la digestión, circulación, respiración y secreción. Ligera idea del sistema nervioso. Higiene correspondiente. Conversaciones sobre plantas industriales y económicas. Cultivo de algunas de estas plantas. Estados de los cuerpos. Conocimiento y uso de las balanzas, el termómetro, el barómetro, aerómetros, la brújula, la pila, el pararrayos. El aire, el agua, la combustión. Formación de un museo escolar por los alumnos: plantas, piedras, materias primas, materias labradas, etc. Los movimientos de rotación y translación de la tierra y sus efectos principales: día y noche, las estaciones, los climas, y los eclipses.

Aritmética y Geometría.—Medidas de longitud y de superficie desde el milímetro hasta el kilómetro y operaciones relativas. Ejercicios objetivos de construccion y evaluación de superficies. Medidas de volumen desde el milímetro cúbico y operaciones relativas. Evaluación del volumen de prismas y pirámides.

Medidas de capacidad. Medidas de peso. Operaciones con fracciones. Operaciones más comunes de cálculo oral y escrito.

Canto.—Coros al unísono del **re** de la primera escala al **re** de la segunda, sobre asuntos del hogar, la patria y sus héroes.

Como era de esperarse, la proposición más discutida, por ser la fundamental, fué la primera. La discusión, es cierto, no versó sobre lo propuesto, sino sobre lo que no estaba propuesto. Es decir, varios delegados propusieron *aumento* de materias. A pesar de los esfuerzos de la Comisión, que creía haber ido demasiado lejos formulando un programa tan completo para las escuelas rurales, no pudo evitar la entrada a ciertas asignaturas, como los Ejercicios Militares en las escuelas de niños, la Economía Doméstica en las de niñas, y la Moral y Urbanidad para ambas. Respecto de lo primero la Comisión manifestó que la escuela obligatoria de cuatro años y menos la obligatoria de tres (la rural) no podían ni debían enseñar los ejercicios militares, debiendo únicamente limitarse a dar la preparación necesaria, la cual se conseguía con los ejercicios físicos. Igual cosa dijo de la Economía Doméstica, teniendo ésta su preparación en los trabajos manuales y en el Estudio Elemental de la Naturaleza. En cuanto a la Moral, adujo el argumento de que las lecciones y texto de moral no producen el resultado que de ellos se espera. Las escuelas americanas no tienen la moral como asignatura, así como las escuelas prusianas no tienen los ejercicios militares en sus programas.

La comisión refundió varias proposiciones a la hora del debate para hacer la discusión menos larga. Los programas detallados no se discutieron; y el Congreso aceptó que sólo se incluyeran en las resoluciones como un *ejemplo* que la Comisión, y no el Congreso, proponía para el mayor esclarecimiento de sus ideas.

En consecuencia las resoluciones quedaron en la forma siguiente:

I.—Un programa de educación obligatoria en la República Mexicana deberá componerse de las siguientes asignaturas:

(Aquí el programa aumentado con los Ejercicios Militares, la economía doméstica y la Moral y Urbanidad.)

II.—La enseñanza de las materias antes expresadas deberá atender los fines material, formal e ideal y se orientará hacia las ocupaciones ulteriores y futuro destino de los alumnos, según el medio físico, social y económico de las diversas localidades o regiones, sin llegar jamás a la especialización de la enseñanza.

III.—Habrá un programa para las escuelas rurales y otro para las escuelas urbanas, iguales en cuanto a la enumeración de las materias, pero diferentes en cuanto a la intensidad y a la extensión de cada una.

IV.—En las escuelas rurales el programa se desarrollará en tres años.

V.—En las escuelas urbanas el programa se desarrollará en cuatro años.

VI.—La Comisión propone como *ejemplo* de programa de las escuelas urbanas, y solamente para aclarar sus ideas, el siguiente (programa no discutido):

(Aquí el programa detallado de los cuatro años.)

La tercera Comisión rindió su dictamen el día 23, Terminaba con las siguientes proposiciones:

I.—La enseñanza primaria elemental *debe ser obligatoria* y uniforme en toda la República. Esta uniformidad será:

A.—En cuanto a programa.

B.—En cuanto a los métodos y procedimientos didácticos que en ella se emplean.

II.—La enseñanza primaria superior, en su aspecto general, será uniforme:

A.—En cuanto al programa.

B.—En cuanto a los métodos y procedimientos didácticos que en ella se empleen.

C.—En cuanto a los fines y tendencias.

Esta Comisión quedó desintegrada desde el mismo día en que el dictamen fué presentado, no porque alguno de sus miembros hubiera disentido del parecer de la mayoría y producido un voto particular, como sucedió con la primera Comisión, sino porque el Presidente de ella, Sr. Profesor Ponciano Rodríguez, desapareció de Jalapa sin dar aviso al congreso ni a sus compañeros de dictamen. Mucha falta hizo a la hora de las discusiones, pues el dictamen se vió naufragar a los primeros embates de la réplica que, por otra parte, fué la más serena y corta de todas. Las resoluciones, bastante modificadas en la forma y en el fondo, quedaron resumidas en la única que sigue:

1a.—La enseñanza primaria debe ser uniforme en toda la República. Esta uniformidad será:

I.—En cuanto al programa general.

II.—En cuanto a las tendencias, que deberán ser la formación de los rasgos característicos del alma nacional.

La sesión solemne de clausura se verificó la noche del 29. En ella el Presidente efectivo rindió, conforme a los estatutos, un extenso y bien organizado informe acerca de los trabajos realizados, haciendo resaltar la importancia de ellos, como en efecto la tuvieron.

El Sr. Prof. Gregorio Torres Quintero pronunció una alocución de unión y despedida que fué muy favorablemente comentada En seguida el Sr. Gobernador, Vicepresidente Honorario, declaró solemnemente clausuradas las sesiones del Congreso.

Pocos momentos después el mismo Primer Magistrado del estado obsequió a los Delegados en el Palacio del gobierno con un exquisito *lunch champagne* en el que reinó el entusiasmo y la mas franca cordialidad

La cuarta reunión del Congreso se verificará en S. Luis Potosí el 1o. de octubre de 1913.

En próximo artículo haremos algunos juicios sobre los trabajos realizados

Gregorio Torres Quintero.

CLASE PRACTICA (6º Año)

TEMA.—Estado de la nueva España en el Siglo XVIII (relación de la clase anterior: Francia en el Siglo XVIII). Qué efecto produjeron las **ideas nuevas** en la Colonia.

Orden de los puntos que se tratarán en la clase:

1°.— Francia en el Siglo XVIII. Ligero estudio de su evolución política.

2°.— Vista general de los diversos gobiernos que tuvo Nueva España y su estado en el Siglo XVIII.

3°.— Comparaciones entre ésta y aquella.

4°.—Efecto de las **ideas nuevas** en la Colonia.

1°. y 2°.— Presentaré someramente, el 1°. y 2°. puntos, dado que sólo es necesario hacer una recordación a las alumnas, que ya tienen completo conocimiento del asunto.

Desde el Siglo X dominó en Europa el Feudalismo, que hacía de cada propietario una especie de soberano en sus dominios; el señor feudal es como el rey; sus criados son sus súbditos, a quienes puede mandar matar, multar, prender y ahorcar a su antojo. Hace la guerra a sus vecinos cuando le place. Todo dominio es un estado pequeño, donde los vasallos están sometidos a la justicia del señor y están obligados a trabajar sus tierras, a pagarle tributo y a usar sus útiles pagándole por todos. El principal en dignidad de los señores de Francia, era el rey; pero había propietarios de territorios más extensos que el suyo, no siendo, por consiguiente, el más poderoso. Por medio de las conquistas, de los enlaces entre los miembros de la familia de un soberano y los de otro, llegaron a quedar bajo el dominio de un señor propiedades inmensas y así llegó a ser el rey en Francia el más poderoso de los señores. A fin de que al morir un soberano no se debilitaran las riquezas al ser repartidas entre los hijos, se adoptó la costumbre de que la fortuna entera sería para el primogénito. Así se llegó a crear en cada país un centro único, un poder obedecido por todos los habitantes, acabando por no haber más que un soberano.

Subsistía este régimen en el Siglo XV cuando reinaba en Francia Luis XI, soberano que abusó de su poder: mandaba prender o ejecutar a los que lo molestaban, recargaba de impuestos a sus pueblos y no soportaba observación de ningún género. Sus sucesores tenían como él, el principio de que únicamente el rey tiene derecho para resolver los asuntos del reino y que en el país sólo un poder debe existir: el suyo. Ya no se convocaban los Estados generales, y si se hacía, podía el rey dar órdenes que tenían que ser obedecidas. El poder que llegaron a adquirir los reyes, hizo que se concibiera la idea de que **la autoridad real procede de Dios** y como divina era obedecida hasta lo úl-

timo. Para darse cuenta del estado de la monarquía, basta recordar aquella frase de Luis XIV: **El Estado soy yo**; es decir, **todos los derechos de la Nación residen en mí,** en el rey. No hay nación, hay soberano.

Así continuó el gobierno en Francia hasta el Siglo XVIII cuando gobernaba Luis XVI, quien reunió en sí todos los poderes, hacía leyes, disponía del poder judicial, nombraba a los funcionarios, imponía impuestos de la manera que mejor le parecía, disponía de los ingresos del estado como de rentas suyas, y era, en fin, la monarquía absoluta, despótica y arbitraria. El gobierno estaba organizado con arreglo a costumbres que habían ido extendiéndose desde la Edad Media. Cuando los franceses reflexionaron acerca de las cuestiones políticas, encontraron en todas las instituciones abusos contrarios a la razón y a la humanidad. Era general el descontento de la clase subyugada que quería libertad y desconocía los privilegios de los nobles. En tal situación estaba Francia cuando estalló la Revolución. (En este punto se interrogará a las alumnas sobre cuáles fueron las causas de la Revolución Francesa y qué derechos conquistaron los franceses en esta época.)

Mientras sucedía esto en Francia a fines del Siglo XVIII y principios del XIX, México proclamaba su independencia de España. El pueblo mexicano, como el francés, cansado del dominio de los gobernantes, deseoso de conquistar derechos, se reveló contra las autoridades españolas: el mal de los mexicanos venía desde la Conquista, así como el mal de los franceses arrancaba desde el feudalismo.

Nombrado Cortés Capitán General, Gobernador y Justicia Mayor, distribuyó las tierras mexicanas entre los conquistadores, así como determinado número de indios, a los que dió el nombre de encomienda; el dueño de la encomienda era el encomendero cuya autoridad degeneró en abuso y en la más dura tiranía, hasta tratar a los mexicanos como bestias. Encuéntrase en este punto la situación de México semejante a la de Francia: el poder de Cortés, absoluto como el de los monarcas franceses; poderosos los encomenderos como el señor feudal; y los indios, como los vasallos franceses, obligados a trabajar las tierras del amo y a someterse ciega y despiadadamente a la voluntad del dueño.

El gobierno del virreinato, que duró 284 años, que favoreció unas veces a los indios y otras abusó de su poder, sujetando a los mexicanos a la más humillante esclavitud, recuerda la monarquía absoluta de Francia: no tenía el pueblo mexicano ni una sola idea política; era incapaz de pensar hacerse libre, cuando tenía la amenaza constante de la Inquisición, donde eran llevados por una sola palabra dicha contra las autoridades españolas.

Esta institución es la característica de la monarquía española como lo era la Bastilla de la monarquía francesa.

El pueblo no gozaba ni de la más pequeña libertad; tal era la situación de la Nueva España a fines del Siglo XVIII.

3°. y 4°.— Como en esta clase la idea que se trata de presentar es que: **La soberanía nacional reside en el pueblo,** despues de considera-

da la situación de Francia en el Siglo XVIII donde la monarquía era absoluta y la situación de Nueva España, donde el pueblo había soportado durante tres siglos la dominación española, se harán comparaciones entre uno y otro país cuya condición era semejante, pues no gozaban franceses ni mexicanos ningún derecho y sí llevaban todas las cargas y todas las obligaciones; entonces se hará comprender a las alumnas que cuando un pueblo está dominado por el poder absoluto de un soberano, llega un momento en que no puede sufrir más y se exterioriza entonces el descontento, produciéndose revoluciones.

(Se recordarán las causas de la Revolución Francesa, tomándose separadamente la de: las ideas de los escritores).

Surgieron en Francia dos generaciones de filósofos, con espíritu de oposición a la monarquía, que como no podían desplegar abiertamente las nuevas doctrinas sin ser perseguidas, (Voltaire estuvo dos veces en la Bastilla) las introdujeron en cuentos, relatos de viajes, que poco a poco se convirtieron en principios generales, y desarrollando sus teorías, reclamaron reformas.

Cuando esta filosofía del siglo XVIII fué comprendida y aplicada por los súbditos franceses; cuando las nuevas doctrinas se convirtieron en principios políticos que hicieron ver a los pueblos y a los hombres que en cada vasallo existía un ciudadano, entonces estalló la Revolución; cuando iguales efectos produjeron en México, se proclamó la independencia.

El contagio moral de revolución parece existir en todos los espíritus y de allí que los gobiernos se preocupen de la educación e instrucción de los pueblos, únicos medios para enfrentarse con esa condición humana. Para que la idea de la lucha se propague, no es necesaria la convicción sino el sentimiento, el que estaba profundamente herido en el corazón mexicano; y se extiende con tanta mayor rapidez, cuanto más predispuestos están los pueblos para recibir el principio del movimiento. El pueblo mexicano estaba preparado y dispuesto para recibir el gérmen de independencia y libertad.

Las ideas de los filósofos franceses traspusieron el Océano y temiendo las autoridades españolas la consiguiente influencia, prohibieron la lectura de los libros venidos de otras naciones, sobre todo de Francia, sin someterlos antes a la previa censura. Se practicaban cateos aun en las Bibliotecas particulares y eran llevados a la Inquisición, tanto los que poseían libros extranjeros como los que no denunciaban a los partidarios de las **ideas nuevas**; así como en Francia encerraban a los reos en la Bastilla.

Aunque eran pocas las personas mexicanas que leían los libros algunas de ellas publicaron las ideas de los filósofos franceses con el pretexto de exponer una crítica sobre ellas, resultando que tal crítica no causaba gran impresión en el ánimo de los mexicanos, y sí honda huella las ideas de libertad, igualdad, soberanía del pueblo, etc.

Diversos movimientos revolucionarios se habían registrado ya en Nueva España y aunque no habían alcanzado éxito sirvieron para que los mexicanos midieran sus fuerzas; se encontraran capaces de gobernarse por sí mismos, de constituir una nación y comenzó a germinar

la idea de alcanzar la independencia de México. Surgieron entonces hombres como Verdad y Talamantes, los primeros mártires de la independencia, hasta que al fin Don Miguel Hidalgo, que por su carácter sacerdotal tuvo oportunidad de leer los libros de Rousseau, en los que se cree se inspiró, y que parece que concentró en su espíritu todas las ideas liberales que habían conceebido sus antecesores, predicó en su patria , como Rousseau en Francia, que el pueblo no está obligado a hacer la absoluta voluntad de un soberano como había sucedido durante la dominación española, sino que quería que fuera libre, libre para constituirse según su voluntad, y como conocedor de sus necesidades, procurara la conservación y perfeccionamiento de sus fuerzas, que en relación con los gastos nacionales decretara los impuestos; libre para nombrar al representante de la Nación y para cambiarlo cuando este no fuera competente; es decir, en una palabra, quería la soberanía del pueblo. Sucedió en Francia y en México también, que se enfrentaba el pueblo con la autoridad del monarca: ¿quen triunfó? el pueblo; luego él tiene el poder.

Luis XVI muriendo en un patíbulo a manos del pueblo, era la más poderosa lección para los pueblos de que la soberanía no reside en el gobernante.

Después de una larga serie de luchas y dificultades se consumó el pensamiento de Hidalgo, hasta quedar escritas en nuestra Constitución estas palabras: **La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo.**

Forma: socrática.

Procedimientos: intuitivo (descripción intuitiva), concéntrico.

Método: pragmático o filosófico.

Marchas: sincrónica, cronológica, comparativa, que deben usarse en las repeticiones cuando los niños tengan los conocimentos históricos ordenados y sean capaces de pensar sobre ellos, entonces hay que remontarse del efecto a la causa, agrupar lo semejante, hacer paralelos, comparar.

Noviembre 18 de 1912.

María Duarte,

Alumna de la Escuela Normal Primaria para Maestras.

Nuestros Colaboradores

Esta pequeña revista tiende a reunir una idónea y escogida colaboración, así en la parte científica, como en la que se relaciona con las artes en general y para cuyo fin contamos con la buena disposición de los socios más *de visu* del «Ateneo de México» y de otras sociedades científicas y literarias de esta capital y de los Estados Nuestro primer número es una muestra de ello.

María Enriqueta con dos bellas poesías, como dos rosas plenas de fragancias líricas, exorna las primeras páginas de nuestra revista. Esta gentil poetisa, después de su hermoso libro «Rumores de mi huerto», que editó la casa Ballescá, publicará tres tomos de versos: «Canciones breves», «Rincones románticos» y «Poemas del campo» y uno de cuentos, «Lo irremediable». Las dos composiciones que publicamos son tomadas de «Canciones breves» y en otros números ofreceremos a nuestros lectores muestras de sus demás libros. María Enriqueta es indudablemente la más grande de nuestras poetisas actuales por su inspiración fresca (como sus jardines de Coatepec) y su dulce y delicada emotividad que revela toda la clareza de una Castalia interior. María Enriqueta tendrá siempre en estas páginas un lugar preferente.

Roberto Argüelles Bringas cuyos altos prestigios son bien conocidos en los más serios círculos literarios de esta metrópoli, nos ha prometido su valiosa colaboración y en este mismo número aparecen tres perlas que titula «Gesta de Invierno». **NOSOTROS** enjoyará sus páginas, en lo sucesivo, con la obra fuerte y aristocrática del poeta Argüelles Bringas.

Alfonso Reyes. Publicamos un hermoso trabajo de Alfonso Reyes y en otros números seguiremos dando a nuestros lectores los frutos de este nuevo talento de quien el eminente García Calderón ha dicho: «No son dones de toda juventud su madurez erudita y su crítica penetrante. Tiene cultura vastísima de literaturas antiguas y modernas, analiza con vigor precoz y estudia múltiples asuntos con la ondulante curiosidad del humanista. Penetra con el análisis, pero no olvida la intuición vencedora del misterio». Y agrega en «Revista de América»: «El más joven de los críticos mexicanos y quizás el más robusto, el de más amplia cultura. El primer libro de Reyes, **Cuestiones Estéticas**, es la revelación de un talento ágil, lleno de curiosidades y de promesas».

Alfonso Pruneda. Del vigoroso y joven talento que dirige merecidamente la Escuela N. de Altos Estudios, publicamos un trabajo sobre la Escuela y la Tuberculosis, con el cual se enorgullece nuestra sección educativa. De su brillante carrera tomamos estas breves notas.

El doctor Alfonso Pruneda nació en esta capital el 19 de agosto de 1879. Recibió su título de médico cirujano el 19 de agosto de 1902.

Cuando se estableció la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes fué llamado por el Sr. Lic. D. Justo Sierra para ocupar el puesto de Jefe de la Sección de Instrucción Secundaria, Preparatoria y Profesional; al cambiar ese nombre la Sección por el de Sección Universitaria, continuó al frente de ella hasta el 25 de julio de este año en que fué nombrado Director de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional.

Fué durante cinco años Jefe de tercer año de clínica médica en la Escuela N. de Medicina y desde 1907 es profesor de primer curso de clínica médica en la misma Escuela.

Ha asistido como Delegado de México a varios congresos internacionales, entre ellos al de la Tuberculosis, en Roma, en abril último y al de Americanistas, en Londres, en mayo de este mismo año.

En agosto de 1911 el Gobierno Francés le confirió el diploma de OFICIAL DE INSTRUCCION PUBLICA por sus servicios a la instrucción mexicana.

Es Director del «Boletín de Instrucción Pública», de la «Revista Mexicana de Educación» y de la «Revista de Hospitales». Ha colaborado en numerosos periódicos cientificos.

Es Presidente de la Sociedad Científica «Antonio Alzate» y socio de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. de la de Medicina Interna, de la de Profilaxis Sanitaria y Moral, de la Farmacéutica Mexicana y de la Asociación Americana de Salubridad Pública.

Gregorio Torres Quintero nos honra con una crónica del último Congreso Pedagógico. El maestro Torres Quintero nació en Colima en 1866 Pensionado pos el Gobierno del Estado hizo sus estudios con bastante éxito en la Escuela Normal de esta Capital, recibiendo su título en 1891. Ha desempeñado cargos de alta importancia y en los cuales ha demostrado un celo y una honradez irreprochables. En la actualidad está al frente de la Sección de Instrucción Rudimentaria de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, cuya organización se le ha encomendado. Durante diez años ha desempeñado la clase de Historia Patria en la citada Escuela Normal. Es autor de varias obras de texto de las cuales las más importantes son: Método Onomatopéyico-Sintético de lectura escritura, La Patria Mexicana, Una Familia de Héroes, etc Es miembro de varias sociedades científicas entre las que se cuentan las sociedades «Antonio Alzate» y «Leopoldo Río de la Loza». Es uno de los más prestigiados hijos de nuestra Escuela Normal, a la que ha dado honor en los Congresos de Educación en los cuales ha desempeñado comisiones de alta trascendencia con toda idoneidad y discreción.

"Nosotros"

abre sus páginas en estos momentos de inquietud, con el anhelo claro y juvenil de poner una suave gota de confianza en los sitibundos labios de la Patria. Y busca en la labor educativa todo aquello que es noble, todo aquello que es santo, porque sólo ella podrá ser la formadora de un alma nacional fuerte y armoniosa; y en el Arte busca todo aquello que es luz, porque el Arte será siempre la mejor antorcha que elevar en las sombras de un camino.

"Nosotros" será la blanca bandera que desplegaremos ampliamente besada por los cuatro vientos del espíritu, en los claros campos de las luchas fecundas. "Nosotros" será la blanca bandera que *nosotros*, desde las aulas, iremos a clavar con golpes de entusiasmo en las serenas cumbres ideales.

Nuestra labor, como incipiente, tiene que ser de poca valía; pero al lado de la nuestra, insignificante, irá la fuerte y prestigiosa de aquellos ya nimbados por el triunfo.

Al hacer nuestra revista su primer salida, envía un saludo a los que son nuestros compañeros en el estudio, en el entusiasmo y en los trabajos de la prensa.

NOTAS:—Esta revista dará cuenta en una sección bibliográfica de todos los libros que reciba.

Próximamente contaremos con la colaboración de los dibujantes señores Profesor Francisco Mas, Froylán González y Francisco Gustavo Villatoro

Este número tiene excepcionalmente 32 paginas; en lo sucesivo tendra por lo menos 40.

En el próximo número publicará esta Revista trabajos de Rafael López, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel A. Chávez, Rodolfo Reyes, Juan Chargoy Gómez, etc.

CON LOS OJOS ABIERTOS

Poesías de Rafael López. De venta en la librería de Ch. Bouret. Av. 5 de Mayo No. 12. Apartado 219.

Precio . . . . . $ 2.00.

Nosotros

SUMARIO

Rafael López	*Adelante.* *Jesús E. Valenzuela.*
M. Enriqueta	*Misterio.*
Pedro Henríquez Ureña	*La Poesía Perfecta.*
Salvador Cordero	*Con los ojos abiertos.*
Julio Torri	*El mal Actor de sus propias emociones.*
F. González-Guerrero	*La simiente clara.*
Conrado Abundes	*Motivos Líricos.*

Ezequiel A. Chávez	*Los climas de la República Mexicana.*
Gregorio Torres Quintero	*El Congreso Nacional de Educación Primaria.*
Rodolfo Reyes	*El Maestro y la Educación Política.*
Juan Chargoy Gómez	*Pestalozzi.*
F. J. E.	*Pan y Letras.*

NUM. 2. ENERO DE 1913.

Rafael López

ADELANTE

Quisiera que estas frases se alzaran como vuelos
de palomas que fingen adioses de pañuelos
en el azul flotantes. Se alegra la partida,
cuando se ve que ha sido cordial la despedida.
Y en esta hora grave de emociones sinceras,
en que con la ignorancia de las aves viajeras
no sabéis en qué fronda vais a colgar el nido,
ni en qué ignorado clima, ni en qué surco escondido,
ni en qué tierra distante, vais a arrojar el grano
que ya se cuaja en el hueco de vuestra mano;
en esta hora plena de tantos nuevos bríos,
os digo: id a la vida de frente, amigos míos.

Tened el alma libre sobre la ruta abierta,
tal como entre la noche se ve franca una puerta,
para que todos lleguen al fuego de la estancia
y se quiten el negro polvo de la ignorancia.
Tened el alma fuerte como un templado acero
que no por flexible es menos duro y entero;
vestida de paciencia y al dolor insumisa
el alma fuerte sabe conservar la sonrisa.
Mas sobre todo, hacedla blanca, como la nube
que a los más fieros riscos de la montaña sube;
blanca como la cera de altar, como el armiño,
de modo que así puede ser la amiga del niño
en cuya frente, sacra de misterio y blancura,
está dormido el germen de la patria futura.....

Despertad ese germen con vuestras experiencias,
para que dé, como una mirra oriental, esencias
de muy subido precio....
En medio de la lucha
de este momento histórico, el porvenir escucha
un canto de esperanza, de amor, que asciende y vuela
como un supremo augurio.....es la voz de la escuela
que señala los mansos senderos de cultura
en que corren las linfas lustrales de la gracia
donde podrá mañana la humanidad futura
lavar la sangre heróica de nuestra democracia..

Ya veis qué gran acopio de fuerza y de virtud
demanda esa divina misión, oh juventud...

Ahora, id a la brega, y al dolor, y a la vida,
con una fe radiante de ideal encendida;
amad el ideal que en todo sus piadosas
alas tiende. Buscadlo y encontraréis sus huellas:
el germen enterrado pugna por dar las rosas
y en la sombra palpita la luz de las estrellas
como en la piedra informe la carne de las diosas.

Un poco de quimera y un poco de ilusión
unta de sol el alma y alegra el corazón.
Para entrar en la lucha más fuertes y risueños,
en la pesada alforja guardad los bellos sueños.
Soñar, es vivir junto de algún pensil tesoro,
ser dueño de los mágicos hechizos de Medea;
rezonga la cigarra y es un rabel sonoro,
en una trenza rubia brilla un lingote de oro
y tras de Maritornes sueña la Dulcinea....

Rafael López.

México, Dbre. de 1912.

Jesús E. Valenzuela

Venid, mis compañeros, a reuniros conmigo en torno de esta amada memoria, un tanto velada ya por la Gran Sombra, mas no por eso menos presente entre nosotros. Traed rosas frescas, pero de color de púrpura; aquellas que tengan más escarlata en las corolas y sean de corazón más ardiente; buscadlas húmedas y rojas como la sangre, como las bocas purpurinas, como los ósculos de los amantes. Así podrán significar las llamas de soberbias locuras sobre las cuales se consumió su vida prócer, y sus perfumes serán menos inmortales y menos dulces, que los misericordiosos aromas de generosidad, de alegría y de amor, que llevaba en las manos espléndidas, para derramarlos largamente sobre las miserias colgadas a los llamadores de su puerta, cuando poseía el talismán de Polícrates y su vida era sonora, magnífica y opulenta, como un gran saco de oro que se vacía.

Mirad; a la sombra de aquel álamo, en cuyas hojas se queja la más fragante de las Heliadas, está su tumba; un sencillo monumento de

gusto casi antiguo, a mi ver, hecho en un solo bloque de mármol puro, en donde yo grabaría, con un epigrama de Meleagro, un tirso y un risueño laurel, a fin de expresar que el que allí duerme, fué un poeta y amó la vida, a la que embelleció con la risa dionisíaca y el esplendor apolíneo de un ciudadano de Atenas.

* * *

Conocí a Valenzuela hace diez años, bajando ya la montaña de su juventud y su fortuna, al valle más tranquilo de su madurez y su pobreza. De sus antiguos señoríos conservaba algunas parcelas que le permitían distraerse con el simulacro de su pasada opulencia, y de su juventud le quedaba el fuego matinal en los ojos y la gracia en la espontaneidad de la sonrisa, un tanto atenuada por la fiereza del perfil aguileño, que de esa gracia era como el comentario viril. Tenía gallarda la apostura, el andar desdeñoso y la fuerza armoniosa de la raza tarahumar, de la cual descendía, y sobre las musculares riquezas de unos hombros de atleta, se alzaba su cabeza pálida y dominadora, con la brava melena negra, alborotada por las manos de alguna musa o de alguna diosa. Como en el retrato de Gautier pintado por Eca de Queiroz, apenas si un leve cansancio, visible en los ángulos de la boca, traicionaba la arcilla mortal. Las canas, con los infortunios, vinieron después.

La ciudad que presenciara anteriormente los escándalos de su magnificencia, cuando pasaba seguido por un glorioso cortejo de pintores, de poetas y de bufones insignes; la Ciudad, que se le rindió enamorada como Dánae, con la doble lluvia de oro de su ingenio y de su fortuna, hogaño lo veía de cuando en cuando, en compañía de dos o tres fieles, cruzar el dintel de algún bar. Allí, en el fondo del champaña blondo, disolvía las perlas negras de su tedio. Quién sabe si al mojar sus labios en el chorro luciente le parecería que besaba cabelleras rubias y que mordía recuerdos como en el poema de Baudelaire. . . . . .

Por lo demás, nunca se quejó de la traición de la fortuna ni de la amistad. Conocía demasiado a los hombres para pedirles más de lo que pueden dar; y en cuanto a su pobreza, la soportó indiferente y burlón, secando con la esponja de su talento, el agua amarga de la melancolía.

Ni duda que esa melancolía tuvo que ser amarga, con todas las amarguras que cabalgan sobre el lomo de los desengaños y silenciosamente dejan ciegas a las esperanzas. Valenzuela, que mejor que Villiers de Lisle Adams, fué Caballero de Malta y Rey de Grecia; comensal y anfitrión de la Tabla Redonda en los palacios del dinero y del poder, que saboreó las blanduras y molicies de la vida en las Alrambras y Escoriales levantados con su riqueza; que tuvo como siervas las lisonjas y como esclavos los amores; Valenzuela ha de haber sentido como Job la sal de la vida sobre la lengua, y el terrible sabor de la ceniza del mundo desbordada en las urnas lacrimatorias del epitafio griego:

"Aquí yace el ruido del viento, que pasó derramando perfumes, calor y simientes en el vacío."

Nada de eso, sin embargo, dejaba traslucir, cuando ya en los tiempos de su decadencia recibía a sus amigos en su casa de Tlalpam. Su buen humor era un tibio rayo solar que fundía fácilmente las nevadas de su tristeza. En aquellas tardes floridas de los veranos y de los rojos estíos; en aquellas tardes que parecían abandonarse a las caricias de un amante invisible, como esclavas llenas de indolencia oriental, algunos íntimos del **roi en exil** íbamos a deleitarnos con su talento, tan rebosante de ingenio y de gracia, que parecía encenderse en el aire la visión de guirnaldas rotas y renovadas sin cesar. — Aquí estoy — nos decía — separado del ruído del mundo por esta muralla de verdura. — Y al pie de una enredadera de mosquetas que daban sombra a su puerta y que se desplegaban sobre nuestras cabezas como estrellas perfumadas, nos regocijaba con su imaginación primaveral, con el vivo encanto de su pensamiento ondulante. Otras veces prolongábamos indefinidamente las sobremesas, instaladas en aquellos grandes sillones forrados de piel, entre auténticos tapices gobelinos, cerca de un maravilloso biombo japonés, cuyo simbólico dragón, como ciertos de nuestros camaleónticos semejantes, cambiaba de color según la disposición de la luz. En el decoro de esas nobles riquezas presididas por una Venus de mármol, volaban muchas abejas locas, regando diversidad de mieles: sápidas las de Valenzuela, agridulces las de Urbina, del jardín de Academus las de Urueta, impregnadas de un espontáneo epicureísmo las de Rubén Campos. Entonces conocí espiritualmente a Valenzuela; el dulce apóstol de los gentiles me conquistó con su bondad, con su piedad, con su magnanimidad, con su sabiduría; (¡Dios mío! - exclama en el epígrafe de uno de sus libros - ¡Consérvame mis recuerdos aunque me quites la esperanza!); todo tan puro, tan sincero, tan oro de venticinco quilates, que yo ví resplandecer esas virtudes sobre las llamas de los pecados capitales que comenzaban a apagarse sobre su pecho. En verdad - me dije - que este hombre merece, a semejanza del domador de corceles cantado por Píndaro, sentarse en el festín de los dioses y compartir el lecho de las diosas... Y, a pesar de todo, me pareció que seguía corriendo sobre su corazón el agua amarga de su melancolía....

* * *

Valenzuela se encogió de hombros cuando se vió sin oro. ¿Qué le importaba? Allí estaba el de la luna, el de los sueños, el de la poesía. Y de un salto se montó en su Pegaso para alcanzarlo. Estaba acostumbrado al derroche y despilfarró las pedrerías de sus quimeras, regiamente, como un Buckingham de la fantasía. Este gambusino del ensueño volvía de sus vuelos con celestes aljófares en las plumas de las alas, con gotas de oros estelares en el armiño del penacho. Tal fué su máxima riqueza, la que no se le agotó nunca, la que está atesorada en los tres libros que dejó. En la torre siempre señorial, pero medio arruinada, adonde lo siguió únicamente el séquito silencioso de sus recuerdos vestidos de terciopelos sombríos, tenía una luminosa ventana abierta a todos los vientos y por la cual entraban los santos perfumes de la belleza, que él recogía en las ánforas de sus versos para

magnetizar su dolor. Desde esa torre soltaba el viejo gentilhombre los gerifaltes de su fantasía, que regresaban trayéndole aprisionadas las más blancas palomas de la vida, esas que llevan amarrado en las patitas de rosa el hilo infinito de la ilusión, de la esperanza, del amor, almas levaduras de su poesía. Otros le llevaban alguna sangrienta presa, todavía con el gesto de un tormento en los miembros palpitantes, y él la clavaba al hierro de sus poemas, aquellos en donde grita el sufrimiento largamente, aquellos en donde la humana angustia se desola, aquellos en donde se muere la piedad con los lentos martirios de una crucifixión.

"Almas y Cármenes" fué la cosecha más rica de este sembrador. No se presentía en el cielo otoñal borrasca que nublara el sol, de modo que era alegre el canto de la vendimia y dulce la hora de la recolección. La musa del poeta espigaba tranquila el campo de su señor y volvía cargada de frutos a la heredad, apoyándose como Ruth, en la clemencia de la tarde. Las gavillas trascienden bálsamos penetrantes y enemigos de las carcomas del olvido; y el talento de Julio Ruelas está allí, vigilante y celoso, aplastando todos los gusanos de la muerte con la vida de su gloria inmortal.

"Lira Libre" es el segundo libro de Valenzuela, escrito cuando ya había sufrido el ataque de la enfermedad que posteriormente sería mortal. Por eso se oye tartamudear aquí una inteligencia tan despierta y tan clara. Algunos poemas parecen rotos, como columnas de un templo que se empieza a caer, y todos, desde el principio hasta el fin, están amasados con sangre de recuerdos. En los muros semiderruídos cuelgan series de retratos interminables de gentes vivas y muertas; más de éstas que de aquéllas: son los cariños que Valenzuela llevaba enredados en su memoria, tan generosa como su corazón. Todos tienen en el libro una ofrenda; el poeta cumplía con el piadoso deber de despedirse de los que quedaban y de enguirnaldar las cruces de los que se habían ido, quizás ya dominado por el presentimiento de su próximo fin. Todavía triunfan en este volumen los vuelos de las ideas, en pugna por romper las ligaduras que las atan, y las demás excelencias del estro.

"Manojo de rimas" fué la íntima y suprema confidencia, borrosa evocación de añoranzas muy lejanas, esfumadas en los horizontes de la mocedad. Aún cantan estrofas de corazón juvenil, prendidas tenazmente a la vida con la fuerza de las savias eternas; mas hay otras ya marchitas, pero de almas tan exquisitamente perfumadas, que parecen arrancadas de un parque real. Y aquí y allá la buena ironía (buena porque venga a los bien nacidos de los imbéciles y de los perversos, agita su aguijón sobre las traiciones y las miserias humanas. Valenzuela jamás hizo cargos a su destino ni gesticuló contra la suerte. Todavía en su lecho mortal, el demonio de Sócrates pasaba ligero por la risueña sabiduría de sus labios entreabiertos.....

No se le conoció sino un glorioso y absoluto amor, el que tuvo a la "Revista Moderna", a la que quiso con todas las magnificencias de su espíritu y las delicadezas de su corazón. Ese amor se extendió a nosotros, a los pequeños, a los que llegábamos balbuceando con en-

tusiasmos divinos y con divinas inconsciencias, fórmulas nuevas de belleza. Era la época del Renacimiento, en que los panales de Gutiérrez Nájera nos alimentaban con mieles de Francia y Tablada nos llenaba de terrores voluptuosos, embriagándonos con la morfina de sus misas negras, como un Sumo Pontífice del Mal. De fuera nos venía, entre el ruído de las olas, el canto de sirenas de Rubén Darío y los perfumes d' Annunzianos volcados en los "Crepúsculos del Jardín" de Lugones. Con estas cosas nunca vistas, Valenzuela hizo resplandecer el pecho de su amada. Partió con ella el pan de su pobreza y la cobijó amorosamente con su manto de púrpura ya desgarrado. Ella, en cambio, lo siguió fielmente hasta el séptimo círculo y el octavo cielo. Fué su Antígona y su Cordelia, su fuerza y su luz, su consuelo y su redención. Cuando la afasia que mató a Baudelaire y la parálisis que destruyó a Julio de Goncourt, le quitaron el movimiento y la voz, todavía hojeaba las colecciones de la "Revista" con ademanes de sonámbulo y sus manos acariciaban las páginas con lamentable temblor, como ansioso de encontrar en ellas la sonoridad de su palabra y las llamas de su pensamiento, cuyas humeantes pavesas hacían más cruel la trágica, la dolorosa, la larga supervivencia de sí mismo.

Los que le quisimos le hemos perdido dos veces. Todavía ayer nos consolaba verlo en el horizonte familiar, creyendo, a pesar nuestro, en el milagro de una resurrección. Hoy nos abruma la impotencia de nuestro deseo, la vana imploración de nuestra esperanza, el sentimiento de lo irreparable. Con esa amargura fuimos una mañana a dejarlo en el cementerio. Con estas palabras nos despedimos hoy de sus huesos amados:

—Tú, que cruzaste sereno y alegre por el infortunio, apartando con el báculo de tu ironía las espinas de tu dolor, y erguías la cabeza atormentada para advertir mejor la presencia de las cosas amables de la vida; tú, que cambiaste el oro terrestre por el oro ondulante de las constelaciones lejanas y purificaste la fécula del trigo hasta convertirla en hostia santa de belleza; tú, en cuyos lagares se saciaron tantas concupiscencias y en cuyos abrevaderos calmaron su fiebre tantas lobas de hocico feroz; tú, que diste de comer al hambriento y de beber al sediento, con el ademán siempre misericordioso de tus manos espléndidas, duerme en paz..... Duerme en paz, arropado en la leyenda de tus locuras soberbias, envuelto en la púrpura de tus prodigalidades sin medida, alumbrado por el despilfarro esplendoroso de tu fortuna y tu talento, que iluminó el torrente de tu propia vida.

Quedó allá, en la colina del Tepeyac, cerca de un árbol que le dará amorosa sombra. Versos cordiales cayeron sobre él suavemente, como la tierra que poco a poco lo cubrió.

Rafael López.

México, Junio de 1911.

Misterio.

Se fué del mundo
con su secreto. . . .
¿Me amaba un poco? . . . .
¿turbé su sueño? . . . .
¿no me quería? . . . .
¡Problema eterno! . . . .
Cierro los ojos
y lo recuerdo:
pálido, mudo,
siempre en silencio,
con la mirada
puesta en el suelo. . . .
. . . . . Dicen que, a veces,
vuelven los muertos. . . .
Yo, noche a noche,
a Juan espero,
porque quisiera
volver a verlo
para decirle
tan sólo esto:
"Dí si me amabas
o no! . . . .¡Prefiero,
a vagas dudas,
un golpe cierto! . . . ."
Mas sé de fijo
que, si le veo,
será tan sólo
por un momento,
los ojos, bajos,
mirando el suelo,
pálido, triste,
grave, sereno,
y,—como un símbolo
de hondo secreto
que no se viola,—
llevando puestos,
sobre los labios,
sus finos dedos. . . .

María Enriqueta.

La Poesía Perfecta

Creo en la realidad de la poesía perfecta. Creo que la alta poesía debe responder a los caracteres señalados en la incompleta pero sagaz definición de Baumgarten: **oratio sensitiva perfecta.** Bien sé que se estila, presumiendo apoyarse en la autoridad de teólogos y filósofos, negar la perfección en el orden humano, convirtiéndola en atributo divino o relegándola a la categoría de ideal metafísico; por más que, de hecho, Tomás de Aquino la define como realización completa en acto de cualquier principio potencial, según el antiguo concepto aristotélico, y sumo grado de excelencia en cosas humanas, cuyo arquetipo universal es la divinidad, y en nuestros días, aun cuando se haya sublimado la noción, se la estima fin asequible dentro de la fe hegeliana en el advenimiento de la Idea absoluta, y, en menor escala, dentro de la hipótesis del progreso indefinido que el racionalismo del siglo XVIII legó al positivismo del XIX. Pero no es, desde luego, la perfección a que se ha dado en atribuir caracteres de universalidad, la que reclamo para la alta poesía, sino la excelencia de expresión que brilla sin eclípses en el desarrollo de una concepción excelsa, la **facundia** y el **lucidus ordo** que recomienda y ejemplifica Horacio, la **callida junctura** virgiliana, la rítmica y secreta compenetración que, en los coros del teatro ateniense, en los sonetos de la "Vita Nuova" de Dante, en los monólogos, alocuciones y cánticos de Shakespeare, en los cien himnos supremos de la moderna lírica, convierte forma e idea en elementos únicos de una armonía necesaria.

Pedro Henríquez Ureña.

CON LOS OJOS ABIERTOS

A mi mesa de trabajo junto a los grandes volúmenes de estudio y los pequeños ejemplares de arcaica prosa española, ha llegado - pebetero de oriental esencia - un libro de versos fluidos, sonoros, admirables; la obra de un poeta soñador y grave que ha sabido verter un reguero de floración humana con esa savia vivificadora e inmarcesible que todo lo renueva y hermosea.

No pretendo diseñar siquiera la obra literaria del autor - que es alta y meritísima; - pero sí deseo formar rápida silueta del artista, que une a un gran talento imaginativo un corazón muy noble y un espíritu ampliamente cultivado. Rafael López ha logrado llevar al espejismo coloreante de la rima, la dulce evocación del sentimiento más amplio de la naturaleza; vuelca en el vaso de oro de sus estrofas el polen fecundante de su amor a la vida, y da a las palabras el aliento poderoso de un estro renovador. Y ello es más notable, cuanto que. hasta nuestros días, ningún poeta mexicano había podido, como él lo ha realizado, encauzar el avasallador torrente de las tendencias pornasianas, dentro de los moldes purísimos de la métrica española.

Cada composición del volumen, deja en el espíritu del lector la huella imborrable de las cosas bellas, expresados con el sentimiento del que analiza y ve en el arte la fuente del supremo bien; llama que alumbra y sensación que crea, y algo que se esconde para brotar a poco, y decirnos con el hondo afán de las misericordias: "Caminante sin brújula, molécula sin norte, aquí estoy yo para calmar tus ansias; apóyate en el báculo de la naturaleza, y prosigue, que, al fin, se esfumarán las brumas del sórdido horizonte y un sol de bienandanza alumbrará hasta las mismas piedras del camino."

Por eso es consolador que, de cuando en cuando, broten en el campo de nuestras parvidades las frescas tuberosas del ensueño; por eso acogemos con entusiasmos de catecúmeno un libro como el de Rafael López; por eso llegamos hasta el corazón del artista, y le decimos: Mil gracias, poeta; teníamos sed, y nuestros labios han paladeado el agua milagrosa del Ideal.

Y ahora, vosotros, los que no conocéis al autor de la obra "**Con los ojos abiertos;**" los que os imagináis un vate de la vieja escuela romántica, con melena de bucles, ojos de tristura infinita y cuerpo enclenque y desgarbado; venid conmigo una de estas tardes macilentas, a la hora del crepúsculo, hasta el mismísimo mostrador de la librería de Bouret, y allí tendré el placer de mostraros a un constante enamorado de los buenos libros; a un hombre de mediana estatura, de aspecto agradable y tranquilo; frente espaciosa, ojos serenos e inquisitivos; pulcro y decidor, y en él conoceréis a Rafael López; al poeta sentimental y humano, cuya palabra es el oro con que ha podido tamizar la estrofa, arrancada por sus manos impolutas de egregio artista a uno de los más bellos rosales que tienden sus lianas trepadoras sobre el pórtico jaspeado de antiquísimo castillo señorial

Enero de 1913.

Salvador Cordero.

El mal Actor de sus propias

EMOCIONES.

Y llegó a la montaña donde moraba el santo varón. Sus pies estaban ensangrentados de los guijarros del camino y el fulgor de su mirada estaba empañado por el desaliento y el cansancio.

—Señor, siete años ha que vine a pedirte consejo. Lleno de fe acudí a tí porque los pastores publicaban por el valle tus milagros y la selva resonaba con los cánticos que los hombres entonaban en alabanza de tu santidad y de tu sabiduría.

Y tú me dijiste:—"Sé fiel a tu propio corazón, y el amor que tengas por tu hermano no lo celes, ni encubras tus pasiones. Por secretas que sean muéstralas a los hombres, y que ellos miren tu corazón como guija en agua clara."

Y desde entonces fuí fiel a mi corazón y no celé ni encubrí el amor que tuve por mi hermano. Mas la gracia de Dios no descendió sobre mí, y los hombres no me creyeron. Las muestras que hice de amor por ellos las tuvieron por simulación y fingimiento. Y he aquí, Señor, que mis hermanos desconfiaron de mí y la soledad obscureció mi camino.

El ermitaño besó tres veces en la frente al peregrino, sonrió levemente y dijo:

—Encubre el amor que tengas por tu hermano y disimula tus propias pasiones ante los hombres, y que tu apariencia sea de desdén para ellos, porque eres, hijo mío, un mal actor de tus propias emociones.

Julio Torri.

LA SIMIENTE CLARA

Pongo en la paz del agro, para el culto eleusino,
una simiente clara de mis alforjas. Es
una rica esperanza que encontré en el camino,
y al crecer en el surco, tiene el bello destino
de hinchar entre las manos el oro de la mies.

Puede tener las mieles del fruto rusticano
que acendran los otoños cuando propicios son.
Por sus mieles, la vida palpita entre la mano.....
Abrela unciosamente junto a tu pecho, hermano,
y cogerás los frutos sobre tu corazón!

Oye mi honda esperanza: (La esperanza es arrullo
que surge de las rosas y de los nidos.) — Haz
que de tu vida siempre florezca algún capullo
y en paz contigo mismo, con el amor, que es tuyo,
canta cantos de vida por el sendero en paz.

Sólo la paz es dulce y el amor es amigo;
y la paz, y el amor, en tu sendero están.
A todo viento de oro dale en tu fronda abrigo
y eleva ritualmente, como un símbolo, el trigo
que exulta en cada grano la riqueza del pan.

Deja las cumbres, deja los odios fraternales
y vuelve al grato nido que aguarda en el confín.....
Apacienta tus risas en los campos natales
y goza con la rosa crencha de los maizales
que te dará más sueños que la ondulante crin.

Más hermoso que el humo surgente del bohío,
no será el del incendio de los bosques; y los
rudos cantos de guerra bajo el cielo sombrío,
no son como los cantos que te enseñaba el río:
por sus barbas de abuelo descendía otra voz.....

Si en el regreso sueñas a la heredad, la propia
senda de tus amores perfumará tu pie;
y Deméter, la dulce madre que todo acopia,
volcará sobre el agro la plena cornucopia
como un chorro de gracia sobre una inmensa fe.

Saldrá el sol. O el diamante de una estrella oportuna
pondrá en la cabellera de la noche un fulgor.....
O será, en el misterio, la intacta media luna
una paloma blanca bajando como en una
anunciación divina de otro tiempo mejor.....

Francisco González-Guerrero.

Motivos Líricos

Y ¡oh prodigio celestial! cuando abrí los ojos, me pareció estar en el interior de la Gloria, en el interior de una perla hecha de música y de azul, pues empezaron a llegar a mi alma y a mi oído músicas fluidas como hechas de miel y de luz; ondas puras de color que traían notas o traían perfumes; delicadezas impalpables de gargantas puras, violines, cuyas cuerdas estuvieran ungidas de luna, polifonías místicamente dulces de órganos divinos, y millones de seres venturosos, todos de alabastro y ungidos de gracia, eran más limpios todavía en las alturas límpidas, en la que se creyera diluído un río de melodía transparente y azul; y flotaban celajes dulces de grana, o de oro, o de rosa, y allí descansaban angelitos de ojos de aurora, tocando sus maravillosos violines; había espirales de incienso en cuya armonía se engastaba la melodía de cuerpos de mujer, que con los brazos al cielo, subían subían, subían, sonriéndole a Dios; había ángeles vestidos de seda divina que sobre una nube tocaban cornetas de oro; y

también vi a mi lado una procesión de vírgenes de perfiles inmateriales, de túnicas más vagas que los diversos fulgores de la luna, que por una senda luminosa se alejaban cantando. . . . .

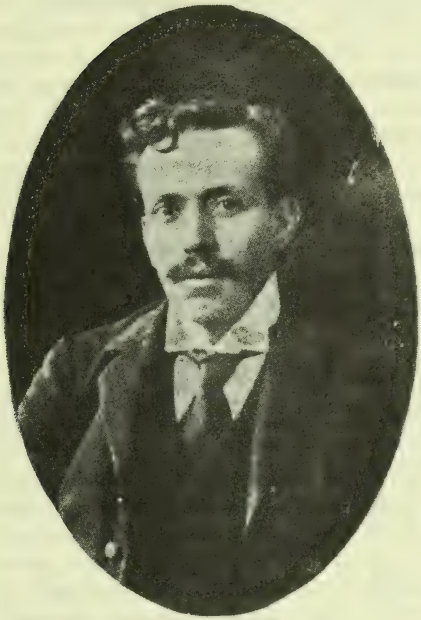
Y al color azul siguió un azul-perla, un azul-luna; y sentía el alma la gloria de un perfume-perla, de un perfume luna; y vi, allá entre nubes de nácar, un órgano, un gran órgano impalpable, hecho también de perla y de luna, que bajo la vaguedad de unos dedos sagrados, producía músicas también de ese mismo color, y envueltos en su ensueño, parejas de ángeles y de mujeres unían sus bocas en besos de aroma; y más lejos todavía, entre la penumbra divina, millares de angelitos de ojos musicales y astrales flotaban y se confundían, y formaban también una sinfonía de rayos de luna. . . . . Y siguió el color de rosa, y todo era del color de la esencia de la rosa, y todo era del color del alma de la rosa; y era tan suave, tan aromado, tan terso, que pensé en el vientre de una mujer virgen, aromado, terso, y suave, de una virgen sagrada; y también era límpido, y en medio de su limpidez vi alzarse como un sueño maravilloso un tabernáculo divino, hecho de lo más grácil, de lo más puro, de lo más bello, en cuyas cornisas, de diamante o de alabastro, ungidas de Otoño, había vírgenes delicadas como lámparas de amor, que con los fluidos dedos entrelazados sonreían a Dios; había pebeteros inmateriales de donde salían, a modo de perfume, chorros de música y de miel que subían enrollándose. . . . .; había transparencias albas que dejaban ver en su interior vagos fulgores de nácar. . . .; y se idealizó: y estaba hecho de claridad de mañana, y de pronto en su seno apareció como una perla de esencia y de rocío la Inmaculada María, la divina María, y estaba hecha de perla, y era musical como una perla, y avanzó un pié, y avanzó el otro, y al salir, ¡oh Dios mío! así como sale un sol, toda la Gloria se iluminó, y se hizo infinitamente más dulce, y los cantos de alabanza se convirtieron más tarde en cantos de grandiosa armonía, hasta el momento de ver, allá entre nubes de púrpura y de oro el órgano prodigioso que un hombre desmelenado, y con los ojos encendidos y con fiebre en el alma le arrancaba sublimes sinfonías. . . . . .

Conrado Abundes.

LOS CLIMAS

DE LA

República Mexicana



Páginas de un Atlas escolar que próximamente publicará la Librería de Bouret.

1. — La resultante de la distancia a que cada uno de los lugares de un país se encuentra del Ecuador, y de la que ocupa respecto del mar, para producir su temperatura, su humedad y sus vientos, combinada con otros factores secundarios, constituye su clima: el de la República Mexicana tiene que ser en consecuencia muy variado, ya que cada uno de sus puntos está a distancia diversa del Ecuador y del mar.

2. — Por el hecho de que la región continental de la República se extiende desde los 14° 28′ hasta los 32° 43′ 30″ de latitud Norte (1), resulta que su parte austral y su parte media ocupan la zona tórrida, y su parte boreal se prolonga dentro de la zona templada: astronómicamente quedan las dos separadas por el trópico de Cáncer, que deja hacia el Septentrión los Estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila; la mayor parte de los de Nuevo León, Tamaulipas, Durango y Sinaloa; casi toda la Baja California, y una extensión considerable del Norte de Zacatecas y del Norte de San Luis Potosí.

Astronómicamente, por tanto, y si sólo hubiera de juzgarse por la distancia a que están del Ecuador las partes constitutivas de Méxi-

(1) La isla de Clipperton sobre la que México se considera con derecho, está situada sin embargo, a los 10° y 17 minutos, también de latitud Norte.

co, tendría que decirse que hay en la República solamente dos climas y que ambos quedan separados por el círculo del trópico.

3. — La modificación que imprime al clima la distancia de cada lugar al Océano, hace, no obstante, que la zona más caliente del globo terráqueo no coincida con el Ecuador astronómico, sino que esté desalojada hacia el Norte, aproximadamente sobre los 10° de latitud, a causa de que en el hemisferio boreal, predominan las tierras emergidas sobre el mar, y por lo mismo los lugares que del mismo mar se alejan.

Esto mismo origina también que la zona tropical astronómica no coincida con la climatérica, y por tanto se ve desalojado hacia el Norte el límite de dicha zona; pero como la masa total de tierras emergidas es mayor en general hacia el Septentrión, resulta que el límite de la zona tropical no es una sola curva, sino una combinación de curvas, y que su extremo que más avanza hacia el Norte, se encuentra en el Noroeste del territorio mexicano, sin que se extienda, no obstante, sobre la Baja California, ya que esta se encuentra modificada por la proximidad mayor del mar.

4. — Teniendo en cuenta no solamente la temperatura, sino además los vientos dominantes, el grado de humedad de la atmósfera y la precipitación anual de las lluvias, es posible distinguir en el territorio de la república once climas diversos.

5. — El primero de ellos es un **clima** que puede llamarse caliente, **ecuatorial-continental**: es el que caracterizan: un promedio anual de elevadas temperaturas: 25 a 30 grados centígrados; una oscilación termométrica débil, de unos 5°, y lluvias abundantes durante la mayor parte del año, que dan un total comprendido entre 1.000 a 2.000 o más milímetros: ese clima, que Martonne llama **amazónico,** porque predomina en la mayor parte de la cuenca baja del Amazonas, es el que se advierte en el Istmo de Tehuantepec, y en el Sur del procurrente yucateco; pero se desarrolla mejor, en las fecundas tierras de Tabasco, de fuerte humedad, numerosas nubes y diluviales aguaceros: origina allí, en esas tierras que pudieran llamarse **hijas del agua,** y que caracterizan vastos terrenos de **laterita,** de productos químicamente disgregados bajo el ardiente sol de los trópicos, origina allí, decimos, la estupenda vegetación, las intrincadas selvas vírgenes, que cubren extenciones enormes, a las márgenes de los brazos divagantes del Grijalva y del Usumacinta, y se prolonga a la región que baña el Coatzacoalcos, así como, un poco menos exuberante, a la zona austral y oriental de la laguna de Términos y a parte del Sur del Estado de Veracruz.

6. — El segundo de los climas advertibles en las tierras mexicanas, es aún ecuatorial, por la altísima temperatura, pero no lo es por las lluvias: Martonne lo considera como un clima tropical continental: es el de la cuenca media del Balsas: si el del Istmo mexicano, de Tabasco y del Sur de la Península yucateca, merece figurar entre los más húmedos del globo, y puede considerarse como una manifestación del clima amazónico, el clima del Valle del Balsas puede equipararse con

los más calurosos: la temperatura sube allí, en promedio, hasta más de 35°, y por lo mismo es análoga a la del Senegal: en los lugares donde no lo bañan ríos venidos de las montañas, tiende a tomar el carácter de las estepas rocosas, sembradas de matorrales con espinas; el valle del Balsas no constituye, sin embargo, una manifestación tan evidente del clima senegalés, como la constituye del clima amazónico la región **distributaria** del Grijalva y del Usumacinta, y sería, por lo mismo, más propio, considerarlo no como un clima tropical continental, como lo considera Martonne, sino más bien como un clima caliente, ecuatorial, continental, subdesértico.

7. — Caracterizan mejor el clima senegalés, con temperaturas aunque altas menos considerables, ya que sólo llegan en promedio a 25 o 30°, las dos vertientes exteriores de la región continental de México: la que va hacia el Pacífico, desde los altos valles centrales de Chiapas, desde la Sierra Madre del Sur, o desde la Sierra Madre Occidental, y la que desciende al Golfo de México desde la Sierra Madre Oriental: no son, sin embargo, tampoco, una manifestación clara del clima senegalés, ya que se modifican rápidamente al empinar el declive de las sierras, perdiendo temperatura, cuyo promedio viene a ser de 20 a 25°, y ganando humedad y precipitaciones de lluvias, de modo que, si es verdad que en el pie de las vertientes el clima es muy parecido al del Senegal, y si es cierto que conserva este carácter en parte del Noroeste de Sonora, en cambio, en la mayor extensión, las vertientes propiamente dichas dejan de ser de clima tropical, continental, subdesértico, y son más bien de **clima con gradaciones, tropical o subtropical, continental, húmedo,** que pudiera llamarse clima **de las vertientes tropicales.**

8. — La región del Norte de la península yucateca, con temperatura también muy elevada, de 25 a 30° grados centígrados, y humedad ambiente considerable, está barrida por los alisios que, por no encontrar allí montañas ni alturas que los enfríen suficientemente, para hacer que precipiten su humedad en forma de lluvias, pasan originando casi solamente rocíos: la cantidad de agua que mide anualmente el pluviómetro está comprendida, sin embargo, en gran parte de esta región, entre 750 y 1. 000 milímetros y da, por lo mismo, como resultado, la formación de vastas sábanas cortadas por grupos de árboles, como en la mayor parte del Sudán. Este clima **caliente, tropical y parcialmente húmedo,** es, por tanto, análogo al **clima sudanés,** como el mismo Martonne lo clasifica, si bien le dan también rasgos especiales, la monotonía del relieve, la carencia de ríos, lo poroso del terreno, y la existencia de un subsuelo impermeable a poca profundidad, que explica la formación de los cenotes, y el desarrollo de la vegetación.

9. — En los altos valles centrales de Chiapas, en el valle de Oaxaca y las comarcas próximas, en algunos de los pequeños valles situados al Sureste de la cuenca del Balsas, y sobre todo en la Mesa de Anáhuac, reina el clima de las altiplanicies tropicales, o en otros términos el clima que, por la latitud, debería ser tropical, y que, por la considerable altitud de las tierras en que se encuentra, se vuelve templado casi uniforme, con invierno suave, y verano suave también: la tempera-

tura media que lo caracteriza es de 15 a 20° centígrados; en las zonas en que se manifiesta se produce una fuerte oscilación termométrica del día a la noche—a veces más de 20 grados de diferencia—al grado de justificar allí la frase de que "las noches son el invierno de los trópicos". Los vientos reinantes son allí los alisios que, cargados aún de humedad y de nubes, pasan por encima de la Sierra Madre Oriental, y condensan su humedad en lluvias bajo la influencia de los vientos fríos del Norte. El efecto de los alisios se detiene, sin embargo, en parte, por la enorme muralla que forma la ceja volcánica de México, al Sur del Anáhuac, y de su influencia proviene que el Anáhuac propiamente dicho tiene un régimen pluviométrico cifrado aún en algunos puntos, de 500 a 750 milímetros, en tanto que el Valle del Balsas tiende a ser de clima seco y subdesértico.

La favorable modificación de la influencia de los trópicos por lo elevado de las altiplanicies, se revela así en una vasta extensión de la República Mexicana, y se caracteriza allí el respectivo régimen de lluvias, por una sola estación pluvial, principalmente en los meses de junio, julio, agosto y septiembre, con su máximum en agosto, en tanto que forman otra sola estación seca los ocho restantes meses del año. Se caracteriza esto perfectamente en la ciudad de México, donde el promedio de lluvias, por año, alcanza a 584 milímetros, con una curva única, cuya mayor altura se ostenta en agosto, y que desaparece a veces totalmente en los primeros meses del año.

El clima así desarrollado se encuentra ciertamente en otras partes del globo terráqueo: en las mesas de Bolivia, en las de Abisinia y en el Transvaal; pero como está mejor caracterizado que en ninguna parte en México, Martonne hace de él un tipo especial, y lo llama el **clima mexicano**: es un suave **clima de altitud, subtropical,** o en otros términos, un clima **templado, continental, sin estación fría** propiamente dicha. Martonne dice de él que "es favorable a la colonización"; agrega que "su dulzura parece haber atraído en todo tiempo a los hombres", y añade, finalmente, que "casi por todas partes donde reina, se encuentran huellas de antiguas civilizaciones que atestiguan una cultura avanzadísima".

El clima mexicano tiene, por supuesto, en la misma tierra de México variedades dignas de notarse: es más húmedo y más caliente en los altos valles de Chiapas, donde da nacimiento a espléndidos bosques; más caliente, pero no tan húmedo como en Chiapas, en los altos valles de Oaxaca; menos caliente que en Oaxaca y más que en la ciudad de México, en el fondo del Bajío, donde corre el río de Santiago, y muy semejante, sin duda, al de la ciudad de México, pero probablemente más salubre y más seco, en las mesetas del Sur y del Centro de Baja California.

10. — Las regiones del país, más altas que los valles del Anahuac, tienen **clima de montaña**: cambian por lo mismo rápidamente al ascender; pero, en general, en cada zona de latitud son uniformes: en la parte donde tocan a la altiplanicie, templadas sin estación fría; más arriba, francamente frías: la presión atmosférica, que a la orilla del mar está en México, representada por término medio por 762 milíme-

tros, se reduce a las tres cuartas partes a 2.438 metros, o lo que es lo mismo a la altura de las comarcas que tienen clima mexicano del Centro del Anahuac, en las pendientes de las serranías que rodean el Valle de México.

Por el hecho de que el promedio de abatimiento de temperatura por la altitud, es de cincuenta y siete centésimos de grado centígrado por cada 100 metros de elevación, es fácil hacerse cargo del brusco cambio de temperatura en las montañas escarpadas; pero debe recordarse que estas modifican aun sus condiciones, según los vientos que reciben por cada uno de sus flancos, de modo que en general, la pendiente del Norte y la interior de la antiplanicie, son las más frías; la del Sur, y la de los planos inclinados que al mar descienden, las más calientes.

Las montañas son importantísimos condensadores de la humedad de las nubes para resolverla en lluvias: de allí resulta que a medida que las cumbres son más altas, determinan, a lo menos dentro de ciertos límites, mayor cantidad de precipitaciones pluviométricas: el Popocatepetl produce sobre la misma montaña, una precipitación pluviométrica media de 1.500 milímetros, o lo que es lo mismo, casi tres veces más, que la que se advierte en la ciudad de México, a pesar de que las latitudes de ambos lugares son análogas, y tienen como precipitación máxima hasta 5.400 milímetros.

La escasa superficie que presentan los picos encumbrados, hace que almacenen pequeña suma de calor, y que por lo mismo, las diferencias de temperatura, entre las diurnas y las noturnas, sean allí menos acentuadas que en los valles próximos: por otra parte, como, de todos modos, la temperatura de las altas cimas es inferior a la de los valles, en la noche, baja de dichas cimas la brisade la montaña, que enfría los valles, y en el día, por lo contrario, sube de los valles a las alturas, el terral caliente de los mismos valles: todo esto ocasiona así, que, en los lugares que no están coronados por cumbres demasiado altas, se siente más frío en lo hondo de los valles, que arriba, en sus bordes, y que se ocasione por tanto el fenómeno paradójico, conocido con el nombre de **inversión de temperaturas.**

La región de clima de montaña habitada en México tiene una temperatura media anual de 10 a 15° centígrados, y se extiende particularmente en los altos declives de las montañas más elevadas: desde el Citlaltepetl, sobre la Sierra Madre Oriental, hasta el Nevado de Colima, sobre la Occidental, pasando por el eje volcánico del país; se manifiesta, sobre todo, en el Norte del Valle de Puebla, el Oriente y el Sur del Valle de México, el Sur del Valle de Toluca, y el contorno de las cumbres que rodean el Valle de Pátzcuaro, así como en las altas montañas de Zacatecas y en las Sierras de la Breña y de la Tarahumara.

11. — El **clima de la Baja California** es un **clima tropical, senegalés, de litoral,** en los declives de sus mesetas centrales, en casi toda su extensión; y es **subtropical de altitud** en las mesetas; pero en su extremo del Noroeste tiene caracteres diversos: allí llegan, en efecto, las últimas ráfagas de los contraalisios, que tan benéficamente elevan la temperatura de la Alta California, y ocasionan lluvias de invierno, dejando el estío por lo contrario seco y caliente, con un cielo de azul impla-

cable: así se desarrolla un clima, subtropical también: — en él crecen perfectamente las palmas y pueden cultivarse excelentes frutas; — pero es un **clima subtropical,** que tiene estación fría, aunque poco severa: se le ha comparado con razón con el clima del Mediterráneo, y Martonne lo considera como un clima **del tipo portugués.**

12. — Queda aún, para completar la descripción de la Baja California, laregión situada al Noreste de la misma y al Noroeste de Sonora: región baja, en Sonora arenosa; en el Norte del Golfo de la Baja California, al Septentrión de la raya limitrofe con los Estados Unidos, está hundida, con una depresión absoluta de más de 90 metros, bajo el nivel del mar: esa depresión forma el desierto de Yuma en los bordes con México; pero toda esa zona participa de caracteres semejantes: constituye un **clima desértico caliente, del tipo sahariano,** con inviernos que, en algunos puntos, son fríos, y con veranos ardorosos y secos, casi sin lluvias. Como dice Martonne, "por todas partes donde la irrigación puede ser practicada, el suelo da nacimiento a la vegetación más exuberante y el hombre encuentra una tierra bendita: los oasis del Sahara han sido buscados por el hombre desde los tiempos más remotos". En el desierto de Yuma, una sangría hecha en el hondo tajo del río Colorado, ha sido suficiente para crear la estupenda riqueza del Valle Imperial, y para formar el extenso "Mar de Saltón," casi en la frontera con México.

13. — La región comprendida al Norte de la Breña y de los altos plegamientos de Zacatecas y de San Luis, es la porción boreal de la altiplanicie mexicana, la extensa zona de depresiones de terreno determinadas en gran parte por erosión del viento, y que constituye los Bolsones; es la tierra que pudiera llamarse **hija del aire;** su **clima** es también **desértico;** pero no del tipo sahariano, sino mas bien de un tipo **intermedio, entre el Sahariano y el Araliano,** que, en varias regiones, es marcadísimo, y que hace que toda esta zona pueda considerarse como una estepa asiática, menos fría en invierno que las de Asia; pero, con profundas depresiones, en las que los lagos y los ríos son análogos a los de la vasta región Aralo-Caspiana; allí se puede desarrollar, ha empesado a desarrollarse ya, la riqueza, la industria, la agricultura, como en otro tiempo a la orilla del Oxus y del Iaxartes. La cuenca del Nazas es famosa por la fecundidad de su suelo, lo mismo que la región final donde desagua; y es notable también por lo ardoroso de sus estíos y por su escasa precipitación pluviométrica anual; pero todos los bolsones de esa vastísima depresión, hasta el borde austral del río Bravo, tienen, en suma, caracteres análogos: en ellos reina la estepa, desnuda, seca, polvosa, salvo en los lugares por donde cruza un río o se forman una laguna o una ciénaga; en todas partes, con excepción de las vegas de los ríos o de la región de las lagunas, predomina la ganadería trashumante: de toda o casi toda esa dilatada zona, puede decirse lo que Robert de Courcy Ward dice del clima de los desiertos: "Allí se encuentra un tipo extremo del clima continental. El aire está notablemente exento de micro-organismos; las grandes desviaciones termométricas diurnas de las regiones de tierra adentro, que son más marcadas donde hay poca o ninguna vegetación, dan origen a

activas corrientes que difunden calor durante las horas ardorosas del medio día. De aquí que los vientos fuertes sean comunes durante el día, en tanto que las noches tienden a ser serenas y relativamente frías. Viajar de día es desagradable en esas condiciones. Las nubes de cúmulos, casi siempre ausentes durante el día, a causa de la excesiva sequedad del eire, son reemplazadas por nubes de soplante polvo de arena.. Las excesivas desviaciones diurnas de temperatura, hacen que las rocas se hiendan y revienten. El viento cargado de arena, roe y pule las rocas. Cuando los fragmentos separados llegan a ser bastante pequeños, son a su turno transportados por los vientos, y molidos otra vez, por su recíproca y constante fricción, durante sus viajes. Curiosas condiciones de avenamiento resultan allí de la deficiencia de las lluvias; los ríos se secan, o terminan en sumideros o lagos salados. Las plantas del desierto se protegen a sí mismas contra los ataques de los animales por medio de espinas; y contra la evaporación, por medio de duras superficies y por una área de hojas disminuida; aun la vida del hombre está de un modo semejante, gobernada en el desierto, por las peculiaridades del fuerte brillo del sol, del calor y del polvo".

14. — Finalmente, la zona comprendida entre las sierras del Nido y de la Campana, y los más encumbrados picos de la Sierra Madre Occidental, encerrada como está en el ángulo abierto hacia el Noroeste, al sur de la región limítrofe de Sonora, Chihuahua y los Estados Unidos, se diferencia de la de los bolsones en que allí los altos escarpes proximos, de las serranías, hacen una zona intermedia, entre la desértica fría del tipo araliano, y la montañosa, húmeda aunque también fría: esta es la **zona del clima de Casas Grades**; peculiar, entre las demás de México; fría en invierno, templada en el estío; con lluvias que desarrollan, en el declive de las montañas, selvas, y en el fondo, ríos de vertiente interior, sin salida: análoga al clima mexicano pero con estación fría, pudiera clasificarse toda esta zona entre las de climas templados, continentales, sin estación caliente; pero la peculiaridad de estar encerrada en una vertiente sin salida, la hace tener condiciones **sui generis.**

15 — La descripción de los climas que en el territorio mexicano se encuentran, dista pues de ser fácil; en cierto modo se resumen en él todos los tipos, desde el ecuatorial, en Tabasco, hasta el polar, en la cumbre de las montañas, y lo mismo varios de los tipos europeos más característicos, como el mediterráneo, que los asiáticos típicos, los más marcados de los africanos, o los peculiares de Sud América. Todos, sin embargo, se diferencian, por un matiz especial, por algún rasgo nuevo: ya por ser el patrón, digámoslo así, de climas análogos, del resto de la tierra, como lo es el **clima mexicano,** ya por ser singulares, como el de la región de Casas Grandes, que, sin embargo, pudiera tener alguna afinidad con el clima de varios de los altos y pintorescos valles de la Nueva Zelanda.

Ezequiel A. Chávez.

EL CONGRESO NACIONAL

DE EDUCACION PRIMARIA.

SU UTILIDAD Y RESULTADOS

En nuestro primer artículo hicimos una somera crónica de los trabajos realizados en Jalapa por el Congreso Nacional de Educación Primaria.

Ahora, como lo anunciamos, vamos a hacer algunas reflexiones sobre dicho Congreso y sus resultados.

No ha faltado quien diga que estos Congresos de Maestros no tienen ningún provecho. Parece que para formar juicio semejante, las personas que así piensan, reflexionan de este modo: "Los maestros que se reunen no son todos pedagogos entendidos: luego las resoluciones a que llegan tienen que ser poco acertadas." O bien: "Aun cuando el Congreso llegue a esta o a aquella resolución, de nada servirá, porque no teniendo sanción legal dicha resolución, las cosas seguirán lo mismo."

Examinemos ambas objeciones.

Una de las Bases del Congreso Nacional de Educación Primaria preceptúa que los delegados de los Estados sean las personas que desempeñan los más importantes puestos en el ramo de educación primaria . Además en el Congreso deben figurar representantes del magisterio tanto oficial como particular, nombrados **libremente** por los maestros respectivos. Todo esto significa que lo más selecto en cuanto al personal directivo y en cuanto al profesorado será lo que se reuna en estas asambleas de pedagogos. Si con estas prescripciones se cumple, congregaremos **lo mejor** que tenemos en el ramo. Si **esto mejor** no tiene méritos, no es culpa de nadie en particular, sino de todos en general, inclusive los mismos impugnadores.

Es verdad que al celebrase las dos últimas reuniones, no se ha cumplido al pié de la letra con lo preceptuado en las Bases. Ello se ha debido al estado de guerra intestina en que hemos vivido desde fines de 1910 y durante el cual los servicios públicos no han podido seguir su normalidad deseada. Pero de todas maneras las reuniones han sido selectas. Los maestros congregados han manifestado entusiasmo y han puesto en su labor todo lo que valen y todo lo que anhelan.

No todos los maestros tienen dotes oratorias. Pero no es por la oratoria por lo que debe juzgarse a los maestros congresistas, sino por su buen sentido y sus conocimientos. En todo cuerpo colegiado se observa que una minoría es la que habla. Así pasa en la Cámara de Diputados, en la Cámara de Senadores. Los que no hablan muestran su

poder con el voto. Los que no hablan pueden ser magníficos miembros de comisión; pueden escribir los dictámenes. Los que no hablan en público, pueden hacer luminosos comentarios en lo particular y hasta dirigir la opinión en muchas ocasiones.

Es, pues, indebido querer que todos los maestros congresistas se conduzcan como oradores consumados. Lo que importa es que se pongan de acuerdo en las cuestiones de su ramo. Eso es todo.

Y es pertinente decir que ese acuerdo tomado entre maestros vale más que todos los acuerdos tomados por los **aficionados a la pedagogía.** Si nuestros maestros no son unas lumbreras, nadie fuera de ellos puede serlo en cuestiones pedagógicas. Luego, la opinión de los Congresos de que nos venimos ocupando, es valiosa para el país, a pesar de todo.

Que las reuniones de maestros son útiles, eso no necesita grande demostración.

En los Estados Unidos, donde el sistema republicano es también federal como el nuestro, se ve de cuanto provecho son para el progreso de la educación pública las asambleas de maestros o de personas que anhelan el perfeccionamiento de las instituciones escolares.

Hasta se ha dicho de los Estados Unidos que no tienen un sistema nacional de administración escolar. Y lo mismo puede decirse de nosotros, ¿por qué no? Pero el **Commissioner of Education,** que es el Jefe de la Oficina Federal de Educación en aquel país, ha afirmado recientemente: "Si no tenemos un sistema nacional de escuelas, tenemos en cambio, un programa nacional de educación." ¿Podemos nosotros decir lo mismo?

Alguien puede tímidamente contestar: "El programa de educación de las escuelas mexicanas **poco a poco se nacionaliza**; y esto es debido al Congreso Pedagógico de 1889-1890."

Pero esta respuesta va precisamente en apoyo de nuestra tesis.

Luego los Congresos de Educación **contribuyen a unificar** los ideales de un pueblo.

Y si tal cosa puede decirse de un Congreso que se reunió hace 22 años ¿que deberá decirse de los que se reunen con mayor frecuencia?

En los Estados Unidos existen grandes asociaciones cuyos fines son el adelanto de la educación popular. Una de ellas es un verdadero Congreso. Llámase **NATIONAL EDUCATION ASSOCIATION.** que celebró en 1910 su 48.ª reunión con 12,385 maestros. El presidente Taft presentó en ella un trabajo sobre la educación en sus relaciones con el gobierno democrático.

En el citado año hubo otras 23 reuniones.

He aquí los nombres de algunas de esas sociedades:

"American Association for the advancement of Science."

"American Federation of Arts."

"American Federation of the teachers of the mathematical and natural Sciences."

"Catholic Education Association."

"National Association for the promotion of Kindergarten Education."

"Nacional Society for the promotion of Industrial Education."
"Playground Association of America."
"Southern Educational Association."

Todas estas agrupaciones, además de otras fuerzas educacionales, contribuyen en aquella República Federal a establecer **un programa nacional de educación.**

El contacto entre los maestros estrecha los vínculos de unión por encima de las fronteras de los Estados y da unidad a las aspiraciones nacionales en medio de la diversidad de las administraciones escolares.

He aquí, pues, a donde pueden ir nuestros Congresos Nacionales de Educación Primaria.

La segunda objeción puede decirse queda contestada con todo lo anterior. Si las resoluciones de los Congresos no tienen sanción legal (así como las resoluciones de todas las sociedades educacionales de los Estados Unidos), sirven, sin embargo, para orientar la opinión de los **funcionarios** que concurren a ellos. Y esa orientación suele resolverse en una ley o en un programa en cada Estado.

Si llegase, pues, a hacerse entre nosotros **una costumbre** la reunión de losCongresos Nacionales de Educación Primaria, mucho bien resultaría para la patria.

Esos Congresos si han adolecido de defectos, andando el tiempo pueden perfeccionarse.

Procuremos, pues, que no muera la institución. Ella está llamada a ser grandemente benéfica para la escuela primaria mexicana.

Gregorio Torres Quintero.

El Maestro y la Educación Política

La historia, que es la suprema educadora, que hace que el hombre doblegado ante la realidad, sin dejar de mantener su ideal, reconozca la ley suprema de la necesidad, nos enseña día a día y minuto a minuto, que el problema de la capacidad política nacional, es un problema educativo: esa historia, aplicada a nuestras enseñanzas políticas, nos dice dolorosamente que hoy, como cuando Marte sangriento llegó al llamado Grito de Dolores, se arrasan campos, se matan hermanos, se enlutan pueblos y se avecinan peligros mayores, ante los que acaso tengamos que ir ensayando el gesto de nuestos abuelos de Numancia y de Sagunto. ¿Por qué es ello?, preguntaba yo en ocasión reciente, y me contestaba: "...porque cuando los pueblos, embriagados por su ensueño, llegan de un salto a la cima del derecho, éste, que gusta de que sus glorias se merezcan y se aquilaten, devuelve a los precipitados a sus propias filas y les hace reponer con parsimonia la tarea que con premura y nobleza hicieran sus padres; porque cuando se olvida que la política sólo es medio y nada más que medio, jamás finalidad; cuando se sacrifica la realidad del disfrute de los derechos inmediatos, íntimos, tranquilos y fructuosos que cada hombre anhela, a las fórmulas que grita la demagogia por las plazas, entonces, la Historia iracunda flagela las espaldas de los pueblos desvanecidos y con la sangre de sus heridas los acostumbra a ser lógicos, recordándoles sus experiencias; y así es como ante las demelenadas cabezas de las Medusas de la anarquía, que gritan que con escribir "República" sobre el trapo rojo, ya los pueblos son libres, les enseña cómo la libertad es fruto de educación y no de fómulas ni de palabras, y les muestra como ejemplo a esa Roma del Derecho público moderno, a esa incomparable Inglaterra, que libre y grande, llamándose Reino, ha hecho, por esa educación, de cada hombre un Rey, de cada hogar inglés un castillo inviolable y de cada actividad humana una nota del concierto de su grandeza, grandeza cuyas entrañas han parido una Norte—América, un Canadá, una Australia, una India, que van marcando ya al mundo el rumbo del futuro. Es, señores, porque el problema de la libertad es un problema jurídico de la educación, porque para aplicar una fuerza homogénea sobre una superficie, hay que hacer ésta también homogénea, si el intento no ha de resultar un desastre; porque "Pan y Letras" es lo que quiere nuestra nacionalidad, porque sin Pan los hombres no son justos, porque sin letras los hombres no son conscientes, es decir, no son sujetos de Derecho. Y por eso, porque es de educación nuestro problema, por eso es de ideal, por eso es de ciencia, por eso mientras algunos de nuestros hermanos se matan cumpliendo con el anhelo que llevan dentro del alma o con el deber que aceptó su voluntad (no hablo de los bandidos), mientras nos están tiñiendo de ne-

gro nuestro Angel Blanco del Derecho, debemos nosotros recorrer las Academias y las cátedras, las tribunas y las calles, predicando, señores académicos, el ideal, el santo ideal.."...

Y esto mismo que decía yo ante la Academia de Legislación y de Derecho, invitando a los jurisconsultos mexicanos a ser maestros, debo y quiero repetirlo, cuando se me ha invitado a escribir unas líneas para una Revista editada por jóvenes en cuyas manos ha de estar la educación nacional.

Sí, el Maestro de Escuela es el único posible Redentor de nuestra nacionalidad; es el obscuro obrero de nuestra grandeza, es el benemérito y paria de nuestros tiempos, que humilde, olvidado y muchas veces despreciado, tiene en sus manos la solución de todo el problema políto de la Patria y por ende la existencia de ella misma.

No será la demagogia, no la violencia, no el socialismo intempestivo e inmaturo a quienes haya que encomendar esa cosa sagrada que se llama el porvenir nacional, suma de factores y resultante de causas es la formación del poder cívico de un pueblo, y esos factores y esas causas son los individuos y sus capacidades; es en vano buscar en otros terrenos, ni indagar en otros términos, ni predicar en otros campos, es en el alma misma de cada Ciudadano futuro en donde hay que sembrar ese algo único que hace grandes a los pueblos y que se llama el vigoroso caracter individual; dejad a los burócratas que sueñen que con cambiarles de nombre a los mecanismos, de sujetos a los directores y de sistema a los abusos, se han de corregir las desgracias nacionales; vosotros los Maestros, sabed que sois los dueños de la arcilla que ha de cuajar en formas salvadoras el porvenir nacional; que sois los depositarios de ese porvenir y que mientras vuestra fecunda labor no sature hasta el último rincón del más apartádo agregado humano que exista en México, ni leyes, ni gobiernos, ni esfuerzos, ni espadas, ni prédicas serán capaces de hacer florecer a árboles que no llevan la savia santa que lleva el hombre que se ha emancipado de la condición de bruto por medio de la educación y que puede tener la conciencia de sus actos y sabe por ello cumplir sus obligaciones y ejercitar sus derechos, términos correlativos que cuando no viven armónicos en un pueblo, o producen la anarquía, que es la pretensión de ejercitar el derecho sin respetar el deber, o arrastran a la esclavitud, que no es otra cosa que la ciega obediencia al deber sin saber ejercitar el derecho.

La educación cívica del niño mexicano, es la única posible preparación de la existencia garantizada del ciudadano mexicano; únicamente cuando el Maestro en México haya salvado del analfabetismo a nuestros semejantes, podrán nuestras instituciones teóricas ser aplicadas y vivir la vida efectiva que las realice, pues entre tanto somos esclavos de una disparidad y de una heterogeneidad que nos arrastrará fatal y necesariamente al gobierno de los más por los menos y que no nos dejará proclamar sino en las mentiras de la demagogia nuestro escrito Sufragio Universal.

Toda obra de dignificación política en México, tiene que ver a lo porvenir: ningún mago ni ninguna vara mágica serán capaces en el

medio humano en que vivimos, de improvisar en un momento un estado social capaz de practicar el principio de la Democracia: no son legiones de políticos, no de oradores, no de **meneurs**, no de **leaders** las que necesita le República: nuestraPatria parece tierra sedienta, agrietada y seca que está pidiendo ser saturada por la santa humedad de la enseñanza;lo que requiere, lo que exige, son Maestros, por eso ya no necesitamos principios teóricos, ya no premisas, ya no Leyes, sino capacidades personales, es decir frutos de la enseñanza.

Por eso yo, que amo tanto a la juventud, que creo que el sitial de la cátedra es un sitial de los más nobles que puede el hombre ocupar, sueño en el día en que se comprenda el papel del Maestro de Escuela, en que respetuosamente nos inclinemos ante las enseñanzas de la Historia, para convenir en que el problema de nuestra capacidad política es un problema de porvenir en que nadie puede improvisar esa capacidad, en que es preciso formarla mediante el Maestro de las primeras letras y en que a ese Maestro hay que darle su lugar , un lugar grande, un lugar fundamental, recordando que ese humilde soldado de la intelectualidad es una de aquellas pequeñas grandes cosas sobre las cuales se sustenta el porvenir de las Patrias, la existencia de las nacionalidades y la efectividad de la verdadera condición de ser humano.

Yo saludo con aplauso este esfuerzo de jóvenes futuros Maestros, que vienen a tomar un sitio de honor por un nuevo esfuerzo intelectual en esta nuestra sociedad, para ver si así ella voltea los ojos hacia los retoños que están esperando la mano del jardinero, y que ojalá cubran un día con sus frondas y sus rosas todo el oriente de nuestro porvenir nacional, que será entonces tan alentador y risueño, como hoy es doloroso y triste.

Rodolfo Reyes.

PESTALOZZI

En uno de los incomparables capítulos de su **libro en perpetuo "devenir"**, José Enrique Rodó, con aquella su fina y esbelta frase en la que se adivina el gesto persuasivo y la voz serena y augusta de insigne maestro, nos refiere, para mejor intuición de su enseñanza de una filosofía viril y de acuerdo con la luminosa observación de Schiller: . . . .**A menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niño,** una hermosa y elocuente parábola, después de decirnos: "Así como hay el arte de la persistente evolución, que consiste en guiar con hábil mano el movimiento espontáneo y natural del tiempo, arte que es de todos los días, hay también el arte de las heroicas ocasiones, aquellas en que es menester forzar la acompasada sucesión de los hechos; el arte de los grandes impulsos, y de los enérgicos desasimientos, y de las vocaciones improvisas. La voluntad, que es juiciosa en respetar la jurisdición del tiempo, fuera inactiva y flaca en abandonársele del todo. Por otra parte, no hay desventaja o condición de inferioridad que no goce de compensación relativa; y el cambiar por tránsitos bruscos y contrastes violentos, si bien interrumpe el orden en que se manifiesta una vida armoniosa, suele templar el alma y comunicarle la fortaleza en que acaso no fuera capaz de iniciarla más suave movimiento: bien así como el hierro se templa y hace fuerte pasando del fuego abrasador al frío del agua."

Bello y humanitario sería trasladar, íntegra, la relación del juego infantil, del cual el autor de "Motivos de Proteo" vió "que fluía una enseñanza parabólica"; mas me conformaré, aun a costa de ver evaporarse todas sus bellezas, con referirla sólo en esencia y en el sentido más ingrato de este vocablo.

En el jardín jugaba un niño con una copa de cristal. Golpeándola con un junco, entreteníase al principio en hacerla brotar diáfanos sonidos que le colmaban de alegría. Después, "en un arranque de voiubilidad, cambió el motivo de su juego": con arena blanca llenó delicadamente la copa, y, viniendo a su memoria el pretérito placer, tornó a herirla con el junco. Pero la copa ya no brotó su cristalina risa: había enmudecido. "El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso." Miró a su alrededor, sin embargo, en busca de un consuelo, y vió, no lejos, una hermosa flor que resaltaba de las otras del jardín por su blancura Fué a ella sonriendo; y cuando la tuvo en sus manos, fragante y fresca, sembróla graciosamente en la arena de su copa ingrata. "Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores".

"¡Ah, si en el transcurso de la vida—dice en un siguiente capítulo—todos imitáramos al niño!" "El ejemplo del niño dice que no de-

bemos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día, si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca." "No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino, sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca....."

Y bien. Vosotros que conocéis la vida y obra de Juan Enrique Pestalozzi estoy seguro que concluiréis por manifestarme que este ilustre pedagogo, hijo de la Confederación Helvética por ciudadanía y de la Humanidad por antonomasia, fué, en primer término, una de esas almas fuertes que sueña para nuestra América el egregio pensador uruguayo; es decir, fué Pestalozzi un hombre que ante el fracaso, ante el ideal tronchado de raíz, no le venció el desánimo, no le abandonó la fe sino que tomando "el golpe de la fatalidad como estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción," supo llegar al triunfo y erguirse en la vida pleno del orgullo saludable de los espíritus de acero.

Porque fué sucesivamente, antes de hallar la ruta a que feliz y providencialmente le condujo el destino, estudiante de Teología protestante, de Jurisprudencia, agricultor y también revolucionario; y es innegable que persiguió un ideal en cada una de estas distintas fases de su existencia. En su tiempo de estudiante de Teología, por ejemplo, seguramente pensó llegar a ser, como su aubelo Andrés, devoto y humilde pastor de su religión ancestral y quizá, quizá en momentos de honda meditación su fantasía, encaminada con fidelidad por cristianos senderos, le proporcionó el magnífico espectáculo de una muchedumbre de almas en blanca peregrinación al trono del Creador. Y así es de creerse que en las siguientes épocas de su vida tuvo sendos instantes de placer en que, elevando su pensamiento a un apoteosis, vibró su corazón ante la imagen del supremo triunfo; mas vislumbrando con el poder de super-hombre algún ignorado y oculto obstáculo en la soñada senda, vira sus energías hasta que, ya frente a frente de su ideal postrero, su gran ideal definitivo que fué la educación de la Humanidad, a la cual sintetizó en su pueblo compatriota necesitado del pan espiritual, persevera en él con su acción de verdadero energeta y todo su inagotable caudal de inmenso amor.

Pestalozzi fué un humilde, un hombre de gran pureza de intención, un sublime ingenuo. Y como equilibrio de humana creación, Natura no le hizo hermoso. Todas esas santas virtudes y este defecto, si es que pueda llamarse defecto en él; el desorden con que de costumbre llevaba su exigua indumentaria y ciertas porticularidades como aquella de morder constantemente el estremo de la corbata, ir al río Emme a llenarse los bolsillos de piedrecitas y echarlas en un rincón de su casa sin volver a acordarse de ellas jamás, y otras, menguaron ante el pueblo el valer de su personalidad al grado de llegar a considerársele de loco, calificativo que, sin embargo, acertó (¡era un sublime genio!) junto con la opinión de que no sabía leer ni escribir "correctamente," que en las calles se rumoraba.

Mas a pesar de tanto como de él se decía (se decía también que era un **inacabado**) y de lo que de ello él mismo confirmaba, la lectura concienzuda de sus obras demuestra que poseía, si no la facilidad mecá-

nica y detallista en la práctica de ciertas materias de enseñanza, sí un sabio conocimiento sintético de todas ellas y de algunas disciplinas científicas de relación con el arte en que especulaba; pues no se supone otra cosa de quien llegó a formular un tan general y trascendente principio psicológico como el que es fundamento primordial de su doctrina pedagógica, universalmente conocida.

A Pestalozzi debe - porque hasta hoy no lo ha sido probablemente - considerársele entre el número de los hombres representativos de Waldo Emerson. Pero si no será fácil que esta idea prive en la opinión, es porque la menguada importancia que hasta nuestros días inmerecidamente se ha dado a la ciencia y arte de la educación; o por mejor decir, el lugar en que socialmente el maestro de escuela por causa ajena o propia se ha conservado por tanto tiempo, haría que tan justo aserto fuese juzgado de vil profanación, pues es elevar el gran pedagogo a la categoría de Platón, Swedenborg, Montaigne, Goethe...

Mas no es aseverar remotamente. Ya el psiquiatra, sociólogo y distinguido escritor argentino José Ingegnieros, ha concedido a Sarmiento, alto educador también y de gran influencia en la América latina, el nombre de genio pragmático. Con este motivo hace una oportuna y sabia clasificación de talentos, (muy opuesta a las de Moreau, Lombroso y Ferri, y diferente de la Max Nordau). Distingue en su hipótesis tres categorías: talentos, talentos geniales, y genios. Y coloca a Sarmiento, como acabamos de decir, en esta última.

Sería largo exponer aquí sus bien razonados argumentos. Me conformaré, pues, con transcribir de su respetable y magnífico estudio, sólo pequeños párrafos de los que más convienen a la índole y objeto de este desautorizado intento mío.

"El talento es más que una mediocridad complicada; la inteligencia de la mayoría no puede ascender nunca hasta el talento. Este exige una inteligencia más aguda que la ordinaria, en algun sentido, cierta forma de "ingenio" que la educación convierte en talento de su propio género. Los más excelentes ingenios, en cambio, llegarán o no a la genialidad según lo determinen el clima de su ambiente y la hora de su aparición. Su obra revelará si fueron decisivos en la vida o en la cultura de su pueblo."

"Esos, que llenan una era o señalan un rumbo, son los hombres de genio."

"El tiempo es el aliado del genio; el trabajo completa las iniciativas de la inspiración."

Ahora contemplad la figura de Pestalozzi, y juzgadle según el criterio del Dr. Ingegnieros. Tengo la confianza de que creeréis como yo. Pestalozzi, que ha sido para el educador lo que Aristóteles para el filosofo y que, como el inmortal pensador estagirita para la causa de la filosofía, vino al mundo en oportuno y feliz momento para la de la Educación, merece nimbársele con la aureola del genio.

No podría ser de otra manera. Desde Pestalozzi, la educación se hizo a la mar con viento bonancible, y ya camina, cual nave excelsa, por ruta de optimismos hacia el puerto - un tanto lejano por otra parte - de la suma perfección. Intimamente hermanada con las Bellas Artes,

sin menoscabo de ellas atendiendo a la noble y aristocrática teoría del Arte por el Arte, será el único medio de que los hombres se sirvan para que en la patria y en la Humanidad se llegue a vivir culta y pacífica vida, vida ideal si os enteráis de que ya en el maestro de escuela - artista del alma, del alma que es bronce o mármol invisible - va verificándose una benéfica reacción en favor de los verdaderos fines que persigue la enseñanza.

Y si no ahora, en no lejano futuro, veréis cómo unas manos blancas y devotas, con frescas e inmarcesibles ramas de oliva ceñirán la sien del maestro, que, para entonces, por opinión unánime y definitiva, habrá ido a vivir para siempre entre los supremos nimbados de la gloria.

Juan Chargoy Gómez.

Noviembre de 1912.

Pan y Letras

El día 14 del pasado diciembre la Dirección de la Escuela Normal Primaria para Maestros organizó una velada con el fin de despedir a los alumnos que terminaron su carrera. El programa fué selecto y significativo.

La experiencia, en los momentos actuales, nos ha enseñado que para que un pueblo abrace francamente las instituciones democráticas, necesita contar antes con una evolución amplia y segura, pues de otro modo el desequilibro viene inevitablemente y la marcha progresiva del país se interrumpe para escuchar los tenebrosos aullidos de la anarquía. Un sociólogo contemporáneo dice: "los derechos del hombre podrán ser justos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero en rigor, no basta pertenecer a la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos." No puede ser de otro modo, pues esta y no otra, es la causa por lo que nuestro pueblo ha confundido actualmente la libertad con el libertinaje.

PAN y LETRAS, he aquí lo que necesita el pueblo para entrar fundamentalmente en la evolución social del siglo, se ha dicho en otro lugar, y con sobra de razón. PAN, para dar al cuerpo la fuerza y la hermosura que buscaron y armonizaron los Griegos, haciendo del hombre un factor útil en la vida común y cumpliendo con el pensamiento que Spencer tiene de la educación física, "ser un buen animal." LETRAS, para formar los caracteres de sus almas con una alta nobleza de miras, poniendo en todo un santo orgullo de honor y un beso bendito de fe. Seguramente que así la vida será una armonía sóla interrumpida por el

canto del triunfo en la fábrica, en el taller o en el estudio y los hombres vivirán felices para la patria, y sólo para ella, santificándola en la dulce paz del hogar.

Si, pues, la *educación* es el preliminar necesario a toda evolución social, es preciso que todas las energías, que todos los anhelos, empiezen en la escuela para que de ella broten las instituciónes salvadoras como una luz irisada brota de las chaquiras de un chorro de fuente. Justamente la sociedad cuidadosa y vigilante, espera la labor de las Escuelas Normales, pues ellas conducirán con sus afanes al pueblo a esa redención, como fué el pueblo francés a sus luchas: ampliamente fortificado por las doctrinas del "Emilio", las delicadas inspiraciónes de Condillac y los trabajos infatigables de La Chalotais y Rolland.

Al golpe de la mano del bandolero responderá la insinuación del maestro, y en toda esa labor noble, el alma de la juventud vibrará como una promesa, como una dulce esperanza en el corazón de la Patria.

F. J. E.

"Nosotros" y la Prensa

Leemos en «Nueva Era:» «Nosotros.» — Una Revista llena de promesas.

«Galantemente se nos ha enviado el primer ejemplar de la revista de arte y educación «NOSOTROS» editada por alumnos de la Escuela Normal Primaria para Maestros, revista que abre sus páginas "con el anhelo claro y juvenil de poner una suave gota de confianza en los sitibundos labios de la Patria."

«Reune la pequeña revista a que aludimos, una escogida colaboración. María Enriqueta, la autora de «Rumores de mi huerto» publica dos bellas composiciones, Roberto Argiielles Bringas su «Gesta de Invierno», Alfonso Reyes, autor de «Cuestiones etéticas,» un trabajo de estructura filosófica, «La evocación de la lluvia.» Todo esto en la parte artística. En la de educación, el doctor Prnneda publica un trabajo sobre la escuela y la tuberculosis y el profesor Torres Quintero una crónica del último Congreso Pedagógico.

«NUEVA ERA saluda con las salvas de honor a esa blanca bandera que desplegará «NOSOTROS» a los cuatro vientos del espíritu y desea que se ize muy alto en las regiones abiertas del pensamiento.»

Agradecemos a «NUEVA ERA» y a los demás periódicos que se han ocupado de «NOSOTROS» sus frases cordiales que nos estimulan para procurar el mejoramiento constante de esta Revista.

Nosotros

Revista de Arte y Educación

PUBLICADA POR ALUMNOS DE LA

ESCUELA NORMAL PRIMARIA PARA MAESTROS

MEXICO, D. F.

REGISTRADA COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL 16 DE DICIEMBRE DE 1912

DIRECTOR:

Francisco González-Guerrero.

REDACTORES:

Felipe de J. Espinosa.
Basilio Vadillo.
R. Torres Hernández.
Juan B. Salazar.
Juan Chargoy Gómez.
Aurora Ursúa.
Conrado Abundes.
G. López Fuentes.

Un año . . . . . $ 3.00. Seis meses . . . . . $ 1.75

Nosotros

SUMARIO

Alfonso Reyes. . . . *El hombre desnudo.*

Enrique O. Aragón . . *Interferencia nerviosa e Inhibición.*

Pedro Enriquez Ureña. *La enseñanza de la literatura.*

NUM. 3. FEBRERO DE 1913.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

EL HOMBRE DESNUDO

Hay quienes mantengan que los hombres de letras son ineptos para la acción; hay quienes crean que los niños no sufren; hay también quienes aseguren que el vulgo es sencillo: caben todas estas especies en el mismo género de error. Y ¿quién dijo que el vulgo es sencillo? Acaso las literaturas de la **fingida Arcadia**; acaso los mismos que han querido hacer de los pastores poetas y de los poetas pastores; los **alejandrinos** de todas las épocas,en quienes el ansia de refinamiento se resuelve en una afectada ingenuidad. Ellos son culpables; los mismos que del Eros Anacreóntico. - del dios poderoso y salvaje que abatía al amante como un leñador abate un árbol, - han hecho el vanidoso y liviano rapaz que todos conocéis, para uso de Meleagro y de los madrigales de abanico. Ellos son culpables, ellos empobrecen la vida. De la infancia, este trágico descubrimiento del mundo, esta turbadora marea del conocimiento, quieren hacer una edad de regocijos triviales; y quieren convertir en manso y aseado cordero a esa hermosa bestia de la tierra: el plebeyo.

Pero el plebeyo no es más que el hombre desnudo. Y la existencia humana, si la desvestís de sus adornos, resulta un desnudo problema. Y más se desciende en los grados sociales, más se considera de cerca al hombre de carne, y más crudamente se descubre esta viejísima verdad: la existencia humana es una fatiga, una lucha; y el gusto de la vida es el gusto de la complicación. No; la vida sencilla no es la vida genuinamente humana. La vida sencilla es patrimonio de los dioses, no de nosotros. Por eso Sileno le decía al Rey Midas:

—¡Hombres: lo mejor para vosotros sería no haber nacido; pero, pues nacísteis, lo mejor sería moriros presto!

En las superiores formas sociales, puede creerse que el hombre vive menos para la vida misma, para la fatiga y la lucha, que para los adornos de la vida. Es verdad: aquel poeta dá por bien sufridos sus dolores si acierta a cantarlos armoniosamente, y aquel sabio olvida sus materialidades sobre las esferas y las cartas. En cambio, el hombre del vulgo es un combatiente y tiene que ser un perpetuo resolvedor de acertijos, - como el pícaro de la novela vieja española. Frente a frente de las urgencias vitales, sus manos se han hecho garras; sus piernas, resortes del ataque. Retan o interrogan siempre sus ojos, y su

inteligencia en perpetuo asombro, - no distraída aún por las transitorias explicaciones científicas, - busca en cada signo un augurio, y adivina, en cada objeto, un oculto gesto antropomórfico.

La ciencia, rastreando el impulso de la vida y siempre en busca de sus secretos, según los vá sorprendiendo vá matando la vida. Porque lo que tiene secreto vive de su secreto, y para los que descubren el velo de Isis, pierde Isis la divinidad. El salvaje, que no tiene ciencia, se halla, por eso, en medio de la naturaleza viva, de la naturaleza fantástica: el mundo ha conservado para él su original misterio y exhala aún el aroma milagroso de la creación.

En el vulgo se ha refugiado la magia. Los saludadores, los curanderos del pueblo pobre, os alivian dibujando en el suelo círculos con la vara de virtud y extrayendoos de la parte dolorida un pájaro ó una serpiente. Pues ¿qué si recordamos las amenas recopilaciones del folk-lore? Las manchas de la luna no son tales manchas; hay en la luna un leñador a quien se ha llevado el viento por leñar en domingo; de la luna cae, todas las noches, el gato que maulla sobre el tejado, y a la luna vuelve al amanecer. ¿Y las estrellas? Las estrellas son las vacas del cielo, a las que el peso invertido del aire impide caer. Y si, por último, a la misma conversación del vulgo acudimos ¡cuántos esfuerzos, cuántas interpretaciones para orientarnos a través del torcido laberinto de sus frases! No puede haber jerga más complicada, no hay más torturada manera de decir las cosas. El vulgo habla todavía en adivinanzas. No es extraño: el don de expresar sincera y directamente los pensamientos es la corona del estilo, y la claridad es el premio de las dedicaciones intelectuales. Si los animales hablaran súbitamente, no dirían los nombres de las cosas, sino que hablarían como el vulgo, por símbolos, o en germanía: a la noche la llamarían **la negra**; a la mañana la llamarían **la rubia.**

El vulgo, pues, ni en su vida ni en sus palabras es sencillo. El vulgo es el conservador de la naturaleza fantástica, la vestal del misterio. El plebeyo es el hombre desnudo; representa la existencia humana en su crudo aspecto de problema, de asombro, de guerra y de símbolo confuso.

7 de febrero de 1913. **Alfonso Reyes.**

Interferencia nerviosa e inhibición

El trabajo que ahora presento es hijo de profundas meditaciones acerca de un asunto que ha cautivado mi espíritu en el ramo de la Medicina a que llevo años de estar consagrado. El ha provocado ideas que juzgo propias y nuevas y que temeroso las comunico a reserva de rectificarlas o ratificarlas más tarde.

Entremos en cuestión: uno de los fenómenos estudiado y quizá no con la extensión que merece, es el de la *inhibición,* es decir, el de la suspensión de un movimiento comenzado, o bien, el de la no realización de una tendencia a movimiento. Los autores franceses lo designan también con el nombre de *arresto.* (Arrèt del verbo Arrèter).

Varias son las teorías que nos explican la manera como se produce, a saber: influencia de un nervio frenador; ejemplo, el neumogástrico; supresión del funcionamiento de nervios pertenecientes a grupos antagónicos; ejemplo, vaso-dilatación provocada, no directamente por exitación de los vaso-dilatadores, sino por falta de energía en los vaso-constrictores.

El retardo en la transmisión nerviosa es una circunstancia que favorece la inhibición y que se opone al reflejo, supuesto que da tiempo a que la influencia suspensora se haga sentir.

El infinito o máximo de atención, requiere el descanso de muchos centros cerebrales para que la fuerza se acumule en uno solo y realice así el monoideísmo intelectual de que habla Ribot en su definición de la atención y cuya explicación la hace Oddi en la suya. Por las relaciones, unos centros son inhibidores respecto de otros, excepción hecha de los tipos mixtos de memoria. A su vez el cerebro puede considerarse como elaborador de inhibiciones, inverso de lo que pasa en la médula, centro de reflejos y cuyo arco diastáltico es recorrido rápidamente, de manera que la reacción motora es casi instantánea.

Inhibiciones numerosas prodúcense en estados anormales, de los que principalmente sólo recordaré dos: la hipnosis en sus fases de pequeña hipnosis: catalepsia y sonambulismo; y la histeria que presenta el fenómeno por demás curioso (como todo lo de ella) de la existencia de zonas inhibidas, zonas histerógenas y rodeadas de zonas hiperactivas con reflejos exagerados.

No necesitamos acudir al terreno patológico, sino que en el normal encontraremos a la voluntad bajo su forma negativa, siendo intérprete de la inhibición; ejemplo, sofocación o dominación de los estados pasionales por medio del ejercicio del yo pensante, que consulta los diferentes motivos e impulsos y puede ahogar al león en su cuna. Ciertas emociones como el miedo y en su mayor grado el terror, pueden causar una inhibición general, así como un exitante brusco y enérgico.

Un último mecanismo de producirse la inhibición es por interferencia ner-

viosa, o sea dicho de otra manera: por el encuentro en un mismo sitio de corrientes contrarias, las cuales o son iguales, o la suspensora predomina sobre la activa; en el caso inverso tan solo se debilita el movimiento. Este asunto, lo confieso, hizo que al principio pensara yo que sólo podría llevarse a cabo desde las neuronas bi u opositopolares hasta las multipolares, pero nunca en las monopolares supuesto que no podía concebir el mismo conductor recorrido por corrientes contrarias. Así en las celdillas bipolares, uno de los prolongamientos, el protoplasmático o dendrítico sería receptor; y el cilindroaxil, emisor. Aquel centrípeto, éste, centrífugo (ley de Polarización de Cajal). Sin embargo en cortes microscópicos, hay ocasiones en que los dos cabos o prolongamientos tienen textura igual, y únicamente se adivina su función por su mayor o menor cercanía hacia el centro o hacia la periferie; tal pasa con las celdillas bipolares de la retina; con las terminaciones nerviosas de la rama coclear del acústico en el órgano de Cortí en el caracol, en el oído interno; y las terminaciones nerviosas también bipolares del nervio olfativo. Pero desde que se puede observar los casos de ceguera histérica, acusia y anosmia del mismo origen, entonces, la corriente tiene que ser contraria: la parte receptora transformarse en emisora y ésta en aquella. En el caso de tripolaridad, entonces el fenómeno es muy sencillo, supuesto que el tercer prolongamiento es una resultante. Y si el cruce se hace al nivel de la colateral de Golgi, es desde el lugar de la ramificación de donde hay que contar el estímulo que o se habrá nulificado previamente, su signo será negativo; o su valor será cero y estará pronto a qualquier solicitud de movimiento; o bien, por último aún cuando con energía menor que la primitiva, pero con signo positivo llegará a la célula.

En el caso de los elementos multipolares, como pasa con las celdillas de Purkinje en el cerebelo, ahí la interferencia puede ser múltiple. Las colaterales de Golgi vuelven a desempeñar en este caso importante papel, como en todos.

Las celdillas monopolares no podían ser capaces de sufrir inhibición, estándoles reservadas principalmente las funciones nutritivas.

Un descubrimiento vino a modificar mis ideas, descubrimiento muy importante llevado a cabo en orden distinto del que me ocupa.

Sabido es que en las comunicaciones telegráficas entre dos lugares, se necesitaba concluir el mensaje enviado de una estación para poder recibir por el mismo conductor, otro, en sentido inverso; o bien si se quería hacerló simultaneamente, se necesitaba la existencia de dos hilos conductores aislados. Y bien, se ha llevdo a la práctica la conducción simultanea por el mismo alambre de despachos en sentido contrario, sin existir confusión y pudiendo recibirse en las estaciones extremas, al mismo tiempo.

Esto ha hecho progresar en demasía la telegrafía y ello que no considero la inhalámbrica o de Marconi, maravilla del siglo, que aprovecha las ondas Hertzianas y en las que se evita la interferencia.

Volviendo a la comunicación con conductor, citaré el sistema Dúplex que realiza la transmisión simultánea y opuesta de dos despachos en la misma vía; el Díplex si llevan el mismo sentido las corrientes y el Cuádruplex para la transmisión simultanea de 4 despachos: dos en el mismo sentido y dos en el opuesto. En el Dúplex, el fundamento es el enrolle en sentido contrario del alambre en carretes o bobinas dobles para la estación mandataria, lo mis-

mo que para la receptora. Otras veces se valen de circuitos de derivación como en el aparato de Tomassi. En el armónico de Gray se aprovecha la vibración de lengüetas que producen diversos sonidos y que equivalen a diferentes corrientes de intensidad también variable. Por último, la transmisión múltiple se lleva a cabo en los aparatos de Meyer y de Baudot. Estos conocimientos han sido aplicados entre nosotros y algo más, se ha inventado un aparato por un compatriota, por uno de nuestros más aventajados telegrafistas, que ha realizado prácticamente el problema.

A tales fenómenos les he buscado aplicación en el asunto que considero y creo que lo he resuelto en sentido favorable. Esto mismo, de lo que he hablado en los telégrafos, puede suceder en las celdillas monopolares; pero, a mi juicio, dos casos pueden presentarse: primero, las vibraciones, aunque en sentido contrario no llegan a interceptarse en el mismo sitio, es decir, que pueden separarse en sus ondas los lugares de mayor vibración o vientres y los de mínima vibración o nodos; o de otra manera dicho, las líneas nodales y ventrales no se encuentran: segundo, las líneas nodales y ventrales llegan a encontrarse y entonces hay interferencia; en el primer caso, el fenómeno es análogo al experimento comprobado por la transmisión simultánea realizada en nuestras oficinas telegráficas; en el segundo, la inhibición aparece cuando se cruzan las ondas precisamente en los puntos nodales y que supera la corriente suspensora. Hay una particularidad muy curiosa y es a saber que entonces se corresponden también los vientres o lugares de máxima vibración y que la inhibición puede aparecer, explicándose, de la misma manera que en óptica el cruce de los rayos luminosos bajo cierto ángulo, produce obscuridad.

Tal es mi nuevo credo, distinto como veis del que tenía en un principio y que me hacía negar la interferencia en los elementos monopolares. Más aun, no se necesita la consideración del conductor único, sino que la interferencia puede realizarse en el interior mismo de las celdillas por la influencia recíproca de los granos de Nissl, cargados de energía opuesta o signo contrario.

Encuéntranse escalonados en el sistema nervioso los centros inhibidores; ejemplo, los ganglios del gran simpático y nervios explácnicos. Acaso las celdillas que forman la substancia gelatinosa de Clarke en la médula y colocada entre los cordones y los cuernos posteriores, harían el papel de válvulas de seguridad para moderar en ciertos casos el exceso de corriente recibida por las raíces posteriores.

Las consideraciones anteriores me llevarían a afirmar que en los nervios sensitivos, la corriente primaria sería ascendente o centrípeta y que existirían corrientes secundarias descendentes. De la misma manera en los nervios motores la corriente primaria sería descendente o centrífuga; y existirían corrientes derivadas o secundarias en sentido contrario. Las corrientes primarias son las que dan nombre a los nervios. En casos anormales las corrientes secundarias pueden adquirir la supremacía; ejemplo, compresión de un plexus, el braquial, v. g. por un cáncer, un aneurisma u otra causa, y que provoca dolores en los orígenes de los nervios que van a formar el plexus, dolores en el brazo, antebrazo y mano. Igual pasa con los dolores fulgurantes en la tabes dorsalis, por degeneración de los cordones posteriores, principalmente del haz de Burdach y de la bandeleta externa de Charcot y Pierret.

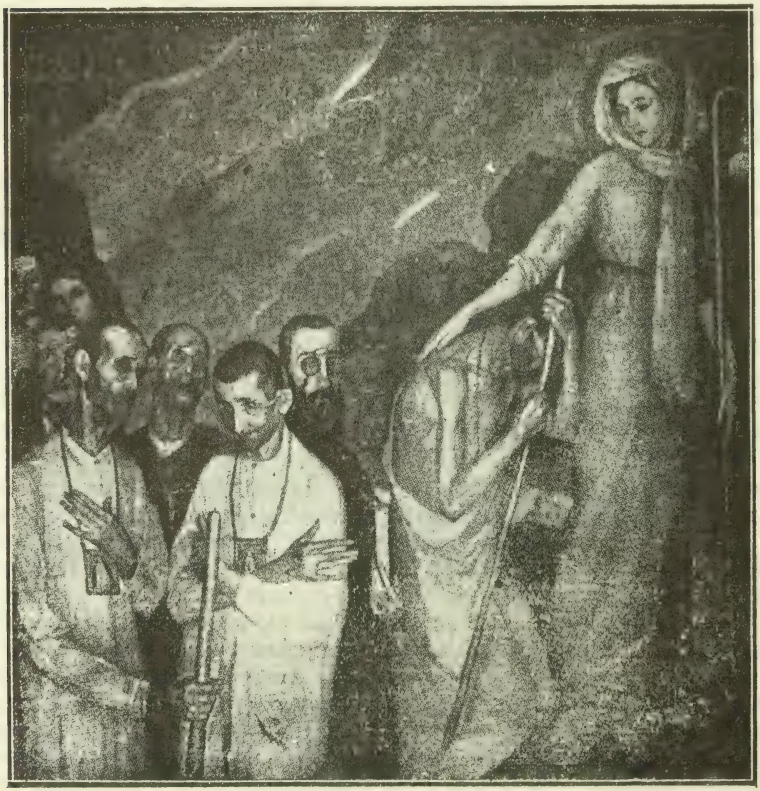
No entro en las consideraciones que podrían referirse a la degeneración walleriana porque esto me llevaría muy lejos del asunto que trato.

Tema que cabría en el presente, es el relativo al papel funcional de los nervi-nervorum; pero esto es más complexo y permitidme que lo aplace para el futuro. Ya es mucho considerar las interferencias por acciones contrarias de dos elementos, para hacer intervenir un tercero, y recordad que los cálculos de los astrónomos, muy complexos, para la acción de atracción y repulsión de dos cuerpos celestes, suben de punto, cuando se considera un sistema de tres, y es imposible casi, si se supone de cuatro. Entonces la pluralidad de causas y mezcla de efectos de que habla Mill, está en todo su apogeo.

Por hoy, Señores, conformémonos con el problema planteado y que os ofrezco, y que vosotros, o guardaréis en el cofre cuya llave puede ser tirada al río del Leteo y de esta manera el cofre nunca se abrirá quedando en la obscuridad su contenido, o si lo juzgáis de algún mérito, guardad la llave, para en cualquier momento abrirlo y sacarlo a la luz para su conservación.

México, Febrero de 1913.

ENRIQUE O. ARAGON.



Zárraga.- La Peregrinación.

La enseñanza de la literatura

Está pendiente de discusión en la Universidad Nacional de México una iniciativa para "revisar el plan de estudios de la Escuela Preparatoria con el objeto de reducir....el estudio de la lengua nacional y lectura comentada de producciones literarias selectas, restableciendo un curso de literatura preceptiva y de elementos de estética, a fin de que los alumnos tengan bases científicas para poder apreciar el valor estético de las obras literarias."

La iniciativa contiene cuatro ideas: primera, la reducción de los estudios gramaticales y literarios en la Escuela Preparatoria; segunda, la enseñanza de la preceptiva literaria; tercera, la enseñanza de elementos de estética; cuarta, la necesidad de que los alumnos tengan *bases científicas* para poder apreciar el valor estético de las obras literarias.

Examinaré estas ideas por orden inverso al de su enunciación. Con relación a la última de ellas, hay que declarar desde luego que no es posible dar a los estudiantes *base científica* para juzgar la literatura, porque la literatura no debe ni puede juzgarse con el criterio que se aplica a las ciencias. Al hablar de ciencias, me refiero solamente a las *positivas,* las que formulan leyes y disponen de elementos seguros de comprobación. La palabra *ciencia* (sobre cuya significación pueden consultarse los libros de los más ilustres pensadores contemporáneos, como Henri Poincaré, Ernst Mach, Wundt, Fouillée, Hoffding, Bergson, Boutroux, sin remontarnos hasta Comte y Spencer, que en esta cuestión tuvieron competencia indiscutible), si se toma en la acepción *técnica* rigurosa que hoy se le da, no puede comprender otros conocimientos que la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la psicología experimental, con sus derivaciones y aplicaciones respectivas. La psicología general y la sociología, con todas sus ramas (aun las más avanzadas, como la filología), no son sino ciencias en formación, que aspiran con justicia al carácter de positivas, pero que no lo alcanzan todavía por completo. Otros estudios,—la moral, la estética, la teología, la metafísica,—son *estudios filosóficos,* pero no *científicos* en la rigurosa acepción moderna del término: si se les llama ciencias es por metáfora, por extensión o por tradición etimológica. (1) Los primeros en reclamar esta disociación de ideas son los filósofos, porque saben que la filosofía nada pierde con no llamarse ciencia y en cambio gana con que se distingan claramente los límites entre su campo propio y el campo científico. La diferencia entre las disciplinas científicas y las filosóficas es radical, es de *método*: y sobre esta distinción han expuesto excelentes consideraciones John Stuart Mill y Émile Boutroux.

1 No hablo de la lógica, porque el carácter verdadero de esta disciplina es ahora tema de discusión, y aquí sólo quiero apoyarme en aquello que los pensadores modernos, con acuerdo general, han aceptado.

El estudio de la estética no es, no puede ser, un estudio *científico*, sino un estudio *filosófico*. No puede negarse que la psicología presta servicios a la estética (con Ribot, por ejemplo), ni que la sociología misma pueda auxiliarla, aunque poco; pero la pretensión de fundar aquella disciplina en la psicología y en la sociología no ha producido sino monstruosidades como el tratado de *Estética* de Eugène Véron y los libros de Max Nordau.

Todo lo que va dicho no tiene otro objeto que deslindar las ideas de disciplina científica y disciplina filosófica, para fijar de una vez el carácter de la Estética y, por tanto, el de los estudios literarios, como porción de aquella. No creo, en realidad, que en la proposición que discuto se haya deseado dar al adjetivo *científico* su acepción técnica rigurosa; y supongo que el fin a que se tiende es que los alumnos de la Escuela Preparatoria lleguen a tener, para juzgar de obras literarias, una base *racional* (que en este caso no pudiendo ser *científica,* tendría que ser *filosófica*).

Pero esta base racional no podría obtenerse del estudio de la Estética en la Escuela. ¿Por qué? Porque la Estética no es, en rigor, una disciplina que enseñe a *juzgar* las obras de arte: la Estética moderna se ocupa en la teoría general de la belleza y de las artes, pero no da reglas de aplicación para opinar en casos concretos, como lo hacía la vieja y ya muerta Preceptiva, la *Retórica y poética* de la pedagogía escolástica. Se dirá que todo crítico, por más que afecte desdeñar los sistemas estéticos (según la tendencia de los *impresionistas,* por ejemplo), posee el suyo propio, y de acuerdo con él juzga; y que, además, todo crítico serio debe conocer a fondo las principales doctrinas artísticas de su tiempo. Pero la Estética moderna va por camino muy diverso del que la llevaría a constituirse en maestra de la crítica. Como documentos que demuestran esta afirmación, me limitaré a citar dos obras monumentales: la *Historia de la Crítica,* de Saintsbury, y la *Historia de las ideas estéticas en España,* de Menéndez y Pelayo.

Por lo mismo que la Estética no es ciencia, sino parte de la Filosofía, porción del estudio filosófico de los *valores,* es una disciplina de *discusión* constante. No se ha llegado a formular un sistema definitivo de Estética; enseñar cualquiera de los que existen sería *imponer dogmas,* sería imponer nociones no definitivamente comprobadas. Los pensadores han abandonado el antiguo método de definir principios absolutos de arte que deban seguirse en la crítica, porque saben que muy pocos adoptarían tales principios, y menos las instituciones de enseñanza.

¿Qué es pues la Estética? La Estética moderna es un conjunto de estudios rigurosamente filosóficos sobre los elementos fundamentales que entran en la creación y esencia de la obra de arte. Ya no se escribe de estética con propósitos de *aplicación.* Así como, después del conjunto de leyes de conducta humana que Comte propuso inútilmente en su *Sistema de política positiva,* a nadie se le ha ocurrido formar nuevos códigos de ética general que pudieran adoptarse oficialmente por una sociedad, como el Decálogo Mosaico, así también, desde que la crítica moderna demostró el error lógico e histórico de los sistemas de retórica usuales, se ha desterrado de las escuelas más avanzadas la enseñanza de cánones literarios, y nadie escribiría hoy un tratado de estética con esos fines, porque sería prácticamente inútil.

Pero, se dirá, si la enseñanza de la Estética no es la *única base* que puede darse a los estudiantes para formarles el criterio en el orden literario, por lo menos serviría de mucho esa enseñanza si se hiciera de modo amplio, esto es, no imponiendo un sistema, sino enseñando a discutir, escogiendo, espigando en los mejores tratados, sistemáticos o no, antiguos y modernos: Platón y Aristóteles, Longino, Horacio y Cicerón, Quintiliano, Lessing y Kant, Hegel y Schopenhauer, Coleridge y Ruskin, Taine y Bergson..... Sí que serviría de mucho, y yo creo que semejante enseñanza debe establecerse en México; pero en la Escuela Preparatoria no sería posible, dado el actual plan de estudios. ¿Por qué? Porque la Estética, estudiada seria y ampliamente, exige conocimientos previos de filosofía general, que los alumnos no tienen. La Estética sólo puede estudiarse en toda regla dentro de la Facultad de Filosofía y Letras que debe abrirse en la Escuela de Altos Estudios. En la Preparatoria sólo podrían darse *Elementos de Estética,* como lo expresa la proposición que discuto; pero, por desgracia, un curso elemental difícilmente sería bueno en las condiciones actuales del *curriculum* preparatoriano: 1° porque los alumnos no tienen preparación filosófica, según queda dicho; 2° porque un estudio elemental, es decir, de dos o tres meses, enseñaría muy poco a estudiantes ayunos de filosofía, daría idea incompleta y aún equivocada de la materia, y orillaría al profesor, por falta de tiempo para exponer ideas de varios autores, a enseñar según uno solo, a imponer un sistema (y menos mal si fuera el de Hegel, pero es seguro que escogerían trataditos breves, que son generalmente malos).

Descartemos, por ahora, la enseñanza de elementos de Estética, porque sin la preparación filosófica necesaria, ese estudio no puede producir otra cosa que nociones imperfectas y aún pedantería estudiantil, como el derecho romano sin la base del conocimiento del latín, por ejemplo. Queda la enseñanza de la *Literatura preceptiva,* según se expresa en la proposición, o, mejor dicho, de la *Preceptiva Literaria.*

Pero, ¿qué estudio es éste? Es, ni más ni menos, el que antaño se llamaba *Retórica y Poética,* y que, avergonzado de su tradición, se disfraza con nombre nuevo y de apariencia inofensiva. Esta célebre asignatura, intrínsecamente escolástica, presume, sin embargo, de tener abolengo helénico e invoca por padre a Aristóteles. Quien conozca la historia intelectual del mundo antiguo sabrá que la retórica (es decir, la *enseñanza de la oratoria,* o, como más tarde se dijo, del *arte de persuadir*) nació en la Sicilia griega, según la tradición, con el brillante y misterioso Empédocles; y bien pronto se alió con la sofística, por donde, al aparecer en Atenas, cuando terminaba la época áurea, vino a ser blanco de las ironías de Sócrates. Para Platón, la retórica ocupaba frente a la enseñanza filosófica el mismo lugar que el arte culinario frente a la medicina: la una se propone agradar, la otra tiene por fin el conocimiento. En el *Fedro* y en el *Gorgias,* después de hacer la crítica de la enseñanza oratoria entonces en boga, sienta las bases de una disciplina superior de la elocuencia, declarando además que la mejor parte de ella consiste en aptitudes y en estudios imposibles de alcanzar por el simple ejercicio retórico.

Aristóteles, por fin, escribió su celebre tratado de *Retórica,* cuyo objeto es más bien analizar que dar reglas y cuyo plan abarca mucho que no se considera hoy parte de la Preceptiva: la *Tópica,* el estudio de los principales recursos ideológicos y psicológicos del orador. También escribió una

Poética, ensayo breve e incompleto, más que de preceptiva, de verdadera estética, con finas indicaciones históricas, sobre la *tragedia*. Ni las *Retóricas* de Aristóteles (que son dos, si se cuenta la que antes se atribuyó a Anaximenes de Lamsaco), ni menos su *Poética*, son libros de texto. La retórica no fué entre los griegos disciplina escolar, sino enseñanza libre; y el arte de la poesía se enseñó siempre unido al de la música y por procedimientos radicalmente diversos de los que usó la preceptiva escolástica.

El espíritu formalista de los pueblos que heredaron la civilización helénica (especialmente del pueblo romano y sus descendientes medioevales) tendió a convertir esos estudios de Aristóteles en estatutos canónicos, y para ello fué preciso interpretarlos, desfigurarlos, aumentarlos; los preceptistas inventaron reglas para todos los géneros. El renacimiento reanimó un tanto esta seca y árida enseñanza de preceptos, introduciendo en las escuelas la lectura de producciones literarias; pero la manía preceptista iba en aumento, y en nombre de Aristóteles se formularon reglas tan absurdas como la de las tres unidades dramáticas, contraditoria precisamente de los usos griegos. En el siglo XVIII, el arte literario europeo se hallaba convertido, gracias a las reglas amontonadas por los Escalígeros y Castelvetro, por Vida y Boileau, en un mecanismo para cuyo ejercicio se necesitaba consultar un enorme recetario.

A mediados del siglo, precisamente el exceso de fórmulas suscitó la reacción en favor de la libertad artística: esta reacción fué obra del genio de Lessing. De entonces acá el desarrollo de la crítica y de la estética ha barrido con la retórica. En las grandes Universidades ha dejado de enseñarse, y sólo se la encuentra hoy en planteles de jesuítas, donde no produce sino lo que D. Marcelino Menéndez y Pelayo llama *poetas de colegio* y *poesía jesuítica*.

"La función del conferencista de retórica,—dice Sir Richard C. Jebb, en su excelente reseña sobre la historia de esta arte—se transformó (durante el siglo XVIII) en la corrección de temas escritos por los estudiantes; aunque el título del catedrático continuó siendo el mismo mucho tiempo después de que el cargo había perdido su significación primitiva." "Ya no se enseña la retórica—dice su último defensor, Chaignet— en las *clases de retórica* de los Liceos de Francia: tanto vale decir que ya no se enseña en ninguna parte." La experiencia, pues, ha encontrado inútil el estudio de la Preceptiva.

Pero acaso se diga que la experiencia se ha equivocado, que el curso de Retórica y Poética aún ofrecerá utilidad para los estudiantes, y que cabría imaginar un tratado de Preceptiva en el cual se englobasen, en conjunto sintético, hecho con selección prudente, las pocas reglas, no absolutamente seguras, pero sí aproximadas, deducibles de todas las grandes obras literarias de la humanidad. Ciertamente, esto último no es un imposible metafísico, y no parece un imposible humano; pero el hecho es que nadie lo ha realizado aún, quizás por la convicción de que el hacerlo resultaría de poco servicio cuando ya existen métodos más fructíferos de enseñanza.

¿Qué contienen, pues, los tratados de retórica existentes? Hablemos sólo de los castellanos, únicos que podrían utilizarse en México, pues sería absurdo suponer que se emplearan tratados en lengua extranjera, sin ejemplos de forma y estilo en la nuestra. Estos como todos los de su índole,

constan de tres partes: una de consideraciones generales sobre el arte literario; otra de estilística, en que se dan reglas para escribir la prosa y el verso, y la última, que trata de la división y técnica de los géneros. De estas tres partes la primera no es extrictamente *preceptiva*, sino *estética*, y tonto sería el que quisiera estudiarla en los tratados de retórica y poética y no en la obra de un Hegel o de un Vischer. Las otras dos partes son de *técnica*, salvo lo que corresponde a la Estética misma en la definición de los caracteres fundamentales de los *géneros*. La *Estilística* abarca cuestiones que sólo se resuelven con ayuda de la filología; pero los preceptistas españoles rara vez han sido filólogos, y de todos modos, ninguno, que yo sepa, ha puesto a contribución las investigaciones *científicas* (aquí sí cabe la palabra) sobre la evolución de la lengua para los consejos prácticos sobre el arte de escribir. La estilística exige, además, gran conocimiento de la historia literaria, y los tratadistas españoles no lo han poseído: en general han sido hombres de erudición inferior a la de su propio tiempo, con excepciones contadas como la de Mayáns. Así Hermosilla era hombre atrasado en la España de D. Tomás Antonio Sánchez; Gil y Zárate no pasaba de mediano conocedor junto a Gayangos o Durán: y en nuestros días ¿qué perdón habrá para la ignorancia de un Campillo y Correa, comtenporáneo de Menéndez y Pelayo, de Cuervo y de Menéndez Pidal?

Pero aún prescindiendo de las cuestiones de filología e historia literaria, queda un campo que sería el propio del preceptista: la estilística pura, como simple conjunto de reglas, y la tercera parte que antes indiqué: el tratado de los géneros (el cual, por otra parte, también exige la erudición de que han carecido nuestros preceptistas españoles, y una base de filosofía estética que permita establecer las distinciones genéricas en atención a elementos *internos* y no meramente *formales*).

Aquí es donde parecería que los preceptistas sensatos (aun concediendo que no les exigiéramos grande erudición filosófica e histórica) podrían dictar reglas útiles, si procedieran con criterio a la vez amplio y prudente. ¿Lo han hecho? ¿Podrían hacerlo? No lo han hecho, en verdad.

Las reglas dadas por nuestros tratadistas anteriores al siglo XIX nunca sirvieron sino de traba y estorbo. Las grandes obras de imaginación de la literatura española, el incomparable e inagotable Romancero, la *Celestina* y el *Lazarillo*, el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, el teatro de Lope y Tirso, de Alarcón y de Calderón, se produjeron fuera de toda preceptiva o contra ella, como expresamente lo declaraba Lope. En España sólo se escribió según las *reglas* durante el siglo XVIII, y ¡con qué tristes resultados! ¿Quién se atreve a parangonar a Moratín, no ya con Lope o Tirso, pero ni siquiera con Rojas Zorrilla? ¿Quién no dará todos los romances de Meléndez Valdés por sólo el de *Fonte-frida* o el de *Rosa fresca?*

La preceptiva del siglo XVIII español está ya definitivamente juzgada: para ella no existieron Dante ni Shakespeare; y el famoso abate Marchena se atrevió a condenar a Esquilo por haber faltado a la regla de las *unidades*, inventada en el siglo XVI.

La preceptiva posterior, la que sobrevive penosamente en los tratados de escritores españoles de tercero o cuarto orden (como el conocidísimo de Campillo, quien se atreve a citar, corregido por él, el celebre soneto del *color de Doña Elvira*) esta preceptiva anacrónica, digo, ha hecho ya tal cantidad de

concesiones, que se ha quedado sin núcleo propio. La antigua preceptiva, la de Luzán y Hermosilla, era errónea, pero rígida: exigía absurdos, pero los definía claramente. El bueno de Campillo ya no se sabe lo que pide: para componer una oda, receta entusiasmo; para la descripción, pide que sea *viva* y *animada;* para la hipérbole, recomienda que apenas se note.....

En asuntos de métrica, la antigua preceptiva no logró nunca comprender que el verso castellano se mide por sílabas isócronas y acentos, y que en él nada tiene que hacer la *cantidad* greco-latina. Fué necesario que D. Andrés Bello, con su criterio de pensador moderno, exorcizara al fantasma de la cantidad, que perseguía a los preceptistas, aunque Gonzalo de Berceo, desde el siglo XIII supo muy bien que en castellano el verso se escribe por ***sílabas cuntadas.*** Hoy mismo, ante cualquier problema de métrica, los preceptistas no obtienen más que resultados erróneos. La métrica castellana sólo la han ilustrado y explicado con acierto hombres que jamás han escrito tratados de retórica, como Bello, como Menéndez y Pelayo, como Menéndez Pidal.

Queda, sin embargo, a pesar de los repetidos y fracasados intentos, el problema teórico: ¿puede escribirse un buen tratado de preceptiva, es decir, un buen sistema de reglas sobre *estilos* y *géneros?* A mi juicio no se puede. No es sólo porque hasta hoy los preceptistas recomienden, pongo por caso, a los poetas griegos como modelos en el arte del símil, y no entiendan la compleja y exquisita naturaleza lingüística e imaginativa de los símiles homéricos, que nos explican los helenistas; no es sólo porque, por ejemplo, nos definan el género dramático y el novelesco, y a la hora de discutir la *Celestina,* no acierten con su naturaleza intrínseca como obra literaria: dificultades de esta especie se obviarían con que el tratadista fuera Wilamowitz-Mollendorff, o Michel Bréal, o Menéndez y Pelayo.

No: el problema es más hondo. Es, para mí, un problema de psicología. Cada obra de arte es la revelación plena de una personalidad, de una individualidad, y cada revelación de individualidad es, como diría Tarde, una *invención,* cuyo carácter principal estriba en ser *irreducible* e *imprevisible*: no es explicable por invenciones anteriores, aunque descubramos todas las que le precedieron, porque no es una *suma,* sino una *síntesis.* En cualquier momento que contemplemos la evolución literaria, podemos determinar qué elementos del presente obrarán sobre el futuro; pero no definir las nuevas formas que aparecerán, porque éstas quedan siempre reservadas a la realización individual. Cada artista de genio, o siquiera de talento superior, trae consigo algún elemento nuevo, no solamente *psicológico,* sino también *técnico.* Cada manifestación de grande arte crea su propia técnica. ¿No vemos en España variar de siglo en siglo la métrica, desde el *Poema del Cid* hasta Garcilaso? Y sin embargo, el verso de cada una de las etapas intermedias realiza perfectamente sus fines. ¿No vemos la evolución de la prosa clásica desde la *Celestina* hasta Solís? Y sin embargo, ¿quién pretendería que las sagaces observaciones sobre lengua y estilo hechas por Juan de Valdés tuvieran que ver con Santa Teresa, tan diversa de él en el manejo de la prosa como en la orientación mística? Hoy mismo ¿no se observa en el teatro una transformación rapidísima, que en pocos años ha reducido el drama de asunto moderno al uso de la prosa y le ha suprimido formas como el monólogo y el aparte? Ya Aristóteles observó la desaparición de la epopeya y su transformación en tragedia, porque

los griegos de su tiempo no cayeron en la singular idea de componer epopeyas de gabinete, como la *Eneida* y la *Jerusalem libertada.*

Si, pues, es imposible prever las renovaciones constantes e inevitables del arte, ¿de qué sirve dar reglas, fundadas en obras pretéritas, aunque sean del año anterior, puesto que veinticinco años después ya habrán aparecido elementos artísticos no comprendidos en aquellas reglas? ¿Qué preceptista pudo prever la novela contemporánea, la creada por Jane Auston y Dickens, por Stendhal y Balzac? La *imaginación creadora* nunca dejará adivinar su determinismo (quizás no lo tiene), y tan vano es dar reglas para producir belleza como para hacer fortuna.

Ya me imagino que un convencido de la retórica, de los que todavía se hallan en nuestra América, me dirá: está bien; no se puede prever las nuevas obras; concedo que no se puede prever los nuevos géneros, y que mañana aparezca una forma que no se espere: la novela para ser recitada, por ejemplo, para que un actor la cuente en el teatro; concedo que la métrica varíe, y pasado mañana nos pueden deleitar versos españoles de trece sílabas; pero sobre el *estilo* en sí mismo sí se pueden dar reglas fijas, porque una metáfora lo es tanto en Sófocles como en Anatole France y un hipérbaton lo mismo en Tácito que en Quevedo.

Pero no: no hay tales reglas exactas. ¿No es visible que el estudio del estilo implica el conocimiento de lo que se llama el *genio del idioma,* diferente en cada uno de ellos? ¿De qué sirve dar reglas para el hipérbaton en el estilo francés, si la índole del idioma lo excluye o poco menos? Si las reglas que dan los preceptistas *españoles* son en parte falsas, es porque proceden de la preceptiva *latina.* Y así como hay variaciones de un idioma a otro, las hay de una época a otra. De siglo en siglo se modifican las tendencias estilísticas. Dos mundos distintos son , en punto de formas literarias, el moderno y el antiguo; y todavía en éste ¡que divergencia entre los procedimientos del arte latino, a menudo lógico y deductivo, y el griego, originariamente sintético y simbólico! Volviendo al caso de Francia, ¿no se ha visto durante el siglo XIX una serie de transformaciones del estilo preciso y prosaico a través de todas las escuelas literarias? Víctor Hugo es el creador de un nuevo y maravilloso mundo retórico, del cual nada presentía Boileau. Y entre los procedimientos del Mallarmé ¿no figura un novísimo y desconcertante uso de la elipsis? El *estilo* vive también, como los géneros, bajo la ley del cambio; vive en perpetua *evolución creadora;* y sería inútil fijarle reglas como a cosa estática.

La convicción de que es inútil eseñanza la de retórica y poética (arte sin profundidad, de mera finalidad verbal, según la opinión del ilustre Vicerrector de la Universidad de París, Liard), obligó a los pedagogos modernos a suprimirla en los planes de estudios y sustituirla con la lectura y los ejercicios literarios. En apariencia, este sistema es más peligroso que el antiguo, pues confía su éxito a la práctica y no a principios.

Pero la verdad es que sólo la práctica es guía segura en la labor literaria. Nadie ha llegado a escribir, ni siquiera a juzgar, por el aprendizaje de principios. "Es dudoso—declara el propio Chaignet—que la Retórica de Aristóteles

haya hecho nacer un solo orador." Sin el manejo frecuente de los grandes autores, no hay cultura literaria posible, ni doctrina estética seria. Y preferir, a la comunicación directa con las obras, una seca enumeración de reglas *in vacuo*, o a lo sumo ilustradas con ejemplos de cinco líneas, es restar toda eficacia a la enseñanza.

De tales vicios adolece la enseñanza de la literatura en España, y por eso ha dicho Menéndez y Pelayo que "ni enseña, ni deleita, ni puede servir para nada." Y agrega: "Hay que sustituirla con la lectura continua de los textos clásicos y con el trabajo analítico sobre cada uno de ellos." Y más adelante: "Noticias mandadas recoger hace medio siglo; juicios estereotipados de la antigua *preceptiva;* vaguedades ampulosas, con disfraz de filosofía: tal es el desabrido manjar que suele ofrecerse a nuestra juventud, en sustitución de la más amena de las enseñanzas. Ni siquiera puede consolarse con la lectura de los textos. . . . . ."En suma, el más sabio de los escritores españoles condena los viejos métodos de enseñanza literaria y recomienda precisamente los que en México se usan: lo que aquí se llama, sin más pecado que la excesiva longitud del nombre de la asignatura, *Lectura comentada de producciones literarias selectas.* Y a la opinión de Menéndez Pelayo debe agregarse la de otro sabio español, D. Rafael Altamira, que en su viaje de 1909 y 1910 expresó públicamente muchos juicios, tanto de elogio como de reparo, sobre la instrucción en México, y en su conferencia de la Escuela Normal de Maestros declaró excelente el sistema de la enseñanza literaria.

El curso de Retórica se enseña todavía en México, en provincias, y a la vez que deja a los estudiantes sin nociones de historia literaria ni lectura suficiente de producciones, les obliga a aprender una nomenclatura arcaica, de la cual con el tiempo no subsiste sino vago recuerdo que les provoca a risa. Y ¿de qué serviría saber distinguir una *sinécdoque* de una *metonimia,* o señalar una *epifonema,* cuando nadie se atrevería a usar tales palabras en conversación, y el literato que las escribiera quedaría excluído, por el ridículo de la república de las letras? Los grandes críticos modernos, Sainte-Beuve, Arnold, Pater, Brandes, Menéndez y Pelayo, Brunetière, ¿han usado jamás semejante nomenclatura? A este respecto, es curioso recordar lo que dice precisamente el bueno de Campillo y Corea, forzado a reconocer, siquiera en parte, el error de ese estudio de las *figuras* que muchos creen fundamental en la preceptiva, y justificando su procedimiento de reducirlas a un mínimum: "Esa confusa aglomeración de figuras, que tantas páginas ocupa en otras retóricas, para nada sirve como no sea para sobrecargar de fárrago la memoria, perder el tiempo y formar pedantes."

Pero de la vieja retórica debe conservarse lo que tenga derecho a sobrevivir, y esos elementos supervivientes deben distribuirse entre asignaturas diversas.

La parte inicial de consideraciones generales sobre el arte, debe pasar a los cursos de estética. Queda dicho que esta disciplina no debe enseñarse dentro de las actuales condiciones del *curriculum* preparatoriano, porque bien poca utilidad habría de prestar a estudiantes ayunos de filosofía. En las condiciones presentes de los programas universitarios, la estética sólo podrá figurar en la Escuela de Altos Estudios (como lo expresa la Ley Constitutiva de ésta). Sin embargo, sería fácil hacerla entrar en la Escuela Preparatoria, en forma elemental (como lo pide la iniciativa que discuto), siempre que se hiciera una

pequeña modificación en el plan de estudios: la adición de un curso de filosofía general, explicado, no en forma dogmática, sino expositiva e histórica, ya sea como nueva asignatura, ya sea desdoblando el actual curso de lógica, a fin de que una porción del año se dedique a esta última asignatura y otra a la exposición y discusión de las principales doctrinas filosóficas. Dentro de este curso cabrían fácilmente los elementos de estética.

La segunda parte de la preceptiva, la estilística, la que da consejos sobre el arte de escribir, sólo tiene derecho de sobrevivir a medias, abandonando sus viejas pretensiones y reduciéndose a un papel menos ambicioso pero más práctico. Este papel consistiría en ampliar la enseñanza de la sintaxis, enriqueciéndola con reglas y ejemplos de *sintaxis literaria,* en la cual hay problemas de *ideología lingüística* mucho más serios y vastos que los que comúnmente abarca la enseñanza de la *Lengua Nacional* y en la cual, además, se contienen los únicos casos en que la preceptiva del estilo puede dar reglas seguras dentro idioma.(1) En verdad, los únicos consejos o reglas eficaces que pueden darse para escribir, son los *gramaticales,* entendiendo la gramática en su sentido más amplio; y de hecho, la boga de algunos tratados como el *Arte de hablar* de Hermosilla, se debió, no a sus preceptos semi-estéticos, generalmente absurdos, sino a sus reglas de *gramática literaria,* estrechas, pero claras. Para la *imaginación* son inútiles las fórmulas; la única disciplina es el estudio de los grandes autores, de los *modelos,* según la vieja y equívoca expresión; y, como ha indicado el admirable Stevenson, uno de los hombres que más maravillosamente han conocido el arte de *escribir,* el único modo de dominar el estilo es estudiar muchos y diversos estilos ajenos.

La *métrica,* que también se incluye comúnmente en la estilística, pertenece de derecho a la gramática, y con ella debe enseñarse. La métrica no es, en suma, sino una parte de la *prosodia*: es el estudio de un modo particular de usar las sílabas y el acento. Tanto, pues, lo que llamaré *estilística gramatical* como la *métrica* deben enseñarse en los cursos de gramática; y me complazco en señalar el hecho de que un respetable profesor de la escuela Preparatoria, el doctor universitario D. Diego Baz, acostumbra enseñar nociones de esta materia en su curso de tercer año de *Lengua Nacional.*

Por último, la porción de la preceptiva que se refiere a géneros literarios no debe enseñarse sino en forma histórica: esto impone al profesor de literatura la necesidad de explicar cada género a medida que aparece en la historia, y luego sus modificaciones con el transcurso del tiempo. En realidad, esto mandan los programas de literatura de la Escuela Preparatoria, y no hay mejor procedimiento para el caso.

Resumiendo, y volviendo a las ideas que contiene la iniciativa y discusión, diré:

1.° No conviene reducir el estudio gramatical y literario en la Escuela N. Preparatoria. Si cinco años no dan al estudiante dominio suficiente del idio-

1 En este sentido, existe el ejemplo de los excelentes tratados ingleses de composición: así, el de las profesoras universitarias Miss Robins y Miss Perkins, que es todo de reglas sobre construcción literaria.

ma castellano—hecho ostensible,—nadie dirá que basten tres o cuatro. En verdad, no son poco cinco cursos, y el escaso resultado que está dando la enseñansa gramatical se debe a otras causas. A mi juicio, dos principales: el uso de textos científicos en idioma extranjero (cosa inusitada en todas las demás escuelas *de segunda enseñansa* de que tengo noticia) y el prescindir de los textos de gramática castellana, como si esta materia fuera tan breve que bastara, para dominarla en un plantel superior, el ejercicio de clase, y no se necesitara, como en la historia y en la geografía. el libro como ayuda de la memoria, como fuente constante de consulta.

2.° No sólo sería inconveniente reducir el estudio de la literatura en la Escuela Preparatoria, sino que hay verdadera necesidad de extender a un año completo el curso de literatura española, y además, de que en los dos de literatura (general y española) se exijan pruebas de aprovechamiento, como en las principales asignaturas de la misma escuela. Enseñanza sin sanción es enseñanza inútil.—La enseñanza de la literatura tiene, además importancia especialísima para la cultura general del estudiante, porque debe despertar en él la afición a la lectura selecta; y la afición a la lectura literaria es el medio más seguro de estímulo para la lectura constante y amplia, no solamente literaria, es decir, el medio más seguro de contacto con la verdadera cultura.

3.° No pueden enseñarse elementos de estética sino en un curso en que se enseñen nociones sobre filosofía general.

4.° No debe enseñarse preceptiva literaria en curso especial. La parte útil de esa vieja asignatura debe enseñarse dentro de otras: los preceptos sobre el estilo y la métrica, en el tercer año de lengua nacional; el estudio de los géneros, en las clases de literatura.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

De «Revista Mexicana de Educación»

Nosotros

Revista de Arte y Educación

PUBLICADA POR ALUMNOS DE LA

ESCUELA NORMAL PRIMARIA PARA MAESTROS

MEXICO, D. F.

DIRECTOR:

RAFAEL LOPEZ

Un año . . . . . $ 3.00. Seis meses . . . . . $ 1.75

Nosotros

SUMARIO

José de J. Núñez y Domínguez. *Histeria crepuscular.*
Julio Torri . . . . . *El Epígrafe.*
Gregorio López y Fuentes . . *Vuelo de Garzas.*
Conrado Abundes. . . . . *Blanca Oración.*
Rodrigo Torres Hernández . . *Novia Morena.*
Juan Chargoy Gómez . . . . *Visión del Bohío.*
F. Gustavo Villatoro . . . . *Nocturno.*
Rubén Darío . . . . . *Amado Nervo.*
Amado Nervo . . . . . *Cobardía.*
A. L. Herrera . . . . . *Inteligencia y lenguaje del Loro.*
Felipe de J. Espinosa . . . *José Enrique Rodó.*

NUM. 4. MAYO DE 1913.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

HISTERIA CREPUSCULAR.

De un próximo libro.

Házte pequeña; escóndete en mis brazos,
y mientras cruza por el parque el coche,
contempla la nevada luminosa
caída en los ribazos
azules de los mares de la noche!

Cada foco es cual una inmensa rosa
de fuego, abierta entre las frondas. Súbito
llega un trozo de vals. Errátil brasa
finge un raudo automóvil que en la sombra
como visión de pesadilla, pasa

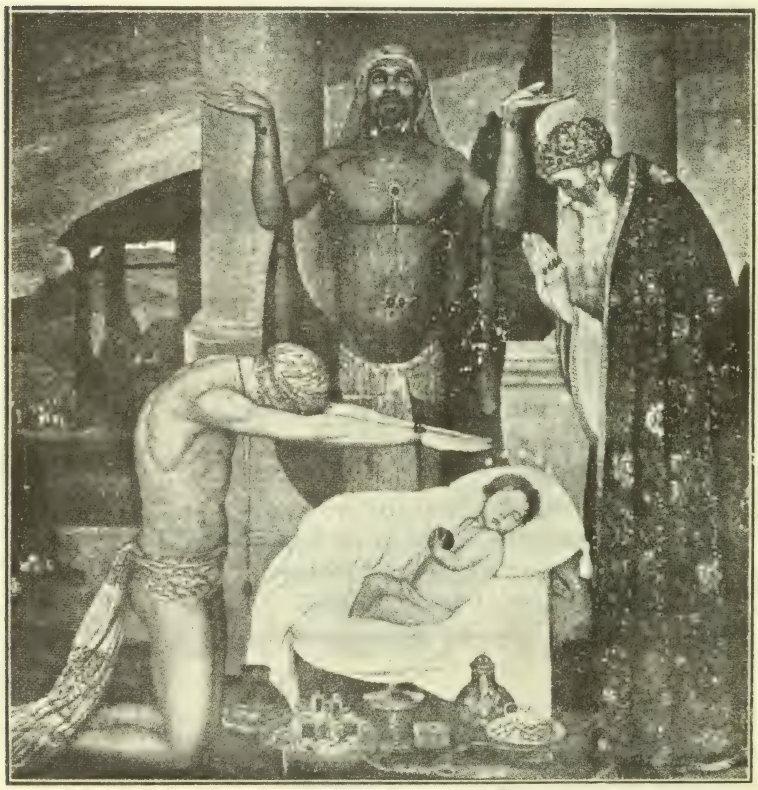
Dispersa el cierzo la marchita alfombra
de hojas en las sendas, y, de lejos
llega el balbucear de serenata
de una fuente de plata
que es como un surtidor todo reflejos.....

Lloras en tanto.....Lloras, y te digo:
"Llora por el mendigo
cuya flácida mano
se extiende, enjuta por el frío, en vano:
quizás ha tiempo el mendicante impuro,
siguiendo de Eros los divinos rastros,
pasó también por el jardín oscuro
bajo el milagro de oro de los astros!.....

Llora por la ilusión de la pareja
de amantes, que encontramos y se aleja
cantando el aria de cristal del beso.....
Mañana tal vez ellos con su llanto
llorarán por tu mútilo embeleso
o por mi doloroso desencanto!

Tu clara cabellera,
a la luz fugitiva que de pronto
un "restaurant" envía, reverbera
con solares fulgencias de tramonto.
Luego en mis brazos sigues sollozando
en tu histérico ardor de pecadora,
mientras murmuro con acento blando
como a una hermana enferma: "Llora! Llora!".....

José de J. Núñez y Domínguez



Zárraga.—Los Reyes magos.

El Epígrafe.

El epígrafe se refiere pocas veces de manera clara y directa al texto que exorna; se justifica, pues, por la necesidad de expresar relaciones sutiles de las cosas. Es una liberación espiritual dentro de la fealdad y pobreza de las formas literarias oficiales, y deriva siempre de un impulso casi musical del alma. Tiene aire de familia con las alusiones más remotas y su naturaleza es más sutil que la luz de las estrellas.

A veces no es signo de relaciones, ni siquiera de relaciones lejanas y quebradizas, sino mera obra del capricho, relampagueo dionisíaco, ventana sobre lo multiforme ininteligible.

Julio Torri.

Vuelo de Garzas.

Se desgrana la tarde en ópalos. Es la hora
De las ensoñaciones lilas. Del hojital
Llega un eco armonioso, como si en la sonora
Selva, preludiara una siringa de cristal.

Ya ocaso en su deliquio tiene aspecto de aurora,
Ya regresa el labriego al humilde jacal,
Solamente el picacho más lejano se enflora
Y el boscaje asordina su enramada orquestal.

En el árbol más alto de las hondas barrancas
La paloma torcaz busca nido medrosa;.....
El cocuyo prepara sus linternas; y una
Camándula de garzas, cansadas de ser blancas,
Pasan rumbo a la noche, flotando perezosa-
mente, llenas de tisis y empapadas de luna.

Gregorio López y Fuentes.

Blanca Oración.

Un tabernáculo divino, hecho de suaves agonías vesperales y de luna. En sus cornisas albamente ideales, una virgen, una virgen melódica y nívea, mística y pura, toca su arpa....

Sola como un enigma, resignada como un voto se consume en agónica adoración; y la lumbre sagrada de su alma que ilumina su cuerpo hace de ella una oración blanca y suave, como lámpara ideal de la otra vida.

Su perfil delicado, sus ojos, dos flores de purezas, están bañados de un bálsamo de gracia. Y en el ámbar de la tarde adora a Dios, inmóvil como una oración que gotea las gotas de melódica pureza de un arpa de nieve.

México, Abril de 1913.

Conrado Abundes.

Novia Morena.

Fué amable, fué dulce, fué cruel y fué rara....
Su voz era clara como linfa clara;
su risa era clara, sus ojos oscuros;
su cuerpo fragante cual frutos maduros.

Su boca era rica para el beso y para
los sollozos dulces y la nota cara....
¡Oh finos pezones, erectos y puros!
¡Oh los grandes ojos, negros y perjuros!

¡Oh mi novia arisca, mi novia morena
como son morenas mi vida y mi pena!
¡Oh el ensueño rosa de la novia mía!

Sonrisa de aurora; frescor de retoño....
Su amor era el vago deliquio de Otoño
cuando estaba plena de melancolía!

A 21 de Abril de 1913.

Rodrigo Torres Hernández.

Visión del Bohío.

Yo los vi llevar una vida miserable y una gran vida de amor.

Al ritmo fuerte y sagrado de la Naturaleza, los dos pares de pupilas se hallaron en la ruta florida y dolorosa. Ella, la dulce novia buena, que nació en un claro amanecer con la intuición harmoniosa del pecado, llegose a la cabaña con su cesto inagotable de caricias, nuevas como rosas. El, plena el alma de viril entusiasmo, trajo el heno para el nido fragante, diestra ya la mano diestra en arrojar al surco la simiente fértil y fecunda....

Como una grata, fiel y viva esperanza, bandadas de palomas blancas y violetas cruzaban los campos labrantíos, y en la paz de las frondas de esmeralda esbelta, bulliciosas y alegres de músicas de pájaros, elevábase solemne el humo de la cabaña.

Mas luego, su sino fué adverso. Duro. Pródigo de abrojos....

¡Entonces yo los vi llevar una vida miserable y una gran vida de amor, heróicos con heroísmo de almas unidas como rojos labios en un beso que fuera eterno!

En busca del pan de cada día, corrió el sudor por las frentes benditas de sol. Y el pan de cada día no asomaba en las espigas rubias: fué de frutos de ramas que en la selva se extendían como manos caritativas el sustento cotidiano.

Los linos albos huyeron de sus vestes, ahora sustituídas por primitivas pieles incultas. Y sólo de maderas flexibles, suaves y aromosas, calzáronse sandalias..

Pero en la calma maravillosa y triunfal del paisaje y de las almas, hubo fiesta lírica y dorados sueños a la llegada del primogénito.

En las noches primaverales referíanse al oído cuentos románticos, tiernas leyendas fabulosas, sutiles y espirituales proyectos de resignación....

Y a la vez que en el huerto florecían los rosales, ebrios de rojas rosas, rosadas rosas, rosas pálidas, ellos, como perenne ofrenda preclara a esperanzas idas, supieron poner el milagro de una sonrisa en los rostros nimbados de dolor y de belleza.

Juan Chargoy Gómez.

Nocturno.

La noche es el concierto de la melancolía;
Ella canta en secreto lo que no canta el día.
Por eso es que la luna con su lira de plata
Arrulla a los que sueñan con triste serenata.

Las estrellas son arpas y los astros son *cellos;*
Y en un ritmo sublime de dulces *ritornellos,*
La armonía nocturna se revela elocuente
Mientras Venus sonríe melancólicamente....

La sombra - vieja maga - directora de orquesta
Evoca en su misterio la ilusión de una musa
Y es la nota radiante de la nocturna fiesta.

El concierto termina y cual *"coda"* sarcástica
Grazna irónicamente la severa lechuza,
Mientras Febo se acerca con su pira fantástica!.....

Enero 1913.

F. Gustavo Villatoro.

AMADO NERVO.

En varias ocasiones he escrito sobre la singular personalidad de Amado Nervo, y siempre con la misma simpatía y con el mismo *intelletto d' amore* !Ha sido tan gentil compañero de sueños, en este nuestro París amado hace ya tanto tiempo! ¡Y es tan sutil poeta, tan comprensivo artista y tan dulce filósofo! Con decir que, a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su corazón de sensitivo no han sido contaminados por las promiscuidades de la Carrera....

Yo no leeré nunca sin cierta emoción el libro titulado *El éxodo y las flores del camino,* en el cual, entre versos deliciosos y prosas llenas del encanto de la

juventud y del prestigio de un buen arte, recuerda, en conceptos ya de humor, ya de melancolía, nuestras horas parisienses, nuestra amistad con curiosos ejemplares de la humanidad, y la persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza.

La evolución de Nervo, desde *Místicas y Perlas Negras* hasta sus últimas producciones de piadosa, o irónica—¡ muy suavemente !—filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, le ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. Una faz nueva se le ha reconocido: sus aficiones a los estudios astronómicos, disciplina que se aviene convenientemente con los vuelos líricos y las excursiones, en que el pegásico ímpetu es el conductor.

Su antigua *fé* había tomado en los últimos tiempos un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Dolor le ha hecho de nuevo recordar la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver reflorecer la primavera, con ojos, si conocedores de los lacerantes duelos, siempre brillantes al resurgir de las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas. El poeta está intacto. No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a almorzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática. El sabe bien que en los salones, y sobre todo delante de sus colegas—como no sean de la familia apolínea— no está bien confesar intimidades con las Piérides, ni proclamar afección al viejo y sagrado laurel, a menos de ser poeta como tal Excelentísimo Señor Ministro, que lo mismo confecciona un soneto circunstancial que pone asombro en los más intrépidos jugadores de bridge. ¿ Sabrá el bridge ya Amado Nervo?.....

Lo que sí sabe y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa.

A veces. se creería en un desmayo de energía o en un desvío de forma. No hay nada de eso. Los conocedores saben lo que hay que saber, para llegar a conmover lo hondo de nuestro sensorio con los procedimientos menos complicados, más simples y transparentes. Todo ello está, por cierto, lejos de la pirotecnia verbal, y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achacan al influjo de un "modernismo"—llamémoslo así—que no hizo bien sino a quienes se lo merecían.

Una particularidad que he advertido en Amado Nervo, desde sus obras de comienzo, es un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas, que se dirían acompañadas de música sacra.

....No olvidaré nunca la Semana Santa que pasara en París, allá por el tiempo de la Exposición, en constante compañía del pintor Henri de Groux, de otro pintor mexicano, de un joven gallardo aficionado al teatro, también mexicano, y de Amado Nervo. Una noche, este soñador se nos desapareció, y hartos de buscarle en los lugares que solíamos frecuentar, se me ocurrió indicar que probablemente le encontraríamos en una de las Iglesias en donde, por las sagradas celebraciones, se cantaba canto llano y se sonaban órganos sabios. Le buscamos, pues, en varias de ellas, y por fin le encontramos, lleno de fervor místico-artístico, en Notre-Dame, a donde había llegado después de recorrer Saint-Severin, la capilla de la Sorbonne, Val de Grâce, Saint-Sulpice, hasta que fué a recalar en la catedral que, según un hugólotra, es la H del nombre de Hugo.

Había que oír, en aquel tiempo, a Amado Nervo, a quien yo llamaba fraile, o monje del arte. Su unción, su saber de cosas religiosas, su aire mismo, daban idea de un admirable oblato, de un seguidor de Huysmans, a quien desde luego el mexicano ponía sobre su cabeza. ¡ Todo pasa, en verdad, y la juventud más pronto que todo ! De aquellos años quedaron para el poeta los versos, imperecederos, y un amor, perecedero, cual la triste carne que Dios nos dió como armadura, frágil armadura, ante lo inevitable, El poeta ha clamado trenos y elegías. *¡ Mas es suya el alba de oro !*

Rubén Darío.

De "Mundial."

Cobardía.

Pasó con su madre : ¡ Qué rara belleza !
¡ Qué rubios cabellos de trigo garzul !
¡ Qué ritmo en el paso ! ¡ qué innata realeza
De porte ! ¡ qué formas bajo el fino tul !
...Pasó con su madre, volvió la cabeza ;
¡ Me clavó muy hondo, su mirada azul !

Quedé como en éxtasis... Con febril premura,
"¡ ¡ Síguela ! !" gritaron cuerpo y alma al par...
Pero tuve miedo de amar con locura,
De abrir mis heridas, que suelen sangrar,
Y, a pesar de toda mi hambre de ternura,
¡ ¡ Cerrando los ojos, la dejé pasar ! !

Amado Nervo.

OBSERVACIONES RELATIVAS A LA INTELIGENCIA Y LENGUAJE RUDIMENTAL DEL LORO.

(CHRYSOTIS LEVAILLANTI).

No conociendo ningún estudio sobre tan interesante animal, escribo estas notas, deducidas de las observaciones que he podido hacer en un loro de mi propiedad.

No es de los mejor enseñados, por no haber persona que se dedique a perfeccionar sus modestos conocimientos.

Dice claramente lo que sigue;

Lorito, daca la patita.— Lorito, daca la pata.— Canta: no te compro peras porque están muy verdes, no te comprometas a lo que no puedes.—Lorito perro perro, perro, tú, tú. Canta y silba, imitando la corneta: Lorito toca la diana que te lo manda el capitán. ¡ Apunten ! ¡ fuego ! ¡ Pum !.— Por aquí, por allí, por el otro lado.— Lorito real, para España y no para Por.....tugal.— ¡ Qué rico loro, ay que rico loro !—¿ Por qué me pega ? !Ay, ay, ay ! Péguenle, péguenle a la lorita.— Natalia, Nata, ven acá. ¡ Malhora, malhora ! Imita al pato, a la coquita, ladra, maulla, llora, grita, se queja, ríe de diversas maneras, quedo y a carcajadas y dice: Lola, Petra.—Corazón santo, tú reinarás, tú nuestro encanto siempre serás. Arrulla al niño, a la rru, rru, rru. Carlos, Anita, Carolina, Carmen. Tocan: ¿ quién es ? Lorito: ¿ estás malito ? Me duele la garganta. Lorito reo. Imita las voces de gran número de animales, pues estaba en una pajarería, y algunas veces produce una mezcla extraña de sonidos polifónicos, como de diversas aves encorradas en una gran pajarera, de modo que se le puede tener por ventrílocuo, modificando sus voces que parecen alejarse o acercarse, especialmente el glu, glu de los patos, producido por gran número de animales, en tanto que el loro se sacude y mueve las alas como aquellas palmípedas; así es que en este caso se asocian varios actos de mímica e imitación graciosa. Tiene sonidos especiales para expresar alegría, enojo, fastidio, hambre, sueño, frío. Entiende cuando se le regaña porque está haciendo alguna cosa indebida, (destruyendo plantas), cuando se sale de su jaula, o deja de morder fuertemente y acaricia con su pico si se le amenaza. Sus movimientos reflejos de defensa son muy rápidos.

Conoce a todas las personas de la casa, que son seis, manifestando gran simpatía y cariño a su ama y a una criada, mientras que no quiere a otras personas. Cuando Natalia se va a su pueblo, enmudece y deja de cantar. De su ama consiente todo, hasta que lo estreche entre sus manos, y lo envuelva en lienzos y arrulle, cosa que a nadie más permite. Sabe abrir su jaula y le quita el candado cuando no está bien cerrado, se sale y manifiesta gran alegría, destruyendo o mordiendo cuanto encuentra, papeles, botones, vestidos, aretes, anillos, llaves.

Conoce cuándo la familia comienza a comer y hace esfuerzos para escaparse y obtener golosinas. En la noche pide alimentos cuando su ama está cenando, y para esto tira besos y si no le hacen caso, "ofrece su patita," pero a una persona desconocida no se la da, aprovechando, sin embargo, el pedazo de pan, aunque generalmente desecha los alimentos que no vienen de su ama. También pide que le defiendan del sol y de la lluvia.

Es inexacto, como quiere un psicólogo, que los animales se diferencien del hombre porque no esquematizan, pues este loro, se espanta con objetos que tienen una vaga semejanza con las aves de presa, por ejemplo, un globo para niños, un plumero grande y las pelotas de colores vivos.

En todo da pruebas de mucha inteligencia, su mirada es muy viva y fija; manifiesta atención, memoria, voluntad, deseo de aprender, aficiones artísticas, sobre todo por la música; le agrada oír reír y hablar, jugar, sonar objetos de cocina. Picoteaba a unas cacatúas y les robaba su alimento. Le habla al gato y le ofrece la pata, tal vez para que aquel le dé la suya y pueda picarle. Horas enteras estaban en contemplación los dos animales. Intenta morder su imagen en un espejo y no sería lógico esperar otra cosa, pues no tiene experiencia para distinguir una imagen de un objeto real.

Es seguro que entiende algo de lo que dice, pues apenas asoma la cabeza Natalia, comienza a decirle: "Natalia, ven acá." Si se sale de su jaula y anda en el corredor de la casa haciendo perjuicios, le dice su ama con enojo: ande, a su jaula, pronto; y humildemente comienza a andar para introducirse en su prisión, prueba evidente de que comprende la orden que se le ha dado. Es seguro que en estos animales hay un rudimento de conciencia, pues otro loro, perteneciente a mi abuela paterna, mató a una paloma y fué luego a esconderse debajo de un mueble, lo que no hacía nunca, y se negaba a salir de su escondite.

Otra prueba de que estas aves entienden muchas veces lo que se les dice, es que el Sr. R. A., amigo mío, poseía un loro que hacía grandes esfuerzos para expeler su excremento cuando se le ordenaba que así lo hiciera.

En estos momentos en que se discute la maravillosa inteligencia de los caballos sabios de Eberfeld, los cuales hacen cálculos y deletrean muchas palabras, no me parece importuna esta nota, sintiendo solamente que mis ocupaciones no me permitan emprender un estudio minucioso del loro, de su cerebro y laringe y de sus facultades psíquicas. En mi concepto, este animal no difiere mucho por su inteligencia de un niño que comienza a hablar y que apenas se da cuenta de sus actos y expresiones.

Sería de desear que las personas honorables, especialmente los Profesores, que conozcan anécdotas bien comprobadas relativas a la inteligencia del loro, las publicaran en este u otro periódico o me las comunicaran, para formar con ellas otra nota menos imperfecta que la presente.

México, Abril 18 *de* 1913.

A. L. Herrera.

Dirección: 5ª del Ciprés, 143. México. D. F.

José Enrique Rodó.

Es la vida humana la que alcanza el mayor triunfo del milagro: de aquí que el destino del hombre consista principalmente en embellecer y mejorar esa vida que revela la admirable unidad del ser y no es, como algunos han pretendido considerarla en medio del estado de lucha a que vivimos sujetos, una sucesión de pesares y contratiempos que entretejidos forman la tela del destino.

El concepto que en los tiempos actuales alcanza la vida es un concepto amplio, halagador y risueño, que si tiene llantos y tristezas son los más precisos

para ornamentar el contraste, así como existe en el crepúsculo de Otoño toda una canción de luces perdidas en la suave fuga del color y de la forma.

Y tócanos embellecer nuestra existencia dándole a la vida ese concepto ideal que debe darnos en el curso de ella la fuerza incontrastable para la lucha y la sentimentalidad profunda para la caricia en la hora suprema del amor y de la victoria.

Y cuando el hombre sepa llevar airosamente por el sendero inmenso de la existencia el anhelo supremo y firme de un ideal, que como flor que se descuaja para aromatizar el ambiente y perfumar el camino, vaya hasta el alma de las cosas hecho justicia y amor, sufriendo todo con el labio entreabierto y amándolo todo con el alma clara; entonces el hombre será el redimido por la vida, llevando en su alma el culto augusto que se llama Arte, y la aspiración sublime que se apellida Ideal.

Es JOSE ENRIQUE RODO quien representa genuinamente esa nueva orientación de la vida humana. Es él, el escritor vigoroso, entusiasta y genial, quien lleva el timón de esa nueva ruta por donde el hombre piensa llegar a no ser una cifra muda en la fórmula de evolución, sino que, luchador incansable, piensa en su marcha truncar todas las bajezas y vencer todas las ambiciones que, a manera del Calibán de la leyenda, obstruccionarán el camino por donde la juventud organiza sus caravanas, para ir al país encantado de lo noble, lo útil y lo santo: altiva, gallardamente, con las sublimes insinuaciones del soberbio Nietzsche y las cariñosas y sentidas consejas del humilde Jesús.

Ante un problema trascendental y de tanta importancia en nuestras sociedades, José Enrique Rodó se nos presenta en el momento preciso como un Moisés, que trae en la tersura de su arte y en la penetración de su filosofía el bendito maná de la efectividad de una intensa vida nacional. Es así como en su primer libro, de los conocidos entre nosotros, anima a la juventud para orientarse hacia el fin deseado, dando con tintes helénicos un matiz *sui ge-*

neris a nuestro amor patrio, que amenazado por el utilitarismo yankee, algún día puede poner en jaque a nuestra autonomía y a nuestra raza.

Luego, como un apóstol en cuyas pupilas se asoman todos los horizontes de una vida y todos los escollos de un camino, él nos dice en MOTIVOS DE PROTEO todo un evangelio de gloriosa evolución y de un perfeccionamiento que se adelanta en las edades. Es aquí donde el verbo toma todas las inflecciones unciosas de los cantos bíblicos y donde el entusiasmo crece y se sublima áún a pesar de los groseros egoísmos. Y toma él el gesto severo del viejo de su parábola para alentarnos en la brega "indiferente e imperioso como el genio de aquella pampa de granito"....

¿Mi labio podrá proferir algún elogio digno de tan excelso artista? ¡No! He querido considerar su obra, sino en su fondo artístico, sí en la parte en que esa obra apostólica está relacionada con el maestro, para quien es un verdadero pedestal y una enseñanza redentora y digna.

La educación popular ha sido y sigue siendo fatalmente confundida, en su triple función, yendo a iniciar sus esfuerzos por donde debían concluir sus labores. "Y así, dice Rodó, como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario; la represión vulgarizadora contra la que os prevengo, comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu." En efecto, jamás el pedagogo, ni el medio social, ni la Religión misma, han hecho de la educación una obra de amor llamando a lo delicado del espíritu, para presidir la cultura y el desenvolvimiento humanos, no ya con el extremado ascetismo de los de la orden Jansenista; pero tampoco con la libertad que proclamara Rousseau en su *Emilio*. En nuestra educación actual, y muy particularmente la de nuestro país, contaminada con algo de alemán, sueco y mucho del utilitarismo yankee, el hombre es preparado para la vida por la necesidad ingente del medio, sin que alcance a percibir el alto fin de la moral humana como garantía eficiente de su felicidad social e individual y el sentimiento estético como seguro medio para el cultivo de sus relaciones espirituales con todos los que le rodean.

Y así, ama el hombre la vida porque ve en ella un interés vulgar: el metal que compra y alquila honras, o el poder que subyuga y explota almas; mas no porque comprenda en ella a esa sinfonía arulladora y tierna en que se desenvuelve el amor, la justicia y toda la moral. "El hombre ama el deber, dice en *Ariel,* pero lo amará más y lo cumplirá mejor cuando sepa sentirlo a la vez que como una imposición, lo sienta estéticamente como una armonía."

Sí, indudablemente que hasta entonces podrá decirse que nuestra educación camina hacia ese punto que Rodó llama ideal y hacia donde nos instiga la admirable cultura griega. Ya entonces el hombre verdaderamente culto irá con mano de amor a despertar ese noble sentimiento moral y estético que duerme acurrucado en el alma anónima del pueblo, y la caridad, y las virtudes todas, confortadas por esa educación armónica, irán hacia el dolor y la miseria, no con el mandato ciego del auxilio, sino que irán llevadas por la dulce voz del consuelo, con la unción de la caricia y el sabor de la plegaria. La obra de Jesús fué admirablemente bella, no por la santidad que ella inspiraba, sino por su ardiente amor y por su consuelo inmaculado.

No es el hombre unidad aislada en el orden natural; por el contrario, unidad que se rige a sí sola y conforme con las leyes de su albedrío, pertenece necesariamente a ese todo que se llama humanidad y que gravita en el orden social como causa única de la civilización universal; y así, para que el hombre cumpla con esa otra no menos importante función, precisa que aprenda y se habitúe a relacionar su vida con la vida de los demás, para restablecer esa armonía, esa homogeneidad que la Historia ha reclamado en todos los tiempos a las sociedades que aspiran a entonar el prefacio solemne en las misas de la civilización humana.

Francia, Alemania, y en nuestros días la floreciente Argentina, nos enseñan que no es la forma de gobierno, que no es el clima bondadoso y el suelo bien conformado lo que labra la prosperidad nacional y lo que lleva a los pueblos a vivir respetados, queridos y admirados; no, la obra magna de una sociedad estriba en la coherencia de sus asociados, en ese sentimiento de unidad

que tiene el inmenso poder de contrarrestar las maquinaciones infames de los que viven agazapados en la sombra, vigilando la primera candidez de los inocentes o el primer zarpazo de los ambiciosos; vivir en unidad consciente y conservando siempre un noble ascendiente espiritual para gozar de una alta e intensa cultura.

Es así como Rodó excita a la juventud, para que siguiendo la corriente civilizadora del siglo, vaya a formar parte del alma nacional, contrarrestando todo aquello bastardo y ruín que mina la vida vigorosa de los pueblos, y que si el hombre llega en el orden social a gobernarse por el hombre mismo, es decir, si su gobierno ha de ser democrático, que no sea al modo como lo dice el autor de Andrés Cornelis: "Quien dice democracia, dice desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y disminución de cultura." No; que jamás se disminuya el único timbre de gloria que pueden ostentar los pueblos y las sociedades, porque eso sería volcar en el fondo del caos toda la grandeza humana y destruir de un golpe la suprema mentalidad del hombre. Arduo es el problema social, dice Rodó en su discurso *Ariel;* mas para afrontarlo, sigue diciendo, es necesario empezar por reconocer que cuando la democracia no enaltece su espíritu por la influencia de una fuerte preocupación ideal que comparta su imperio con la preocupación de los intereses materiales, ella conduce fatalmente a la privanza de la mediocridad y carece más que ningún otro régimen, de eficaces barreras con las cuales asegurar, dentro de un ambiente adecuado, la inviolabilidad de la alta cultura." Aquí, en lo que yo llamaría la segunda parte de la obra que presento, es donde pone con toda maestría, la utilidad de que la juventud aprenda a conocer, amar y respetar el deber para garantía de su felicidad individual y su comodidad social, que traerán por consecuencia ineludible la positiva grandeza y el rico florecimiento de una nación que crece y prospera al maravilloso influjo de su juventud culta, viril y entusiasta por lo bello, lo heroico y lo digno. Es aquí donde Rodó nos presenta magistralmente toda la fuerza de su filosofía social, y donde pone de manifiesto su acendrado amor patrio y su creciente aspiración por

la prosperidad de la América latina. Y dice, loando la influencia que ante la juventud debe tener *Ariel*, símbolo del bien y del Ideal: "Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua (la de Ariel), para ser el ara inmutable de su veneración." Así termina el Próspero de Rodó su plática de aquel día, cuando la última hora de la tarde sonaba en el reloj como la dulce evocación del porvenir de América.

Felipe de J. Espinosa.

"La Enseñanza de la Literatura."

Con este título acaba de publicar la Universidad Popular Mexicana, fundada por el Ateneo, un folleto de 24 páginas del que es autor el prestigiado literato Pedro Henríquez Ureña.

Este importante folleto comprende un *ensayo* sobre la enseñanza de la literatura (que ya conocen nuestros lectores por haberse publicado en el número anterior) y unas tablas cronológicas para la enseñanza de la misma, que son una novedad entre nosotros, pues hasta ahora se realiza en castellano un trabajo cuya utilidad huelga ponderar.

Esta revista felicita al Sr. Henríquez Ureña y agradece debidamente el envío de su interesantísimo folleto.

Nosotros

Revista de Arte y Educación

DIRECTOR:

F. González—Guerrero.

REDACTORES:

Rodrigo Torres Hernández.

Gregorio López y Fuentes.

Felipe de J. Espinosa.

Conrado Abundes.

Juan Chargoy Gómez.

Froylán González.

F. Gustavo Villatoro.

Adolfo F. Cienfuegos.

Juan B. Salazar.

ESCUELA NORMAL PRIMARIA PARA MAESTROS

MEXICO, D. F.

Nosotros

SUMARIO

Gregorio López y Fuentes . .	*La «Siringa de cristal.»*
Froylán González.	*Albas claras.*
Conrado Abundes	*En el templo.*
Rafael Heliodoro Valle. . . .	*El dúo de las almas.*
Pedro Henríquez Ureña . . .	*Las audacias de don Hermógenes.*
Martín Luis Guzmán	*Viajes de Puck.—Crítica reservada.*

NUM. 5. SEPTIEMBRE, 1913.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

NUESTROS COMPAÑEROS

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES.

Después de un breve ambular por los senderos románticos, donde supo sorprender frescos capullos sentimentales, Gregorio López y Fuentes acaba de revelarse como delicado artista dueño de una técnica rara y exigente, concorde con su espíritu lleno de secretas irisaciones. López y Fuentes debe estar satisfecho porque todo lo debe a su propio esfuerzo, paciente y silencioso. Hace ya algún tiempo que viene trabajando con pertinacia hasta conseguir sus primeros éxitos, que son anunciaciones de los futuros e inevitables triunfos.

DEL PROXIMO LIBRO

LA "SIRINGA DE CRISTAL."

La lluvia ha desatado sus collares...

Para María de los Angeles.

La lluvia ha desatado sus collares perlinos
Que al caer rizan risas de aletear transparente
Y se astillan a modo de cristales; los pinos
Muestran sus esqueletos a la lluvia clemente.

Por las ventanas se asoman los vecinos
Rosales, sobre el fondo que les presta el poniente,
Un poniente pringado de charcos purpurinos
Que van palideciendo melancólicamente.

Por sobre la frescura del jardincillo yerra,
A manera de incienso, un suave olor de tierra
Húmeda que promete el brote de secretas

Floraciones; y un pájaro enguirnalda su cántica
Sencilla, mientras tú dispersas las violetas
De tus ojeras tristes en la tarde romántica.

Volaste hacia la ausencia...

Volaste hacia la ausencia, te fuiste columbinamente rumbo a esa tierra que se une con el cielo
Vista desde mis ojos, hoy que la mortecina
Tarde arrastra su anemia prendida de su velo.

En la suave clemencia de la paz campesina
Lentamente a lo lejos se agitó tu pañuelo,
Mientras unas zancudas, hacia la cristalina
Laguna, con cansancio dirigían el vuelo.

Poco después, en el horizonte lejano,
Que era un florecimiento de todas las auroras,
Se fundió tu silueta, tu pañuelo, tu mano;

Y el viejo campanario, para llamar a misa,
Soltó al aire bandadas de calandrias sonoras,
Como una prolongada cantarina sonrisa.

Fué una noche.....

Fué una noche pringada de cocuyos: fingía
La plena florescencia de un ameno rosal
Azul; aquella noche toda mía tenía
La clara vibración de un claro manantial.

El jardín somnoliento, con su melancolía,
Bostezaba perfumes tersos que ungían al
balcón; y en el estanque durmió la pedrería
Del cielo, remedando huerto primaveral.

Dormía todo bajo una dulce clemencia:
Ni una voz que astillara el silencio, la luna
Importuna se hallaba de viaje por la ausencia.

Y en esa noche en flor, propicia y oportuna,
Cómo aletearon risas en tu boca perlina
Y fina y parlanchina como una golondrina!

Florecimiento.

Saliste de las ondas: ceremoniosamente
Se inclinaron los árboles a prestarte su asedio,
Y a las ramas les dijo tu nuca pubescente
Un sinuoso secreto. El solitario predio

Estaba decorado por la tarde muriente
Y el cielo parecía un bostezo de tedio,
Mientras en el zenit la luna indiferente-
mente, era como una hostia partida por en medio.

Pasaba el blanco vuelo de tus pies columbinos
A la orilla; y el viento, cual si fuese a una vela,
Infló tu manto crema de caireles perlinos.....

Fuiste una mariposa que asomó de la oruga.
Sobre el cristal entonces hubo una blanca estela
Como un florecimiento de magnolias en fuga.

Libélulas.

Entré calladamente a tu estancia, el recinto
Tibio me habló de tí y de las horas pías,
De los idilios frente al crepúsculo tinto,
De tus claras sonrisas y de mis alegrías.

Soñabas en el piano, estabas sobre el plinto
De tus idealidades: una sombra fingías
Saturada de tedio, que llorara su absinto,
Un manojo de sueños y de melancolías.

Violas envejecidas en búcaros vecinos
Escucharon también las endechas amargas,
Porque sobre el teclado tus dedos capullinos

Forjaban, ledamente, camándulas muy largas
De acentos desmayados y de notas tranquilas,
Cual vuelo interminable de libélulas lilas.

Deshojación.

Hay muchas gemas raras en la clara vitrina
Del cielo, que ha vestido con sus más ricas galas,
Y nieva luna como si garza peregrina
Volara deshojando las plumas de sus alas.

Te yergues a manera de una afilada espina
Y me miras los ojos; con tus manos, a las
Que la luna, cual mota, si apenas enharina,
Una flor que aborreces al aire despetalas.

Ves como huyen los pétalos y te pones muy triste
Y sollozas y gimes porque no conseguiste
Arrancar su secreto; entonces lentamente

Junto a tus hombros húmedos de luna y de cenizas
"De tu huerto es"-te digo- y reclino la frente
Y amenos despetalas tus labios en sonrisas.

Bajo de tus rosales.

Había una piedad de oscuro terciopelo
En tu jardín; la fuente gemía su canción,
Y entre las sombras era, cual triste violoncello
de cristal, a quien le doliera el corazón.

Cuidaban los rosales que no nos viese el cielo;
Era aquel un paisaje dibujado al *crayón,*
Y tan solo una estrella nos dijo adiós de lo
Más alto de la tapia como impúber pezón.

Flotaron en el aire bandadas de perfumes,
Bostezaron las rosas que resultaban cremas,
Hubo aletear muy leve de polluelos implumes

Y bajó entre las hojas una lluvia de gemas....
Como un reptil la noche penetró en tus pupilas
Y fueron tus ojeras dos crepúsculos lilas.

Credo.

Ante el iconostasio de la vida me inclino,
Donde pongo una gota de almíbar y de vino
Junto a una viola joven, que no violó el beduino
Y que corté en las claras orillas del camino.

También en el sendero recogí una simiente,
Y me dió sus canciones un salvaje torrente,
Y en una tarde anémica, de frente hacia el poniente,
El poniente, de lila, me iluminó la frente.

Son mis almas hermanas las que son un rosal
Y saben rimar un himno primaveral,
Y reverencio el mármol que a la turgencia aduna

Un efluvio de mirra y un blancor de azucenas....
Dejo abierta la ojiva para que entre la luna
Y el oído abierto al canto de las sirenas.

Gregorio López y Fuentes.

Albas claras.

**Para una rara flor de tristeza
que se murió en Mayo.**

Albas claras, albas cristalinas llenas de gracia como la Virgen María.

Las hostias y los lirios son menos transparentes que las albas pascuales del Señor.

Alborada azul y blanca, vaga y lejana. Claridad serena de las claras pupilas infantinas.

Con cuáles aguas, con qué luz de luna se bañaron tus cielos, alborada; alborada de plata y de bruma, qué fragancia de mujer has derramado en mi alma? tu beso unge más que el beso de la amada y tus caricias descienden sobre mi corazón con el temblor inefable de una mano de seda.

Alba, gracia plena de la mujer más pura entre todas; azucena de luz; estremecimiento diáfano de todas las blancuras: lino pastoral de las consagraciones, manos blancas deMaría, dalmáticas florecidas con el oro de las custodias; lirios....! lirios de nieve sobre los altares! aroma azul de los incensarios que se eleva, que se esfuma....armonías de los órganos, desmayadas y lejanas.....lejanas.....

¡Oh el alba de las catedrales! Locura cristalina de las campanas! gama de risas infantiles, que tienen la fragancia húmeda de los campos florecidos!

Alborada azul y blanca, tienes sonrisa de mujer y tus cabellos son dulces al tacto como un chorro de aguas tibias y benditas.

MEX. VI. XVII. MCMXIII.

Froylán González.

En el templo.

Estoy en el templo. Hay azucenas y lirios a mis ojos; hay azucenas y lirios en mi alma. Una muchachita de quince años, vestida de blanco y de rocío, como una flor mojada, va a rezar a los pies de María. En la penumbra se hace transparente, y un dulcísimo deleite se diluye en sus ojos y en sus labios, y me dan ganas de llevarla a mi corazón y beber el rocío de su plegaria en su boca preciosa.

Conrado Abundes.

El dúo de las almas.

(Un viejo callejón de Tegucigalpa o de Lima. La noche es blanca. Dos enamorados, como siempre. Ella es como el jardín; y él como una brisa. Como la brisa de amor que hace más dulce a la lámpara detrás de la vidriera.....)

EL.

¿Bordáis? En vuestro bastidor, como antes,
cesenreda la luna sus linones,
junto a vuestra dorada celosía.
La noche está llorada de brillantes,
y en el cristal de nuestros corazones
parece, al reflejarse, que es de día....

ELLA.

¡Salve! Romantizáis! No hay quien iguale
vuestra galantería cortesana.....

EL.

Yo no sé si la luna es la que sale,
o si vos sois la luna en la ventana....

ELLA.

Estáis poeta demasiado. Es grata
la noche para amar; y da delirios
que se inunde de pétalos de plata
como si fuera un gran jardín. Acaso
toda vuestra poesía se hace lirios,
y un rosal vuestra pura serenata.....

EL.

Grácil Señora: Cuando os he nombrado,
salió la luna a vuestra celosía.
Decís que soy poeta: ¡es demasiado!
Vos sí, porque vos sois la poesía.....
Aunque hasta vuestro nido de caoba
y seda noble—camarín o alcoba—
en enjambres locuaces y dispersos,
con sus líricas músicas de quejas,
llegan las golondrinas de mis versos
a bañarse de luna en vuestras rejas.....

La noche! Ella sí es verso cristalino,
hecho de bruma, de jardín y viento.
¿Os embriagáis? La luna es como un vino!
Lazo nupcial entre las manos diestras
que nos tendemos siempre en el camino,
y violetas de mar en las preclaras
aguas de vuestros párpados, de vuestras
pupilas hondas, húmedas y claras.....

ELLA.

¡Oh vuestro errante corazón que rueda
hecho canción azul como en un cuento!
Vuestra escala romántica es de seda;
o como el viento, a veces, como el viento
que está lleno de sol en la alameda.....

EL.

Habláis, y como un encantamiento
vuestras frases son néctares que escancia
la mano de mujer de la fragancia
en la copa mirífica del viento.
Manos: ¿bordáis detrás de la vidriera?
Boca dulce: me traes del pasado
una extinguida voz, como cuando era
junto a vuestro balcón de primavera
el sol, confidencial, dulce y dorado....

ELLA.

Ah! Mi hermano sois; ya no lo ignoro!
Vos fuisteis ese sol excelso y almo;
y para qué deciros que os adoro;
que sois pristino y leve como un salmo
al brotar de la cítara de oro....

EL.

A vuestra boca pálida me inclino
como a una palangana de violetas
adornando un balcón ebrio de trino
y antiguo de cristales y canciones.
¡Sabéis que los románticos poetas
ven pasar desde el sol de los balcones
la tarde coronada de violetas!

ELLA.

Si nuestras vidas son como los cuentos
un solo cuento haremos en el viaje.
Versos? Decís que soy la Poesía!
Como a un santo en la clara pedrería
que engarzaré en los nobles firmamentos,
mis dos manos—cual brisas—a los vientos
sólo para envolveros tendería....

EL.

Tendería las blondas y los tules
que, con impavidez de Serafitas,
llevan en las mañanas más azules
de su luna de miel, las margaritas;
o los linos más blancos y divinos
que desde un árbol de azahares llueve,
en la nevada fresca de los linos,
de las platas, las rosas y la nieve
que en el piso de mármol de los mares
donde hay estatuas tristes y polares,
imágenes de Loths de sol semejan,
cuando las tardes su rosal enfloran
sobre las lejanías que se alejan,
más allá de los cielos que se adoran.....

ELLA.

Os adoro!

EL.

Aún después de los gusanos...
(Y en el viejo balcón de primavera,
al disminuir la luz de la vidriera,
se juntaron las bocas y las manos....)

Rafael Heliodoro Valle.

Invierno 1912.

Las audacias de don Hermógenes.

La casa inglesa de Nelson, cuya actividad es bien conocida, acaba de lanzar al público un nuevo florilegio bajo el pomposo título de *Antología de los mejores poetas castellanos.* Dados los antecedentes de la casa editorial, era de esperarse que la formación de esta antología se hubiera encomendado a un escritor de experiencia; pero no ha sucedido así, y el resultado no pudo ser más lamentable. El Sr. D. Rafael Mesa y López, a quien se encargó el trabajo, es totalmente desconocido en los fastos de la erudición española; y esta (al parecer) primera obra suya ciertamente no le dará crédito.

Al abrir el libro topamos con una buena reproducción del retrato de Garcilaso que pintó Ticiano (si bien esta circunstancia interesantísima la omitió el Sr. Mesa), y desde luego nos desconcierta el título que se da al suave Salicio: "el primero de los poetas castellanos". Si con esto se quiere declarar la primacía de Garcilaso en el Olimpo lírico de España, muchos no lo otorgaremos; nos atenemos al voto de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y seguimos aceptando a Fray Luis de León como el más grande poeta entre los españoles.

Pero en seguida nos encontramos con que el Sr. Mesa, en las pocas páginas de su *Introducción*, arremete precisamente contra el insustituible Don Marcelino (que aun vivía al escribirse esas páginas, según se explica en una *postdata* del libro), primero, porque siguió la *costumbre* de suprimir, en las antologías de carácter popular, a los poetas anteriores al siglo XV, y luego porque también siguió el uso de *modernizar* el texto de las poesías antiguas.

No sé de cuales antologías populares habla el Sr. Mesa. En los últimos años se han hecho muy pocas de literatura española, y sólo una de importancia: la colección de las *cien mejores poesías* formada por el propio Menéndez y Pelayo. En esta, verdad es, no hay poetas anteriores al siglo XV, pues aun los romances que contiene nos han llegado en redacciones posteriores al siglo XIV, aunque cabe suponer, respecto de algunos, que es anterior la fecha de su composición primitiva.

A mi ver, hay excelentes razones para proceder como lo hizo Menéndez y Pelayo: en una colección del género un tanto equívoco de *cien mejores poesías,* no deben mezclarse producciones de muchas épocas, porque la impresión de conjunto se turba o se debilita con la necesidad de establecer comparaciones entre obras totalmente disímiles en carácter, forma y lengua. Además, en una colección estrictamente *lírica,* es decir, de *cantos,* de poemas breves y completos, no se comprende qué papel harían los poetas españoles anteriores al siglo XV, que no son, en rigor, poetas *líricos.* Antes del siglo XV, la poesía española estaba formada, en su mayor parte, por *poemas largos,* de carácter principalmente narrativo: ya épicos como los del *Cid,* ya religiosos como los de Berceo, y hasta en forma de *comedia humana,* como el del Arcipreste de Hita. Poner al incomparable Juan Ruiz, el mayor poeta español de la Edad Media, en competencia *lírica,* frente a artistas que dominan un género esencialmente distinto del peculiar suyo, sería hacerle disfavor imperdonable. La poesía lírica no florece en Castilla hasta el siglo XV, y a la segunda genera-

ción de verdaderos artistas líricos pertenece el Marqués de Santillana, primer fruto *perfecto, dulce y maduro* de este cultivo entonces nuevo.

Las demás crestomatías poéticas que conozco, de reciente hechura, contienen o nó muestras de la producción anterior al siglo XV, según la voluntad de los colectores. Pero inútil sería detenerse a juzgar estas colecciones ni los procedimientos con que se hicieron, puesto que ninguna es obra de verdadero hombre de letras, ninguna puede recomendarse siquiera a escolares. La única antología española digna de consideración que todavía circula, porque de ella se hicieron en París varias y copiosas reimpresiones, es el *Tesoro del Parnaso,* de Quintana (que ciertamente no incluye poetas anteriores a Juan de Mena, aunque sí un examen, con bastantes citas, de los principales); pero sería absurdo censurar en este libro, publicado en 1807, defectos muy de su época en España: defectos que no le han impedido sobrevivir, por la excepcional circunstancia de que, graves como son, son todavía menores que los de cuanto ha venido después, excepción hecha de las colecciones de Menéndez y Pelayo: la pequeña de *cien poesías* y la magna que dejó inconclusa.

Pero cuando el Señor Mesa ahueca más la voz y se lanza más audaz contra el gigante (verdadero gigante que no había de salir vencido en esta batalla) es cuando habla de la *modernización* de los textos. Después de declarar que la cree necesaria y la practica, pero con limitaciones que no determina; después de una digresión breve, pero toda errores, sobre la ortografía y la pronunciación antiguas, dedica dos páginas iracundas a un solo pormenor: "las aberraciones en que cae, con toda su prodigiosa erudición, Don Marcelino Menéndez y Pelayo, al seguir la torpe costumbre de sustituir las *f* por las *h*," como se ve en las reimpresiones de las *Coplas* de Jorge Manrique: *hizo, hizieron, hechos, hazañas,* donde, según el Sr. Mesa, debiera decirse *fizo, fizieron, fechos, fazañas.*

¡La acusación es formidable, y asombraría que tan gran maestro fuese sorprendido en delito por principiante tan rudo! Pero no partamos de ligero: los sabios deben siempre tener razón contra los ignorantes. Y como, a pesar de lo que cree el Sr. Mesa, algo, y aún mucho, se sabe respecto de la pronunciación y ortografía castellanas en los siglos XV y XVI, porque para eso nos quedan Palencia y Nebrija y Valdés, y para eso han escrito en nuestros días Cuervo y Menéndez Pidal, acudamos a la *Gramática histórica* de este último manual, utilísimo y fácilmente asequible.

El insigne *medioevalista* nos dice: "La lengua de los siglos XV y XVI poseía una *h* aspirada en *hazer, humo, holgar,* etc., que hoy es completamente muda en la lengua literaria." - "En la ortografía de Nebrija (1492), la *h* representaba un verdadero sonido y se empleaba sólo en vez de una *f* latina, v. gr., *hacer* facere, *hijo* filium." - "La *F* se conservó en la lengua escrita hasta fines del siglo XV, y luego fué sustituída por la *H,* que era verdadera aspirada en los siglos XV y XVI. Garcilaso y Fray Luis de León aspiran comúnmente la *H* en sus versos; pero Ercilla, en 1578, lo mismo mide

"donde más resistencia se | hazía"

que

"en consejo de guerra haciendo instancia"

y después Quevedo y Calderón apenas tienen en cuenta la *h.*" Puede agregarse que ya Boscán, antes de 1542, procede como Ercilla.

De aquí se desprende que Jorge Manrique vivió precisamente en la época en que la *f* de fablar, fazer, fermoso, era sustituída por la *h*. Aun podría creerse que, por ser de transición su época, alcanzara Jorge Manrique la ortografía de *f* en vez de la de *h*. Pero las presunciones a favor del Sr. Mesa se desvanecen tan luego como se acude a los documentos reveladores de la evolución ortográfica en España.

Al examinar la magna *Antología de poetas líricos castellanos* formada por el propio Menéndez y Pelayo (en la cual se ha seguido la ortografía de los tiempos, en la forma que declara el maestro: utilizando "las primeras y más autorizadas ediciones, y también los mejores manuscritos"),vemos que hasta Gómez Manrique, es decir, hasta el reinado de Enrique IV (terminó en 1474), domina la f; y si por excepción aparece la *h*, en el texto de Juan Mena, débese a que para éste se usó la lección del Brocense (siglo XVI). El uso de la hache se hace regular precisamente desde Jorge Manrique, que viene a seguidas de su tío.

Gómez Manrique sobrevivió al hijo de su hermano Don Rodrigo; aquél vivió unos ochenta años (¿1412?-1490) y éste unos cuarenta (¿1440?-1478); pero las poesías del tío (que no parece haber escrito gran cosa en su vejez) son generalmente anteriores a las del sobrino. Se conservan en dos manuscritos hechos en vida del autor, - los cuales siguió fielmente D. Antonio Paz y Melia en su edición del *Cancionero de Gómez Manrique*. En ellos predomina la ortografía de *efes*, pero no triunfa del todo: en la *Consolatoria* de Gómez a su mujer, última poesía suya, escrita hacia 1481, según verosímiles cálculos de Paz y Melia) se imponen las *haches*:

Me hizo llaga tan cruda...
Más que lengua hablará...
O hurtare las mançanas
Dílo, tú, hija de Ceres,
muy hermosa Proserpina.....

¿A qué habrá de atribuirse este predominio de las *haches*, sino a la posterioridad de fecha de la *Consolatoria* respecto de las otras composiciones de los manuscritos?

Los dos Manriques, pues, viveron en la época en que la *h* desterraba a la *f*: ortografía sancionada oficialmente en 1492 por la autoridad de Nebrija y que a veces se llevó a extremos tales (en el mismo siglo XV) como escribir con *h* palabras que más tarde recobrarían la *f*: *huego* por fuego, *he* por fe.

Si en la *Consolatoria*, escrita por Gómez hacia 1481, se impuso ya la *h*, no hay razón para suponer que su sobrino usara diversa ortografía cuatro años antes, en 1477, cuando hubo de escribir sus *Coplas* elegíacas, ya que el maestre Don Rodrigo murió en Noviembre de 1476 y él le sobrevivió apenas hasta 1478.

No tengo a mano la más perfecta edición moderna de las *Coplas*, la de Foulché-Delbose en la Bibliotheca Hispanica; pero sí la gran *Antología* de Menéndez y Pelayo, en donde se nos ofrece la famosa composición con todo esmero, y anotación de todas las variantes de importancia: el texto procede de

tres cancioneros del siglo XV, el de Frey Íñigo de Mendoza, el zaragozano de 1492 y el de Llavia. "Estos tres primitivos textos son los más puros y autorizados de ellas," dice el maestro.

La ortografía, queda dicho, es la de *haches,* con una sola excepción:

Tornar la cara fermosa.....

Esta vacilación nada tiene de extraña: es común en los textos de la época, como puede verse en los versos del mismo Fray Iñigo de Mendoza, reproducidos por Foulché-Delbosc (erudito exigente hasta la ferocidad) en el *Cancionero castellano del siglo XV*:

a tu fijo natural.....
No fagan obras perfectas...
Hijo del muy alto rey...
Hizo sofrir tal passión

Acúdase, todavía, a otros textos del siglo XV, reproducidos en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles: los versos de Alvarez Gato, por ejemplo, o los de Juan de Padilla, en el *Cancionero* de Foulché-Delbosc, o la *Cárcel de amor* (1492), en los *Orígenes de la novela;* y se comprobará que el Sr. Mesa no tuvo derecho para imaginar que Jorge Manrique escribía con *efes* y no con *haches.* ¿Y por qué suponer que Menéndez y Pelayo moderniza en las *Cien mejores poesías* el texto de las *Coplas,* cuando deja subsistir la ç, la x y otros elementos arcaicos (y aún la excepcional *cara fermosa*) y cuando además, en el texto de la *Serranilla* de Santillana conservó la f en *Finojosa, fermosa, faciendo, fablando?*

En el fondo de la acusación no hay más que ignorancia: el Sr. Mesa sabe de oídas que antaño se decía *fecho, facer, fazañas,* y no atinó con la época en que cambió el uso.

Ni hay que escudriñar mucho para convencerse de que el Sr. Mesa es lego en cuestiones lingüísticas: basta detenerse un poco en su *introducción.* ¿"Qué se sabe hoy—dice—de cómo pronunciaban las gentes de aquellos tiempos?" Tanto se sabe, que sería larga tarea demostrarlo por menudo. Me limitaré a indicar las *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas,* de Don Rufino Cuervo, publicadas en la *Revue Hispanique,* y la ya mencionada *Gramática histórica* de Menéndez Pidal. "Su manera de pronunciar la *x,* dice más adelante el Sr. Mesa, se parecía más a nuestra *j* actual que a otra letra alguna....."No, mil veces. Está fuera de discusión que la *equis* antigua tenía un sonido equivalente al de la *ch* francesa y la *sh* inglesa, y quizás todavía cuando Cervantes escribió el *Quixote,* la pronunciación de este nombre se asemejaba más a la que le dan los franceses que a la que le damos hoy los que hablamos castellano. Hasta los niños saben en México que, al llegar los conquistadores, transcribieron el sonido *sh* de los aztecas por la *x* castellana: *Meshitl, México.*

¿Cómo había de resultar una antología bajo tan inexpertas manos? Dicho se está que el producto no vale la pena del análisis. La colección se pretende *Antología de los mejores poetas castellanos,* y no sólo faltan (por ejemplo) la *Epístola moral a Fabio,* y Fernando de Herrera, y Arguijo, y Ercilla, y Don Leandro de Moratín, y Quintana y Zorrilla, y todos los poetas de Amé-

rica, sino que sobra Larra, el cual no sólo no es uno de los *mejores,* pero ni siquiera uno de los *poetas castellanos* propiamente tales, puesto que sus títulos verdaderos son de prosador. ¿Y qué decir de la incomprensible selección de romances?

Pero donde mejor demuestra su incompetencia el Sr. Mesa es en sus gravísimos errores de atribución. Hay en el tomo tres de tal magnitud, que dejan al autor fuera de la ley literaria: la del soneto "No me mueve, mi Dios...." a Santa Teresa; la de las *Querellas* aderezadas por algún hábil arcaísta de los siglos áureos, al rey Alfonso el Sabio; y la del *Libro de Alexandre* de Berceo: ésta cuenta con partidarios, pero a nadie está permitido declararla de plano. Y todavía quedan otras de carácter menos grave, como la del soneto del *color de Doña Elvira* a Lupercio Leonardo, cuando aun no se sabe si es suyo o de su hermano Bartolomé.

¡Y los textos! ¿Cómo calificar los descuidos de este censor de Menéndez y Pelayo? En el trozo que toma del *Poema del Cid* hay, además de la *modernización* consabida, hecha sin regla alguna, alteraciones sustanciales: variación del orden de las palabras (*metió mano* por *mano metió*), sustitución de un tiempo de verbo por otro (*firiéronse* por *firiensse*), modificación de los nombres propios.....

Los errores de noticias son también fabulosos, increíbles. Así se nos dice que Jorge Manrique floreció nada menos que junto con Santillana y ambos en la corte de Don Juan II (bien que así se explica por qué el Sr. Mesa atribuye al autor de las *Coplas* la ortografía de medio siglo antes, la del Marqués); que Don Enrique de Aragón, el mal llamado Marqués de Villena, fué *Duque;* que Juan de Mena escribió, entre otras obras, el *Laberinto* y ADEMAS las *Trescientas;* que Cetina murió de unos veinte años, y casi todas su obras están inéditas (como si hubiesen trabajado en balde D. Adolfo de Castro y D. Joaquín Hazañas y La Rúa); que probablemente son apócrifos dos conocidísimos e indiscutibles versos de Lope en su *Arte nuevo de hacer comedias;* que Góngora es padre del *simbolismo,* y que, para leerle, Verlaine estudió el castellano con ahinco (*C' est de la blague!*).

¿A qué seguir? Hasta el estilo y la gramática del Sr. Mesa son peregrinos: el uso del *cuyo* es precioso. Para desgracia de nuestra cultura, este libro, digno de las iras de todos los hombres animados de buena voluntad hacia las letras españolas, irá por el mundo, amparándose bajo el nombre de su casa editorial, a propagar errores y hasta calumnias. Y ya que no está en nuestras manos evitar el feo delito, hagamos al menos constar nuestra protesta.

Pedro Henríquez Ureña.

México, 1913.

NOTA:

Después de escrito el anterior artículo, pude adquirir la edición crítica de las *Coplas* de Manrique hecha por Foulché-Delbosc. El Sr. Menéndez y Pelayo había usado tres textos, que ya mencioné; M. Foulché-Delbosc usó seis, que clasifica así;

A, Cancinero de Fray Íñigo de Mendoza, cuya publicación fija hacia 1482, en vez de 1480;

B, segunda edición del mismo Cancionero, hacia 1483;

C, manuscrito del Escorial (siglo XV);

D, Cancionero de Ramón de Llavia, hacia 1490;

E, Cancionero manuscrito de Castañeda (siglo XV);

F, Glosa de las *Coplas,* por Alonso de Cervantes, 1501.

Menéndez y Pelayo, en vista del texto B, del D, y del Cancionero zaragozano de 1492 (que no usó el erudito francés), adoptó la ortografía de *haches,* que es la de B (donde sólo se halla una *f* en *cara fermosa*). la de *D* (donde la *f* aparece en proporción de una por cuatro haches), y probablemente la de su tercer texto.

Foulché-Delbosc adoptó en su edición, por lo común, la ortografía del texto A: con lo cual generalmente escribe *fazer, fermosura, fijo,* pero a veces tiene que escribir *hazañas, hable, halago.* Es discutible su procedimiento: si bien el texto A tiene a su favor la probabilidad de ser el más antiguo, y tanto en éste como en el E predomina la *f* (aunque no faltan *haches*), en los otros cuatro, B, C, D y F, sobre todo en los dos primeros, es casi exclusivo el uso de la *h,* y en conjunto, sumando los seis textos, resulta indiscutible el predominio numérico de las *haches.* Considero, pues, superior el procedimiento de Menéndez y Pelayo al de Foulché-Delbosc; y de todos modos, aunque se prefiera el segundo, habrá que reconocer el derecho pleno a adoptar el primero. Las censuras del Sr. Mesa y López son, pues, producto de simple ignorancia.

P. H. U.

Viajes de Puck.

LA VIDA ATELICA.

Nada como renunciar al fruto de las cosas para interesarse más en ellas; quien hace de su vida un atelismo perfecto, abre por ahí ancha puerta a todo el caudal de las formas vivas e inertes, y ellas vienen a él y le mantienen sumergido en un baño de constante renovación. Como no pide finalidad, no gasta preferencias; que si alguna tiene, no será otra que la muy peculiar, y no confesada, de su naturaleza, más humana mientras más interna, y más poderosa mientras más ciega; ni ella le vedará volver la mirada hacia todos lados, ni seguir todos senderos, antes ha de iluminar los que caigan bajo su luz.

Afirmar de la vida una dirección necesaria, es imponer camino al espíritu negándole la inmensa copia de direcciones entre las cuales se escogió. ¿Y qué más ilusorio que encauzar lo que de suyo es desbordamiento informe e incontenible; que sujetar la ubérrima transformación en que se inunda el espíritu, y pretender contentarle con uno solo de los frutos, cuando ve ante sí todas las manzanas doradas del huerto en que vive? La finalidad convierte en sistema el mundo, y nada hay más contrario a la ilimitada perspectiva de la voluntad y el pensamiento que la concepción sistemática, que por fuerza empobrece la

impresión de las cosas y las prejuzga. En el universo de la pluralidad de las formas y la multiplicación de los resultados, la visión del mundo será tanto más intensa y sugestiva cuanto avalore en su punto las individualidades. Pero, ¿cómo podrá esto alcanzarse sino sostenido a todo trance por el indiferente interés de una actitud espectacular, enemiga por la sangre de afirmaciones absolutas y sistemáticas? Sólo la naciente simpatía de todo, alimentada en el fresco manantial de la curiosidad atélica y desinteresada, lleva el espíritu a esa contemplación pluralista y serena; sólo ella no exige sacrificio y consagra íntegro el privilegio de la conciencia a presidir todas las cosas.

CRITICA RESERVADA.

No es juicio de crítica el destinado a permanecer en secreto. Hay inteligente que me dijo al oído irreverencias de Cervantes y horrores de Goethe, y en tono sincero y convencido; mas no por eso Goethe ni Cervantes lo son menos.

La crítica es resultado y función social, y no de individuos, por más que la pronuncien labios particulares, pues tiene la sociedad modo adecuado de expresar sus preferencias y conservar el dominio: a nadie es permitido formular juicio sin afrontar la corrección ajena, ya que sería engaño guardarlo para sí, tildando de error a los demás.

A la estimación de las obras nunca se ha puesto punto; ella se rectifica y elabora a diario, según va pasando de mano en mano; así que vanamente pone dedo en ella quien a otras manos no pase la enmienda. Sólo es honrada la preferencia a censura que en público se declara, por ser la única que se expone a la extraña discreción.

Martín Luis Guzmán.

"Como la luz del día."

Poemas de pasión,
amor y sacrificio.

He aquí un nuevo libro que de Tegucigalpâ, Honduras, nos envía nuestro compañero Rafael Heliodoro Valle. Es muy pequeño, pues solo contiene cinco poemas: *Sus ojos, Por el alma de Molina, Guacerique, El poema de María* y *Las mariposas;* pero en ellos se encuentra bien marcada la evolución que ha habido en Valle desde EL ROSAL DEL ERMITAÑO, primer libro suyo. Estos nuevos poemas están impregnados de la suavidad y perfume de las rosas dilectas y tienen una frescura de rocío y una clareza tan mansa y juvenil, que son verdaderamente como la luz del día.

La oración por el alma de Juan Ramón Molina (aquel fuerte poeta cuya vida fué *como el mundo antes que salga el sol*) y «Sus ojos» y «El poema de María» sueltan un rumor de flauta discretamente elegíaco. El poema «Las mariposas» tiene un vago aroma místico como la *Hermana Agua* de Nervo, sólo que a Valle le falta *creer* más en el alma sellada de las cosas y sentirse fraternal con ellas; por lo tanto necesita ser sencillo ¿No recuerda Valle cómo habla en las *Fioretti* el *poverello* de Asís? En nuestro concepto lo más fuerte y original de todo es «Guacerique.» Aquí se oyen verdaderos rumores de campo natal y flota en todos sus versos un entusiasmo lleno de fragancias espirituales.

Nosotros

Revista de Arte y Educación

DIRECTOR:

F. González-Guerrero.

Rodrigo Torres Hernández.

Gregorio López y Fuentes.

Basilio Vadillo.

Felipe de J. Espinosa.

Conrado Abundes.

Juan Chargoy Gómez.

Froylán Gonzalez.

F. Gustavo Villatoro.

Adolfo F. Cienfuegos.

Juan B. Salazar.

ESCUELA NORMAL PRIMARIA PARA MAESTROS

MEXICO, D. F.

Nosotros

Número 6. Octubre, 1913.

DIRECTOR: **F. González-Guerrero.**

SUMARIO

González Martínez . . . . *Poemas.*
Rubén M. Campos . . . . *Valenzuela.*
B. Vadillo . . . . . *La uña escarlata.*
Antonio Castro . . . . . *Romancerillo del Plata.*
Martín Luis Guzmán . . . *Viajes de Puck.*
Rodrigo Torres Hernández . *Franca y sonora.*
Gregorio López y Fuentes . *El perro mendigo.*
Juan Chargoy Gómez . . . *La risa.—Leo un libro...*

MÉXICO, D. F.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

LA PLEGARIA DE LA NOCHE EN LA SELVA.

A Leopoldo de la Rosa.

Ya tu pavor divino conturbó mis entrañas;
la transfixión urente de tu amoroso dardo
hizo saltar mi sangre; ahora sólo aguardo
el bautismo de gracia de tus viejas montañas.

De tus augustas bóvedas sentí bajo las naves
extinguirse las luces y callar el salterio,
y en el ara solemne del nocturno misterio
elevar su plegaria de silencio las aves.

Heme aquí. ¡Cómo llego con temblor de esperanza,
arrobos de creencia e incendios de amor vivo!
¡cómo se encoge el alma al paso fugitivo
de la hoja que vuela y el minuto que avanza!

Heme aquí y heme solo, asombrado y despierto
cual si tú me arrancaras del soñar de la vida
y tu voz de milagro sobre mi alma dormida
renovara el prodigio de otro Lázaro muerto.

Ya no son a mis ojos sólo flámulas esas
tremulentas vislumbres de lejanos luceros,
sino faros que muestran tus ocultos senderos,
hoy caminos sembrados de piadosas promesas.

Que me punce el espino, que el guijarro me ofenda,
ni la ofensa me abate ni me duele la herida:
ya sé hallar en la zarza la virtud florecida
y me da sus blanduras fraternales la senda.

Este cuerpo que un día la mortal pesadumbre
retuviera enclavado, ya se siente con alas
y traspuso en sus sueños luminosas escalas
y le hierve en la sangre la obsesión de la cumbre.

¡Ir, las alas abiertas, y cruzar horizontes,
y clavar las pupilas en el ámbito inmenso,
y ascender con las brumas, humaredas de incienso
derretido en la hoguera colosal de los montes!

¡Ser la interna plegaria, ser el himno que sube,
la oración que resurge de la fuente que mana,
confundirse en las preces de la estrella lejana
y en el vuelo impalpable del jirón de la nube!...

Ya lo sé, ya lo he visto con mis ojos inquietos
¡oh, misterio infinito de la sombra nocturna!
A mi espíritu absorto has mostrado la urna
en que avaro resguardas tus más hondos secretos.

¡Oh, pavor saludable!... Ya mi espíritu nombra
con sentido a las cosas de la selva escondida...
Se ha cerrado mi carne un instante a la vida
y se ha abierto mi alma como flor en la sombra.

1,911.

EN LA MUERTE DE JESUS E. VALENZUELA.

. . . . Y llegó
De dos veces porque no
Se atrevió de la primera

CALDERON DE LA BARCA.

Enviar delante previno
A su propio entendimiento.

CALDERON DE LA BARCA.

Era un fauno poeta con el alma infantil;
volcó sobre la vida todo su corazón;
en su boca sonaba una dulce canción,
y se abrieron sus ojos en un perpetuo abril.

Jamás cerró egoísmos en torre de marfil.
Yo lo vi, como el ángel de la consolación,
prodigando a los vientos el oro de su arcón
y sin volver el rostro de gesto señoril.

A su mano y su numen sólo brindó quietud
al dar de su escarcela el escudo postrer
y al arrancar la última nota de su laúd.

La muerte fue piadosa...Ordenó preceder
al espíritu el viaje, y en suave lentitud,
se llegó paso a paso... como un anochecer.

El forastero

Éste otoño de grises cabellos,
de miradas hondas y de faz tranquila,
se llegó tan despacio a mi vera,
que no me dí cuenta de que ya venía
con la frente preñada de ensueños,
con aquella su vaga sonrisa
llena de añoranzas
y sabidurías.

Yo charlaba con la primavera,
con la primavera de boca encendida,
la que sabe a panales hibleos,
a aromas de nardos y mieles de guindas.
Tal vez de mi lado se alejó en silencio,
se alejó en silencio mientras que dormía...
Cuando abrí los ojos
era ya partida.

Desde entonces, aquel forastero
de miradas hondas, me hace compañía.
¡ Y qué viejas historias me cuenta
olvidadas de puro sabidas!
¡Cómo sabe endulzar el relato
con néctares suaves de melancolías,
y qué paz austera
hay en sus pupilas!

Cómo me habla de cosas pequeñas,
de seres humildes que crucé en la vida,
de anhelos informes que no alcancé nunca,
de amores difuntos, de penas exiguas;
cómo va tendiendo sobre lo pasado
su misericordia como una caricia,
¡cuántas cosas sabe
que yo no sabía!

¡Qué bien que me trae del camino largo
los fugaces besos, las cosas perdidas,
los afanes rotos y la paz aquella
que me deja el alma sosegada y limpia!
¡Cómo lleva las manos cargadas
de mansos perdones para las insidias,
y de añejos odios
¡cómo están vacías!

Buen otoño de grises cabellos,
de miradas hondas y de faz tranquila
que tan paso llegaste a mi vera
que no me di cuenta de que ya venías:
no me dejes solo, tiende en mi pasado
tu misericordia como una caricia,
y pon en mi alma
tu sabiduría.

A un alma ingenua.

Tú que bajo de un árbol canturreas
vaga canción del céfiro aprendida,
cuerpo desnudo y alma sin ideas,
dame tus ojos para ver la vida.

Quiero sentirme cerca de las cosas
sin fieras trabas y sin torpes muros,
y dar al sol, al aire y a las rosas
mi ingenuo asombro y mis afectos puros.

Limpia de viejo mal, sin mancha alguna,
en tabla rasa convertir la mente,
como el niño que parla con la luna
repetida en las aguas de la fuente.

Volver a los espantos interiores
que ven duendes y trasgos en la estancia,
y vivir otra vez en los pavores
de una pueril y tímida ignorancia.

Sentirme como brizna arrebatada
por viento manso o por callado río,
temblar, llorar, sin que me mueva nada,
sino el propio temblor o el llanto mío.

Asomarme al vivir como a un paisaje
extraño, huir el dogma, el viejo modo,
lo marginal, lo escrito, y en un viaje
de azoramientos contemplarlo todo.

Entrar en el amor vistiendo albura
de ropaje lunar, sin los delitos
de lascivia anterior, sin una impura
reminiscencia de ósculos malditos.

Sentir que el alma ante la vida toma
rara diafanidad e impulso leve,
impalpable y sutil como un aroma,
de blancura espectral como la nieve.

Por eso clamo a tí, que canturreas
vaga canción del céfiro aprendida,
cuerpo desnudo y alma sin ideas,
¡dame tus ojos para ver la vida!

1913.

A una piedra del camino.

Piedra musgosa, cabezal pequeño
en que apoyé la sien, en que dormida
la carne frágil, ascendió la vida...
¡Gracias te doy porque me diste un sueño!

La hierba gris humedecida al lloro
de la reciente lluvia, era de plata,
y un pájaro decía su sonata
bajo el tenue crepúsculo incoloro.

Seguí en mi afán el vesperal concierto;
el hilo luminoso de una estrella
me dió su escala, y ascendí por ella
velado el ojo, el corazón despierto.

Yo vi como Jacob la maravilla
del profético sueño milagroso,
y en el breve durar de mi reposo
bogué en un mar y regresé a la orilla.

Piedra musgosa, cabezal pequeño
en que apoyé la sien, tú recibiste
mi afán sin rumbo y mi cansancio triste....
¡Gracias te doy, porque me diste un sueño!

1913.

Enrique González Martínez.

Valenzuela.

(De la novela inédita «El Bar»).

..Allí estaba. Su sombrero felpudo lanzaba un reto mosquetero a la vida. Al verlo, sentíase la satisfacción de florecer en plenitud con él, junto a él, al lado de él. Una oleada de juventud se agolpaba al corazón cuando el poeta, alargando la mano que tenía libre, (pues la otra estaba ocupadísima: entre el pulgar y el anular sostenía el vaso de cerveza y entre el índice y el mayor el eterno cigarrillo rubricador de nubes ruelescas), estrechaba la mano del recién venido, le rogaba, en un ademán, que se sentase, y volviendo a atusarse el bigotillo entre comentario y comentario de la sabrosa charla dirigida a éste, a aquél, al de más allá, de los que le rodeaban, solamente abría un paréntesis extraño al asunto discutido por él, y que siempre hacía palpitante, para llamar en ironía cómica:

—¡ Garzón !

Acudía el criado solícito, el poeta ordenábale que sirviera al nuevo bebedor, y se engolfaba de nuevo en aquella plática que tenía pendiente de sus labios al auditorio, aquella plática que era una fuente límpida de gracia, un borbotón perenne de ingenio, una locuacidad maravillosa de talento al que tenía abierta una válvula siempre, pues su intelecto era una eclosión perpetua en combustión de gasógeno, era un acumulador enorme de volubilidad en piroctenia de explosiones feéricas, una fiesta en pleno cenit de cascadas de oro de aquel portentoso espíritu piróforo que era delicia de los ojos, de los oídos, del corazón y del ensueño. Escuchándolo se dejaba correr la vida. Sus ojos pequeños y escondidos de indio del norte, rutilantes y oleosos, sus cabellos ensortijados y luengos (1898), sus rasgos emaciados de pómulos salientes, su tez limpia y fresca en plena madurez, cual si una crema rejuvenecedora derramara en ella su fragancia, su perfil fiero de hermosura aquilina, su señorío innato en sus ademanes soberbios, su capa española entreabierta y trovadoresca, en consonancia con su chambergo felpudo (regalo de Jesús Contreras) y puesto de través sobre su cabeza altanera, dábanle una personalidad vigorosa e intensa, un predominio tácito sobre sus compañeros, una elegancia romántica que armonizaba exóticamente, destacando su poderoso relieve, en el bar penumbroso, lleno de alemanes sedientos, absortos ante sus bocks con cenefas de espuma, ajenos al estruendo latino de aquellos bebedores insólitos, de enormes corbatas y largos cabellos, y ante todo de aquel héroe que narraba aventuras interminables y era el núcleo de la legión.

Los bebedores de paso no entraban ni salían sin lanzarse un saludo cordial:

—"¡ Tuti !"....—"¡ Chucho !"....

—"¡ Salud !"

Y ceremonioso y cortés, el poeta quitábase el gran sombrero bohemio, saludaba con su diestra en el aire, elevaba su vaso a la altura de su boca, y bebía, bebía siempre, bebía más, sin apagar nunca su sed, condenado por su destino al suplicio de ser su propia Danaida trágica. Pero él lupulaba su boca ardorosa en la sensación incomparable de prender todos los candelabros de su

intelecto para la fiesta diaria de su luculesca cena orgullosa, el festín suntuoso que el vencido de sus esplendores de antaño se daba en las burbujas de espumas de oro de sus sueños, el terrible festín que nunca sacia, el castigo del vomitorio a la gula y del retorno al banquete en encarnizamiento insensato, con el magnífico alarde de la salud siempre en reacción. Y en el vértigo de su corazón tumultuoso, en el galopar frenético de sus arterias enloquecidas, en el torbellino de sus nervios encabritados, qué torrentes de generosidad, de pasión, de amor, de piedad, de flagelación a los malvados, pues si alguien tenía derecho para flagelar, era él; qué incomparable hermosura de sentimientos abiertos a todos los ojos y a todos los juicios; qué esplendor de riquezas acumuladas y escondidas a la fuga de la fortuna, en él, que era compadecido por pobre; qué doctrina de verdad y de vida, qué enseñanza inconsciente de tomar la vida tal cual es. En torno de él era un gorjeo de risas, un coro eterno a la alegría de vivir, una festinación de apurar el carquesio dionisíaco de un trago, como si en él se bebiera la vida, como si en él se bebiera el olvido, como si en él se bebiera el amor.

Valenzuela, vuelto a la vena galante, era un primor decamerónico. El señor de Brantôme hubiérase quedado perplejo ante la multitud de anécdotas traídas tan a cuento por su caro discípulo; una fuga de ninfas perseguidas por silvanos se esfumaba en los ojos mongólicos de Ruelas; los ojos bribonzuelos de Couto tenían pinceladas de agua marina florecida de nereidas desnudas; el escultor Contreras sonreía encantado detrás de su barba mora, los ojos rientes y acariciadores de caderas anforinas de mármol rosa....Othon, satisfecho y ya muy bien servido, amador de los bellos cuentos, comentaba en una gran voz: "¡Qué bárbaro!"....Y los cuentos sucedíanse con laudable abundancia, sápidos como el caviar sobre pan tostado que paladeábamos en interludio de aquel lupulamiento atroz. Las botellas de cerveza *Edelweiss* apiñábanse vacías sobre la mesa de combate, como capullos de crisálidas que revoloteaban ya en torno nuestro, ante nuestros ojos radiantes; y el cuentista escanciaba el vigésimo vaso cual si fuese el primero, la mano firme y el ojo límpido, locuaz, infatigable y ágil. Su memoria florida era una espigadora incansable en las praderas cuajadas de mieses de su imaginación fértil. Una retención pasmosa de su vida múltiple, al parecer ociosa, pero fecunda en toda suerte de aventuras, como es la vida intensa del bar, brindábale interminable labor de ensartar anécdotas de generales, ministros, magistrados, los políticos de ayer y de hoy de quienes había sido camarada o consejero, compañero o anfitrión, y que desfilaban ante nuestra espectación regocijada como una mascarada en procesión. La literatura habíalo reconquistado definitivamente de la camaradería aplanadora de burgueses ignorantes. De hoy en más tocaríale en suerte vivir dos lustros entre artistas aquilatadores de su talento incomparable, afinadores del oro virgen de su ingenio, realzadores de la gema prismada de su intelecto soberano, sobre los que brillaría más, como un brillante en una montadura lapidaria. Y él lo sabía, y pavoneábase con su infantil ostentación caballeresca, cual vencedor en un torneo; porque nadie como él, entonces, hubiese encarnado el desprecio a la vida de los caballeros de la *Tavola Rotonda,* de la vida que no valía una estocada, y hubiese podido morir en un beso como Lancellotto del Lago, el dichoso amador de la reina Ginebra...!

Rubén M. Campos.

La uña escarlata.

A la memoria de Zola,
el genio del realismo.

Un sol de agosto que hiere a plomo,
Anega el campo, las yerbas mata;
Medroso el fresno trae a resguardo
Su oblicua sombra de en la mañana,
Y agobia el paso del transeunte
Un reverbero que da en la cara.

(Planta y flor negras: con su sombrilla,
Allá a lo lejos va una enlutada...)

Infimo tarbernucho, que es una posta
De las que tiene Baco por la calzada,
Ha sufrido una náusea: su abierta fauce
- Como la de un salvaje llena de rayas -
Ha arrojado a dos ebrios que se denuestan:
¡Cuando hipa la taberna, sale la basca!...

(Planta y flor negras: con su sombrilla
Allá a lo lejos va una enlutada...)

De rostro a rostro la injuria brinca,
Los harapos titilan, reluce una arma,
Y en contacto de muerte - como epiléptica
Torcida de guiñapos - convulsa masa
Se entierra en el ardiente polvo... simula
Víboras que se ayuntan sobre una playa...

(Planta y flor negras: con su sombrilla,
Allá a lo lejos va una enlutada...)

¡Y el crimen! La uña de acero prende
La flor de muerte, la roja mancha
Sobre de un pecho... Y en desafío,
Abajo, arriba, por la calzada
Muestra el borracho puñal sangriento...
¡La uña fatídica de escarlata!...

(Planta y flor negras: con su sombrilla,
Allá a lo lejos va una enlutada...)

Méx. - 1913

B. Vadillo.

El Romancerillo del Plata, de Ciro Bayo.

Contribución al estudio del romancero río-platense y al romancero general por tanto, es este libro, cuyo contenido, cuando menos en su mayor parte, era conocido de los lectores de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Tercera época, año VI, 1902, pp., 43-49), de la *Cultura Española* (1er. N.º, 1906, pp., 108-111; dentro del estudio de D. R. M. Pidal) y de la *Revue Hispanique* (t. XV, 1906, pp., 796-809). Contiene romances tradicionales y de asunto americano, folk-lore gauchesco salpicado de comentarios y descripciones de aquella tierra, en la que Ciro Bayo fué profesor rural.

El criterio de Ciro Bayo, respecto a los romances tradicionales, es un tanto artístico: los corrige, aunque no al grado de hacerles perder su carácter popular, como Almeida-Garrett. Los expurga de barbarismos gauchos, ejemplo que deberían seguir los recolectores de romances judeos-españoles, plagados de palabras árabes. "Las correcciones que hago—dice Ciro Bayo—dan una lección mejor; y esto mismo procuro hacer en cuantas versiones estropeadas recojo, por más que esto lo consideren algunos delito de leso folklore" (p. 41). La belleza del romance, nacida de caracteres que no hay para qué enumerar, es quien le ha hecho tradicional; si se busca, no sólo en pliegos sueltos y en comedias, sino en el pueblo, es porque éste canta romances viejos, completamente desconocidos de las colecciones antiguas y modernas, y versiones que han logrado corregir ventajosamente algunas primitivas incompletas o *deturpadas*; no por el pueblo mismo. La labor del filólogo y la del folk-lorista no deben confundirse con esta otra de folk-lorismo artístico, que busca reconstruir el Romancero con la más pura "versión colectiva" producto de las numerosas "versiones individuales". El filólogo halla en los romances que cantan los judíos, datos para estudios fonológicos, por ejemplo; el folk-lorista, modificaciones que le interesan para el estudio de la imaginación popular, y el *literato,* romances desconocidos o inmejorables. Las tres labores, ya de por sí tan cercanas, se han confundido, porque el romance da lugar a los tres estudios tan bien como a uno solo. El romance en la boca del pueblo tiene un mérito más, de los que pudiera tener en un pliego suelto, en una comedia o en una colección especial: la verificación de su "seis veces secular encanto".

Los tradicionales, recogidos por Ciro Bayo, no pasan de quince, escasez que le ha hecho pensar "que pueden contarse con los dedos los de cada país" (p. 9). La tradición arraigó más profundamente en la memoria de los pueblos, el número de los romances conservados es mucho mayor; no se les encuentra porque no se les sabe buscar. Afirmación gratuita es ésa, derivada del error de pensar que el romance no existe en las ciudades y por tanto de no recojerlo en ellas. "Ya en el campo y sólo entre el *paisanaje* es dable oír estos restos del Romancero español. Quien quiera recolectarlos, no podrá hacerlo en las urbes atiborradas de emigrantes y de civilización europea: ha de perderse en las pampas, internarse en las *abras* andinas, escalar la altiplanicie, hacer, en fin, vida nómada-ecuestre." (1) Creyóse un tiempo que en España sólo se encontraban en el campo, pero hoy ese consejo no tiene fuerza ni en Espa-

ña ni en América. Doña María Goyri de Menéndez Pidal afirma, (2) y su esposo lo mismo en parecidas palabras, que "los romances aparecen dondequiera que se buscan con interés, poniéndose en contacto directo con el pueblo," y éste no sólo vive en el campo. En América desmienten a Ciro Bayo, cada día más, las lecciones halladas en las mismas capitales de las Repúblicas Híspano-Americanas. D. Ramón Menéndez Pidal, en su viaje por Sud-América (1905), adquirió, directa o indirectamente, romances que se cantan en las ciudades, y es más, aprendidos en ellas. D. José María Chacón y Calvo (3) posee cinco romances de indiscutible cepa castiza, recogidos "no en pueblos, sino en la misma capital" de Cuba; que ellos existen en la ciudad de Santo Domingo, lo dirá D. Pedro Henríquez Ureña en un próximo artículo, y que en México, lo demuestran las cinco o seis versiones que poseemos y de las que hablaremos otro día. Quizá en el Nuevo Mundo el romance perdure más en las ciudades que en el campo, por el carácter bilingüe de algunos pueblos americanos. Con una colección de romances *urbanos* y otra de *campesinos*, podrían anotarse, en los de uno y de otro grupo, características interesantes, aunque sólo para el estudio folk-lórico.

Seguramente el agradable libro de Ciro Bayo despertará la afición a los romances tradicionales, y, como consecuencia, el gusto por recogerlos del pueblo mismo: labor tan interesante y útil, como difícil de llevar a cabo.

1913.

Antonio Castro.

1. *Revue Hispanique*, p. 796.
2. *Los romances tradicionales que deben buscarse en la tradición oral.* (*Rev Arch., Bibl. y Museos, tercera, años X y XI, pp. 374—386 y 24—36*).
3. Apéndice I a los *Orígenes de la poesía en Cuba* (*Cuba Contemporánea*, t. III, sep., 913, pp. 73—36).

Viajes de Puck.

ARTIFICIO.

Ya es vieja historia la de la civilización que llega de Oriente; tan vieja, que tiempo ha habido de que el mundo se complete, y a nosotros, habitantes de este Nuevo Mundo, no es por Oriente sino por Occidente por donde nos viene: la china, de pies pequeños, desembarca en San Francisco; viene pobre y sola y no trae más caudal que el caudal mutilado de sus pies; pero él la sirve, porque él es su prestigio. En vano el filántropo occidental la mira y la compadece; en vano la condena y la envidia nuestra desvirtuada mujer, ya apenas capaz del suave sufrimiento del corsé: ella de todos triunfa; su virtud es la sumisión a lo artificial, a lo femenino, a lo superior. ¡Ah, las mujeres de pies pequeños, de rostros esmaltados y de uñas de nácar!

Martín Luis Guzmán.

Leo un libro de versos. . .

Leo un libro de versos, amables y perversos,
y al ritmo de amorosa resurrección secreta,
me sugiere añoranzas de una tarde violeta,
cuando, juntos tú y yo, leímos esos versos...

Rendido ante tus ojos, - grandes como universos -
tan cerca de tus labios y de tu trenza inquieta,
sentí la paz jocunda de aquella tarde quieta
y el dulzor de olvidar mis instantes adversos.

El día que mi alforja prepare hacia el país
de los lucientes astros, mis manos pecadoras
guardarán ese libro, nuestro ideal compañero

que abierto en tu regazo se estremeció, feliz,
al temblor de aquel beso que te colmó de auroras
como divina rosa de un jardín mañanero...

1913.

Juan Chargoy Gómez.

Franca y sonora.

Me resultó, al andar, franca y sonora,
y en la voz encontré, gratas y fieles,
las almas de las rosas y las mieles,
y en la mirada azul fuegos de aurora.

Su cuerpo cimbrador turbó la hora
que se agitó con vibración de eles,
y su risa fugaz y triunfadora
fué una aspersión de sangre de claveles.

Por desnudar la música del paso,
alzó, elegante, de la fimbria el raso.
Gárrula y transparente como el agua

Vibró su charla en que la vida exulta;
y yo atisbé la pierna semioculta
bajo la orla de la pulcra enagua.

Rodrigo Torres Hernández.

El perro mendigo.

Hoy, como todas las noches, al pasar por el callejón del villorrio, he encontrado junto a su escondite al perro reumático: es un perro reumático que se arrastra como esos mendigos vedados de la locomoción, que ven pasar la vida a orilla del camino: es un perro esquelético y caricatural.

Yo lo he visto en las noches lunares, cuando oye el lejano ladrar de algunos perros vagabundos, levantar el hocico puntiagudo y aullar como una mujer ebria: aúlla hacia el arcano, aúlla al infinito, creyendo, quizá, ser oído por otros perros enfermos, porque los perros buenos huyen de él y erizan la pelusa gruñendo.

Durante el día se oculta en su escondite, acaso avergonzado de ser perro mendigo; sólo en la noche sale a dialogar con los astros y el cielo (que acaso se le antoja una perrera azul), de sus tristezas: porque los perros mendigos, como los hombres mendigos, han de tener hondas tristezas.

Veces hay que ni la noche le es propicia, porque cuando acaso mira un fantasma mendigo y que como él se arrastra entre las sombras, he visto sus pupilas centellar como los ópalos puestos de frente al sol, arrugar la lepra de la piel sobrante y arrastrarse como una tortuga deforme, soñando las mandíbulas huesosas.

Oculto en su escondite, se entrega a la meditación, a ese filosofar amargo de todos los que, perdiendo los pies, adquieren alas...y cuántos panoramas vistos tras el recuerdo llegarán al cerebro canino hoy que, desde el ostracismo de la vejez, mira las lejanías azules de la mocedad. Quizás rememora las correrías por las sabanas con los demás perros contemporáneos suyos, al lado de una capullina compañera; añorará, tal vez, la victoria alcanzada sobre algún enemigo, al disputarse, en un duelo formidable, alguna vértebra sabrosa, y haciendo viva la escena sentirá fuerza en las patas entumecidas y con fanfarronería como en sus mocedades, se lamerá los labios, exhibiendo la rota dentadura; en un momento de amargo desengaño verá la realidad, lamentará su suerte....y otra vez su fantasía.....

Así mira pasar la vida el perro reumático, y como es vida de meditación la suya, tras la meditación halla el hastío y entonces levantando el hocico puntiagudo aúlla; aullido que solamente él y los demás perros pueden saber si es un gemido o es un canto inspirado por la paz nocturna; porque los mendigos también cantan.

Gregorio López y Fuentes.

La risa, fiesta de tus labios . . .

Ríe:.. ríe así, con todo el paraíso de tu risa!... Como la alondra al descender del nido oloroso, hecho de plumas y de amor, ríe en la mañana; ríe en la tarde como las aguas de la pendiente florecida, cuando va a dormirse el sol coronado de pámpanos dorados.

La risa, fiesta de tus labios, tus ojos y tus manos, es flor de alegría y felicidad. Reíste al cantarle a tu muñeca guapa y rubia; al ofrecerle lirios nuevos a la Virgen, reíste también, gloriosamente; y cuando después de breve y encantado viaje en torno del jardín, una mariposa linda y azul fué tu prisionera, rieron tus ojos, rieron tus labios, rieron tus manos, ¡reíste toda tú!...

Después, he oído de tus labios y he visto en tus manos y en tus ojos otras risas. ¡Oh tus divinas risas!...

Tus ojos, grandes ahora como dos universos y negros y esplendorosos como noches de Navidad, me han mirado para no olvidar nunca su risa inefable y luminosa. Se han cerrado en oración, muchas veces, y han reído; han reído como las rosas del amanecer, bañados de rocío bajo el peso de una pena oculta que no quisiste decirme. ¡Oh, la más bella de tus risas es la risa morena de tus manos! Manos de musmé, manos para la Virgen María, ante cuyo altar, mientras tus labios murmuran palabras dulces y piadosas, ellas se juntan amorosamente...

Ríe... ríe así, con todo el paraíso de tu risa!... Yo que sé que llevas una pena oculta, quiero que rías. Ríe como el sinsonte entre las ramas frescas; ríe como las esquilas sagradas de los templos el día de la Gloria del Señor...

(Corazón, no estés triste, ella ríe para tí. Ella ríe con toda la gracia de la Venus olímpica, y su risa es vino de amor y esperanza...).

Septiembre 5 de 1913.

Juan Chargoy Gómez.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA

NUMEROS PUBLICADOS

1

V. Badillo.—Rodrigo Torres Hernández.—María Duarte.
Colaboradores: María Enriqueta. — Roberto Argüelles Bringas.—Alfonso Reyes.—Alfonso Pruneda.—G. Torres Quintero.

2

F. González Guerrero.—Conrado Abundes.—Juan Chargoy Gómez.
Colaboradores: Rafael López.—María Enriqueta.—Pedro Henríquez Ureña.—Salvador Cordero.—Julio Torri.—Ezequiel A. Chávez.—G. Torres Quintero.—Rodolfo Reyes.

3

Colaboradores: Alfonso Reyes.—Enrique O. Aragón.—Pedro Henríquez Ureña.

4

Gregorio López y Fuentes.—Conrado Abundes.—Rodrigo Torres Hernández.—Juan Chargoy Gómez.—F. Gustavo Villatoro.—Felipe de J. Espinosa.
Colaboradores: José de J. Núñez y Domínguez.—Julio Torri.—Alfonso L. Herrera.
Reproducciones: Rubén Darío.—Amado Nervo.

5

Gregorio López y Fuentes.—Froylán González.—Conrado Abundes.—Rafael Heliodoro Valle.
Colaboradores: Pedro Henríquez Ureña.—Martín Luis Guzmán.

6

Antonio Castro.—V. Badillo.—Juan Chargoy Gómez.—Rodrigo Torres Hernández.—Gregorio López y Fuentes.
Colaboradores: Enrique González Martínez.—Rubén M. Campos.—Martín Luis Guzmán.

Nosotros

Número 7. Diciembre, 1913.

DIRECTOR: **F. González-Guerrero.**

SUMARIO

Rodrigo Torres Hernández . *Seis sonetos.*
Rafael López . . . . . *Luis González Obregón.*
Luis González Obregón . . *El chapín de terciopelo verde.*
Conrado Abundes . . . . *Haz de mi alma.*
J. Chargoy Gómez . . . . *Sobre el tapiz de oro.*
Eugenio M. Hostos . . . . *Un discurso.*
Rafael López . . . . . *Tres poetas.*

APARTADO POSTAL 4628. MÉXICO, D. F.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2ª CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

RODRIGO TORRES HERNANDEZ.

Vino de las selvas del Sur, con caricias de sol la frente y el alma puesta en rumbos francos a una entusiasta vida de belleza. Su musa es una linda zagala, dulce pastora de sonrisas; él, un luchador que gusta, con un «amable erotismo,» de los labios harmoniosos, las rosas campesinas y las mieles claras de los panales silvestres. Consciente de su propio talento, va Rodrigo Torres Hernández por el sendero apolíneo, pleno el espíritu de aurora primaveral y rico de esperanza. Y su labor sincera de artífice ha de llevarle a la obra perdurable.

Una niña morena.

Yo tengo un amor que es sencillo y moreno,
un amor que en la calma de mi ruta dormida
vierte el oro del ritmo juvenil de su seno
y el fulgor del ensueño que me endulza la vida.

Y yo adoro el paisaje de la vida y el pleno
rumor de sus quimeras y la ilusión florida,
por este amor que es dulce y es fragante y es bueno,
y harmonioso y tranquilo como senda escondida.

Su sonrisa, que es rosa, me sonrosa la frente
a manera de un lampo matinal. Es de fuente
su alborozo, y su sueño es lunar esplendor.

Es morena la niña que, por bien de mi anhelo,
me da luz y el remanso más azul del consuelo:
una niña morena que parece una flor!

Como un astro.

Era aquella muchacha como una flor, y era
alegre como un pájaro que canta y como el canto
de la linfa que corre; jamás supo de llanto
su vida luminosa como la Primavera.

Ella me quiso, y fué para mí su primera
sonrisa de amor, y me dió todo el encanto
de sus miradas plenas de ilusión mañanera:
y yo la adoré siempre porque me quiso tanto!

¿Y su nombre? El más dulce de los nombres: ¡María!
Su nombre limpio y suave como una melodía;
su nombre como el oro de los atardeceres....

Era aquella muchacha rítmica y olorosa
y ungida con el beso de la mañana rosa,
como un astro en la bruma de las otras mujeres.

Rodrigo Torres Hernández.

Vuestra voz.

Voz que huele a cantar en flor; voz clara y rica
en primor de fragancia que recuerda claveles
y en las undulaciones como el agua y las eles....
voz en cuyos reflejos el amor se complica.

Campanita de oro que de gozo repica,
surtidor de suspiros de amorosos rabeles,
eflusión que sonrosa como el alba y salpica
perlas y en el alma unta líricas mieles.

Voz de zarca tristeza como tardes azules,
voz que riza en cadencia la piedad de sus tules
y diluye en la rosa de la boca un fulgor.

Dulce voz que en un halo de pureza desgrana
un olor de geranio y un frescor de mañana;
vuestra voz que es divina cuando es toda de amor.

Vuestra sonrisa.

Fina sonrisa rosa que desfallece en oro,
es vuestra luminosa sonrisa; es a manera
de un preludio de alondras en canción mañanera,
y al dormirse es un raso de poniente sonoro.

Y al despuntar parece un astro que estuviera
asomado entre rojos claveles; un decoro
musical y fragante de jovial primavera
que al pasar riega perlas y da júbilo al lloro.

Es mirífica y pura como el chorro clemente
que palpita en la fuga de los trinos vernales;
soñadora y divina como charla de fuente.

Y enriquecen el trazo de sus curvas triunfales,
un amor como el regio florecer del oriente,
y el tesoro escondido de los plenos panales.

Rodrigo Torres Hernández.

Vuestros ojos.

Ojos crepusculares, ojos puros y plenos
de ilusión, ojos negros como noches arcanas,
ojos como los huertos soñadores y amenos
donde llueven su risa las azules mañanas.

Ojos como las tardes harmoniosas y buenos
como besos en flor. ¡Oh pupilas hermanas!
dos astros pensativos, limpios y nazarenos,
sobre un fondo azulino de tristezas lejanas.

Ojos rubios de sol; ojos enamorados
de la vida, en la aurora del consuelo bañados
para dorar la sombra de los hondos pecados.

Tales son vuestros ojos musicales que adoro;
vuestros ojos, dos versos a la luna rimados,
fontanares que cantan los ensueños de oro.

Pasarás como el alba.

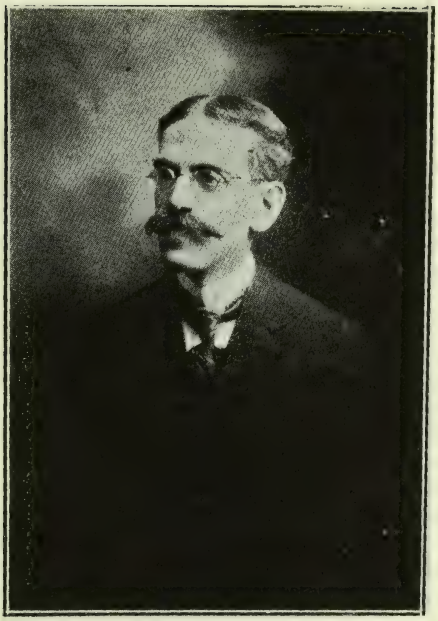
Cuando sea mi vida como tarde lejana,
cuando mi vida, Lumen, deje de ser hermana
de tu vida en botón....¡qué ambular más amargo,
qué tristeza más honda, qué sonrisa más vana!

El pasado, a mis ojos, se tenderá muy largo,
como senda otoñal; divino, sin embargo,
como ilusión que undula, fugitiva y arcana,
por entre la calina de brumoso letargo.

¡Oh Lumen! y en la hora del recordar inmenso,
en la que flote el alma como espira de incienso,
y el corazón se alegre con sonrisa de flor;

Pasarás, como el alba, por mi ruta dormida;
te adoraré con toda la emoción de mi vida,
y cerraré los ojos para verte mejor.

Rodrigo Torres Hernández.



Luis González Obregón.

Tras de los espejuelos el ojo obscuro y ledo
recela la mirada de un malicioso oidor
que hubiera acá venido de la antigua Toledo
a estudiar el proceso de algún Conquistador.

Todo él es una viva leyenda. Es un remedo
de las sombras que evoca. Y su risueño humor
alejara las murrias del Revillagigedo
con sus bellas historias de docto sabidor.

A la hora de nona, como un viejo primate,
oficia en una jícara ritual de chocolate;
y ya en su lecho de solterón aburrido,

esta buena persona de arraigo y calidad,
—mientras vuelve la hoja del libro preferido—
oye en la calle el paso de la Santa Hermandad...

R. López.

El Chapín de terciopelo verde.

A mi amigo D. Ricardo Palma.

Muy intrigados y llenos de pánico por temor de caer presos en el Santo Oficio de la Inquisición, estaban el 27 de enero de 1554 los oficiales de una zapatería de que era dueño en México el maestro Alonso Alvarez, persona honesta, cristiana y trabajadora, pues uno de los dichos oficiales, al descoser un chapín de terciopelo verde, que ya usado iba a componer, encontró entre la corcha y la suela una cruz formada por dos cañas o palillos; cruz que había quedado señalada por la presión de las pisadas, tanto en la suela como en la corcha.

El oficial se llamaba Luis Morón, e inmediatamente después de tal hallazgo, comunicólo a su compañero Juan Muñoz Parrales, el cual, quizá más escrupuloso o más tímido, previo permiso del maestro, fué con el descosido chapín a mostrarlo al Provisor de la Mitra; porque a la sazón conocía la Justicia Eclesiástica del Ordinario en las cosas y asuntos tocantes a delitos cometidos contra la fe.

Y el mismo día, el Canónigo Santos, de la Santa Iglesia Catedral de México, tomó las primeras declaraciones: que cosa grave y sospechosa fué aparecer una cruz en tal sitio, pues muchísimas veces estaría profanada, consciente o inconscientemente, por los pies de la mujer o mujeres que hubieran usado aquel chapín.

Las inquisiciones preparatorias versaron sobre si era costumbre entre los chapineros poner *aquello,* que podía ser o no cruz, y sobre quien podría haber sido el autor de aquel desacato.

Y las declaraciones fueron rendidas *in capite* por Luis Morón, el descubridor de la cruz; por Alonso Alvarez, dueño, como queda dicho, de la zapatería, y por Juan Rodríguez y Antonio Sánchez, peritos llamados al efecto; y todos convinieron, bajo juramento, que no había costumbre de poner *aquello* entre la corcha y la suela, y que la hechura del chapín de terciopelo verde parecía ser obra de Juan de Astorga, zapatero que tenía su tienda en la calle de San Agustín, calle entonces muy famosa, donde radicaba el principal comercio; y la sospecha sobre el Astorga se acentuó más, porque sólo él acostumbraba poner "orle y repulgo en la cabezada, y sólo él forraba los chapines"; señas mortales que tocaban al autor de aquel de terciopelo verde.

Citado el Astorga, compareció y declaró el día 30 del propio mes y año. Dijo ser hijo de Alonso de Astorga y de Constanza Rodríguez, naturales de Sevilla, de donde él también era natural, y de oficio zapateros. Ninguno de sus ascendientes, a excepción del abuelo materno, habían sido procesados en la Inquisición ni por luteranos, ni por mahometanos, ni por judaizantes, ni siquiera por sospechas de herejía, pues sus padres fueron siempre buenos y fieles cristianos.

Pero el Juez Eclesiástico, fuera de encontrar sospechoso el que el abuelo materno hubiera sido reconciliado y condenado a usar sambenito por presunto observante de la Ley de Moisés, le pareció que Astorga había tenido demasiadas vacilaciones en lo que declarara, cuando se le hizo cargo de

si acostumbraba colocar o no entre la corcha y la suela hilos o cañas, sin embargo de haber negado que fuese obra suya el dicho chapín, atribuyendo la paternidad a otro zapatero, Juan Almonte.

Por ende, fué detenido en las cárceles del Arzobispado, que servían también para los reos del Santo Oficio, no embargante alegar que estaba enfermo, achacoso, trabajado, pobre y con mujer; y sólo en vista de la fianza que dió y previo aseguramiento de bienes, se le permitió tuviese por carcelería las casas de su morada; en la que no sabemos cuánto tiempo estaría sin salir a la calle en sus pies ni en los ajenos, así como estaba prevenido para tales casos por la muy santa Inquisición: salvo los domingos y fiestas de guardar, en que podría ir a Misa, o en tiempo santo a cumplir con los preceptos cuaresmales que manda y ordena la Santa Madre Iglesia.

Pero lo que calla el curioso proceso—cuyas son las noticias supradichas—y que nosotros hemos hallado en otras fuentes, es lo muy intrigados que estuvieron los señores jueces en averiguar qué piececitos y cuántos habían usado aquel diminuto chapín de terciopelo verde, porque era natural suponer que después de haberlo calzado la primitiva dueña, había continuado calzando a otros pies, como lo revelaba su vetusta edad y el hecho de haberse mandado remendar en la zapatería de Alonso Alvarez, sitio en el que se descubrió la horrenda herejía.

Y sucedió algo semejante, aunque con fin diverso, a lo que se narra en el cuento infantil de la Cenicienta, pues los Reverendos Señores del Santo Oficio de la Inquisición, enviaron familiares y alguaciles a recorrer las casas sospechosas de ser habitadas por judías, a fin de probar el chapín de terciopelo verde a todas y cada una de las que tuviesen el pie chiquito.

Y aquí fueron los almibarados remilgos y los trasnochados pudores de las viejas solteronas, casadas o viudas; los graciosos aspavientos y naturales sonrojos de las muchachas doncellas o recién desposadas, y los sustos de todas, pues, aparte de tener que soportar que por sus plantas delicadas anduvieran toscas manos de alguaciles y familiares, no del gusto de muchas de ellas, infundían ese espanto la diligencia excepcional del Santo Oficio, porque ¡ay de aquella a la que le acomodase el chapín! Mas, a unas les venía ancho, a otras largo, a éstas estrecho, y a aquéllas no les entraba ni la punta.

Cansados anduvieron los familiares y alguaciles de casa en casa, viendo y sobando pies femeninos de todas calidades; gustosos de examinar y tocar los de las hermosas y jóvenes, pero fastidiados de probar el chapín en los de las feas o viejas, que no pocos encontraron pletóricos de callos, juanetes y otros adefesios; pero regresaban diariamente al Santo Oficio, sin poder hallar el diminuto o diminutos pies que hubiesen calzado aquel chapín de terciopelo verde, que a ninguna de las sospechosas de judaizantes ajustaba; y ya iban a comenzar las sobas y pruebas en damas cristianas, porque la culpa podía ser del chapinero y no de las que lo hubiesen usado, cuando sucedió lo que se va a decir.

Transcurridos días, el Juan de Astorga, aburrido quizá de tanto encierro en la cárcel que moraba, confesó que un par semejante de chapines había hecho hacía unos diecisiete años para la esposa de Antonio de la Cadena, vecino rico y muy conocido en esta ciudad, pero que ya era difunta la señora; y

ni ella, ni su marido, ni él, habían tenido la menor intención de menospreciar la Santa Cruz, ni ofender a Dios Nuestro Señor.

Luego, el Canónigo Santos, en quien había delegado sus facultades la Mitra, pronunció sentencia en estos términos:

"Habiendo visto la confesión del dicho Juan de Astorga, natural de Sevilla, casado, vecino de esta ciudad de México, chapinero, dixo: que le condenaba y condenó a que el susodicho esté mañana en la Iglesia Mayor en misa, destocado de la cintura arriba, sin gorra en la cabeza, con una candela en la mano; el cual esté, mientras se celebra la misa, hincado de rodillas, y sirva en esta Santa Iglesia quince días en lo que le fuere mandado, y vaya a comer y dormir a su casa; e más lo condenaba y condenó en las costas en esta causa hechas; y firmólo de su nombre.—El Canónigo *SANTOS.—BLAS DE MORALES,* Notario Apostólico.—(*Rúbricas.*)

Notificada esta sentencia al Juan de Astorga, dijo que la consentía y consintió, esto es, se conformó a ella, que de conformarse tenía, pues quién sabe cómo la hubiera pasado si de la probanza resulta que era descendiente de judío y que había menospreciado la Santa Cruz, colocándola entre la corcha y la suela de aquel chapín de terciopelo verde.

Luis González Obregón.

Haz de mi alma una lámpara.

Dios mío, acabo de llegar de la Iglesia; Dios mío, ilumina mi alma para adorarte; acabo de llegar de la Iglesia, de acariciar con mis dedos y con mi alma el Divino Santísimo, de adorar ante el altar con una cera encendida y de oír un bendito raudal de melodías. Dios mío, ilumina mi alma con luz suave para adorarte; haz de mi alma una lámpara delicada, una suave flor que esté iluminada por dentro como un voto de suave ternura. Dios mío, Dios mío, quiero adorarte, quiero consumirme en tu amor; ¿por qué no haces de mi alma un blanco santuario en donde haya una luz blanca, un etéreo temblor de melodías hondas y blancas, apenas perceptibles que se levanten como albores de luna, un incienso, un vago perfume blanco que se desvanezca en vaguedades de otra vida?

Dios mío, Dios mío, estoy loco de amor por adorarte; Dios mío, Dios mío, quiero algo, algo que me quema en el pecho y que me duele, que me hace desear una muerte intensa. Coge mi corazón encendido como ardiente brasa, y despedázalo, Dios mío, así como se despedaza un diamante cristalino en el yunque diamantino de tu amor.

Gracias, Dios mío; he sentido la ternura de tu bálsamo suave, he sentido una luz etérea que ha llenado todo mi interior. Me siento ahora como una lámpara.

Gracias, gracias, Dios mío.

C. Abundes.

Sobre el tapiz de oro.

(De un libro añoso, de borradas páginas y un olor a violetas antiguas).

....Huyó de mis manos, impalpable y pequeñita, y fué a esconderse con la gracia de un copo de nieve en el hueco rosado y oloroso de sus manos, sus espirituales manos; y desde allí, llena de resplandor entre un rizo de luna, me miró fijamente, medrosamente, con su mirada diabolina, húmeda y azul...

Era una dulce y perversa gatita blanca que María, muchachita de bucles negros y trenza risueña, había criado entre el jardín de caricias de sus brazos morenos. Se llamaba Nena, como una bella muñeca de París, y tenía los ojos de color de esperanza.

Sabía muchas cosas. Sabía que era linda como un sueño blanco, como una azucena, como un lirio de atardecer de otoño. Sabía dormirse con felina sabiduría en su lecho de vellones albos y sedas harmoniosas, en la penumbra de un rincón tibio de quietud, donde abrió las hermosas pupilas a la vida. Sabía afilar las diminutas y finas uñas ambarinas y clavarlas voluptuosamente, atrapar mariposas de sol en las matas de violetas, subir a los hombros de María y jugar con las rosas de sus sienes, y sus rizos negros y su trenza risueña.

¡Oh, Nena, la gatita blanca y perversa, supo muchas cosas! En su pensamiento guardaba fielmente los secretos frágiles, que sólo sus ojos alcanzaron decirme. Supo que había un altar en mi corazón para amar a María, la muchachita de los brazos morenos, y por eso nos quiso a los dos con toda su almita adorable. Cuando la miraba a los ojos para preguntarla por ella, yo leía en ellos suaves poemas de esperanza; y la quise, la quise mucho; lloré con ella cuando murió, porque amó *sus* manos con crueldad.....

Un día fué a la iglesia, solita, porque María la dejó dormida en su lecho de vellones albos y sedas harmoniosas. ¡Estaba blanca como una hostia!..... Se acercó en silencio, buscó sobre la falda un sitio donde esperar; pero no sintió sobre el fino lomo deslizarse la mano amable. Entonces, ofendida en su amor propio de gatita mimada, por su mente pasó un pensamiento obscuro, y su primer intento fué saber quién la robaba sus caricias. Y vió, en las manos que adoraba, un libro blanco y pequeñito como ella. Sintió celos la pobrecilla; ¡pensó que se le iba para siempre la felicidad!....y de un salto clavó las diminutas y finas uñas ambarinas en las manos que la olvidaban; y el libro cayó sobre el tapiz de oro, como paloma herida, con breves rosas rojas en las páginas blancas.....

Y una noche, en el jardín preclaro donde una fuente reía su canción, al mirarla a los ojos para preguntarla por ella, huyó de mis manos, impalpable y pequeñita, y fué a esconderse con la gracia de un copo de nieve en el hueco rosado y oloroso de las manos de María; y desde allí, plena de resplandor entre un rizo de luna, me miró fijamente, medrosamente, con su mirada diabolina, húmeda y azul....

Nov. 18 de 1913.

Juan Chargoy Gómez.

UN DISCURSO DE DON

Eugenio M. de Hostos.

Han sido tantas, durante estos cuatro años de prueba, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal enfrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas.

Pero nó, no sea de venganzas la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, qué víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago, han podido llegar hasta él¿ ¿Es él un gusano? ¿Es él un áspid? ¿Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

Nó, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solevantado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y no la conciencia individual, que siempre toma su fuerza de la inconciencia circunstante, sino la conciencia humana que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la Humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otras pasan por debajo, precipitándose estruendosamente en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir el penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del *Planchón,* un alpaca de color tan puro como [illegible] no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la [illegible]ertiginosa pendiente del ventisquero, y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que el alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horrísonos truenos la amenazaban, y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salutífera desolación, se entretenía contemplando la angustiosa lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, estos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquellos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, el alpaca solitario, indiferente a los gritos y a las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que lo habían acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo que habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, trasmitió a sus ojos expresivos la centellante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante de su salvación, y dirigiendo otra mirada sin encono a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en el alpaca descarriado de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa, se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

Yo la siento profunda y la proclamo en voz alta ante vosotros.

Todos, en el gobierno de la Nación, en el gobierno del Municipio, en el gobierno de la familia, en el gobierno de la opinión, como legisladores, Presidentes y Secretarios de Estado, como representantes de la comunidad municipal, como jefes e inspiradores del hogar, como guías de la opinión cuotidiana, todos vosotros, así los presentes como los distantes, así los que sostuvisteis como los que iniciaron esta obra, así los que desde el primer momento descubristeis la intención redentora que ella conlleva como los que hayáis tardado en ver la pureza de sus designios, así los que hayáis podido calumniarla, como los que la hayáis combatido por error o por sistema, así los claros enemigos de la obra como los oscuros enemigos del obrero, todos sois dignos de gratitud, porque todos habéis contribuido a un beneficio que la República estimará tanto más concienzudamente cuanto mayor número de generaciones, redimidas por este esfuerzo común de redención, vengan a darle cuenta de la causa fundamental de la serie de bienes que lo porvenir sucedará a la maraña de males que en lo pasado la envolvían.

Todos habéis contribuido a esta obra, los unos excitando con vuestras simpatías las pasiones generosas del amigo, los otros estimulando en el que inútilmente quisisteis considerar como enemigo, las reacciones sublimes que el odio injusto promueve en las almas poseídas de la verdad y la justicia.

Factores del bien como habéis sido todos, acaso deseáis que se exponga, tal cual es, a los ojos atentos de la República, y ese deseo es el que va este discurso a complacer.

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón. Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano habían dictado reglamentos, abierto cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud, y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria, o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedía que fructificara por completo su trabajo venerando.

La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaba en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la Nación, y estuvo en la enseñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza.

Para que la República convaleciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema, superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que, cuanto más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.

Ni el amor a la verdad, ni aun el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obtenga del hombre lo que ha de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores, no desenvuelve la noción del derecho y del deber; la del derecho, para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender prácticamente los principios naturales de la moral, desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida a la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la Humanidad.

Junto, por tanto, con el amor a la verdad y a la justicia, había de inculcarse en el espíritu de las generaciones educandas, un sentimiento poderoso de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud, y un tan hondo, positivo e inconmovible conocimiento del deber de amar la patria, en todo bien, por todo bien, y para todo bien que nunca, jamás pudiera volver a ser posible que la patria dejara de ser la madre alma de los hijos nacidos en su regazo santo o los hijos adoptivos que trajera a su seno el trabajo, la proscripción o el perseguimiento tenaz de un ideal.

Todos y cada uno de estos propósitos parciales estaban subordinados a un propósito total; o en otros términos, era imposible realizar parcialmente varios o uno de esos propósitos, si se desconocía o se descuidaba el propósito

esencial; el de formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana.

Y ese fin ¿cómo había de realizarse? Sólo de un modo; el único, el que ha querido Naturaleza que sea medio universal de formación moral del ser humano: desarrollando la razón; diré mucho mejor, diciendo la racionalidad; es decir, la capacidad de razonar y de relacionar, de idear y de pensar, de juzgar y conocer que sólo el hombre, entre todos los seres que pueblan el Planeta, ha recibido como carácter distintivo, eminente, excepcional y trascendente.

Y para desarrollar la mayor cantidad posible de razón en cada ser racional ¿qué principio había de ser norma, qué medio había de ser conducta, qué fin había de ser objetivo de la educación?

¿Habíamos de dejar las cosas como estaban? Habríamos seguido obteniendo del sistema de educación apetecido, lo que el sistema practicado estaba dando a la República: unos cuantos hombres de intelectualidad natural muy poderosa que, en virtud de sus propios esfuerzos, y contra los esfuerzos mismos de su viciosa educación intelectual, se elevan por sí mismos a una contemplación más pura y más real de la verdad y el bien, que la generación de bípedos dañinos o inofensivos que los rodeaban.

¿Habíamos de ir a establecer la cultura artificial que el escolasticismo está todavía empeñado en resucitar? Habríamos seguido debiendo a esta monstruosa educación de la razón humana, los ergotistas vacíos que, en los siglos medios de Europa y en los siglos coloniales de la América Latina, vaciaron la razón, dejando como impuro sedimento las cien generaciones de esclavos voluntarios que vivían encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino, y que, cuando se encontraron en la sociedad moderna, al encontrarse en un mundo despoblado de sus antiguos dioses y de sus antiguos héroes, no supieron, en Europa, ponerse con los buenos a fabricar la libertad, no supieron, en la América Latina, ponerse con los mejores a forjar la independencia.

¿Habíamos de buscar en la dirección que el Renacimiento dió a la cultura moral e intelectual, el modelo que debíamos seguir? No estamos para eso. Estamos para ser hombres propios, dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados; hombres útiles en todas las actividades de nuestro ser, y no hombres pendientes siempre de la forma que en la literatura y en la ciencia greco-romanas, tomaron las necesidades, los afectos, las pasiones, los deseos, los juicios y la concepción de la naturaleza. Estamos para pensar, no para expresar; para velar, no para soñar; para conocer, no para cantar; para observar, no para imaginar; para experimentar, no para inducir por concepciones subjetivas la realidad objetiva del mundo.

¿Habíamos, por último, de adoptar una organización docente que nos diera el esqueleto, no el contenido de la ciencia?

¿Qué habríamos hecho de la organización de los estudios norte-americana, alemana, suiza, francesa, si nos faltaba el elemento generador de la organización? ¿Qué Condorcet ha podido imbuir el principio vital en un fac-símile de hombre? ¿Qué Cuvier ha podido poner en movimiento las organizaciones anatómicas que restauraba? ¿Qué Pigmalión ha podido dar el fuego divino de la vida al bello ideal que ha esculpido el estatuario?

Como el soñador deificado de la Grecia, como el paleontólogo que Francia dió a la ciencia, como el filósofo que la Revolución francesa malogró, no la estatua, no los huesos, no la imagen, necesitábamos la vida.

Aun más que la vida. Para que la razón educada nos diera la fuerza vital que íbamos a pedirle, necesitábamos restituirle la salud.

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana de que formemos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del ser que es en las profundidades del esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillando ahora con los fulgores de la fantasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda: y complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas, camina por la vida como va por senderos de mundo el caminante imprevisor; tropezando y cayendo, levantándose para volver a tropezar y a caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona extrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del Ideal de cada existencia individual, de cada existencia nacional y del Ideal supremo de la Humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la afectividad hacia lo bello bueno, dirige la voluntad al bien, regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria, forja el ideal del hombre completo en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la Historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal en todos los seres realmente racionales, e iluminando con él la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al ser humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente, de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota, desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo, y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación puede realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigir a la razón? La otra la amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fósiles, y la vida no es un Gabinete de Historia Natural. La otra nos haría literatos, y la vida no está reducida, y las fuerzas creadoras del hombre no están concretadas a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate, por el pan, por el principio, por el puesto, y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoico:

"Conscientia propugnans pro virtute". como conciencia que combate por el bien.

La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar una armonía superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del Hombre por el espacio y por el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de Historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiabla los actos de la Humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral e intelectual, que hacen de ella un segundo Creador y una creación continua.

Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaréis el mundo, y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto,—para disparar el pensamiento entero—,con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

Y ¿qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón; un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento.

La verdad que de esa fecundación nacería, hasta tal punto es un poder que, ya lo veis, a vuestra vista está, la faz distinta de la Humanidad pasada con que se nos presenta la Humanidad actual, no es obra de otro obrero, ni efecto de otra causa, que de la mayor cantidad de verdad que el hombre de hoy tiene en su mente. Esa mayor cantidad de verdad no se debe a otra operación de alquimia o taumaturgia que a la simple operación de observar la realidad del mundo, tal cual es.

Y, ¿para qué, sino para eso, tenemos nosotros los sentidos? Y, para qué, sino para eso, trasmiten ellos sus sensaciones al cerebro? Y, ¿para qué, sino para eso, funciona en el cerebro la razón?

Y, sin embargo, hacer eso, que es lo que la naturaleza ha querido que hiciese el hombre en el planeta que le ha dado, ha parecido a los irreflexivos de todas partes, un atentado contra la naturaleza, y a los irreflexivos de por acá ha parecido un atentado contra Dios.

Pero, Señor, providencia, causa primera, verdad elemental, razón eficiente, conciencia universal, seas lo que fueres, ¿hasta cuando ha de ser un crimen la inocencia? ¿Hasta cuando ha de ser un mal la aspiración al bien? ¿Hasta cuando ha de ser aborto de la naturaleza el que más se esfuerza por ser su fiel hechura? ¿Hasta cuando ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón?

¿De la razón? De la parcela de razón que tú, sin duda tú, Razón centrípeta, has imbuido en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y teniendo en tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el centro que obedecen, cuanto más en lo hondo del infinito se sumergen.

¿Qué cuerpo en el espacio, qué razón en el mundo de los hombres, qué virtud en el alma de los niños, puede ser más regular cuando obedezca normalmente a su centro de atracción?

Así como el centro del mundo planetario está en el sol, y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así el centro de toda virtud es la razón. Desarrollar en los niños la razón, nutriéndola de realidad y de verdad, es desenvolver en ellos el principio mismo de la moral y la virtud.

La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón; y la virtud no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevienen de continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence entonces a lo que tenemos de animales, y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales, porque eso es fuerza (*virtus*), la esencia constituyente, la naturaleza de los seres de razón.

Por lograr ese fin, más alto y mejor que otro cualquiera (por ser, tomando un pleonasmo expresivo de la metafísica alemana, el *fin final* del hombre en el Planeta), por lograr ese fin han querido los grandes maestros, desde Confucio hasta Aristóteles, desde Mencio hasta Sócrates, desde Comenio hasta Pestalozzi, desde Fenelon hasta Froebel, desde Tyndal hasta Lockyer, desde Mann hasta Hill, secundar a la razón en su incesante evolución a la verdad. Por lograr ese fin se quiso también aplicar aquí el sistema y el procedimiento racional de educación. Formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia, ese podrá haber sido el delito, pero ese ha sido y seguirá siendo el propósito del director de esta obra combatida.

Para que la obra fuera completamente digna de un pueblo, ni un solo móvil egoísta he puesto en ella.

Si el egoísmo hubiera sido mi guía o mi consejero, hace ya mucho tiempo que hubiera desistido de la empresa; la calumnia habría dado la voz a la viril indignación, y habría acabado.

Pero, ni al mal egoísmo ni al egoísmo bueno presté oídos, y el mismo tranquilo menospreciador de ahullidos que antes era, soy ahora; y la misma que fué en la ley, es en el presupuesto de mi vida la recompensa económica de mi trabajo material.

Si hubiera sido egoísta, abiertas generosamente para mí han estado las puertas de una comarca hermana, y me las he cerrado.

Si hubiera sido egoísta, Constitución, posibilidad de ser útil, simpatías personales, la misma vocación me hubieran llamado a la política, y mirad que vivo en la soledad de mis deberes.

Si hubiera sido egoísta, me hubiera abierto a todas las expansiones que dan popularidad al hombre público, y mirad que estoy tan encerrado como siempre en mi reserva.

Si hubiera sido egoísta.....

Pero ¿cómo me atrevo a alucinaros? ¿cómo me atrevo a mentiros? ¿cómo me atrevo a engañaros?

Al modo de la virgen pudorosa que se ruboriza al negar el afecto que suspira en lo profundo, el alma virgen de dolo y de mentira inflama el rostro del que miente una virtud.

Vedme, Señores, confeso de mentira ante vosotros. Vedme confuso de haberos engañado. Yo no puedo negaros que os engaño. Yo no puedo negaros que soy egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi más fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.

Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan sólo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos.

Tíreme la primera piedra aquel de entre vosotros que se sienta incapaz de ese egoísmo.

Con eso no se contará para la alta empresa. Y cuando ya las legiones de reformados en conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la Historia, busquen en la actividad de su virtud patriótica la Confederación de las Antillas que, conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida en las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto. Y cuando, al meditar en la eficacia del procedimiento intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimientos que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque del

alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuanto más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resurgirá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella: estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es; y el silencio y el recogimiento atestiguaban que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo, se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escuálidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio, se retira medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.

Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares, la optación que expreso ante vosotros y ante la patria de hoy y de mañana:

¡Ojalá que llegue pronto el día en que la Escuela sea templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeunte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces, ¡no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos, porque la pobre escuálida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la Confesión de la verdad!

Eugenio M. de Hostos.

(Leído en la solemne investidura de los primeros maestros de la Escuela Normal de Santo Domingo).

Tres poetas.

En medio de los horrores de la revolución y las hondas desgracias de la República, sobre la explosión de los odios y de las pasiones políticas que amenazan derrumbarlo todo incluso el sagrado derecho de ser libres, nos viene de una escuela, de la Normal para Maestros—quizás entre las profesionales la menos prestigiada, puesto que no se la englobó en el sistema de la nueva Universidad—un triple canto de juventud y de vida triunfante, un fresco trébol de pensamiento y de emoción, que pone una sonrisa en los labios exangües de la patria y hace brillar una esperanza en los insomnios de sus ojos, turbios de lágrimas y de sangre.

Nos referimos a tres muchachos de buena voluntad y de corazón puro, que en estas horas de angustia y de temor, levantan las manos unánimes perfumadas de rosas cuya fragante hermosura podrán admirar en estas páginas todos aquellos que son amigos de los colores melodiosos y de las exquisitas esencias.

Es un luminoso esfuerzo que traza un paréntesis de silencio y de meditación en el estruendo de la lucha. Es casi una caricia filial con que manos juveniles pretenden restañar crueles e incesantes heridas. Comprendiéndolo así, un hombre, también de buena voluntad y sensible a los nobles trabajos del espíritu, no ha titubeado en hacer viable esta bella eclosión de inteligencia y de estudio: gracias al talento y a la cultura de José María Lozano, que bajo la Cartera de Comunicaciones oculta la generosidad de Mecenas, la obra primigenia de los noveles poetas, se blasonará muy pronto con el honor del libro, cosa inusitada entre nosotros, en que hasta hace poco, era preciso haber cumplido cuarenta años y ver la vida con ojos de académico, para alcanzar la meta de la edición cerca de cualquier sórdido librero, tan enemigo de la piedad como del arte. Hasta la celebridad barata que se conquista en la prensa diaria, estaba prohibida a los jóvenes. El linotipo era implacable para los nombres nuevos. Como en el "Pájaro Azul" de Maeterlink, quién sabe cuántas inteligencias se quedaron en los negros limbos con sus tesoros ocultos, por falta únicamente de un poco de estímulo y otro poco de bondad.

Por fortuna para los poetas que hoy presentamos, los hombres del poder son accesibles a los pequeños y no se desdeñan de mirar a los que están abajo. Así lo demostrarán con significativa elocuencia, los tres libros que desde luego anunciamos y de los cuales son muestra las composiciones insertas, pensadas por juveniles talentos que se coronan con la guirnalda espléndida de los veinte años. Lo que quiere decir que la triple floración es de abril, que la primavera, como Dios, está en todas partes y que apenas comienza a reventar el botón.

Francisco González Guerrero es el dueño de este campo, blanco de capullos liliales. Antes de abrirse, parecen ya extenuados de pureza en una perpetua oblación. ¿Quién duda que la tierra, purificada al recibir esa clara simiente, no cuaje manzanas de oro en el estío por venir? Si la vida no le traiciona, será este poeta un cándido prior de clarisas. Observará armoniosamente la regla de su padre el de Asís y traducirá en alabanzas al Señor, hasta

el rugir de las fieras y el ulular de los vientos. Por ahora es un pastor de azucenas; un jardinero de silencios en cuyas praderas se apacientan aquellas corzas de vellones pascuales y de cuernos de plata, que miraba el buen San Huberto en las noches milagrosas de luna.

Rodrigo Torres Hernández, expresa en alejandrinos jugosos de resonancias atrayentes, un amable erotismo lleno de aristocracias instintivas. Su madrigal es miel de rosas en las que se abrevan las abejas zumbadoras de las ideas. Cuando entre más en la vida, la mordedura del dolor le dará fortaleza y emoción, para glorificarla en plenitud. Mientras tanto, sus estrofas tornasoladas como los pechos de las palomas, zurcan reclamos y querellas en los alcores, antes de emprender el camino de la sacra montaña, en donde florece el lirio de oro.

Gregorio López y Fuentes es el más joven del grupo lírico y su libro será el primero que verá la luz. Ennoblece y estiliza el paisaje natal con un pincel mojado en delicadas tintas, a través de las cuales se conservan como en la comba de una turquesa transparente, las líneas claras de la clara tierra costeña. Porque este muchacho tan rico de refinamientos, de líricas audacias y de grandes intuiciones artísticas cuya musa lleva los ojos lucientes plenos de campesinos esplendores, es veracruzano. Nació entre el mar y la montaña. Por eso en su "Siringa de Cristal" despiertan cantos de sirenas y largos rumores de palmas sonantes. Un efebo, que va desflorando todas las sorpresas del vivir, con la mirada en una estrella y la melena en el azul. En suma, glosándola un poco, a los tres puede aplicarse la frase con que Verlaine esmaltó las alas de aquel brillante pájaro de las islas que se llamó Julián del Casal: "Son de esos jóvenes todavía laxos de ciencia, que necesitan reposar la cabeza en el regazo de la Virgen. Cuando sufran, serán nuestros hermanos. Preparemos y tejamos para recibirlos, una corona de laurel verde, atada con una cinta color de carne morena."

¿Defectos?....¿Influencias?.....Bah. En sus brazos lirados se levanta la custodia de sol por oriente y hay tiempo de rectificar la ruta.

Y la mejor será aquella, indudablemente, en la que nazcan rosas de la propia campiña, regadas con aguas de las propias albercas.

México, 1913.

Rafael López.

De *El Independiente*. Noviembre 17 1913.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA

NUMEROS PUBLICADOS

1

V. Badillo.—Rodrigo Torres Hernández.—Maria Duarte.
Colaboradores: María Enriqueta.—Roberto Argüelles Bringas.—Alfonso Reyes.—Alfonso Pruneda.—G. Torres Quintero.

2

F. González-Guerrero.—Conrado Abundes.—Juan Chargoy Gómez.
Colaboradores: Rafael López.—Maria Enriqueta.—Pedro Henríquez Ureña.—Salvador Cordero.—Julio Torri.—Ezequiel A. Chávez.—G. Torres Quintero.—Rodolfo Reyes.

3

Colaboradores: Alfonso Reyes.—Enrique O. Aragón.—Pedro Henríquez Ureña

4

Gregorio López y Fuentes.—Conrado Abundes.—Rodrigo Torres Hernández.—Juan Chargoy Gómez.—F. Gustavo Villatoro.—Felipe de J. Espinosa.
Colaboradores: José de J. Núñez y Domínguez.—Julio Torri.—Alfonso L. Herrera.
Reproducciones: Rubén Darío.—Amado Nervo.

5

Gregorio López y Fuentes.—Froylán González.—Conrado Abundes.—Rafael Heliodoro Valle.
Colaboradores: Pedro Henríquez Ureña.—Martín Luis Guzmán.

6

Antonio Castro.—V. Badillo.—Juan Chargoy Gómez.—Rodrigo Torres Hernández.—Gregorio López y Fuentes.
Colaboradores: Enrique González Martínez.—Rubén M. Campos.—Martín Luis Guzmán.

7

R. Torres Hernández.—Conrado Abundes.—J. Chargoy Gómez.
Colaboradores: Luis González Obregón.
Reproducciones: Rafael López.—Eugenio M. de Hostos.

NOSOTROS

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

Numero 8. MEXICO, D. F., ENERO DE 1914. Apartado Postal 4,628.

SUMARIO

ANTONIO CASO. — La filosofia de la intuición.

MARIA ENRIQUETA. — Paisaje.

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS. — Fuerza y dolor.

JULIO TORRI. — La conquista de la Luna.

LEOPOLDO DE LA ROSA. — Salmo de creencia.

RUBÉN DARIO. — La rosa niña.

RICARDO GOMEZ ROBELO. — Noche Buena.

AMADO NERVO. — Dominio.

ANATOLE FRANCE. — Cleopatra (Trad. de Rafael López).

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES. — Fray Invierno. — En el camino.

CONRADO ABUNDES. — Las Florecitas.

FROYLAN GONZALEZ. — Oblata.

A. C. — Trindade Coelho.

ANTONIO CASO

(CARICATURA)

LA FILOSOFIA DE LA INTUICION

"Le nouvel idéalisme, loin de s'établir en "dehors de la science, de l'art, des religions, "des réalités données, selon la conception "dualiste, trouve dans le donné même la "matière à l'aide de laquelle il s'efforce de "réaliser l'esprit."

BOUTROUX.

Compruébase constantemente en nuestro siglo el auge de las tendencias filosóficas anti–intelectualistas. El pragmatismo de Nietzsche y de James (que un joven pensador francés, René Berthellot, llama *pragmatismo integral*); el bergsonismo; la filosofía de la contingencia (sólidamente construída por Émile Boutroux sobre los datos que ofrecen las ciencias en su amplia evolución contemporánea); y los diversos ensayos de interpretación de las leyes naturales y de las formas y especies científicas, debidos a sabios de genio como Ostwald, Mach y Poincaré, para no citar sino a los más ilustres propugnadores de la tendencia; todo ello elaborado simultáneamente, es, sin duda, signo fehacientísimo de la decidida vocación anti–intelectualista de nuestro tiempo. Pragmatismo integral o pragmatismo mitigado, pero siempre filosofía de la acción, de la voluntad, de la intuición; reivindicaciones de la religión, o de la *religiosidad personal*, como dice James, o de la necesidad religiosa del siglo (que con incomparable seguridad y elocuencia expone Rudolf Eucken en su libro sobre las grandes direcciones del pensamiento contemporáneo); todo concurre a un propósito sintético, a una acción conjunta y clarísima de oposición al viejo y clásico intelectualismo.

El movimiento no es, en rigor, nuevo; sino lógica continuación y desarrollo intensivo de la filosofía del siglo pasado, lo mismo en Francia que en los Estados Unidos y así en Inglaterra como en Alemania: las cuatro grandes naciones que elaboran con real originalidad y personalidad genuina el pensamiento filosófico contemporáneo.

A partir de las audacias románticas de Rousseau y de las Críticas kantianas (clásicas para el intelectualismo y para el anti-intelectualismo también); al través del moralismo de Fichte, de la filosofía schelliniana, del individualismo anomístico de Stirner, del etelismo pesimista de Schopenhauer y del pesimismo heroico o dionisíaco de Nietzsche; o como desarrollo natural del empirismo inglés que, con Spencer, fué francamente agnóstico; o como última inflorescencia del genio espiritualista de Francia, que representaron dignamente Maine de Birian y Félix Ravaisson, y que hoy representa, para honra de la civilización latina, el insigne Bergson, el anti–intelectualismo actual prospera como amplísimo movimimiento de reacción contra el intelectualismo, inaugurado por Descartes, y sostenido sin solución de continuidad, en las tradiciones filosóficas de la Edad Moderna.

Es, en suma, el movimiento, una reivindicación del espíritu, de la vida espiritual autónoma e irreducible, de lo propio y genuinamente hu-

mano. No es idealismo, como suele decirse, sino humanismo; es la última expresión de la lucha contra lo que Spencer llamó la *superstición racionalista*, en la que cifraron sus esfuerzos los grandes pensadores del siglo XVIII, inveterados racionalistas sistemáticos; la resonancia universal del intenso gesto heroico de Rousseau frente a la filosofía de Voltaire, Helvetius y Condillac; la prolongación y la síntesis del Romanticismo y el positivismo filosóficos.

Toda filosofía es, en cierto modo, humanismo; no en el sentido singular que concede a esta palabra el profesor Schiller, sino entendida como acto esencialmente humano por su origen, su desarrollo orgánico y su fin. Si filosofar es explicar, y sólo esto debe ser, es inútil tratar de explicar la vida humana por el mundo, porque, en definitiva, para el filósofo, no para el investigador científico que debe necesariamente abstraer sus datos de la realidad, el mundo es una experiencia psicológica, y sólo se explica por el hombre. La verdad fundamental de toda filosofía es una verdad antropológica, una intuición esencialmente idéntica a las intuiciones estéticas y que sólo difiere de ellas por su objeto universal y no individual.

Auguste Comte observó que, en el principio de la especulación, los hombres hubieron de hacer hipótesis falsas, antropomórficas, y que, de la corrección perpetua de tales hipótesis, han nacido las ciencias. Añadió, además, que si no se hubieran lanzado intrépidamente a cometer tales fecundísimos errores, no habría principiado a ser, jamás, la filosofía. Esto es rigurosamente cierto; pero el fenómeno no es peculiar a la iniciación de las especulaciones metafísicas, sino común a todos los filósofos de todos los tiempos de la historia; porque sin el error antropocéntrico, como diría Haeckel, el mundo sería absolutamente arcano para el hombre. Dentro de nuestro propio individuo psicológico, querámoslo o no, existe, para nosotros, el universo entero; en nuestro yo, pero no solamente en nuestro yo intelectual, sino en nuestro yo total, en nuestro *ego* humano, están todos nuestros datos y, de fijo, todos los elementos de que disponenos para pensar la existencia. Las realidades heterogéneas al hombre son la inexistencia misma. Todo cuanto no refleja un ápice de nuestra voluntad, de nuestra inteligencia, de nuestra actividad, es la nada. Débese afirmarlo enérgicamente: lo que es en absoluto heterogéneo a la humanidad, no existe. Fray Luis de Granada decía, comentando el Timeo de Platón: "nuestros entendimientos luego nos inclinan a nuestras mismas cosas, y "todo lo que entendemos, lo entendemos a nuestro modo, pensando que "es de la manera que somos, y lo que no es como nosotros, no lo conoce- "mos, ni podemos atinar como será."

Por lo cual, todo sistema filosófico es humanismo. Humanismo intelectualista, si prefiere como base de la explicación el pensar al sentir y al querer; anti-intelectualista, si prefiere el querer al pensar; pero siempre humanismo. Los sistemas materialistas o naturalistas son formas diversas del intelectualismo; es decir: preferencias que optan por la razón discursiva y su determinismo intrínseco, como principios de explicación. Nuestro siglo ha fundado su originalidad filosófica en esta que es su verdad primera: preferir la voluntad a la inteligencia como principio de explicación del

universo; es decir: como principio esencial de la vida psicológica; pero sin pretender excluir a la inteligencia del trabajo sintético, sin incurrir en las limitaciones del pensamiento místico peculiar a otros siglos.

A la vez que el intelectualismo y sus variadas y complejas formas, ha existido siempre una filosofía esencialmente distinta que no procede por vía analítica o discursiva; sino por afirmaciones y síntesis de juicios intuitivos: esta filósofía es el misticismo. Los místicos de todos los países y de todos los tiempos han afirmado que la inspiración, la revelación, la intuición, la evidencia, son los procedimientos propios del saber, por o menos, del saber fundamental que enseña el verdadero sentido y el valor real de la existencia. Expresión adecuada del conocimiento es, según ellos, no la expresión necesariamente artificial del análisis, sino la intuición sintética y desinteresada de la realidad.

El místico no procura convencer por el desarrollo lógico del discurso; se dirige a persuadir por la comunicación más o menos feliz, de su estado de evidencia personal. Apela a una lógica diversa, la lógica de la imaginación y del sentimiento, la lógica del instinto que, para el intelectualista puro, como Spinosa, por ejemplo, sería la negación de toda lógica. Convence afirmando y reiterando su verdad, esclareciéndola por virtud de otras afirmaciones congruentes que se imponen o tratan de imponerse como la evidencia misma. Lo que hace el místico es introspeccionarse, interrogarse a sí mismo, y describirse. Un tratado místico es la descripción poética y circunstanciada de la realidad que cabe ser sentida y afirmada en un espíritu individual concreto. Al silogismo y su rigor dialéctico inherente se substituye un organismo expresivo y persuavivo de índole más compleja, que no sólo se desarrolla en la simple concordancia y concatenación de juicios, sino que se basa, a cada instante, en analogías y conjeturas más o menos plausibles, y siempre en el dato personalísimo, en la comunicación de estados de conciencia singulares.

La metáfora, la alegoría poética, el arte de decir enérgicamente, de reproducir con exactitud, de transmitir con sinceridad y escrupulosidad: un lenguaje lleno de imágenes y de símbolos que habla con los múltiples recursos del sentimiento y no sólo con la razón: tal es, imperfectamente bosquejado, el organismo expresivo de todo misticismo.

"Bienaventurado aquel a quien la verdad por sí misma enseña, no por "figuras y voces que pasan, más así como es," dice el incomparable autor "de la Imitación de Cristo." "Verdaderamente teniendo ojos no vemos. ¿Qué se me da de los géneros y especies de los lógicos? Aquel a quien "habla el Verbo Eterno, de muchas opiniones se desembaraza. De este "Verbo salen todas las cosas y todos predican este uno, y este es el prin-"cipio que nos habla. Ninguno entiende y juzga sin él rectamente. Aquel "a quien todas las cosas le fueren uno, y trajere a uno, y las mire en uno, "podrá ser estable y firme de corazón y permanecer pacífico en Dios."

Pero, además de la forma externa del misticismo, débese considerar que, en el fondo, actúa también en él una lógica consistente en la congruencia de las intuiciones que se afirman. El místico ve, *no busca ni tantea,* como dice Nietzsche en un soberano trozo de profundísima introspección

psicológica: no escoge ni elimina: habla su interior espiritual y lo impone como *su* verdad, como verdad simbólica, como la única verdad posible.

Al misticismo ha objetado siempre el intelectualismo que *no hay ciencia de lo particular como particular*; que la verdad es, por su esencia, universal; que las afirmaciones sin pruebas suficientes son ilusiones, y que las descripciones psicológicas, por elocuentes y sinceras que fueren, sólo valen como conjuntos de datos que hay que analizar, avalorar y resolver.

Al intelectualismo, a la *pequeña razón*, ha objetado siempre el misticismo que la inteligencia solamente es capaz de resultados abstractos: que la abstracción, aun cuando sea universal, no es concreta; y que, por ende, no es real, no es filosófica.

Los intelectualistas ofrecen, al término de sus ejercicios sistemáticos y dialécticos, un conjunto de proposiciones informadas en datos reales, pero incapaces de engendrar, por su síntesis, la realidad misma. Es el mundo de Spinosa: la negación del mundo; el mundo de Hegel: la apoteósis del devenir, la negación del ser.

Los místicos, por su parte, ofrecen evidencias personales, mundos sin relaciones, sin ventanas, a veces absolutamente herméticos, en los que quieren obligarnos a creer a golpes de sinceridad y de elocuencia.

Contra los primeros, la realidad concreta, múltiple y heterogénea, arguye: la ciencia no es el mundo; la abstracción no es la vida; la ley no es el sér... Contra los segundos, la razón demuestra: lo que no es racional, lo que recusa el imperio de las leyes lógicas eternas, no puede ser objeto de conocimiento. Tal es, en suma, el conflicto secular del misticismo y el intelectualismo; la antinomia lógica más profuda; el grave problema que se ha propuesto resolver la filosofía de la intuición.

La ciencia no puede abarcar la realidad. Las verdades científicas, universales y abstractas, no son la verdad, la realidad concreta plenamente asimilada por el espíritu. La ciencia se constituye definiendo *a priori* un objeto especial de estudio, y desligándolo de la realidad en que se mira íntimamente relacionado con el conjunto de la existencia. Toda ciencia es siempre resultado de investigaciones que se efectúan dentro de ciertos antecedentes que se postulan, dentro de juicios fundamentales que no son el enunciado de la existencia sintética, sino de la experiencia seleccionada y desvirtuada por la abstracción. Ello es consecuencia irrefragable de nuestras limitaciones intelectuales: necesitamos, para percibir y entender algo, distinguirlo del conjunto en que es. Sólo así logramos intelectualizarlo: interrumpiendo en nuestro favor la continuidad substancial de la experiencia. Empezar a entender es empezar a desvirtuar; y el resultado último sólo es válido dentro de las premisas admitidas, sólo es significativo dentro de los convencionalismos iniciales de la abstracción científica.

Por esto se equivocan grandemente quienes profesan el último fetichismo intelectualista, el *fetichismo de la ciencia*, la *idolatría teatral*, como diría Bacon, en que incurrió el siglo XIX, al pretender fundar sobre los datos científicos especulaciones sintéticas sobre el Arte, la Religión y la Moral. No, el valor de los datos científicos está subordinado al apriorismo fundamental que limita el objeto del conocimiento e impone los procedimientos adecuados a su elaboración.

Las ciencias abstractas fundamentales del positivismo, no arrojan, como conclusion última, la expresión cabal de la existencia; sino que ofrecen no más, expresiones diversas y fragmentarias que necesitan llevarse de nuevo a la experiencia de donde surgieron, para alcanzar su valor pleno, su significación real.

Todas las ciencias parten de la evidencia; de la evidencia particular y de la evidencia racional; de las formas *a priori* de la inteligencia y de la afirmación particular de determinada experiencia. Las intuiciones inmediatas son la base de todo conocimiento, las premisas de toda demostración. El método analítico y sintético de los lógicos no es capaz de producir la simultaneidad del conocimiento, la integración de las verdades científicas en la verdad universal concreta. Para lograr esto último, hay que volver a recurrir al único procedimiento que causa la simultaneidad en el conocimiento, a saber: la intuición. Débese apreciar, en su justo valor, el resultado de la labor científica. Hay que sumergir sus datos abstractos en la intuición; que llevar al seno mismo de la experiencia lo que es fruto de la elaboración racional, y que animar, si así puede decirse, en el seno dinámico de la vida, los conceptos obtenidos y organizados, los sistemas simbólicos, en una palabra: la verdad incompleta.

Las ciencias son una parte de la verdad; sus métodos, una parte del método. Para llegar a la verdad metafísica hay que combinar los métodos y los resultados científicos con las verdades de intuición. Esta combinación es el método primitivo de la Filosofía.

"Por intuición, dice el gran pensador francés Henri Bergson, no ha "de entenderse una contemplación pasiva del espíritu por si mismo, un "sueño de donde saldría tomando sus propias visiones como cosas vistas en "realidad. La intuición de que se habla, aun cuando fuere metafísica por "su tendencia, puede ser tan precisa como los conocimientos científicos más "precisos, tan incontestable, como los más incontestables."

"Consiste en volver a tener contacto con una realidad concreta sobre "la cual los análisis científicos han proporcionado notas abstractas: para "ello es menester servirse de los mismos análisis. Analizar una represen-"tación es referirla a elementos ya conocidos; es, pues, desprender lo que "tiene de común con otras representaciones diversas. En muchos casos, po-"drá el análisis agotar todo el contenido del objeto analizado; pero es que "entonces el objeto no posee carácter peculiar: no es un objeto especial, "sino un compuesto de varios objetos."

"Si el objeto tiene un fondo propio, en vano se trataría de desprender "analíticamente, es decir, por una operación que no es ni puede ser sino "una enumeración de semejanzas, el elemento esencial; la imposibilidad "misma de agotar semejante enumeración, el deber de llevarla siempre "más allá, para resumir el carácter que huye siempre, demuestra que, para "percibir ese carácter se reclama una operación de otro género; es meneS-"ter una intuición. La intuición jamás se comunicará completa porque, por "más especiales y adecuados que se supongan los signos del lenguaje, no "podrán expresar sino semejanzas y se trata precisamente de expresar di-"ferencias. Pero es posible colocarnos en la actitud que es menester tomar "para proporcionarnos a nosotros mismos la intuición. La reconoceremos

"por verdadera en que nos aparecerá como el punto virtual en donde to-
"dos los análisis se unirían si los prolongáramos por el pensamiento; y
"como el origen real de sus divergencias." (Prefacio al libro de Émile Lubac, rotulado: "Esquisse d'un Système de Psychologie Rationnelle").

De esta suerte, la ciencia, que partió de la experiencia como de su origen necesario, y que, fundándose en ella realiza su desenvolvimiento racional autónomo, merced a procedimientos adecuados, vuelve a la experiencia misma, y después de servir para iluminarla y de comprobar palmariamente su impotencia para abarcarla en su totalidad, cesa en su misión transitoria, confiesa sus límites esenciales y se funde en el esfuerzo filosófico, en la consecución del supremo desiderátum del espíritu: el conocimiento metafísico, el conocimiento universal y concreto de la realidad en la intuición.

Bergson insiste a menudo, en sus libros, en la importancia del procedimiento intuitivo que acaba de describirse y que ha sido bastante a inspirarle la construcción de hipótesis psicológicas de gran trascendencia que inician soluciones importantísimas de viejos problemas metafísicos. Toda la labor genial del filósofo francés podría, tal vez, caracterizarse diciendo que es un esfuerzo constante para lograr la intuición directa y verdadera del espíritu; intuición que destruye las falsas teorías que entienden y explican la vida mental como un *epifenómeno* y en función de nociones tomadas de la generalización de los atributos del mundo exterior, *espaciales* y privativos de la materia.

A diferencia de Kant, primeramente, y de las tendencias empíricas contemporáneas que se propusieron la determinación de las formas *a priori* de la inteligencia como elementos inevitablemente deformadores de la realidad; y que se empeñaron, a veces, en construir lo extrínseco al yo con los estados internos, Bergson se pregunta "si los estados más aparentes del mismo yo, que parecen percibirse directamente, no serían, las más de las veces, percepciones efectuadas al través de formas que se han tomado del mundo exterior."

Si así fuere, el método adecuado para investigar la realidad interior sería precisamente determinar y abstraer lo que la vida social y el lenguaje imponen a la inteligencia, y basar la psicología en el análisis del yo profundo, en la intuición de la realidad espiritual inmediata.

Bergson ha producido en su *Essai sur les données inmédiates de la conscience,* el alegato más trascendental en pro de la autonomía de la conciencia y de la libertad humanas que es dable hallar en la historia del pensamiento filosófico, desde la antigüedad hasta nuestros días; destruyendo así, en virtud de la aplicación del método intuitivo, las afirmaciones intransigentes del determinismo intelectualista, estimadas por algunos pensadores como conclusiones necesarias del desarrollo rigurosamente científico.

Respecto al viejo problema de las relaciones del espíritu y el cuerpo, en razón también de la aplicación constante del método filosófico que no es sino "retorno consciente y reflexivo a los datos de la intuición," el ilustre filósofo ha fecundizado, merced al contingente de nuevas tesis ingeniosísimas, gracias, sobre todo, a la primacía otorgada a la *representación*

con respecto a los movimientos cerebrales, la situación lógica del problema, al atribuir, como dice Binet, al sistema nervioso entero, el papel subordinado de vehículo para la acción, *de simple instrumento*; y no, como en el viejo materialismo o en el actual paralelismo psico-fisiológico, de *sustratum* del conocimiento.

Por último, como remate dignísimo de la obra anterior, juzgando íntimamente ligadas entre sí las teorías del conocimiento y de la vida, Bergson ha llegado a definir una síntesis metafísica, cosmológica: la *evolución creadora*, vitalismo especulativo *sui generis*, según piensa Höffding, síntesis que tiende a "ahondar hasta la raíz misma de la naturaleza y del espíritu, substituyendo al falso evolucionismo spenceriano un evolucionismo verdadero en el cual habrá de manifestarse el proceso generativo, creciente, de la realidad."

Joven es aún el gran pensador, y apenas si ha abordado en su preciosa monografía rotulada "Le Rire" y en algunos otros ensayos menores, los problemas del *valor de la existencia*, las cuestiones estéticas, éticas y religiosas. Pero, al través de la labor que hasta la fecha lleva cumplida, nótase el anhelo generoso y confortante de una doctrina que reivindica esencialmente los fueros del espíritu, la dignidad augusta del hombre, y con ella, la posibilidad de una estética, de una moral y una filosofía de la religión verdaderas, construídas, quizás, en torno de este pensamiento sintético enunciado ya francamente en la "Evolution Créatrice": *l'absolu est d'essence psychologique et non pas mathématique ou logique.* Tal absoluto, psicológico por su esencia, inspirará, de fijo, a su autor, las más luminosas y preciadas inflorescencias de su genio.

Consecuencia natural del método preconizado por Bergson para las especulaciones metafísicas es que, como he dicho anteriormente, aun cuando sea tal método, el único medio capaz de vencer las conclusiones del intelectualismo agnóstico, solamente será practicable, con éxito, por aquellos espíritus capaces de realizar la síntesis de los datos abstractos de las ciencias en la intuición directa, viva y orgánica, de la realidad. El mismo Bergson así lo declara terminantemente al exigir para cada investigación filosófica un esfuerzo constante de invención: "este método, dice, presenta para su aplicación dificultades considerables y sin cesar renacientes, *porque exige, para resolver cada nuevo problema, un esfuerzo enteramente nuevo.*" (Matière et Memoire).

Ahora bien, esta labor, profundamente difícil en sí, resulta asequible nada más a seres intuitivos extraordinarios. La inteligencia, *elegante solución del problema de la vida*, como donosa y profundamente afirma Bergson, es facultad de común desarrollo en la especie humana, a causa de la tensión de las necesidades vitales inherentes a la acción. Pero la intuición, la verdadera intuición filosófica, la síntesis compleja que se preconiza, la alianza especulativa de los datos abstractos de las ciencias con sus evidentes antecedentes lógicos y con la realidad directa y concreta, lejos de ser patrimonio de todos los espíritus, es atributo excepcional de unos cuantos.

Acaso la misma inteligencia pueda, en su labor educativa, convencida de sus graves limitaciones concomitantes, reaccionar en contra del des-

arrollo psicológico unilateral del espíritu humano, desarrollo que ha consistido en favorecer el esfuerzo de la razón, debilitando el ejercicio de la intuición inmediata; pero, de todos modos, el método sugerido por Bergson, carece, según creo, de la universalidad que distingue a los procedimientos meramente intelectuales, procedimientos que, en mayor o menor grado, todo investigador practica sin cesar.

De ahí que la situación del progreso metafísico sea extraordinaria. Es un progreso real; así debemos creerlo. La historia de la filosofía no es un retorno cíclico. Todas las auroras de los sistemas anuncian un advenimiento; todos los errores que mueren preparan los nuevos y radiosos rumbos de la verdad que se persigue anhelosamente. El agnosticismo de la *Crítica de la Razón Pura* ha sido superado y vencido por el insigne maestro que enseña: "La impotencia de la razón especulativa, tal como Kant la demostró, no es quizás, en el fondo, sino la impotencia de la inteligencia sujeta a ciertas necesidades de la vida corporal y que se ejercita sobre la materia que hubo de desorganizar para la satisfacción de las necesidades. Nuestro conocimiento de las cosas no es, acaso, relativo a la estructura fundamental de nuestro espíritu, sino sólo a sus hábitos superficiales y adquiridos, a la forma contingente que procede de las funciones corporales y las necesidades inferiores. La relatividad del conocimiento puede no ser definitiva. Deshaciendo lo que las necesidades hicieron, se restablecería la intuición en su pureza primitiva y se volvería a tener contacto con la realidad." (Matière et Memoire).

Pero esta sublime catástrofe filosófica, este esfuerzo de romper con la vida para llegar a la vida verdadera, en el arte y la filosofia, este salto heroico sobre las antítesis de la intuicion bergsoniana ¿quién que no sea un intuitivo superior, como Bergson, podrá darlo? ¿quién que no viva de su yo intrínseco, de su *yo profundo*, de la intimidad esencial de su conciencia y de su personalidad, podrá cumplirlo?

Pocos hombres dejan de vivir de su *yo social* y extrínseco; pocos son *ellos mismos*, como diría Ibsen. El *yo profundo* no ha de revelarse a todos; y muchos eminentes razonadores morirán, tal vez, sin haberlo visto aparecer y formularse, en una sola ocasión siquiera, surgiendo de sus propias intuiciones. El progreso metafísico es, pues, esporádico; adolece de una irregularidad fundamental incuestionable que resulta de la naturaleza propia del único medio capaz de realizarlo.

La consecuencia final formulada nos muestra un fondo de real indeterminacion en el centro de los destinos de la especie, estrechamente vinculados a la solución de las interrogaciones inquietantes de la filosofía. Cada vez que lo imponga la vida, venciendo la uniformidad de la evolución general de los espíritus, del fondo de perenne e inagotable fecundidad, surgirá un inspirado, un renovador verdadero, y la humanidad habrá avanzado un paso en la determinación de la realidad inmediata. Algunos místicos se acercarán a su conocimiento y en sus devaneos sublimísimos nos hablarán de ella en su lenguaje alegórico y espléndido, animados de su fervor divino, sonámbulos fascinados por la luz eterna que vislumbran; algunos diálecticos desarrollarán su facultad de razonar, escrutando problemas menores, coligando hechos dispersos, imprimiendo nuevos giros a

las teorías y las hipótesis inventadas antes y capaces de mayor extensión; sistematizando, en fin, ideas y doctrinas aparentemente inconexas; pero el impulso verdaderamente progresivo sólo podrá darlo el intuitivo extraordinario, el inventor sintético, la brillante excepción humana que descorre un velo o lee una página del misterio inefable para la multitud. Dios no habla por todos los labios. El don de profecía filosófica es singularísimo, su *unicidad* es esencial. He aquí, por ventura, una conclusión realmente adecuada al íntimo sentido de la historia del pensamiento filosófico y de la vida misma.

Noviembre de 1913.

ANTONIO CASO,
Director de la Escuela N.
de Altos Estudios.

PAISAJE

Por la polvosa calzada,
va la carreta pesada
gimiendo con gran dolor.
Es tarde fría de Enero,
y los bueyes van temblando....
Mas de amor
van hablando
la boyera y el boyero.

Yo voy sola por la orilla
donde la hoja difunta
que el viento en montones junta,
pone una nota amarilla....
mientras tanto, en el sendero
bien unidos van, la yunta,
la boyera y el boyero.

Acompañante no pido,
que alma huraña siempre he sido.
En mi desdicha secreta,
en mi dolor escondido,
bien me acompaña el gemido
de la cansada carreta.....

MARIA ENRIQUETA.

FUERZA Y DOLOR

De los carros feroces,
de las llamas atroces,
de las violentas hoces,
de las rachas veloces,
surgen los predominios de las glorias cimeras
en los abatimientos de obstáculos fatales:
derechos bien armados, águilas y banderas,
renacimientos sobre ruinas, lauros en eras,
en campiñas revueltas perfumes virginales.

En cobardes caídas,
en inercias heridas,
en cenizas perdidas,
en estériles vidas,
quedan restos inútiles de impotencias debajo
del triunfo de la fuerza justa e inteligente:
mal acero de arado roto a rudo trabajo,
músculo sin acción perdido en ruin andrajo,
canas sin aureola, precipicios sin puente.

¿Qué son los sufrimientos
más hondos y cruentos,
si callan y en los vientos
no se esparcen violentos?
Objeto de los látigos solamente; en la gasa
majestuosa de ilustres y poderosas clámides,
ignorada y vil púrpura; negra y oculta brasa
por la que los crisoles funden oro; argamasa
anónima en la eterna fama de las pirámides.

Los cóndores viriles,
los sabinos seniles,
los playeros cantiles,
los puños varoniles,
están hechos a salvo de contrarios azares;
por eso se alzan vuelos encima de alboradas,
y se enfloran de rayos encinas seculares,
y se abaten coléricos frenesíes de mares,
y alumbran las antorchas y vencen las espadas.

La paz del alma llena
de flores, como amena
primavera serena;
pero es sabia y es buena
cuando se obtiene gracias a fatiga y acierto.
Para los pies que salven las cimas será cumbre;
para el bajel que venza los oleajes, puerto;
para el ideal que huya vanidades, desierto;
para la ciega fe que quiera ver, deslumbre.

No se cierran las puertas
al dolor, y de ciertas
claridades cubiertas
estarán, siendo abiertas.
El dolor es el sol del alma. Si se sabe
cómo dona el divino favor de su luz franca,
brotan rosas en tumbas, sus alas siente el ave,
se aclara el horizonte, pasa la sombra grave
y el abismo es azul y la verdad es blanca.

Sobre propias desgracias,
sobre ajenas falacias,
fundan aristocracias
las místicas audacias.
Digno es de todo un hombre llevar en la contienda
el corazón, a guisa de broquel de áureo brillo,
y ponerlo a que rompa dardos de saña horrenda,
y luego, como al fin de una heroica leyenda,
dejarlo de blasón al dintel del castillo.

No levante lejana
torre sola y ufana,
del infinito hermana,
brahamánico nirvana;
la vida de la roca sólo es útil y bella,
cuando arrancada a siglos de quietud, se transforma
a golpe de cincel de concienzuda huella,
y, en virtud de tortura semejante, descuella,
en ara o pedestal como adorable forma.

Reliquias con astillas,
iconos con arcillas
fragua el arte. ¡Oh, sencillas
causas de maravillas!
Ya que Dios ha querido que fatalmente ejerza
con horrible eficacia su oficio la serpiente,
que enrosque sus maldades para dar a la fuerza
la poma de la ciencia, no para que retuerza
Laocoonte su cuerpo musculoso y doliente.

Los negros nubarrones,
los cargados turbiones,
las desesperaciones
son magnificaciones!
Hay que regar la senda! Hay que salvar la pura
intención! Hay que alzarse a favor de sagrada,
a favor de gloriosa tempestad de amargura,
y tenderse en el viento, como una envergadura!
y agrandarse en el viento, como una llamarada!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

LA CONQUISTA DE LA LUNA

Después de establecer un servicio de viajes redondos a la Luna, de aprovechar las excelencias de su clima para la curación de los sanguíneos, y de publicar, bajo el patrocinio de la Smithsonian Institution, la poesía popular de los lunáticos ("Les Complaintes" de Laforgue, tal vez), los habitantes de la Tierra emprendieron la conquista de la Luna.

La guerra fué rápida y decisiva. Los lunáticos, seres los más suaves, no opusieron resistencia. Sin discusiones en cafés, sin tumultos populares, sin ediciones extraordinarias de "El Canto de la Alondra," se dejaron gobernar de los terrestres. Los cuales, a fuer de vencedores, padecieron la ilusión óptica de rigor, clásica en los tratados de Físico-Historia, y se dieron a imitar las modas y usanzas de los vencidos. Tal imitación comenzó en Francia, como adivinaréis.

Todo el mundo se dió a las elegancias opacas y silenciosas. Los tísicos eran muy solicitados en sociedad, y los moribundos decían frases excelentes. Hasta las señoras conversaban intrincadamente, y aún los reglamentos de policía y buen gobierno estaban escritos en estilo tan elaborado, que eran de todo punto incomprensibles.

Los literatos vivían en la séptima esfera de la insinuación vaga y de la imagen extravagante. Creyeron los críticos que se tornaba a Mallarmé, mas pronto salieron de su error. Pronto se dejó también de escribir literatura, porque ésta no había sido sino una imperfección terrestre anterior a la conquista de la Luna.

JULIO TORRI.

SALMO DE CREENCIA

La vida es íntegra:
el arte es íntegro.

L. de la R.

Al poeta Enrique González Martínez.

¡Fe de poesía,
fe de harmonía!
Fe en el ritmo glorioso, fe en la lira constante
que me da su piedad de melodía.
Fe en la harmonía
que hay entre mar y estrella y entre rosa fragante,
y entre sabios y brutos humildes y poetas,
y entre la tierra,—toda de sol febricitante,—
y entre la vida próvida y entre el ávida muerte
de entrañas insondables, de esperanzas escuetas.

Fe de poesía,
Fe de harmonía!
He aquí que ya he leído los libros, y que todos
vanos fueron a tu alma y a la mía,
oh Cisne de Lutecia!
He aquí que ya de múltiples y de cansados modos,
mi alma, ahíta de ciencias de amargura,
el discurso agobiado de palabras desprecia.

Y alza sus alas fuertes, toda desnuda y blanca,
y quiere la luz pura,
y tiene una virtud en que se estanca
la paz inagotable, como en un lago manso
la sideral teoría
de los soles compactos en cielos de negrura.

¡Fe de harmonía!

Y ser como un remanso,
—cristalino descanso,—
que mira eterno a los espacios mudos,
y copia tempestades
que dislocan los árboles copudos;

y copia inmensidades,
y copia el rostro de la fiera, y copia
los fatigados rostros de los hombres,
sin inquirir sus vidas ni sus nombres;
y sigue reflejando,
en su simplicidad de agua tranquila,
en minúsculo cerco, humilde y casto,
—Musa ¡así quiere mi alma tu pupila!—
todo lo que se erige, lo que desmaya o cesa
bajo el gran cielo indiferente y vasto.

¡Y cabe aún la lírica tristeza!

De la vida a la muerte sólo lanzar un grito,
oh poetas! espíritus que el feraz infinito
hinche de soles íntimos y de sabiduría:

Fe en el ritmo glorioso,
y fe en la caridad del anchuroso
corazón de la sacra poesía:
He aquí las cinco tablas de un misericordioso
saber sencillo y magno:

¡Fe en la heroica harmonía!

LEOPOLDO DE LA ROSA.

LA ROSA NIÑA

Cristal, oro y rosa. Alba en Palestina.
Salen los tres reyes de adorar al Rey,
Flor de infancia llena de una luz divina
Que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita, mirando la estrella
Que guía en la altura. Gaspar sueña en
La visión sagrada. Melchor ve en aquella
Visión, la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
Cubiertos de sedas y metales. Frío
Matinal refresca belfos de camellos
Húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
Van acompasando los plumajes flavos,
Los ágiles trotes de potros de Arabia
Y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
Cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
Del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
Y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
El cortejo. ¿A causa? A causa de que
Una dulce niña de belleza rara
Surge ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡Oh, reyes!—les dice. Yo soy una niña
Que oyó a los vecinos pastores cantar,
Y desde la próxima florida campiña
Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
Que el mundo está lleno de gozo por él
Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
Que hace al sol más sol, y a la miel más miel.

Aún no llega el día.... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo;
Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
De toda belleza, a Belén tornó
La estrella; y la niña, llevada por ella
Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
En cuyas pupilas miró a Dios arder,
Se quedó pasmada, pálido el semblante,
Porque no tenía nada que ofrecer.

La madre miraba su niño-lucero;
Las dos bestias buenas daban su calor.
Sonreía el santo viejo carpintero;
Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales;
Perfumes en frascos de hechura oriental,
Inciensos en copas de finos metales,
Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada....
Ante la mirada del niño Jesús.
(Felizmente que era su madrina una hada,
De Anatole France, o el Doctor Mardrús).

¡Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
La de Baltasar, Gaspar y Melchor.....

Mas a los influjos del hada amorosa
Que supo el secreto de aquel corazón,
Se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
En rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fué santa aquel día.
(La sombra lejana de Ovidio aplaudía).
Pues la dulce niña ofreció al Señor,
Que le agradecía y le sonreía,
En la melodía de la Epifanía,
Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

RUBÉN DARÍO.

(*Reproducción*).

NOCHE BUENA

La noche, la noche buena
tiene frío,
y calladamente llora
su rocío.

Pasando por mi ventana,
desde una grieta oportuna
rasgada en celajes grises,
llega hasta mis pies la luna.

El viento, rápido, aguza
en el filo de las rejas,
sus puñales homicidas
y desgarradoras quejas.

Escucho ulular al viento,
parece que el mundo llora,
y que todos los dolores
cantan en una dolora.

También tú, pobrecilla alma,
tienes frío,
también para tí las horas
se vuelcan en el vacío;

también para tí las sombras
son fantasmas de sollozos,
también para tí las nubes
son sudario de tus gozos.

El mundo se halla desierto,
no sabes dónde se esconde
el amor, y a tus preguntas
ninguna otra voz responde.

Hace frío, y el recuerdo,
más que la noche, es glacial....
Noche buena!.... ¿por qué el viento
canta un salmo funeral?

La noche en traje de luto
recorre el cielo desierto:
alma mía ¡alma mía!
¿quién ha muerto?

Lejana música gime
y en su lamento resume
toda esta indecisa pena
que a un corazón consume.

El son romántico y triste,
más que el viento, y más que el frío,
habla, a la luz de la luna,
de dolor, de amor, de hastío.

¡Noche buena, noche buena!
¡de mortaja es tu blancura!
y baila, afuera, la muerte,
y canta, en mí, la locura.

R. Gomez Robelo.

DOMINIO

Unos ojos verdes.....color de sulfato de cobre;
unos rizos rubios, de pálido sol boreal;
un cuerpo alargado, con *ocho cabezas* de altura;
un extraño espíritu,
complejo, profundo, huraño y audaz!

Una voz que finge venir de muy lejos.....acaso
de un mundo en que todo lo nuestro será aberración!
y un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso,
que ya para siempre,
con timbre de acero mi vida selló!

AMADO NERVO.

(*Especial para "Nosotros"*).

CLEOPATRA [1]

(De Anatolio France.)

Al Lic. José M. Lozano.—En recuerdo de aquellas conversaciones nuestras, nostálgicas de las viriles grandezas, de las regias voluptuosidades, de las violencias espléndidas, que llenaron la vida fuerte y sensual de los abuelos latinos.

El Traductor.

I

Paul Stapfer nos enseña, en su libro sobre "Shakespeare y la Antigüedad," que Cleopatra ha dado asunto para dos tragedias latinas, dieciséis francesas y por lo menos para cuatro italianas. Trabajo me costaría enumerar solamente las dieciséis tragedias francesas, y me parece suficiente indicar, antes de la Cleopatra de Victoriano Sardou, la Cleopatra de Jodelle (1552). Los Deliciosos amores de Marco-Antonio y Cleopatra de Belliard (1578), la Cleopatra de Nicolás Montreux (1594), la Cleopatra de Benserade (1636), el Marco-Antonio de Latorillére (1677), la Muerte de Cleopatra, de Chapelle (1680), la Cleopatra de Marmontel (1750), la Cleopatra de Alejandro Soumet (1824) y la Cleopatra de Mad. de Girardin (1847). No cuento la Muerte de Pompeyo, del gran Corneille, en donde se ve a una Cleopatra virtuosa, aspirando a la mano de César y tomando por generosidad la defensa del vencido de Farsalia. Su confidente, Charmión, sabedora de sentimientos tan nobles, le dice:

—Por cierto que el amor tiene sobre vos bien poco poder.....

A lo que Cleopatra responde:

—Los príncipes son así por su alto nacimiento.

No se concibe desde luego cómo pudo Corneille escribir cosa tan ridícula, aunque se ve, si se reflexiona bien en ello, que sólo lo hizo porque poseía un genio sublime. Sin ser un infalible adivinador de las almas, como Shakespeare, nuestro viejo poeta no carecía de discernimiento; tenía en su conciencia que Cleopatra, jamás hubo hablado ni pensado de tal suerte, pero se lisonjeaba en embellecerla, en hacerla digna de la escena trágica, en conformarla a las conveniencias exigidas por Aristóteles, y sobre todo, quería arreglarla a su propio gusto, que era noble.

Corneille abundaba en bellas máximas, los grandes sentimientos le costaban poco y se comprende que su buen natural los tomaba de su tin-

(1) A propósito del drama de Sardou y Moreau, representado en París por Shara Bernardt.

tero. Difícil es ponerse hoy en el estado espiritual que él tenía, cuando escribía una tragedia en su cuartucho, entre dos procesos, pues abogado y normando, le gustaba litigar. Las grandezas del mundo y las de la carne lo penetraban de un respeto profundo, y tenía sobre las princesas, ideas que no están de acuerdo con la Fisiología. Otro era el genio de Shakespeare y su Cleopatra es de alma y sangre. Sardou admira infinitamente a Corneille y con justicia, porque después de todo, es el gran Corneille, y acaba de confirmar su admiración en una carta abierta en la cual, defendiéndose de desconocer el genio del gran Willy, estima que el lugar ocupado por el poeta de Hamlet en una de nuestras avenidas, estaría más honrado por el autor de "Poliuto." Ciertamente, el bronce de Corneille, no haría mala figura en París, y aquellos que tienen el culto de nuestras glorias nacionales saludarían con respeto su semblante severo y hasta sañudo. Por lo demás, Shakespeare es el poeta de la humanidad, su lugar está en todas partes en que haya hombres capaces de sentir lo bello y lo verdadero, está por encima de los pueblos, como Homero y no debe Sardou quejarse de encontrarlo en el bulevar Haussmann; cuando más, sólo debe de sentirse un poco molesto, por las pésimas piernas que le talló el escultor.

Conozco a Sardou; sé cuánto es su gusto de artista y cómo las formas imperfectas ofenden la delicadeza de ese gusto. Es indudable que ha de ver con desagrado una estatua tan defectuosa; yo mismo me siento molesto cada vez que paso por ese bulevar suntuoso y monótono, y más de una vez he sentido piedad por el sastre inglés que tiene su tienda tras de la estatua, considerando que sus conocimientos profesionales de especialista, deben hacerle particularmente sensible la deformidad con la que fué gratuitamente afligido, por un estatuario inepto, su ilustre compatriota.

He ahí, por cierto, a un Shakespeare mal vestido. Mas Sardou escribió precisamente su carta, para defenderse de haber despreciado a Shakespeare; se pretendía que le negaba talento, lo que hubiera sido una imbecilidad y los que tratan a Sardou, saben que no las dice. Sardou posee el más rico y fino espíritu; su cabeza es un almacén de curiosidades, un museo de arte, una biblioteca universal. Se interesa en la vida, las costumbres, los usos y las singularidades de los tiempos y de los países. No conozco aún su Cleopatra, pero estoy seguro que estará documentada sin faltarle nada de las intimidades, particularidades y singularidades que hacen revivir el pasado misterioso.

Es una incomparable historia la de Antonio y Cleopatra, y tan emocionante, y de una tal suntuosidad voluptuosa y trágica, que el arte nada puede añadirle, ni aun el arte de un Shakespeare. Es preciso leerla en Plutarco, el viejo Plutarco es un maravilloso narrador. Os recomiendo también el estudio de Henry Houssaye, juicioso con elegancia y que constituye un excelente relato.

Cleopatra no era muy bella, no superó ni en juventud ni en belleza a la casta Octavia, a quien quitó a Marco-Antonio por la vida y la muerte. "Su belleza—dice Amyot, que traduce a Plutarco con fina gracia—su sola

belleza no era tan incomparable, que no hubiese podido haber otras más hermosas, ni tal que enloqueciese incontinenti a quienes la mirasen; pero en su conversación era tan amable, que era imposible evitar su señorío por la belleza y el donaire que tenía al hablar; la dulzura y la gentileza de su natural, que sazonaba lo que decía o hacía, era un aguijón que llegaba a lo vivo; y además, se tenía gran placer en el sonido de su voz sola, y en su pronunciación, porque su lengua era como un instrumento de música de varios juegos y registros, que manejaba fácilmente a su guisa, de tal manera, que hablaba a pocas naciones bárbaras por medio de intérprete, pues se comunicaba por sí misma con la mayor parte, como con los egipcios, los árabes, los trogloditas, los hebreos, los sirios, los parthos y con muchas otras cuyos idiomas había aprendido." Tenía el espíritu refinado a la manera de los alejandrinos; recibió de Antonio, como un grato presente, la biblioteca de Pérgamo, compuesta de cien mil volúmenes. No fué un monstruo sino en la ampulosa imaginación de los poetas amigos de Augusto, cuando afirman que se prostituía a los esclavos. ¿Qué saben ellos? Se le ha dado por amantes a Cneius Pompeyo, a César, a Delio, a Antonio y también a Herodes, rey de los judíos, que era muy bello; pero sólo hay de cierto sus relaciones con Antonio y César. El resto no está probado y la aventura de Herodes tiene claramente el aire de un cuento de Flavio Josefo.

Por lo demás, Cleopatra fué una mujer peligrosa y se puede pensar de ella lo que pensaba el anciano profesor de Enrique Heine. "Mi viejo profesor—dice Heine—no quería a Cleopatra; nos hacía observar expresamente que al entregarse a esta mujer, Antonio arruinó toda su carrera pública, se concitó desagrados domésticos y acabó por caer en la desgracia."

Nada más cierto; ella perdió a Antonio y contribuyó quizás a la pérdida de César y el viejo profesor hablaba por boca de oro, pero no es eso tal vez suficiente, para llamarla como Propercio, la reina cortesana, *meretrix regina.* Los romanos odiaban a la egipcia porque la temían; muerta Cleopatra hubo grandes festejos en la ciudad eterna. "Ahora es cuando precisa beber." No era permitido sacar el cécubo del lagar de los abuelos cuando una reina preparaba en el Capitolio ruinas insensatas y funerales al Imperio. "Osaba oponer a nuestro Júpiter el hocico de perro del ladrante Anubis y cubrir la trompeta romana con los agrios sonidos del sistro egipcio. Quería plantar sus tiendas en el Capitolio, en medio de las representaciones y los trofeos de Mario." En fin, el monstruo estaba muerto. Era preciso beber, danzar, ofrecer festines a los dioses.

Y fué una mujer, una mujer pequeña, la que hizo temblar al Senado y al pueblo romano. Cuando decimos que era pequeña, no lo sabemos bien, pero lo inferimos por algunos vagos indicios. Para escapar a las emboscadas del eunuco Pothino, se hizo llevar a César dentro de un saco, uno de esos grandes sacos de grosera estofa pintada de varios colores y que servían a los viajeros para envolver colchones y coberturas. De allí salió a los ojos del romano deslumbrado; y nos parece que siendo esbelta y de fino talle, tenía más gracia, y que no se necesita una estatura de diosa, para agradar al salir de un saco. Gérome ha representado esta escena en uno de sus más bellos cuadros anecdóticos y recuerdo bien que

su Cleopatra era muy pequeña. Este pintor es admirable por la abundancia y selección de sus documentos, y sin embargo, en este asunto dejóse llevar de su inspiración. No poseemos nosotros ningún retrato auténtico de Cleopatra y la faz de la reina no ha dejado el menor reflejo sobre esta vasta tierra en donde causó tantos duelos y desastres. Es verdad que Cleopatra está representada varias veces al lado de su hijo Ptolomeo Cesarión en los bajorrelieves de los templos de Denderah, pero en figuras hieráticas de un arte tradicional, y cuyo tipo, fijado con tiempo de antemano, deja muy poco lugar a la imitación de la naturaleza. En esa diosa Hathor, en esa diosa Isis de trenzados cabellos, en pie, rígida y con la túnica pegada al cuerpo, ¿cómo reconocer a la enamorada febril que corría en la noche con Antonio por los barrios de Rakotis, y se mezclaba a las riñas de los marineros ebrios? Por lo que respecta al bonito moldaje que se ve frecuentemente en los talleres, Houssaye nos advierte de no buscar allí el perfil de la bella lágida. "El bajorrelieve—nos dice—descubierto según creo en 1862, no llevaba inscripción alguna; un egiptólogo se entretuvo en grabarle el nombre de Cleopatra y así se vende en todas partes desde entonces, como la imagen auténtica de la última reina de Egipto."

Esta superchería me recuerda otra de poco tiempo posterior. Hacia 1866 un italiano mostraba en París, en un departamento desamueblado de la calle de Jacob, algunas antigüedades egipcias y romanas, y además, una pintura a la encáustica, de mal dibujo y mediocre estilo, que representaba a una mujer azás bella, de ancho rostro, con una serpiente que le picaba el seno. El italiano juraba por la virgen y los santos que era el retrato auténtico de Cleopatra, el mismo que fué llevado a Roma ante el carro triunfal de Octavio. Este hombre poseía un excesivo ardor por las antigüedades. Tenía saltos de tigre frente a la pintura y la contemplaba con ojo sombrío enviándole besos. "Qué bella es"—exclamaba. Había venido a París a venderla y lanzaba rugidos terribles y se arrancaba los cabellos, cuando se le decía que su cuadro era malo y debido tal vez a algún señor caballero, académico de Roma o Venecia, que hubiese florecido por los años de 1800 o 1810. Nada era más verdad.

Hay medallas de Cleopatra; los numismatas cuentan quince de tipos diferentes, en lo general mal grabadas y todas representan a Cleopatra con rasgos gruesos y duros, con la nariz extremadamente larga. Conocida es la profunda frase de Pascal: "Si hubiese sido más corta la nariz de Cleopatra, se hubiera cambiado toda la faz de la tierra." A creerse a las medallas, esa nariz fué desmesurada; pero no las creeremos. En vano se nos mostrarán todos los medalleros del Museo Británico y del Gabinete de Viena; diremos que somos víctimas de esas ilusiones de magia, en las que se alargan simultáneamente todas las narices sobre los retratos, y nos burlaremos de la Numismática que a su vez se mofa de nosotros. El rostro que hizo olvidar a César el imperio del mundo, seguramente que no estuvo deformado por una nariz ridícula.

César amó a Cleopatra. El divino Julio tenía más de cincuenta años. Había agotado toda la gloria y todos los placeres, y extraído de la vida todo lo que ésta puede dar de emociones violentas y alegrías

fuertes. Su elegante perfil había tomado la palidez tranquila del mármol, y parecía que tal hombre sólo debiese vivir ya para la inteligencia. Sin embargo, por más que diga Mommsen, César amó a la egipcia hasta la locura; porque era una locura llevarla a Roma y una locura mayor todavía elevar en el templo de Venus una estatua a la divinidad de la reina.

La lágida ocupaba en Roma con su hijo y su séquito, la villa y los jardines de César que se extendían en la ribera derecha del Tíber. El Dictador vivía en uno de los edificios públicos de la Vía-Sacra, pero hacía frecuentes visitas a la villa, que era también el *rendez-vous* de sus amigos. Allí fué en donde Marco-Antonio vió a Cleopatra por primera vez; allí recibió también a Ático y a Cicerón, ahora reconciliado con César. Cicerón era amante de libros y de antigüedades, tesoros raros en Roma y abundantes en Alejandría. Cicerón solicitó de Cleopatra algunos manuscritos y vasos canopos, que ésta le prometió de buena voluntad, encargándole la comisión a uno de sus oficiales llamado Ammonio. Pero los libros no vinieron y el orador guardó por ello rencor a la reina. En aquellas horas romanas, Cleopatra se nos aparece bajo un aspecto imprevisto. Discreta y apacible, habiendo desterrado el lujo asiático, entregada por completo a los elegantes trabajos del espíritu, es una bella griega que conversa bajo los terebintos con Cicerón. Mas el puñal de Bruto disipó bruscamente el encantamiento de la villa del Tíber, y César asesinado, Cleopatra huye en medio de las sangrientas escenas de los días parricidas, y vuelve a Egipto. Entonces es cuando va a comenzar la más loca y terrible de las aventuras de amor, la novela de Antonio y Cleopatra.

II

Shara nos la ha mostrado (y con qué encanto, con qué magia) bajo los rasgos de una egipcia; pero era una griega; lo fué por el nacimiento y por el genio: educada en las costumbres y las artes helénicas, poseía la gracia, el buen decir, la elegante familiaridad y la audacia ingeniosa de esa raza. Ni los dioses de Egipto invadieron jamás su alma risueña; nunca se adormeció en la sombría majestad de las reinas orientales. Fué griega aún, por su gusto exquisito y su maravillosa maleabilidad. Durante el tiempo que vivió en Roma, observó todas las conveniencias, y cuando después de su muerte, los amigos de Augusto ultrajaron su memoria con la brutalidad latina, no pudieron reprocharle nada que fuese un tilde a su permanencia en la villa de César. Había sido perfecta bajo los pinos y los terebintos del Tíber.

Era griega, pero fué reina; reina, y por ende, fuera de la medida y de la armonía, extraña a esa fortuna mediocre que estuvo siempre en los votos de los griegos y que no entró en los de los poetas latinos, sino literariamente y por servil imitación. Fué reina y reina oriental, es decir, un monstruo, lo que le valió ser castigada por la Némesis de los dioses que los griegos ponían por encima de Zeus mismo, puesto que eso significa ciertamente, el sentimiento de lo real y de lo posible, el acuerdo de las nece-

sidades de la vida humana. Hecha para las secretas artes del deseo y del amor, amante y reina, al mismo tiempo en la naturaleza y en la monstruosidad, era una Cloe que no había sido pastora.

Pero que la suerte del mundo dependa de las palpitaciones de una carne exquisita y del aliento de una boca fascinante, eso es lo que no fué griego, eso es lo que la Némesis de los dioses no permite. La muerte de la última lágida, expió el crimen de Alejandro el macedón, ese griego semibárbaro, que soldado ebrio, abrió al helenismo el Oriente lascivo y cruel. Y no es que a la delicada Cleopatra le faltase por naturaleza, el sentimiento de la medida y de la armonía; conservó aún el instinto de lo verdadero, de lo bello, de lo posible, tanto como se lo permitió su omnipotencia, el crimen hereditario en su dinastía, y la embriaguez del mundo, hundido a su alrededor en esa orgía voluptuosa y desenfrenada en donde el helenismo se codeaba con la barbarie. Su desdicha singular, su gloria terrible, fué la de ser encantadora siendo soberana; la de ser Lesbia, Delia o Leuconoe, y no poder abrir sus brazos adorables sin encender guerras en el mundo.

La moral de una lágida, era elástica, sin duda, y los dulces anticuarios sufren alguna fatiga, al medirla en los textos griegos y latinos, que estudian con método. Por mi parte, no investigaré lo que Cleopatra juzgaba permitido o prohibido, si bien sospecho que estimaba que le eran permitidas varias cosas; pero imitaré la prudencia de Houssaye, que no cree poder dar la lista de los amantes de la reina. Por tanto, para formar sin desconfianza catálogos de esa naturaleza, es preciso ser un bibliotecario testarudo como el viejo Elien o el plácido Peignot, que acataban más que razonablemente, la autoridad de los textos. Lo que es cierto, es que cuando Antonio la amó con un tempestuoso amor, ella opuso a la pólvora los rayos de una mirada ardiente y los frenesíes de una carne no fatigada por el libertinaje. Sabemos que amó al soldado de Farsalia y de Filipos y sabemos que lo amó hasta la muerte. Lo demás se borró para siempre, como los obscuros trabajos de tantos millares de seres que nacieron, sufrieron y murieron en este planeta; como las turbaciones de tantos amantes que en el infinito rodar de las edades, sirvieron o traicionaron al amor, sin dejar aún, como la joven hija de Pompeyo, la huella de su seno en la ceniza.....

Antes de Antonio, parece que esta mujer inteligente, ambiciosa, vindicativa y altanera, fué más reina que amante. Gran constructora, al modo de los Faraones y de los Ptolomeos, cubrió a Alejandría de monumentos magníficos, puso a raya las intrigas de los eunucos, sofocó las sediciones domésticas y populares y entró por una estratagema audaz en su ciudad y en su palacio, de donde había sido lanzada. Logró tener en suspenso los derechos de Roma sobre su Imperio, y si es verdad que para conseguirlo empleó su belleza y su encanto, es bueno considerar que esa belleza no era incomparable, y que ese encanto, cuyo poder César probó, no hubiese bastado sin gran inteligencia y política. Ese encanto, hábilmente dirigido, le aseguró a Antonio después de César, mas esta vez se encontró siendo la asociada de un soldado condenado a poseer solo el mundo o a no tener una piedra en donde reclinar la cabeza. La partida

era grande y dudosa. Para jugarla bien, se necesitaba sangre fría; de la que nunca había mostrado gran cosa Antonio; ella le arrebató la poca que poseía, se enloqueció tanto como él, y los dos lucharon por el Imperio y la vida, en los lúcidos intervalos que les dejaba esa demencia tan bien conocida por los griegos, puesto que la han descrito como una enfermedad de los sentidos y del alma, sólo comparable al mal sagrado, por la violencia de los accesos y la profundidad de la melancolía.

La primera falta de Antonio y Cleopatra fué la de despreciar a su enemigo, aquel adolescente tartamudo, raquítico, mandria, cruel, y más frío, más insensible cuando se cortaba su primera barba, que los más graves políticos encanecidos en los negocios. Fué preciso combatir en esa guerra de la zorra y del león. El león tenía la parte del león: todas las provincias del Oriente hasta la Iliria; y la joven zorra, el mozo astuto, Octavio, no poseía sino la Italia arruinada y consternada, la España, la Galia y la Sicilia, el África en armas contra él. Tantas javalinas vueltas hacia un cobarde. Pero este cobarde fué un paciente ambicioso, es decir, la fuerza más grande del mundo.

En la madurez de la edad, Marco–Antonio era el primer soldado del Imperio, desde la muerte de César. Comenzó la carrera de las armas, aplastando a los judíos rebelados; había secundado al gran Julio en la Galia, en la Alta–Italia, en Iliria; mandaba el ala derecha de los cesarianos en la batalla de Farsalia. Batido en Módena, había decidido la victoria de Filipos. Aunque no tuvo la prudencia ni la claridad de César, éste lo estimaba como su mejor Lugarteniente. Una tarde que leíamos en Plutarco, la pintoresca relación de la guerra de los parthos, el Capitán Marín, comentando el viejo texto, nos demostraba sin trabajo los errores de Antonio, lo descosido de su plan y la ligereza incurable del jefe que habiendo hecho la guerra con César, se deja sorprender por el enemigo.

No por ello dejaba Antonio de poseer otras bellas cualidades del hombre de guerra; tenía la gran psicología militar, el conocimiento del alma del soldado; se hacía amar y se hacía seguir; era impetuoso, arrebatador e irresistible; inspiraba a los suyos la confianza que tenía en sí mismo. De un extraordinario buen humor, les comunicaba la alegría que hace olvidar los sufrimientos y los peligros, y que duplica las fuerzas. Bebía y comía con ellos; les decía palabras que los hacían reír; los legionarios lo adoraban. Conviene no juzgar a Antonio por las filípicas que le dirigió Cicerón. Cicerón era abogado, y además, en política, un moderado de la especie más violenta; fuera de esto, un honorable y gran letrado. No fué Antonio el grosero soldado, el beluario insolente, la "trogne à epée," iba a decir, que el orador nos muestra. Tenía esprit, justamente en el sentido que hoy damos al término, el esprit de las frases, pues por lo que se refiere al espíritu de conducta, éste le faltó siempre y Cleopatra no se lo dió. Lejos de ser un hombre inculto, había estudiado la elocuencia en Grecia, su palabra, llena de imágenes y desproporcionada, no tenía la elegante corrección que la de César, era lo que llamaríamos hoy una elocuencia romántica. "Le gustaba-dice Plutarco–el estilo asiático, entonces muy solicitado, y que respondía a su vida fastuosa, desbordante de ostentación y sujeta a terribles desigualdades."

Plutarco dice bien : Antonio amaba en todo, hasta la locura, el estilo asiático y la pompa oriental. Su frente baja y su barba espesa, su estructura fuerte y viril, le daban alguna semejanza con las imágenes del fabuloso Hércules, de quien pretendía descender; pero era sobre todo a Baco, el Baco indio, a quien se placía en recordar por sus ricos cortejos y por sus carros tirados de leones. Entró en Efeso precedido de mujeres vestidas como vacantes, y de adolescentes que llevaban la nebrida de los Panes y de los sátiros. No se veía en toda la ciudad sino tirsos coronados de hiedra, no se oía sino los sonidos de flautas y siringas, y los gritos que saludaban al nuevo Dionysos, bienhechor y lleno de dulzura.

Cierto, la amplia humanidad de César fué siempre extraña al colega de Octavio y de Lépido. Antonio tuvo su parte en la atroz ferocidad común a los romanos de aquellos terribles tiempos, pero nunca se mostró como Octavio, fríamente cruel. Al contrario, fué liberal, magnífico y capaz de sentimientos delicados y generosos. En Grecia, sus enemigos lo confiesan, hizo justicia con gran dulzura y se mostró celoso de ser nombrado el amigo de los griegos y más aún, de los atenienses. Después de la victoria de Filipos, orrojó su propia coraza sobre el sangriento cadáver de Bruto, a fin de honrar como soldado los funerales del vencido. Cuando llegaron los días sombríos, y Enobarbo, su viejo amigo, lo abandonó la víspera de la batalla para pasarse a Octavio, envió al que había sido su compañero por largo tiempo, sus equipajes y todo lo que le pertenecía, muestra de generosidad, que según se dice, hizo morir a Enobarbo de dolor y vergüenza.

Y tal hombre fué esclavo de las mujeres. Su fastuoso amor por la cortesana Cytheris, provocó la indignación de los romanos. La áspera y violenta Fulvia, hacia temblar a este Hércules, a este Baco indio. Más tarde se mostró sensible a la casta belleza de Octavia. A todas las amó con violencia y con gracia, lo que es infinitamente más raro. "Tenía-dice Plutarco—alegría y gracia en sus amores." He ahí al hombre citado por Cleopatra ante su tribunal en Tarse. El era el asiático y el oriental. Sin ser capaz de trascendentales proyectos seguidos con atención, soñaba vagamente el imperio de Oriente con alguna inmensa ciudad bárbara por capital. Amaba todo del Oriente, sus tesoros, sus monstruos, sus voluptuosidades, sus esplendores, sus perfumes, su poesía. Cleopatra apareció. La vió, o más bien, volvió a verla, pues sin duda la había conocido en Roma, pero discreta, reservada, severa como una dama del patriciado. En esta vez fué la reina de Egipto la que se aparecía ante él, envuelta en la pompa hierática de una nueva Isis. Y adoró a la griega transformada en ídolo.

La galera de Cleopatra sobre el Cidno, ha quedado en la memoria del mundo, como la imagen de la voluptuosidad espléndida.

Ayer la hemos visto en la ilusión del teatro. Hemos visto, tumbada bajo las velas de púrpura, a la actriz soberana que ha hecho revivir en ella a la culebra del Nilo. Y sin embargo, no data de ese día mi brillante visión; tampoco de la tarde en que oí a José M. de Heredia recitar su suave y deslumbrante soneto del Cidno:

Sous l'azur triomphal, au soleil qui flamboie,
La trirème d'argent blanchit le fleuve noir,
Et son sillage y laisse un parfum d'encensoir,
Avec des chants de flûte et des frissons de soie.

A la proue éclatante oú l'epervier s'éploie
Hors de son dais royal se penchant pour mieux voir,
Cleopatre, debout dans la splendeur du soir,
Semble un grand oiseau d'or, qui guette au loin sa proie.

Voici Tarse oú l'attend le guerrier desarmé;
Et la brune Lagide ouvre dans l'air charmé
Ses bras d'ambre oú la pourpre a mis ses reflets roses;

Et ses yeux n'ont pas vu–presages de son sorte–
Auprés d'elle, effeuillant sur l'eau sombre des roses,
Les deux enfants divins, le Desir et la Morte.

EL CIDNO

Bajo el azul triunfante de esplendores bermejos,
Surca el obscuro río la trirreme argentada,
Cuya estela por rastros de incienso está colmada,
Y por cantos de sistros, y sedas, y reflejos.

Da un milano, en la prora, sus vuelos circunflejos;
Y fuera del real palio, tras su sueño inclinada,
Cleopatra, en el hechizo de la tarde dorada,
Cual un gran azor de oro ve su presa, a lo lejos.

He ahí a Tarso, en que espera, desarmado, el Triunviro;
Y abre la bella Lágida en la luz de zafiro
Sus brazos de ámbar, donde la púrpura da en rosas;

No ha visto deshojadas–presagios de su suerte–
Todas sus rosas sobre las aguas tenebrosas,
Por los dioses malignos, el Deseo y la Muerte.

Mi turbación viene de más lejos. Se remonta a los años de la adolescencia y la primera juventud, cuyo recuerdo, lo confieso, me siento frecuentemente inclinado a evocar. Fué en el colegio, en el año de mi Retórica, en Invierno, en un viernes, durante el almuerzo de las once. Nunca había sentido más penosamente las vulgaridades y las inelegancias de la vida; un desagradable olor de fritura tibia llenaba el comedor, una corriente de aire frío picaba los pies al través de los calzados húmedos, los muros rezumaban, y se veía, tras el enverjado de las ventanas, caer una lluvia menuda del cielo gris. Los alumnos, sentados frente a las mesas

de un mármol negro y grasiento, hacían con los tenedores un ruido irritante, mientras uno de nuestros camaradas, sentado en un alto sillón en medio del refectorio, leía según costumbre, un pasaje de la historia antigua de Rollin. Yo veía, sin tocarlo, mi plato mal enjugado, mi vaso en cuyo fondo depositara el uso algo semejante a madera podrida; después seguía con la mirada a los domésticos que nos presentaban algunos platos de ciruelas cocidas, cuyo jugo les ensuciaba los pulgares. Todo era disgustante. En el tintinear de la vajilla, la voz del lector me llegaba por intervalos. De repente oí el nombre de Cleopatra y algunos trozos de oraciones llenas de encanto: " .....Iba a mostrarse a Marco Antonio en una edad en que las mujeres juntan a la flor de la belleza toda la fuerza del espíritu.....Su persona, más potente que todos los adornos.... ....entró en el Cidno.....La popa de su embarcación deslumbraba de oro.....las velas eran de púrpura.....los remos de plata....." En seguida oí los nombres acariciadores de sistros, de perfumes, de nereidas y de amores. Entonces una deliciosa visión llenó mis ojos; la sangre me batió las sienes con esos grandes golpes que anuncian la presencia de la gloria o de la belleza, y caí en un éxtasis profundo. El celador de los estudios, hombre de ruda naturaleza, me sacó de mi ensueño, dándome un tirón de orejas por no haberme levantado a la señal, mas, a despecho del cuistre, había visto a Cleopatra.

El buen Plutarco no ha debido equivocarse: Marco Antonio amó con alegría y gentileza. Es él quien imaginó las locuras de la vida inimitable, los disfraces nocturnos, las partidas de pesca en el Nilo, las fiestas prodigiosas. Sí, él era el oriental, él era el egipcio, y la incomparable amante no quería sino lo que él quería, pues temiendo solamente perderle, tomaba sus gustos y sus costumbres de soldado para estar siempre en su compañía; con él vivía y cazaba, asistía con él a las maniobras. Plutarco dice: "Habían formado una sociedad con el nombre de Amimetobios y se trataban naturalmente, todos los días." Ocho jabalíes se hallaban siempre en el azador y a toda hora se encontraba uno cocido a punto. La vida inimitable se interrumpió por la guerra de Perusa y por el matrimonio de Antonio y Octavia; mas después de tres años de ausencia, se reanudó más ardiente y frenética.

Después fué la guerra: Accio, y aquella fuga súbita de Cleopatra por en medio de la batalla; aquella fuga inexplicable aún, que el Almirante Julien de la Graviére considera como hábil maniobra y que Sardou la hace tan dramática, mostrándonos al contrario, a la enamorada reina, consumando con su huida la derrota y la vergüenza de su amante, para poseerlo completamente. Así, el Almirante quiere que Cleopatra sea un buen marino y el dramaturgo la quiere muy patética: los dos la aman, sobre todo el marino, y aunque yo también la adoro desde el colegio, creería más bien que la reina se puso en salvo, dominada por un loco terror.

Al ver Antonio huír la galera de las velas de púrpura, la Antoniada, que se llevaba a Cleopatra, la persigue, abandonando el combate por una asombrosa cobardía que en tal soldado es heroica. Aborda la Antoniada, sube a ella y va a sentarse solo en la proa, con la cabeza entre las manos.

En Alejandría, Antonio, deshonrado y perdido, muestra aún un espíritu de una fantasía extraordinaria. En el mar, bajo una cascada, se hace construír una cabaña que nombra su timonión y en donde desea vivir solo a ejemplo de Timón de Atenas. Se dice misántropo y es un misántropo pintoresco, y romántico, el misántropo de la pasión. Después le fastidian su cabaña y la soledad. Vuelve a ver a la reina y forma con ella una sociedad más melancólica, pero no menos fastuosa que la de los Inimitables: la compañía de los que quieren morir juntos, los *sinapetanumenos*. Este Antonio es un gran artista.

Que la reina lo haya amado hasta la muerte, no es dudoso; que haya sin embargo, ensayado seducir a Octavio, tampoco puede dudarse y eso prueba solamente que Cleopatra no se sentía tranquila, de lo que por cierto tenemos alguna sospecha. Si no consiguió hacerse amar del frío Octavio, supo a lo menos, engañar su desconfianza, le hizo creer que quería vivir, cuando ya estaba resuelta a darse la muerte.

Y murió regiamente: cuando entraron en su cámara los soldados de Octavio, la encontraron revestida con sus ropajes de reina y de diosa, acostada sin vida sobre un lecho de oro. Irás, una de sus mujeres, estaba muerta a sus pies. La otra, Charmión, sosteniéndose apenas, le arreglaba con mano desfalleciente, la diadema alrededor de la cabeza. Uno de los soldados de Octavio le gritó con furor:

—Esto sí que es bello, Charmión.....

—Muy bello en efecto,—respondió ella—y digno de la hija de tantos reyes.

Y cayó muerta al pie del lecho.

Esta escena es tan noblemente trágica, que no puede uno representársela sin un estremecimiento de admiración. Hay que agradecérselo a Sara que nos preparó su espectáculo y nos legó su memoria a los poetas y a los artistas. Se amaba a Cleopatra en Alejandría y se respetaron sus estatuas después de su muerte, lo que prueba que fué menos mala de lo que dicen sus enemigos. En todo caso, pensemos en que la belleza es una de las virtudes de este mundo.

México.–1910.

Tradujo, Rafael Lopez.

FRAY INVIERNO

El Invierno es un monje melancólico; habita
una gruta en que rumia sus palideces; al
descender el crepúsculo abandona la ermita
con paso acompasado y envuelto en su sayal;

Sale el anciano y lleva como una estalactita
goteante, su tedio; suele sentimental-
mente soplar su flauta, o se dobla y musita
sus blancas oraciones en un viejo misal.

La mano temblorosa se levanta en la misa
que escuchan las estrellas pensativas, la brisa
funge de organo: el monje es de adusto entrecejo,

es de pupilas claras y de barbas de armiño .....
Así va Fray Invierno por la vida: este viejo
ermitaño, tan viejo como cuando era niño.

EN EL CAMINO

Compañera de viaje, aquel blanco camino
que has visto en las auroras, de color opalino
y desteñirse al pie del biombo vespertino,
es el mismo sendero que han seguido tus plantas:

ni tú ni yo sabemos cuál será su destino,
está cano de polvo de haber besado tantas
plantas, pero nosotros pasaremos con santas
inquietudes, llevando canoras las gargantas;

cruzaremos a modo de dos sombras, desnudas
de tristeza; los ojos puestos en las ceñudas
distancias; en la frente una estrella encendida;

y ya al torcer la ruta hacia las sombras mudas
volveremos la cara, en son de despedida
a la vida, diciéndole "hasta luego" a la vida.

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES.

LAS FLORECITAS

Cuando estoy solo ante una tarde de Invierno, y mi alma, como una rosa se impregna de la serena tristeza de la tarde, me distraigo mirando las suaves florecitas del campo, tan humildes, tan blancas y tan puras que me dejan una perla de ternura en el alma.

La tarde es gigantesca y muchas veces teñida de colores violentos; la tierra es obscura y pequeña, y las florecitas, mis tiernas florecitas, como un rebaño de astros se agrupan en una pradera florecida. En la sombra incipiente hay algo de celeste en sus corolas, y sus hojitas tersas, irisadas de tiernísimas perlas de nieve, sueñan en los pies de María.

—Florecitas de pureza, florecitas divinas, rogad a la Virgen que mi alma sea como vosotras.

Las he visto de noche, cuando es más serena la contemplación de las estrellas en la comba profunda. Parecen, reunidas, ahilar secretos sutiles con las estrellas. Al acercarme a su corazón veo que son tiernas y puras como perlas que tuvieran alas. Hay en todas ellas una tersa y leve gota de miel que es el tesoro de las melancolías de la noche.

En cada gota hay un sereno silencio de astros, un algo de perfume infinito.....

Las florecitas son blancas, y están solas debajo de la noche. Son humildes y bellas, y en la tenue transparencia de sus almas hay una celestial melancolía.

Las he visto en la frente de una muchacha que pasa con la veste de la noche.

Yo quisiera tener un prado en mi alma con las florecitas del Señor.

CONRADO ABUNDES.

OBLATA

En loor de Nuestra Señora de los Hombros Desnudos.

Leda, suave Leda, preclara hostia matutina! Azucena desnuda plena de gracia y de nobleza, como los lirios celestes de las anunciaciones!

Mi voluntad se prosterna ante tí, y mi corazón se abrasa y se quema de amor, como en los incensarios las gomas perfumadas de Oriente.

Leda, suave Leda, oblación suprema de la Vida, fontana preciosa de la Vida! Mujer de bruma, más blanca que el alma de las hostias; tu cuerpo está ungido de palideces ultrahumanas; la blancura de tu cuerpo destila claridades untuosas de loto, de sándalo y de mirra!

Yo he amado mucho los ojos que son como tus ojos y he bebido el perfume de la mujer que es como tu perfume.

Señora, prestigiosa Señora, mis cabellos guardan aún la impresión amorosa de *sus* manos. Azur! Azur infinito y vago de sus ojos llevo en mis pupilas! Ella no supo cuánto bien me hacía con su boca bermeja y dulce; ella no supo jamás que en el ámbar trigal de su cabellera se inflamaban todos los santos misterios de la Siria. ¡Oh su cabellera suave y floja, voluptuosidad desmayada, voluptuosidad deshecha en oro y seda, sobre la armonía blanca de la nuca. Sin querer, en *ella* te adoré, Señora, y en *ella* te bendije. He aquí mis ojos, he aquí mis manos, he aquí las rosas todas de mis pecados....

Mi voluntad se prosterne, altísima Señora, y que mi deseo flote y ondule por sobre la transparencia azul de tu carne, igual que una mística ave-maría suspensa y temblorosa bajo los cóncavos mármoles que coronan los altares; una mística ave-maría que se diluyera armoniosamente entre *el vapor de los incensarios*, el oro de las custodias y las resonancias tonantes de los órganos, de los órganos sagrados, de los órganos profundos de las catedrales, de los altos órganos llorosos de las catedrales....!

Leda, fontana y lirio! Leda, fragancia derramada, hazte hostia y hazte cáliz. Yo soy un sacerdote de un Oriente lejano y perfumado; de tu cuerpo oloroso haré una misa, la más blanca, y haré consubstanciales tu carne y tu sangre con el dulce pan y el dulce vino celestes.

Yo llego hasta tí, preclara Señora, y sobre el triunfo nevado de tu cuerpo pongo mi deseo. Bendícelo y llégalo hasta tí como a un niño ciego venido de una estrella; es la única rosa que me dió Primavera; hacia tí va, tibio y palpitante, como una vida hacia la Vida. Los linos del alba no lo envolvieron, y en sus pupilas no se ha abierto la sonrisa del sol. Está vestido con su propia desnudez y te pide toda la seda amorosa de tu seno; tu seno, que es como un campo de lirios bañado de leche.

Leda, Leda, mi deseo es como un cisne empapado de aurora; mi deseo es como un pálido cisne que flota sobre el ensueño de la luna; mi deseo es como un niño muy blondo venido de una estrella. Recíbelo y llévalo hacia tu corazón; despliega el poema sagrado de tus brazos y júntalo a tu seno, a tus labios, a tus ojos, y dile del arcano y de la Vida, del amor que llora

y del dolor que canta, la prisión del ensueño y la estrella más clara. Tómalo tal cual es, risueño y desnudo, y llévalo por tu nuca de azáleas, entre el áureo temblor de tu cabellera, por la seda de tus senos, y por todo tu cuerpo florido, transubstancial y divino.

Por tu imperial sangre de lirio y porque tienes carne de estrella; porque eres mujer y eres hostia y eres toda de amor: bendícelo y llévalo hacia tu corazón, suave, leda, ledamente. Amén.

México, 24 de diciembre de 1913.

FROYLAN GONZALEZ.

TRINDADE COELHO

Para mí la virtud principal de Trindade Coelho es su eutrapelia, su moderación, su poquedad. Ello puede ser defecto y a veces se le llama academismo. La España del siglo XIX ha producido esa literatura sosa y prudente, de carácter provinciano dentro del progreso estético europeo. Pero existe una profunda diferencia entre el académico y Coelho: éste no pretende dar en la moderación, llega hasta ella porque no puede más, da lo que tiene, mana de él como de fuente escondida; copia las cosas como las ve, sin pensar que lo deban ser de una manera si son de otra, por ello hay acciones y cuadros y sentimientos—sobre todo—que no puede forzar a sus moldes estrechos y sencillos. En realidad la diferencia es de intención y de potencia.

Sus cuentos hablan de las cosas primeras: el campo, el hogar, después el amor campesino, animal; le está vedado sentir lo no-primitivo, sus hombres no lo tienen o él no lo nota. Se le ha llamado clásico por representarse las primeras cosas de la manera primera, en realidad es sólo un atrasado ingenuo que sabe decir cómo en el hogar se besa el chorizo que se da a los pobres. Cuando se revela contra el discurso rectilíneo de un acontecimiento, luego se unce voluntariamente con un: Pues como iba yo diciendo, que nos trae a la memoria los cuentos de las abuelas, algo también de tiempos viejos.

Hay en él una relación íntima entre las cosas y los seres; no podría narrar una historia tejida de sentimientos y de ideas que hiciera olvidar la tierra. Unos campesinos que marchan al sol sufriendo el servicio militar lo primero que recuerdan son "los campos de la aldea nativa; los árboles que sombreaban esos campos; las aguas que los refrescaban; las casas, las iglesias, los caminos. . . ." Y sólo por la completa impresión de las cosas recuerdan a las personas:—su madre vivía en esa casa, su novia rezó en esa iglesia. Este detalle explica algo del arte de Trindade Coelho, primitivo, rústico, campesino. Primitivo por la posesión predominante del sentido de la vista; rústico sin fórmulas ni escenas forzadas; campesino, no deliberadamente, sino por simpatía y como por inercia.

A. C.

NOSOTROS

Director: F. González Guerrero.

REDACTORES:

Conrado Abundes.
Juan Chargoy Gómez.
Froylán González.
Rodrigo Torres Hernández.
B. Vadillo.
Antonio Castro.
Felipe de J. Espinosa.
Gregorio López y Fuentes.
Manuel Toussaint.
Rafael Heliodoro Valle.
Alberto Vázquez del Mercado.

COLABORADORES:

Jesús T. Acevedo.
Roberto Argüelles Bringas.
Antonio Caso.
Rubén M. Campos.
Ricardo Gómez Robelo.
Luis González Obregón.
Pedro Henríquez Ureña.
Amado Nervo.
Alfonso Reyes.
Julio Torri.
Enrique González Martínez.
Carlos González Peña.
Rafael López.
María Enriqueta.
José de J. Núñez y Domínguez.
Leopoldo de la Rosa.
José Juan Tablada.
Luis G. Urbina.

LA SIRINGA DE CRISTAL

Poesías por Gregorio López y Fuentes

Un vol. rústica.....$ 1.00

POR LA SENDA SONORA

Poesías por Rodrigo Torres Hernández

Un vol. rústica.....$ 1.00

NOSOTROS

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EL 27 DE ENERO DE 1913

Número 9. Marzo 1914.

SUMARIO

HENRIQUEZ UREÑA ..... *Don Juan Ruiz de Alarcón.*

MANUEL DE LA PARRA ..... *Momento musical. — De paso.*

JULIO TORRI ..... *Espíritu de contradicción.*

NUÑEZ Y DOMINGUEZ ..... *Sortilegio lunar.*

RAFAEL LOPEZ ..... *A José María Lozano.*

CARLOS GONZALEZ PEÑA ..... *Flor de madroño.*

FRANCIS JAMMES (Trad. GONZALEZ MARTINEZ) ..... *El comedor.*

CONDESA DE NOAILLES (Trad. RAFAEL LOPEZ) ... *La tuberosa.*

MANUEL TOUSSAINT ..... *Gregorio López y Fuentes.*

ALFONSO REYES ..... *Nosotros.*

B. VADILLO ..... *Alma de bruma.*

NUÑEZ Y DOMINGUEZ ..... *Al margen de los libros nuevos.*

R. HELIODORO VALLE ..... *Serenata.- - El libro de R. López.*

MANUEL DE LA PARRA ..... *Blanca de Nieve.*

JOSE VELASCO ..... *Eugène Brieux.*

DE LOS LIEROS NUEVOS.

Apartado postal 4,628. MEXICO, D. F.

LIBROS DE NUESTROS COLABORADORES

DE VENTA EN LA "LIBRERIA GENERAL"

AVENIDA DEL 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 23

Alfonso Reyes . . . . . *Cuestiones Estéticas.*

Amado Nervo . . . . . *En Voz Baja.*

— — . . . . . *Ellos.*

— — . . . . . *Mis Filosofías.*

— — . . . . . *Almas que pasan.*

— — . . . . . *Jardines Interiores.*

— — . . . . . *Juana de Asbaje.*

Rafael López . . . . . *Con los Ojos Abiertos.*

Luis G. Urbina . . . . . *Ingenuas.*

— — . . . . . *Puestas de Sol.*

Enrique González Martínez . . . . . *Los Senderos Ocultos.*

José Juan Tablada . . . . . *El Florilegio.*

Pedro Henríquez Ureña . . . . . *Horas de Estudio.*

María Enriqueta . . . . . *Rumores de mi Huerto.*

OBRA EN PRENSA

"VISIONES LEJANAS"

VERSOS DE

MANUEL DE LA PARRA

LIBROS RECIBIDOS

Tierras, Mares y Cielos.—Tegucigalpa, Honduras. 1913. — Obras completas de Juan Ramón Molina.

5 de Noviembre. — Biblioteca del Ateneo de El Salvador.

Lorenza Cisneros. — Novela por Adrián M. Arévalo.— Biblioteca del Ateneo de El Salvador.

Libro Araujo. — Biblioteca del Ateneo de El Salvador.

Una Vida.—Por Rafael Arévalo Martínez.—Ilustraciones de Máximo Ramos.

Los Atormentados.— Guatemala.— 1914.—Versos de Rafael Arévalo Martínez.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON

Conferencia pronunciada, la noche del 6 de Diciembre de 1913, en la tercera de las sesiones organizadas por el Sr. D. Francisco J. de Gamoneda en la Librería General, por Pedro Henríquez Ureña, profesor de Historia de la lengua y la literatura españolas en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México.

Aquí vengo, señores, en apariencia — muchos lo habréis oído decir ya, — a sostener una tesis difícil, arriesgada e imprevista, que no faltará quien declare carente de todo fundamento. Vengo a sostener, — nada menos, — que Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, el singular y exquisito dramaturgo, pertenece de pleno derecho a la literatura de México y representa de modo cabal el espíritu del pueblo mexicano.

Así formulada, rotunda y sin atenuaciones, la tesis es discutible, y acaso no deba quedar en pie. Estoy en la obligación, pues, de justificarla definiéndola, explicándola, *limitándola.*

La tesis que ahora voy a exponer no es nueva en mí. Surgió tan pronto como tuve necesidad de definir mis opiniones sobre Alarcón, y me atreví a lanzarla al público hace cerca de dos años, en mi cátedra de Literatura Española en la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional: aquí presentes hay testigos. Los valiosísimos descubrimientos de mi distinguido compañero y amigo Don Nicolás Rangel, con los cuales se prueba que Alarcón abandonó su país natal cuando había andado ya más de la mitad del camino de su vida, me dieron audacia para desarrollar mi antigua tesis.

Implica ésta, para ser justamente inteligible, la exposición de lo que es lícito entender por literatura mexicana y aun por espíritu mexicano. Exige, además, la declaración previa de que no se pretende demostrar que todo Alarcón es explicable por su sola cualidad de mexicano: creo, antes que nada, en la personalidad individual, y no en la nacional, como origen del genio. Las cualidades de nación y de época forman el marco que encuadra las individuales. ¿Necesitaré añadir que, al clasificar a Alarcón como mexicano, tampoco intento probar que sus obras son copia de las costumbres de Nueva España, y mucho menos del lenguaje y los hábitos del populacho,—en quien suele equivocadamente pensarse que reside el carácter local? "Pocas personas saben comprender con delicadeza las cues-

tiones relativas al espíritu de los pueblos," dice Renan en su clásico ensayo sobre *La poesía de las razas célticas.*

Creo indiscutible la afirmación de que existe un carácter, un sello regional, un *espíritu nacional* en México. Para concebirlo, para comprenderlo, hay que comenzar, a mi juicio, por echar a un lado la fantástica noción de *raza latina*, a que tanto apego tiene el *demi-monde* intelectual. Sólo ha de hablarse de *cultura latina*, o, en rigor, *novolatina*: es decir, cultura de los pueblos que hablan idiomas romances, y que a Roma deben étnicamente muy poco, y en civilización mucho, pero no todo, porque lo más proviene de las fuentes griegas y hebreas y del vivificador contacto con los grupos germánicos en la Edad Media.

En México, como en toda la América de habla castellana, el elemento primordial es el español: el *espíritu nacional* no es otra cosa que espíritu español modificado. Modificado principalmente por el medio y luego por las mezclas: así lo prueba la unidad fundamental de la familia hispano-americana, que la distingue de la familia española europea (hasta en signos externos como la pronunciación) y que establece un parentesco mucho más cercano entre los pueblos más disímiles del Nuevo Mundo que entre cualquiera de ellos y España. El pueblo español, mucho más definido que los aborígenes de América,—definido por siglos de vida nacional, por la lenta modelación de la cultura, que es al cabo la que hace surgir las *voces de los pueblos*, el espíritu de las naciones,—hubo de imponerse, de constituir el núcleo mental, el centro espiritual de las sociedades nuevas que aquí se organizaron.

Las modificaciones principales las recibió del medio, pero más que del físico (cuya influencia no ha de exagerarse), del medio social especialísimo que crearon las condiciones nuevas, las nuevas organizaciones y adaptaciones que exigía la vida en América, a raíz de una conquista sin precedentes en la historia. Después, al normalizarse esta vida, al definirse las costumbres, los grupos sometidos, aborígenes o no, que al principio se limitaron a continuar oscuramente sus tradiciones propias o se convirtieron en simples imitadores del vencedor, fueron dando, a medida que se fundían con él, su contribución de carácter, de personalidad, al conjunto. En el caso de México, los elementos indígenas (como en las Antillas los africanos) han ejercido poderoso influjo en la vida nacional durante todo el siglo XIX. Las sociedades hispano-americanas adquirieron, así, su espíritu peculiar, el cual sólo espera el auxilio de una cultura más extensa y más alta que la alcanzada hasta ahora para manifestarse en plenitud (1).

La existencia, inevitable e indiscutible, del espíritu nacional, del carácter regional, del local a veces, no implica en todos los casos, empero, la existencia de literaturas nacionales o regionales. ¿Existe una literatura hispano-americana? ¿Existen literaturas americanas?

Problema semejante al nuestro se discute en los Estados Unidos, poseedores de una literatura muy superior a la de las Américas españolas. La voz mas autorizada acaso en el país, la del sabio y sereno William Dean Howells, ha dicho: "La literatura norte-americana no es sino una modalidad (*a condition*) de la inglesa." Igual debe ser, en verdad, nuestra sen-

tencia. En rigor absoluto, nuestra América no ha dado sino una contribución a la gran literatura española,—contribución que se propuso incorporar en la de su patria europea el siempre generoso Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Pero así como existen características regionales en la literatura de las provincias de España,—Andalucía, por ejemplo, o Valencia,—han de existir, y existen, las características nacionales de la producción literaria, todavía informe, en cada uno de los países de la América española. No me refiero únicamente a las obras en que se procura el carácter criollo, la descripción de cosas locales. No: cualquier lector avezado a la literatura nuestra discierne sin grande esfuerzo la nacionalidad, sobre todo, de los poetas. Los grandes artistas, verdad es, se llaman a excepción muchas veces. Pero observando por conjuntos ¿quién no distingue la poesía cubana, elocuente, a menudo razonadora y aun prosaica, de la dominicana, llena también de ideología, pero más sobria y a la vez más libre en sus movimientos? ¿Quién no distingue entre la *facundia*, la *difícil facilidad*, la elegancia venezolana, superficial a ratos, y el lirismo metafísico, singular y trascendental, de Colombia? ¿Quién no distingue, junto a la marcha lenta y mesurada de la poesía chilena, los ímpetus brillantes y las audacias de la argentina? Y ¿quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos y los demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular de la poesía mexicana?

Como los paisajes de la antiplanicie de Nueva España, recortados y acentuados por la tenuidad del aire, aridecidos por la sequedad y el frío, se cubren, bajo los cielos de azul pálido, de tonos grises y amarillentos, así la poesía mexicana parece pedirles su tonalidad. La discreción, la sobria mesura, el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal, van concordes con este otoño perpetuo de las alturas, bien distinto de la eterna primavera fecunda de los trópicos: este otoño de temperaturas discretas que jamás ofenden, de crepúsculos suaves y de noches serenas.

Así descubrimos la poesía mexicana desde que se define: poesía de tonos suaves, de emociones discretas. Así la vemos, poco antes de la independencia, en los *Ratos tristes*, efusiones vertidas en notas que a veces alcanzan cristalina delicadeza, por Fray Manuel de Navarrete; y luego en José Joaquín Pesado, sobre todo en sus finos paisajes, *Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*, que de seguro requerían más vigoroso pincel, pero a través de los cuales se entrevé un mundo pictórico de extraordinaria fascinación; en las canciones místicas de los poetas religiosos de mediados del siglo (Arango, Guzmán, Martínez); en la estoica filosofía de los tercetos de Ignacio Ramírez; en las añoranzas que llenan los versos de Riva Palacio; en la grave inspiración clásica de Pagaza y de Othón; en *Pax animae* y *Non omnis moriar*, los más penetrantes y profundos acentos de Gutiérrez Nájera, poeta otoñal entre todos, "flor de otoño del romanticismo mexicano," como magistralmente le llamó Don Justo Sierra; por último, en las emociones delicadas y la solemne meditación de nuestros más amados poetas de hoy, Nervo, Urbina, González Martínez. Excepciones, desde luego, las hay: en Gutiérrez Nájera (*Después*) y en Othón (*Idilio*

salvaje) encontramos notas intensas, gritos apasionados; y no serían tan grandes poetas como son si les faltaran. Los poetas nacidos en la tierra baja, como Carpio y Altamirano, nos han dado paisajes ardientes. Y sobre todo, me diréis, Díaz Mirón. ¡Ah, sı! Díaz Mirón, que es de los poetas mexicanos nacidos en regiones tórridas, refleja en sus grandes odas los ímpetus de la tierra cálida y en los cuadros del *Idilio* las reverberaciones del sol tropical. Pero a Díaz Mirón debemos también canciones delicadas como la *Barcarola* y la melancólica *Nox*, filosofía serena, como en la oda *A un profeta*, y paisajes tristes, teñidos de emoción crepuscular, como el incomparable *Toque:*

¿Dó esta la enredadera, que no tiende
como un penacho su verdor oscuro
sobre la tapia gris? La yedra prende
su triste harapo al ulcerado muro.

Si el paisaje mexicano, con su tonalidad gris, se ha entrado en la poesía, ¿cómo no había de entrarse en la pintura? No hace mucho, por una de las inacabables ordenaciones que sufren las galerías de la Academia de Bellas Artes, vinieron a quedar frente a frente, en los muros de una sala, los pintores españoles y los mexicanos contemporáneos. Bastaba llegarse al salón para observar el contraste brusco: de un lado, la cálida opulencia del rojo y del oro, los azules y púrpuras violentos del mar, la alegre luz de sol, las flores vívidas, la carne de las mujeres, en las telas de Sorolla, de Bilbao, de Benedito, de Chicharro, de Carlos Vásquez; del otro, los paños negros, las caras melancólicas, las flores pálidas, los ambientes grises, en los lienzos de Juan Téllez, de Germán Gedovius, de Angel Zárraga, de Diego Rivera, de Francisco de la Torre (2).

Así, en medio a la opulencia del teatro español en los siglos de oro, en medio a la abundancia y el despilfarro de Lope, de Calderón y de Tirso, el mexicano Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza da una nota de discreción y sobriedad. No es espejismo de la distancia. Acudamos a su contemporáneo Don Juan Pérez de Montalbán, y veremos que nos dice en la *Memoria de los que escriben comedias en Castilla*, al final de su miscelánea *Para todos* (3):

"Don Juan Ruiz de Alarcon las dispone con tal novedad, ingenio, y estrañeza, que no hai Comedia suya que no tenga mucho que admirar, y nada que reprehender, que despues de averse escrito tanto, es gran muestra de su caudal fertilissimo."

Si la singularidad de Alarcón se advirtió desde entonces ¿cómo después nadie ensayó explicarla? Abiertamente dígase: Alarcón sólo ha dado tema, por lo general, a estudios académicos; y el juicio académico típico, cualesquiera que sean sus méritos en el análisis paciente y la averiguación minuciosa, desconoce las altas funciones de la crítica: la síntesis, la reconstrucción de la vida espiritual que dió vida a la obra de arte, y la

renovación — cada vez que sea necesaria — de los valores literarios. *Azorín* pide la revisión de los clásicos del idioma. No la revisión: para muchos de ellos hace falta la lectura inicial. Están por juzgar: sobre ellos se trasmiten de generación en generación frases vagas, huecas y sin sentido. Fuera de la magna obra de Menéndez y Pelayo (a quien con grave error se confundiría entre los críticos académicos), fuera de excepcionales monografías, no se ha juzgado aún la literatura española (4).

La crítica académica, — y especialmente sus más ilustres representantes en este asunto, Hartzenbusch y Fernández Guerra, — dió por sentado que Alarcón, a quien tradicionalmente se contaba entre los jefes del teatro nacional, había de ser tan español como Lope o Tirso. El desdén metropolitano, aun inconsciente y sin malicia, ayudado de la pereza, vedaba buscar las raíces del carácter propio de Alarcón en su nacionalidad. ¿Cómo la lejana colonia había de engendrar un verdadero *ingenio de la corte?* La patria, en este caso, resultaba mero accidente.

Hoy debemos pensar que no. Y ¿no nos dan ejemplo los españoles mismos, reclamando para su literatura a los Sénecas y a Quintiliano, a Lucano y a Marcial, así como a Juvenco y a Prudencio?

Alarcón nació en la ciudad de México hacia 1580: toda probabilidad se inclina a esa fecha. Marchó a España en 1600 o poco antes. Después de cinco años en Salamanca y tres en Sevilla, volvió al país en 1608, y se graduó de Licenciado en Derecho por la antigua Universidad de México. De aquí, suponía Fernández Guerra, regresó a Europa en 1611. D. Nicolás Rangel acaba de descubrir que salió de aquí a mediados de 1613, cuando su célebre biógrafo lo imaginaba estrenando comedias en Madrid. Es de creer que a la corte no llegara hasta 1614. A los treinta y tres años de edad, más o menos, abandonó definitivamente su patria: en España vivió veinte y seis más, hasta su muerte. Hombre orgulloso, pero discreto, acaso no habría sido víctima de las acres costumbres literarias de su tiempo si no mediaran su deformidad física y su color moreno (a que parece aludir Lope en una carta), como de mestizo: aunque no hay probabilidad de que lo fuese. Publicó sólo dos volúmenes de comedias, en 1628 y en 1634; sumando las rigurosamente auténticas y exclusivamente suyas (veinte y tres apenas) con las dudosas y escritas en colaboración, no llegan a treinta y cinco, mientras es bien sabido que las de Lope fueron mil ochocientas, ochocientas las de Calderón y cuatrocientas las de Tirso. De seguro comenzó a componerlas antes de 1614, y tal vez algunas escribió aquí: una de ellas, *El semejante a sí mismo*, se juzga probable; y tanto ésta como *Mudarse por mejorarse* (que ofrece varias semejanzas con la anterior) contienen palabras y expresiones que, sin dejar de ser castizas, se emplean más en México, hoy, que en ningún otro país de lengua castellana. Posibilidad tuvo de representarlas aquí, pues se edificó teatro hacia 1597 (el de D. Francisco de León), y se estilaban

fiesta y comedias nuevas cada día,

según testimonio de Bernardo de Valbuena, en su brillante poema de *La grandeza mexicana*. Colaboró, por los años de 1619 a 1623, con el maes-

tro Tirso de Molina, y en *La villana de Vallecas* utilizaron ambos sus recuerdos de América: Alarcón, los de su patria; Tirso, los de la Isla de Santo Domingo, donde estuvo de 1616 a 1618 (5).

Estos datos aproximados fundan la que llamaré presunción material de *mexicanismo* a favor de D. Juan Ruiz. No bastarían, sin embargo, y exigen el complemento de la prueba psicológica. La curiosa observación de Montalbán, citada mil veces, nunca explicada, como que sugirió al fin a Mr. James Fitzmaurice-Kelly el planteo del problema: "Ruiz de Alarcón —dice—es menos genuinamente nacional que todos ellos (Lope, Tirso, Calderón), y la verdadera individualidad, la *extrañeza*, que Montalbán advirtió en él con cierta perplejidad, le hace ser mejor apreciado por los extranjeros que en su propio país (España)."

Menos español que sus rivales: tampoco escapó al egregio Wolf el percibirlo, aunque se contentó con indicarlo de paso. Pero limitemos esta idea. El teatro español de la época áurea, que busca su fórmula definitiva con las escuelas de Sevilla y de Valencia, la alcanza en Lope, y la impone durante cien años de esplendor, hasta agotarla, hasta su muerte en los aciagos comienzos del siglo XVIII. No es, sin duda, la más perfecta fórmula de arte dramático. No es sencilla y *directa*, como el teatro del pueblo helénico, como el teatro de los pueblos germánicos,—el de Shakespeare, el de Goethe, el de Ibsen, también el de Wagner:— animada lucha de apariencias individuales a cuyo través se asoma el espíritu a la más profunda intuición de los destinos. Es una fórmula artificiosa, la de la *comedia*, que pretende vivir por sí sola, bastarse a sí misma, justificarse por su poder de atracción, de *diversión*, en suma. Dentro de ella caben, y los hubo, grandes casos divinos y humanos; mas no siempre su realidad profunda vence al artificio. Aun el auto sacramental, diverso por su objeto y carácter, soporta la pesadumbre de la casi indomable ficción alegórica.

Así y todo, más amplia y rica es la fórmula española que la francesa de los siglos XVII y XVIII. No vuelvo a la arcaica querella. No discuto valer de autores. Pongo a Molière entre mis favoritos y jamás huyo de Corneille ni de Racine, aunque sí de los centenares de volúmenes que sobre ellos escriben sus compatriotas, empeñados en sorprenderles tantos secretos como a Platón o a Dante. Digo sólo que la fórmula del teatro francés, que tuvo su arquetipo en la existencia cortesana, sujeta a corto espacio y pocos movimientos y mesurada expresión (por mucho que estas condiciones permitan, más que otras ningunas, penetrar hondamente en el elemento cómico de los usos sociales y crear la especie peculiar de la *comedia de costumbres*), es fórmula menos libre, menos variada y animada, que la española, hecha para divertir, con su brío y agitación, a una sociedad de vida más ardiente y más franca.

La necesidad de movimiento: esa es la característica de la vida española en los siglos áureos. Y ese movimiento, que se desparrama en guerras y navegaciones, que acomete magnas empresas religiosas y políticas, es el que en la literatura hace de la *Celestina*, del *Lazarillo*, del *Quijote*, ejemplos iniciales de realismo *activo*, no meramente descriptivo o analítico; que en los conceptistas y culteranos se ejercita de imprevisto modo,

consumiéndose en perpetuo esfuerzo de invención; y que por fin, en el teatro, convierte la vida en la apariencia de rápido e ingenioso mecanismo.

Nadie como Lope de Vega para dominar ese mecanismo (en buena parte invento suyo) y someterlo a toda suerte de combinaciones, multiplicando así los modelos que inmediatamente adoptó España entera. Dentro del mecanismo de Lope cupieron desde la vaciedad absoluta hasta la más vigorosa *humanidad*; pocas veces la tesis; nunca, quizás, el problema ético o filosófico. En Tirso, en Calderón, por un momento en tal cual otro dramaturgo, como Mira de Mescua, esos problemas entraron e hicieron al teatro español lanzarse en vuelos vertiginosos, rara vez con absoluto equilibrio, siempre con la plenitud de la audacia romántica.

En medio de este teatro artificioso pero rico y brillante, Don Juan Ruíz de Alarcón manifestó personalidad singular. Entróse como aprendiz por los caminos que abrió Lope, y lo mismo ensaya la tragedia grandilocuente (en *El Anticristo*) que la comedia extravagante (en *La Cueva de Salamanca*). Quiere, pues, conocer todos los recursos del mecanismo y medir sus propias fuerzas; día llega en que se da cuenta de sus capacidades reales, y entonces cultiva y perfecciona su huerto cerrado. No es rico en dones de poeta: carece por completo de virtud lírica; versifica con limpieza (salvo en los endecasílabos) y a veces con elegancia. No es audaz y pródigo como su maestro y enemigo, Lope, como sus amigos y rivales: es discreto (como mexicano), escribe poco, pule mucho, y se propone dar a sus comedias significación y sentido claros. No modifica, en apariencia, la fórmula del teatro español (por eso superficialmente no se le distingue entre sus émulos, y puede suponérsele tan español como ellos); pero internamente su fórmula es otra.

El mundo de la comedia de Alarcón es, en lo exterior, el mismo mundo de la escuela de Lope: galanes nobles que pretenden, contra otros de su categoría, o más altos, a menudo príncipes, a damas vigiladas, no por madres que jamás existen, sino por padres, hermanos o tíos; enredos e intrigas de amor; conflictos de honor por el decoro femenino o la emulación de los caballeros; amor irreflexivo en el hombre, afición variable en la mujer; solución, la que salga, distribuyéndose matrimonios aun innecesarios o inconvenientes. Pero este mundo, que en la obra de los dramaturgos peninsulares vive y se agita vertiginosamente, anudando y reanudando conflictos como en compleja danza de figuras, en Alarcón se mueve con menos rapidez: su marcha, su desarrollo son más mesurados y más calculados, sometidos a una lógica más estricta (salvo los desenlaces). Ya señaló en él Hartzenbusch "la brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar a veces los actos" (y las escenas). No se excede, si se le juzga comparativamente, en los enredos; mucho menos en las palabras; reduce los monólogos, las digresiones, los arranques líricos, las largas pláticas y disputas llenas de brillantes juegos de ingenio. Sólo los relatos suelen ser largos, por excesivo deseo de explicación, de lógica dramática. Sobre el ímpetu y la prodigalidad del español europeo que creó y divulgó el mecanismo de la *comedia*, se ha impuesto, como fuerza moderadora, la prudente sobriedad, la discreción del mexicano.

Y son también de mexicano los dones de observación. La observación maliciosa y aguda, hecha con espíritu satírico, no es privilegio de ningún pueblo; pero, si bien el español la expresa con abundancia y desgarro (¿y qué mejor ejemplo, en las letras, que las inacabables diatribas de Quevedo?), el mexicano la guarda socarronamente para lanzarla, bajo concisa fórmula, en oportunidad inesperada. Las observaciones breves, las réplicas imprevistas, las formulas epigramáticas, abundan en Alarcón, y constituyen uno de los atractivos de su teatro. Y bastaría comparar, para este argumento, los enconados ataques que le dirigieron Quevedo mismo, y Lope y Góngora, y otros ingenios eminentes,—si en esta ocasión mezquinos,—con las sobrias respuestas de Alarcón, por vía alusiva, en sus comedias, particularmente aquella, no ya satírica sino amarga, de *Los pechos privilegiados* (acto III, escena III):

Culpa a aquel que, de su alma
olvidando los defetos,
graceja con apodar
los que otro tiene en el cuerpo.

La observación de los caracteres y las costumbres es el recurso fundamental y constante de Alarcón, mientras en sus émulos es incidental: y nótese que digo la observación, no la reproducción espontánea de las costumbres ni la libre creación de los caracteres, en que no les vence. Este propósito de observación incesante se subordina a otro más alto: el fin moral, el deseo de dar a una verdad ética aspecto convincente de realidad artística.

Alarcón crea, dentro del antiguo teatro español, la especie, en éste solitaria, sin antecedentes calificados ni sucesión inmediata, de la *comedia de costumbres*. No sólo la crea para España, sino también para Francia: imitándole, traduciéndole, no sólo a una lengua diversa, sino a un sistema artístico diverso, Corneille introduce en Francia, con *Le menteur*, la alta comedia, que iba a ser en manos de Molière labor fina y profunda. Esa comedia, al extender su imperio por todo el siglo XVIII, vuelve a entrar en España, para alcanzar nuevo apogeo, un tanto pálido, con Don Leandro Fernández de Moratín y su escuela, en la cual figura, significativamente, otro mexicano de discreta personalidad artística: Don Manuel Eduardo de Gorostiza.

Aunque en Lope se hallen obras cercanas al tipo, como *El premio del bien hablar*, nunca podrá confundirse su arte espontáneo y sin tesis con el reflexivo y bien orientado de Alarcón.

Y al llegar aquí confieso (nunca pensé negarlo) que la nacionalidad no explica por completo al hombre. Las dotes de observador de nuestro dramaturgo, que coinciden con las de su pueblo, no son todo su caudal artístico: lo superior en él es la trasmutacion de elementos morales en elementos estéticos, dón rara vez concedido a los creadores. Alarcón es singular, por eso, no sólo en la literatura española, sino en la literatura universal.

Su nacionalidal no nos da la razón de su poder supremo; sólo su vida

nos ayuda a comprender cómo se desarrolló. En un hombre de alto espíritu, como el suyo, la desgracia aguza la sensibilidad y estimula el pensar; y cuando la desgracia es perpetua e indestructible, la hiperestesia espiritual lleva fatalmente a una actitud y a un concepto de la vida hondamente definidos y tal vez excesivos. Ejemplo clarísimo el de Leopardi.

En el caso de Alarcón, orgulloso y discreto, observador y reflexivo, la dura experiencia social le llevó a formar un código de ética práctica cuyos preceptos reaparecen a cada paso en las comedias. No es una ética que esté en franco desacuerdo con la de los hidalgos de entonces, pero sí señala rumbos particulares, que a veces importan modificaciones. Piensa que vale más (usaré las clásicas expresiones de Schopenhauer) *lo que se es* que *lo que se tiene* o *lo que se representa.* Vale más la virtud que el talento y ambos más que los títulos de nobleza; pero éstos valen más que los favores del poderoso, y más, mucho más, que el dinero. Ya se ve: Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza vivió mucho tiempo con escasa fortuna (así nos lo dice Cervantes, en su relación de la fiesta celebrada en Sevilla, el año de 1606, por la cofradía literaria de los Jiménez de Enciso, de la que era socio el mexicano); él mismo alude a sus dificultades y estrecheces de pretendiente, y sólo en la madurez alcanzó la posición económica apetecida. En cambio, sus títulos de nobleza eran excelentes, como que su padre descendía de los Alarcones de Cuenca, ennoblecidos en el siglo XII, y de la ilustrísima casa de los Mendoza, que en el siglo XVII contaba con sesenta mayorazgos (entre ellos ducados, condados y marquesados) y de cuyas diversas ramas habían salido el primer Almirante de Castilla en el siglo XIV y el primer Virrey de México en el XVI, y, para las letras, Don Pero López de Ayala, el Marqués de Santillana, los dos Manriques, Garcilaso de la Vega, Don Diego Hurtado de Mendoza. Alarcón nos dice en todos los tonos y en todas las comedias—punto menos—la incomparable nobleza de su estirpe: debilidad que le conocieron en su época y que le censura en su rebuscado y venenoso estilo Cristóbal Suárez de Figueroa.

El honor—desde luego! El honor debe ser cuidadosa preocupación de hombre o de mujer; y debe oponerse como principio superior a toda categoría social, aunque sea la realeza. Las nociones morales no pueden ser derogadas por ningún hombre, aunque sea rey, ni por motivo alguno, aunque sea la pasión más legítima (el amor, o la defensa personal, o el castigo por deber familiar, supervivencia de moral antehistórica). Entre las virtudes ¡qué alta es la piedad! Alarcón llega a pronunciarse contra el duelo, y sobre todo contra el deseo de matar. Además, le son particularmente caras las virtudes que pueden llamarse *lógicas*: la sinceridad, la lealtad, la gratitud, así como la regla práctica que debe complementarlas: la discreción. Y por último, hay una virtud de tercer orden que estimaba en mucho: la cortesía. Vosotros quizá extrañaréis se os diga que ésta es muy de México; pero yo, que no nací aquí, sé que lo es. Proverbial era el hecho precisamente en los tiempos de nuestro dramaturgo: "cortés como un indio mexicano," dice en el *Marcos de Obregón* Vicente Espinel. A fines del mismo siglo XVII decía el Venerable Palafox, al hablar de las *Virtudes del Indio:* "La cortesía es grandísima." Alarcón mismo fué sin duda muy cortés: Quevedo, con su irrefrenable maledicencia, le llamaba

"mosca y zalamero." Y en sus comedias se nota una abundancia de expresiones de cortesía y amabilidad que contrasta con la usual omisión de ellas en los dramaturgos peninsulares.

Grande cosa,—piensa,—es el amor; ¿pero es posible alcanzarlo? La mujer es voluble, inconstante, falsa; se enamora del buen talle, o del pomposo título, o—cosa peor—del dinero. Sobre todo, la abominable, la mezquina mujer de Madrid, que vive soñando con que la obsequien en las tiendas de plateros. La amistad es afecto más desinteresado, más firme, más seguro. Y ¡cómo no había de ser esa la experiencia del dramaturgo!

El interés que brinda este conjunto de conceptos sobre la vida humana es que se los ve aparecer constantemente como motivos de acción, como estímulos de conducta. No hay en Alarcón tesis que se planteen y desarrollen silogísticamente, como en ciertos dramas del siglo XIX; no surgen tampoco bruscamente, con ocasión de conflictos excepcionales, como en *García del Castañar* o *El Alcalde de Zalamea* (pues el teatro de los españoles europeos, fuera de los casos extraordinarios, se contenta con normas convencionales, en las que no se paran largas mientes). No: las ideas morales de este que fué "moralista entre hombres de imaginación" circulan libre y normalmente, y se incorporan al tejido de la comedia, sin pesar sobre ella ni convertirla en disertación metódica. Por lo común, aparecen bajo forma breve, concisa, como incidentes del diálogo; o bien se encarnan en un ejemplo, tanto más convincente cuanto que no es un tipo unilateral: tal es el Don García de *La Verdad Sospechosa* y el Don Mendo de *Las Paredes Oyen* (ejemplos *a contrario*) o el Garci Ruiz de Alarcón de *Los Favores del Mundo* y el Marqués Don Fadrique de *Ganar Amigos.*

El dón de crear personajes es el tercero de los grandes dones de Alarcón. Para desarrollarlo, le valió de mucho el amplio movimiento del teatro español, cuya libertad romántica (semejante a la del inglés *isabelino*) permitía mostrar a los personajes en todas las situaciones interesantes para la acción, cualesquiera que fuesen el lugar y el tiempo; y así, bajo el principio de unidad lógica que impone a sus caracteres, gozan éstos de extenso margen para manifestarse como seres capaces de aficiones diversas. No sólo son individualidades con vida amplia, sino que su creador los trata con simpatía: a las mujeres, no tanto (oponiéndose en esto a su compañero ocasional, Tirso); a los protagonistas masculinos sí, aun a los viciosos. Por momentos diríase que en *La Verdad Sospechosa* Alarcón está de parte de Don García, y hasta esperamos que prorrumpa en un elogio de la mentira, digno del ingenio de Mark Twain o de Oscar Wilde. Y ¿qué personaje hay, en todo el teatro español, de tan curiosa fisonomía como *Don Domingo de Don Blas*, apologista de la conducta lógica y de la vida sencilla y cómoda, sin cuidado del qué dirán; paradójico en apariencia pero profundamente humano; personaje digno de la literatura inglesa, en opinión de Wolf; digno de Bernard Shaw, puede afirmarse hoy?

Pero además, en el mundo alarconiano se dulcifica la vida turbulenta, de perpetua lucha e intriga, que reina en el drama de Lope o de Tirso, así como la vida de la colonia era mucho más tranquila que la de su metrópoli: se está más en la casa que en la calle; no siempre hay desafíos;

hay más discreción y tolerancia en la conducta; las relaciones humanas son más fáciles, y los afectos, especialmente la amistad, se manifiestan de modo más normal e íntimo, con menos aparato de conflicto, de excepción y de prueba. El propósito moral y el temperamento meditativo de Alarcón iluminan con pálida luz y tiñen de gris melancólico este mundo estético, dibujado con líneas claras y firmes, más regular y más sereno que el de los dramaturgos españoles, pero sin sus riquezas de color y forma.

Todas estas cualidades, que en parte se derivan de su propio genio, original e irreducible, en parte de su experiencia de la vida, y en parte de su nacionalidad y educación mexicanas, todas ellas, colocadas dentro del marco de la tradición literaria española, hacen de Alarcón, como magistralmente dijo Menéndez y Pelayo, en brevísimo juicio que ojalá hubiese ampliado, "*el clásico de un teatro romántico* (a semejanza de Ben Jonson en Inglaterra), sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha o de un dogmatismo ético;" dramaturgo que encontró "por instinto o por estudio aquel punto cuasi imperceptible en que la emoción moral llega a ser fuente de emoción estética, y sin aparato pedagógico, a la vez que conmueve el alma y enciende la fantasía, adoctrina el entendimiento como en escuela de virtud, generosidad y cortesía."

Artista de espíritu clásico (entendida esta designación en el sentido de artista sobrio y reflexivo), Alarcón revela en su orientación misma su carácter nacional. Acaso parezca exageración desmedida atribuir tales tendencias clásicas a un país, como México, que nunca ha podido, como ninguno de sus hermanos de América, formarse una cultura propia, disciplinada y superior, única que con absoluto derecho puede llamarse clásica. Pero dentro de las imperfecciones inherentes a la vida colonial, México fue el más clásico solar de la cultura española en el Nuevo Mundo: fue aquí donde se extendió más y dió mayor caudal de frutos. ¿Qué otro pueblo de América—ni el Perú siquiera—recibió falange de humanistas comparable con la que vino a México a seguidas de la conquista,—los que desde luego trajeron la imprenta, la Universidad, las letras latinas y castellanas? ¿Qué otro pueblo de América sería capaz de ostentar un esplendor de cultura autóctona, por igual científica y artística, como el de México en el siglo XVIII? Y dentro de esa cultura, el espíritu mexicano se orientó siempre hacia las aficiones clásicas. México produjo a dos, y educó a uno, de los mejores poetas modernos en lengua latina, los jesuítas Abad, Alegre, Landívar, lejanos y brillantes discípulos del arte, lleno de sutiles secretos de perfección, de Horacio y de Virgilio. La afición al espíritu clásico, sobre todo al de Roma, nunca ha faltado en México: no necesito aducir ejemplos. Menéndez y Pelayo no pudo dejar de observarlo: México es, dice, "país de arraigadas tradiciones clásicas, a las cuales por uno u otro camino vuelve siempre."

No está, pues, fuera de las tendencias del espíritu mexicano Juan Ruiz de Alarcón al revelarse clásico de espíritu, tanto por su disciplina artística (en la que, bien se comprende, es el primero entre todos sus compatriotas), como por sus aficiones a la literatura del Lacio, por su afinidad tantas veces señalada, con la musa sobria y pensativa de Terencio. Pero su

espontánea disciplina, por lo que tenía de clásica, nunca le impidió apreciar el valor del arte de su tiempo (nunca ha sido del clásico vivir en desacuerdo con su época); no sólo adoptó el sistema dramático de Lope, y puso en él su nueva orientación, sino que estudió con interés toda la literatura de entonces: hay en él reminiscencias, por ejemplo, de Quevedo y de Cervantes (aunque no autorizan, ni con mucho, para tenerle por discípulo de éste, como pretendió Fernández Guerra), y aun del romance popular, con no ser el suyo un espíritu popular, sino aristocrático.

Por eso, hay en su obra ensayos que no pertenecen al tipo de comedia que desarrolló y perfeccionó. De ellos, el más importante es *El Tejedor de Segovia*, brillante drama novelesco, de extravagante asunto romántico, pero a través del cual se descubre la musa propia de Alarcón, predicando contra la matanza y definiendo la suprema nobleza. Ni debe olvidarse *El Anticristo*, tragedia religiosa inferior a las de Calderón y Tirso; de argumento a ratos monstruoso; pero donde sobresale, por sus actitudes hieráticas, la figura de Sofía, y donde se encuentran pasajes de los más elocuentes de su autor, los que más se acercan al tono lírico (así el que comienza: Babilonia, Babilonia....).

***

Tiene la comedia dos grandes tradiciones, que suelen llamarse, recortando el sentido de las palabras, romántica y clásica o poética y realista. Ambas reconocen como base necesaria la creación de vida estética, de personajes activos y situaciones ingeniosas; pero la primera se entrega desinteresadamente a la imaginación, a la alegría de vivir, a las emociones amables, al deseo de ideales sencillos, y confina a veces con el idilio y con la utopía, como en *Las aves* de Aristófanes y *La tempestad* de Shakespeare: la segunda quiere ser espejo de la vida social y crítica en acción de las costumbres, se ciñe a la observación exacta de hábitos y caracteres, y a menudo se aproxima a la tarea del moralista psicólogo, como Teofrasto o Montaigne. De la primera han gustado genios mayores: Aristófanes y Shakespeare, Lope y Tirso. Los representantes de la segunda son artistas más limitados, pero admirables señores de su dominio, cultores perfectos y delicados. De su tradición es patriarca Menandro: a ella pertenecen Plauto y Terencio, Ben Jonson, Molière y su numerosa secuela. Alarcón es su representante de genio en la literatura española,—muy por encima de Moratín y su grupo,—y acaso México deba contar como blasón propio haber dado bases, con elementos de carácter nacional, a la constitución de esa personalidad singular y gloriosa.

NOTAS

(1) No falta quien considere que, si las diferencias entre el espíritu español y el americano no son muy esenciales y profundas hoy, menos habían de serlo en los tiempos de Alarcón. Pero es un error. La diferenciación se produjo desde el siglo de la conquista (apunta razones D. Justo Sierra en su *Evolución política de México*) y se manifiesta, por ejemplo, en los acres sonetos mexicanos, descubiertos por el insigne García Icazbalceta en la *Sumaria relación de las cosas de Nueva España*, de Baltasar Dorantes de Carranza, contra los españoles peninsulares que aquí venían justamente por los años en que nació Alarcón. Como *pendant* púede citarse la censura que hace de los indianos Cristóbal Suárez de Figueroa, hacia el final del Alivio IV en *El pasajero* (1617). Abundan en la literatura de los siglos de oro pasajes relativos al carácter de los indianos, que estiman perfectamente definido. Y en 1604 (fecha en que el cultivo de las letras se hallaba prodigiosamente extendido en México) se publicó la *Grandeza mexicana*, de Valbuena, de la cual data, según Menéndez y Pelayo, el nacimiento de la poesía americana propiamente dicha. — Sobre la vida colonial, las obras de D. Joaquín García Icazbalceta y el *México viejo* de D. Luis González Obregón son el mejor archivo de noticias para quien no quiera acudir a los libros antiguos.

(2) Sería largo, y aquí estaría fuera de lugar, citar ejemplos que demostrasen las diferencias entre las literaturas de los diversos países de América. No faltan indicaciones, que me servirían para apoyar mi tesis, en los prólogos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo a la *Antología de poetas hispano-americanos* (4 volúmenes, Madrid, 1893-1895); prólogos que se han reimpreso con el título de *Historia de la poesía hispano-americana* (2 volúmenes, Madrid, 1912-1913) y que constituyen el mejor libro escrito hasta ahora, aunque incompleto, sobre las letras castellanas del Nuevo Mundo.—También habría mucho que espigar en obras de escritores nuestros, menos vastas que la del crítico español: por ejemplo, las de los peruanos D. Francisco y D. Ventura García Calderón y D. José de la Riva Agüero, relativas, ya a su propio país, ya a todo el Continente.—La República Argentina es sin duda la que cuenta con más extensa literatura de estudio psico-sociológico nacional (obras de Ramos Mejía, Bunge y otros). Sobre la psicología del pueblo cubano se deben muy perspicaces observaciones a D. Manuel Márquez Sterling y al malogrado Jesús Castellanos, muerto en mitad de su admirable labor de cultura, así como al ilustre D. Enrique José Varona. Sobre Santo Domingo, — mi país, — obras diversas de D. Federico García Godoy, D. Américo Lugo y D. Tulio M. Cestero. Acerca de una y otra Antillas he apuntado yo mis ideas, antes de ahora, en trabajos sueltos.

Con relación a México, no se ha ensayado aún el estudio general de la psicología del pueblo. Fuera de trabajos más o menos audaces, pero rara vez completos, como los ingeniosos y poco convincentes de D. Francisco Bulnes, las mejores observaciones suelen hallarse en páginas de historiadores: ningunas como las sagaces y profundas de D. Justo Sierra en *La evolución política de México* (parte de la obra *México: su evolución social*, que contiene otros trabajos dignos también de consulta en este respecto, como los de D. Manuel Sánchez Mármol y D. Ezequiel A. Chávez). El estudio del espíritu mexicano en el arte ha comenzado a dar materia, en estos últimos años, a diversos trabajos parciales. Así, le brillante pero inconcluso trabajo de D. Alfonso Reyes sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* (México, 1911) y las interesantes conferencias de D. Federico E. Mariscal, en la Universidad Popular Mexicana, sobre la Arquitectura. Así también las conferencias de la serie organizada por el Sr. D. Francisco J. de Gamoneda en la Librería General, y a la cual pertenece esta mía: *La literatura mexicana*, por D. Luis G. Urbina; *Música popular mexicana*, por D. Manuel M. Ponce; *La novela mexicana*, por D. Federico Gamboa; *La arquitectura colonial en México*, por D. Jesús T. Acevedo. Urbina bosqueja rápidamente la psicología nacional, señalando como rasgo distintivo en la producción literaria la melancolía, sin olvidar aspectos secundarios como la malicia epigramática. Ponce atribuye también carácter melancólico a la música mexicana, y — circunstancia curiosa — se refiere a su concordancia con las horas crepusculares en que suele oírsela.

(3) El *Para todos*, de Montalbán, se publicó en 1632. Poseo edición de Sevilla, 1738.

(4) Los trabajos más conocidos sobre nuestro dramaturgo son el libro de D. Luis Fernández Guerra y Orbe, *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, premiado por la Real Academia Española, Madrid, 1871, y el estudio de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que precede al volumen de *Comedias* en la Biblioteca Rivadeneyra, 1852. El libro de Fernández-Guerra

goza de reputación excesiva: como trabajo biográfico, es peligrosísimo, pues expone como igualmente verdaderos las suposiciones y los datos ciertos, omitiendo además, con frecuencia, los documentos en que funda estos últimos; como trabajo crítico, es caprichoso y de poca sustancia. No negaré, sin embargo, los buenos servicios de investigación y ordenación, y aun de reconstrucción histórica, que se deben al distinguido académico. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que antes elogiaba el libro, señaló después sus defectos en el prólogo a los estudios *Del siglo de oro*, de Doña Blanca de los Ríos de Lampérez (Madrid, 1910).— Mucho mejores son el estudio y las notas de Hartzenbusch; contienen observaciones críticas muy jugosas.

Poco puede sacarse hoy de los agradables juicios de D. Alberto Lista, o de las notas de García Suelto y otros escritores de cuyas opiniones hizo extractos Hartzenbusch en la Biblioteca Rivadeneyra. Mucho menos del trabajo de Philarète-Chasles, hábil y entusiasta, pero muy mal informado; ni de las notas de D. Isaac Núñez Arenas a la edición académica de obras selectas de Alarcón (3 volúmenes, 1887).

El estudio de Ferdinand Joseph Wolf, en su trabajo sobre la Historia del drama español (*Estudios sobre historia de las literaturas castellana y portuguesa*, 1859; traducción castellana de Unamuno con notas de Menéndez y Pelayo), es excelente, pero de carácter principalmente informativo. El de Adolph Friedrich von Schack (*Historia de la literatura y el arte dramático en España*, 1845-46; traducción castellana de D. Eduardo de Mier) es superficial, como suyo. Tiene más interés el ensayo de M. Ed. Barry, al frente de su edición de *La verdad sospechosa* (Colección Merimée, París, 1897; reimpresa en 1904 y después sin fecha, hacia 1910). — No he podido ver la grande obra de Wilhelm Creizenach, *Geschichte des neueren Dramas*.

(5) Fernández Guerra, al publicar su libro, no había obtenido aún la partida de bautismo de Alarcón, y fijaba conjeturalmente la fecha de nacimiento hacia 1580 u 81, negando además, a mi juicio con acierto, que fuese del dramaturgo la partida de un Juan Ruiz nacido en México en 1572. Menéndez y Pelayo, en sus notas a la traducción de los *Estudios* de Wolf, dice que ya se ha encontrado la verdadera partida de bautismo; igual cosa asegura M. Barry; pero ni uno ni otro indican dónde se ha publicado ni por quién. Sé, por noticias privadas recientes, que D. Emilio Cotarelo y Mori refiere estos hechos: D. Luis Fernández Guerra le había manifestado que el Arzobispo de México (sin duda Monseñor Labastida) le envió al fin la partida de bautismo de Alarcón; pero cuando preguntó a los herederos del biógrafo por el documento, no dieron con él. Esta contradicción me hace creer que no se ha descubierto la partida: aquí, donde hubo de parecer, nadie sabe de ella, y D. José María de Agreda, que revisó todos los archivos parroquiales de la capital, declara no haberla encontrado. Probablemente el año de nacimiento del poeta, 1580 (que M. Ernest Mérimée da como seguro en su *Précis d'histoire de la littérature espagnole*), se obtuvo de su testamento, publicado por D. Jacinto Octavio Picón, pero que no he podido ver.

La próxima publicación de los documentos hallados en el archivo de la antigua Universidad de México por D. Nicolás Rangel demostrará plenamente que vivió aquí cinco años a su vuelta de España. Los versos escritos en elogio del *Desengaño de fortuna*, del Doctor Careaga, publicado en 1612, pudieron ser escritos antes de la vuelta a América en 1608. Además, el Sr. Rangel espera probar que nunca fue teniente de corregidor aquí, como se afirmaba. Los nuevos datos se publicarán en el Boletín de la Biblioteca Nacional o en la revista *México*.

M. Barry es responsable de la teoría según la cual *La villana de Vallecas* es obra de Alarcón y Tirso. La teoría me parece plausible; la comedia es indudablemente de Tirso en su plan general y en la mayoría de sus escenas, y entre las alusiones a cosas de América abundan más las antillanas (acto II, escena IX) que las de México (acto I, escena IV), pero al mismo tiempo ciertas escenas en que figura D. Pedro de Mendoza hacen pensar en la mano de Alarcón. — Sobre las fechas del viaje de Tirso a Santo Domingo debe consultarse a Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, *Del siglo de oro*, página 28, nota, pues corrige un olvido del mismo dramaturgo, en que no pudieron reparar Menéndez y Pelayo ni Cotarelo.

Pienso, para cuando disponga de tiempo, ensayar nueva clasificación cronológica de las obras de Alarcón. Sin llegar al extremo de Hartzenbusch, que asignó a tres comedias fecha de 1599 o 1600, sí creo que varias fueron escritas cuando el autor no contaba con medios de llevarlas al teatro: *La culpa busca la pena*, pongo por caso, es inhábil por extremo. Paréceme que hay por lo menos dos períodos en la carrera de Alarcón: uno de ensayo y otro de madurez, que acaso estén divididos por el año de 1614, en que comienza el

que llamaré período madrileño. Aun en el de ensayo podrían señalarse dos subdivisiones: años de Salamanca y Sevilla (1600 a 1608) y años de México (1608 a 1613). Al primer período pertenecen quizás: *La culpa busca la pena*, *El desdichado en fingir*, *La cueva de Salamanca*, *Quien mal anda en mal acaba*, *La industria y la suerte*, *Mudarse por mejorarse*, *El semejante a sí mismo*, y aun otras que se habían juzgado posteriores, como *La manganilla de Melilla;* al segundo es indudable que corresponden: *La verdad sospechosa*, *Los favores del mundo*, *Las paredes oyen*, *Ganar amigos*, *El examen de maridos*, *No hay mal que por bien no venga* o *Don Domingo de Don Blas*, *Los pechos privilegiados.*

Para llevar a buen término una clasificación que sustituya a las de Hartzenbusch y Fernández Guerra, se debe, después de tomar en cuenta los datos históricos ciertos, por desgracia pocos, tratar de establecer criterios fundados en el estudio mismo de las obras. Estos criterios podrían tomar en cuenta los elementos siguientes:

I. Sustitución de la moral convencional de la *comedia* por los conceptos morales propiamente *alarconianos:* éstos se presentan cada vez más claros y precisos.

II. Evolución del *gracioso*, que va dejando de serlo para convertirse en criado más o menos discreto. Acaso la obra que señala el momento de transición sea *Los favores del mundo* (ver la escena II del acto II).

III. Fórmulas de cortesía: acaso disminuyen a medida que está más lejos la salida de México. Son aún muy notorias en *La verdad sospechosa*, *Los favores del mundo* y *Ganar amigos.*

IV. Alusiones a México y personajes procedentes del Nuevo Mundo: van desapareciendo con los años.

V. Reminiscencias literarias: las hay, tanto clásicas como contemporáneas, en las comedias del primer período; luego desaparecen. Las alusiones personales sí continúan: las relativas a Lope, primero en elogio y luego en censura, son buena ayuda cronológica.

VI. Dominio de la técnica teatral: mayor, necesariamente, con los años.

VII. Procedimientos de estilo: por ejemplo, finales enumerativos de discurso, como en *La culpa busca la pena*, *Quien mal anda en mal acaba*, *La manganilla de Melilla;* más tarde desaparecen.—Dejos culteranos, de tarde en tarde: nunca desaparecen del todo; acaso haya error en atribuirlos a influencia gongorina, y solamente sean resabios de la expresión amanerada, pintoresca y llena de alusiones mitológicas, que se estimaba entonces necesaria para la galantería.

VIII. Metros: con el tiempo paréceme que emplea cada vez menos el endecasílabo (en que nunca fue muy feliz) y menos aún los versos cortos menores de ocho sílabas. Es digno de atención el empleo del soneto en *El semejante a sí mismo*, *Mudarse por mejorarse*, *La prueba de las promesas*, *El dueño de las estrellas*, *Los favores del mundo* y *Las paredes oyen*. El soneto fue muy usado por Lope y Tirso en sus comedias; menos ya por Calderón, y mucho menos por el dramaturgo mexicano.

Las comedias de Alarcón de seguro no salieron a luz sino después de sufrir retoques, y acaso, aunque con graves riesgos, pudiera en algunas discernirse *capas* superpuestas. Es evidente que no todas las impresas en 1634 son posteriores a las impresas en 1628. Y que él fuese amigo de retocar y rehacer sus propias obras lo debiera probar *Quién engaña más a quién*, refundición de *El desdichado en fingir:* Fernández Guerra estima que el *rifacimento* es del mismo Alarcón, y aduce buenas razones en pro; pero Menéndez y Pelayo opina terminantemente en contra, en nota (sin explicaciones) a los *Estudios* de Wolf. Así y todo, más me inclino a la primera opinión que a la segunda. Hartzenbusch creía que fuesen de Alarcón mismo trozos de la refundición. La escena inicial del primer acto, por ejemplo, parece demasiado culterana para suya; pero sí sugieren su mano pormenores que no existían en la obra primitiva, incluso la reminiscencia de *Las paredes oyen* que señaló Fernández Guerra.

Sobre la ortología de Alarcón trae buenos datos el libro *Ortología clásica de la lengua castellana* (Madrid, 1911), de D. Felipe Robles Dégano, que le llama "el príncipe de nuestros ortólogos."

Después de escrita esta conferencia, sé que sostiene la misma tesis que yo, en trabajo inédito aún, D Francisco Pascual García, miembro de la Academia Mexicana.

También la sostiene, pero ya con referencia a esta disertación mía, D. Luis G. Urbina en la suya sobre *El teatro nacional* (1914).

MOMENTO MUSICAL

Del libro en prensa "Visiones lejanas."

Grande paz interior, como una esencia
delicada y sutil, como suave
matiz, o como cántico de ave
se difunde y perfuma mi existencia.

Siento como si hallárame en presencia
de hondo misterio, en un momento grave,
solemne del espíritu: ¡Quién sabe
qué anunciación, qué extraña florescencia!

Y en el turbio horizonte, en donde arde,
única estrella, una visión arcana,
mi vida al tramontar, deja que aguarde
la aparición de mi remota hermana.
¡Quién sabe si al fin llegue por la tarde
la que tanto esperé por la mañana!

DE PASO

Al caer de la tarde sorprendí una calleja
solitaria en un pueblo de provincia, florido
tal como un corazón de adolescente. Vieja
serie de construcciones coloniales. La reja
que da paso a jardines donde habita el olvido;
las tapias derruídas con festones de hiedra,
de sillares mohosos, de carcomida piedra.....
¡Era un encanto aquéllo!

Y al asomar la luna
por la estrecha avenida, abierta hacia el oriente,
entre la herbosa acera dijérase que una
cornucopia volcábase como lluvia silente
de azahares cargados de perfumes.— Jazmines,
claveles, violetas. De pronto, el canto
de un pájaro despiértase por entre los jardines
llenos de luz lunar, luz azul. Entretanto
pasan horas y horas y horas. Y en la común
poesía del ambiente panteísta, me olvido
de la vida, de todo; absorto sólo en un
anhelo musical por lo Desconocido!

MANUEL DE LA PARRA.

EN ELOGIO DEL ESPIRITU DE CONTRADICCION

(Fragmento de una conferencia)

Para Pedro Henríquez Ureña.

Confieso que el espíritu de contradicción no me irrita al punto y medida que al común de los hombres.

El que una persona nos contradiga siempre, implica la existencia de una secreta aversión hacía nosotros, una de esas *simpatías imperfectas* que tan clara y sutilmente señaló el humorista Lamb.

Quien no experimente la tiranía de un insensato deseo de tener siempre razón, que reconozca conmigo los derechos y fueros de su contradictor sistemático. Los cuales estriban en la ventaja y superioridad que tiene lo que se edifica sobre lo puramente instintivo a lo que se pone sobre el fundamento de lo racional. Porque antes que *admitir* las argumentaciones ajenas debemos *admitir* nuestras propias afecciones, las secretas inclinaciones de nuestro ánimo, que están más cerca de nosotros que todo lo que construya la razón, porque ellas son nuestra propia esencia. Creo, finalmente, que la antipatía instintiva que supone el espíritu de contradicción debe ser tan respetable a nuestros ojos, como las mejores argumentaciones y los razonamientos de más subidos quilates, por lo menos.

El que a todo se opone es un hombre orgulloso que no quiere abajarse a reconocer que la verdad de los demás es también su verdad. Y todo acto de individualismo, por feroz que parezca o sea, nos debe ser acepto en los tiempos post-Nietzscheanos en que tenemos la ventura de vivir.

El menosprecio con que suele mirarse a los que contradicen siempre y al espíritu de contradicción mismo—como si éste pudiera existir en abstracto y no con consideración a determinadas personas—proviene de que se les mira desde el punto de vista de la sociabilidad, punto de vista mezquino y despreciable.

— Con una persona que opone siempre argumentaciones, que todo lo limita con *peros* y *sin embargos*, y que ninguna verdad, por palmaria que sea, admite, como no salga de sus propios labios, no se puede conversar largo rato.

En estos o parecidos términos oímos expresarse a menudo a nuestros amigos.

A decir verdad, si la sociabilidad descendiera del Olimpo donde moran las ideas puras, y viniera a pedirnos cuentas, en mayor apuro se vería el contradicho que el contradicente. El trato se vuelve difícil y escabroso no por culpa de este último—que lo quiere establecer sobre la más pura sinceridad—sino a causa del primero—que quiere asentarlo sobre el movedizo terreno de la complacencia y de las concesiones mutuas y no sobre la base de verdad en que debe ponerse todo trato entre hombres.

Además, si no gustamos de ser contradichos y nuestro humor se enturbia con una oposición constante a lo que decimos, es porque estamos lejos de ser los perfectos espectadores de la vida que nos hemos complacido en imaginar. Una simple obstinación de los demás, la más leve terquedad, nos sacan de quicio y nuestra calma y la serenidad cuasi-gœtheana que presumimos tener, desaparecen como por arte de encantamiento. A causa de nuestra vivacidad de humor se nos escapa de entre las manos la ocasión de gustar espectáculos interesantes. Nos aferramos en defender con todas nuestras fuerzas una proposición, a cambio del trato de gentes que contradicen siempre, es decir, perdemos monedas de oro, por ganarlas de metales viles.

Me he propuesto hablaros hoy de las excelencias del contradicente sistemático y de las calidades de su amistad que la hacen apetecible más que otro bien alguno.

Ante todo, debo recordaros que la contradicción constante es hija de una antipatía del temperamento hacia determinado individuo. Ahora bien, el mundo, *nuestro* mundo, se compone de gentes que nos tienen una suave inclinación, por virtud de la cual siempre están bien dispuestas para nosotros. Y esta tibia simpatía en que vivimos falsea el concepto que nos vamos formando de la vida a medida que la vamos viviendo. Existe una suerte de contrato social tácito en fuerza del cual nos toleramos, nos engañamos, nos fastidiamos mutuamente. Por desgracia, en nuestra época es más difícil inspirar una antipatía verdadera que ganar media docena de buenos amigos. ¿Cómo, pues, no hemos de regocijarnos cuando tropezamos en nuestro camino con un hombre honrado que contradice siempre? La paradoja—a cuyo ruido de cascabeles empiezan a acostumbrarse nuestros oídos—es la traza más segura de descubrir contradicentes. Lanzáis, vervigratia, cualquiera de las paradojas más usadas (nada de lo que sucede tiene realmente importancia o sólo lo inútil es necesario en nuestro siglo) y veréis una legión de hombres indignados que os enseñan los dientes como canes rabiosos y os amenazan con los puños. Proseguid haciendo en el tono más natural e inocente del mundo el elogio de la doblez, del asesinato y aún de la virtud misma, y cuando sintáis que alguien os muerde las pantorrillas, volveos y alegraos: habéis logrado inspirar una aversión sincera.

Apartaos entonces con vuestro hombre, porque la gente en su amabilidad inoficiosa podría disponerlo en favor vuestro. Después, platicad con él de lo que gustéis: contad de antemano con su oposición bien intencionada. Desde entonces comenzaréis a pensar de nuevo todos vuestros problemas, a reconstruir vuestra verdad y a rectificaros vosotros mismos.

La excitación exterior a la duda cartesiana, a prescindir en cualquier momento de todo cuanto se sabe: tal es el espíritu de contradicción.

Para mal nuestro, es difícil sostener más de una hora el espíritu de contradicción en el interlocutor. Dos personas, aún en punto de intereses pecuniarios, acaban tarde o temprano por ponerse de acuerdo. Nuestro planeta fué hecho para hombres que asienten, que conceden, que toleran. Los que contradicen no son de este mundo.

Y cuando las gentes están de acuerdo absolutamente en todas las cues-

tiones discutibles y opinables, con el resto del mundo civilizado o por civilizar, emplean sus esfuerzos en poner de acuerdo a Moisés con Hammurabi, a los modernos con los griegos, a Netzahualcóyotl con Horacio. Este devaneo de querer concordarlo todo a través del tiempo y del espacio ha arruinado a la moderna crítica literaria, en cuyo reino todo es influencia.

JULIO TORRI.

SORTILEGIO LUNAR

A Francisco González-Guerrero.

Estoy en el jardín. Paz oportuna,
soledad perfumada en que se siente
que el alma es una fuente
llena del sortilegio de la luna.....

Juegan los niños al redor del viejo
surtidor de alabastro,
de cuyas aguas en el roto espejo
pone la timidez de su reflejo
el fulgurante corindón de un astro.

Llegan María, Rosa y Margarita,
y hay en la sencillez de su aldeano
vestir, un hondo encanto que me incita
a ser bueno. Todas tienden la mano
a los novios. Se encienden en sus ojos
las luciérnagas de una ansia escondida,
y con su inesperado advenimiento,
la belleza inefable de la vida
pasa como un aroma por el viento.....

¡Ah, los brazos que tiemblan!.... ¡Ah, el desmayo
de las tres cabecitas que yo miro
tristemente, al soslayo! .....
¡Ah, romántico y púdico suspiro
que hace tremar sus senos!.... En la sombra
se esfuman como formas fantasmales
otras parejas, y cruje la alfombra
de las postreras hojas otoñales.....

En este embrujamiento de la luna
hasta la meloncólica plazuela
tiene un vibrante espíritu que anhela
alzarse hacia los cielos.... La barriada
parece que se vela
con el cándido tul de una nevada!.....

Estoy en el jardín pobre que ampara
al amor sin fortuna,
y en el misterio de la noche clara,
en la paz luminosa, en la oportuna
soledad, el dolor punza mi frente.....
¡Y mi alma es una fuente
llena del sortilegio de la luna!

José de J. Nuñez y Domínguez.

AL LIC. JOSE MARIA LOZANO

Bajo este libre cielo que derrama su añil
en la copa encantada del azul manantial,
y el color y el esmalte del verde chalchihuïl
en follaje y en onda canta un himno augural;

aquí donde inmutable se ha quedado el perfil
del antiguo remero con el gesto ancestral
y tremula en un soplo de leyenda el huepil
de la diosa fragante que fué Xochiquetzal;

te agasajo en tu fiesta con la genuina miel
de esta tierra de flores; que el más puro ocozol
te perfume la frente ya propicia al laurel,

aquí donde hoy parece que truena un caracol
anunciando de nuevo la venida de aquel
que tapó con sus flechas la ancha lumbre del sol....

Marzo 19. — 1916.

Rafael Lopez.

FLOR DE MADROÑO

De vencida iba la tarde cuando Juana divisó, a lo lejos, en la serenidad de la llanura, el ganado que, a modo de sutil franja negruzca y ondulante, volvía al establo.

Encaramóse sobre la cerca de toscas piedras; guiñó los ojos, herida por la viveza de la claridad vesperal, y llevándose la diestra a la altura de la frente, a guisa de pantalla, envuelta en el rebocillo azul, medio deshilado y no poco raído, se dió a mirar, a mirar tan larga, tan fijamente como se lo permitía su buena vista campesina, en dirección de donde las bestias se aproximaban.

Tramontaba el sol en aquel instante. Dijérase un bólido rojizo que caía en un invisible mar del ocaso, lanzando fulguraciones de oro. La paz de la sombra se iba haciendo en los llanos, en los pequeños valles de la toluqueña sierra, en tanto que mesetas y picachos se bañaban en una luz macilenta, y en la suave transparencia azul nubes errantes se coloreaban levemente. Una dulzura infinita parecía descender de lo alto. En el grave silencio de la tarde, oíanse lejanos los gritos de los "coleros" que azuzaban el ganado; el mugir lento y solemne de los sementales que entre las vacas venían, y el ladrido de los perros en la corralada. Apenas si un soplo de viento levantábase de vez en cuando, arrastrando la paja abandonada en la cercana era.

Y Juana miraba, miraba.... Allá venía, sí. Distinguíale marchando con asentado paso a la vera del camino, la "cobija" al hombro, el ancho sombrero de palma, medio deshecho por el uso y los temporales, echado hacia atrás; el apretado pantalón azul un tanto caído, y los brazos colgantes, rozando casi las manos el lomo del perrazo negro y enjuto que trotaba a su lado. ¡Y de qué buenas hechuras su hombre le parecía, siguiendo a la vacada! ¡Y cómo quisiera que se acortasen las distancias para tenerle ya cerca, darle un cachete y un tirón de orejas cariñoso, precursores ambos de la cena calientita y picante que los dos comerían junto al fogón, iluminadas sus caras famélicas por el esplendor rubicundo de las brasas! Pero no, no llegaba; lejos aún le tenía. Ni todos sus deseos fueran capaces de cambiar el tardo paso de las bestias, ni así se desquisiara el mundo, el buenazo de su marido echaría a correr por verla, dejando atrás a los animales. Como a las niñas de sus ojos les quería, y más que a ella, a Flor de madroño, la muchacha codiciada en cinco leguas a la redonda en los tiempos todavía recientes de su celibato.

¡Ah, las murrias de ella al principio. ante aquel amor de su hombre por toros y vacas! ¡Las grescas que armó! ¡Las caras que puso de recién casada, cuando José de Jesús desaparecía en los establos horas enteras!

Que tal hiciera si con otra mujer "de razon," aunque fea, se hubiese presentado ante el cura, no importaría; ¡pero con ella, buena moza como otra ninguna; con ella, a quien habían "arañado las manos" el mayordomo, el caporal y el montero, y algo más que las manos el "niño" del amo, que de mal gusto no pecaba!....

En la casa de la hacienda, una legua no distante del establo, allá tras de las lomas, había nacido y se había criado. A la sombra de los señores creció y se hizo guapa. Supo vestir tan ricamente sus enaguas de percal bien planchadas, sus rebozos de Santa María, y hasta calzó zapatos. Pusiéronla por mote *Flor de madroño*, porque de la flor del madroño tenía la rosada blancura, la redondez simpática, una exuberancia apetitosa dentro de su pequeñez casi minúscula; y Flor de madroño se la quedó para los días de su vida, con regocijo de la gente charra que la pretendía, y de los gañanes que, no muy confiados, hasta ella solían alzar los sandios ojos. Y sucedió que ni charros ni palurdos consiguieron nunca algo más que una mirada: Flor de madroño, que se distinguiera entre el "gaterío" de Toluca, adonde una vez la llevaron sus amos, y que por bocado sabroso para paladar que supiera catarlo se la tuviese, fué a caer en brazos de José de Jesús, el vaquero, ni más ni menos....

¡Y no se arrepentía, por María Santísima! Lo pensaba ahora, mirándolo venir, ya más cerca, más cerca, envuelto en la claridad de una ráfaga solar que descendía de la cumbre sobre aquella parte del camino que trepaba en la falda del cerro. No se arrepentía, no. José de Jesús era bueno como los trigos de la vega: no se emborrachaba, no tenía tampoco el vicio del despilfarro. Cabalita como la recibía entregábale la "raya" los sábados, y en sus cinco sentidos habíale visto siempre, limpia la boca de aquel tufo hediondo a pulque que traían los peones de El Salto, cada domingo que iban a Santiago. Tampoco enamoraba....

Pero al llegar aquí de su rústico elogio mental, Flor de madroño se puso seria, de risueña que estaba; llevóse las puntas del rebozo a la boca, y clavó las pupilas con mayor fijeza en José de Jesús, que se encontraba ya a escasa distancia.

No podía creerlo. ¡Cómo era posible que José de Jesús volviese a entenderse con María Petra, la mujerzuela aquella con quien tuvo sus dares y tomares en días de soltero! ¿Ni cómo podía suponer que María Petra viniera al establo mismo, y allí, entre las bestias, quizá en los pesebres....? ¡No! Todo se reducía, sin duda, a puras imaginaciones de su comadre, No se falta a una mujer a los seis meses de casado. Si fuese al año..... ¡vaya....! Pero ¿y el ensimismamiento de José de Jesús? ¿Y aquel no querer hablar, ni reir, ni bromearse, que le notaba desde el sábado, en que había ido a la hacienda para dar aviso de la enfermedad de la "Consentida?" ¿Qué eran? ¿A qué obedecían?

—¡José de Jesús!—gritó, viéndole a pocos pasos.

Ya las primeras vacas se acercaban al establo. Olfateaban la pastura fresca, el caliente rinconcillo bajo de techo, junto al pesebre, propicio a la noche, y era de ver la alegría que revelaban sus ojazos de ordinario tranquilos. A saltos, cornadas y coces metíanse por el enorme portón abierto en el muro blanco, coronado de tejas rojas, donde cabrilleaba el

último esplendor del crepúsculo. Invadían el patio empedrado, oloroso a boñiga, en el centro del cual, dentro del recinto apartado que les correspondía, hallábanse ya los becerros, que asomaban el hocico húmedo por entre los travesaños de las puertas, bramando mansamente, como si llamasen amorosos a las madres. Pero lo peor era que se apelotonaba, que se estrellaba el ganado en el recio portón, sobre todo aquella tarde, con gran enojo de José de Jesús, que ya venía corriendo, seguido del perro negro y con el puño en alto, pronto a descargarlo sobre las lucientes ancas de las bestias.

—¡Eh, tú, colero, échales duro si no queren ajuiciarse. ¡Errea, "Bonita!" ¡Mándale una guantada al "Don Juan Tenorio!"....

Corría, sudoroso, rojo, encorajinado.

Y Flor de madroño le dijo, sumisa y risueña:

—José de Jesús....

Y él respondió:

—Güenas, mujer.... ¿Cómo va la "Consentida?"

—Mal.

Y pasó de frente, sin volverse siquiera, atento al tropiezo del ganado contra el muro.

—¡Empújalo pa allá!—repetia.—¡Dale recio!

Gritaba él; respondíale el "colero," mozuelo de cara terrosa y sucia camisa y calzón de manta. Gritaban también del interior los demás vaqueros, y todo en vano, porque "Don Juan Tenorio," uno de los sementales, suizo de pura raza, empeñábase en bravuconear junto a la puerta, sembrando miedo y desorden. Fué preciso que José de Jesús llegase, y rápido, sin miramientos mayores, le asestara un puñetazo en plena testuz, acompañado de un ¡érrea! retumbante, para que la hermosa bestia es decidiese a entrar, seguida a continuación por el resto del ganado, que iba desapareciendo lentamente por el amplio portón.

Y en tanto José de Jesús, huraño, atendía a estos menesteres, Flor de madroño quedo pensativa y como absorta en un pensamiento junto a la cerca, envuelta en la luz azul pálida, de la noche que empezaba a insinuarse. No lloró, como en tales ocasiones solía hacerlo; no se indignó por la frialdad del saludo; no habló. Con andar distraído de sus pies descalzos sobre el suelo tapizado de estiércol, encaminóse a casa, al humilde cuarto que a un lado del portalón del establo se hallaba, y por el cual salía, de lo alto del techo, chimenea arriba, el humo plomizo del fogón, en la melancolía del crepúsculo que comenzaba a extinguirse.

Preparó la frugal cena de la noche. Arrodillada ante el metate, la blancura de sus brazos, libres de la opresión de las mangas, contrastaba con el amarillo de la masa de maíz con que hacia las tortillas, que de sus manos pasaban al comal, rodeado por las llamas rojizas de los leños del fogón, y del comal al cesto. Trafagueaba maquinalmente. Su pensamiento corría por otra parte. A su memoria acudían las palabras de la comadre:

—"Ande, no sea tonta, no se "fíe:" a la otra le gusta su marido, y vendrá a quitárselo el día que menos lo aguarde,"

Habíase quedado inmóvil, cuando él entró. Ni una pregunta, ni un gesto; encerrábase el vaquero en obstinado mutismo. Cogió el tosco plato

de chile rebosante; se acercó al cesto de las tortillas, y empezo a engullir en silencio....

—¿Qué te pasa, José?—interrogó, mirándole.

—Nada.

Había terminado ya. Se puso en pie. Salió....

Y pasaron las horas.

Flor de madroño no se dió cuenta de su paso. Aquel sentimiento informe, nacido a la primera sospecha, iba creciendo en su interior, creciendo, creciendo.... Era como si una espina, una grande espina punzante, a modo de las que en los senderos torturaban a menudo sus pies, se la hubiera clavado en las entrañas. Era como si las lengüetas de aquella lumbre del fogón, que enrojecían su rostro, se alargaran, quemándole el alma. Mustia, habiase agazapado en el rincón lleno de humo y de hollín; no pensaba; no sentía. Cuando salió de su anonadamiento, vió que José de Jesús aún no había tornado. Congojosa y sorprendida se levantó. Fué hasta el umbral. Reinaba la noche en los campos; la luna, en su último cuarto, esplendía en el piélago azul.

E instintivamente, Flor de madroño se dirigió al establo.

Penetró en el ancho zaguán, internándose en el patio, en torno al cual se alzaban los blancos muros bañados de clara luz de luna, y se percibía la respiración de las bestias. Detúvose junto a la puerta de largos travesaños que encerraba a los críos; algún becerrillo dejó oír, en la noche, su lamentación por la madre lejana.

Le faltaban las fuerzas. El flaquear de sus piernas, un deseo grande de gemir, impedíanla que siguiera adelante. Mas, al propio tiempo, los celos que se despertaran ya en su ánimo, la dieron valor para llevar a cabo la pesquisa. Su marido estaba allí, y era menester encontrarle.

Maquinalmente se dirigió hacia la parte del establo que todavía se conservaba sumida en la sombra. Tres pasos más allá, Flor de madroño escuchó el rumor ondulante de una voz: un cuchicheo de ternura, infinitamente amoroso, que la heló.—¡Con que, era verdad; la rival vencía!—Cautelosa, avanzó hacia la puerta, que se hallaba entreabierta. Un vaho saturado de olor de estiércol y de silo envolvió su rostro que, sin ruido, iba asomando lento por entre las maderas de la puertecilla rústica. Las vacas, echadas las unas, al pesebre aún las otras, rumiaban quietamente.... Y descubrió allí en la penumbra, junto a una de ellas, casi abrazado al lomo anchísimo, la cara junto a la noble testuz de abierta cornamenta, a José de Jesús, que hablaba quedo, dulcemente, al animal enfermo, a la "Consentida," que por la tarde volviera del campo, entre las últimas del ganado, con paso débil y el mirar de sus grandes ojos inquietantes, revelador del mal que la consumía.

Flor de madroño retrocedió, sorprendida y gozosa, emprendiendo el retorno a la casuca, bajo la luna.... Y aquella noche, en el quicio de su puerta, a la entrada del establo, mientras aguardaba al vaquero, sintió gana de cantar, y hubiera apostado que las estrellas le sonreían.

CARLOS GONZALEZ PEÑA.

EL COMEDOR

(Francis Jammes.)

Tengo un antiguo armario de maderas sombrías
que ha escuchado las voces de mis difuntas tías;
que la voz de mi padre
y la voz de mi abuelo oyó como testigo;
él guarda sus memorias como sincero amigo,
y se engaña quien juzgue que siempre se halla mudo,
pues que yo hablo con él, y él conversa conmigo.

Tengo pegado al muro un cuco de madera
que ha mucho que no canta su canción lastimera.
La causa del silencio no se la he preguntado.
Llego a pensar a veces que la voz se ha quebrado
en sus ruedas ocultas y resortes cubiertos,
sencillamente, como las voces de los muertos.

Tengo también un viejo aparador cerrado
y que, al abrirlo, esparce olor a confituras,
a cera, panecillos, carne y peras maduras.
Es un sirviente probo
cuya fidelidad predica contra el robo.

Vienen hombres, mujeres, cotidianas visitas
que no creen en esas invisibles almitas;
y yo callo, y sonrío de que me juzguen solo
cuando algún conocido, con un aire cordial,
entra y me dice: "hola, señor Jammes, ¿qué tal?."

Enrique Gonzalez Martinez.

LA TUBEROSA

(De la Condesa de Noailles).

Más aún que la música un jardín hace mal
cuando por la mañana brilla de ardor sensual:

El olor de las rosas teje hilos tan difusos
que se oye como un ruido, vago y dulce, de husos.

Las glicinas de aromas tan hondas son ungidas
que se las ve sonriendo, con las manos unidas.

Los lirios tienen una miel verde entre sus fríos
dedos; y algunas veces, durante los estíos,

el clavel en el sueño su perfume dilata
como un cohete agudo, o como una sonata

de tan violento andante, que sobre el corazón
las manos, uno muere de miedo o de pasión.

Mas tú, alma de las noches, oh reina tuberosa,
fuego argentino del capuz, pulpa radiosa

cuya seda está hecha de aromas condensadas....
Oh tú, por quien el pecho se dilata al exceso,

abismo en donde canta exultante, tu beso;
flor húmeda de ardor, flor sensual y llorosa,

hisopo cuyas briznas son aromas tejidas,
tú absuelves en la noche sombría, tuberosa,
a las almas inquietas, y a las almas queridas.....

RAFAEL LOPEZ.

Méx. Abril de 1908.

GREGORIO LOPEZ Y FUENTES

Las *nuevas generaciones* han sacudido el polvo de sus sandalias, han arrojado lejos de sí las últimas briznas románticas y avanzan libremente; el horizonte ha ensanchado sus confines. Inútil el esfuerzo de las *personas mayores* para retornar a las trilladas rutas; ineficaz el renombre de los maestros para ordenar los nacientes enjambres. No más escuelas literarias! clasicismo, neo-clasicismo, romanticismo, hasta simbolismo suena ya a hueco, a vana clasificación.

Hacía falta una clarinada de versos nuevos y sonoros para despertar a la muchedumbre joven. ¡Noble labor la de González Martínez y Rafael López! y fructuosa. A la evocación, los deseados cantos surgen, paso, inseguros como los de todo preludio, vigorosos cual canciones regocijadas de gente moza.

He aquí el primer libro de un joven poeta; sobrio libro formado de veinticinco poesías que, como comprenderéis, no indican aún ni una personalidad formada, ni una tendencia definida. Los esfuerzos se dirigen en direcciones varias; si en algunas llegan a una mediocridad, aunque discreta, mediocridad al fin, en otras alcanzan rasgos tan expontáneos y originales, que bastan a tranquilizarnos. Lo primero, cuando escribe dominado por ajenas influencias; lo otro cuando deja escapar, con toda sencillez, la música que desborda de *su fuente.*

Difícil os será hallar la poesía central de la colección. Acaso y mientras fructifican las flores de futuras primaveras, debamos conformarnos con la composición que comienza:

> Yo tengo el alma de esos rústicos campesinos
> que a la naturaleza dan el nombre de hermana,
>
> . . . . . .
>
> Se forjó mi abolengo de frente a vespertinos
> panoramas, en una selva pródiga y sana.
>
> . . . . . .

Antes que nada, adora a la naturaleza en sus más puros aspectos. Tiene culto por ella, sobre todo en algunos instantes: su hora es la del atardecer, su felicidad magna, embriagar sus ojos con los colores que derrochan los crepúsculos otoñales. Sonetos hay que trascienden a campiña tropical cuando el día va desfalleciendo, el gemido del viento palpita en-

tre la exuberancia de las ramazones y las tinieblas se acumulan suavemente en las concavidades del boscaje. Recordad el hermosísimo *Vuelo de Garzas:*

Se desgrana la tarde en ópalos. Es la hora
de las ensoñaciones lilas.....
solamente el picacho más lejano se enflora
y el boscaje asordina su enramada orquestal.

Como la mayor parte de los poetas descriptivos y como atinadamente lo observó Alfonso Reyes en ciertos cuadros de Carpio (que no bastan, por otra parte, a disimular sus defectos) López y Fuentes tiene sensaciones cuya característica es la *vitalidad.* Condición de todo hábil paisajista es sorprender la naturaleza en su aspecto cambiante: las cosas no son, sino *están siendo.* Pero López y Fuentes no se contenta con darnos esbozos en que todo vive; su instinto vitalista lo lleva a crear *imágenes activas,* no por cierto desprovistas de belleza, en las cuales algunos fenómenos — el crepúsculo, el alba, la lluvia, lo que pudiera considerarse como el *fondo,* el término del paisaje — no sólo van sufriendo la paulatina variación a que están sujetos, sino que ejecutan un *rôle* determinado exactamente como los personajes de una comedia. Ejemplos:

La tarde tras el predio *se recogió* la falda
.....
se *despidió* el crepúsculo *dilapidando* rosas
.....
Llovieron lentamente las misericordiosas
gotas de la penumbra, *portadoras* de un bien,
que da paz a las almas.....

La lluvia *ha desatado* sus collares perlinos.
.....
Como un reptil la noche *penetró* en tus pupilas
y fueron tus ojeras dos crepúsculos lilas.

¿Qué misteriosos efluvios respira nuestro paisaje en la hora más melancólica del día, en el crepúsculo, para subyugarnos de tal modo que el sentimiento que entonces nos inspira constituye, junto con cierta sobriedad y discreción, el carácter distintivo de la poesía mexicana, sabiamente observado por Pedro Henríquez Ureña? Porque aun siendo los paisajes de López y Fuentes de los más lujuriosos y exuberantes de nuestro país, todo el libro desprende tal hálito de dulce tristeza, que parece que la abundancia del cuadro sólo sirve para hacer resaltar engrandecido el manantial de melancolía que bulle en lo hondo.

Sabemos ya que una de las benéficas innovaciones que el simbolismo trajo al arte poético, fué lo que hasta cierto punto podríamos llamar la liberación del verso con respecto a la idea. El fondo de toda poesía estaba,

y Guyau lo ha dicho elocuentemente, en los conceptos que expresaban las palabras; la belleza dependía conjuntamente de la bondad de estos conceptos y de la armonía del sonido. Las nuevas escuelas toman otro camino; su maestro ha dicho:

De la musique avant toute chose,

y la revelación de esta verdad que en todos existía es completa. La poesía es antes que nada, música; el sentimiento que en nosotros produzca el estado de conciencia (Oh! *psicologismo*) que el poeta quiera transmitir, nos viene, no directamente de la significación de las palabras, sino de su sonido que, junto con cierto artificio ideológico, lo evoca suavemente hasta hacerlo surgir completo en su deliciosa vaguedad. "Evocar poco a poco un objeto para mostrar un estado del espíritu, o, a la inversa, escoger un objeto y desarrollar de él un estado del alma, por una serie de revelaciones," he aquí el símbolo, dice Mallarmé. Así vemos nacer esa poesía indefinida, misteriosa, aérea, cuyo prototipo es la *chanson verlainiana.*

Admirable poesía aquella cuyos asuntos sólo sirven al poeta para desgranar los sartales de perlas de sus canciones! Descubríos que os halláis frente al umbral del templo del desinterés. Los que profesáis el viejo aforismo de que no hay libro que no tenga algo bueno y creéis que lo bueno es solamente lo que enriquece el caudal de vuestra inteligencia o lo que os da una norma para dirigir vuestros pasos en la vida, retiráos, que de fijo, no encontraréis aquí nada que merezca el calificativo de *bueno.* Si sois de los que piensan que ninguna cosa que ha alcanzado el atributo supremo de la belleza puede encerrar en sí el germen del mal; si sois de los escogidos, podéis guiar vuestra marcha serena hacia el interior del templo. Dejad en el pórtico las sandalias y con ellas todos los prejuicios que os ha dado el comercio con vuestros hermanos, y entrad en seguida a contemplar de cerca al dios. No temáis que su brillo deslumbre vuestros ojos: es claridad que alumbra; no fulgor que ciega.

"La hora del simbolismo como escuela revolucionaria ha pasado;" pero, y tal sucede en literatura con todas las revoluciones, las libertades que aportó persisten. El medio expresivo por excelencia es la prosa; quédense para ésta las ideas, que quienes amamos la poesía nos conformamos con sólo el sentimiento; pero no el sentimiento romántico, postizo, de *clichés* fijos, de imágenes manoseadas y hereditarias, sino un sentimiento más sutil, más personal, y sobre todo, más concorde con lo externo del verso. Cuando una poesía se torna razonante está perdida; el misticismo de González Martínez, que es nuestra poesía, que nos satisface plenamente a los jóvenes por el noble sentimiento de misterio universal que rebosa, puede, con poco, *devenir* metafísica rimada.

La poesía de López y Fuentes carece de ideas; su sentimiento a veces adquiere suavidades inusitadas como en las *Bendiciones;* por lo general es vigoroso, aunque lleno de melancolía, y radica, ya lo dijimos, en la percepción del paisaje. He aquí una paradoja que demuestra cuán poco fundada era la división en géneros de la extinta preceptiva: una poesía que describe algo externo es, sin embargo, esencialmente lírica, porque da a cono-

cer un sentimiento. Y es que no se describe el paisaje objetivo que ven todos, sino cuando ha pasado a través de un espíritu que lo marca con su personalidad imborrable.

Si la poesía tiene por misión, sobre todo, halagar nuestro oído, cualquiera comprende que cuando el idioma carece de suficiente caudal de voces poéticas en el sentido expresado, la sola manera de poseer nuevas palabras es crearlas. ¿El uso del neologismo es censurable? En general, no, por las razones antes aducidas; pero debe tenerse presente que el número de voces que hoy usamos en castellano es limitadísimo y que nuestros clásicos ofrecen inagotables veneros de ellas; y entre resucitar una palabra y crear otra, debe preferirse lo primero por la razón sencilla de que es más fácil. Además, cuando el neologismo no añade al verso ninguna belleza, ni aún la de una significación sutil, antes lo afea con un sonido desagradable, como acontece algunas veces con las poesías que estudiamos, claro que el uso de tal neologismo es reprobable. Y perdónesenos entrar en estas minucias.

Pero si debe recurrirse a los clásicos para enriquecer el léxico, no menos indispensable es acudir a ellos con objeto de estudiar la estructura del verso. López y Fuentes hasta ahora ha escrito un libro de versos franceses con palabras españolas; ciertamente, en su mayor parte ha triunfado y alguien tomaría por elogio lo que ponemos en son de leve reproche; pero del verso más castellano que existe, el que desde que fué transportado a la península por Don Iñigo López de Mendoza y aclimatado para siempre por Boscán y Garcilaso, ha recorrido en triunfo todas las épocas de la literatura hispana; del endecasílabo, no hay ni una muestra en el libro.

El porvenir de nuestras letras, ya lo ha dicho Pedro Henríquez Ureña, depende sólo del dominio que lleguemos a adquirir de nuestra técnica y en punto a versificación, únicamente los poetas clásicos pueden darlo. Los hispano-americanos que han alcanzado mayor fama, (Rubén Darío, José Asunción Silva), sin perder de vista los modelos franceses contemporáneos estudiaban los clásicos de su idioma. Lo esencial es esto: la variedad de metros que permite ensanchar grandiosamente el campo del arte. El alejandrino con su marcha pesada, indispensable para ciertos efectos de majestuosidad, llega a parecer monótono cuando se le emplea sistemáticamente.

Por lo que se refiere al hábito de *quebrar* los versos aplicado de modo cotidiano recientemente, sólo diremos unas cuantas palabras. López y Fuentes parece tener la estrófa como única unidad; esto sin duda no es censurable; pero sí lo es en razón de la armonía, el buscar con delectación pueril rimas inusitadas que causan la fusión del verso, a veces con detrimento de lo esencial: el ritmo.

Apreciada en conjunto, la obra que estudiamos nos parece digna de elogio; quitando algunas composiciones poco felices, como *Vamos por el jar-*

dín, trivial en su fondo y en sus expresiones; *Deshojación* hecha con poca habilidad y afeada por algunas imágenes de mal gusto; el poema pequeño *La raza del Sol*, insignificante; *Voy por el sendero*, imitación de González Martínez y quizás otra, siempre se encontrarán bellezas merecedoras de encomio, ya en versos sueltos, ya en poesías completas.

Y, como ocurre siempre que de la obra de un autor joven se trata, más la estimamos por lo que promete que por lo que en sí ofrece; vemos la potencialidad del poeta que puede lanzarse a inconmensurables alturas, y esa potencialidad nos ofusca para medir lo presente, lo que ha dado ya. Acaso somos demasiado benévolos porque vemos en lo que ha producido un signo de lo que ha de producir; acaso nuestra severidad, injusta, tiene por causa que pensamos que quien ha podido hacer ésta o aquélla poesía, la que nos parece mejor, bien hubiera sido capaz de escribir cien iguales. Olvidamos en ese instante que el talento y la inspiración no se manejan a voluntad. En nuestro juicio intervienen siempre distintos móviles: "Cada uno hace concepto según su conveniencia, y abunda de razones en su aprehensión," dijo el admirable Gracián.

Finaliza este comentario el libro del joven poeta. No creemos que en la poesía pueda existir la crítica impersonal; exponemos las impresiones que nos causa y que recoge el tamiz de nuestra sensibilidad;p ero lo mejor quizás se nos escapa, porque, como ha dicho Remy de Gourmont, "somos siempre complicados y obscuros por nosotros mismos, y las simplificaciones y las clarificaciones de la conciencia son obra de genio; el arte personal, y es el único arte, es siempre casi incomprensible. Comprendido, cesa de ser arte puro, para convertirse en motivo de nuevas expresiones de arte."

MANUEL TOUSSAINT.

NOSOTROS

Si no se puede aceptar con Matthew Arnold que los florecimientos poéticos sean, en el estricto sentido de la palabra, suscitados siempre por un eficiente trabajo de la crítica, se aceptará, al menos, que hay un modo de alternación entre unas y otras manifestaciones del pensamiento: que a las pléyades de poetas suceden los enjambres de críticos, y vice versa. La evolución de las letras mexicanas, desde la era del modernismo hasta nuestros días, queda definida por esta fórmula: un ritmo, una sucesión casi prevista o previsible, quizá necesaria, entre los virtuosos del talento poético y los sedientos de una nueva atmósfera de ideas. Hay, en la generación que ahora oficia, como tenía que ser, poetas verdaderos,—pero sumergidos en la superior tendencia ideológica, quiéranlo o no y así lo confiesen o lo nieguen. Reflejo, por otra parte, de lo que en todo el mundo sucede: no es hoy el día del cuento maravilloso ni del poema excelso, no es el día de la invención, sino el de la crisis intelectual, el de la tormenta de los valores. Y el general desconcierto, en medio del naufragio crítico, como todas las aspiraciones vagas a la vez que intensas, busca alivio en la religión. ¿Lo hallará?....

..Ai posteri
l'ardua sentenza..

La *Revista Moderna*, heredera de los timbres de la *Revista Azul*, y que popularizó entre nosotros la poesía post-romántica, apenas murió con su misión. Oigo hablar de resucitarla: no,—la vida no es reversible,—si la resucitan, será otra. Los poetas de la *Revista Moderna* tuvieron como cualidad común el don de la técnica: técnica audaz, innovadora: y, exceptuando a Urbina que ha perpetuado la tradición romántica, y a Díaz Mirón que vive en su torre, cierto aire familiar de *diabolismo poético* que causa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas. Agrupábanse, materialmente hablando, en redor del lecho adonde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. Y, a veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas, lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es el más clásico de todos. En la historia de la poesía española es, a la vez, una voz nueva y familiar. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la moda; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo

de acusar de viejos los metros de Othón: era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo clásico. Othón se defendía, en privado, recordando que los alejandrinos castellanos son, a su vez, tan viejos como Berceo.—Valenzuela también ha muerto: su recuerdo perdurará más que su poesía,—aquella amable y espontánea poesía que no tiene nombre en la retórica.—A los otros los ha dispersado la vida. Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre, descontentadizo y febril, castiga el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás.—Urueta ha educado con aladas palabras el gusto estético del pueblo, haciéndolo amar las cosas bellas y la Grecia Francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. Tablada ha enmudecido temporalmente, os lo aseguro: su excelente don literario no podría agotarse a los pocos trinos. No ha dicho a su pluma, como el prudentísimo Cide Hamete: "Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, adonde vivirás luengos siglos." No: Tablada hace versos hoy: mañana los publicará. Y Nervo se concentra ahora para destilar, gota a gota, el zumo acendrado de su sabiduría.

Al principiar el año de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra (el cual ha escapado, como por trampa, del mundo de lo conocido), se arriesgaron en una empresa periodística que habría tenido éxito, si Cravioto no hubiera preferido sacrificarla a un viaje por Europa. Se fundó una revista literaria de los jóvenes. Se trató de llamarla *Savia Nueva;* pero, a influencia todavía de la *Revista Moderna,* se acabó por ponerle el desabrido nombre de *Savia Moderna.* La revista duró poco, mas lo bastante para dar conciencia de su ser a la naciente generación. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como una obsesión general, como un rasgo familiar de nuestro instante literario. "La redacción,—escribe el poeta Rafael López,—era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar. Estaba colgada en la mansarda de un alto edificio de seis pisos, a muchos metros de la tierra. Tenía una amplia ventana por donde se escapaba la mirada libremente." Frente a aquella ventana, Diego Rivera acostumbraba apostar su caballete. Desde aquella altura, cayó sobre la ciudad la palabra nueva.

Hoy, que ha corrido el tiempo, nos parece que también la *Savia Moderna* murió en buena hora: a haber perdurado,—como que parecía una emanación de la *Revista Moderna,*—habría retardado la evolución: nos hubiera atado por más tiempo a los convencionalismos de la poesía *modernista.*

Fué aquella pléyade, fué aquella tropa la que alzó por las calles la bandera del arte libre; la que congregó en las plazas a la muchedumbre universitaria, y dió al traste con la bastarda empresa de un mentecato que pretendió resucitar la *Revista Azul,* ¡la de Gutiérrez Nájera nada menos! para atacar las libertades de la nueva poesía. Por primera vez en México se vió desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuesta si hubiera sido menester (¡oh, santas locuras!) a defenderla con los puños. Fueron aquellos los mismos que más tarde convocaron a la patria para celebrar el aniversario de Gabino Barreda, el educador liberal, y dieron entonces, paralelamente a la anunciación de una nueva era literaria, el signo de una nueva conciencia política. Los mismos que habían

de fundar la *Sociedad de Conferencias*, de efímera pero provechosa vida, y que después se habían de agrupar en el *Ateneo de la Juventud*,—que hoy, para dar al tiempo lo suyo,—se llama *Ateneo de México*. No paró en ésto el proteísmo de la nueva generación. El Ateneo ha producido la primera Universidad Popular, y prepara la fundación de escuelas. Los literatos de los últimos barcos no aman ya la torre de marfil: sienten con la humanidad; y veneran, como lo quería Justo Sierra, a la Atenas Promakos: a la Ciencia que defiende a la Patria.

No tenía completamente razón Charles Leonard Moore cuando, refiriéndose a nosotros en *The Dial*, de Chicago, observaba que procedíamos de Francia. Hace solamente ocho años que la observación hubiera sido exactísima. Pero, de entonces acá, nuevas auras soplaron; y si no queremos renegar de la siempre amable y amada Francia, queremos, como decía Renán, oír el rumor que parte de todos los puntos del horizonte. Inclusive (y esto parece ignorarlo el ilustre crítico norteamericano) los rumores que nos llegan del Norte. Para nosotros no han escrito en vano los filósofos y poetas del Norte. En el humorismo de los jóvenes se reflejan Holmes y Poe, James en su filosofía; y las ráfagas de aliento humano que brotan de la obra de Edith Wharton han pasado sobre las páginas del libro que prepara Martín Luis Guzmán. La influencia de la literatura inglesa, caso tal vez único en la América española, se descubre fácilmente en los jóvenes.

En el grupo literario de la *Savia Moderna*, como es de rigor, había los dos géneros de escritores de que nos habla Rémy de Gourmont: los que escriben y los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Jesús Acevedo. Escribir — dice Acevedo como Gœthe — es un abuso de la palabra; y, por lo demás, no es necesario ser conocido. Amigo de los buenos libros, es Acevedo; al mismo tiempo, el creador del arte de la conversación y de la conferencia sobria y sabia. Sus insinuaciones maliciosas, su gusto estético, la facilidad de su pensamiento, su actitud resuelta ante la vida, hacen de él un tipo de excepción, un fruto de civilización superior a la del mundo en que vive. Cuando escriba libros, sus libros serán los mejores. — Entre los prosadores recuerdo, sobre todo, a Ricardo Gómez Robelo, inteligencia ágil, estético entusiasta. De él, como del mirlo de Rostand, se diría :

> Cette âme....! On est plus las d'avoir couru sur elle
> Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La rapidez misma de su pensamiento lo hacía cruel. Y, además,—grave ofensa para el género humano,—estaba enamorado del genio. Hubiera quemado a sus mejores amigos ante el templo de la más austera belleza. Ignoraba, seguramente, quién ha sido Torres Villarroel o cuántos libros ha publicado Emile Faguet, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos de la humanidad. Como todos los que han probado las desigualdades de la suerte, amaba las inspiraciones de la locura. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo devolvió guerrillero. Los noticieros yanquis lo encontraban en medio del campo de batalla, leyendo a Elisabeth Barrett Browing.— Junto a él, Alfonso Cra-

vioto es el representante del sentido literario: su prosa es fluída, musical, llena de brillos y colores. Es el escritor de prosa artística. Su vida está consagrada a la espectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de toda su generación. De cuando en cuando, asoma para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento, y vuelve a su silencio habitual. Cegado por un ideal de perfección algo absurdo, se empeña en no publicar libros, y se olvida de que, como decía el orgulloso latino, no hay que contar con el mañana. —Entre los poetas de *Savia Moderna* estaba Rafael López,—cuyo primer libro, fruto de varios años de labor, le ha abierto ya un lugar aparte en las letras mexicanas; poeta de apoteosis y de fiesta plástica, de mármol y de sol, que se acerca cada vez más a la serenidad majestuosa, a la *sofrosine*, después de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decandentismo. Estaba Manuel de la Parra,—musa diáfana, musa de nube y de luna; alma monástica, borracha de medioevalismos imposibles, *ciega de ensueños* y *loca de armonía*. Estaba Eduardo Colín,—entregado a una gestación intensa y difícil, de la que surgirá hijo de sí mismo. Y Roberto Argüelles Bringas, en fin, tan fuerte, tan austero, áspero a la vez que hondo, poeta lleno de concepciones vigorosas, concentrado, elíptico, en quien la fuerza ahoga la fuerza, y el canto, sin poder desleírse, brota a pulsaciones.

Otra vez he dicho, y es oportuno repetirlo, que Rafael López y González Martínez son, propiamente, el tránsito entre la generación pasada y la venidera: que de los pasados, de Nervo, Tablada, Urbina, Urueta, tienen las virtudes técnicas, las facilidades,—todo lo cual, en la nueva legión aparecía un tanto adormecido. Que de ésta, en cambio anuncian ciertas condiciones de seriedad, de castidad artística, que no supieron mantener los pasados, con excepción de Luis G. Urbina. Si otras comprobaciones no se tuvieran, bastaría en efecto, para apreciar la plasticidad del talento de Urbina y su don de penetración humana, a la vez que de progreso intelectual, la actitud con que ha acogido las ideas que llegan y con que ha saludado o los hombres que llegan. Es el camarada de los jóvenes: participa de su fe, y no ha vacilado en abrir de nuevo los libros en su compañía. Ni sería justo que nos olvidáramos de Urueta que, con rasgo generoso y valiente, ha dicho desde la tribuna pública:—Yo sé que en esa falange vienen poetas más vigorosos y perfectos que Díaz Mirón, el que esculpe como Miguel Angel y dibuja como Rafael, más delicados y tiernos que Amado Nervo, el que hace llorar a las vírgenes de Botticelli y cantar a los ángeles del Beato de Fiésole; sé que algunos de ellos escriben mejor que yo y hablan mejor que yo.....

La renovación no podía, naturalmente, limitarse a lo literario. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, se desvanece ante la voz elocuente de Antonio Caso, quien difunde por las aulas las nuevas verdades filosóficas. No hay una teoría, no hay una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él la ha vivido. Y con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra es, con razón, el orgullo de nuestro mundo universitario. Como representante de la filosofía

anti-occidental, de la *filosofía molesta*, — y que mezcla ingeniosamente a las enseñanzas extraídas de Bergson,—José Vasconcelos, en los instantes que la cólera civil le deja libres, combate también por su verdad. De sus dones de creación filosófica y estética, de sus sinceros arrestos de pensador surgirá, si ha de surgir algún día, una corriente filosófica en el pensamiento mexicano. ¡Ojalá no lo arrebaten, por completo, las actividades extrañas a su vocación!

El triunfo del anti-intelectualismo en México está casi consumado. El positivismo que lo precedió, si fué útil para la restauración social, vino a ser a la larga, pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o la filosofía, mas del espíritu mismo. Era como una falsa, angosta perspectiva del mundo que no podía bastarnos ya. El positivismo mexicano, que era una reacción liberal, borró de sus tablas el latín, porque el latín y la Iglesia eran la misma cosa, y con el latín borró la literatura. ¡Extrañas asociaciones que sólo una vez se producen en la vida de los pueblos! Toda cultura fundamental desapareció, todo humanismo se perdió. Durante este breve período, la literatura mexicana tuvo que ser una literatura de aficionados, de literatos sin *letradura*. Pero quiso la suerte que en ese grupo de autodidactos hubiera algunos cuyos sentido de la belleza fuera muy superior al que pudieron tener (si alguno tuvieron) los viejos discípulos de seminario. Y nació, bajo la influencia de Francia, el modernismo. La verdadera literatura mexicana comienza con Gutiérrez Nájera. Arrancados pues, por la fuerza de las cosas, a una tradición enojosa que ya no tenía razón de ser, todo lo que viniera más tarde podría libremente impregnarse del nuevo espíritu. Así vivió el modernismo. Y cuando el tiempo dió la señal de la transición, la nueva Universidad se fundó (sin ninguna liga con la antigua) y la nueva generación penetró en la Escuela de Altos Estudios a resucitar el humanismo. Ya era tiempo. Ya era tiempo de volver un poco al latín y un mucho al castellano.

Entretanto, la agitación filosófica que nos conmueve corroe los moldes de la literatura: los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece. Apenas la novela tradicional tiene un campeón en Carlos González Peña, hombre de férrea voluntad, trabajador infatigable, que intenta reflejar las inquietudes contemporáneas en un libro concebido a la manera de Flaubert. Teatro no hay. Y el cuento se hace crítico, burlesco y extravagante.... Como en Julio Torri, *nuestro hermano el diablo*, un poseído del demonio de la catástrofe que siente el anhelo del duende por apagar las luces en los salones y derribar la mesa en los festines: un humorista de humorismo funesto, inhumano, un estilista castizo y un raro sujeto en lo personal. El *ensayo*, verdadera forma del pensamiento contemporáneo, es el arma más constante de los jóvenes mexicanos. El material mismo de su literatura se altera: su lengua se hace más rica y noble, se aleja con horror de los atropellos oratorios y de los adornos artificiales, yuxtapuestos.

Lo que en el desarrollo del humanismo clásico, en el cultivo de la buena tradición española y en la formación del sentido crítico se debe a Pedro Henríquez Ureña, es incalculable. Educador por temperamento, despierta el espíritu de aquellos con quienes dialoga. Enseña a oír, a ver y

a pensar. El ha suscitado una tendencia de cultura y un anhelo de seriedad y trabajo que es el mejor premio de quienes le siguen. Un pequeño grupo, casi infantil, estudia y se nutre a su lado. Rafael López, junto a él, con una paciencia de santo jardinero, los inicia en el duro oficio de poetas, y ha logrado ya,—en Francisco González Guerrero,—el primer fruto de sus esfuerzos. De tales embriones esperamos que salgan, al fin, los verdaderos maestros. Esos precoces eruditos, esos críticos imberbes (Castro, Vázquez del Mercado . . . .), esos poetas niños, abrirán una nueva senda en el pensamiento mexicano. No los acusemos,—no les desconfiemos,—por prematuros. Hay obligación de ser prematuro: el arte es grande y breve el plazo: y mientras más tiempo se goce de los bienes de la inteligencia, será mejor. Ya vemos en ellos, a los investigadores y a los poetas de mañana. Han aprendido ya y han comenzado a cumplirlas, las dos superiores leyes del oficio: conocer todos los libros, probar todas las emociones. Hoy los días son negros. No importa: a su tiempo lucirá el sol, y al amanecer del día siguiente hallaréis que los panales estaban rebosantes de miel, porque las abejas habían trabajado toda la noche.

ALFONSO REYES.

De "La Revista de América."

ALMA DE BRUMA

Por tus labios exangües aparece
—Y es un vago mohín que apenas signa—
Desmayada sonrisa, que parece
Mitad angelical, mitad maligna.

Misterio de mujer que no consigna
Si oculta ese reir que desfallece,
Un pesar que orgulloso se resigna
O un ensueño lejano que florece!

¡Hermana de Gioconda, sugestiva
Beldad que, a toda insinuación esquiva,
Avara de tu bello sentimiento,
En sombra de misterio lo deslíes
Y es antifaz taimado de tu intento
Ese prócer desdén con que sonríes'

1914 B. VADILLO.

AL MARGEN DE LOS LIBROS NUEVOS

"LA SIRINGA DE CRISTAL," de Gregorio López y Fuentes.

"POR LA SENDA SONORA," de Rodrigo Torres Hernández.

Muy a menudo, más de lo necesario, se cita el ya trillado aunque escultórico verso de Chenier: "sur des pensees nouveaux faisons des vers antiques. . . ." que encierra toda una fórmula, seguida por los románticos y llevada al refinamiento por los parnasianos. Y se le trae a cuento cuando de poesías modernas se trata, por más que éstas ni reclinen su métrica en los cánones clásicos ni acusen orígenes puros.

En la actualidad, contados son aquellos rimadores que vuelven la cara al pasado, ávidos de un destello de los viejos astros cuya extinción parece inminente. Se ha proclamado el "arte libre," y dentro de esta fórmula ecléctica esponja su plumaje la anarquía como un cárabo siniestro. Por fortuna esta epilepsía no ha ganado nuestro organismo poético. Algunos impulsos nerviosos estremecen y precipitan a los intelectos nuevos rumbo a caminos de libertad. Se suceden los fracasos, pero, tras algunos tanteos dolorosos, los extraviados tornan al redil, a la severidad generadora de la vera belleza, y a la discreción, freno aquietador de temerarias bizarrías.

En el arte, o se es absolutamente revolucionario, o se obra dentro del tradicionalismo y las pautas establecidas, pugnando, naturalmente, por alcanzar un sello original. Las probanzas, las vacilaciones, los escarceos insólitos conducen a la bancarrota y llevan al aniquilamiento. No soy de los miopes cuyo exclusivismo los vuelve de una intransigencia escolástica. De espíritu libre, mi criterio en materia artística, es que se debe admirar la belleza donde quiera que se la encuentre, que al fin:

"l'rat de transports de l'âme est un faible interprete"

Todo lo anterior, puesto a guisa de prólogo de estos apuntamientos, resulta oportuno al hablar de los libros de versos recientemente publicados: uno intitulado "La siringa de cristal," de Gregorio López y Fuentes, y otro "Por la senda sonora," de Rodrigo Torres Hernández.

Y digo que las reflexiones de más arriba parecen estar en su lugar, porque los libros citados han hecho torcer el gesto a los puristas y aparecer sonrisas ambiguas en labios doctorales.

"La siringa de cristal," desde luego, acusa fogosidad juvenil, ansia de horizontes menos estrechos, frescura de inspiración. Pero al mismo tiempo revela afán incontenible de romper toda regla, así sean las eternas de

la prosodia. Es,—y esto posee a mis ojos lo más loable—un bello gesto de avance, un paso dado hacia el porvenir, llevando la frente erguida, desnuda ante la amenaza de los aletazos de los huracanes.

En estos tiempos en que las manifestaciones del pensamiento se han escondido para surgir en épocas mejores. En estos tiempos en que las cuestiones especulativas, de alta intelectualidad, no hallan campo propicio en qué fructificar, y el público, sino hostil, se muestra burguesamente indiferente, lanzar un tomo de versos es algo bizarro, y, por lo tanto, digno de caluroso aplauso.

Vaya el mío muy sincero por esta muestra gallarda de sinceridad ante la vida y de desafío al futuro.

Siguiendo el cauce de las anotaciones críticas, desde luego hay que señalar en "La siringa de cristal" una marcada tendencia al simbolismo, pero, inexperto aún el autor, se hunde frecuentemente en penumbras espesas de metáforas demasiado temerarias, en nebulosidades de expresión que convierten su poesía en algo que toca los límites de la extravagancia. El tiempo y el estudio corregirán esto, que no señalo como defecto, sino como consecuencia necesaria de lo que antes llamé "fogosidad juvenil y ansia de horizontes menos estrechos." López y Fuentes ha penetrado a la senda sagrada, todavía llevando en los ojos los vislumbres cegadores de la adolescencia. Sus versos se enamoran del sol, como las alondras, por lo que tiene de radiante, ignorando que quema las alas y ciega las pupilas. De allí que ascienda de pronto para caer inmediatamente. En otros términos, lleva aparejada a una jocunda inspiración una falsa idea del concepto. Aquella lo levanta cual las manos ágiles de una brisa y esta lo hace volver a tierra lastimosamente. Por ejemplo, y tomo al azar, que enemigo soy de espigar versos, estilo Fray Candil:

"Tenía de penumbra cargadas las guedejas. . . ."

dice en un soneto ("Vamos por el jardín. . . ."). Ese verso enrevesado no puede parangonarse a estos otros de una indiscutible belleza emotiva:

"En esta noche clara salgo a los ventanales
de mi alma, bordados con líricos rosales."

He allí la característica de López y Fuentes: la desigualdad, muy disculpable, repito, en una obra prístina, pero que debe subrayarse a fin de evitar la reincidencia. Sucede asimismo que el novel trovador se olvida a veces que lo es y cae en completa trivialidad. ("Si vieras,—dijo—ahora . .) o gusta de piruetear y hacer funambulerías, que, si bien demuestran destreza en el procedimiento, a la postre mortifican el oído y atentan contra el buen gusto.

"La siringa de cristal" abunda en neologismos. No seré yo quien clame jeremíacamente y rompa lanzas en pro de la Academia. Sin embargo, ¿para qué estos alardes que si se me permite llamaré irrespetuosos? Partidario como el que más de la introducción en el léxico poético de palabras nuevas que interpreten neta y exactamente estados de alma o cuali-

dades de objetos, no encuentro utilidad alguna en que se espolvorée la fabla con voces insólitas. Ya se curará de este pequeño mal el autor de tan bellos versos como "Vuelo de garzas" y no incurrirá más en usar "sonambúlicamente," "azulina," "perlinamente" y otras cosillas de ese jaez.

En suma, "La siringa de cristal" es un libro que anuncia una próxima y proficua cosecha. El acervo de hoy vino lleno de cizaña, pero abundoso en espigas, también trae un augurio magnífico. López y Fuentes se ha dejado arrastrar por la corriente de sutilezas de ritmo y de expresión, comunes en los que emprenden el viaje con el hatillo repleto de ilusiones. Cuando éstas vayan mermando, aparecerá el verdadero poeta que en él vibra, el que exclama, sin "literatura" y con honda convicción:

"Ascendí por la escala azul del ideal
y llegué a los rosales de jardín vesperal."

En cuanto al libro "Por la senda sonora," es necesario robustecer los anteriores conceptos. Su autor, Torres Hernández, es compañero, hermano mayor de López y Fuentes. Abrevaron en la misma linfa, e idéntico maestro les enseñó la buena nueva.

Por lo tanto, se resiente de los mismos defectos, por más que se diseña más vigorosamente su personalidad. Los brotes están en la inminencia de la plena floración, vaticinando una gaya aparición de rosas vernáculas. Torres pugna en sus versos por sacudirse la oropelesca vestimenta de la fraseología sonora y hueca, salpicada de abalorios "pour épater les bourgeois." No obstante, trastabillea entre las marañas de la mala retórica y de sugestiones nocivas. Aparece, como López, inarmónico. Su poesía se desintegra y no tiene unidad. Y este desaliño, proviene (lo sé por propia experiencia) del desenfado mozo, de la íntima convicción de que hay que enfrentarse a todo lo que revele presión espiritual y se delínee como ergástula del pensamiento. Así solamente se explican estos desoladores descuidos, que afean donosas "trouvailles," o a no ser que, cual dice un crítico: "nuestros poetas jóvenes diríanse enfermos o de desaliento, o de desorientación, o de incapacidad." Estimo que la dolencia predominante es la segunda, y que a ella se necesita agregar la manía, la tendencia, la morbosa obsesión de ensayar las renovaciones más estupendas, "de intento," a sabiendas, únicamente para demostrar que se peca a plena conciencia, no porque se ignore que de tal modo se trasgreden las universales leyes de la armonía.

Una comprobación de mi aserto se encuentra en estos versos:

"Amo la Vida, undosa, rozagante y en flor
porque la Vida es una primavera de amor."

De esa manera exulta Torres la hermosura interior y exterior de la Naturaleza.

Su grito es el de un espíritu equilibrado, capaz de morder la carne de

todas las manzanas del bien y del mal. Y este mismo fuerte cantor gusta de llegar a puerilidades como las que copio:

"CUANDO RIZAN GOZO risas de campana"
("Zagala")

"Su cuerpo cimbrador turbó la hora
que se agitó con vibración de eles"

Declaro nuevamente que no soy dado a espulgar en los florilegios. Tarea de envidiosos o de impotentes, repugna a mi idiosincracia. Pero creo de mi deber apuntar aunque sea una vez tal cual frivolidad de gusto dudoso. Sé, como lo enseñó el maestro, que "para entender una obra de arte, a un artista o a un grupo de artistas, es necesario representarse con exactitud el estado general del espíritu y de las costumbres del tiempo a que pertenecen."

Por lo tanto, mal hacen aquellos que con un Hermosilla en la mano pretenden demoler la marmórea elegancia de una producción de Lugonés, pongo por caso.

Volviendo a "Por la senda sonora,. . . ." diré la última palabra: es antología en que el amor lo mueve todo, como a Beatriz en el verso inmortal:

"Amor mi mosse che mi fa parlare"

El poeta se inicia lo mismo que todos, madrigalizando cosas abstractas, soñando en quiméricas concepciones. ¿Por qué no exaltar la existencia, fría, compleja, despiadada, brutal, si se quiere, pero plena de hermosura? Sí; "la vida es dura, amarga y pesa," pero presenta aspectos de tal guisa sugestivos que su reproducción debe constituir la mira de todo artista. Así, solamente así, se puede llegar a la cristalización del principio estético:

"La obra de arte tiene por objeto manifestar un carácter esencial o saliente, relacionado con una idea importante, de modo más claro y completo que los mismos objetos reales."

"Por la senda sonora" y "La siringa de cristal" son libros dignos de una cordial bienvenida. De otro modo este vuelo de abeja crítico no hubiera tenido razón de ser. Se trata de dos poetas, y yo les tiendo cariñosamente el pan y la sal de los antiguos ritos.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ.

De "ORBEAL."

LA SERENATA

Se ve desde lejos la ciudad-fantasma
en cuyos tejados de isla tropical
hay una belleza colonial que pasma,
digna de pintarse sobre una postal.

Vagan en la sombra perfumes suaves;
la estatua del Héroe cuida la ciudad.
Y las peregrinas neblinas son naves
en los remolinos de la inmensidad.

Qué frías las noches como las mañanas;
qué blancas las frías baldosas del Mal!
(Tienen mucho frío y están muy ancianas
las negras campanas de la Catedral!)

Hay en ciertas calles amables, recodos
que tienen el vaho del amanecer,
cuando pasan todos
con las manos dentro de los sobretodos
que parecen darles calor de mujer!

Antes que el sol salga sobre los tejados,
en el alma hay una iluminación....
(Llega una fragancia de montes mojados
y calles lavadas por el chaparrón....)

La noche con astros su cabeza nimba;
el parque en la sombra perdió su color;
noche no de piano, sino de marimba,
cuando dicen todas las cosas: Amor!

¡Oh Bella Durmiente! Qué velo recata
tu rostro igualado sólo en Stambul?
¡Oye la marimba de la serenata
llamar a tu rejas en la noche azul!

¡Oh mujer incógnita de faz hechicera
oye estas palabras de mi adoración:
"No hallarás quien siempre como yo, te quiera!
Mis sentimentales
madrigales
son
en la luna
una
leve enredadera
junto a la ventana de tu corazón!

"Mírame; en los aires la luna se mece
cual nave de claro marfil en el mar;
y ya me parece
que tras la mampara
de la noche clara
tus ojos de oro me van a mirar....

"Sal a verme, para
oir mi canción.
Mi amor es manojo de rosas abiertas;
quieren sus fragancias entrar al balcón:
déjale entreabiertas
las doradas puertas
de tu corazón!"

Rafael Heliodoro Valle

EL LIBRO DE RAFAEL LOPEZ

(CON LOS OJOS ABIERTOS)

Como Stelio Efrenna en la noche d'annunciana, con la luz en la frente recito los versos de este poeta cuya fantasía tiene la tersura del plumón y la belleza del terremoto; cuyas manos han persignado el polvo y el viento, y cuyo nombre—digno de una caligrafía lombarda—cuando lo evoco largamente me colma de miel la boca y de susurros el corazón.....

Se me aparece en la página de la dedicatoria con su faz de mestizo que tiene el desdén de los que han probado la sal, hermana nuestra; quién sabe cuál de las nueve musas le peina la ensortijada cabellera; brillan sus ojos en el fuego pindárico; y en la nariz cesárea (de gavilán dijo Alighieri), llena de sabidurías elegantes, se dibuja el dolor del que ha sembrado parábolas en las rocas y veinticuatro horas ha pendido de la cruz.

Ahora que le llega la hora de encender la lámpara de que habla Emerson, adviene su obra de sacrificio y amor, que si le basta para ilustrar su vida—tal así la custodia de Juan el preste—proclama la omnipotencia de su ingenio y lo lleva por el Continente como en una litera blanca o en una carabela conquistadora.

Tras cristal victorioso está su espíritu en la autobiografía preliminar, ahí donde suenan voces de muy adentro, y está su emoción, que inmune en el momento de embriaguez de esperanza, de imperiosos deseos, de presentimientos y vagarosas llamadas, cercada de muros bañados de luna como una Nínive interior sintió, en el silencio y en la sombra, un súbito brotar de surtidores, y que se abrían a un mismo tiempo todas las corolas mentales de la Juventud. Ajusta su ritmo al de la mujer primera, pone tal ternura a la canción, le comunica tal sincero latido, la rima con tanta sangre de sus entrañas, con tal música propia, con tal amada melodía, que si vió ninfas para poder dar gracias a los dioses, como el pastor griego, fué suma de carne y hueso, de beso rojo y de mordisco sentimental, de madrigales y querellas, mientras en la hora que amaba el Tiziano para revolver sus colores, ha cruzado el ave del augurio,—el amor o la gloria, gerifalte o halcón,—listo para anunciar desde la prora el rumbo del bajel.

Diríase que en oro corroído de inmortalidad, este poeta ha esculpido sus versos de hermosura impecable; y que les ha puesto la indemne perfección de las catedrales ruskinianas, esas que él ha preferido por símil en una de sus apasionadas aleluyas. En sus sonetos está la amplitud de las ojivas legítimas o de los arcos triunfales desenterrados; y si alguna vez el desconsuelo salomónico palpita en ellos, es para dar contorsiones de dolor

y de amor a los galantes epitalamios y a las rumorosas letanías. Un evocador, un sabio amable hallaría en la belleza que el poeta ha producido, algo de los vasos etruscos en donde la arcilla tomó durezas absolutas y algo de las caobas jóvenes con que los carpinteros bizantinos construían los tálamos donde las emperatrices se revolcaban con los esclavos y los héroes.

Poeta que ha hecho filosofía sin querer ser filósofo; a la vez epicúreo y cristiano, porque ha mordido la manzana terrenal y esparcido en el lar bueno la cálida dulzura de sus oboes. Canta a la adolescente de cínica blancura cuyos pies salomeicos bailan sobre la sangre del Bautista; al torero que, vestido de luces, pudo cuadrarse frente a la esmeralda de Nerón; al indio de silencio de nube que habló en lengua de relámpago y se crismó de victoria cuando rodó la cabeza dorada y porfirogeneta de Maximiliano; al millonario que pudo convidar a Trimalción al banquete sonoro, pone remolinos de champaña en los saraos, se ahita de faisán, luce alhajas en la pechera y tras el abanico de plumas de la bailarina se quita la sal de la boca. Prefiere al trigo el laurel; adora el saco de oro que vacía el magnate, porque hay que morir, y nada es tan bello como olvidar que somos polvo. Y siempre la mujer—niña rosada o esposa rubia,—la desequilibradora de la Moral, la flor cuya balsámica emanación hace perder la cabeza al Estilita, y, por humana y celeste, concreta a Lucifer y el Angel, la torre de marfil y la estrella de la mañana, el Dolor y la Muerte, el Infierno y el Azul, y siendo una y trina, es síntesis de misterio, levadura de eternidad, pan de la Vida!

Un viento cargado de luz sacude las selvas vírgenes de sus alejandrinos; y ya sean Urbina, Ruelas o de la Parra, todos sus cofrades tienen un lugar de preferencia, una urna votiva, un sagrario en las naves donde se hincan los afectos y se hieratizan los iconos irradiantes de la amistad. Llega la Pascua, y con vino, bálsamo o agua—quién sabe qué elixir,—refresca la ancianidad de su progenitor; le pone en las canas el calor benigno del sol filial, le quema las resinas del rey mago, le cambia la túnica color de desierto, y en la frente bendita del viejo retoña una guirnalda capaz de cubrir toda la gloria de una estirpe. Así también, con los labios mojados en leche, sintiéndose niño; así el poeta dice a su madre la ingenua letanía que todos debemos a sér tan dulce, ese salmo que sólo podríamos hacer con letras que tuvieran la suavidad del arco de la luna, la blancura de las alas de las palomas y la música de salterio del corazón.

Querido y angélico portalira, para quien sólo dulces colores deben habitar el fondo de los cristales aclarados. Siembra su verso con él ademán del sembrador huguiano; ensalza a todos los fuertes, a los llenos de gracia, a los que han labrado una patria o llenado de sonrisas el Mundo: a Manuel José Othón,—por ejemplo,—para quien esculpió un catafalco de granito rojo y negro, donde el ciprés sombrea la aflicción de una Niobe amorosa; un catafalco en cuya piedra los pastores crepusculares se sientan a convocar el rebaño, y, como el del último abencerraje de Chateaubriand, se detienen a cantar las aves del cielo.

Vivirá este gran compañero en nuestra admiración y en nuestro cariño hasta que nuestro vaso vital se quiebre al soplo del Destino; y en la memoria de América ha de ser evocado mientras el idioma español tenga

volcanes que cantar o palmas espléndidas que se arrullen en las arenas. Varón de epónima casta, en cuyo manantial de optimismo recobramos nueva carne y nuevo sér, Rafael López levanta sus versos en nuestra pradera literaria, como al calor de una primavera amplia se empinan hacia el oriente las flores aseadas que la brisa convierte en corolas deshechas. Sus cantos de vida y de voluntad ponen un extraño impulso en nuestro barro temeroso. La vida es superior a todas las sabidurías: ella es el "divino tesoro" a quien dice el vidente un adiós de lágrimas; la vida es la acción y la salud en los versos de este poeta en cuyo loor derramamos el ungüento del cáliz de alabastro y salimos al balcón de la casa como quien sale a ver un regreso triunfal.

Hoy hace sol de otoño en su nido. Una criatura, en cuyos ojos está el azul de las fuentes de Samaria y en cuyos bucles arde el oro de los incensarios, adorna la tranquila edad vigorosa del poeta; un ritmo de paz encontrada estremece la gran lira y la claridad de la gloria trémula impaciente en torno de este visir de la poesía, ante cuya estancia revuela la oropéndola tornasol y brinca el agua de oro . . . .

RAFAEL HELIODORO VALLE.

BLANCA DE NIEVE

Para Abel C. Salazar.

Vino de la luna mi Blanca de Nieve.
Por la Vía Láctea la dulce visión
vino recogiendo lirios, toda leve
hasta la ribera de mi corazón.

Se embarcó en la barca que la onda mueve
—la barca mi ensueño, la onda mi ilusión,—
regando los lirios con su mano breve
y alzando a los cielos su grata canción.

Saturó de Ensueño la ribera triste,
bajo el plenilunio que a las almas viste
como de argentado, joyante brial

y en mi pobre pecho que el duelo socava
mi Blanca de Nieve, al irse, dejaba
un anhelo triste de amor ideal.

MANUEL DE LA PARRA.

EUGENE BRIEUX Y EL FEMINISMO

Entre los intelectuales de Francia en nuestros días, descuella de modo prominente Eugene Brieux, el justamente celebrado dramaturgo, sociólogo y miembro de la Academia Francesa.

Realista de la escuela de Ibsen, Heyermans, Echegaray, Bernard Shaw y Galsworthy, Brieux no ha podido, por lo tanto, desprenderse de su calidad de sociólogo y filántropo, dando muestras de una personalidad multiforme que pocos dominan, pues es médico, pedagogo y hasta predicador.

Candente e implacable, descubre casi con crueldad la llaga del organismo social y político y la expone a la luz del sol, como lo comprueba su sombrío drama *Maternité*, impulsado siempre por el humano y solemne propósito de curar, que no sólo por el hecho de herir y producir dolencia.

Más ingenioso y menos oscuro que Ibsen, revela mayor humorismo y ternura que el inglés Bernard Shaw (acerca de quien Henríquez Ureña acaba de presentar una conferencia, apellidándole "El Molière del Siglo XX").

Menos poeta y con menos simbolismo místico que Hauptmann, es más práctico y va más al centro de las cosas.

Adolphe Brisson decía recientemente de él en *Le Temps*: "Las corrupciones del mundo han pasado sobre él sin corromperle. Las fricciones de la vida, la experiencia adquirida, el vértigo que producen los éxitos y los honores repetidos, no le han endurecido ni le han vuelto egoísta ni indiferente. Goza de un equilibrio perfecto de salud tanto físico como moral."

Decididamente feminista, nuestro dramaturgo combate con toda dureza las penas a que está sujeta la mujer a causa del egoísmo y el vicio del hombre.

Su drama *La Femme Seule*, interesante por todos conceptos, representado por primera vez en el Theatre du Gymnase, revela intensamente las dificultades que asaltan a la mujer moderna que entra al mundo industrial para ganarse el pan, ya sea por elección o por necesidad. El drama comienza de esta manera:

La heroína, Teresa, es una muchacha de veintitrés años, hermosa, viva, de educación refinada, poseedora de alguna fortuna y comprometida con un joven, René Charton, quien la adora locamente, amándola con todas las potencias de su naturaleza. Huérfana, vive con sus padrinos, los Guérets.

De este pináculo de fortuna se ve repentinamente hundida en la po-

breza por la inesperada quiebra de su banquero. Inmediatamente los parientes de René le prohiben contraer matrimonio con una muchacha que no tiene dote y el pobre René se ve obligado a ceder por fuerza.

La muchacha, por su parte, confía orgullosamente en que puede ganarse la vida y abunda en el deseo de servir a otros. Rehusa el asilo que le ofrecen sus padrinos en el modesto pueblecillo al que les obliga a retirarse su perdida fortuna. Pero no. Ella permanecerá en París, se ganará su propia vida; y de esto surge una divertida escena cuando le comunica su decisión a Mme. Guéret.

"¡Qué! ¿Trabajar para vivir?" exclama aquella dama con visibles muestras de horror. "Señoritas de progénie como la tuya *nunca* trabajan para ganarse la vida, cuando hay otros que puedan hacerlo por ella."

"¡Y vivir sola! ¡Buen negocio! Esa es otra cosa que la "jeune fille comme il faut" jamás debe hacer!"

Llena de confianza en sí misma y con resolución inquebrantable Teresa insiste. No está acaso ella dotada con talentos no comunes, tanto literarios como teatrales? Solicitará un puesto de colaboradora en *La Femme Libre*, la nueva revista feminista que dirige su amiga Mme. Nérisse, quien ha elogiado mucho su último artículo.

Hiérele su primera desilusión sin embargo cuando llega a darse cuenta de la enorme diferencia que existe entre la colaboradora por afición que es elogiada y la profesionista que trabaja para satisfacer una necesidad del estómago.

Obtiene, por fin, un puesto que le proporciona un modo de vivir bastante modesto.

Sigue entonces una maravillosa caracterización que M. Brieux hace de las colegas de Teresa, entre las que figura de singular modo Carolina Legrand.

Carolina Legrand es una sufragista militante que desprecia en grado sumo a los hombres. Y a propósito. Cuán extraño es que estas mujeres que así desprecian a los hombres, prefieren afectar en grado superlativo el porte y la actitud de ellos! El tipo se presta admirablemente a la exageración y a la caricatura. Pensad lo que Bernard Shaw hubiese hecho de él! Pero Brieux muestra su maestría y habilidad técnica, al hacer simpático un carácter como este a pesar de su violencia y excentricidad.

Con qué destreza delinea caracteres en una frase o dos. Leed:

TERESA.—"Tengo muy buenas noticias que darte, Carolina Legrand. Algo que te gustará mucho saber."

CAROLINA LEGRAND.—"¿Cuáles? Han muerto, para suerte nuestra, todos los hombres?"

Pero viénese luego una crisis en la revista, por la que se hace necesario suspender empleados y reducir sueldos. Sujeta Teresa a medio sueldo, prefiere separarse, pero Mr. Nérisse le participa que gracias a

sus gestiones consigue que se le siga pagando sueldo completo. Mas tan pronto como ella descubre a qué se debe esta muestra especial de favores, siente profundo disgusto, y, como es natural, se inicia una tremenda lucha entre hombre y mujer, que da a la representación un interés dramático intenso.

En el tercer acto, Teresa está instalada en una encuadernación de la que es jefe del departamento de mujeres. Siéntese feliz no sólo porque puede bastarse a sí misma todavía, sino más aún porque puede emplear y protejer, por lo tanto, a solteronas, viudas, jóvenes no casadas y esposas traicionadas o abandonadas.

Pero sobre todo, donde está la parte más emocionante es en el final, cuando ella, obligada a renunciar a causa de la oposición que le hace a la casa la unión de obreros, exclama: "Los obreros de usted no deben alegrarse por su victoria. En esta nueva lucha de los sexos, son ellos, los hombres, los que serán vencidos, porque la mujer trabaja por un salario más bajo, no teniendo necesidad, como ellos. de apartar nada para la cantina. Y esta presión no la sentirán solamente esos obreros. También esos mozalbetes que no tienen la energía necesaria para casarse con muchachas sin dote, encontrarán todas las puertas cerradas por estas pobres criaturas a quienes ellos mismos han obligado a trabajar. Ha llegado ya una nueva época.

"En todas partes, en las ciudades como en los pueblos, entre los pobres como entre los semi-ricos, de cada hogar abandonado a causa del alcohol o el hogar no formado por aquéllos que no tienen el valor de casarse, surgirá entonces una mujer que lo abandonará para ir a ocupar el lugar del hombre en los talleres, en las fábricas o en las oficinas.

"Los hombres no las harán esposas y como ellas no admitirán ser cortesanas, serán entonces obreras. ¡Competidores! ¡Vaya por los victoriosos competidores!"

Como puede observarse fácilmente, la fuerza de *La Femme Seule* está en la brillante exposición de la actitud de la sociedad hacia la mujer que lucha por conseguir su reivindicación ante las alteradas condiciones a que la ha arrojado la vida moderna, punto en el que se parece más a las obras de Galsworthy y de Shaw.

De todos modos, si bien apasionada la lucha feminista que tan brillantemente pinta Brieux, nunca llega a las insensateces y a los atropellos de las bravas y descomunalmente hombrunas sufragistas inglesas o norteamericanas, como Mrs. Pankhurst, por ejemplo, que han llegado ya hasta amenazar a las autoridades, que se dejarán morir de hambre si llegan a ser arrestadas repetida vez, considerando probablemente que con ello logran crear todavía una nueva forma de heroísmo.

José Velasco.

DE LOS LIBROS NUEVOS

EL AVE SIMURGO

Este es el regio pájaro que vió Firdussi un día
cruzar de Orto a Poniente, cortando el cielo en dos;
que tiene en sus apologos mayor sabiduría
que las más nobles bestias de la tierra de Dios.

Sus alas—donde puso sus ópalos el día—
fatigan los azures de alguna estrella en pos;
su cola es un arco-iris de ardiente pedrería;
sus ojos, dos carbunclos magníficos. En los

dísticos que celebran su omnipotente gloria
del Irán, este pájaro de luz y de victoria
volar sobre oriflamas y ejércitos se ve.

Él guarda la divina diadema de Cosroes
desde el sublime nido de sándalos y aloes
que tiene en una lírica montaña: *Shah-nameh.*

A RUBEN DARIO

Liróforo de triste mirada penetrante
que al son órfico ajustas la gama de los seres.
que sabes los secretos pristinos del diamante
y conoces el alma sutil de las mujeres.

Délfico augur, hermético y sacro hierofante
que oficias en el culto prolífico de seres,
que azuzas de tus metros la tropa galopante
sobre la playa lírica y argéntea de Citeres;

tu grey bala en las églogas del inmortal idilio,
tu pífano melódico fué el que tocó Virgilio
en la mañana antigua, de alondras y de luz;

tu azur es el radioso zafir del mito heleno,
tu trueno wagneriano el olímpico trueno
y tu congoja lúgubre la que gritó en la cruz!

(De "Tierras, Mares y Cielos.")

JUAN RAMÓN MOLINA.

NOSOTROS

Director: F. González-Guerrero.

REDACTORES:

Conrado Abundes.
Antonio Castro.
Juan Chargoy Gómez.
Felipe de J. Espinosa.
Froylán González.
Gregorio López y Fuentes.
Rodrigo Torres Hernández.
Manuel Toussaint.
B. Vadillo.
Rafael Heliodoro Valle.
Alberto Vázquez del Mercado.

COLABORADORES:

Jesús T. Acevedo.
Rafael López.
Roberto Argüelles Bringas.
María Enriqueta.
Rubén M. Campos.
Amado Nervo.
Antonio Caso.
José de J. Núñez y Domínguez.
Salvador Escudero.
Manuel de la Parra.
Ricardo Gómez Robelo.
Alfonso Reyes.
Enrique González Martínez.
Leopoldo de la Rosa.
Carlos González Peña.
José Juan Tablada.
Luis González Obregón.
Julio Torri.
Pedro Henríquez Ureña.
Luis G. Urbina

LA SIRINGA DE CRISTAL

POESIAS POR GREGORIO LOPEZ Y FUENTES

Un vol. rústica ..... $ 1.00

POR LA SENDA SONORA

POESIAS POR RODRIGO TORRES HERNANDEZ

Un vol. rústica ..... $ 1.00

NOCTURNO XV

Amor che a nullo amato amar perdona.
DANTE. *Inf.* V.

¡Oh cruel lascitud en que a la vida
una fatal emanación alcanza
que fluye de la noche ensombrecida!
Bajo su vieja lámpara, dormida,
ya no sabe de ensueños la esperanza.

¡Oh visión pasional! Glorioso impulso
tu planta incierta hacia mi reino mueve,
y exhalas en mi espíritu, convulso
de zozobra y amor, tu hálito leve.

¿Traes la inmensidad y en tu sagrada
mano, quizá su venturosa clave?
Traes todo el destino. Mi mirada
se abisma en tí, cual tras el mar un ave.

Medroso afán en las entrañas muerde
y asedia al corazón un soplo yerto,
al ver que todo en la amplitud se pierde...
Todo! hasta la visión que la pavura
fijó un instante del anhelo incierto.

Ante lo que se va, los horizontes
irísanse de célica ventura;
todo gran resplandor está despierto:
brotan lirios el légamo y los montes,
y la estrella es más pura.
Tras de lo que se va, cierra la noche....
cierra la noche en lúgubre negrura...

Mi corazón tu vaga lejanía
sintió, como una trágica fragancia
de oculta flor entre la bruma fría,
y tu planta movió, como el destino;
e ignorante de mí, tu paso vino
orientado a mi amor, de la distancia.

¡Honda ansiedad de inevitable arcano!
Con su inmovilidad de sepultura,
pálida de inconsciencia, tras el lento
descender, de su vano
perfume aún tu mano me satura,
grávida de misterio entre mi mano.

Cómo en el corazón el descreído
vivir prendió imprevistos ideales,
hogueras inauditas en la nieve —
cuando vino tu cuerpo, ritmo leve,
entre un vítor de músicas marciales.

¿De dónde? De remotas lontananzas,
del monte azul, del océano fosco,
de donde vienen alas y esperanzas,
del lejano país que no conozco.

¿Y a dónde, siempre errátil o inasible?
Otra vez tras los montes y la espuma
del amplio mar violento;
otra vez, como aroma indefinible
que va en el viento raudo que perfuma,
ignorando hacia dónde, como el viento . . . .

¡Y pensar que de todo sólo queda
la fantástica voz de lo que rueda
entre la eternidad, el vacilante
espíritu confuso en lo disperso,
sangrienta el alma en el laurel fragante,
y el angustioso aletear del verso!

LEOPOLDO DE LA ROSA.

LA PSICOLOGÍA DE LA SOMBRA

¡Cómo se dulcifican las cosas en la sombra! ¡Cómo se hace más suave y profunda la emoción del beso! ¡Oh, la psicología de la sombra! Es el único recodo que les queda a las almas para desnudarse. Sólo allí puede la sinceridad salirse toda de la ciencia; sólo allí surge en nosotros la divinidad o la bestia. Fuera de ella ninguno logra despojarse de lo humano, nadie dejar de ser hombre.

En la sombra las cosas se desmaterializan, pierden la rudeza de la dimensión y de la forma, conservan el misterio de lo indeciso; toman esa visión de lo que ya va a desvanecerse, que vierte en las pupilas lo lejano; se vuelven vagas como debiera ser la vida.

Todo alcanza en la sombra el vértice magnífico. Nada más intenso que seducir a la que pasa, en la noche sin estrellas, al amparo del recodo habitado de silencio, y no saber que llevaba lirios de vejez en los cabellos o ama necer de Sol en las mejillas. Así la vida no envejeciera ni perdería su encanto el ansia gozada, porque todo en el mundo se hallaría siempre nuevo.

Nunca es el hombre más suyo ni dice más verdad su pensamiento que en el fondo de la obscuridad: la luz se apaga en el ambiente para hacerse llama en el cerebro. Sólo cuando no ven los ojos ha podido contemplarse la copia imponderable del paisaje en la hondura de cristal del espíritu. Un alejamiento del mundo exterior, un descenso de la vida a las bases de la conciencia, eso es la sombra.

En ella debe haber escrito Alttemberg aquella frase que tiene savia de misterio: *lo triste es así;* en ella oímos la marcha de lo que se agita más allá de la Tierra; pesa sobre el pensamiento la inquietud de lo desconocido.

Sombra y silencio pidiera Balzac para las heridas de la entraña. Sombra y silencio ha sido el palacio de la meditación y de la sabiduría: de ahí surgió, hecha símbolo, el ave de la sapiencia; de ahí asciende a la gloria la luz de la plegaria y ahí martirizan al santo los aullidos de la carne vencedora.

La sombra es hija de la profundidad: se alimenta de abismo: vive de misterio. El bien y el mal, la alegría y el dolor, sólo en su centro alcanzan la cumbre y el vértigo. el vientre de la sombra brota el milagro de la vida. Las perlas y el oro, la piedra luminoso, habitan allá abajo, en la sombra del océano y de la mina.

Casi todos los poetas colocan sus idilios en el fondo de los paises anegados de Luna. Yo reclamara un claro-obscuro de melancolía porque

sé decir cosas más dulces cuando la hora se cubre de ceniza. Entonces hallo más azul el cielo y menos hostil el contorno; desciendo fácilmente al manantial divino y me siento capaz de llegar al alma de los símbolos más rebeldes.

Todo meditativo, todo espíritu delicado, consciente de producir la cosecha de luz que ha de iluminarlo, al pasear sus ideas sobre el filo que divide las playas de la luz y de la sombra, desvía su pensamiento hacia la última playa.

La sombra es la eternidad: de ella viene todo y hacia ella vuelve.

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.

TAL QUISO SER UN ARBOL....

Para Rafael López

Tal quiso ser un árbol plantado en el sendero,
abundante de frondas y abundante de frutos,
árbol a cuya sombra descansase el viajero
y crecieran las hierbas y sesteasen los brutos.

Un árbol todo henchido de lozanía agreste,
mas alto que los otros árboles de los montes,
abierto a la más próxima fraternidad celeste
y sirviendo de brújula sobre los horizontes.

Arbol con la corteza plena de cicatrices,
que nutriera parásitas y ayudara en cien nidos
a propagar las alas y diese en sus raíces
las bondades de un banco a los que iban rendidos;

que ofreciese madera
para el fogón humilde y el báculo de andaje,
y derramara siempre sombra de primavera
sobre el caudal sonoro de una fuente salvaje.

Y quiso lo enterraran en la senda campestre,
y allí la tierra en árbol transformase su nombre
que se bañó en la vida de un encanto silvestre,
porque acaso ser árbol es mejor que ser hombre.

ALFONSO GUILLÉN ZELAYA.

GUATEMALA.

PARA ENTONCES....

No florezcas, tierna acacia.
detente.... hay que esperar....
.... Para entonces, arbolillo,
tus flores deshojarás....

Camino por la vereda
de abetos; camino en paz....
De pronto, un piano preludia
la Sonata en sol de Bach.

Piano incógnito que cantas
entre la luz que se va:
¡no desflores hoy tus notas!
después.... después cantarás....

Calla el piano, y el misterio
se extiende en la soledad
de estas calzadas sin fin
que los campos ven pasar,
de estas calzadas de arena
que ignoran a dónde van....

Mariposas: ¡no voléis!
¡al punto el ala plegad!
Después bailaréis la Ronda....
hoy no es tiempo... hay que aguardar

¡Un momento, golondrina.....
¡Sólo un momento, rosal!....
.... Para entonces, limonero,
tu blanca flor abrirás....

Campos, aves, fuentes, ríos:
para poderos gozar,
sólo espero que.... ¡Vosotros
también conmigo esperad! ...

Y una voz dice en el viento
con vibración de cristal:
"Deja que cante Natura
y escúchala tú cantar;
malgastas el tiempo hermoso:
lo que esperas... no vendrá!"

MARIA ENRIQUETA.

RUEGO EN LA SOMBRA

Amor en tus rubores se adivina,
Pero verlo en tu espíritu anhelara
Como a perla en el fondo de agua clara,
Como a nido de luz en piedra fina.

Cuando flor de sonrojo te encarmina,
En fuerza de dudar, mi alma anhelara
Ser abeja sutil que se quemara
En la hoguera interior que te ilumina.

Y porque tu alma es como luz velada
Por cristales de lámpara sagrada,
Con suaves reticencias de arrebol,
Por saber de tu espíritu quisiera
Que una transfiguración nos convirtiera:
Tu alma, en espuma, y mi mirada, en Sol.

B. VADILLO.

DON RAFAEL DELGADO

El día 20 de este infausto mes de mayo, murió en la ciudad de Orizaba el novelista mexicano don Rafael Delgado, a quien sin hipérboles podemos llamar uno de los pocos espíritus altos y nobilísimos de los treinta años de paz que sucedieron a las convulsiones políticas de la Reforma y a la guerra que acabó con el segundo Imperio. El eximio novelista ha muerto a una edad ya avanzada y cuando su labor literaria sufría frecuentes intermitencias con largas temporadas inactivas, si juzgamos por lo poco que de su pluma pasó a la imprenta en los últimos años, pues se presume que mucho se publicará todavía de lo que haya dejado inédito.

*
* *

Creemos innegable que don Rafael Delgado ha sido el más notable de los novelistas mexicanos. Tres son las novelas suyas que se han publicado: *La Calandria, Angelina* y *Los Parientes Ricos;* un tomo de cuentos y una "Literatura preceptiva" destinada a sus discípulos de la Escuela Preparatoria de la ciudad de Jalapa; escribió algunas obras dramáticas al principiar su carrera literaria, y hay, además, publicados algunos trabajos más de Delgado, dispersos en hojas periódicas y boletines de sociedades literarias, como la "Sánchez Oropeza" de Orizaba. Su labor literaria no ha sido exigua y no peca de fecunda. Su nombre ha entrado a vida imperecedera en las letras mexicanas por derecho propio, ganado en buena lucha y por nobles timbres.

Generalizando a tientas, dado que ya no se discute que la literatura francesa ha influído las nacientes y aún vacilantes letras hispano americanas, un biógrafo de don Rafael Delgado asentó, con gran frescura, que sus novelas se resentían de influencia francesa, y hasta le encontraba parentesco espiritual con los hermanos Gongourt. Consideramos inútil discutir un tamaño atrevimiento crítico y no aceptamos esa influencia francesa, que no se descubre en su técnica de novelador ni en su estilo de prosista, ni era admisible en su constitución psicológica y en el medio en que transcurrió su vida. Sí, en cambio, admitimos la ligera influencia ejercida en nuestro novelista por el montañés don José M. Pereda, cuyo nombre ya comienza a caer en el olvido, de seguro lógicamente. Pero también es indispensablet reconocer que, e nsus novelas, como en sus cuentos. Lo peculiar, lo original, imprime sello inconfundible de alto valor, que fija el lugar que legítimamente corresponde a don Rafael Delgado en nuestra literatura nacional, aún no suficientemente rica, pero, que cuenta con notables preseas.

La novela de don Rafael Delgado es realista siempre, pero de un realismo idealizado cuidadosamente, que evita las pinceladas groseras, los toques de atrevimientos pecaminosos; que se aparta siempre de caminos tortuosos y sigue los rectos y serenos de almas cristianas, más todavía: católicas. Copia la vida tal como es, con sus pasiones y sus decaimientos; pero cuando la vida se aparta de lo moral, de todo aquello convencionalmente considerado como moral dentro del credo del novelista, y da en lo inmoral, o, lo que es peor, en lo amoral, entonces premeditadamente deja pasar esos paisajes y se complace en embellecer aquellos otros en que el sentimiento se levanta ideal y noblemente. Y sin embargo, no hay rigidez ni torpeza de movimientos, como de títeres, ni artificio de palabras y ademanes en los personajes todos de las novelas de Delgado; antes, por lo contrario, tienen vida, plena vida, por el tino de sus retratos, muchos de ellos magistrales, y la magnífica soltura y viveza de los diálogos, como en las descripciones, llenas de color y de gracia, del ambiente en que estos personajes se mueven. La fidelidad de las copias de la vida que hizo Delgado, no se presta a dudas, ni mueve a sonrisas compasivas o desdeñosas, como en el caso de algún novelista bombástico de nuestros días, que gusta de hundirse en obscenidades y tonterías de malas copias francesas.

***

Descendiente el novelista de una buena familia burguesa de provincia, de rectos sentimientos, de costumbres lealmente arregladas a su educación religiosa y católica, continuó con firmeza tales tradiciones, y su amor por la vida provinciana no fué nunca desmentido, como tampoco su alta nobleza de pensamientos y la sencillez de sus costumbres. Sus novelas son asimismo novelas provincianas y burguesas, no de burguesía despiadada, de grandes capitales, sino de pequeñas poblaciones donde aún privan algunas costumbres y sentimientos patriarcales. Y en ellas campean siempre los sentimientos del novelista, su bondad, que no sufre desfallecimientos, su amor a los humildes y sencillos de corazón, de que están impregnadas todas las páginas de su obra, lo mismo en sus novelas que en sus cuadros aislados, como en *El Caballerango y La Gata*, y en casi todos sus cuentos. En la trama de sus novelas suele haber extraordinaria simplicidad, como en *Angelina*, cuyas páginas respiran un romanticismo que todavía apasiona, pero siempre hay en ellas la misma sinceridad y alteza de miras. Y cuando quiere salir el novelista de su ambiente provinciano y trasplanta a sus personajes a otro medio superior, como en *Parientes Ricos*, se nota luego el esfuerzo y recargo de tintas e infidelidades en el trasunto, y aun deformación en defectos y pasiones. No; para mejor apreciar sus dotes de novelista y la galanura de su estilo, es preciso que busquemos de preferencia los cuadros del mismo ambiente donde transcurrió su vida y que tenía todos sus cariños. El amor con que pinta a la "Calandria" y al "Calandrio," al honradote Gabriel, salta a la vista, como es completo el retrato de su Tenorio de pueblo, de su calavera Rosas. En *La Calandria* no ocurre lo que en todos los principales personajes de las otras dos novelas de Delgado, que están siempre adornados de altas cualidades

y que huyen de acciones reprobables, por el cuidado con que los hace moverse el novelista. En *La Calandria*, la moza que da nombre a la novela, se aparta de esta norma, pero las disculpas saltan a primera vista: obra el mal de manera inconsciente, por ignorancia,, por error. Los héroes y las heroínas de Delgado, en sus tres novelas, son gente humilde y provinciana, que a derechas obran siempre católicamente y dan ejemplos de moralidad cristiana. El mal viene a sus novelas por la vía de gente no humilde: del calavera Rosas; de los parientes ricos, desnaturalizados por sus torpes avaricias y las apenas miradas costumbres parisienses, en que vinculan su horror a lo cursi y a cuanto con estrecho criterio juzgan de mal tono.

***

El estilo de don Rafael Delgado fué siempre terso, elegante, castizo sin rebuscamientos, sin torpes empleos de términos y giros anticuados, aceptando solamente los neologismos considerados indispensables de incorporar en el caudal de la lengua, pero sin quisquillosidades de gramático. En algunos casos la sencillez de su lenguaje llega a pecar por mal gusto, como en algunas, poquísimas, de las frases que acoge en las páginas de *Angelina*, la novela en que parece más cuidado puso en la parte del estilo; y en general es elegante, suelto, airoso, muy colorido y feliz en sus descripciones, como antes decimos; lleno de viveza y propiedad en sus diálogos.

Estas cualidades delicadas se encuentran en las pocas poesías que debemos a su pluma, pocas, sin duda, porque él mismo comprendió, acaso, que no estaba entre las musicales sendas de la poesía su verdadero camino.

Y sobre la característica de don Rafael Delgado, la bondad, no debe pasarse por alto su modestia, basada en el conocimiento de su propio valer. Esta no le hubiera nunca permitido exclamar (de la guisa que uno de los *supernovelistas* de nuestros días), recordando que empezó su carrera literaria escribiendo teatro: "Shakespeare y yo usamos de distintos procedimientos." Y aquella, su reconocida y exquisita bondad, le ganó el cariño de discípulos y de amigos, que encontraban supremo deleite en su charla interminable, graciosa, magnífica de colorido y llena de enseñanzas.

J. Ramirez Cabañas

TRILOGIA ROMANTICA

LA CITA

Preludiaron su queja las palomas;
cantó la fuente su canción de amores,
y del jardín crepuscular las flores
te brindaron sus místicos aromas.

Era el cielo una pira. Blandamente
como un lirio impecable de blancura
surgió tu aristocrática hermosura
de aquella tarde en el sereno ambiente.

Todo era blanco en tí: la frente, el traje;
mis ojos te seguían por el boscaje
llenos de tu romántica belleza.

Y más que por tus ojos, de una arcana
ternura de madona siciliana,
te adoré por tu olímpica tristeza.

EL BESO

Languideció del sol el postrer rayo;
buscamos un arrimo en la maleza,
y me incliné a tu busto de princesa
con la unción reverente de un vasallo.

En mi carne el deseo clavó su lanza,
sucumbiste al ardor de mi erotismo
y brotó nuestro beso al tiempo mismo
que una pálida estrella en lontananza.

—¡Qué dulce y buena para mí es la vida!—
murmuraste con voz desfallecida,
absorta en el cristal de la laguna.

Entonó una campana su elegía,
y en la tarde otoñal que se moría
un dolor hecho luz era la luna.

LA PARTIDA

Y el instante llegó de tu partida.
Se adunó la creación a nuestro duelo
y se agitó en el aire tu pañuelo
como un cisne en la noche de mi vida.

Y ví que te alejabas. A tu paso
hubo un florecimiento de capullos,
una eclosión de aromas y de arrullos
y una gloria de luz hacia el ocaso.

Y las aves ocultas en la umbría,
creyendo que de pronto amanecía,
cantaron a tus ojos, y preciso

tu perfume sensual guardó mi pecho
como si fuese un amoroso lecho
que el fruto te brindó del paraíso.

SALVADOR ESCUDERO.

GUADALAJARA.

LAPIDANDO A LA ESTATUA....

Porque eres tentación que triunfas quedo,
Como la sombra que a las cumbres gana,
Te abro mi pecho con ternura y miedo,
Como le abro a la noche mi ventana.

Diabólicos hechizos de gitana
Arrastran en declive a mi denuedo.
Y me abandono a tu pasión arcana,
Y el corazón a tu capricho ceño.

Pero voz interior de habla severa,
Humilla en vilipendio a mi quimera,
Y exulta un gesto de orgulloso prez,
Cuando me representa a tu belleza
Sonriendo de piedad en mi cabeza,
Cuando estoy de rodillas a tus pies!....

1914

B. Varela.

LA HORA QUE PASA

DOS JOVENES POETAS MEXICANOS

Dos libros editados en forma similar, me han sido enviados amablemente por sus autores, desde la ciudad de México. Son los libros de dos jovenes poetas, que empiezan a cantar, ebrios de azul y de porvenir, y que han sabido poner una nota de bello lirismo en sus estrofas sonoras.

El primero de estos libros es obra del más joven de los nuevos poetas mexicanos, según noticias que hasta mí llegan. Se intitula "La Siringa de cristal." Su autor se llama Gregorio López y Fuentes.

Al comenzar el volumen, el poeta nos dice:

Traigo en la diestra un ramo de azules ilusiones
y entre los labios una guirnalda de canciones. . . .

Yo reclíné las sienes en la dura corteza
de los árboles viejos, y la naturaleza

me enseñó a decir cantos con armonioso acento
y aprendí las endechas que sutiliza el viento.

Bastan esos versos para demostrarnos que López y Fuentes sabe manejar con elegancia y soltura el alejandrino a la moderna. Todo su libro está escrito en sonoros y flexibles alejandrinos.

Mas no es sólo en el manejo del verso en lo que se revela poeta Gregorio López y Fuentes: es en las imágenes delicadas con que presta ropaje a su pensamiento; es en los modos felices de expresión que encuentra; es, también, en la manera refinada del sentir y del pensar.

Así, nos dice que va "por el sendero, cogido de la mano de la vida, dejando que lo lleve la vida;" o bien, bajo los pliegues de "una noche austera" vislumbra y siente este efecto singular:

Se acercan fatigados los rumores lejanos;
en el jardín del cielo se han dormido las rosas;
el río es un enfermo que gime; en los arcanos
silencios se han mojado de soledad las cosas.

Mirando a la amada pensativa, concibe esta imagen: "Una rúbrica huraña, en medio de tus cejas, se iniciaba. . . ."

También nos habla el poeta de un crepúsculo que "se despidió dilapidando rosas y campánulas;" de unos amaneceres "plenos de acuarelas;" de los collares perlinos que desata la lluvia; de "un relámpago en fuga que parpadeó un instante sus enojos;" de una tarde "que se desgrana en ópalos...."

Hay en Gregorio López y Fuentes verdadera vena poética. Está en el comienzo de la ruta. Avanzará, con paso firme, cosechando rosas y lauros....

El otro libro se intitula "Por la senda sonora" y lo firma Rodrigo Torres Hernández. Algunas de las composiciones que en él figuran, ya me eran familiares. Las hojas volantes me las habían dado a conocer. La firma de Torres Hernández es una de las más preciadas de la juvenil revista *Nosotros*, que se publica en la ciudad de México. Otra, con el mismo nombre, existe en Montevideo.

En Torres Hernández se nota ya más seguridad y firmeza que en López y Fuentes. Su experiencia del verso es más larga; su caudal poético es rico y vasto; su labor encierra ya, no sólo rasgos felices y brillantes, sino páginas enteras que no harían mal papel en una antología.

Al caminar por la senda sonora, el poeta canta:

Alzo las manos hacia los luceros hermanos
para dorar la risa morena de mis manos;
y en la mirada, plena de crepúsculo, al son
de una canción de amores, pongo mi bendición...
Y sigo por la senda sonora del Ensueño
amando y bendiciendo lo armonioso y sedeño.
Y amo la Vida, porque la Vida sueña y canta
como si fuera una cristalina garganta.
Amo la vida, undosa, rozagante y en flor,
porque la Vida es una primavera de amor.
Amo los nuevos cantos como rosas abiertas;
el perfume y el nimbo de las cosas inciertas:
y el surgente alborozo de los nuevos caminos,
ubérrimos de rosas, de risas y de trinos...."

Y luego, manejando sabiamente el endecasílabo en una de sus formas más elegantes, dice:

Fulge en mi canto fulgor de quimera,
dora una clara sonrisa de sol,
y es para tí la canción, Primavera,
fresco y fragante crepúsculo en flor.

Es para ti la canción mañanera,
es para tí porque vas, Juventud,
suelta la veste, la planta ligera,
hacia horizontes de ensueño y de luz.

Cantos a tí por tu beso divino,
rosas a tí por tu risa de trino,
por tus audacias de cumbre y de mar.

Por tu esperanza que vuela en Oriente;
por la ilusión que te nimba la frente;
por tu mirada potente y astral.

Cuando canta a su amada, sabe encontrar las más originales y tiernas revelaciones de poesía. Y le dice: "Tu frente habla de auroras;" tus manos son sigilosas como piel de pantera;" tu sonrisa "al despuntar parece un astro que estuviera asomado entre rojos claveles;" tus ojos son "dos versos a la luna rimados, fontanares que cantan los ensueños de oro;" tu voz "huele a cantar en flor, es clara y rica en primor de fragancia;" y agrega:

Amame con tus ojos de nostalgias secretas,
con tus ojos que me hablan de otoñal lejanía,
bajo cejas como alas extendidas y quietas.

Amame, y que tus ojos florezcan en mi vía
como el sueño tranquilo de dos tardes violetas,
crepusculares en la noche de tu melancolía.

Hay en el libro de Torres Hernández la manifestación de una personalidad vibrante y emotiva, que ha de lograr fecunda cosecha de emociones en la senda sonora del ensueño....

MAX HENRIQUEZ UREÑA.

«UNIVERSAL» Habana.

VISION

Como en la paz de un sueño se levanta
su austera y mansa voz: —"A tí me entrego;
con mi amor te daré blando sosiego;
es mi alma nido de pureza santa."

(Por el balcón abierto entra la luna ...
—"Están blancas mis manos, y con ellas
yo bajaré del cielo las estrellas
para que en tí se apaguen una a una...

Puros mis labios son; jamás el beso
que se vuelve puñal en la conciencia,
inquietó mi tranquila adolescencia....
Si he venido hacia tí, sólo es por eso.

Blanca tienes el alma cual la mia.
.... Somos dos en el mundo solament
para marchar en paz, alta la frente,
bajo esta noche clara como el día ...

Vibra su voz... De pronto, alguien me nombra
Se deshace el encanto, y yo despierto ...
Luna, blancores, luz.... ¡todo está muerto!
Tan sólo reina, en derredor, la sombra! ...

MARIA ENRIQUETA

FRAGMENTO

La noche lúgubre, hiela;
en las besanas, manchones
de arbustos, se antojan gentes
que agazapándose corren.
La raíz de los maizales
que recórtaron las hoces,
millares de pies de gallo
que rascan, sin cuerpo, autójanse,
y los erguidos magueyes
que vagamente recortanse
fingen banderas en haces
o trofeos vencedores.
La luna de pronto besa
nieves de cumbres insomnes,
que simulan rotas pieles
de blancos osos del Norte.
Graban los rieles el signo
del infinito en la enorme
campiña muda.... El silencio,
riega insensatos pavores!....
¿Qué vida oculta y extraña
alienta, febril, de noche
bajo las peñas que fingen
petrificados pulmones
de ciclopes, y en la sombra
de los ralos parasoles
del mezquite, y en los sauces
que parecen surtidores
de hojas muertas o silbantes
y destrozados morriones,
y bajo puentes macizos
que son grilletes disformes
del sonoro y claro río
que libre y esclavo corre?..

ABEL C. SALAZAR.

LIBROS DE NUESTROS COLABORADORES

DE VENTA EN LA "LIBRERIA GENERAL"

AVENIDA DEL 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 23

Alfonso Reyes	*Cuestiones Estéticas.*
Amado Nervo	*En Voz Baja.*
— —	*Ellos.*
— —	*Mis Filosofías.*
— —	*Almas que pasan.*
— —	*Jardines Interiores.*
— —	*Juana de Asbaje.*
Rafael López	*Con los Ojos Abiertos.*
Luis G. Urbina	*Ingenuas.*
— —	*Puestas de Sol.*
Enrique González Martínez	*Los Senderos Ocultos.*
José Juan Tablada	*El Florilegio.*
Pedro Henríquez Ureña	*Horas de Estudio.*
María Enriqueta	*Rumores de mi Huerto.*

OBRA EN PRENSA

"VISIONES LEJANAS"

VERSOS DE

MANUEL DE LA PARRA

LIBROS RECIBIDOS

Tierras, Mares y Cielos. —Tegucigalpa, Honduras. 1913. — Obras completas de Juan Ramón Molina.

5 de Noviembre. — Biblioteca del Ateneo de El Salvador.

Lorenza Cisneros. — Novela por Adrián M. Arévalo. — Biblioteca del Ateneo de El Salvador.

Libro Araujo. — Biblioteca del Ateneo de El Salvador.

Una Vida. —Por Rafael Arevalo Martínez. —Ilustraciones de Maximo Ramos.

Los Atormentados. — Guatemala. — 1914. —Versos de Rafael Arévalo Martínez.

ÍNDICE DE AUTORES

Savia moderna

Anónimo
Teatros extranjeros 76
Revista de revistas mexicanas 88
Directorio de bibliotecas públicas 91
Sociedades artísticas y literarias 91
Directorio de revistas 92
Exposición mexicana en París 127
El arte decorativo. Sala de armas del Presidente de la República ... 129
Crónica general de teatros 145
Teatros extranjeros 149
El artista Ponce de León 152
El último capítulo, de Manuel José Othón; Supuestos errores de un *Compendio de la historia de México* 155
Los que se van 157
Teatros 223
Teatro Hidalgo 225
La exposición Goitia en Barcelona 262
El poeta Jesús E. Valenzuela 266
Los que se van 291
Teatros 356

Argüelles Bringas, Roberto
"Vaguedades" 48
"Al olvido" 134
Nuestra exposición de obras de arte 163
"Primavera" 186
"Fuga" 251

Aróstegui, Severa
"Rápida" 327

Bermejo, Manuel M.
"Salomé" 52
Siluetas musicales. Carlos J. Meneses 119

Caso, Antonio
El silencio 45
La tesis admirable de Plotino 309

Castillo Ledón, Luis
"Amor-materia" 44
"La familia joyeuse" 141
Almas que pasan, de Amado Nervo; Homenaje de la *Revista de Occidente,* de Guadalajara, a José Ortiz Vidales y sus *Cantos últimos; Celajes,* de Jesús Romero Flores; *La siega,* de Rafael Cisneros Villarreal 219
"Presentimiento" 270

Colín, Eduardo
El peñón 27
Luis Urbina 241

Cravioto, Alfonso
"Invocación" 30
Los que se van. Baltasar Muñoz Lombier 65
"El dolor" 115
Sensaciones de viaje 233

Elizondo, José F.
"El ajusticiado" 56

Gamboa, José J.
Crónica general de teatros 58

Gamboa Ricalde, Álvaro
"Flor blanca" 312

Gómez Robelo, Ricardo
Cristo (traducción) 95
En tranvía 124
La exposición de *Savia Moderna* (notas) 171
Sombra (traducción) 190
Eugenio Carrière 331
Ensayos críticos, de Pedro Henríquez Ureña 353

González Peña, Carlos
La chiquilla (fragmento) 324

Gutiérrez Nájera, Manuel
Juárez (1806-1906) 22

Henríquez Ureña, Max
Whistler y Rodin 272

Henríquez Ureña, Pedro
Teatros 284
Vida intelectual y artística (Revista de libros y periódicos) 340

Herrera, Alberto
"Trilogía romana" 63
"El verso moderno" 107

Herrera, Darío
"En el Atlántico" 339

López, Rafael
"Hojas de otoño" 47
En loor de *Savia Moderna* 102
"Siempre bellas, lucientes", "Son como un vino viejo", "Oceánida" 143
"Para la clausura de la exposición de pinturas organizada por la Redacción de *Savia Moderna*" 168
El séptimo cielo 204
"Oda a Juárez" 301

Nervo, Rodolfo
"Germinal" 122

Othón, Manuel José
El último capítulo (fragmento) 37
"En un álbum" 305

Palacios, Juan
Pereda 71

Parra, Manuel de la
"Hechizo" 52
Confesión, La sorpresa y *Palabras póstumas,* de Severo Amador; *Los trovadores de México, El grito de las islas,* de Solón Argüello 83
En el areópago 100
El trasunto 181
"Aeternum vale!" 245
Eco 306
La amante 338

Pichardo, Manuel S.
"La copa amarga" 261
"Carnet" 307

Poe, Edgar Allan
Sombra (parábola) 190

Redacción
En el umbral 21
Nuestra primera exposición de pintura 156
A nuestros suscriptores 226
Notas de *Savia Moderna* 348

Reyes, Alfonso
"Mercenario" 210

Rodó, José Enrique
En un álbum de artista 329

Rosado Vega, Luis
"En la montaña", "Para ella, la lejana" 200

Ross, Daniel
"La torre" 121
Del atardecer 195

Roviralta, José María
Sobre Goitia 264

Ryals, Louise M.
"The Marshes", "The Open Sea" 337

Salazar, Abel C.
Almas medrosas 49

Santurce, Javier
Broza, de Abel C. Salazar 80

S[avia] M[oderna]
Augusto Rodin. Su escultura: Balzac 53

Sierra, José María
"Rimas frágiles" 69
Joaquín Arcadio Pagaza (sus traducciones de Horacio y poemas del mismo autor) 81
La confesión, La sorpresa, Palabras póstumas, de Severo Amador ... 153
Alma latina 247

Sierra, Justo
"A Alejandro y Fernando Valenzuela, en su bautizo" 99
Un oficio interesante: "A los pintores y escultores de la República" 283

Uhthoff, Enrique
La venganza de la gleba. Alta comedia de Federico Gamboa 59

Unamuno, Miguel de
A Manuel Machado. Sobre el libro *Caprichos* 137

Urbina, Luis G.
"A un artista que quiere pintar mi retrato" 26

Valenzuela, Emilio
"El indio" 194

Valenzuela, Jesús E.
"Carmen" 180

Velasco, José B.
La visita 111
"Deslumbramiento" 267
"Trofeo" 323

Velázquez, Miguel A.
El prisionero de Argamansilla 211

Villalpando, Jesús
Divagación mística 105
La cantadora de alegrías 268
La muerte de Jean Lorrain 347
Claudio Oronoz, de Rubén Campos 349

Wilde, Óscar
Cristo (fragmentos) 95

Zárate Ruiz, Francisco
La muerte artificial 314

Zárraga, Ángel
Desde Europa 35
Algunas notas sobre pintura 255

Zepeda Winkfield, Alfonso
"Flor silvestre" 33

Nosotros

Abundes, Conrado
Motivos líricos 419
Blanca oración 466

En el templo 488
Haz de mi alma una lámpara 530
Las florecitas 580

Aragón, Enrique O.
Interferencia nerviosa e inhibición 445

Argüelles Bringas, Roberto
"Gesta de invierno" 375
"Fuerza y dolor" 557

Campos, Rubén M.
Valenzuela 511

Caso, Antonio
La filosofía de la intuición 548

Castro Leal, Antonio
El *Romancerillo del Plata,* de Ciro Bayo 514
Trinidade Coelho 582

Cordero, Salvador
Con los ojos abiertos 415

Chargoy Gómez, Juan
Pestalozzi 434
Visión de bohío 467
"Leo un libro de versos" 516
La risa, fiesta de tus labios 518
Sobre el tapiz de oro 531

Chávez, Ezequiel A.
Los climas de la República Mexicana 421

Darío, Rubén
Amado Nervo 468
"La rosa niña" 563

Duarte, María
Clase práctica (6º año) 396

Escudero, Salvador
"Trilogía romántica" 650

Espinosa, Felipe de J.
Pan y letras 437
José Enrique Rodó 473

France, Anatole
Cleopatra (traducción de Rafael López) 568

Gómez Robelo, Ricardo
"Noche buena" 565

González, Froylán
Albas claras 488
Oblata 581

González Guerrero, Francisco
"La simiente clara" 418

González Martínez, Enrique
"La plegaria de la noche en la selva", "En la muerte de Jesús E. Valenzuela", "El forastero", "A un alma ingenua", "A una piedra del camino" 504
"El comedor" (traducción) 613

González Obregón, Luis
El chapín de terciopelo verde 528

González Peña, Carlos
Flor de madroño 609

Guillén Zelaya, Alfonso
La psicología de la sombra 643
"Tal quiso ser un árbol" 644

Guzmán, Martín Luis
Viajes de Puck 497
Viajes de Puck 515

Henríquez Ureña, Pedro
La poesía perfecta 415
La enseñanza de la literatura 449
Las audacias de don Hermógenes 492
Don Juan Ruiz de Alarcón 589
La hora que pasa. Dos jóvenes poetas mexicanos 652

Herrera, A. L.
Observaciones relativas a la inteligencia y lenguaje rudimental del loro (*chrysotis levaillanti*) 471

Hostos, Eugenio M. de
Un discurso 532

Jammes, Francis
"El comedor" (traducción de Enrique González Martínez) 613

López, Rafael
"Adelante" 408
Jesús E. Valenzuela 409
"Luis González Obregón" 527
Tres poetas 541
"A José María Lozano" 608
"La tuberosa" (traducción) 614

López y Fuentes, Gregorio
"Vuelo de garzas" 465
"La lluvia ha desatado sus collares..." "Volaste hacia la ausencia...", "Fue una noche ...", "Florecimiento", "Libélulas", "Deshojación", "Bajo de tus rosales", "Credo" 484
El perro mendigo 517
"Fray invierno", "En el camino" 579

María Enriqueta [Camarillo y Roa de Pereyra]
"Abre el libro...", "Ofrenda" 373
"Misterio" 414
"Paisaje" 556
"Para entonces" 645
"Visión" 655

Molina, Juan Ramón
"El ave simurgo", "A Rubén Darío" 638

Nervo, Amado
"Cobardía" 470
"Dominio" 567

La Condesa de Noailles
"La tuberosa" (traducción de Rafael López) 614

Núñez y Domínguez, José de J.
"Histeria crepuscular" 463
"Sortilegio lunar" 607
Al margen de los libros nuevos 626

Parra, Manuel de la
"Momento musical", "De paso" 604
"Blanca de nieve" 634

Pruneda, Alfonso
La escuela y la tuberculosis en el Congreso de Roma 381

Ramírez Cabañas, Joaquín
Don Rafael Delgado 647

Redacción
Nuestros colaboradores 400
Nosotros 402
Nosotros y la prensa 438
"La enseñanza de la literatura" 478
Nuestros compañeros. Gregorio López y Fuentes 483
Como la luz del día 498
Nuestros compañeros. Rodrigo Torres Hernández 523
Libros de nuestros colaboradores 657
Libros recibidos 658

Reyes, Alfonso
Evocación de la lluvia 377
El hombre desnudo 443
Nosotros 620

Reyes, Rodolfo
El maestro y la educación política 431

Rosa, Leopoldo de la
"Salmo de creencia" 561
"Nocturno XV" 641

Salazar, Abel C.
"Fragmento" 656

Torres Hernández, Rodrigo
"Hermana" 380
"Novia morena" 466
"Franca y sonora" 516
"Una niña morena", "Como un astro", "Vuestra voz", "Vuestra sonrisa", "Vuestros ojos", "Pasarás como el alba" 524

Torres Quintero, Gregorio
La tercera reunión del Congreso de Educación Primaria 387
El Congreso Nacional de Educación Primaria. Su utilidad y resultados 428

Torri, Julio
El mal actor de sus propias emociones 417
El epígrafe 465
La conquista de la Luna 560
En elogio del espíritu de contradicción 605

Toussaint, Manuel
Gregorio López y Fuentes 615

Vadillo, Basilio
"El rijo", "El rebelde" 379
"La uña escarlata" 513
"Alma de bruma" 625
"Ruego en la sombra" 646
"Lapidando a la estatua" 651

Valle, Rafael Heliodoro
"El dúo de las almas" 489
"La serenata" 630
El libro de Rafael López *(Con los ojos abiertos)* 632

Velasco, José
Eugene Brieux y el feminismo 635

Villatoro, Gustavo F.
"Nocturno" 468

ÍNDICE GENERAL

Savia moderna

Presentación 9

Número 1, marzo de 1906

En el umbral 21
Juárez (1806-1906) 22
Manuel Gutiérrez Nájera
"A un artista que quiere pintar mi retrato" 26
Luis G. Urbina
El peñón 27
Eduardo Colín
"Invocación" 30
Alfonso Cravioto
"Flor Silvestre" 33
Alf[onso] Zepeda Winkfield
Desde Europa 35
Ángel Zárraga
El último capítulo (fragmento) 37
Manuel José Othón
"Amor-materia" 44
Luis Castillo [Ledón]
El silencio 45
Antonio Caso, Jr.
"Hojas de otoño" 47
Rafael López
"Vaguedades" 48
Roberto Argüelles Bringas
Almas medrosas 49
Abel C. Salazar
"Hechizo" 52
Manuel de la Parra
"Salomé" 52
Manuel M. Bermejo
Augusto Rodin. Su escultura: Balzac 53
S[avia] M[oderna]
"El ajusticiado" 56
José F. Elizondo

Crónica general. Teatros 58
José J. Gamboa
La venganza de la gleba. Alta comedia de Federico Gamboa 59
Enrique Uhthoff
"Trilogía romana" 63
Alberto Herrera
Los que se van. Baltasar Muñoz Lumbier 65
Alfonso Cravioto
"Rimas frágiles" 69
José María Sierra
Pereda 71
Juan Palacios
Teatros extranjeros 76
Broza, de Abel C. Salazar 80
Javier Santurce
Joaquín Arcadio Pagaza (sus traducciones de Horacio y poemas del mismo autor) 81
José María Sierra
Confesión, La sorpresa y *Palabras póstumas,* de Severo Amador; *Los trovadores de México; El grito de las islas,* de Solón Argüello 83
Manuel de la Parra
Revista de revistas mexicanas 88
Directorio de bibliotecas públicas 91
Sociedades artísticas y literarias 91
Directorio de revistas 92

Número 2, abril de 1906

Cristo (fragmentos) 95
Óscar Wilde (traducción de R[icardo] G[ómez] R[obelo])
"A Alejandro y Fernando Valenzuela, en su bautizo" 99
Justo Sierra
En el areópago 100
Manuel de la Parra
En loor de *Savia Moderna* 102
Rafael López
Divagación mística 105
Jesús Villalpando
"El verso moderno" 107
Alberto Herrera
La visita 111
José B. Velasco
"El dolor" 115
Alfonso Cravioto

Siluetas musicales. Carlos J. Meneses 119
Manuel M. Bermejo
"La torre" 121
Daniel Ross
"Germinal" 122
Rodolfo Nervo
En tranvía 124
R[icardo] Gómez Robelo
Exposición mexicana en París 127
El arte decorativo. Sala de armas del Presidente de la República 129
"Al olvido" 134
Roberto Argüelles Bringas
A Manuel Machado. Sobre el libro *Caprichos* 137
Miguel de Unamuno
"La familia joyeuse" 141
Luis Castillo [Ledón]
"Siempre bellas, lucientes", "Son como un viejo vino", "Oceánida 143
Rafael López
Crónica general de teatros 145
Teatros extranjeros 149
El artista Ponce de León 152
La confesión, La sorpresa, Palabras póstumas, de Severo Amador 153
José María Sierra
El último capítulo, de Manuel José Othón; Supuestos errores de un *Compendio de la historia de México* 155
Nuestra primera exposición de pintura 156
Los que se van 157

Número 3, mayo de 1906

Nuestra exposición de obras de arte 163
Roberto Argüelles Bringas
"Para la clausura de la exposición de pinturas organizada por la Redacción de *Savia Moderna*" 168
Rafael López
La exposición de *Savia Moderna* (notas) 171
R[icardo] Gómez Robelo
"Carmen" 180
Jesús E. Valenzuela
El trasunto 181
Manuel de la Parra
"Primavera" 186
Roberto Argüelles Bringas
Sombra (parábola) 190
E[dgar] A[llan] Poe (traducción de R[icardo] Gómez Robelo)

"El indio" 194
Emilio Valenzuela
Del atardecer 195
Daniel Ross
"En la montaña", "Para ella, la lejana" 200
Luis Rosado Vega
El séptimo cielo 204
Rafael López
"Mercenario" 210
Alfonso Reyes
El prisionero de Argamansilla 211
Miguel A. Velázquez
Almas que pasan, de Amado Nervo; Homenaje de la *Revista de Occidente,* de Guadalajara, a José Ortiz Vidales, y *Cantos últimos* de éste; *Celajes,* de Jesús Romero Flores; *La siega,* de Rafael Cisneros y Villarreal 219
Luis Castillo [Ledón]
Teatros 223
Teatro Hidalgo 225
A nuestros suscriptores 226

Número 4, junio de 1906

Sensaciones de viaje 233
Alfonso Cravioto
Luis Urbina 241
Eduardo Colín
"Aeternum vale!" 245
Manuel de la Parra
Alma latina 247
José M[aría] Sierra
"Fuga" 251
Roberto Argüelles Bringas
Algunas notas sobre pintura 255
Ángel Zárraga
"La copa amarga" 261
Manuel S. Pichardo
La exposición Goitia en Barcelona 262
El poeta Jesús E. Valenzuela 266
"Deslumbramiento" 267
José B. Velasco
La cantadora de alegrías 268
Jesús Villalpando
"Presentimiento" 270
Luis Castillo [Ledón]

Whistler y Rodin 272
Max Henríquez Ureña
Un oficio interesante: "A los pintores y esculturas de la República" 283
Justo Sierra
Teatros 284
P[edro] H[enríquez] U[reña]
Los que se van 291

Número 5, julio de 1906

"Oda a Juárez" 301
Rafael López
"En un álbum" 305
Manuel José Othón
Eco 306
Manuel de la Parra
"Carnet" 307
Manuel S. Pichardo
La tesis admirable de Plotino 309
Antonio Caso, Jr.
"Flor Blanca" 312
Álvaro Gamboa Ricalde
La muerte artificial 314
Francisco Zárate Ruiz
"Trofeo" 323
José B. Velasco
La chiquilla (fragmento) 324
Carlos González Peña
"Rápida" 327
Severa Aróstegui
En un álbum de artista 329
José Enrique Rodó
Eugenio Carrière 331
Ricardo Gómez Robelo
"The marshes", "The open sea" 337
Louise Marshall Ryals
La amante 338
Manuel de la Parra
"En el Atlántico" 339
Darío Herrera
Vida intelectual y artística (Revista de libros y periódicos) 340
P[edro] H[enríquez] U[reña]
La muerte de Jean Lorrain 347
J[esús] V[illalpando]
Notas de *Savia Moderna* 348

Claudio Oronoz, de Rubén Campos 349
Jesús Villalpando
Ensayos críticos, de Pedro Henríquez Ureña 353
Ricardo Gómez Robelo
Teatros 356

Nosotros

Presentación 367

Número 1, diciembre de 1912

"Abre el libro...", "Ofrenda" 373
María Enriqueta [Camarillo y Roa de Pereyra]
"Gesta de invierno" 375
Roberto Argüelles Bringas
Evocación de la lluvia 377
Alfonso Reyes
"El rijo", "El rebelde" 379
Basilio Vadillo
"Hermana" 380
Rodrigo Torres Hernández
La escuela y la tuberculosis en el Congreso de Roma 381
Alfonso Pruneda
La tercera reunión del Congreso Nacional de Educación Primaria 387
Gregorio Torres Quintero
Clase prática (6º año) 396
María Duarte
Nuestros colaboradores 400
Nosotros 402

Número 2, enero de 1913

"Adelante" 408
Rafael López
Jesús E. Valenzuela 409
Rafael López
"Misterio" 414
María Enriqueta [Camarillo y Roa de Pereyra]
La poesía perfecta 415
Pedro Henríquez Ureña
Con los ojos abiertos 415
Salvador Cordero

El mal actor de sus propias emociones 417
Julio Torri
"La simiente clara" 418
Francisco González Guerrero
Motivos líricos 419
Conrado Abundes
Los climas de la República Mexicana 421
Ezequiel A. Chávez
El Congreso Nacional de Educación Primaria. Su utilidad y resultados 428
Gregorio Torres Quintero
El maestro y la educación polítia 431
Rodolfo Reyes
Pestalozzi 434
Juan Chargoy Gómez
Pan y letras 437
F[elipe de] J. E[spinosa]
Nosotros y la prensa 438

Número 3, febrero de 1913

El hombre desnudo 443
Alfonso Reyes
Interferencia nerviosa e inhibición 445
Enrique O. Aragón
La enseñanza de la literatura 449
Pedro Henríquez Ureña

Número 4, mayo de 1913

"Histeria crepuscular" 463
José de J. Núñez y Domínguez
El epígrafe 465
Julio Torri
"Vuelo de garzas" 465
Gregorio López y Fuentes
Blanca oración 466
Conrado Abundes
"Novia morena" 466
Rodrigo Torres Hernández
Visión del bohío 467
Juan Chargoy Gómez
"Nocturno" 468
Gustavo F. Villatoro

Amado Nervo 468
Rubén Darío
"Cobardía" 470
Amado Nervo
Observaciones relativas a la inteligencia y lenguaje rudimental del loro (*chrysotis levaillanti*) 471
A. L. Herrera
José Enrique Rodó 473
Felipe de J. Espinosa
"La enseñanza de la literatura" 478

Número 5, septiembre de 1913

Nuestros compañeros. Gregorio López y Fuentes 483
"La lluvia ha desatado sus collares...", "Volaste hacia la ausencia...", "Fue una noche...", "Florecimiento", "Libélulas", "Deshojación", "Bajo de tus rosales", "Credo" 484
Gregorio López y Fuentes
Albas claras 488
Froylán González
En el templo 488
Conrado Abundes
"El dúo de las almas" 489
Rafael Heliodoro Valle
Las audacias de don Hermógenes 492
Pedro Henríquez Ureña
Viajes de Puck 497
Martín Luis Guzmán
Como la luz del día 498

Número 6, octubre de 1913

"La plegaria de la noche en la selva", "En la muerte de Jesús E. Valenzuela", "El forastero", "A un alma ingenua", "A una piedra del camino" 504
Enrique González Martínez
Valenzuela 511
Rubén M. Campos
"La uña escarlata" 513
B[asilio] Vadillo
El *Romancerillo del Plata,* de Ciro Bayo 514
Antonio Castro [Leal]
Viajes de Puck 515
Martín Luis Guzmán
"Leo un libro de versos" 516
Juan Chargoy Gómez

"Franca y sonora" 516
Rodrigo Torres Hernández
El perro mendigo 517
Gregorio López y Fuentes
La risa, fiesta de tus labios 518
Juan Chargoy Gómez

Número 7, diciembre de 1913

Nuestros compañeros. Rodrigo Torres Hernández 523
"Una niña morena", "Como un astro", "Vuestra voz", "Vuestra sonrisa", "Vuestros ojos", "Pasarás como el alba" 524
Rodrigo Torres Hernández
"Luis González Obregón" 527
R[afael] López
El chapín de terciopelo verde 528
Luis González Obregón
Haz de mi alma una lámpara 530
C[onrado] Abundes
Sobre el tapiz de oro 531
Juan Chargoy Gómez
Un discurso 532
Eugenio M. de Hostos
Tres poetas 541
Rafael López

Número 8, enero de 1914

La filosofía de la intuición 548
Antonio Caso
"Paisaje" 556
María Enriqueta [Camarillo y Roa de Pereyra]
"Fuerza y dolor" 557
Roberto Argüelles Bringas
La conquista de la Luna 560
Julio Torri
"Salmo de creencia" 561
Leopoldo de la Rosa
"La rosa niña" 563
Rubén Darío
"Noche buena" 565
R[icardo] Gómez Robelo
"Dominio" 567
Amado Nervo

Cleopatra 568
Anatole France (traducción de Rafael López)
"Fray Invierno", "En el camino" 579
Gregorio López y Fuentes
Las florecitas 580
Conrado Abundes
Oblata 581
Froylán González
Trinidad Coelho 582
A[ntonio] C[astro Leal]

Número 9, marzo de 1914

Don Juan Ruiz de Alarcón 589
Pedro Henríquez Ureña
"Momento musical", "De paso" 604
Manuel de la Parra
En elogio del espíritu de contradicción 605
Julio Torri
"Sortilegio lunar" 607
José de J. Núñez y Domínguez
"Al Lic. José María Lozano" 608
Rafael López
Flor de madroño 609
Carlos González Peña
"El comedor" 613
Francis Jammes (traducción de Enrique González Martínez)
"La tuberosa" 614
La condesa de Noailles (traducción de Rafael López)
Gregorio López y Fuentes 615
Manuel Toussaint
Nosotros 620
Alfonso Reyes
"Alma de bruma" 625
B[asilio] Vadillo
Al margen de los libros nuevos 626
José de J. Núñez y Domínguez
"La serenata" 630
Rafael Heliodoro Valle
El libro de Rafael López *(Con los ojos abiertos)* 632
Rafael Heliodoro Valle
"Blanca de nieve" 634
Manuel de la Parra

Eugene Brieux y el feminismo 635
José Velasco
"El ave simurgo", "A Rubén Darío" 638
Juan Ramón Molina

Número 10, junio de 1914

"Nocturno XV" 641
Leopoldo de la Rosa
La psicología de la sombra 643
Alfonso Guillén Zelaya
"Tal quiso ser un árbol..." 644
Alfonso Guillén Zelaya
"Para entonces..." 645
María Enriqueta [Camarillo y Roa de Pereyra]
"Ruego en la sombra" 646
B[asilio] Vadillo
Don Rafael Delgado 647
J[oaquín] Ramírez Cabañas
"Trilogía romántica" 650
Salvador Escudero
"Lapidando a la estatua" 651
B[asilio] Vadillo
La hora que pasa. Dos jóvenes poetas mexicanos 652
Pedro Henríquez Ureña
"Visión" 655
María Enriqueta [Camarillo y Roa de Pereyra]
"Fragmento" 656
Abel C. Salazar
Libros de nuestros colaboradores 657
Libros recibidos 658

Índice de autores 659

Este libro se acabó de imprimir el día 16 de junio de 1980 en los talleres de Offset Marvi, S. A. Calle Leiria Núm. 72, México 13, D. F., se imprimieron 3 000 ejemplares.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 105862111

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Revistas literarias mexicanas modernas es una serie publicada por el Fondo de Cultura Económica con el propósito de poner nuevamente en circulación, en ediciones facsimilares, las principales revistas literarias aparecidas en México en la primera mitad del siglo XX. De esta manera el 'curioso lector' y el estudioso de nuestras letras tendrán a su alcance este sector de la literatura nacional de acceso tan difícil y de tanto interés documental. Con el objeto de facilitar su consulta, cada revista va precedida por una presentación y una ficha descriptiva, y cada volumen va provisto de un índice de autores.